

JAVIER MORO

13

SENDEROS DE LIBERTAD

LA LUCHA POR LA DEFENSA DE LA SELVA



Durante tres años, Javier Moro recorrió miles de kilómetros a través de la Amazonia en avioneta, canoa, autocar e incluso a pie para recrear la epopeya del mayor plan de colonización jamás emprendido por el hombre. A través de la historia de Chico Mendes, un humilde cauchero convertido en baluarte internacional de la defensa del medio ambiente, y de la de uno de los pistoleros contratado para eliminarlo, se desarrolla el drama de unos misioneros desgarrados entre su lealtad a la Iglesia y su compromiso con los pobres, de policías obligados a trabajar para asesinos, de un grupo de indígenas enfrentados a miles de mineros instalados en sus tierras, de los caucheros expulsados a sangre y fuego de sus hogares. Todos ellos, armados únicamente de su valor y de la fuerza de sus convicciones, organizan su resistencia contra los bulldozers y los ejércitos de los terratenientes.

Para reconstruir los acontecimientos, el autor entrevistó a líderes populares amenazados de muerte, a terratenientes acusados de tener esclavos, a indios que están logrando sus primeras victorias contra los blancos, a buscadores de oro tan generosos como arruinados, a científicos temerosos de no poder finalizar sus investigaciones. Senderos de libertad es un homenaje a los que arriesgan la vida para conseguir un poco de justicia en un mundo que les niega hasta el reconocimiento de su propia existencia...

Javier Moro

Senderos de libertad

La lucha por la defensa de la selva



Título original: *Senderos de libertad*
Javier Moro, 1992

Revisión: 1.0

A mi padre

Hemos querido a nuestros héroes (...) Están a la altura de los más bellos sueños
del mañana.

PAUL ELUARD

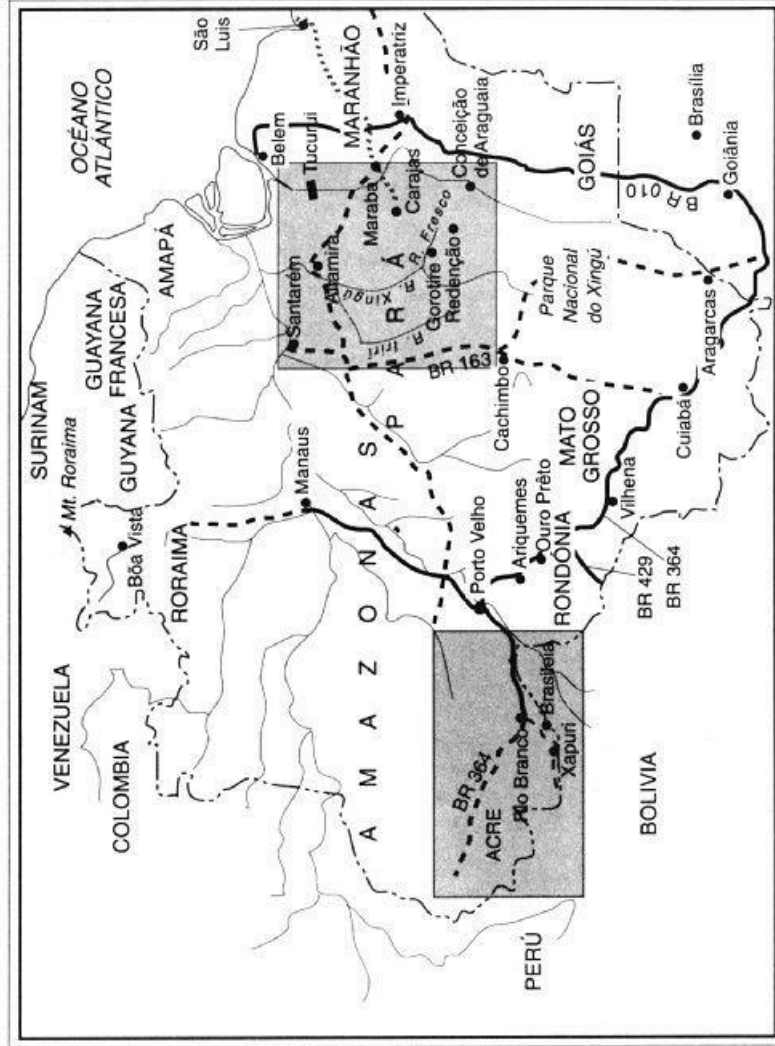
ADVERTENCIA

Los hechos aquí narrados son ciertos. Los personajes descritos en el libro han existido o existen todavía. Sin embargo, por razones de seguridad para tres de ellos, sus nombres han sido modificados. También se ha alterado el orden cronológico de ciertos episodios para favorecer la continuidad dramática. Pero se ha conservado un total respeto a la historia que se relata.

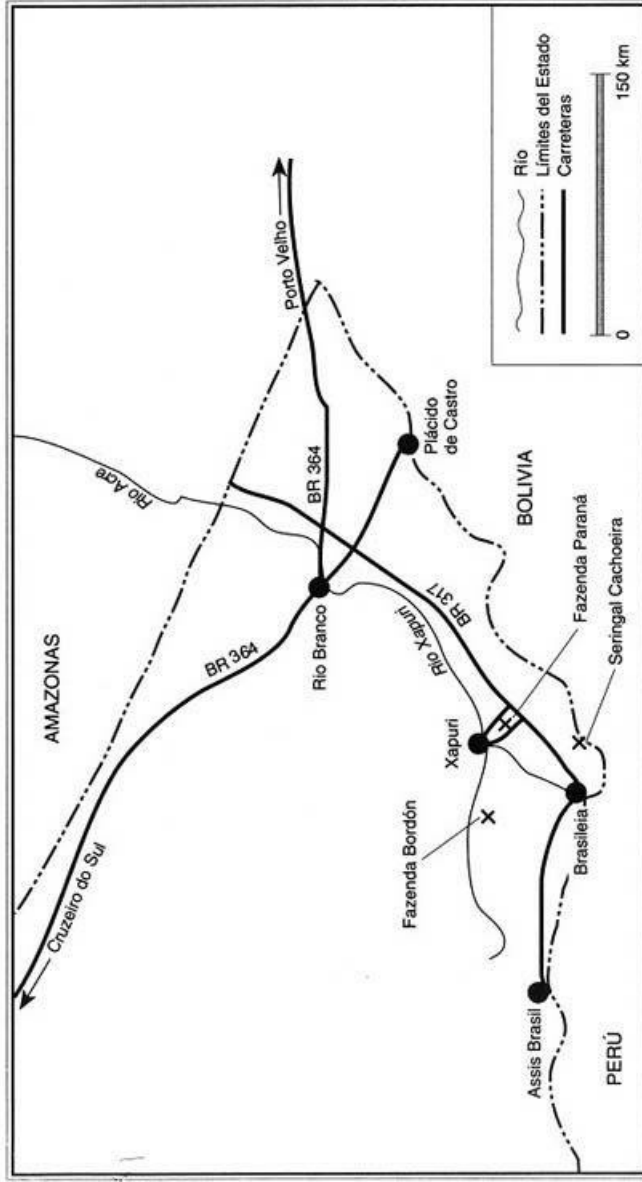
J. M.



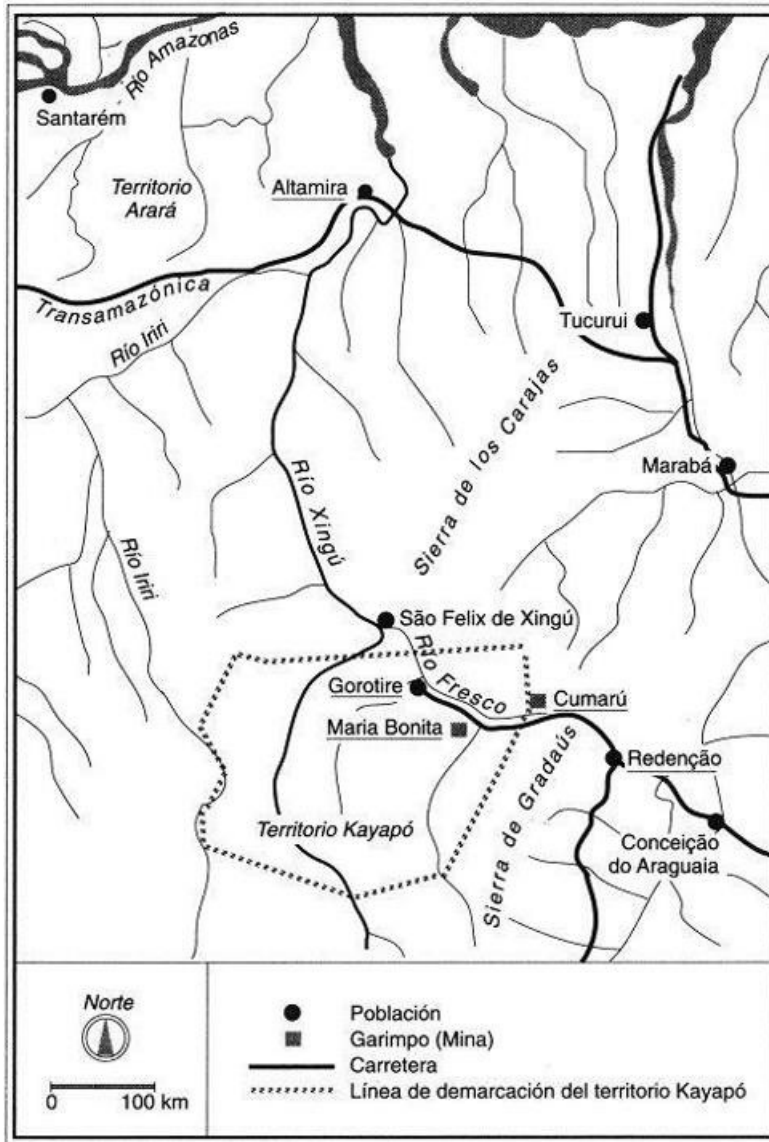
AMAZONIA



ACRE ORIENTAL



SUR DE PARÁ



PRIMERA PARTE

**A SANGRE Y FUEGO
(1942-1954)**

Desde que murió el gallo, la familia Eustaquio despertaba con el llanto de los pequeños. La choza de cañas y barro, situada en un promontorio que domina los campos secos del *sertón*, albergaba en sus dos habitaciones una prole de nueve retoños, más la abuela, los padres y el perro. Hasta hacía bien poco habían sido dieciocho los seres vivos en aquella granja del Nordeste brasileño, contando el loro, una gallina, el gallo y dos cabezas de ganado. El gallo acababa de morir en el lecho seco del riachuelo, de hambre, de sed o quizá asfixiado por el calor. Alfredo, el hijo mayor, se percató de ello cuando el perro apareció con plumas pegadas en el hocico. Cadenciosamente, la sequía iba despojando a los Eustaquio de sus bienes más preciados. El padre de familia, un hombre pequeño de ojos azules y mirada penetrante, asistía impotente a aquel aniquilamiento del sueño de su vida. Había trabajado como *seringueiro*, recolector de la savia del caucho en el corazón de la selva amazónica, y se arrogaba el raro privilegio de ser uno de los pocos nordestinos que habían regresado vivos y con algunos ahorros de aquel infierno verde. Gracias a ello había podido comprar una pequeña finca y convertirse en *fazendeiro* (ranchero) en su tierra natal. Su deseo de mejorar de posición social había sido mayor que el temor a las cíclicas sequías. Corría la leyenda de que el nombre del Estado de Ceará, donde vivían los Eustaquio, era una contracción de Sahara y que los primeros inmigrantes lo habían bautizado así en alusión al desierto africano. Ahora, cada día que pasaba, el ranchero temía tener que pagar por su ambición de emigrado. Su mujer, de piel morena, grandes ojos negros y mirada triste, era hija de portugueses que habían llegado a aquella tierra prometida sin saber que una especie de maldición divina la convertía caprichosamente en desierto. De aspecto frágil y menudo, nunca había salido del Nordeste, y se había resignado a la avaricia del cielo. Aparentaba unos sesenta años, aunque apenas llegaba a los cuarenta. El joven Alfredo, de ojos negros y piel oscura como su madre, era pequeño y fornido. Tenía el pelo castaño con algunas mechaz rubias, una sombra por bigote y una sonrisa que mostraba la dentadura blanca y uniforme. Estaba siempre de buen humor y con ganas de trabajar, al contrario de sus hermanos pequeños, más dispuestos a jugar al fútbol en la era que a ordeñar la vaca o sembrar el maíz.

Como todas las mañanas al despertarse, Alfredo se dio la vuelta en su hamaca en un intento inútil por conciliar de nuevo el sueño. Por el hueco que servía de ventana vio el cielo estrellado y limpio. Y la luna, grande, blanca y nítida. Sin halo. Hoy tampoco llovería. Cerró los ojos. Prefería no pensar en lo que ocurriría si el invierno, la estación de las lluvias en el norte de Brasil, no llegase. Era el cuarto año consecutivo que se retrasaba. Nada había brotado de la última siembra.

La voz de su madre ofreciendo café y las tosidas de su padre le hicieron saltar de la hamaca. Se puso el pantalón de tela de saco, la camisa de algodón remendada, se calzó las alpargatas andrajosas y, teniendo cuidado de no pisar a los que dormían en el suelo, salió de puntillas. La

abuela, la cara seca y arrugada como una nuez, estaba sentada junto a la chimenea, terminando de rezar:

—... Dignaos oír nuestras súplicas, oh Castísimo esposo de la Virgen María, y acceded a nuestros ruegos. Amén.

—¿Para qué tanta novena?... —espetó Alfredo—. Ya estamos a finales de mes y no ha caído una gota.

—Tengo fe. Se han visto inviernos empezar en abril —contestó la anciana.

Estaban en febrero de 1942. No sólo su familia iba hacia una ruina segura, sino que Alfredo se vería pronto obligado a alistarse en el ejército. Las fuerzas expedicionarias brasileñas luchaban en Italia. Aunque podría comer con regularidad, la perspectiva de ir a la guerra no le gustaba. El muchacho no tenía más ambición que la de ser un buen ranchero, dueño de su propia tierra, como su padre.

Bebió un sorbo de café, lió un cigarrillo y sopló el fuego. Una nube de ceniza le cubrió la cara y el humo le irritó los ojos. Con una cuchara cogió un tizón, encendió el cigarrillo y aspiró con avidez. Fumar era su manera de olvidar el hambre. Luego salió al porche y se sentó contra el muro resquebrajado de la choza a esperar el alba. La luna y las estrellas fueron desapareciendo y los primeros rayos del sol enrojecieron el campo amarillo. Las montañas, a lo lejos, pasaban del violeta al gris oscuro. Una bandada de periquitos voló sobre los campos secos de maíz. Pensó en atrapar uno, atarle una cuerda a una pata y dárselo a los pequeños para que jugaran. Pero apenas se había levantado los pájaros desaparecieron piando. La idea de una de aquellas aves en la cazuela le pasó por la cabeza. De repente se le ocurrió que el gallo no había muerto de hambre ni de sed, sino que había sido devorado por el perro. El pensamiento de que pudieran empezar a comerse unos a otros le aterró. Si no llovía pronto, los animales enloquecerían, y luego le llegaría el turno a los hombres. Levantó la mirada. Unas nubes se dibujaban en el cielo. Algunas parecían carneros, otras eran como bichos desconocidos. Todas estaban cargadas de esperanza.

Con la luz del día, fue a dar rama verde al ganado, mientras su padre preparaba el horno para la *mandioca*^[1]. Las dos reses propiedad de la familia estaban esqueléticas. La piel rala parecía cuero. Los animales rumiaban confiadamente la comida que la punta de la horquilla esparcía por el suelo. Alfredo tuvo pensamientos sombríos: la rama verde no daba para un mes. En la inmensa llanura, la *caatinga*, especie de matorral blanquecino con espinos puntiagudos y raíces tentaculares que proporciona un excelente forraje para el ganado, se había marchitado. Alfredo había querido llevarse el ganado a la sierra, pero su padre le dijo que también allí el pasto estaba seco. También en las montañas el agua de los ríos se había agostado hasta transformarse en un hilo transparente que goteaba al sol.

Apoyado contra la puerta del corral, Alfredo hizo salir las reses para llevarlas a beber al lugar habitual: «*Oh! Meu boi! Meu boi manso!! ¡Oh eh!*». Las siguió con su mismo ritmo lento, parándose a menudo cuando el viejo buey hurgaba entre las hierbas polvorientas en busca de algo que rumiar. La vaca, más tenaz, seguía cabizbaja su marcha pensativa moviendo rítmicamente las ancas descarnadas. Después de una larga caminata Alfredo se detuvo. Paseó la mirada por el horizonte color ceniza. A lo lejos, manadas de buitres volaban en círculo encima de animales muertos. Los árboles no eran más que muñones negros retorcidos bajo un sol de plomo.

De repente, el muchacho abrió los ojos, sorprendido. Parecía no dar crédito a lo que estaba viendo: el lecho de la laguna se había secado del todo, como por encanto, en sólo una noche. No

quedaban más que bloques de barro resquebrajado. Se quedó unos instantes inmóvil, sin pensar en nada, aturdido. Las reses husmearon el lugar, nerviosas por no encontrar lo que esperaban. Tampoco ellas parecían creérselo. Al cabo de un momento Alfredo reaccionó, dándoles con la vara en los costados. La cabeza gacha, regresaron rumbo a casa. En aquel momento el muchacho tuvo ganas de llorar, pero sus ojos estaban secos de polvo y de sol.

* * * *

En adelante sería preciso llevar cada día las reses hasta el abrevadero de la moradía más cercana, a unas cuatro horas de marcha. No era seguro que los animales aguantaran ese trayecto bajo tanto calor. O morirían, o fallaría el ánimo de alguno de los hermanos para caminar cada día las ocho horas necesarias. «¡Véndelos antes de que nos arruinen! —le dijo la madre a su marido—. ¡Cuando sea demasiado tarde, no nos darán ni para un saco de frijoles!». Pero el viejo no se dejaba convencer fácilmente. Era hombre de pocas palabras, amigo de la selva, del sertón, de todo lo rudo y silvestre. Su cara reflejaba la aspereza de la tierra que le había visto nacer y a la cual había anhelado regresar: «Hay años buenos y años malos...», se limitaba a contestar en voz baja. Era su manera de decir que aguantaría y que lucharía por mantener las reses, aunque él mismo tuviese que traerles agua a sus espaldas. Sabía que el precio que le ofrecerían por aquellas reses famélicas y cubiertas de garrapatas sería irrisorio. Estaba dispuesto a derrotar la sequía con sus propias manos y con su coraje.

Otros treinta millones de hombres —casi un tercio de la población brasileña— que poblaban los 1.600.000 km² de aquella región, llamada por los burócratas de la capital el «cuadrilátero del hambre», estaban ese año atenazados por la sequía. Aquella tierra había constituido siempre el mayor problema de Brasil. A pesar de las obras hidráulicas gigantescas, las irrigaciones aparecían como escasas manchas verdes, pequeños puntos en medio de la extensión grisácea. El único recurso contra ese interior despiadado seguía siendo, en definitiva, vaciarlo de una población a la que ya no podía alimentar.

Desde su choza, los Eustaquio empezaron a ver grupos de *flagelados*, como se denomina en Brasil a las víctimas de la sequía, recorrer los caminos en medio de nubes de polvo. Durante sequías normales, de quince a veinte mil familias, obligadas a vender todos sus enseres, emigraban; en años malos, más de cien mil. Unas querían llegar a la costa, otras intentaban la gran aventura de la Amazonia, o seguían la ruta de las megalópolis industriales del sur, como São Paulo o Rio de Janeiro, donde la renta media por habitante era diez veces mayor que en el Ceará.

A la choza de los Eustaquio llegaron noticias de almacenes y tiendas saqueados por hordas de campesinos famélicos. El último de esos ataques había culminado en un violento enfrentamiento con las fuerzas del orden, con muertos y detenciones. El padre de Alfredo, angustiado porque sus ahorros menguaban rápidamente con la compra de comida para las reses, tenía que añadir la preocupación de no ser asaltado cada vez que veía llegar a alguien por el camino. Se habituó a coger la escopeta de caza y apuntar a los flagelados hasta que pasasen de largo.

Los viajes con las reses hasta el abrevadero eran extenuantes, sobre todo el regreso bajo un

sol infernal y un aire abrasador. Alfredo y su padre se turnaban para atenderlas. Mientras uno las conducía, el otro se dedicaba a cazar algún pájaro, armadillo o puercoespín, lo que pasó a constituir la base de la alimentación familiar. La abuela seguía rezando novenas y hasta prometió una peregrinación a la ciudad santa de Canindé para hacer una ofrenda a San José cuando llegasen las lluvias. La madre, cada día más enjuta, se limitaba a efectuar las tareas domésticas y a reprender a sus hijos. Aunque seguía convencida de que las reses se habían convertido en una peligrosa carga para la familia, no insistió más en que su marido se deshiciese de ellas. El fatalismo se había adueñado del ambiente del rancho. A mediados de marzo ya nadie hablaba en la choza de los Eustaquio, de por sí parcos de palabras. Apenas un gemido o un gruñido salía de la boca de los adultos. Hasta el griterío de los niños fue disminuyendo. El agua del rocío no les bastaba para seguir haciendo bueyes de barro que luego secaban al sol. Era como si cada uno conservara celosamente sus escasas energías para sobrevivir a la canícula. Las respiraciones, el zumbido de las moscas y el crepitar del fuego acabaron siendo los únicos sonidos que delataban vida en aquel rincón del sertón.

El 20 de marzo ocurrió el prodigio. Ya lo había dicho la abuela: si llueve en San José, no habrá sequía. La mañana del 19, los Eustaquio vieron gordos nubarrones negros invadir el cielo. Niños y adultos salieron en silencio. Miraban hacia arriba como si fuesen víctimas de una alucinación. Aunque aquella mañana no habría comido más que de costumbre, el perro pareció resucitar. La pareja de reses daba vueltas en el corral. La vaca levantaba el hocico y lanzaba fuertes mugidos. El viento se levantó y matas de *caatinga* volaban por la llanura, estrellándose contra las rocas y los árboles. El polvo cegaba la vista. El padre de familia sonrió por primera vez desde el último chaparrón, hacía más de un año. Sólo la madre mantuvo su habitual seriedad. Regresó al interior de la choza, donde el viento sacudía las telarañas. Aquella mañana de cielo aborregado, Alfredo decidió no llevar las reses al abrevadero, convencido de que pronto la laguna volvería a llenarse. Se abandonó a sus sueños. El sertón resucitaría, el ganado engordaría, el riachuelo volvería a ser cauce de vida y, sobre todo, no sería preciso ir a la guerra para poder comer. Sus hermanos, hermosos y rubicundos, jugarían alegremente con los animales de la casa. Su madre vestiría ropas finas y el padre fumaría cigarros puros mientras contemplaba las vacas en el corral. Y él sería el capataz de aquella finca familiar, el señor de su mundo. Como Alfredo, millones de nordestinos recobraban la esperanza a medida que el cielo de aquella estepa calcinada se cubría de nubes. Los que huían hicieron un alto en el camino. Los hambrientos y los numerosos enfermos que la sequía había fulminado miraban al cielo, desconcertados. Las campanas de las iglesias lejanas, donde fieles y devotos se preparaban para la Acción de Gracias, repicaban alegremente. Comerciantes avispados ponían a la venta figuritas de San José y de Santa Lucía, fotografías enmarcadas del manantial de Canindé donde la Virgen había hecho sus apariciones, e imágenes del santoral al que tantos habían pedido socorro. En la choza de los Eustaquio, la abuela se quitó el rosario que utilizaba como collar y, apretando las cuentas, comenzó su letanía.

A media tarde, sin embargo, los rayos de sol aparecieron por un hueco entre las nubes, la tormenta se disipó, el viento se calmó y los animales recobraron su habitual apatía. Alfredo sintió miedo. Su padre salió de la choza con los labios apretados, expectante. La abuela interrumpió el rosario y los más pequeños preguntaron cuándo empezaría la lluvia. La madre seguía con su tarea habitual, restándole importancia a los caprichos del tiempo. Al atardecer, las nubes color de

sangre se habían llevado la esperanza de miles y miles de campesinos agobiados. Todo volvía a ser como antes. Los Eustaquio se fueron a acostar, como tantos otros, con el corazón en un puño, temiendo las pesadillas que agitarían sus sueños. No había llovido en el día de San José.

Sin embargo, de madrugada, el fragor de los primeros truenos sacudió la choza como si fuese de papel. Por el hueco a la altura de su hamaca, Alfredo vio abultadas nubes recorrer el cielo a gran velocidad. Los rayos incipientes iluminaban la llanura negruzca a intervalos cada vez más cortos. Los pequeños se despertaron sobresaltados en una cacofonía de gritos y llantos. Alfredo y su padre fueron al corral para cerciorarse que estaba bien trancado, ya que los bueyes se agitaban, enloquecidos. El perro les siguió, ladrando y refugiándose entre las piernas de sus amos después de cada trueno. Una cortina de agua cayó de repente, inundándolo todo. Los niños salieron desnudos al diluvio. Alfredo y su padre no podían ocultar la emoción de sentir el agua del cielo, cristalina y pura, resbalar por sus mejillas, por sus cabellos, por sus cuerpos doloridos de tanto sol y polvo. Todos, menos la abuela, tenían la sensación de un nuevo bautismo a cielo abierto. La vieja hubiera preferido que la tormenta estallara unas horas antes, en el día de San José. Entonces hubiera sido el inicio de un invierno tardío.

La visión que Alfredo tuvo, al alba, parecía un truco de magia. El campo estaba recubierto de un plumón verde claro. La tierra cenicienta se había convertido en barro color pardo. El caudal del arroyo se oía con nitidez. Un gigantesco arco iris abarcaba la llanura hasta las montañas del interior. Una sola noche había bastado para que la tierra recobrara su aspecto de fertilidad, como si la sequía sólo fuese un mal recuerdo de un pasado lejano. En pocas horas la vegetación había brotado por todas partes; los insectos pululaban y el trinar de los pájaros era más agudo que de costumbre. Y, sobre todo, había agua en la laguna.

Alfredo Eustaquio estaba lejos de imaginar, en aquel fallido invierno de 1942, que las consecuencias de un conflicto que se extendía al otro lado del mundo, en la cuenca del Pacífico, cambiarían su vida para siempre. Los japoneses, a principios de año, habían invadido las colonias inglesas de Malasia y Borneo. Este hecho no hubiera revestido especial importancia para los campesinos del Nordeste brasileño que sobrevivían a duras penas a la sequía, de no ser porque las colonias asiáticas albergaban ricas plantaciones de *hevea*, el árbol cuya savia —el látex— constituía la base del caucho. A partir del ataque a Pearl Harbor, el 97% de las plantaciones cayeron en manos niponas, privando a los mercados occidentales del abastecimiento de casi toda su goma elástica. Este material, utilizado por las tribus de América del Sur desde la noche de los tiempos, se había convertido a finales del siglo XIX, después de que un veterinario de Belfast llamado John Dunlop fabricase el primer neumático para ayudar a su hijo de diez años a ganar una carrera de bicicletas, en una materia prima tan necesaria y codiciada como el acero o el petróleo.

En los conflictos armados del siglo XX, el material básico de aquel «tubo de goma de las Indias y de tejido» patentado por John Dunlop pasó a ser un *nervio de guerra*. El desgaste era tal durante el segundo conflicto mundial, que una comisión designada por el Presidente Roosevelt dictaminó que la escasez de caucho, material estratégico de primer orden, era la mayor amenaza para la seguridad de la nación y el éxito de la causa aliada. El informe también mencionaba que los neumáticos de los vehículos civiles se gastaban en una proporción ocho veces mayor que aquella en que eran sustituidos. De seguir así, la mayoría de los automóviles pronto dejarían de circular y, vaticinaba la comisión, en 1944 veintisiete millones de vehículos tendrían que ser abandonados en Norteamérica.

Siguiendo las recomendaciones del informe, el Gobierno de los Estados Unidos racionó inmediatamente el consumo de caucho. El 1 de febrero de 1942 se prohibió la fabricación de todos los artefactos de goma, salvo algunos artículos indispensables para la victoria final, como los preservativos. Paralelamente, los americanos intensificaron al máximo su programa de compra de caucho, así como su producción e investigación. Construyeron un inmenso complejo industrial para conseguir goma sintética, pero la calidad dejaba mucho que desear. Las investigaciones necesitaban un tiempo que la guerra no podía conceder. Temiendo un auténtico colapso civil y militar, las autoridades norteamericanas volvieron la vista hacia el lugar que había dado al mundo la preciada sustancia y que constituía la mayor reserva de caucho natural del planeta: la selva del Amazonas, de la cual un 60% pertenece a Brasil. Allí, calcularon los expertos, existían trescientos millones de *heveas*, capaces de producir 800.000 toneladas anuales.

Las autoridades norteamericanas y brasileñas urdieron un plan para aumentar la producción de caucho y, de paso, desarrollar la región amazónica, sumida en la apatía más absoluta desde que

los ingleses quitaron a Brasil el monopolio que tenía sobre la preciada materia. El plan se llamó la «Batalla del Caucho». Como el mayor obstáculo radicaba en la falta de trabajadores, los funcionarios de Rio de Janeiro pensaron en traerlos del Nordeste seco, empobrecido y superpoblado, como ya había ocurrido a mediados del siglo XIX cuando las selvas fueron invadidas por los primeros *seringueiros* (caucheros). Para que cada trabajador del caucho se sintiese como un genuino soldado de un nuevo frente, empeñado en una batalla no menos ardua que la que se libraba en Europa, se organizó una compleja y ambiciosa campaña de propaganda de cara a formar las divisiones de un peculiar ejército conocido como el «Ejército del Caucho».

* * * *

En las llanuras quemadas del Ceará, la tormenta no había señalado el principio del invierno, como habían deseado Alfredo y todos los paupérrimos habitantes de aquella tierra, sino que había sido un hecho aislado, una especie de broma cruel. La abuela, al final, siempre tenía razón.

La idea de sumarse a las columnas cada vez más numerosas de *flagelados* rondaba a todos los miembros de la familia Eustaquio, pero nadie hablaba de ello. Padre e hijo se limitaron a hacer una peregrinación a Canindé con los demás habitantes de la aldea. Salieron de noche, llevando piedras y trozos de roca a sus espaldas en señal de penitencia, cantando letanías e iluminando la desolación del sertón con sus antorchas de aceite. Pero el cielo se mostraba inflexible. Cuando Alfredo le sugirió abandonar la granja calcinada, su padre le contestó que la tierra es como una madre y no se la deja de querer por vieja y seca.

Pasó el tórrido verano. De noche, miríadas de murciélagos revoloteaban alrededor de las reses enflaquecidas. Jaguares hambrientos rondaban el corral. Era preciso montar guardia y ahuyentarlos con la horquilla o con una antorcha, ya que en caso de disparar y fallar el tiro, el animal atacaba. A finales de septiembre, el joven Alfredo padeció de «falsa ceguera», una enfermedad resultante de la exposición prolongada al brillo deslumbrante del sol. Durante unos días no pudo ver las reses apoyadas en troncos resecos, o acercándose tambaleantes hacia él, suplicando misericordia en un coro de tristes mugidos.

Una mañana de octubre, el buey no consiguió ponerse sobre sus patas. Exhalaba una respiración ronca que levantaba una nubecilla de polvo en el suelo. El padre de familia le examinó la piel cuarteada. Sin mediar palabra, fue al interior de la choza, regresó con su machete y mató al agonizante animal en presencia de los niños harapientos y sucios que miraban sin comprender. Alfredo ayudó a trocearlo y a continuación su madre preparó la carne en salazón y la puso a secar colgada del techo de la choza.

La granja llegaba al final de su existencia y todos lo sabían. La abuela rezaba ahora para morir, con el fin de evitar una carga más a la familia. Los días transcurrían en el tedio más absoluto. Los mayores temían que surgiese algún brote de enfermedades como el tífus o la disentería. La escasez de agua había reducido la higiene al mínimo; piojos y chinches dejaban ronchas encarnadas en la piel de los niños. Alfredo, ocioso, se sumió en una melancolía apática. Su padre, en el duelo que mantenía con aquella sequía, se resistía a claudicar. Sin embargo, para

evitar un mismo final a la vaca, tuvo que tomar la decisión de venderla, a sabiendas de que a partir de entonces sería un *fazendeiro*^[2] sin ganado, propietario de unas tierras únicamente aptas para dar cobijo a las serpientes. En aquellos días sólo abrió la boca para pedir a su hijo que llevase la vaca al matadero de la aldea. Con el dinero de la venta, le mandó comprar harina, sal, una botella de queroseno, un saco de alubias y un corte de tela.

Aquel viaje a la aldea daría un giro definitivo a la vida de Alfredo Eustaquio. Después de varias horas de caminata por senderos llenos de espinos, pisando el barro agrietado que quemaba sus pies, fue directamente al matadero y vendió la escuálida vaca por una décima parte de lo que le hubieran dado un año antes. Luego, con el corazón encogido, recorrió las tiendas y los puestos, se cercioró de que el queroseno no estaba mezclado con agua y miró varias telas, temeroso de ser engañado. Aquel día, la miseria a la cual su familia se había acostumbrado le parecía una carga más pesada que de costumbre, contrastada con la cantidad de género y de riqueza que existía en la ciudad. Quizá por eso las palabras de un hombre corpulento y bien vestido, que se dirigía a una multitud ociosa y andrajosa en la plaza del pueblo, llamaron poderosamente su atención. Se trataba de un funcionario de un organismo recién creado por el Gobierno, el SEMTA (*Serviço de Mobilizaçãode Trabalhadores para a Amazonia*), de gira por el Nordeste. El hombre hablaba del esfuerzo mundial para ganar la guerra contra la tiranía, de los héroes que se fraguaban a sangre y fuego en el frente de batalla, de un futuro brillante para la patria. Alfredo nunca había oído hablar a alguien con tanta convicción y de manera tan articulada. Le escuchaba con avidez, fascinado de ver cómo las puertas del mundo se abrían ante él. «Hoy la guerra del Pacífico está forzando a las naciones a regresar a las selvas. Nos piden nuestra colaboración leal y decidida en pro de una batalla que sólo nosotros, brasileños, podemos ganar: ¡la batalla del caucho! Estáis todavía a tiempo de abandonar una vida de miseria y privaciones... ¡Acudid al Amazonas, donde no hay un solo día sin lluvia, donde existe la certeza de que lo plantado hoy crecerá mañana, donde las bolas de caucho sólo esperan a ser recogidas por vosotros en las ramas de los árboles!... ¡Ingresad valientemente en las selvas y convertíos en heroicos soldados del caucho!... ¡Apuntaos a este ejército glorioso!».

A continuación, el hombre sacó de una bolsa el uniforme de aquellos soldados: pantalón de tela de saco, sombrero de paja de ala ancha, blusa de algodón, pechera y mochila. Enumeró las condiciones del contrato: el transporte y el alojamiento durante el viaje corrían a cargo del gobierno, la asistencia médica sería gratuita para el *seringueiro* y su familia, y además tendrían derecho a una pensión gracias a un fondo proporcionado por los norteamericanos. El gobierno, proseguía el hombre ante aquellos famélicos campesinos, se responsabilizaba del contrato de trabajo, para no repetir los errores de antaño y evitar así la tan criticada compra de hombres en el pasado. Con su voz estentórea, el reclutador terminó diciendo que aquellos que fuesen a producir caucho no tendrían que ir al frente en los campos de Italia. Aquella dispensa fue la manera más eficaz que las autoridades encontraron para disponer de una cuantiosa fuerza de trabajo.

Era más de lo que Alfredo podía esperar. Aquel reclutador bien trajeado, esa aparición divina, le había dado en cuestión de segundos una dirección a su vida. Feliz por haber encontrado remedio a la angustia de ser joven en un lugar sin porvenir, Alfredo dio rienda suelta a su imaginación y por un momento pensó que también él podría ser un héroe. Se vio condecorado en medio de la selva por alguna acción que no acertó a discernir, se vio en aquel enjambre de vegetación, lleno de riquezas ocultas y de increíbles oportunidades, que debía de ser la Amazonia.

¿Qué más podía esperar de la tierra calcinada del Ceará? ¿Dónde se encontraba el porvenir, sino en los gestos aterciopelados y en la voz grave de ese mensajero de Manaus? Al finalizar el discurso, el muchacho se abrió paso entre la multitud para ponerse en la fila de los que se alistaban. Era inútil consultar con la familia. Había tomado su decisión y nada en el mundo le haría cambiar de parecer. Al igual que su padre, él también probaría suerte en las profundidades de la selva. Y se libraría del campo de batalla.

* * * *

«Las fiebres, el látigo para los que no recogen suficiente caucho, todo eso es de tu época. La esclavitud ha terminado», dijo Alfredo a su padre cuando éste puso objeciones a los designios de su hijo. El viejo sabía de lo que hablaba. Había trabajado seis años en el río Purús por cuenta de un patrón —*seringalista*^[3]— de Belem. Recordaba los insectos, el alcohol, las serpientes, los malos tratos, el beriberi, el tifus, la falta de mujeres, las expediciones para cazar indios que luego encadenaban y obligaban a trabajar; la malaria que diezaba a los seringueiros, el endeudamiento y, sobre todo, la falta de libertad. Su hijo le recordó que gracias a sus años en la selva había podido regresar, comprar unas tierras y casarse. «Fui una excepción», insistió el viejo, consciente de que historias como la suya habían animado a otros infelices a emprender la gran aventura de la Amazonia.

Fue la excepción que confirmaba la regla: salir pobre y volver con vida de la Amazonia era imposible. Pero explicárselo a su hijo fue totalmente inútil. Aunque el hombre no estaba en condiciones de ofrecerle una alternativa mejor, le pidió que esperase hasta el día de Santa Lucía. La tradición mandaba poner, la víspera del 13 de diciembre, seis montículos de sal en la ventana. Por la mañana, si el primer montón estaba húmedo, era señal de que llovería en enero; si el segundo, en febrero... y así hasta el final de los seis meses de invierno. Alfredo, de carácter dócil y respetuoso del parecer paterno, esperó pacientemente. El día indicado, mientras dormía en su hamaca, su padre, inquieto y nervioso, pasó la noche fumando en el porche. Ya había perdido las reses, ahora estaba a punto de perder a su hijo. Cuando los primeros rayos despuntaron al amanecer y cuando los primeros llantos rompieron la quietud de la noche, padre e hijo se acercaron a la ventana. Los seis montones de sal estaban secos.

Dos días más tarde, cuando Alfredo se despidió, su padre le entregó una imagen de san Francisco de Canindé, patrón del Ceará, y le deseó felicidad. Alfredo guardó la imagen junto a sus documentos y, sin mediar palabra, le abrazó. Después le tocó el turno a sus hermanos, uno a uno, hasta llegar a la abuela, que le dio la bendición. Alfredo se acercó a su madre, que se esforzaba por contener las lágrimas, y la besó. Luego emprendió un viaje que le llevaría al extremo oeste de su inmenso país, en la frontera con Perú y Bolivia, y le haría recorrer una distancia equivalente a la que separa Moscú de Lisboa. Al agitar el brazo desde el sendero polvoriento que tantas veces había recorrido con las reses, tenía la íntima convicción de que volvería a verles en un futuro próximo y glorioso.

«Construir la victoria y recuperar la Amazonia, la gran tarea del *seringueiro* de Brasil», rezaba un eslogan en la entrada de Fortaleza, capital de Ceará, una pequeña ciudad construida por los holandeses alrededor de un fuerte a finales del siglo XVII. El cartel, lo primero que Alfredo vio de la capital de su Estado desde el camión del ejército que le llevaba a la costa, representaba a un cauchero extrayendo látex de un hevea como si fuese una manguera de agua. «¡Qué suerte la mía!», pensó al verse en el lugar de aquel trabajador con aspecto saludable y sonriente a quien le bastaba pinchar un árbol para ganarse el sustento. Poco después vio el mar por primera vez, y se emocionó. Esas aguas no sólo eran sinónimo de libertad, sino también la antesala de la prosperidad. Pensó en su familia, pero no se dejó llevar por la nostalgia. Estaba eufórico.

A finales del año 1942 había en Fortaleza treinta mil afectados por la sequía esperando una oportunidad de viajar. La mayoría vivía en las calles, otros se apiñaban en los *Pousos* donde la promiscuidad de hombres, mujeres y niños era total. La promesa de una vida mejor les impedía ver las piedras en la sopa, el arroz convertido en una masa dura e incomible, los enfermos que temblaban de frío en medio de un calor asfixiante. Como Alfredo figuraba en las listas del SEMTA, al cabo de sólo dos días de espera fue conminado a embarcar en el carguero *Poconé*. El barco zarpó hacia Belem al anochecer para evitar los submarinos alemanes que se acercaban a la costa brasileña y disparaban contra los navíos de cabotaje. Poco acostumbrado a las multitudes, Alfredo estaba aturdido por el gentío que hormigueaba en cubierta, por todos aquellos viajeros que, igual de desamparados, buscaban un rincón donde instalarse. Los niños se preparaban para dormir en el suelo o en los pliegues de las faldas de sus madres. Alfredo vagaba por cubierta, teniendo cuidado de no pisar a nadie. Ni siquiera pudo encontrar sitio en la borda para ver zarpar el barco. Después de pasar varias veces por la proa, un muchacho le hizo una señal para cederle un sitio a su lado.

—*Muito obrigado*... (Muchas gracias) —dijo Alfredo al sentarse.

—¡Vaya ejército!... Un poco más y nos toca hacer de niñeras —comentó el muchacho mirando a los chiquillos que, arriba, correteaban alrededor de la chimenea.

Apoyado contra las cadenas del anda y con el ruido del motor de fondo sobre el cual se oían los carraspeos, las tosiduras, los llantos y los escupitajos de aquella multitud de náufragos de la sequía, Alfredo contemplaba el atardecer que teñía de rojo la sierra de Mucuripe. Tenía la sensación de que el mundo le pertenecía.

—Vamos a celebrar la partida —dijo su compañero sacando una botella de *cachaça*^[4] de su mochila—. Me llamo Pedro de Oliveira —le dio la mano—. Soy de Quixeramobim... —era una aldea distante unos cien kilómetros de la de los Eustaquio.

Yo soy de Crato... —dijo Alfredo, alegrándose de haber encontrado a alguien con quien

compartir las incomodidades del viaje. Alfredo no se atrevía a decir que nunca había probado la *pinga*. Haciendo de tripas corazón ante el fuerte olor a alcohol, bebió un trago e hizo un gran esfuerzo para disimular sus ganas de toser. Al cabo de unos instantes sintió los primeros efectos. Se levantó y se tambaleó—. El barco se está moviendo...

—El barco no se mueve, eres tú quien se mueve...

Alfredo cayó al suelo, ante las risotadas de los demás.

—¡Ves cómo se tambalea! —exclamó convencido.

Pedro de Oliveira era unos años mayor que Alfredo, fuerte y corpulento. Tenía la piel oscura, ojos claros y una pelambreira negra espesa y rizada. Su risa era franca y potente. Al contrario de Alfredo, que había vivido protegido del mundo por la figura paterna, Pedro había tenido que ganarse la vida desde la infancia. De sus años de calle había adquirido cierta desenvoltura y, sobre todo, una profunda aversión a todo lo que sonaba a autoritario. Por eso no hizo caso de las advertencias del marinero que le ordenó apagar su cigarrillo. Estaba prohibido fumar, pues era necesario mantener el navío, al que escoltaba un dragaminas, en la oscuridad más absoluta. Pedro lo volvió a encender, escondiéndolo entre sus manos. Así, como dos adolescentes temiendo ser descubiertos, Alfredo Eustaquio y Pedro de Oliveira se contaron sus vidas.

Todas las historias de nordestinos se parecían. Sólo variaba la intensidad de la tragedia que les había tocado vivir a cada uno. En el caso de Pedro, su familia había sido diezmada ocho años atrás por una epidemia de hepatitis, consecuencia de la insalubridad de un pozo que la sequía había convertido en lodo. De dieciséis sólo se habían salvado cuatro hermanos que tuvieron que dispersarse por la vasta geografía del sertón para poder sobrevivir. Pedro acabó en la ciudad porque era «lo más lejano al páramo» y porque un familiar que allí vivía le consiguió cobijo y trabajo. Empezó de bracero, después fue vaquero, aprendiz de mecánico y, al final, dependiente en *El Imperio del Fazendeiro*, una tienda de productos del campo que la sequía de aquel año había obligado a cerrar. Poco después de encontrarse en la calle le llegó la convocatoria para alistarse en el ejército e ir a Italia. Estaba a punto de hacerlo cuando surgió la campaña del caucho. Como tantos otros, vio la oportunidad de saciar su sed de aventura en un nuevo El Dorado, algo que la leyenda había alimentado en la mente de todo brasileño: «No iba a desdeñar una oportunidad como ésta... ¡Viaje pagado, comida pagada, médico pagado... y hasta una pensión que nunca nos pagarán!», vaticinaba entre risas.

Estaban tan excitados que no durmieron hasta el amanecer. La campana que anunciaba la comida les despertó. El menú consistía invariablemente en *feijão*^[5], que dos marineros vaciaban en grandes marmitas de agua hirviendo, sin lavar y sin añadir verdura o condimento alguno. A la mañana del segundo día se formó un gran alboroto cuando los marineros divisaron con sus prismáticos un punto en el horizonte, ya que todos pensaron que eran los temibles submarinos alemanes. Pero sólo se trataba de un avión que venía a escoltar el dragaminas «con dos torpedos debajo de las alas», según la descripción de los pasajeros. Por la tarde, el clima y el paisaje de la costa cambiaron en cuestión de una hora, como por encanto. El color amarillento de la *caatinga* dio paso a un ribete verde oscuro. El calor se hizo más pegajoso e intenso. Gruesos cúmulos se alzaron en la bóveda celeste como torres gigantescas que el sol del atardecer iluminaba de azul, de rosa y de oro. El *Poconé* empezó a cabecear.

El agua. El júbilo de haber dejado atrás años de sequía pertinaz. La lluvia que fecunda la naturaleza lujuriente. Las primeras gotas, cálidas y gordas, que recibieron con los ojos cerrados.

El cielo que se oscureció. Una ráfaga formidable. Una oleada de nubes negras que sumió el mar en las tinieblas. El interminable fragor del trueno y los niños que se agarraban llorando a las faldas de sus madres. Y de pronto, el diluvio. Una cortina de agua se abatió sobre el mar, sobre el barco, sobre aquellos campesinos sucios de polvo y sudor. Los rayos se sucedían a intervalos cada vez más breves. Los truenos descargaban su electricidad con tal violencia que más de un pasajero pensó que los alemanes les estaban finalmente torpedeando. A la alegría sucedió la angustia de perecer ahogado. Abrazando la batayola con todas sus fuerzas, Alfredo y Pedro presenciaron cómo un hombre era arrastrado por una ola y desaparecía entre la espuma sin que nadie pudiese socorrerlo. Aquella víctima anónima de la batalla del caucho hizo cundir el pánico en el barco. Pero ni siquiera sus gritos se oían, ahogados por los rugidos del mar. La gente se aferraba a lo que podía, sin cuidar de sus pertenencias, que eran pisoteadas entre agua y vómito. Nada podía asustar más a aquellos campesinos acostumbrados al silencio y a la aridez que la cólera de aquel mar embravecido. Entre truenos y viento, parecía que las grandes lluvias ecuatoriales iban a tragarse el carguero. Era como si Dios y la naturaleza hubieran declarado la guerra a los hombres. Convencidos de que el diluvio terminaría por sumergirlo todo, los pasajeros se prepararon apresuradamente para la vida eterna: relicarios, rosarios, cruces... todos sacaron sus objetos de devoción. A cada chasquido del barco, Alfredo se encomendaba a la imagen de San Francisco que le había regalado su padre. Mareados y aterrorizados, aquellos campesinos que venían de la sequía nunca hubieran imaginado que se podía seguir vivo en medio de tanta agua. No sabían que el Amazonas es más que un río, es como una sociedad de rías gigantescas que termina en un mar de agua dulce sacudido por tormentas apocalípticas. El mayor de los ríos, en su embestida contra el océano, llevaba al paroxismo su furor de gigante. Precisamente en aquel lugar había sido descubierto cinco siglos antes por Vicente Pinzón, al darse cuenta que estaba navegando sobre agua dulce en alta mar. Todo había sido siempre singular con el rey de ríos, hasta la manera en que fue descubierto antes de ser visto.

De repente todo cesó. La lluvia paró, el viento amainó, el sol volvió a salir entre las nubes. Con la misma rapidez con que se había desatado, la tormenta pasó. Todo volvía a ser como antes, excepto el número de pasajeros. El balance de la tormenta había sido trágico: cinco desaparecidos. Sus familiares buscaban por los recovecos del barco sin conseguir creérselo. Según la conversación de los marineros que Alfredo y Pedro pudieron escuchar, no era una cifra exageradamente alta. Para ellos, lo importante era el barco, y el *Poconé* no había sufrido desperfecto alguno.

Las lluvias, aunque nunca cesaron del todo, disminuyeron en intensidad durante la mañana del tercer día de navegación. El *Poconé* entró por fin en las aguas más tranquilas de la bahía de Guajará. Aquello era un auténtico remanso de paz. El tráfico de embarcaciones era cada vez más intenso: las típicas *gaiolas* (barcos de fondo plano típicos de la Amazonia) se cruzaban con las *vigilingas* (barcazas de tres mástiles), mientras las *ubas* (las piraguas indias) se deslizaban sobre las aguas marrones. Vista desde el agua, la ciudad de Belem parecía inmensa. Alfredo divisó el campanario de la Catedral de Nazaré, la plaza del Reloj y el edificio de la *Alfandega* (aduana), donde setenta años antes el jefe de la aduana había dado permiso a un inglés llamado Wickham para que su barco, que transportaba delicados especímenes botánicos para los jardines de Su Majestad la Reina, zarpase con destino a Inglaterra. El jefe de la aduana no podía imaginar que estaba siendo víctima del robo más audaz y lucrativo que haya existido jamás. El inglés no

especificó que todas las muestras botánicas pertenecían a una misma especie cuyo valor comercial era incalculable: setenta mil semillas de hevea de la mejor calidad. Tan insólito cargamento iba destinado a los jardines botánicos de Kew, cerca de Londres, desde donde un especialista en la adaptación de plantas a distintos climas lo mandó a Asia. Allí, los brotes de hevea crecieron en plantaciones provocando la caída de los precios del caucho y la ruina de la Amazonia pero sentando los principios de una pujante industria para el Imperio británico. Y ahora que la segunda guerra mundial les había privado de su riqueza, la Amazonia volvía a conocer una vitalidad desconocida desde el *boom* del caucho. Humildes campesinos, negociantes y políticos, todos confiaban en que pronto el oro correría como en los buenos tiempos.

Al desembarcar junto al mercado de *Ver-O-Peso*, Alfredo y Pedro permanecieron unos instantes despistados entre el mar de gente que iba y venía en todas direcciones. Nunca habían visto nada igual. Había montañas de peines, de navajas, de linternas, pirámides de *açaí* y de *cupuaçu* (frutas de la selva que los habitantes amazónicos usan en repostería y de la cual hacen un succulento licor), había montones de plátanos de todos los colores y tamaños; había candados, ropa, puestos de comida junto a tenderetes que vendían imágenes de Jesucristo o de alguna divinidad *candomblé*. Los dos amigos penetraron bajo una arcada en la que docenas de tenderetes vendían frascos llenos de perfume y ungüentos mágicos, más una variedad de secretos empleados en los juegos del amor: *jasmim da beirada*, *cumaru*, *verônica de Igapó*... Más allá se entraba en el mundo de las supersticiones amazónicas, hecho de leyendas indias mezcladas con creencias africanas y cristianas. Una negra desdentada prometió a Pedro salud y prosperidad si adquiría un ojo de *boto*^[6]. Pedro había pasado tanto miedo en el barco que no estaba dispuesto a despreciar ningún tipo de protección. A cambio de unas monedas, la mujer envolvió un ojo seco de delfín en una piel de serpiente, lo ató con una cuerda, hizo unos conjuros y le entregó el paquetito mágico. Luego señaló un objeto y le preguntó a Alfredo si no necesitaba una vagina de *boto* para asegurarse la fidelidad de su mujer. Alfredo miró y, entre cabezas disecadas de babuinos, vio un trozo de carne rosada y seca con una hendidura en medio, asombrosamente similar a una vagina de mujer. «Soy soltero», contestó negando con la cabeza.

* * * *

Era tal el caos y la desorganización de la batalla del caucho que desde hacía varios meses había cuatro mil hombres encerrados a las afueras de la ciudad, en el *Pouso de Tapana*, esperando algún patrón (*seringalista*) que les contratara y les llevara a la selva. Alfredo y Pedro habían llegado hasta allí en un camión que había cruzado las espléndidas avenidas de la ciudad para después encontrarse en un fangal frente a unos barracones carcomidos por la humedad. Los dos jóvenes tuvieron que sumarse a los prisioneros involuntarios e inútiles que abarrotaban aquel lugar infestado de mosquitos. Había cariocas de Rio de Janeiro, bahianos de Ilheus y de Salvador, pernambucanos de Recife; los había de todas clases, de todas las razas, profesiones y edades. Herreros, carpinteros, camioneros, obreros... Cansados de máquinas y seducidos por la oportunidad de conocer, a costa del gobierno, tierras y paisajes distantes, pagaban con aquel

infierno de confusión el precio de sus ansias de aventura.

Para los dos amigos, la vida en aquel lugar se hizo en seguida insoportable. Las frecuentes lluvias, el calor sofocante y los insectos les dejaron postrados en sus camastros. Belem siempre ha sido una de las ciudades más lluviosas del mundo, con una temperatura que nunca baja de 27 y con una humedad del 100%. Sin trabajo que desempeñar, sin un simple aparato de radio para luchar contra la melancolía del sertón y la nostalgia de los seres queridos, el *Pouso de Tapana* parecía un campo de concentración en lugar de un centro de hospedaje de inmigrantes. A causa del clima de arbitrariedad y de opresión, el 5 de abril había estallado un motín saldado con varios muertos. La prensa local no se dignó mencionar el incidente, pero un médico lo calificó en privado como «una lucha de ametralladoras contra hombres indefensos y desarmados».

La contratación de trabajadores, unida al militarismo y al cautiverio, se hacía todavía más difícil por la multitud de organizaciones, unas brasileñas y otras norteamericanas, todas hablando lenguas distintas, encargadas del esfuerzo de guerra en la Amazonia, hasta el punto que de los diez mil hombres traídos a Belem y Manaus, apenas novecientos habían sido encaminados a las selvas a principios del año 1943. Decididos a proseguir viaje, Alfredo y Pedro optaron por salir todas las mañanas hacia el centro para encontrar un *gato*, como se llamaba a los capataces de los *seringais*, que les contratase. Pasearon por las avenidas plantadas de mangos que proporcionaban sombra a los peatones y comida a los pobres. Unido a la riqueza del caucho y a que era la puerta de entrada a la Amazonia, Belem tenía un aire distinto a las otras ciudades de Brasil. El soberbio *Teatro da Paz* rodeado de un parque con arriates de flores tropicales recordaba una ciudad europea. Belem había estado siempre más cerca de Lisboa —a sólo seis semanas de viaje— que del Sur del país a causa de las corrientes y de los vientos marinos. Había iglesias portuguesas y magníficas mansiones de estilo francés e inglés cuyas fachadas *belle époque* se deterioraban poco a poco a causa de la humedad. Todavía quedaban, en sus espléndidas avenidas, en su red de tranvías y en su arquitectura sofisticada, restos de un próspero pasado de metrópoli cosmopolita.

Frecuentaban las calles jaraneras, detrás del puerto, donde muchachas con faldas color chillón esperaban detrás de las ventanas de burdeles de mala muerte a que algún cliente se decidiese a entrar. Por un vaso de *pinga* Alfredo y Pedro sacaban a bailar a las chicas hasta que el sudor les empapaba de pies a cabeza. Fue en uno de esos tugurios donde un hombre de mediana edad, cabello engominado, anillo al dedo y una tripa a punto de hacer saltar los botones de su camisa, les invitó a una cerveza. Se habían estado observando mutuamente los días anteriores y los muchachos habían pensado que se trataba de un chulo que vigilaba a sus chicas. En realidad era un *gato* dispuesto a cazar sus ratones.

—Vosotros os merecéis todas esas chicas, y más aún... —dijo el hombre—. ¡Pero me imagino que no tenéis ni un *cruzeiro*! —los muchachos asintieron con la cabeza. El hombre prosiguió—: ¡Habéis oído hablar del territorio de Acre?... Es allí donde se hace dinero hoy en día. Allí es todo *seringa* (caucho). Pinchas un árbol y ya está: la leche fluye a borbotones... —ambos amigos escuchaban embelesados—. Aquello es para gente como vosotros que no tiene miedo a trabajar, para gente honrada que quiera labrarse un futuro... —prosiguió antes de enumerar las virtudes de su patrón—. El *seringalista* para quien trabajo es un hombre serio y bueno, sabedor de que se trabaja más y mejor si se está contento...

—¿Y qué hay que hacer para que nos contrate? —se aventuró a preguntar Alfredo.

—Firmar esto. Mañana mismo podéis embarcar.

Los dos chicos se miraron mientras el otro sacaba unas hojas arrugadas del pantalón. Alfredo estaba dispuesto a poner una cruz sobre aquellos papeles pero Pedro le detuvo. Frunció el ceño y se concentró tanto que parecía que su alma se había metido entre las líneas. «¡Sabe leer!», pensó Alfredo, como si hubiera descubierto un don sobrenatural en su amigo. El *gato*, acostumbrado a tratar con analfabetos, también estaba extrañado. Al final Pedro sentenció:

—Éste no es el contrato del SEMTA.

«¿Qué importará el contrato?», pensó el hombre. Les explicó que el contrato era una mera formalidad, que en la selva los papeles no servían para nada y que estaba dispuesto a firmar uno del gobierno si así lo deseaban. Pedro se lo agradeció.

—Mañana a la misma hora estaré aquí con los contratos —prometió.

—El *gato* alzó los hombros y les vio alejarse por la calle: «Menudo gallito...», dijo entre dientes, antes de meterse de nuevo en el tugurio.

—Claro, como tú sabes de letras y puedes hacer el trabajo que quieres... —le dijo Alfredo— puedes darte el lujo de ponerle pegas al *gato*. Pero yo no. Yo hubiera firmado ya.

—Estás loco —le respondió Pedro, mientras se derretían de calor caminando a toda prisa hacia el *Pouso*. Pedro había oído hablar de las terribles condiciones de explotación en los seringales de la selva, algo que Alfredo, a pesar de las advertencias de su padre, se obstinaba en ignorar. Pedro sabía que los únicos en ganar dinero eran los intermediarios comerciales^[7] de Belem y Manaus, que mandaban comida, herramientas, queroseno y armas al patrón —*seringalista*—. Éste, a su vez, vendía la mercancía a sus empleados —los *seringueiros*—, a cambio del caucho recolectado. Hinchaba los precios a su libre albedrío, aludiendo al coste del transporte. El cauchero, siempre endeudado, se veía forzado a seguir trabajando para seguir viviendo^[8]. Precisamente eso es lo que los norteamericanos, interesados sobre todo en aumentar la producción, querían evitar. Habían presionado al gobierno brasileño para que fuese creado un contrato que asegurase al seringueiro un mínimo de 60% del lucro de la producción con el fin de motivarle.

—Ése es el contrato que tenemos que firmar, ¿entiendes? —le dijo Pedro. Alfredo se rascó la barbilla; estaba avergonzado por haber dudado de la integridad de su amigo—. Además... —prosiguió Pedro— el contrato del gobierno permite cultivar hasta una hectárea de tierra en el seringal. El que nos enseñó el *gato* lo prohíbe.

Ambas imposiciones habían irritado bastante a los patronos. Si el 60% del lucro iba para el trabajador, los intermediarios se quedaban sin la parte del león. Si se autorizaba el cultivo de tierra, algo secularmente prohibido, el cauchero dispondría de autonomía y ya no mantendría una dependencia completa con respecto al dueño. En definitiva, si se otorgaba libertad al seringueiro, se acababa el negocio de los demás. Por eso los innumerables intermediarios de la sociedad de la selva, cuyos tentáculos seculares se extendían por millares de ríos y afluentes, boicoteaban las organizaciones encargadas del esfuerzo de guerra en la Amazonia. Los tecnócratas se encontraban entre dos mundos irreconciliables: de un lado un sistema feudal de explotación que había permanecido inalterable desde el siglo XIX, y del otro un mecanismo de guerra moderno que exigía cambios rápidos y profundos para ser eficaz. En medio de esa lucha estaban los miles de campesinos que aguardaban a ser contratados para ir a las selvas. Muchos *seringalistas* y comerciantes terminaban por firmar el contrato del gobierno porque en el fondo sabían que era imposible implementarlo. Ellos eran los únicos que podían controlar lo que ocurría en las grandes

e impenetrables selvas. De regreso al *Pouso*, Pedro hizo horas de cola, y consiguió dos ejemplares de contratos oficiales. Orgullo de las autoridades, aquellos papeles firmados en su mayoría con una cruz suponían para los soldados de aquella guerra singular visado de salida del centro de alojamiento y la garantía de una vida digna. En realidad no tenían más valor que las hojas de cualquier árbol de la selva.

A la mañana siguiente encontraron al *gato* en el mismo lugar. Le entregaron el contrato, el hombre estampó su firma rebuscada. En un acto de valor supremo, Pedro se atrevió a pedirle un adelanto. El *gato* no supo si tomárselo como una afrenta o un acto de locura. Sin siquiera contestar, sin el más mínimo trazo de la cordialidad de la víspera, se dio la vuelta y se dirigió hacia la barra donde sus próximas víctimas saboreaban sus cervezas heladas. Alfredo y Pedro se miraron unos instantes y rompieron en carcajadas. Hubieran querido correrse una juerga con las chicas antes de abandonar Belem, pero tendrían que dejarlo para el regreso. La vida era larga y pronto volverían con dinero, con mucho dinero ganado en la selva. De momento sólo les quedaba prepararse para el largo viaje hacia los confines de Brasil, remontando el Amazonas a lo largo de tres mil kilómetros, primero hasta Manaus, luego el sinuoso Purús —más largo que el Ganges— y finalmente el río Acre.

Alfredo y Pedro embarcaron varias horas antes de zarpar, con la esperanza de encontrar un trozo de barandilla libre para colgar sus hamacas. Los seringueiros habían bautizado este tipo de embarcación como *gaiola* (jaula). Tenían dos cubiertas y funcionaban a vapor. Bastante rápidas, gracias a su fondo plano, podían adentrarse en ríos estrechos y poco profundos. Sus pilotos solían ser antiguos caucheros reconvertidos a la navegación fluvial. La duración del viaje hasta Manaus era de unos diez días. Apiñados en cubierta junto a burros, gallinas y demás animales domésticos, en el límite de la línea de flotación, sin ninguna protección contra los chaparrones, los dos amigos, junto a un centenar de hombres que parecían una multitud de vagabundos más que una fuerza de trabajo, penetraron en el Amazonas. Su única distracción era beber *cachaça*, y terminaban por vomitar los unos sobre los otros. Al cabo de unas horas, la letrina se había atascado y los excrementos se habían esparcido por cubierta. La única fuente de higiene era un chorro de agua del río que salía por una tubería. Los ocupantes de los escasos camarotes, en el puente superior, eran hombres de negocios, patrones de seringal o funcionarios. En el comedor de arriba se servían platos cocinados y vinos finos. Los pasajeros bien vestidos escupían o tiraban las cenizas de sus cigarrillos por la ventana, ajenos al rebaño de hombres de la cubierta inferior.

* * * *

Hacia varios días que la *gaiola* navegaba río arriba, siempre bordeando la orilla para evitar las fuertes corrientes del centro. A esas alturas el rey de los ríos es un lago de agua dulce en el que es imposible divisar la orilla opuesta. Tanta agua corre cada día en su lecho como en el del Támesis en todo un año. La selva es un mar más impenetrable que el propio mar. Un marinero negro contaba historias de aviones estrellados a cinco minutos de vuelo de Belem y cuyos restos nunca habían sido encontrados. Científicos y exploradores que habían tenido la suerte de adentrarse en sus profundas oquedades habían vuelto fascinados. En sus mentes tenían grabadas imágenes inolvidables de nenúfares de un metro de diámetro, escarabajos de diecinueve centímetros de largo^[9], *castanheiras* de cuarenta metros de altura. Habían visto enredaderas como serpientes y serpientes que adoptan la forma de enredaderas; orquídeas que imitan el olor y los órganos sexuales de las abejas y al revés, plantas que exhalan un hedor a carne podrida para que las moscas vengán a polinizarlas. Uno de ellos contó cuatrocientas especies de insectos y hasta cincuenta especies de orquídeas en un solo árbol. Otro dedujo que en la selva no existe el más

mínimo hueco que no esté habitado por alguna forma de vida, y hasta hubo un alemán^[10] que calculó que cada paso dado por un hombre en el suelo amazónico aplasta mil seiscientos seres microscópicos. Inmóvil, muda, compacta, inflexible, tediosa y fascinante, la selva misteriosa dejaba una huella profunda en todos los que se adentraban en ella.

Alfredo no se cansaba de mirarla. Nubes de mariposas multicolores se posaban sobre las playas de arena blanca; bandadas de papagayos revoloteaban sobre aquel caos vegetal, sobre aquel enjambre feroz de árboles, lianas y matorrales aprisionados en un cuerpo a cuerpo silencioso. De abajo arriba, los árboles mostraban su miseria, sus parásitos, las consecuencias del agobio que les empuja a un esfuerzo desenfrenado para alcanzar los rayos de sol desde las profundidades del bosque. Algunos, aislados, crecen con una madera dura como el hierro, aunque la mayoría de esos colosos no son más que tubos envueltos en lianas que terminan por pudrirse. Los delfines rosas y blancos que de vez en cuando acompañaban a la embarcación parecían sonreír a sus pasajeros. De las endebles cabañas sobre pilotes saludaban hombres semidesnudos. Indígenas pintarrajeados se acercaban a la orilla para ver pasar las embarcaciones repletas de pobres diablos.

Sin embargo, el ensueño del joven Alfredo, favorecido por la brisa que aplacaba el calor y alejaba los mosquitos, no duraría mucho. Su compañero Pedro se encontraba mal. Cada vez que un calambre le retorció las entrañas, apretaba muy fuerte el ojo de *boto*, el talismán que llevaba en su mano. Aunque Alfredo había observado un cambio en el comportamiento de su amigo, que dejó de hablar, no podía imaginarse los esfuerzos que hacía para disimular sus retortijones. Pedro temía que el capitán, un *exseringueiro* de una delgadez extrema, piel apergaminada y fama de duro, le desembarcase. Las enfermedades contagiosas provocaban pánico. Pedro había oído que antaño los enfermos eran abandonados a su suerte a orillas del río, a merced de los buitres que volaban en círculo sobre los agonizantes hasta el momento del festín.

Alfredo le aseguró que si el capitán se decidía a desembarcarlo, lo haría en un puerto y no en medio de la selva. Pedro seguía negándose, consciente de que supondría el final de su andadura. Alfredo tuvo que atenerse a la voluntad de su amigo y no insistió más. Como único medicamento, le daba de vez en cuando unos tragos de *cachaça*. Al cabo de unos días, los calambres cedieron el paso a prolongados escalofríos, luego a una fiebre alta. Pedro se obstinaba en decir que no era nada, que pronto se le pasaría. Pero en aquel universo sin intimidad, ni los escalofríos ni el sudor excesivo pasaban inadvertidos. El rumor de que había un enfermo a bordo recorrió el navío y el piloto (al que todos llamaban Capitán) acabó por enterarse. Fiel a la costumbre centenaria, dio orden de desembarcar al enfermo en la próxima escala, que no era más que un claro en la orilla de la selva donde algunos de los soldados del caucho se aparearían para luego diseminarse hacia sus *seringais* respectivos.

Alfredo no era de los que abandonaban a sus amigos. Aquel paisano moribundo con quien había compartido tantas vicisitudes no se merecía un final así. De verse obligado a ello, Alfredo también bajaría a tierra. Pero antes estaba dispuesto a intentarlo todo para permanecer en el barco, por lo menos hasta llegar a un lugar donde hubiera asistencia médica. Con paso firme subió por las escalerillas al puente superior, cuyo acceso estaba totalmente prohibido a los parias de su clase. Irrumpió en el puente de mando, donde el Capitán estaba abrazado a una botella de pinga. Sacado de la sequía del Ceará y llevado a la humedad de la selva, le explicó Alfredo con voz entrecortada, el organismo de su «hermano», como se lo hizo creer, no había resistido aquel

brusco cambio de clima. El malestar era algo totalmente pasajero; él mismo lo había sufrido en Belem y ahora se encontraba bien. Antes de que un marinero corpulento le agarrase del cuello para echarlo, Alfredo suplicó al Capitán que le diese una oportunidad para que «su hermano» mejorase. El piloto, cansado de oírle o simplemente con ganas de seguir bebiendo, no contestó. Bebió un trago de su botella mientras las voces del muchacho se desvanecían por la galería.

Pedro no mejoró, sino al contrario. Su frente se humedecía sin cesar y sudaba tanto por todos los poros del cuerpo que parecía imposible que pudiese soltar tanta agua. Tenía un aspecto cadavérico. Le había crecido la barba, lo que acentuaba su delgadez, y unas profundas ojeras se dibujaron alrededor de su mirada acuosa. Un día se despertó con la piel cubierta de manchas rojas, excepto en las palmas de los pies y las manos, y una fiebre que le provocaba violentos temblores. Luego entró en un estado de estupor alternado con momentos de depresión. Alfredo procuraba darle ánimos, prometiendo no abandonarle, escondiéndole de las miradas de los tripulantes y mintiendo a los demás pasajeros sobre su estado. Si el Capitán no les mantenía a bordo por lo menos hasta Manaus, donde cabía la posibilidad de conseguir un médico, estaba claro que Pedro no sobreviviría.

«Un golpe de suerte...», pensó Alfredo, sin saber que aquello formaba parte del desarrollo normal de la temible enfermedad. En efecto, el día de la escala, cuando estaba previsto desembarcarles, la erupción de Pedro palideció, las manchas rojas se hicieron como lentejas rosáceas y la piel adquirió una apariencia casi normal. Aquello le hizo sentirse mejor, lo suficientemente bien como para disimular cuando varios pasajeros, ebrios de pinga, vinieron a pedirle que se preparase para desembarcar.

—¡Es lepra! —gritó uno de ellos al notar el salpullido en la piel.

—No, es tifus —dijo otro con aplomo.

—Estoy mejor, estoy mejor... —balbuceaba Pedro intentando incorporarse.

—¿No ves que lleva demasiados días con fiebre?... Si fuese tifus, ya estaría muerto... — exclamó un tercero. Cada uno intentaba diagnosticar la enfermedad, mirando de reojo al enfermo y manteniéndose a una distancia prudente.

Alfredo y Pedro nunca hubieran imaginado que iban a ser los propios compañeros de viaje, campesinos del Nordeste como ellos, los que más se ensañarían en expulsarles. En aquellas circunstancias no había solidaridad, sólo existía el miedo. Pedro, en su intento de mostrarse sano, quemó pronto sus menguadas energías y se quedó contemplando con ojos de desesperación a la horda de miserables que le condenaba a morir a orillas del río. La acalorada discusión subió de tono hasta que alguien se acercó a desatar la hamaca de Pedro. Entonces Alfredo tuvo que recurrir a la fuerza.

—¡Como alguien le ponga la mano encima...! —dijo y señaló el machete que había sacado de la mochila. Hubo un breve silencio en el que intercambiaron miradas de desafío.

—Nadie le quiere poner la mano encima... sólo queremos darle una patada en el culo para que contagie a las pirañas... —gritó un individuo desdentado apuntando a Pedro con su dedo gordo.

Un coro de risotadas le siguió y el cerco se estrechó. Alfredo esgrimía su arma, dispuesto a todo. Uno de ellos sacó también su cuchillo y le retó:

—A ver si eres tan valiente como pareces...

Se midieron. Los demás se limitaron a animar el combate. Alfredo recibió un par de cortes

poco profundos en las costillas, pero al ver tanta sangre pensó que estaba herido de muerte. A la desesperada, se abalanzó sobre su adversario y consiguió derribarle. Mientras el otro, entre amenazas e injurias, se debatía en el suelo, Alfredo le cogió por el cuello y le propinó una andanada de puñetazos en la cara y el torso.

Los demás se disponían a intervenir cuando la sombra del Capitán se recortó sobre la cubierta. Venía a comprobar el estado del enfermo para decidir su suerte. Se hizo un silencio total, interrumpido por el jadeo entrecortado de los contrincantes. El grupo se deshizo rápidamente.

—Ése nos va a contagiar a todos como siga aquí... ¡Tenía que haberlo tirado al agua, Capitán! —exclamó una voz.

El capitán se acercó al enfermo, se puso de cuclillas, le hizo varias preguntas y un rápido examen. Alfredo, sucio de barro y sangre, repetía aturdido:

—Está mejor, Capitán. Está mejor...

El piloto se levantó y sentenció con su voz áspera:

—Es tifus. Que nadie se le acerque.

Alfredo se quedó boquiabierto. Había oído hablar de ese mal transmitido por excrementos de piojo, que seguramente Pedro había pillado en un *Pouso* o en el *Poconé*. Los afectados solían morir tras dos o tres semanas en estado semicomatoso, si no les era administrado tratamiento adecuado y a tiempo. En una fracción de segundo se vio enterrando a su amigo en la orilla fangosa del Amazonas. No le quedaba ningún argumento válido para permanecer en el barco hasta Manaus. El diagnóstico había sido un veredicto inapelable. Para Pedro, era el final de todo. Estaba a la merced de aquel marinero de agua dulce que se tomaba por un Capitán de verdad, de aquel borrachín que tenía poder de vida o muerte sobre sus pasajeros.

—Hay que aislarle, quitarle las ropas y quemarlas —le dijo a Alfredo mientras daba la orden a sus marineros de desinfectar el navío con DDT. Luego se quedó mirando a Pedro que parecía un pájaro agonizante—. No os vamos a abandonar aquí —le aseguró antes de dirigirse a un marinero al que ordenó en voz bien alta—: ¡Les desembarcaremos en Manaus! —Se hizo un silencio tenso, pero nadie se atrevió a objetar las órdenes del Capitán. Fue tal la sorpresa que Alfredo, ensangrentado y sucio, quiso abalanzarse sobre el piloto en señal de agradecimiento, pero éste le detuvo en seco—. Es posible que tú también estés incubando la enfermedad —sentenció impasible.

Todos los presentes, incluidos los demás marineros, no entendían por qué el patrón del barco renegaba de la costumbre de librarse de los enfermos contagiosos, poniendo en peligro la vida de los demás. La compasión no era una cualidad por la cual se hubiera distinguido en el pasado. Tampoco la piedad, ni siquiera la generosidad. Aquel individuo era taciturno y sobre todo autoritario. Por eso nadie se atrevió a cuestionar su decisión. Los hombres regresaron a sus hamacas entre murmullos de protesta. El Capitán se volvió hacia Alfredo:

—Sígueme —le dijo. Subieron por las escalerillas y Alfredo entró de nuevo en la parte de arriba, esta vez protegido por la figura enjuta y protectora del piloto. Le pareció un auténtico paraíso... tan cercano y sin embargo tan inaccesible. El Capitán abrió el botiquín y le entregó una caja de medicinas—: Ten, que se tome cinco al día. Es cloranfenicol; le hará sentirse mejor. — Alfredo se deshizo en agradecimientos—. No me des las gracias. Es lo más normal del mundo no abandonar a un paisano en este infierno... Yo también soy de Quixeramobim —añadió.

Entonces Alfredo entendió lo que había ocurrido y, al bajar a cubierta con las pastillas, Pedro

se lo confirmó. Mientras le había examinado, el Capitán le había preguntado de dónde era. «Con tantos *seringueiros* del Ceará, nunca me he encontrado a nadie de mi pueblo», le había confesado el temible Capitán, conmovido por aquel encuentro inesperado. La nostalgia de un nordestino que ahogaba en alcohol la morriña del sertón había podido más que la saña de un grupo de hombres asustados.

Pedro llegó a Manaus al borde del coma, sin fuerzas para caminar, ni siquiera para ponerse en pie. También allí el Capitán les sacó de apuros, encargándose de pagar un taxi que les llevó desde los muelles abarrotados hasta el final de una avenida en el linde de la selva donde se encontraba la enfermería del SESP (*Serviço de Saúde Pública*), un barracón de madera infestado de moscas, con tejado de hojalata que resonaba como un guitarrón a cada aguacero. Algunos pacientes estaban tumbados en camastros pero la mayoría yacían en un mar de hamacas colgadas por doquier. Sin apenas ventilación, con escasas bombillas colgadas entre las telarañas del techo, sin mosquitero alguno y padeciendo continuos cortes de agua corriente, aquel lugar de sufrimiento en medio de la humedad asfixiante de Manaus parecía la antesala de la muerte. Las ratas se paseaban entre las alpargatas y los cubos llenos de vendas y restos de esparadrapo. Algunas trepaban por las paredes y roían las cuerdas de las hamacas, que terminaban por romperse con un chasquido seco, dando el pobre enfermo con sus huesos en el suelo. Durante el tiempo que les hicieron esperar en el porche, Alfredo y Pedro vieron llegar cuerpos ensangrentados, víctimas de reyertas en las calles pestilentes de aquella ciudad de la selva, con jirones de carne colgando o entrañas reventadas por alguna puñalada. También llegaban niños con los ojos en blanco, aquejados de malaria o de una disentería relámpago. Ellos eran las principales víctimas de aquel caos sanitario. Sus organismos debilitados por la enfermedad no resistían a la falta de higiene y, según el informe de un médico norteamericano que había salido escandalizado del SESP, «morían como moscas».

A pesar de la insistencia de Alfredo, preocupado de ver a su amigo consumirse como una vela, Pedro tuvo que esperar varias horas a que un médico le examinase. El personal no daba para atender a todos los pacientes que la malaria, el beriberi o la disentería fulminaban. Cuando por fin se le diagnosticó un tifus virulento, un individuo con bata blanca dio la orden de llevarle a una sala contigua donde las visitas y el acceso estaban absolutamente prohibidos. Pedro se opuso y empezó a agitarse; en aquel momento hubiera preferido cualquier chabola maloliente a aquel infierno. Pero ya era demasiado tarde. Mientras dos enfermeros se lo llevaban en una hamaca, Pedro lanzó una mirada de súplica a su amigo, que le prometió volver todos los días. Antes de entrar en el barracón donde se confinaba a los enfermos altamente contagiosos, Alfredo vio la mano de su amigo agitarse en señal de despedida y por un momento pensó que no le vería más.

Aquel barracón donde habían encerrado al joven soldado del caucho estaba repleto de casos de meningitis que las autoridades, cuya falta de sensibilidad rozaba el absurdo, ocultaban. El director de la Salud Pública del Estado había dado orden tajante de suspender una reunión convocada por el jefe de la enfermería con todos los médicos locales a fin de informarles de la propagación de una epidemia de meningitis en la ciudad. El motivo aludido para tal cancelación había sido «el no difundir información alguna de posible utilización política por parte de los enemigos del interventor del Estado». Pedro de Oliveira, desde la hamaca donde se debatía entre la vida y la muerte, veía morir a decenas de enfermos sin sospechar que la ambición de un grupo de políticos había privado a la clase médica y a la población en general de la información

necesaria para luchar contra la plaga que se cernía sobre la ciudad.

Alfredo, a quien le fue vetado el acceso a la sala de cuarentena, se encontró solo, sin dinero, y con temor a perder el contrato de trabajo con el seringalista de Acre a causa del retraso del viaje. Como tantos otros soldados del caucho que la ineficaz organización de la campaña había convertido en vagabundos, empezó a deambular por el asfalto de las calles de Manaus, medio derretido por el calor. Ante la falta de abastecimiento de los *Pousos*, Alfredo volvió a encontrarse con su fiel compañera del sertón: el hambre. La súbita llegada de técnicos y funcionarios de las agencias gubernamentales brasileña y norteamericana instaladas en la Amazonia para impulsar la batalla del caucho, unida a la inmigración de obreros y *seringueiros*, había hecho aumentar la población hasta el punto de que productos de primera necesidad empezaron a escasear. Por otra parte, la amenaza de los submarinos alemanes había obligado al gobierno a interrumpir la navegación de cabotaje poco después de que el *Poconé* regresase a Fortaleza. Desde los tiempos del *boom* en que se importaban patatas de Portugal y mortadela de Milán, todos los esfuerzos del Estado para incentivar la agricultura en Manaus habían fracasado. Los hombres habían llegado allí desde siempre atraídos por el olor del caucho y por nada más. Un siglo después de su creación, Manaus tenía que importar del Sur de Brasil todo lo que consumía. A principios de 1943, en sus mercados no se encontraban géneros como el azúcar, harina de trigo, manteca, tocino y sal. En dos meses el precio de una docena de huevos había pasado de 20 a 200 cruzeiros.

Como en aquella ciudad henchida de gente y rodeada de selva no se producía nada, los más débiles entre los pobres se morían en la calle en medio de la indiferencia general. Para los demás sólo quedaba la esperanza de una limosna. Alfredo Eustaquio, que había trocado su tierra y su familia por la promesa de una vida digna garantizada por el gobierno, se vio condenado a soportar una de las peores humillaciones para un vaquero del Nordeste. Como tantos otros, tuvo que rebajarse a lo que hasta ahora se había negado con vehemencia. Después de su habitual visita a la enfermería y al regresar a la ciudad, se puso a hurgar entre los desperdicios y las basuras del Bar Americano para recoger alguna mondadura o restos de comida.

En aquellos días de 1943, la antigua capital mundial del caucho parecía más un refugio de mendigos que un centro comercial donde se planificaba la gloriosa Batalla del Caucho. La situación en las tiendas y en los puestos ambulantes reflejaba la decadencia general. Los mosaicos dorados de la Ópera habían desaparecido y el teatro llevaba veinte años cerrado. Hombres en harapos dormían en el suelo, entre el lodo y los efluvios de alcohol. Las fachadas de las antiguas mansiones se desconchaban y los palacetes, grises de polvo y lluvia, se desmoronaban. Americanos de la *Rubber Development Corporation*^[11] mataban las horas en el Bar Americano, ahogando en alcohol el tedio de la vida de aquella urbe inmunda y canicular donde el agua corriente estaba racionada, los sanitarios no funcionaban y la electricidad se cortaba sin previo aviso durante días.

Sin embargo, no hacía mucho tiempo Manaus había sido una de las ciudades más prósperas del mundo. La sola mención de su nombre despertaba una insaciable mezcla de curiosidad y de admiración. El «París de las Selvas», como se la conocía a principios del siglo XX, esa isla de cemento en un océano verde que ahora era presa de la vegetación que reventaba los edificios y levantaba los adoquines de las calles, había encarnado el sueño del hombre por dominar la naturaleza y moldearla a su antojo. Los «barones del caucho», propietarios de inmensas extensiones de territorio que controlaban de manera absoluta, la habían creado un siglo antes para

protegerse de los rigores de la selva. No sólo habían creado una metrópoli a la medida de su poder y riqueza, sino que la habían hecho moderna, bella y extravagante. Mandaron construir parques con lagos artificiales donde, dos veces por semana, la buena sociedad de Manaus asistía a los conciertos de la banda del Gobernador antes de tomar una copa en el Gran Hotel Internacional. La construcción del fabuloso teatro de la Ópera en cuya cúpula azul y oro resplandecían los rayos del crepúsculo, había marcado su apogeo. En su interior, candelabros de cristal de Venecia iluminaban una sala para mil seiscientas personas. Columnas de mármol de Carrara decoraban la entrada principal. Todos los aspectos de la vida en la ciudad estaban marcados por el exceso. Los ancianos recordaban todavía la historia de aquel príncipe del caucho que dio champán a su caballo árabe después de una noche loca por los *cabarets* de la ciudad. O aquella otra de dos holandeses que, enamorados de una bailarina, alquilaron la Ópera durante una noche entera para que cantase exclusivamente para ellos. La reputación de Manaus como el mayor burdel del mundo cruzó todas las fronteras. La prensa cotidiana anunciaba «pensiones estilo francés» que abrían a las cuatro de la tarde y cuyos precios estaban fijados de antemano. Una noche con una virgen polaca de trece años podía costar setenta libras. Las que se convertían en celebridades locales fijaban su propio precio.

Pero a pesar de toda aquella sofisticación, Manaus nunca había dejado de ser una ciudad pionera. «Prohibido el uso de armas y flechas», rezaba el artículo 52 de la ordenanza de la ciudad. Cerca de los barrios de lujo se habían extendido barrios de chabolas sembrados de cisternas para recoger agua de lluvia. A pesar de que las calles estaban pavimentadas, los olores a castaña de Brasil, a ron, a *cachaça*, a jengibre, a canela y a sudor recordaban siempre la proximidad de la selva. Para los nordestinos que iban a convertirse en seringueiros en las profundidades de las selvas, Manaus nunca fue más que una aparición centelleante detrás de los muelles del Amazonas, donde cambiaban el vapor que les había transportado hasta allí por una *gaiola* más pequeña, capaz de remontar los afluentes más difíciles. Para todos los desheredados que en 1943 componían el patético Ejército del Caucho, Manaus no representaba ni pasado glorioso ni siquiera fruto prometedor. Era sólo una parada obligada, una cita más con una administración corrupta e ineficaz, un obstáculo a franquear en aquella interminable peregrinación hacia los remotos *seringais* de la jungla.

Alfredo Eustaquio sólo esperaba de aquella ciudad decadente y sucia que le devolviese a su amigo para seguir viaje hasta los confines de Brasil. Pero la espera se hacía cada vez más insoportable. El vértigo del hambre le obligaba a sentarse a menudo para reponer fuerzas. Desde las aceras recalentadas los carteles de la propaganda oficial que enumeraban las ventajas de participar en la gloriosa batalla del caucho le parecían ahora de una crueldad insultante. Un día, Alfredo tuvo que resignarse a descender un peldaño más en el infierno de la humillación. Luchando por contener las lágrimas de rabia que pugnaban por saltar, se acercó a una señora: «Tengo hambre», se limitó a decir con un hilo de voz. La mujer se le quedó mirando y acto seguido sacó unas monedas de su bolso y se las dio. Alfredo permaneció inmóvil, viéndola alejarse. En ese momento, hubiera preferido cien veces que la buena señora no le hubiera oído. Solo e impotente en medio de la acera llena de baches en los que era frecuente tropezar, ajeno a las miradas de los transeúntes, el hijo del orgulloso *fazendeiro* del Ceará se echó a llorar amargamente.

En un claro de la tupida selva del Estado de Acre, en la *colocação* Tracoá del seringal Santa Fe, el joven *seringueiro* Francisco Mendes terminaba de colocar las bolas de caucho cerca de la vera del riachuelo. El chirrido de las cigarras, el croar de las ranas y la luz dorada del atardecer sobre la densa maleza le recordaron la proximidad de la noche y se dio más prisa todavía. El capataz estaba a punto de llegar para llevárselas. Aquellas bolas de caucho habían sido fruto de su trabajo de *seringueiro* durante los largos meses de la estación seca. Todas las tardes antes de que llegasen las lluvias las había pasado bajo su cobertizo, situado a pocos metros de su casa, respirando un espeso humo blanquecino mientras vertía el látex alrededor de un palo que giraba sobre un horno donde ardían trozos de madera de palma. El calor coagulaba la savia del hevea. A más humo mayor calidad, le habían enseñado siempre. Había aprendido que el mejor caucho se obtiene al curar el látex justo después de su extracción ya que el humo impide la formación de hongos o de moho.

El capataz se llevaría las bolas negruzcas a cambio de un dinero que nunca como en ese momento Francisco había necesitado tanto. Al igual que él, todos los habitantes dispersos de aquella vasta región, dividida en *seringais* que variaban de diez a quinientas mil hectáreas, se preparaban para celebrar la festividad de San Sebastián, mártir de la Iglesia, patrón de los caucheros y de la ciudad de Xapurí. Saldrían de las profundidades de las selvas, unos en piragua, otros en burro o en camión; los más a pie. Durante días, algunos durante semanas, recorrerían veredas húmedas, navegarían por miles de meandros de ríos terrosos con el único fin de pasar unas horas junto a otros *seringueiros* y romper así la monótona soledad de sus existencias. De paso le pedirían al santo toda clase de venturas, desde «que no falte leche en los árboles» hasta que les conservara el bien supremo de sus vidas: la salud, siempre amenazada por infinidad de parásitos, por carencias seculares, por un calor implacable, constante y opresivo.

La impaciencia de Francisco Mendes, conocido como un hombre tranquilo y afable, no se debía a la llegada del capataz o a la fiesta en sí. Se debía a algo que no se había atrevido a confesar a nadie, ni siquiera a su hermano Joaquim. Su *namorada* una guapa acreana llamada Iraçi, diez años más joven que él, acudiría también al baile y Francisco estaba decidido a pedirle la mano. La había conocido pocos meses antes en una *colocação* vecina, es decir, en uno de esos calveros en los *seringais* de la selva donde se encuentran las casas de madera de palma de los caucheros. Tenía la tez clara, grandes ojos negros un poco achinados y una voz cálida como un susurro. Se quedó mirándola largamente, y ella le devolvió una sonrisa. Fue un flechazo. Quiso balbucear unas palabras, pero no le salió nada coherente y maldijo su propia timidez. A partir de entonces pensó en ella día y noche y organizó sus fines de semana en función de la muchacha. Todos los sábados Francisco remaba durante siete horas para ir a visitarla, regresando a su

colocação el domingo. Esos esfuerzos románticos eran considerados normales en la Amazonia, donde las distancias y el aislamiento son tan grandes. Cuando se vive a siete horas de canoa, uno es un vecino; a tres días de marcha, uno vive cerca.

Pero a Iraçá Lopes Filho, hija y nieta de *seringueiros*, aquella muestra de amor, aunque no desmesurada según las costumbres del lugar, le llegaba al alma. Era dulce y cariñosa y aquel cauchero de ojos azules y vivaces, simpático y algo diferente de los demás ya que sabía leer y escribir, le conmovía. Quizá adivinaba que Francisco vivía sumido en la mayor de las angustias a medida que el día de San Sebastián se acercaba. El hombre tenía pavor a que su defecto físico arruinase sus planes: era patituerto. «*Pé de papagaio*», como le decían. Eso, unido a la competencia desenfrenada que el flujo de soldados del caucho había traído a la zona, le hacían pensar que fracasaría en su propósito. De nuevo, la balanza demográfica de las selvas amazónicas se había desequilibrado. Como en los tiempos del *boom*, volvía a haber demasiados hombres para pocas mujeres.

De sus treinta y tres años, Francisco había pasado veintiuno ejerciendo la profesión de *seringueiro* que había aprendido de su padre. La familia provenía del Ceará, de una aldea llamada Limoeiro, cercana de la ciudad portuaria de Camucim. Francisco había llegado a los doce años, repitiendo la saga de tantos y tantos nordestinos. En el caso de la familia Mendes, fue la construcción de una carretera y sus consecuencias lo que les arrojó a los caminos polvorientos. El padre de familia se había opuesto con todas sus fuerzas a que el trazado pasase por la aldea. Pero ni las cartas enviadas, ni las protestas ante los empleados del Ministerio surtieron efecto. Tal y como había predicho, cuando la carretera fue abierta al tráfico, Limoeiro perdió la paz. La casa de los Mendes fue invadida por grupos de flagelados. Eran invasiones silenciosas. Familias de una veintena de personas entraban en una casa, se cercioraban que estaba habitada por poca gente, pedían excusas porque tenían hambre y a continuación pillaban todo. Los dueños de la casa asistían impotentes al espectáculo del robo de todos sus víveres y enseres. Hacerles frente podía significar morir de una puñalada. Acudir a la policía era inútil; antes de llegar al puesto más próximo los saqueadores habrían desaparecido. No quedaba otro remedio que resignarse. Pero a la tercera invasión, el viejo Mendes se hartó. Cerró la casa y, junto a su familia, se fue por los caminos hasta Camucim, donde vivía su hermano. De allí embarcaron hacia el norte del Estado de Pará, donde trabajaron de agricultores durante seis años. En 1926 decidió venir a Acre a probar fortuna. No encontró la fortuna, pero sí una vida más desahogada. El viejo Mendes siempre repetía que era mil veces mejor *cortar seringa*^[12] por los senderos de la selva que trabajar en cuclillas de sol a sol para que una sequía o una inundación acabaran con tus esfuerzos. La casualidad o quizá los hilos invisibles del destino harían que su nieto, a finales del siglo XX, también luchase contra la construcción de una carretera, y que esa lucha se convirtiera en el símbolo de una tragedia que afectaría a todo el mundo.

* * * *

Francisco salió de su casa antes del amanecer y caminó por los senderos de la selva durante todo

el día. El capataz le había pagado bien, y hasta le había adelantado algo a cuenta de las próximas *pélas* (bolas) de caucho. Ahora podría adquirir una guayabera nueva de un mercader peruano, invitar a sus amigos a unos tragos y, sobre todo, comprar un regalo a la mujer que le arrebató el sueño. Aunque siempre había tenido cuidado de no endeudarse demasiado, ahora sentía que una fuerza mayor que la razón le empujaba al derroche. Adquirir bienes que no eran directamente útiles para la mera supervivencia era un lujo que no estaba al alcance de un cauchero.

Como todos los *seringueiros*, Francisco llevaba siempre una escopeta al hombro por si se cruzaba con un jabalí o con algún otro animal comestible. A pesar de tener un peculiar andar, que era gracioso según los que le conocieron, Francisco había desarrollado la increíble capacidad de caminar de los moradores de la selva, que sólo podían contar con sus piernas o con una canoa para recorrer las distancias. Cuando Francisco llegó a la vera del río, se sentó contra un árbol y esperó el paso de alguna embarcación que le llevase hasta la ciudad. Al oír el ronroneo de un motor diésel, encendió su linterna de *cernambi*^[13] e hizo unas señales. Minutos después, navegaba junto a un grupo de colegas rumbo a la ciudad.

Xapurí, un islote de actividad humana en un océano de vegetación, había sido una aldea indígena antes de que los primeros blancos hiciesen de ella un puesto comercial del caucho. Desde el edificio de la aduana, uno de los últimos vestigios de la presencia boliviana, convertido provisionalmente en bar, se mandaba detener a los barcos para cobrarles aranceles por las *pélas* de goma que transportaban río abajo. Xapurí, que llegó a tener 20.000 habitantes en 1907 (contra 5.000 en 1940), conoció días de gloria que muchos todavía recordaban con nostalgia. Grupos de bailarinas francesas extendían sus *tournées* amazónicas hasta sus *cabarets* famosos. Más tarde, esos *cabarets* se fueron convirtiendo en bares y tiendas que, entre almacenes de ricos mercaderes de caucho y nueces de Brasil, formaron la calle que bordea la vera del río, donde están amarradas *gaiolas*, barcas, canoas y piraguas.

Francisco, nada más desembarcar, recorrió la decena de calles en ángulo recto bordeadas de casas de madera bajas, construidas sobre pilotes para evitar las crecidas del río, buscando un regalo para Iraçi. En esa ciudad al margen del mundo, las fiestas anuales, aparte de la visita de algún político local, eran lo único que interrumpía la tranquilidad y el tedio cotidiano. La población doblaba. Vendedores ambulantes acudían del Mato Grosso y de Bolivia. Colocaban sus tenderetes a lo largo de la avenida principal y de la calle de los bares, repletos de *seringueiros* borrachos desde el amanecer. Un broche hecho con la pluma anaranjada de un colibrí y vetado de alpaca le llamó la atención. Nada mejor que ese toque de colorido para iluminar la serena belleza de la muchacha que buscaba por todas partes con la mirada. Regateó el precio, dudó, se fue, volvió al puesto, discutió, volvió a dudar y por fin lo compró. Ahora sólo quedaba encontrarse con ella.

Toda la tarde anduvo por las calles abarrotadas, saludando a amigos y conocidos que no veía desde el año pasado. A medida que pasaban las horas y sin rastro de su amada ni de familiar alguno, sombríos pensamientos se apoderaron de su imaginación exaltada. Quizá Iraçi había enfermado y no había podido venir, o quizá se lo había pensado mejor y no querría encontrarse más con aquel cauchero cojo que la cortejaba con tanta pasión. Otra posibilidad, sin embargo, le hacía sufrir hasta la tortura: que un soldado del caucho, uno de esos gamberros que venían a quitar el pan a los *seringueiros* de toda la vida, la hubiese conquistado. Luchando contra la angustia que le apretaba el pecho, se sumó a la procesión que cruzó la ciudad desde la Iglesia hasta la estatua

de San Sebastián, situada en un pequeño parque frente al río. La estatua, pintada de color carne, goteando sangre en las heridas de los flechazos, había sido colocada en un pedestal cara al río para que el patrón de la ciudad evitase las crecidas y para que diese su bendición al tráfico de barcos, la única vía de acceso a los mercados. Aquel año, *seringueiros* de caras arrugadas y sus mujeres ajadas por la dura vida de la selva dedicaron la mayoría de sus rogativas a que el abastecimiento de mercancías mejorase allá en sus *seringais*. La escasez estaba llegando de manera alarmante a los cuatro rincones de la selva.

Iraçi seguía sin aparecer y Francisco empezaba a encontrarse mal. Le dolía la pierna y la expectación se había convertido en una dolorosa búsqueda. Al término de la procesión, decidió tomarse un trago de *pinga*. Acudió a un amplio recinto que en su tiempo había sido almacén de caucho y que ahora estaba repleto de una multitud endomingada que bailaba al ritmo del *forró*, una música del Nordeste que hacía estragos en todo el país. Francisco entró en el local espeso de humo y tuvo que esperar unos instantes a que sus ojos se acostumbrasen a la falta de luz. Cuando los abrió de nuevo, le pareció estar soñando.

Estaba allí, abanicándose en medio de un calor pegajoso, vestida con un traje blanco, rodeada de amigas que reían y cuchicheaban, mientras batía con su pie al ritmo de la música. Un alfiler plateado centelleaba como una gota de rocío en sus cabellos negros y lustrosos. Sus mejillas tenían el resplandeciente rubor de una orquídea y sus ojos parecían dos canoas oscuras en un remanso de claridad. Francisco nunca la había visto tan guapa. Sus facciones femeninas, sus modales discretos y, sobre todo, su sonrisa le hacían vibrar. A medida que se acercaba a ella, le parecía que los latidos de su corazón hacían más ruido que la propia orquesta. De pronto se acordó de su cojera, e intentó disimular, aminorando el paso. El cambio no pasó desapercibido a Iraçi ni a sus amigas. Francisco las vio ahogar una carcajada mientras escuchó sobre el barullo general: «¡Pé de Papagaio!...». El hombre sintió una ola de vergüenza. Tantas veces le habían llamado de esa manera que pensaba estar inmunizado. Ahora, sin embargo, aquellas palabras le herían: un *seringueiro* patituerto no valía nada entre tanta competencia. En un segundo, sus sueños de felicidad se estrellaron estrepitosamente contra la realidad de su cojera. Hizo un esfuerzo sobrehumano por recoger los fragmentos rotos de su ilusión y reunir fuerzas para dirigirse a ella. Sin apenas saludar, sin una palabra de introducción, sin nada que pudiera delatar el infierno de tarde que acababa de pasar, Francisco hizo la proposición más osada de su vida. Olvidando el ojo burlón de las amigas, preguntó tímidamente:

—¿Me concedes el próximo baile?

Iraçi pareció no sorprenderse en absoluto por la invitación del patituerto. Le plantó sus grandes ojos negros en los suyos y, cogiéndole de la mano para llevarle hacia la pista, le dijo:

—Te estaba esperando...

Aquello debió ser lo más dulce y saludable que aquel cauchero renqueante oyó en su vida. De repente, todo volvía a su cauce y podía dejar atrás la quimera que tanto le había atormentado. A Iraçi no le importaba su cojera. Le importaba él, su ser íntimo, su fuerte personalidad de una honradez cristalina, la firmeza de sus brazos al abrazarla. Ella le confesó que había rechazado las múltiples invitaciones a bailar de los forasteros que aquel año habían invadido la ciudad. No merecían su confianza, añadió. A Francisco aquello le sonó a música celestial. Sacó de su bolsillo el broche de colibrí y lo prendió en el traje blanco de la muchacha.

Más tarde, después de haber bebido unos tragos y mientras paseaban por la vera del río,

Francisco le habló con el corazón en la mano. Tenía treinta y tres años y deseaba fundar su propio hogar. Era honesto y trabajador. Sus familias se conocían desde que habían llegado del Ceará. Sabía leer y escribir. Tenía un defecto en la pierna, pero estaba compensado por otras virtudes y, sobre todo, por la intensidad de sus sentimientos. ¿Se casaría con él? Iraçi admiraba su manera de hablar, más refinada que la de los otros hombres que la habían cortejado, pero estaba intimidada. La joven le miró directamente a los ojos y no contestó.

Alfredo Eustaquio y Pedro de Oliveira tenían los pies hinchados de tanto caminar por los senderos de la selva. Seguían con dificultad al capataz, quien no paraba de burlarse de aquellos novatos. Pedro, a pesar de haber sido dado de alta del SESP de Manaus hacía más de un mes, seguía encontrándose fatigado. Los veinte días de semiinconsciencia en el pabellón de los contagiosos le habían dejado en los huesos. De los pocos recuerdos que se sobreponían en su mente como si de un tiempo muy lejano se tratase estaba el del capellán que fue a darle la extremaunción. No tuvo fuerzas ni para besar la cruz que el cura, después de cada enfermo, frotaba con un algodón empapado en alcohol. Pero al final la muerte no quiso a Pedro. A los pocos días empezó a salir del estupor en que el tifus le había sumido, aunque hubiera preferido seguir durmiendo para ahorrarse la visión de desolación de aquel barracón de meningíticos. La mayoría de ellos estaban postrados e inconscientes; otros sin embargo perdían la razón y de pronto empezaban a chillar, o a hacer gestos incoherentes, o se metamorfoseaban bajo el efecto de violentos espasmos y tics espantosos. El olor a éter mezclado con el de la humedad y orines se le quedaría grabado para siempre. Una mañana, poco tiempo después de haber recuperado la conciencia, le entregaron una caja de pastillas y le dieron el alta. Una enfermera con la cara picada de viruela le aconsejó salir de allí lo antes posible para evitar contagiarse de meningitis.

Pedro no reconoció a Alfredo, que venía a preguntar por su amigo como todos los días al atardecer. De hecho, ninguno de los dos se reconocieron a primera vista. Estaban escuálidos, con las piernas como palillos, los pómulos salientes y profundas marcas oscuras alrededor de los ojos. Alfredo había sobrevivido recogiendo migajas en las calles de aquella ciudad decadente que le había enseñado el horror de la soledad y la miseria. Había descubierto que Manaus era una selva más peligrosa que la propia selva circundante. Había aprendido a reconocer los animales que, bajo apariencia humana, la poblaban: buitres, tiburones, chacales, perros y serpientes. También había aprendido que siempre hay más escalones hacia el fondo de la desdicha humana. Por eso, ya no sentía vergüenza cuando le saltaban las lágrimas a causa del hambre. Por doquier había gente que se caía al suelo de inanición. Su aldea del sertón ya no le parecía aquel lugar infernal castigado por el calor y la falta de lluvia, sino el dulce hogar donde moraban los únicos seres para quien de verdad su vida importaba algo.

Los dos amigos quisieron salir de Manaus lo antes posible, aunque sólo fuese para comer en la *gaiola*. Porque en los ríos sinuosos que formaban los afluentes del Amazonas siempre era posible cazar algún jabalí salvaje o pescar un buen *pirarucú* (el pez de agua dulce más grande del mundo). Mientras que en Manaus, con tanto soldado errante, estaba desapareciendo hasta la esperanza de las basuras.

El viaje hasta Acre fue largo pero relativamente confortable, a pesar de las lluvias. Cargado

del légamo sustraído a sus orillas, del fango que lo teñía de marrón y de púrpura, el sinuoso río Purús discurría, ancho y profundo, a veces tranquilo y a veces dispuesto a desbordarse. Era el invierno en la cuenca del Amazonas, la estación de las lluvias, cuando el agua ahoga selvas inmensas, improvisa lagos del tamaño de Irlanda y crea otros ríos, grandes como el Danubio. Alfredo y Pedro vieron cómo la corriente acarrea troncos, raíces, jaguares, anacondas y hasta rebaños de bueyes cuyos mugidos se mezclaban con el rumor de las aguas. Vieron peces entre las copas de los árboles inundados, y hojas gigantes flotando a la deriva. Aunque en invierno es más fácil navegar que en la estación seca, en la cual siempre se corre el riesgo de encallar, la tripulación tenía que permanecer constantemente alerta para no perderse a causa de la variación del curso de los ríos. Al disminuir la crecida, los marineros descubrían que las orillas habían cambiado de forma, que riachuelos donde solían pararse a pescar habían modificado su lecho, que islas enteras habían sido arrancadas mientras otras surgieron desde el fango arrastrado. Como todos los años, una Amazonia había muerto y otra nueva había nacido.

Alfredo y Pedro asistieron a ese espectáculo de la naturaleza desde la monótona placidez de la *gaiola*. Tres meses después de haber salido del Nordeste y al cabo de cinco semanas de navegación por el Purús y el Acre, llegaron por fin a Xapurí. Se pusieron en contacto con el capataz del seringal que les había contratado, un hombre de unos cuarenta años con largas patillas, bigote corto, una incipiente calvicie, ojos negros y tripa prominente. Vestía pantalones de lona, camisa a cuadros y botas de cuero. Les dio la bienvenida y, al enterarse de las causas del retraso, frunció aún más el ceño que siempre tenía arrugado. No era un buen augurio que un trabajador hubiera estado tan gravemente enfermo antes de llegar. Un organismo debilitado era un mal principio para adaptarse a una naturaleza que se ensañaría contra ellos: la zarza cuyos pinchazos se convertirían en flemones; los gusanos, las larvas, las garrapatas penetrando en todo el organismo para sembrarlo de enfermedades, las bacterias del agua a menudo pútrida; hasta la picadura de las hormigas gigantes, más dolorosa y peligrosa que la de los escorpiones, les esperaba en la selva.

El hombre les condujo al almacén del seringal, un edificio oscuro de techos altos, que contenía las más variadas mercancías. Aunque estaba medio vacío, había estanterías con ropa, garrafones de aceite, bloques de jabón, sacos de café, cajas de herramientas... El capataz les entregó los instrumentos necesarios para la extracción del látex: dos *facas de seringa* (machetes), dos *raspadeiras* (para raspar la corteza) y varias *tigelinhas* (cubitos de latón que se hincan en la corteza de los árboles). Incluso les dio pastillas de quinina para la malaria y dos escopetas de pésima calidad. Alfredo y Pedro no sabían que esas armas se fabricaban en Europa especialmente para el comercio del caucho y que después de medio centenar de disparos el mecanismo se estropeaba. El *seringueiro* estaba obligado a comprar otra, enriqueciendo al *seringalista* que siempre procuraba la peor calidad para repetir la venta con mayor frecuencia.

Luego, sin más dilación, emprendieron viaje rumbo a la profundidad de la selva, guiados por el capataz que aprovecharía para recoger *pélas* de caucho. Con los músculos doloridos por la falta de costumbre, sedientos, sucios, devorados por los mosquitos, cargando la mercancía que les correspondía, llegaron dos días más tarde al seringal Santa Fe, *colocação* Tracoá, donde vivía Francisco Mendes.

Era costumbre dejar a los novatos con alguien experimentado para que aprendiesen los rudimentos del trabajo de *seringueiro*. Cuando se les juzgaba capaces de trabajar solos, se les

asignaba una *colocação* propia en la cual vivían aislados del mundo o, en el mejor de los casos, junto a otros dos o tres caucheros. Francisco ya había formado a varios y, aunque desconfiaba de cualquier extraño, era una tarea que le gustaba. Interrumpía su soledad y daba pie a trabar amistades duraderas. Mientras el capataz les entregaba las *estradas*, los senderos que salen de cada calvero y regresan al punto de partida, como un bucle, donde están esparcidos 100 o 200 heveas que el *seringueiro* sangra diariamente, Francisco explicaba a los recién llegados la técnica de *cortar seringa*: se hacía una incisión en la corteza, no demasiado profunda para no herir el árbol ni demasiado superficial como para que no saliese la savia. A continuación se colocaba una *tigelinha*, especie de vaso de latón donde se acumularía la savia que gotearía por la mañana. Luego tendrían que recorrer el mismo sendero para recoger el látex, vaciando el contenido de la *tigelinha* en un cubo. Una vez en el cobertizo, quedaba la penosa tarea de ahumar el látex.

Quizá fuera el cansancio, quizá la rabia de sentirse engañado o la impotencia ante aquel sistema injusto, pero aquella jornada de iniciación estuvo a punto de acabar en una matanza. Todo empezó mientras terminaban de comer un arroz que Francisco se había esmerado en preparar. Estaba anocheciendo; en el cielo estrellado se veían los cometas. Alrededor del fuego, un *ballet* de luciérnagas celebraba el esplendor de la naturaleza. El capataz, al que todos llamaban patrón, después de limpiarse la boca con la manga de la camisa, sacó de su bolsillo una hoja de papel que entregó a Pedro. Era la factura de lo que habían gastado hasta entonces, el *saldo*, el estado de sus cuentas. Pedro echó un vistazo y, extrañado, comentó que el viaje era por cuenta del gobierno.

—El viaje desde Manaus lo ha tenido que pagar el *seringalista*. Si consigues que el gobierno le devuelva el dinero, te cancelaremos esa deuda. Pero mientras, nos lo debes... —contestó el capataz.

Pedro leyó detenidamente el balance, lo que no dejó de sorprender al capataz, poco acostumbrado a tratar con soldados del caucho que supieran contar más allá de los dedos de sus manos. Las herramientas entregadas estaban incluidas, a un precio exorbitante. Pedro saltó:

—¿Cómo puede costar seiscientos cruzeiros cada escopeta cuando en Manaus o Fortaleza cuestan ciento cincuenta cruzeiros?

El capataz le miró con desdén e hizo un esfuerzo para responder:

—Yo no fijo el precio de las escopetas, es el dueño, pero déjame decirte que los gastos de transporte hasta aquí son muy altos. Y nadie os ha obligado a llevaros una escopeta, así que podéis devolverla si queréis... —luego añadió—: Encima que se os adelanta dinero, que se os facilita la vida y el trabajo... Encima os atrevéis a discutir como si os estuviéramos robando...

—¿Y esto qué es? —inquirió Pedro, que acababa de ver el precio de las pastillas de quinina. Todos sabían que la quinina vendida por los *seringalistas* a sus empleados había sido donada por el gobierno norteamericano para que fuese distribuida gratuitamente a los soldados del caucho—. ¿Esto qué es, si no es robo? —continuó.

El capataz negaba vehementemente con la cabeza:

—Esa quinina la hemos tenido que comprar nosotros...

—¡Mentira! —interrumpió Pedro. El capataz le miró con una indiferencia tan grande que parecía estar pensando en otra cosa... por ejemplo, en cómo quitarse de en medio a ese vagabundo respondón. Sabía que su única equivocación había sido la de no haber previsto que uno de aquellos vagabundos supiera leer y escribir. De haberlo sabido, habría disimulado las

cuentas con mayor habilidad, aunque el balance final hubiera sido parecido. Ahora estaba harto de oír a aquel andrajoso que se atrevía a cuestionar años de práctica durante los cuales el patrón fijaba arbitrariamente los precios de las mercancías. Se levantó de golpe, lo que Francisco interpretó como una mala señal. Aunque Francisco odiaba el sistema de *aviamento* vigente en los *seringais*, donde los intermediarios comerciales se quedaban con todo el dinero que les proporcionaba el esfuerzo y el trabajo del cauchero, sabía medir el peligro de una confrontación directa con un capataz. Intentó hacerle una señal a Pedro, pero éste no salía de su asombro. Según las cuentas, la deuda que tenían con el *seringalista*, antes siquiera de empezar a trabajar, ascendía al equivalente a seis mil libras de caucho... ¡que tardarían seis años en devolver! Era imposible, inaceptable. En aquel balance todo era ilegal, y en flagrante violación de las condiciones del contrato promovido por el gobierno.

Pedro, enfurecido, sacó de su bolsillo aquellas hojas de papel que tanto le había costado conseguir en Belem. En ellas se especificaba que el viaje, en su totalidad, corría por cuenta del gobierno y que los trabajadores del caucho tenían derecho al 60% del beneficio de la producción. A cambio, el *seringueiro* se comprometía a entregar la totalidad del caucho producido al patrón. Sin levantarse de su hamaca, el capataz arrancó de un manotazo el contrato de las manos de Pedro y lo rompió en pedazos.

—¡Aquí no hay contrato que valga! —gritó—. ¡El único contrato es la palabra del patrón!

Pedro, cegado por la rabia, se abalanzó sobre el hombre. Francisco intervino justo a tiempo colocándose entre ambos, mientras Alfredo pasó a sujetar los brazos de su amigo. El capataz había desenfundado su pistola y buscaba el ángulo para disparar contra Pedro:

—Voy a hacer de ti buen pasto para las hormigas... —amenazaba sin perder la compostura.

—Déjalo, no sabe lo que dice... Está cansado... Ya se le pasará... —repetía Francisco al capataz, tratando de calmarle.

El cauchero, desde su infancia, se había hecho maestro en el arte de tratar a los patronos, algo imprescindible para sobrevivir en las selvas. Había aprendido a no enfrentársele nunca directamente. Sólo los que habían pasado sus vidas recogiendo látex sabían hasta dónde podía llegar la brutalidad de esos hombres. Llegaba hasta el extremo de mandar matar al *seringueiro* rebelde que cuestionaba las condiciones leoninas de trabajo. Las distancias, la falta de una autoridad competente, la naturaleza misma de la selva eran el decorado perfecto para todo tipo de crimen. Desde los tiempos de la Conquista, la selva había engendrado los más perversos tiranos, los más abusivos terratenientes, los más crueles caciques que se refugiaban en sus entrañas, allí donde la única ley es la impunidad. La historia misma del caucho había sido una historia de violencia y de sangre. Los primeros *seringalistas*, cansados de correr por la selva para capturar indios y convertirlos en esclavos, sobornaban tribus rivales con alcohol y con armas para que éstas vendiesen sus enemigos a los patronos. Ahí estaba la historia de Fitzcarraldo, un negociante alemán que masacró centenares de indios que se negaban a extraer látex para él. La del peruano Julio César Arana, cuyos capataces atacaban aldeas, pillaban a la población y la encadenaban, ahogando delante de sus padres a los niños demasiado jóvenes para trabajar. Las mujeres eran violadas invariablemente y entregadas a los capataces como prostitutas. También conocía Francisco la historia de aquel *seringalista* que encerró en su finca a orillas del río Madre de Dios a seiscientas niñas con el solo fin de procrear para aumentar su fuerza de trabajo. Sin ir tan lejos... ¡cuántas veces había descubierto, caminando por la selva, algún cuerpo calcinado y medio

escondido en la maleza! ¿De cuántos como Pedro no se había oído hablar nunca más? ¿Dónde pensaba aquel nordestino orgulloso que se encontraba... en algún lugar civilizado de la costa? ¿En una empresa del gobierno?

Desde el momento en que había decidido alistarse en la Batalla del Caucho, tanto Pedro como Alfredo habían comenzado a deber al patrón. Era menester que los dos novatos supieran que, a partir de ese momento, la deuda no cesaría de aumentar y que siempre serían sus prisioneros. Ésa era la verdad que Francisco les dijo, una vez que el capataz se hubo marchado. Más les valía aceptar que estaban definitivamente amarrados al propietario del seringal. Allí reinaba la ley del más fuerte, y en la selva el más fuerte era el patrón.

Tampoco había dónde recurrir. La policía, como en el resto de Brasil, estaba al servicio de los que eran capaces de comprarla. La justicia no existía. Frente a la arbitrariedad de los *seringalistas*, sólo cabía la callada resistencia pasiva. A Pedro de Oliveira le costaba creer que había sido víctima de un gigantesco fraude auspiciado por el gobierno de su propio país. Era una víctima más entre los cincuenta mil flagelados del Nordeste que se habían alistado en ese ejército sin mando ni dirección. Consciente de que era demasiado tarde para volverse atrás, Pedro nunca dejaría de sublevarse contra aquella situación absurda, en la que formalmente era libre, pero en la práctica un esclavo. Pronto no sólo sería esclavo de la deuda, sino también del aislamiento, la soledad y la rutina.

Ni la escasez de víveres ni la injusticia ni la violencia hacia los recién llegados conseguían fijar la atención de Francisco Mendes. Conocía demasiado bien la mentalidad de los *seringalistas* y sabía que, en el fondo, nada cambiaría nunca en las profundidades de la selva. Su mente estaba en otro lugar, a siete horas de canoa, donde vivía la mujer de sus sueños. Iraçi le había dado por fin una respuesta: se casaría con él. El patituerto había ganado la única batalla que le importaba ganar en su vida y todos sus esfuerzos se concentraban ahora en formalizar la unión. No quería comprometer la suerte que había tenido al conseguir algo tan único como el amor de una mujer guapa y de familia honrada.

El próximo paso era organizar la boda y, para ello, era necesaria la presencia del «padre», el cura que pasaba una o dos veces al año por cada seringal para administrar los sacramentos, hacer de juez de paz y hasta realizar intervenciones quirúrgicas de urgencia. Noticias y cotilleos corrían de boca a oreja entre los miembros de aquella comunidad dispersa, tan rápidamente que parecía que circulaban a mayor velocidad que la propia gente que las transmitía. Es lo que los *seringueiros* llamaban cariñosamente «Radio Cipó»^[14]. Francisco supo así que el vicario pasaría el mes siguiente por el río más cercano al seringal Santa Fe. Ésa sería pues la fecha de la boda, no sólo para Francisco, sino también para otros caucheros que acudirían de los remotos confines de la selva, unos para casarse, otros para bautizar a su recién nacido, otros para confesarse y comulgar o simplemente para curarse un fuerte lumbago. Antes de nacer el niño, ya los padres comenzaban a prepararse para la visita del vicario que unas veces llegaba a pie y otras en canoa, constituyendo el acontecimiento más esperado del año. «*¡O motor do padre!*», era el grito que seguía al traqueteo de la canoa y que recorría la selva como una traca. En la *colocação* todos bullían de excitación ante la inminente llegada de aquel hombre que ejercía tantas funciones que sólo Dios podía enviarlo.

Iraçi se sentía feliz. Iba a ser una mujer respetada. Casarse con alguien serio y trabajador como Francisco suponía que nunca andaría descalza, nunca dormiría en el suelo, tendría un peine si deseaba peinarse, tendría algo de comer cuando tuviera hambre y, con un poco de suerte, hasta una canoa para desplazarse sola. Una mujer así, en aquellos lugares, era una mujer rica. E Iraçi lo sabía. Con la ayuda de sus hermanas, se dedicó a preparar el modesto ajuar que consistía en un poco de vajilla, una cacerola, unos cubiertos, un corte de tela y una hamaca. Un vestido de más, un auténtico derroche en esa sociedad de desposeídos, suponía una gran alegría para la obsequiada y era objeto de intensa atención por parte de las comadres. Aquel vestido fue un regalo de Francisco, que hacía todo lo posible por estar a la altura de las aspiraciones de su novia. El hombre quería que su mujer se sintiese «como una baronesa» al llegar a su nueva morada, y para ello trabajó duramente, acondicionando el barracón y construyendo una canoa con el tronco de un

árbol. Hasta compró una escopeta nueva, un extra que no conseguía perdonarse.

Alfredo Eustaquio y Pedro de Oliveira aprendieron a *cortar seringa* en pocos días. Francisco les explicó pacientemente los diversos tipos de corte, insistiendo en que los árboles eran como individuos; cada uno tenía que ser tratado de manera particular. Hasta los más escépticos *seringalistas* creían que los árboles acaban por conocer el toque de las personas. «... Se tienen que acostumbrar al novato —les decía Francisco—. Si no el árbol no produce como debería». De todos los peligros de la selva, Alfredo y Pedro, después del altercado con el capataz, se inclinaban a pensar que el más terrible era el propio ser humano. Poco tiempo habían necesitado los recién llegados para comprender que la cobra^[15] no pica si no se la pisa, el jaguar no ataca si no está hambriento, la piraña no muerde si no ve sangre; pero el hombre es capaz de atacar, herir y matar por un puñado de cruzeiros y, a veces, hasta por simple placer. Ésa había sido su primera lección en los *seringais* de la selva.

A causa de los numerosos muertos, la mayoría por enfermedad e inanición, otros por pura melancolía, el capataz tenía que encontrar sustitutos incesantemente. Alfredo Eustaquio pasó a ocupar el puesto de un cauchero acuchillado poco tiempo atrás en una reyerta de borrachos. Su nueva *colocação* se encontraba en una comunidad de *seringueiros* no muy distante de la de Francisco Mendes, llamada Boa Esperanza. Los dos amigos se dijeron adiós un día al amanecer, cuando la bruma se deshilachaba por entre las copas de los árboles. Habían llegado al final de su andadura y ahora sus caminos se bifurcaban. Les quedaba la esperanza de que el destino, como los senderos de la selva, les reuniera de nuevo para emprender algún día el viaje de regreso al Ceará, prósperos y ricos. Aunque era un sueño sin fundamento, habían hecho de él su refugio, desde donde sobrevivían al duro aprendizaje de la vida en la selva.

Boa Esperanza era como un pedazo de Ceará trasplantado al corazón del bosque tropical. Allí se hablaba del sertón, se cantaban canciones del Nordeste, se comía *farinha* y *feijão* como en el terruño. Los domingos por la mañana se jugaba al fútbol en la explanada y, si había visita, se sacaban los violines y se bailaba hasta el anochecer. Para todos esos hombres solos, las hijas de los *seringueiros* más viejos eran las luces que iluminaban sus vidas. Alfredo no tardó en enamorarse de Neuza, una muchacha esbelta de quince años, con ojos color canela, una sonrisa brillante y un cuerpo que al caminar se mecía como una palmera en la brisa del atardecer. Se pasaba el día soñando con el momento en que se cruzaría con ella al regresar de la *estrada*, con las palabras que le diría para llamar su atención. Neuza era distante y tan reservada que Alfredo nunca había oído el tono de su voz. La veía de lejos cuchichear con sus primas, jugar con sus hermanos pequeños y cuidar a los recién nacidos sin que jamás nada pareciese alterar su carácter. Por más que Alfredo se las ingeniaba para romper el hielo y crear una atmósfera de confianza, siempre terminaba recibiendo la misma sonrisa, dulce y enigmática. Neuza era indiferente a todo lo que no atañía al estricto mundo de su círculo familiar. A pesar de los esfuerzos del muchacho, la relación no progresaba más allá de la mera cordialidad y ello le exasperaba, aunque por otra parte alimentaba su ilusión de vivir.

Alfredo guardaría un buen recuerdo de su vida en Boa Esperanza, no solamente a causa de Neuza. Fue allí donde se familiarizó con el bosque, donde aprendió a ver la selva de una manera distinta, no como un infierno verde, sino como fuente de vida. Entendió que la selva compensaba con su exuberancia las carencias del sistema de explotación que los hombres habían tramado

alrededor del caucho. Parecía que los caucheros y la naturaleza hubieran hecho un pacto tácito de ayuda mutua. Las convicciones del *seringueiro* prohibían cazar lo que no fuese estrictamente necesario para la supervivencia; al mismo tiempo reverenciaban los heveas como si fueran humanos. A cambio, la selva les proporcionaba animales para alimentarse, plantas para curarse y agua para refrescarse.

Pedro de Oliveira, a su vez, fue conminado a encargarse de un claro en la selva situado a cinco días de distancia, en el lugar más remoto del seringal Santa Fe. Allí no había familias, ni *seringueiros* sueltos. Sólo un par de perros sarnosos y la densa vegetación del entorno. Su antecesor debía de haber muerto en la penuria más completa, porque el barracón ni siquiera tenía techo y el cobertizo para ahumar el caucho necesitaba ser reconstruido. El vecino más próximo era un soldado del caucho que vivía a orillas del río, a tres horas de canoa. Como la mayoría, se pasaba el tiempo bebiendo, ahogando en *cachaça* la soledad de su vida.

—A tu antecesor siempre le faltaba comida porque trabajaba poco... Nunca fue un buen *seringueiro*... —le contó a Pedro cuando fue a visitarle—. Murió de malaria porque no tomó atebрина a tiempo. Nadie se la dio ni se la vendió. Yo fui a ver al capataz para pedírsela y me dijo que, por él, se podía morir. Su patrón no estaba interesado en *seringueiros* vagos. Cuando fui a verle, era demasiado tarde... Aquí la vida no vale nada... La mayoría de las muertes son asesinatos encubiertos. El año pasado la selva se llenó de soldados del caucho antes de que los responsables hubieran organizado el problema del abastecimiento. Muchos pasaron tanta hambre que ya no pueden contarlos... Y cuidado con protestar. En el seringal Corá, río arriba, que es de un portugués, los compadres viven bajo la amenaza constante de ser exterminados por los matones.

Aquello no era muy alentador para un recién llegado como Pedro de Oliveira, ocupado en dominar el miedo que le corroía las entrañas. Miedo al espectro de su antecesor, a los ruidos de la selva en la noche, a los felinos agazapados, a las lluvias torrenciales que amenazaban con arrastrarlo todo, a los insectos con formas tan extravagantes que parecían reptiles, a los reptiles tan escurridizos como venenosos, a las manadas de jabalíes salvajes capaces de aplastarlo todo como una apisonadora... Miedo a toda aquella masa de vegetación que desconocía. Más tarde, cuando se hubo familiarizado con la selva, cuando hubo comprobado que la mayoría de los temores que le paralizaban estaban en su mente y no en la espesura del bosque tropical, el miedo se convirtió en admiración y respeto por todos los seres vivos de esa naturaleza profusa y cambiante gracias a la cual se mantenía en vida. Entonces tuvo que luchar contra otro tipo de miedo, más insidioso todavía: el de caer enfermo y no disponer de medicinas, el de sufrir un accidente y quedar inmovilizado, el de no poder crear una familia por no conocer a nadie, el terror a morir solo y lejos de todo.

Trabajando, Pedro de Oliveira encontró la manera de no dejarse llevar por la angustia de vivir al margen del mundo. Trabajar para no pensar, trabajar para ahuyentar los monstruosos fantasmas de la soledad. Al principio lo hacía febrilmente, reconstruyendo el tejado para protegerse de las tormentas, arreglando el *defumador*^[16] y desbrozando los senderos a machetazos. Salía a las dos de la madrugada de su barracón para sangrar los árboles más jugosos que Francisco le había enseñado a reconocer y regresaba a las dos de la tarde para ahumar el látex hasta bien entrada la noche. Las *pélas* se amontonaban hasta que un capataz llegaba para recogerlas. Era un trabajo físicamente extenuante. Era sobre todo frustrante, porque al final siempre se dependía de los precios que el patrón imponía a los escasos víveres que intercambiaba por el caucho. Más tarde,

cuando hubo acondicionado su choza, fue relajando su ritmo de trabajo. Empezó a dedicarse a una actividad que había aprendido de sus padres y que le resultaba más gratificante que cualquier otra. Había limpiado con sus manos un pedazo de tierra y lo había plantado de yuca, de plátanos y de maíz. Había cavado canales de irrigación que se llenaron de agua, reflejándose en ella los colores del cielo. Todos los días al regresar de las *estradas* y antes de la puesta de sol, se acercaba a su huerto y pasaba largo rato contemplando el crecimiento de los tiernos brotes verde claro. Tenía planes de construir un granero que le permitiera disponer siempre de alimentos. A medida que veía crecer el huerto, le parecía estar conquistando una parcela más de libertad. Soñaba con comprar una vaca, o por lo menos una cabra y, poco a poco, hacerse con un corral. Pedro pensaba que mientras el capataz siguiese viendo *pélas* de caucho amontonarse frente al barracón, no pondría objeciones a su huerto, convertido en un objeto de devoción casi religiosa. Además, recordaba que el contrato especificaba el derecho del *seringueiro* a cultivar hasta una hectárea de tierra. Lo que Pedro no previó es que la tierra que había desbrozado y sobre la cual había puesto todas sus esperanzas no le pertenecía. Y aquel contrato que el capataz había roto en mil pedazos, roto estaba.

* * * *

Pedro abandonó su choza al cabo de cuatro meses para participar en el acontecimiento más importante de aquel inmenso rincón de selva: la visita del padre a la *colocação* Bom Futuro del seringal Santa Fe. Allí se unirían en santo matrimonio su amigo Francisco Mendes con su prometida Iraçi Lopes. Al igual que Pedro, convergerían en Bom Futuro decenas de caucheros, incluido su amigo Alfredo Eustaquio. Todos tenían algo que pedirle al padre José Carneiro de Lima, un joven misionero llegado hacía poco tiempo del Sur, de la ciudad de Turvo en el Estado de Santa Catarina donde se encontraba la sede de los Siervos de María, congregación a la que pertenecía. Como sus predecesores, aquel hombre delgado con mirada clara como perdida hacia dentro había tenido que acostumbrarse a las enormes distancias. Eran días enteros lo que aquellos misioneros caminaban por la selva, a veces bajo lluvia constante y con los pies enfangados, a veces bajo un tórrido sol o bajo la sombra brumosa de árboles centenarios. Siempre a merced de los *piúns*, esos mosquitos pequeños, negros y silenciosos que pican en los brazos, el cuello y el rostro, dejando en la piel una pequeña mancha encarnada y un punto rojo en su centro. Los primeros días del padre Carneiro habían sido duros. Los *seringueiros* recordaban cómo, al llegar a una *colocação* y después de saludar a los dueños del barracón, se tumbaba en el suelo, quedándose allí como muerto, esperando a que su horrible dolor de piernas se calmase. Más de una vez no había podido dormir por el cansancio y los calambres en las pantorrillas y había pasado la noche preguntándose cómo continuaría viaje al día siguiente. Más de una vez había quedado exhausto en medio de un sendero y había tenido que sentarse contra el tronco de un árbol, solo y oyendo los rugidos de algún jaguar y sus pisadas impacientes en una agonía interminable que duraba hasta la madrugada. Nadie que hubiera pretendido ser útil a los hombres del bosque podía escapar a la prueba de fuego de las largas caminatas. Nadie como el padre Carneiro sabía

hasta qué punto su presencia era esperada y necesaria. Sólo sus predecesores, antes de que los motores de las canoas se hubieran popularizado, antes de que hubiera ninguna carretera ni pista de aterrizaje, habían llegado más lejos en su dedicación, ausentándose de su base durante períodos de seis meses —y hasta de un año— para visitar el pueblo disperso de las selvas acreanas. Todos los inconvenientes y las heridas que incidentalmente padecían en sus viajes de misión perdían su significado ante el elevado número de cojos, de mancos, de hombres y mujeres con alguna que otra deformidad que se encontraban al llegar a los calveros. Las heridas transformadas en cicatrices abultadas por no tener medios para tratarse eran las marcas indelebles que la lucha en la selva dejaba en los hombres.

Fieles a la costumbre, todos los que acudieron aquel día a Bom Futuro aportaron algo, según sus posibilidades. Pedro llevó un saco de plátanos y dos tapires que había cazado al ojeo. Alfredo llevaba tres *tucunarés* y dos pollos. Francisco había pedido prestado el burro de sus vecinos para transportar toda la comida que había podido comprar, incluidas botellas de *cachaça* para los invitados a la boda. Otros traían regalos como un puñal o una cinta para el pelo, una gallina, un peine o un candado. Los hombres y las mujeres, nada más llegar, organizaban la recogida de leña y la cocina mientras los niños jugaban alegres entre los pilotes de las casas. Era la gran fiesta, y había que aprovechar cada segundo en compañía de los demás antes de regresar al aislamiento de sus vidas.

La alegría de aquel encuentro multitudinario, plasmada en los vestidos que las mujeres llevaban meses preparando para la ocasión, en los ornamentos de las casas, en la pulcritud de los trajes de los niños, conoció su apogeo con la llegada del Padre, muerto de cansancio, dando su bendición a derecha e izquierda, saludando a todos, abrazando a los niños que se aferraban a su sotana sucia de barro y polvo. Generalmente el vicario disponía de poco tiempo porque en otra *colocação* de la región ya le estaban esperando con la misma emoción. Lo importante no era tanto administrar sacramentos como atender a los enfermos, consolar a los desvalidos, conceder un poco de tiempo a los más débiles para que no se sintiesen tan olvidados de Dios, ni del mundo.

—¡Primero los casamientos! —anunció el Padre nada más llegar. Los novios, más de veinte, junto a sus novias, formaron en seguida una fila. Detrás de Francisco e Iraçi se encontraban sus testigos, Alfredo y su cuñada. El padre Carneiro, sin rodeos, lanzó la pregunta: ¿Aceptáis a vuestra prometida como esposa? —un coro de síes fue la respuesta. Luego hizo la misma pregunta a las novias, a los padrinos, y terminó con las madrinas—. ¡*Casamento acabou!* —dijo al cabo de cinco minutos.

Ahora le tocaba el turno a los bautizos, en los que utilizaba la misma técnica. No era raro que el cura, como aquel día, se encontrase frente a treinta y cinco niños, cuyos padres, muchas veces, no habían tenido tiempo de escogerles el nombre. El vicario daba una bendición general y, como nunca había bastantes padrinos para tanto niño, todos (vicario y ayudante incluidos) acababan siendo padrinos de todos. Hacía tiempo que el padre Carneiro había perdido la cuenta de sus ahijados en las selvas.

Generalmente el cura tenía prisa por seguir su marcha hasta la próxima casa o *colocação*. Pero aquel día tan especial, Francisco le pidió que se uniese a la fiesta y el Padre aceptó. Ninguno de los dos sabían que aquel ruego marcaría un hito en la historia de los *seringais* amazónicos. Ese día el padre Carneiro, en un alarde de solidaridad que le costaría su misión y un escándalo a nivel oficial, respaldaría el tímido intento de aquellos parias de la selva por hacerse escuchar. Después

de que los *seringueiros* hubieran bailado hasta la saciedad, después de haberse zambullido en el riachuelo de aguas cristalinas para reponer fuerzas y quitarse el sudor, después de que algunos hubieran dormido una siesta a la sombra de la jungla, se fueron reuniendo alrededor de uno de los asistentes, un cauchero de extrema delgadez, barba rala y un aire perdido como si hubiera llegado del fin del mundo. Había tenido que viajar durante ocho días para asistir a aquella celebración. Llevaba dos años sin ver a nadie, solo en las entrañas del tupido bosque tropical. Había perdido el hábito de hablar hasta el punto que le pesaba la mandíbula al hacerlo. Pedro de Oliveira, que se sentía marginado porque vivía a cinco días de marcha de la única gente que conocía, escuchaba embelesado a aquel otro jovencito que, en efecto, venía del fin del mundo. El muchacho estaba preocupado porque su trabajo ya no le daba para vivir. No sólo escaseaban los víveres habituales, sino que el caucho extraído no le permitía procurarse el mínimo vital. Quería saber qué ocurría en los demás lugares, cómo hacían los demás para sobrevivir.

Su historia causó una honda impresión porque todos los presentes sufrían de lo mismo. Poco a poco las lenguas se fueron desliando: alguien dijo que en un seringal vecino no había azúcar; otro, que era imposible conseguir *farinha*... En todas partes escaseaba de manera alarmante la sal, el queroseno y los anzuelos. Los más viejos, con un lenguaje típico de *seringueiro* que años de sumisión habían hinchado de metáforas y de desvíos para huir de la confrontación directa, rodearon al padre Carneiro para exponerle la calamitosa situación en que la batalla del caucho les había sumido. Aparte del problema de la escasez, los víveres costaban el doble que antes de la campaña. Para comprar tocino que antes valía kilo por kilo^[17], ahora eran necesarios dos kilos de caucho. ¿Qué ocurría con la constante subida del coste de la vida que, a pesar de haber aumentado el precio del caucho, no daba ni para sobrevivir?, se preguntaban angustiados los caucheros.

Había ocurrido que los tecnócratas de Washington y Rio de Janeiro, en su esfuerzo de no participar en un sistema de virtual esclavitud, habían promulgado un aumento del precio del caucho con el fin de beneficiar al *seringueiro* y aumentar así su productividad. El resultado no pudo haber sido más dramático para los pobres de la selva, que vieron cómo su nuevo poder de compra les era arrancado por la cadena de intermediarios que componía la sociedad amazónica. *Aviadores* de Belem y Manaus, *seringalistas* y demás comerciantes aumentaron el precio de los víveres para ser los únicos en beneficiarse de la bonanza que suponía el aumento de los precios del caucho. Desde sus despachos confortables, funcionarios biempensantes, al ignorar la sociedad establecida, habían sido cómplices del sistema que pretendían destruir. «No existe una visión más negra de lo que en sociedades progresistas llamamos corrupción y explotación», escribió un técnico norteamericano en su informe a la embajada después de un viaje por la cuenca del Amazonas en 1943. Reconociendo que «los intermediarios han saboteado nuestros más sabios esfuerzos», su informe concluía que no era de extrañar, ante tamaña explotación, que «ni *seringalistas* ni *seringueiros* estén motivados para aumentar su producción». Ante esa situación de opresión era difícil amotinarse a causa del analfabetismo y de las enormes distancias. Sin embargo, el día de la boda de Francisco había los suficientes como para que fraguase la primera manifestación de rebelión organizada en los *seringais* de Acre.

—¡Están matándonos de hambre! —gritó uno de los soldados del caucho, indignado por haber sido engañado por la propaganda oficial.

La historia del *seringueiro* del fin del mundo había sido la chispa que, como un reguero de pólvora, había desencadenado la oleada de protestas. Era como si todos aquellos caucheros se

fuesen despertando de una larga pesadilla. De pronto se daban cuenta lo mucho que les habían mentido, lo mucho que estaban soportando. Mientras que unos se arremolinaban alrededor del Padre, otros se enzarzaban en interminables discusiones, expresando sus temores en medio de un caos de argumentos, de opiniones encontradas, de veladas amenazas y de lamentos.

—Los seringueiros son como los perros que no saben cazar la onza... —les decía Pedro de Oliveira y todos escuchaban—. En vez de atacar juntos, van por separado. Entonces la onza se los come uno a uno. Sólo estando juntos consiguen ahuyentarla y arrinconarla...

Pedro había aprendido a hablar como ellos y, con gran habilidad, les guió por los senderos ocultos de su propio miedo. Fue Pedro quien sugirió hacer un pliego de reivindicaciones con la intención de presentarlo al interventor del territorio de Acre. En él, propuso describir las brutales condiciones de trabajo y pedir al interventor, como patriotas y como soldados de un ejército victorioso, que pusiese término a la escasez de víveres y que estableciese un control de precios. Cuando Pedro se volvió hacia el Padre para saber si éste avalaría su idea, el misionero hizo un gesto de aprobación con la barbilla. Intentando ser lo más fiel posible a las aspiraciones de sus feligreses sin desvirtuar su carácter de protesta, redactó los términos de las reivindicaciones. Luego Pedro y el Padre pidieron a los presentes que firmasen en la parte de abajo. Hubo un momento de silencio, lleno de dudas y de gargantas que carraspeaban. Francisco fue el primero en acercarse a la mesa y en firmar, como si en aquel día tan importante para él se sintiese obligado a ofrecer un regalo a toda su comunidad. Alfredo fue el siguiente y, al igual que lo había hecho cuando se había alistado en el Ejército del Caucho, apretó su pulgar en la hoja de papel. A continuación se dirigió al Padre:

—Ponga mi nombre en letras grandes... —le dijo—. Bien claro... Alfredo Eustaquio.

Doscientos caucheros, desesperados y amenazados en su supervivencia, guardaron cola para poner su huella dactilar o para dibujar una cruz encima de sus nombres. Algunos sin embargo no consiguieron vencer el miedo y se abstuvieron. Pero la mayoría había conseguido romper la cadena de un sistema que se resistía a cambiar y cuyos eslabones lo formaban la inmensidad del territorio, la ignorancia y el terror. A los esclavos blancos de la selva sólo les faltaba un líder capaz de canalizar sus ansias de justicia.

Ese líder nacería un año más tarde, en un ambiente de sorda violencia que nunca más cesaría en las selvas de Acre. Vino al mundo la noche del 15 de diciembre de 1944 en la *colocação* Pote Seco del seringal Porto Rico, donde Francisco Mendes e Iraçi Lopes habían empezado su vida de casados. Fue bautizado con el nombre de su padre, que era también el nombre del santo patrón de Ceará, Francisco de Canindé. Pero todos acabarían conociéndole por su diminutivo: Chico Mendes.

De haber sabido lo que le esperaba, el muchacho hubiera intentado alertar a las autoridades, aunque en el fondo sabía que era inútil porque no intervendrían. O bien, hubiera regresado a su *colocação* para avisar a su padre. Pero poco hubiera podido hacer Francisco Mendes. Aquel día de 1953 su hijo Chico iba a ser testigo de una escena que conmocionaría su vida de niño y le llevaría involuntariamente al mundo de los adultos.

Chico Mendes llevaba más de cuatro horas caminando por la selva y tenía sed. Buscó un riachuelo, se agachó para beber agua y siguió su ruta. Tenía que pedir a Alfredo Eustaquio un poco de *farinha* porque una crecida del río había arruinado la cosecha de su padre. Alfredo se había hecho un *seringueiro* muy querido por sus colegas. Como era trabajador y dócil, los capataces le respetaban, a pesar de que arrastrase la rémora de haber firmado aquel pliego de reivindicaciones en 1943. Aunque mucha agua había corrido por los ríos de Acre desde entonces, ningún *seringalista* había olvidado el incidente.

Alfredo se había hecho un experto conocedor de los secretos del bosque. Como todos los *seringueiros*, vivía el ritmo armonioso de la selva. Hacía tiempo que había trocado sus sueños de prosperidad por la seguridad de una vida familiar estable. El azar, o quizá el espíritu de la cobra como pensaban los caucheros, había querido que Alfredo y un compañero de barracón fuesen los únicos adultos presentes en el momento en que el hermanito de Neuza fue mordido por una serpiente. La muchacha entró llorando en el barracón de Alfredo para pedir socorro. «¡Jararaca! ¡Jararaca!», gritaba desfavorida, aludiendo al tipo de serpiente que en algunos organismos provoca la ceguera en diez minutos, en otros una hinchazón repentina, en otros la muerte. Corrieron hasta el linde de la selva. El niño yacía entre la hierba, sacudido por fuertes convulsiones, sudando, con los ojos en blanco. Alfredo hizo con su navaja una incisión en forma de cruz, colocó sus labios como una ventosa sobre la piernecita y chupó todo el veneno que pudo, escupiendo constantemente para no tragarse nada. La pierna del chico se deformó por completo. A continuación se le hinchó el vientre, los pectorales, los brazos, el cuello y la cabeza, hasta que todo su ser quedó monstruosamente abultado, morado, como a punto de estallar. Venitas inyectadas de sangre rayaban el blanco de sus ojos; un ronco estertor salía de sus pulmones envenenados. Alfredo colocó al muchacho en una hamaca y, con la ayuda de su compañero, se lo llevaron presurosos a la ciudad —un día de marcha— para que el médico le administrase una inyección de suero antiofídico. Llegaron a tiempo; el chico no perdió la vista y se salvó porque parte del veneno ya le había sido sustraído. Menos de cinco horas más tarde regresaba caminando junto a sus salvadores. A partir de entonces, Alfredo adquirió una aureola de héroe en la familia de Neuza. La muchacha empezó a acecharle cuando éste regresaba por las tardes de *cortar seringa*. Se enamoró de él, y la vida en Boa Esperanza se convirtió para Alfredo en algo tan dulce como

sus mejores momentos del sertón. Hasta se sorprendió en sus rezos dando gracias al espíritu de la cobra. Poco a poco, al creerse viejas leyendas como la que aseguraba que algunas especies de serpientes son divinas, se iba haciendo *seringueiro* de verdad.

Neuza, a sus dieciséis años iba ya para solterona. En aquella sociedad donde hombres y mujeres se hacían viejos a los treinta años, no era extraño que las jóvenes se casasen justo después de la primera menstruación. Alfredo la pidió en matrimonio y Neuza aceptó. Al cabo de un año tuvieron su primer hijo, Pablo, un año menor que Chico Mendes. Luego nació su hija Rosa, que parecía sacada de uno de los cuadros antiguos de las iglesias del Nordeste. Era de una belleza deslumbrante, y esto inquietaba secretamente a Alfredo, que sentía una adoración especial por su hija. Estaba obsesionado con protegerla de las miradas de capataces y comerciantes.

Los recuerdos de su vida en el Ceará se habían difuminado con el paso del tiempo, aunque no podía borrar de su memoria la callada desesperación que acarreaban aquellas sequías persistentes. Alfredo no sabía nada de sus padres y hermanos porque no había correos y porque la inmigración, siempre portadora de noticias, había cesado por completo después de la Batalla del Caucho. En momentos de ensoñación acariciaba la idea de llevar algún día a sus hijos al Ceará para una gran reunión familiar. Se imaginaba a su prole vestida de domingo, con el pelo engominado, posando para el fotógrafo frente a la iglesia de su aldea. No podía concebirse mayor felicidad. Era un deseo simple compartido por la mayoría de *seringueiros*. De ahí sacaban fuerzas para soportar el abandono y el aislamiento.

* * * *

Chico apresuró el paso. Quería llegar antes del anochecer para jugar una partida de bolas con su amigo Pablo, el hijo de Alfredo. Pero cuanto más prisa se daba, más le dolían las piernas. Como todos los días en los últimos dos años, se había despertado a las dos de la madrugada. Una tormenta le había impedido conciliar el sueño hasta bien entrada la noche. El canto del gallo y luego la voz de Iraçi, su madre, consiguieron despertarle. Cogió su cuchillo para sangrar los árboles, su escopeta por si un jabalí o un tapir se cruzaba en su camino, se puso el machete al cinturón y metió los utensilios para *cortar seringa* en su bolsa. Luego se hizo con el *balde*^[18] y bajó los peldaños de su casa de madera cubierta de hojas de palma. Era noche cerrada. El linde de la selva parecía el muro de una catedral gótica.

Respiró los perfumes del bosque. El aire fresco y húmedo acabó de despertarle. Colocó sobre su cabeza la *poronga*, una especie de sombrero de latón con una vela que servía de linterna a los *seringueiros* al tiempo que les dejaba las manos libres, y se adentró en la selva por una de las *estradas* que salían de la *colocação*. Hacía tiempo que no iba con su padre, cuya cojera le dificultaba cada vez más el caminar. De todas maneras alguien tenía que ocuparse del huerto y Chico prefería pasar el día en la selva en lugar de estar acurrucado bajo el sol. Su padre le esperaría y, por la tarde, le ayudaría a ahumar el látex.

Aquel día, como si de un presagio se tratase, se encontró con una *seringueira* (un hevea) destrozada por el temporal de la noche. Podía ser una señal fatídica, pensó. Desde niño su padre

le había enseñado a considerar los heveas como personas. Los caucheros acostumbraban a hablar con sus árboles, llamando a cada cual por su nombre, haciendo recomendaciones o pidiendo que fuesen bondadosos: «Anda, *Seringueira do Olho*, arría un poco más de leche, por favor. Te prometo que no te voy a herir, sólo un cortecito...», le había rogado la víspera, antes de raspar la corteza con su puñalito. El muchacho de doce años sentía la pérdida de aquel árbol como si de un pariente se tratase. No era raro que los *seringueiros* pasasen días lamentándose por la muerte de un hevea: «No merecía morir, aquel árbol era bueno, nos ayudaba mucho... ¡Con tantos árboles inútiles que hay por ahí!», comentaban entristecidos.

Chico Mendes, como todos los caucheros, era agradecido con la generosidad de la naturaleza. Las plantas que producían savias medicinales, la luz de la luna que iluminaba los senderos, las estrellas que ayudaban a orientarse, los animales que proporcionaban carne... todo lo que el *seringueiro* utilizaba para su supervivencia era objeto de veneración. Era costumbre, al ir de pesca, hablar con los peces más pequeños, deseándoles que creciesen rápidamente para salir de aquel remanso, para que tuviesen cuidado con los caimanes, para que se hiciesen grandes y fuertes. La leyenda del *cabquinho da mata*, un hombrecito fumador que atacaba en caso de cazar más de lo necesario o en caso de maltratar árboles o animales resumía la conciencia del *seringueiro*. Todos, niños, mujeres y viejos creían en aquel justiciero de la naturaleza que surgía en la profundidad de la selva como amigo o como censor.

Francisco Mendes, como lo había hecho con Alfredo, Pedro y tantos otros, había enseñado a su hijo a conocer y a amar ese jardín capaz de satisfacer las necesidades esenciales. El joven Chico había aprendido los nombres y usos de docenas de plantas medicinales, como la *copaíba* que ataja las infecciones o como la corteza del árbol *ipê* que combate los tumores. Sabía hacer una infusión para curar la pulmonía, triturando los nidos de termitas que arrancaba de los troncos de los árboles. También aprendió a distinguir los peces y sabía cuál era la mejor hora para pescar el *tucunaré* o el *pirarucú*. Reconocía también el ritmo y el caudal de los ríos según las estaciones. Sobre todo había aprendido a mirar antes de tocar, porque la selva no sólo alberga sustancias útiles, también está plagada de peligros. Al resbalar, cuidado de no apoyarse en una *Astrocaryum*, palmera rodeada de pinchos tan finos que es imposible verlos. Al bañarse, atención con el *candirú*, pez del tamaño de un palillo que entra en el cuerpo por sus orificios, en particular por el ano y, una vez dentro, despliega unas afiladas espinas, provocando dolores infernales. Cuidado con la *tocandeira*, una hormiga negra de unos tres centímetros cuya picadura provoca un choque anafiláctico. Cuidado con las ramas de los árboles al caer. Cuidado en no poner en marcha los sistemas de defensa de orugas, arañas, serpientes o plantas.

Había aprendido a concentrarse sobre tres objetos: el remo en la piragua, el machete en los senderos y la escopeta para la caza. Sabía desde pequeño que el tiempo es un elemento crucial. Un segundo de descuido y el jaguar o la víbora pueden acarrear la muerte. Dominar la respiración, la longitud de los pasos, el peso de una rama, la estela de una canoa, hasta el gesto de un hombre... la selva y el padre habían sido sus únicos maestros. A los nueve años había empezado a acompañar a Francisco como aprendiz de *seringueiro*, lo que era normal en los niños de aquella comunidad de la selva, a quienes los patronos prohibían asistir a la escuela.

Ahora salía solo, y era capaz de sangrar hasta ochenta árboles, como hizo aquel día. Regresó a casa a las dos de la tarde, colocó el *balde* rebosante de látex cerca del horno y se zambulló en el riachuelo para refrescarse. Sus hermanos le siguieron con una pelota de goma. Luego llegó la hora

del almuerzo: arroz y *farinha*. No era muy abundante y sobre todo era monótono. Nadie había tenido tiempo de ir a cazar y el vendedor no pasaba desde hacía varias semanas. Pronto no tendrían dónde hincar el diente; pero no le daban mayor importancia porque los Mendes estaban acostumbrados a la escasez. Sólo Iraçi, madre de cuatro hijos, se esforzaba en disimular su preocupación.

«Tienes que ir a casa de Alfredo Eustaquio para que te dé un poco de *farinha*. Se la devolveremos el mes que viene», le había pedido Francisco a su hijo al terminar el frugal almuerzo. «Yo me encargaré de ahumar el látex», añadió. El muchacho asintió, contento de ir «de visita». Como de costumbre, Raimundo, su hermano pequeño, quiso acompañarle. Chico le explicó pacientemente que era demasiado lejos para un hombrecito que apenas alcanzaba el tamaño de una planta de *urucú*. Por segunda vez durante aquella jornada, Chico se adentró en la selva.

Caminaba con el característico paso ligero y rápido de los *seringueiros*, siempre atentos a los ruidos que podrían delatar la presencia de algún armadillo, algún mono en las alturas o algún tapir en la maleza. La carne de este animal, mezcla de conejo y de rata grande, era la más preciada. Había aprendido a atacarlo cuando el animal cambiaba de manera de caminar, señal de sueño. El tapir solía comer algunos frutos, darse un baño, limpiarse y acostarse. Ése era el momento de disparar. Pero Chico no encontró ese día ningún animal para aliviar el hambre de su familia.

Oyó algo, un sonido extraño, como un grito que no reconoció y que le asustó. La selva tiene misterio, solía repetir su tío Joaquim, y nunca como en aquel momento el muchacho valoró el significado de aquellas palabras. «¡Ya está! —pensó—. ¡El *mapinguari*!». Este animal, contaba la leyenda, era grande y fuerte como un ser humano, con un solo ojo en la frente y uñas afiladas. Era importante no contestar a sus gritos para evitar que el monstruo se volviese hacia uno. El joven *seringueiro* preparó su escopeta y, temblando de miedo, se agazapó contra un árbol. «Sí —pensó—. Es un *mapinguari*...». En efecto, había un olor a chamusquina típico de ese animal mítico que, según la leyenda, exhalaba un aliento hediondo capaz de fulminar al más duro de los hombres.

Chico esperó un momento que le pareció eterno, pero nada vio. Los gritos se hicieron más agudos y el terror paralizó al muchacho. «Me está buscando —pensó—, el *mapinguari* sabe que estoy por aquí y quiere atraparme». Luego, al oír unas voces humanas, y hasta unas risas, suspiró de alivio. No era a él a quien buscaba el animal. En ese momento pensó en huir, en correr lo más lejos posible. Su curiosidad pudo más y se acercó sigilosamente hacia el origen de los gritos. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, su imaginación de niño tuvo que abandonar por fin la idea de un *mapinguari* y enfrentarse a la realidad. Aquellos gritos que desgarraban la selva eran humanos. Chico se deslizó por la maleza siguiendo la procedencia de los alaridos, hacia el río. Ayudado por unas lianas trepó a un árbol hasta situarse en una rama desde donde podía ver sin ser visto. Un *seringueiro* estaba amordazado con *principios* (bandas de caucho que forman el principio de la *pelle*) en llamas. Dos hombres, que por sus botas de cuero y por sus voces parecían capataces, empujaban a aquel desgraciado a patadas hacia la orilla del río, profiriendo insultos y soltando alguna que otra carcajada. El olor acre del caucho se mezclaba con el olor dulzón de la carne quemada. El primer impulso del muchacho fue bajar e intervenir, pero ya era demasiado tarde. Los alaridos del hombre cesaron y su figura calcinada se consumió en medio de las llamas. Los dos hombres empujaron los restos chamuscados de aquel infeliz a las aguas marrones del río y abandonaron el lugar. Chico permaneció un momento aturdido sobre la rama

del árbol. La selva recobró sus ruidos familiares, su olor a humedad y a plantas aromáticas mientras los rayos del atardecer penetraban a través del denso follaje. Todo volvía a la normalidad, aunque para el muchacho ya nada sería como antes.

Bajó del árbol y corrió hasta llegar exhausto y chorreando de sudor a la *colocação* de Alfredo Eustaquio. Jadeante, contó lo sucedido al amigo de su padre, hablando a trompicones, con los ojos muy abiertos por el espanto. La noticia fue un duro golpe para la familia, sobre todo para Alfredo. Esbozando una mueca de dolor, fue tal su abatimiento que tuvo que sentarse a la puerta del barracón. Había adivinado de quién se trataba y los recuerdos e imágenes se atropellaban en su mente confundida. Con aquel hombre que no era ya más que ceniza en el lecho del río había compartido ilusiones, sueños heroicos y decepciones brutales. Se había cansado de repetirle que tuviera más cuidado, pero aquel amigo no era de los que aceptaban consejos. Nada ni nadie hubiera podido cambiar el destino de Pedro de Oliveira, aquel vivaz campesino del Ceará que creyó en la propaganda oficial de la Batalla del Caucho para acabar calcinado en las aguas fangosas de un río amazónico.

* * * *

El primer altercado con el capataz, nada más llegar al seringal de Francisco y cuando todavía se encontraba convaleciente del tifus, había desencadenado una espiral de violencia de la que Pedro nunca había podido salir. Su idea, el día de la boda de Francisco, de entregar un escrito de protesta a la autoridad competente añadió aún más leña al fuego, situándose ante *seringalistas* y capataces como un rebelde irrecuperable, una manzana podrida que amenazaba con dañar el resto de la cesta. Aquel escrito no recibió respuesta alguna de las autoridades. Tan sólo una severa amonestación al padre Carneiro, a quien el interventor de Acre amenazó con llevar a juicio en corte marcial acusado de sabotear los esfuerzos de guerra de Brasil. Los superiores religiosos tuvieron que intervenir de inmediato, transfiriendo el voluntarioso padre al sur del país, donde permaneció hasta el fin del mandato del interventor.

Poco tiempo después de aquel incidente y cuando la Batalla del Caucho hubo finalizado, Pedro de Oliveira recibió la visita del mismo capataz que les había recibido en Xapurí, con el cual había tenido un altercado. Venía acompañado de un ayudante armado de una escopeta de repetición. Nada más verles llegar, Pedro supo que habría problemas. Empezaron pesando las bolas de caucho y luego fueron cargándolas en la canoa. Aquellas *pélas* que olían a jamón botaban como si estuvieran vivas. Saldaron cuentas en una interminable sesión en la que Pedro cuestionó cada concepto, sumando y volviendo a sumar. Cuando Pedro pensaba que ya emprenderían el camino de regreso, los dos capataces empezaron a merodear por los alrededores del barracón. Parecían buscar algo, como si Pedro estuviera escondiendo caucho para venderlo por su cuenta, lo que constituía delito y estaba severamente castigado. No encontraron bolas de caucho, pero sí el huerto con frutas y verduras que habían crecido de manera espectacular.

—Un *seringueiro* no es un campesino —dijo el capataz antes de proferir la velada amenaza de dejarle sin *colocação* si no respetaba la prohibición de cultivar.

Pedro entendió que el huerto era sólo un pretexto, que aquel capataz había venido a hacerle pagar por la antigua afrenta. Esta vez ni siquiera aludió al contrato del gobierno que permitía el cultivo de una hectárea. ¡Ahora sabía lo fácil que era desaparecer en la selva! Las hormigas, los rapaces o las pirañas se encargaban de borrar rastros.

—Destrúyelo —ordenó el capataz al tiempo que metía un cartucho de postas en su escopeta.

Pedro se quedó quieto. El sudor en sus manos le hizo tomar conciencia de que estaba armado con un azadón y pensó en aplastar la cabeza del capataz con un golpe rápido, pero en seguida se dio cuenta de la locura de su designio. Miró de reojo los brotes de frijoles de su huerto y hasta pensó que tenía que haber traído tierra de otro lugar para mezclarla con aquella tan caliza.

—... Ya lo haré —dijo, poco convincente.

—No, ahora, que te veamos nosotros... —respondió el capataz. Hubo un largo silencio. Pedro no se movió. El capataz le apuntó con la escopeta—. Destrúyelo —repitió.

Pedro miró hacia arriba, y se dejó cegar por el sol. El calor era intenso; se acercaba la temporada de lluvias. El huerto se inundaría. Un ruido terrible le sacudió de repente. ¿Un trueno? «Imposible», pensó. Bajó la cabeza. Vio un humillo blanco salir de la escopeta del capataz. Luego miró a sus pies. Chorretes de sangre resbalaban por su pantorrilla. Empezó a sentir un dolor sordo, como si tuviera el corazón en la pierna. Luego fue como una quemadura; y un escozor.

—Destrúyelo —volvió a decir el capataz, cargando de nuevo su escopeta. Pedro sabía que esta vez el tiro le alcanzaría más arriba. No era lógico que tuviera que morir después de todo lo que había sufrido. El destino le pedía demasiado.

Quería vivir. Así, con la misma azada que había utilizado para plantar cuidadosamente la yuca, las patatas y el frijol, recorrió los surcos de su huerto para destruirlo todo ante las miradas inquisidoras de los capataces, cuyas siluetas, ahora con sus armas al hombro, se recortaban contra el cielo enrojecido del atardecer. En menos de tres minutos había acabado con lo que le había costado dos años conseguir. Se había mantenido impasible, sin mostrar la mínima señal de estar afectado por ello. Pero tenía miedo. No quería confesárselo, pero un miedo cerval se apoderó de él después de haber terminado con el huerto. Ahora el capataz dispararía a matar, pensaba. Estuvo a punto de pedir clemencia, a punto de capitular. En ese momento, si hubiera estado seguro de salvar su vida, se habría hincado de rodillas a los pies del capataz. Cualquier cosa con tal de seguir respirando los fragores de la selva al amanecer, con tal de poder dormir una siesta a orillas de un riachuelo, con tal de seguir vivo para seguir soñando con un mundo mejor. Pero no fue necesario postrarse ante los intrusos. El capataz dio media vuelta y, seguido por su secuaz, se dirigió a la ribera para embarcar en su canoa. Sólo habían querido recordarle que nada le pertenecía, ni siquiera su propia vida. Mientras los veía alejarse y el dolor de la herida en la pierna se agudizaba, Pedro de Oliveira pensó en lo absurdo que era aspirar a una vida digna en aquel mundo despiadado. De nada servía seguir chocando con la realidad; era un prisionero de la selva sin posibilidad de escapar. Lo único que podía pretender era buscar otra *colocação*, alejarse de aquel capataz que acabaría por matarle, o al que él acabaría matando.

Tuvo que esperar que terminase la Batalla del Caucho para encontrar otro calvero donde asentarse. En 1945, fecha de la capitulación japonesa, los norteamericanos se marcharon de la noche a la mañana en una auténtica desbandada, dejando tractores en plena selva con el motor encendido, abandonando en los muelles barcos sin descargar, olvidando estructuras de construcción a orillas de los ríos. Los aeropuertos del valle amazónico, mantenidos hasta entonces por personal norteamericano, se encontraron repentinamente a merced de funcionarios brasileños estupefactos y sin ninguna experiencia. El gobierno brasileño, en lugar de pagar las indemnizaciones a los soldados del caucho, tal y como se había comprometido, decidió utilizar esos fondos para comprar todo el material que los americanos estaban abandonando. Así, antes incluso de que la Amazonia cayese en el olvido, los supervivientes de aquel singular ejército eran desposeídos de su parte de victoria.

Algunos soldados del caucho decidieron emprender viaje de regreso al Nordeste. Aquellos *retornados* eran como despojos de un ejército derrotado en lugar de soldados victoriosos que habían dado su juventud por un triunfo que les fue robado. Perdidos, desanimados, pobres, muchos de ellos acabarían de proletarios en la periferia de las ciudades amazónicas. Precisamente gracias a uno de los que abandonó la selva, Pedro pudo conseguir una nueva *colocação* lejos de aquel vicioso capataz. También había pensado Pedro en regresar al Nordeste pero, al enterarse que ya no habría indemnizaciones, optó por permanecer entre *seringueiros* porque se sentía parte de esa comunidad. Los lazos de amistad y la solidaridad entre caucheros contrarrestaban la dureza de las condiciones de trabajo y constituían el mayor aliciente para permanecer en las selvas. Allí nadie se olvidaba de nadie. Todos estaban pendientes de sus colegas y las desgracias y venturas de los demás se sufrían y celebraban casi como las propias. Siempre era mejor que ir a hinchar de miseria las *favelas* (chabolas) abarrotadas de las ciudades.

Su nueva barraca se encontraba cerca de la de Alfredo, a sólo cinco horas de canoa y tres horas de marcha. Un recorrido que acabaría conociendo como la palma de su mano porque en la *colocação* de Alfredo vivía una prima de Neuza, una joven morena de pelo lacio y sonrisa dulce, con la que Pedro terminó casándose. Allí pudo dedicarse de nuevo a cultivar un huerto, no porque el reglamento hubiera cambiado, sino porque al final de la guerra, con la caída de los precios del caucho (caída provocada también por el auge del consumo de goma sintética en los Estados Unidos), la recogida del látex no bastaba para que los *seringueiros* consiguiesen un mínimo vital, a pesar de que el gobierno se hubiese comprometido a comprar toda la producción de caucho, fijando un precio y asegurando un mercado. Los patronos no tuvieron otro remedio que hacer la vista gorda ante el cultivo y la recolección de castaña y otros frutos de la selva. Aun así, jóvenes como Pedro de Oliveira que, al año de casarse, tuvo su primera hija, seguida de otra al año

siguiente, apenas conseguían alimentar a sus familias.

Para luchar contra la penuria, un número cada vez mayor de *seringueiros* empezaron a vender su caucho a los regatones, mercaderes ambulantes que recorrían los ríos amazónicos y pagaban bastante más que los patronos. Estaba rigurosamente prohibido porque, legalmente, los árboles pertenecían al *seringalista*. Cuestionar el monopolio de la venta era cuestionar todo el sistema de explotación del caucho. Era poner en tela de juicio toda la cultura del valle del Amazonas que desde los tiempos de la Conquista había sido construida sobre una explotación despiadada de caucheros sobre indios y de blancos sobre caucheros. Aunque los comerciantes ambulantes también se aprovechaban del incauto *seringueiro*, ofreciendo a menudo quincalla barata a cambio de látex, el cauchero veía en ello una forma de satisfacer sus necesidades inmediatas y, sobre todo, una manera de vengarse de sus patronos. Éstos, firmemente dispuestos a no permitir ninguna alteración de su monopolio, organizaron a sus capataces para hacer redadas nocturnas por los ríos. Resultaba difícil pescar in fraganti a los infractores ya que las distancias, que por un lado mantenían a los caucheros aislados del mundo y sujetos a la férula de la autoridad de sus patronos, por otro constituían el mejor aliado de todo tipo de transacciones sospechosas. En la oscuridad de la noche, en la inmensidad de la selva, los *seringueiros* se citaban con los regatones para negociar el precio de su trabajo. Los *seringalistas* y sus capataces, ante el fracaso de las redadas, no sabían cómo cortar con esa práctica que amenazaba extenderse por toda la región.

Fue una racha de mala suerte, o quizá la tragedia que le había acompañado desde su infancia como una sombra funesta y que de pronto resurgía con una implacable determinación, pero el caso es que la mujer y las dos hijas de Pedro de Oliveira enfermaron una tras otra de disentería. El espectro de la epidemia, que ya le había dejado sin familia en la niñez, volvía a aparecersele como una maldición de la cual no conseguía librarse. Las imágenes de su madre, de su padre y de sus hermanos enfermos de hepatitis en su aldea del Ceará le volvieron a la mente. Se superponían en su memoria con la visión de su mujer doblada por los calambres, de sus hijas postradas en las hamacas, casi sin vida, medio deshidratadas, sin fuerzas para quejarse ni agua para llorar sus lágrimas. Pero si de niño no estaba en su poder alterar el orden de las cosas, ahora como adulto sí tenía la posibilidad de luchar contra la adversidad. De luchar y de vencer, pensaba él.

Cuando las hierbas medicinales no surtieron más efecto, cuando la dolencia rebasó los conocimientos del Padre y del curandero indio, no quedó otro remedio que acudir al médico en la ciudad de Xapurí. Pedro de Oliveira, ayudado por dos *seringueiros* transportó a su mujer enferma y a sus hijas en dos hamacas. El médico diagnosticó una gastroenteritis aguda y las hospitalizó. Pedro regresó al seringal. Había cesado de recolectar látex para ocuparse de su prole. Hervir el agua, preparar la comida que ni siquiera probaban, rayar la yuca para hacer *farinha*, lavar las ropas manchadas... durante los primeros días de la enfermedad había tenido que asumir las funciones de madre de familia. Ahora necesitaba dinero para las medicinas. Como no podía ganarlo haciendo caucho para el patrón, lo pidió prestado a sus amigos. Cuando se le acabó, tuvo que regresar a las *estradas* y vender su producción al regatón. Aun así, apenas ganaba lo suficiente. Lo que otras veces había hecho como un acto de rebeldía individual ahora lo hacía para salvar a los suyos, porque no tenía otra solución.

Pero nadie podía vender el caucho del patrón impunemente. El cerco de los capataces se fue estrechando cada vez más alrededor de Pedro, que ya iba precedido por una fama de revolucionario. Querían atraparle para dar un escarmiento a los demás, para asustar de una vez

por todas a todos los *seringueiros* que se atrevían a vender el fruto de su trabajo al que más les pagaba. Con uno sólo que cayese en sus redes, sabían que el resto escarmentaría. Cuando el pequeño Chico Mendes, enviado por su padre para pedir un poco de *farinha*, llegó asustado a la *colocação* de los Eustaquio después de la terrible escena que acababa de presenciar, Alfredo supo inmediatamente lo que había sucedido. Pedro había pasado por allí una hora antes. Había venido a pedirle dinero para comprar más medicinas. Le había extrañado verle tan nervioso, tan atormentado, fumando cigarrillo tras cigarrillo, metiendo los dedos en su pelambreira negra que había dejado de cortarse. Le había confesado que llevaba más de un mes sin trabajar para el patrón. Estaba asustado porque se había cruzado con el ayudante de uno de los capataces y le había visto echarse a correr nada más divisarle por la senda. Temía que hubiera ido a avisar a alguien. Tenía miedo de que le hubieran estado siguiendo. Tenía miedo de caer en una *tocaia*^[19].

Alfredo le pidió que se quedara, por lo menos hasta el día siguiente en que podría acompañarle a la ciudad. Pero Pedro no quiso. Sus hijas necesitaban las medicinas aquella misma noche. El recuerdo de la enfermedad que había diezmado a su familia le obligaba a seguir siempre hacia adelante, como si detenerse en el camino fuese un pecado imperdonable. Sólo dedicándose en cuerpo y alma a salvar a los suyos conseguía ahuyentar las quimeras de su maldición. Se despidió de Alfredo y se fue, sin saber que esa huida hacia adelante le empujaba hacia su propia destrucción. Pobreza, hambre, suciedad, enfermedad, epidemia... la rueda imparable de la miseria giraba a su alrededor como un molino que, aquel día, terminó de triturarle. Aquel hombre que había acudido a la llamada patriótica de su gobierno para hacer de su vida algo útil, aquel padre de familia ejemplar capaz de caminar durante cuarenta horas para comprar una medicina o avisar un médico, aquel viejo de veintiocho años amigo de sus amigos había pagado con una muerte atroz el precio de su pobre exigencia: salvar a los suyos de las garras de la enfermedad.

* * * *

Los *seringueiros* nunca supieron las cifras del trágico resultado de la Batalla del Caucho. Tampoco supieron que los gobiernos de Inglaterra y de Estados Unidos les habían agradecido públicamente su contribución a la victoria final. En algunos lugares de Brasil, sin embargo, algunas voces se elevaron en contra de aquella aventura desgraciada. Un ejemplar de *A Provincia do Pará* que llegó a la *colocação* de Francisco calculaba que, de los 50.000 soldados del caucho censados, 23.000 habían muerto «sin pan, sin cuidados médicos, sin posibilidad de luchar contra la fiebre, la avitaminosis o los parásitos. Cayeron en esas junglas lejanas, víctimas de un mal gobierno y de sus ilusiones». Otro de los periódicos que cayó en manos de los supervivientes fue el *Jornal do Acre* del 11 de septiembre de 1945, que lamentaba que se hubiera jugado con la vida de millares de brasileños, «pobres diablos sacrificados en una lucha de vanidades y de ambiciones. Es una pena que en Brasil no existan castigos para este tipo de crímenes. Todo el mundo se queja pero nada cambia porque los muertos, muertos están».

Para las autoridades que se negaron a intervenir contra el *seringalista* y los capataces que le habían quemado vivo antes de tirarle al río, Pedro de Oliveira era un dato estadístico más, otro de

tantos soldados del caucho que no regresaron nunca. Para el joven Chico Mendes y muchos otros *seringueiros*, el drama que acababa de tener lugar en el corazón del bosque, tiñendo de sangre y ceniza las aguas fangosas del río, catalizó unos deseos de venganza que, más tarde, se convertirían en sed de justicia.

Aunque los trabajadores del bosque, apartados del mundo, no contaban con ningún tipo de asistencia ni de apoyo, la rabia y la impotencia no eran los sentimientos que dominaban sus vidas. En general los Mendes, los Eustaquio y muchas otras familias se consideraban felices. La razón era sencilla: se contentaban con poco. Tener lo necesario para comer, un techo para protegerse de las lluvias torrenciales y evitar las enfermedades... ¿Qué más se podía pedir? Todo lo que viniera después era como un regalo de Dios que se aceptaba con gratitud. Francisco Mendes sabía desde niño que sus condiciones de trabajo no cambiarían jamás y, si se desesperaba, había aprendido a refugiarse en las palabras del Evangelio: «... Los últimos serán los primeros». A medida que envejecía, comprendía que la batalla que merecía la pena ganar no era de este mundo. Creyente hasta la médula, transmitió a sus hijos el respeto por lo divino y el amor al prójimo. Chico Mendes aprendió a rezar antes incluso de tener miedo del *bicho papau* (el coco), esa criatura que existe en todas las culturas para asustar a los niños. Lo que más le gustaba eran las historias de santos, que su padre le leía a la luz de una lamparita de queroseno. Tenía predilección por la de San Sebastián, patrón de los *seringueiros*, que murió acribillado a flechazos por defender su condición de cristiano. Eso le fascinaba, quizá porque intuía que los mártires eran parte de la historia de su tierra como los animales son parte de la selva, o los heveas son parte del bosque.

Una tarde de 1958, cuando Chico tenía 14 años, su vida, que podía haber sido como la de cualquier otro hijo de *seringueiro* se afianzó en una dirección que ya no abandonaría. Mientras padre e hijo coagulaban el látex de la jornada, Chico vio un extraño acercarse a la *colocação*. El hombre, alto, fuerte y con aspecto de señor, dio unas palmadas para avisar de su presencia, un saludo típico de *seringueiro*. Llevaba una barba espesa y negra como su cabello; su voz era grave, con una pronunciación muy marcada. Se presentó por su mote, Euclides *Pranchão*, en honor a las planchas de caucho, anchas y cuadradas como su cuerpo, que a veces sustituían a las *pélas*. Pidió un poco de agua, pues llevaba todo el día caminando. Chico nunca había oído a nadie articular tan bien y hablar con tanta soltura. En seguida le intrigó un paquete de papeles arrugados que el forastero llevaba en el bolsillo. El hombre se lo mostró. Chico nunca había visto esos gruesos periódicos repletos de fotos en colores y de ilustraciones: eran revistas que el forastero había comprado en Xapurí. Todavía más sorprendente para el muchacho fue la increíble fluidez con que aquel hombre leía. Nunca había oído a nadie hacerlo tan rápidamente, sin interrupciones ni vacilaciones. Impresionados por sus amplios conocimientos, padre e hijo acordaron hacerle una visita el siguiente fin de semana. Francisco estaba tan intrigado como su hijo por ese personaje singular. ¿Qué podía motivar a alguien educado y culto a venir a pudrirse en aquellos confines del mundo? Seguramente estaría huyendo de algún crimen; habría matado a alguien y venía a esconderse. Desconfiados por naturaleza, todos los caucheros de la región barajaban las hipótesis más escabrosas.

Los fines de semana, las visitas entre *seringueiros* eran usuales. Francisco, al que llamaban socarronamente «doctor» porque siempre estaba dispuesto a dar consejo o a comprobar unas cuentas, tenía la costumbre de leer periódicos viejos de seis meses explicando las noticias, traduciendo la complejidad del mundo a un público que jamás había salido de la selva. La primera vez que Josué, un hijo de *seringueiro* de la misma edad que Chico, oyó hablar de Stalin y Roosevelt, fue por boca de Francisco. Cuando Fernando, el viejo padre de Josué, escuchó las palabras «educación y sanidad», pensó que tenía problemas en el oído. El padre de Chico se lamentaba de que los seringales no dispusiesen de escuela ni de un miserable puesto sanitario, algo que los demás ni siquiera concebían. El interés de los patronos era mantener su mano de obra en la ignorancia y la sumisión. Si los *seringueiros* aprendían a contar, se acabarían las cuentas trucadas.

Aunque Francisco leía mal y apenas escribía, su hijo no había estado en condiciones de evaluar la habilidad paterna hasta la llegada de aquel forastero. Chico había sido el único entre los muchachos de su edad en mostrar una voluntad tenaz en concentrarse para aprender a leer y escribir. Buscaba alguna explicación a la injusticia que le había tocado vivir. La imagen de aquel *seringueiro* ardiendo entre alaridos volvía periódicamente a su memoria, como un recuerdo constante de su condición de esclavo blanco. Muchos amigos recuerdan a Chico, a los 14 años de edad, solo y después de una agotadora jornada de trabajo, esforzándose en descifrar la maraña de letras y palabras que representaban su única esperanza de entender la vida.

Ahora que tenía cerca a aquel forastero, las posibilidades de saciar su curiosidad se hacían infinitas. Después de una caminata de tres horas, Chico y su padre encontraron a Euclides «limpiando» su calvero, lo que en términos de *seringueiro* significa abrir senderos y arreglar el barracón. Vivía solo, rodeado de libros, revistas y periódicos. Y de un objeto de lujo que sería una auténtica revelación para el muchacho: un aparato de radio. Eso de girar unos botones y oír voces del otro lado del mundo era el colmo del progreso. Para aquellos seres aislados en los bosques amazónicos, las radios de onda corta representarían el único lazo que les uniría al resto de los hombres.

Chico convenció a su padre de que le dejase pasar los fines de semana con Euclides, que se había comprometido a darle clases. El hombre había observado que el muchacho tenía un afán de superación que lo distinguía de los demás. Así empezó una rutina que se prolongaría durante seis años. Chico esperaba impaciente el sábado para ir a la *colocação* de Euclides y nada más llegar encendía la vieja radio General Electric. Oían las noticias y después las comentaban. Chico aprendió cosas tan incongruentes como el hecho de que Brasil se había convertido en el segundo exportador mundial de alimentos después de los Estados Unidos, a pesar de que la mitad de su población padecía desnutrición severa. Se enteró de que la construcción de la primera carretera en la Amazonia había comenzado, enlazando la vieja ciudad de Belem con la flamante capital de Brasilia, un hecho cuyas consecuencias marcarían su vida.

Euclides se lamentaba tanto de que un muchacho de la inteligencia de Chico no pudiese estudiar, que un día propuso a Francisco llevárselo un año y devolvérselo instruido. «Ese hijo tuyo va a ser alguien algún día», le predijo. Aquello provocó un serio altercado entre padre e hijo. Chico quería ir. Se sentía solo ya que su amigo Josué acababa de marcharse al sur gracias a un pariente que le ofreció costearle los estudios. Para Chico había sido un duro golpe quedarse sin su amigo de infancia. Se dio cuenta que estudiar, conocer el mundo para regresar un día instruido y

con posibilidad de cambiar las cosas era un sueño que no le estaba destinado. Su lugar estaba en la selva, cada vez más oprimente, cada vez más oscura de no ser por la presencia de Euclides. Como su padre no conocía demasiado a aquel hombre, cuya historia estaba rodeada de una aureola de misterio, se negó a dejarle ir. Ahora se decía que Euclides huía de la policía por desertor; pero nadie se atrevía a hacer preguntas para no incomodar a aquel individuo que todos apreciaban y que era como una luz en la oscuridad de la selva. La negativa de Francisco no impediría a Euclides formar a Chico Mendes durante los fines de semana. Quería hacer del muchacho un líder que diese continuidad a su propia vida. El destino era más fuerte que las voluntades individuales y estaba ya urdiendo los hilos de un entramado que empezaba apenas a dibujarse.

Durante los años que pasó cerca de Xapurí, rara vez aquel forastero habló de su pasado. Chico tardó un año en saber su nombre completo, Euclides Fernández Távora. También supo que venía del Ceará, que era hijo de una familia acomodada de Fortaleza y que había sido teniente del ejército. Era un personaje que provenía del lado opuesto a los *seringueiros* en el espectro social. Su historia simbolizaba las contradicciones y los contrastes de un país que había estado siempre dividido entre una clase de comerciantes y terratenientes por un lado y una clase de esclavos indios y africanos, de campesinos e inmigrantes pobres por otro. Para Euclides Távora como para muchos otros oficiales de su generación, el comunismo parecía la única alternativa para acabar con el abismo que separaba ricos y pobres en Brasil. «El país se encontraba en una situación tan difícil —le contaba a Chico—, que me uní al movimiento de Prestes para intentar cambiar las cosas». Aquel movimiento había empezado como una auténtica epopeya —comparada a veces con la Larga Marcha de Manque había durado dos años y que había hecho recorrer a los sediciosos veinticinco mil kilómetros por tierras de América del Sur, incitando a la revolución. Esa legendaria guerrilla creó Estados dentro del Estado, se alió a tribus indias en su huida por territorios inexplorados y libró cincuenta y seis batallas contra fuerzas del Gobierno. Pero al final fueron derrotados. Cuatro años más tarde los mismos oficiales sediciosos organizaron una violenta intentona de golpe de Estado, conocida como la Intentona Comunista. En poco tiempo fueron derrotados en luchas callejeras que se saldaron con gran número de víctimas. Se declaró el estado de emergencia en el país, y centenares de sospechosos fueron encarcelados y torturados. Entre ellos se encontraban Prestes y Távora.

Távora fue enviado a la cárcel de la isla Fernando de Noronha en el Atlántico. Al cabo de unos meses escapó, utilizando la influencia de un tío suyo que era juez, y llegó a Belem. Allí participó en otro intento de revolución, y casi cae prisionero por segunda vez. Huyó a Bolivia, ingresó en el Partido Comunista y durante los años cincuenta organizó las huelgas en las minas de estaño. Su reputación le hizo de nuevo el blanco de la represión, y siguió huyendo, esta vez a Acre, donde no existían carreteras y donde el espesor de la selva ofrecía un escondite seguro. Allí, este infatigable idealista se hizo *seringueiro*.

Pero era un mal cauchero. Ese hombre grandullón que acumulaba tanto saber no estaba preparado para cosas tan sencillas como cocinar o pescar. No era mañoso y no le gustaba el trabajo físico; prefería el silencio y la lectura al alboroto de las tertulias. El crujir de una rama no le hacía levantar instintivamente la cabeza, abrir los labios e imitar el grito de un animal para adivinar si se trataba de un pájaro, de un reptil o de una fiera. Aunque Chico le enseñó a reconocer los árboles más jugosos, a hacer zapatos de goma, a tener cuidado con el fuego que

atraía la temible serpiente *surucú*, Euclides seguía siendo un forastero, perdido en medio de la exuberancia de la selva.

Se tomó muy en serio la educación de Chico. Con el fervor que le daba la convicción de sus ideales, inició al muchacho a los fundamentos del marxismo. Hablaba de la necesidad de luchar para liberar a los pobres del Brasil. También explicaba conceptos difíciles de entender para alguien que nunca había salido de la selva, como la industria, las grandes ciudades y la guerra fría. Con el joven Chico Mendes escuchándole, Távora había encontrado la manera de pasar la antorcha de la revolución. No sólo le alfabetizó, sino que le dio una identidad, le enseñó a razonar y a tener una visión del mundo. La chispa provocada por el encuentro entre un soldado hijo de buena familia y un joven cauchero no se apagaría nunca.

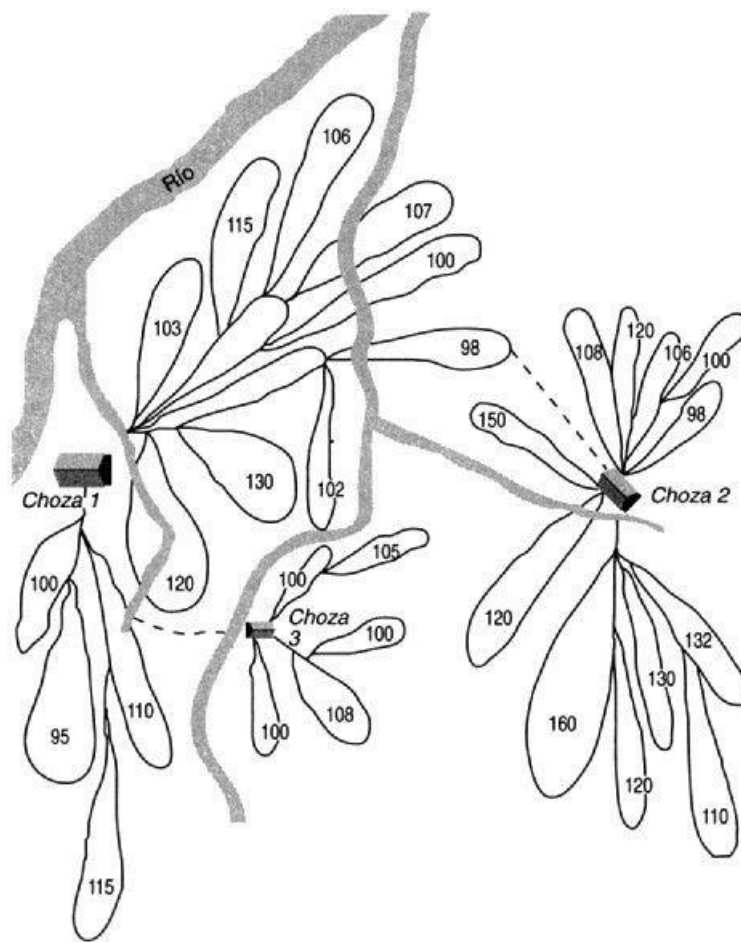
* * * *

Un acontecimiento imprevisible truncó la plácida existencia de los olvidados del mundo y marcó el inicio de la tercera —y más violenta— invasión que sufriría la región amazónica después de la Conquista en el siglo XVI y el *boom* del caucho en el XIX. Irritados por un gobierno que comenzaba a hablar de reforma agraria, los militares pusieron fin a dos décadas de gobierno civil dando un golpe de Estado el 1 de abril de 1964. Todos los días a las cinco de la tarde, el joven Chico Mendes corría a manipular los botones de la radio, rodeado de familiares y de vecinos que se desplazaban durante horas para tomar el pulso de lo que estaba ocurriendo a miles de kilómetros de allí, y que afectaría profundamente sus vidas. La Voz de América, en su programa en portugués, hablaba de la victoria de la democracia sobre la anarquía y el comunismo. Radio Moscú acusaba a la CIA de haber orquestado el golpe y contaba cómo los auténticos patriotas eran encarcelados, torturados, asesinados, empujados al exilio. Chico prefería la BBC que, según Távora, ofrecía el noticiero más imparcial^[20].

Ni siquiera las selvas de Acre escapaban a la represión desencadenada por el nuevo gobierno. Euclides se puso nervioso. Cuando veía llegar a alguien y no le reconocía de inmediato, huía corriendo hacia la selva. Su afición por las noticias, por mantenerse en contacto con el mundo, se tornó en obsesión. Era su manera de luchar contra la soledad del bosque, exacerbada por el miedo a caer en las redes de la policía militar. Un día de 1965, empezó a tener calambres en el estómago y a adelgazar. Su familia le escribió proponiéndole hacerse un tratamiento en el Sur, pero rechazó la oferta. Tres meses más tarde, pasó por la *colocação* de los Mendes, de camino hacia Rio Branco donde le iban a operar. Chico tenía veintiún años y ardía de deseos de luchar contra el régimen militar. A los quince años había escrito una carta al presidente de la República denunciando las condiciones de trabajo de los *seringueiros*. Por supuesto, nunca obtuvo respuesta. Ahora buscaba otras maneras de actuar. Pero Távora le aconsejó esperar, prediciendo con exactitud que la dictadura duraría unos veinte años: «Un día vendrán y te llamarán para entrar a formar parte de alguna forma de organización —le dijo al muchacho—. Y cuando llegue ese día, te unirás a ellos, aunque sean organizaciones y sindicatos creados por el gobierno. Acuérdate bien de lo que te digo: solo no se consigue nada». Chico nunca olvidaría esas palabras, como tampoco

olvidaría el regalo que Euclides le hizo antes de marcharse: un transistor de pilas.

Euclides se fue como había llegado, como un espejismo que se borra después de un momento. Chico recibió carta de su amigo desde Manaus donde finalmente iba a ser intervenido. «Si me salvo de esta operación, vuelvo». Chico, sentado a orillas del río con el transistor pegado a la oreja, le esperó. Recordaba las largas horas descubriendo el mundo a través de aquel militar derrotado que no podía parar de huir. Aquel forastero cuya presencia añoraba le había enseñado que se puede ser dueño del propio destino, siempre y cuando se asuma hasta sus últimas consecuencias —hasta la muerte si es necesario—. Pero a los veintún años, Chico se sentía perdido y desamparado en la soledad de la selva. Tenía la secreta esperanza de que el transistor pegado a su oído y que le unía al mundo más allá de la selva infinita le aportaría algún día noticias de su amigo desaparecido.



Plano de un seringal. Muestra las «estradas», el número de árboles en cada una y las chozas de los *seringueiros*. La choza 1 alberga a siete hombres, que trabajan 15 «estradas»; la choza 2, seis hombres para 12 «estradas»; la choza 3, dos hombres para 5 «estradas».

SEGUNDA PARTE

**SUEÑOS DE LIBERTAD
(1968-1980)**

Amazonia Oriental. Sur del Estado de Pará

Corrían por la selva cojeando, doloridos. El hombre que iba en cabeza tropezaba con las ramas y los troncos esparcidos por el sendero. Estaban cansados, casi sin fuerzas, y sobre todo estaban atemorizados. No llevaban carga alguna, excepto los largos machetes. Corrían agachados, teniendo cuidado de no clavarse un espino o un trozo de rama, entrechocándose con troncos y lianas, los pies resbalando sobre la mullida alfombra de hojas secas. Los ladridos de los perros se oían con nitidez, a pesar de la profusión de sonidos que emitían los demás animales. Aquellos perros que les perseguían eran más salvajes que el animal más fiero de la selva. Habían sido entrenados por hombres para que fueran feroces y sanguinarios. Eran corpulentos, negros, de hocico alargado y dientes blancos y afilados como los pinchos de cactus de las llanuras del Nordeste. «Se están acercando», dijo el segundo hombre con un tono de profundo terror. El que iba en cabeza no dijo nada; siguió corriendo. Llegaron hasta un riachuelo. Saltaron y les sorprendió que el agua les cubriese hasta el pecho. Pisaban el fango y sentían la corriente a la altura de los tobillos. Sentían otras cosas también, pero prefirieron pensar que se trataba de plantas o peces inofensivos arrastrados por el lógamo. De pronto el segundo hombre dio un alarido: «¡Algo me ha mordido!», gritó mientras veía, despavorido, las aguas fangosas teñirse de rojo. El primero le tendió el brazo para ayudarlo a cruzar. Las facciones desencajadas de su compañero le asustaron. De su garganta abierta salía un grito gutural: «¡Sácame de aquíiii!».

El pobre hombre fue atacado por pirañas atraídas por la sangre que manaba de su pierna herida. Los peces, cuya mandíbula al abrirse era más grande que el propio animal, desgarraban trozos de músculo y, en su saña depredadora, laceraban la carne. El compañero logró sacarle del infecto riachuelo con un esfuerzo sobrehumano. Apenas habían pasado dos minutos, los suficientes para que el hombre estuviese herido de muerte. Su pantorrilla derecha no era más que un hueso sanguinolento con jirones de músculo que una piraña rezagada se empecinaba en no soltar. «¡Ichi! ... Pernambuco, estoy acabado...», dijo el hombre mirando con ojos de espanto los restos de su miembro destrozado. Pernambuco no dijo nada y le miró sin poder disimular una mueca de asco. Se quitó la camisa y la anudó con firmeza, a la altura de la ingle del herido para cortar la hemorragia. A continuación lo cargó en su hombro y reiniciaron su huida. El percance les había causado un retraso que podía ser fatal; ahora los ladridos de las bestias estaban realmente cerca. Pero Pernambuco era grandullón y fuerte, y como era joven se creía invencible. A sus dieciocho años, medía un metro noventa, tenía una barba espesa color azabache y un cuerpo musculoso y ágil. Sus ojos castaño claro eran pequeños y estaban algo hundidos, pero tenía una mirada altiva realzada por su prominente barbilla.

* * * *

Originario de la pequeña ciudad de Caruarú, Estado de Pernambuco, vecino de Ceará, José Alcimar Ribeiro dos Santos —alias Pernambuco— encarnaba lo más procaz y lo más noble del sertón. Obligado a dar con sus huesos en la Amazonia por una historia personal, había acabado prisionero en la *fazenda* (hacienda) donde trabajaba de peón, en la parte más occidental del Estado amazónico de Pará. Como en muchas otras fincas de la Amazonia que estaban siendo taladas, los contratos de bracero eran una tapadera para el trabajo esclavo. Por eso, junto a otros once compañeros, habían decidido burlar la vigilancia de sus guardianes y fugarse.

Pernambuco chorreaba sudor. El otro seguía consciente y, al levantar la cabeza, vislumbró un perro saltando entre la maleza. Sabía que el esfuerzo de su amigo era inútil, que tarde o temprano caerían en las garras de los perros, y, de sobrevivir, les esperaban poco después las aún más afiladas garras de los *pistoleiros* de la *fazenda* que venían detrás, armados de escopetas y revólveres.

—Pernambuco, no corras, para... —le rogó. El otro se detuvo, jadeando. El herido prosiguió —: Sigue tú, amigo... Que se salve uno de nosotros por lo menos...

Pernambuco se negó a dejarlo allí, a merced de aquellas bestias que lo descuartizarían antes incluso de que llegasen los hombres. Siguió trotando porque estaba tan cansado que ya no podía correr. La maleza era cada vez más espesa, señal de que estaba en la buena dirección, adentrándose en el bosque, alejándose de los lugares habitados. Pero, al borrarse el sendero, también se hacía más difícil desplazarse. Pernambuco tuvo que abrirse paso a machetazos, cortando la hojarasca, maldiciendo aquella vegetación que le aprisionaba como una telaraña.

—Déjame... Sigue tú... —oyó decir con un hilo de voz que los ladridos de los perros ahogaron, tan cerca estaban. Pernambuco se detuvo y dejó a su camarada en el suelo—. ¡Vete! No pierdas más tiempo... —dijo el herido. La ligadura se había aflojado y la sangre manaba por su pierna sucia y cubierta de moscas. La vida se le iba por las arterias y las venas que colgaban como los cables rotos de una máquina accidentada. Pero mantenía su lucidez y tenía los ojos abiertos por el espanto—. Hazme un favor... —susurró—. No quiero acabar en la barriga de esos perros asquerosos.

El otro supo en seguida lo que aquello significaba. Pensó en usar el machete, en decapitar a su amigo de un golpe contundente, pero era algo que le costaba concebir. Lamentó no tener su revólver, que mataba de una manera limpia y rápida. Descartando definitivamente el machete, no le quedaban más que las manos. Pero la idea le repugnaba tanto que sintió ganas de llorar, algo que no sentía desde su más tierna infancia. No quería matar a su amigo aunque fuese para ahorrarle un final atroz; todo su ser se resistía a ello.

—Rápido, están ya aquí... —dijo el otro.

Entonces Pernambuco se despidió del herido, abrazándole.

—Adiós, amigo... —le dijo mientras le apretaba entre sus brazos fornidos. Luego, poco a poco y casi imperceptiblemente le cogió la cabeza con sus manos y de un golpe seco le hizo crujir la nuca. El peón se quedó con la mirada vacía. Una expresión de relajo se le había formado en la comisura de los labios y en ese momento Pernambuco le envidió por haber dejado de sufrir.

Apoyó la cabeza que el cuello flácido ya no sostenía contra un árbol, le cruzó las manos sobre el pecho y aguzó el oído. Oyó el chapoteo de los perros al cruzar el riachuelo. «¡Ojalá les ataquen las pirañas!» pensó antes de incorporarse y reemprender su loca carrera por la selva.

Era cada vez más difícil avanzar y la idea de que cada machetazo facilitaba también el acceso a sus perseguidores le aterrorizaba. Sabía que pronto llegarían hasta él pero aun así no podía pensar demasiado. Cada movimiento le exigía toda su energía. Incluso ver en la espesura negra del follaje le resultaba difícil, aunque se había acostumbrado a la oscuridad.

Los ladridos de los perros redoblaron; debían de haberse topado con el cuerpo sin vida del peón. Se entretendrían hasta terminar lo que las pirañas habían comenzado. Pernambuco siguió dando golpes a las lianas y las ramas. Oyó las voces lejanas de los pistoleros que llegaban rodeados de más perros de presa. Estarían cortando las orejas de su amigo para luego envolverlas en un trozo de papel de periódico y enseñarlas al capataz como prueba de su eficacia. El capataz a su vez las haría circular por el campamento para escarmiento de los que quisiesen escapar. Ya tenían dos orejas y no desistirían hasta conseguir otras dos: las suyas.

Al cabo de unos minutos, como si un sexto sentido se le hubiera desarrollado, sintió una presencia tras él. Se dio la vuelta justo a tiempo. Aun así no pudo impedir que la bestia lo derribase. Pero sí consiguió, con la misma inercia con la que su brazo cortaba la maleza, asestarle un machetazo que le partió el hocico. Perro y hombre rodaron por el suelo en un cuerpo a cuerpo feroz. La sangre manaba a borbotones por el cuello del animal que profería un estertor ronco, incapaz ya de ladrar. Las manos laceradas del hombre se cerraron en sus mandíbulas y con todo su peso ahogó al animal. Tenía la cara apretada contra la piel del perro y la boca llena de pelos. Había conseguido no soltar el machete y lo hincó repetidas veces en el costillar. El perro empezó a jadear, emitió un débil aullido y poco después su masa de músculos se relajó. Pernambuco permaneció unos instantes sobre el animal, recuperando el aliento. Luego se levantó; estaba cubierto de sangre. Escuchó a la jauría que se acercaba.

Entonces hizo lo único que pudo hacer, ahora que ya no había senderos: agarrarse a una liana y trepar. Poco a poco fue subiendo con la esperanza de que los pistoleros no le alcanzarían allí arriba. Desde lo alto veía a los perros rasgar la corteza del árbol al intentar subir. De repente oyó un disparo que espantó a pájaros y macacos^[21]. Sintió un fuego que le abrasaba el costado y el brazo izquierdo. Una perdigonada le había alcanzado de refilón. Resbaló pero el ramaje amortiguó su caída. Se aferró a unas lianas con todas sus fuerzas y logró recuperar el equilibrio. Pasó a otro tronco y siguió huyendo como un mono, escondido entre las hojas gigantes de las copas de los árboles, protegido del suelo por el entramado de vegetación que le hacía invisible. Otros disparos a su alrededor hicieron mella en la corteza, agujereando plantas y levantando un polvillo mezcla de polen y musgo reseco. Reuniendo fuerzas de lo más profundo de su ser, allí donde sólo existe la voluntad de vivir, siguió trepando y saltando de árbol en árbol hasta que las voces y los ladridos fueron perdiéndose en la lejanía de la selva. Cuando le pareció estar a salvo, se detuvo. Había un hueco en el grueso tronco de un árbol de caoba. Con el machete lo limpió de termitas e insectos y, pisando sobre los helechos y las orquídeas que crecían y vivían suspendidas de sus anchas ramas, se acurrucó en su interior sobre un lecho de musgo. Sucio de sangre y barro, herido y exhausto, se quedó dormido, ajeno al aguacero.

Abrió los ojos a medianoche, al sentir aire fresco sobre su cara y al oír un batir de alas. Alarmado, sacó la cabeza y vio una gran sombra negra zigzaguear hacia la oscuridad. Era un

murciélago gigante^[22] que, después de haber descubierto que su hueco habitual estaba ocupado, se iba en busca de otro lugar para succionar la sangre del lagarto que llevaba entre los dientes. Ese simple movimiento de cabeza hizo que Pernambuco percibiese cuán dolorido estaba todo su cuerpo. Sus músculos estaban agarrotados; cualquier movimiento le provocaba un calambre. Intentó cambiar de postura y no lo consiguió. Como su cansancio era mayor que el dolor y el miedo, volvió a quedarse profundamente dormido.

Al despertarse no supo si habían pasado unas horas o tres días. No recordaba haber tenido sueño alguno. Había dormido como un muerto. Poco a poco fue recomponiendo el rompecabezas mental que las imágenes de las uñas del perro, el cuello flácido de su amigo y las voraces pirañas le sugerían. Recordó los preparativos para escapar del campamento, que habían durado varias semanas durante las cuales la docena de compañeros habían conseguido no levantar sospechas. Habían decidido huir en masa ante el fracaso de las fugas individuales. Los guardianes siempre regresaban con los peones fugados. Al principio, les daban una paliza y les rapaban la cabeza. Después, al aumentar los intentos de fuga, les acribillaban a balazos. Pernambuco estaba preguntándose dónde estarían los demás, los otros once que se habían dispersado en varias direcciones, cuando un dolor intenso, al intentar moverse, le devolvió a la realidad. Entonces recordó su herida y toda la felicidad de haber escapado y de sentirse libre se desvaneció. Rápidamente hizo un balance del estado de su cuerpo. Las llagas estaban abiertas; nada cicatrizaba con aquella humedad. Se quitó los gusanos que habían anidado en sus heridas y con un jirón de su camisa las limpió. Se palpó los tobillos, las piernas, el vientre y los brazos, extirpando algunos perdigones. Excepto la herida y los músculos entumecidos, el resto no había sufrido mayor daño. Lo importante es que todavía disponía del machete.

Permaneció todo el día en la misma posición, viendo cómo los pájaros multicolor descansaban sobre las ramas en su quehacer cotidiano, contemplando a los perezosos, esos primos lejanos del armadillo, desplazarse en movimientos lentísimos para colgarse de sus largos brazos y afiladas uñas en alguna rama y permanecer así el resto del día. Se dejó llevar por los recuerdos, por el olor a hierba quemada del sertón y de la sopa de mandioca que preparaba su madre. Le parecía estar viéndola llorar el día de su partida junto a sus catorce hermanos. Ninguno quería que él se fuese. Recordó el principio de todo, cuando apenas tenía trece años y cometió su primer crimen. Después de sorprender a un vecino, un chico mayor que él, robando el pienso de sus gallinas, le clavó un cuchillo en el esternón. Nunca olvidaría lo fácil y emocionante que le había resultado matar, ni la sensación de impunidad al no recibir castigo por ausencia de pruebas. Los chicos de su edad que sabían la verdad pasaron a considerarle un héroe. Pernambuco, atenazado por el hambre, siguió matando, a escondidas, para ganar dinero. Después de que un vecino le contratase para zanjar una vieja disputa de tierras, su fama de pistolero empezó a crecer. A los diecisiete años era considerado en Caruarú y sus alrededores como «un buen profesional». En su casa, su madre se preguntaba de dónde sacaba el muchacho dinero para vestir pantalones tejanos y hacer regalos a sus hermanos con tanta prodigalidad. El padre terminó por enterarse de las actividades de su hijo y como no quería que los demás vástagos siguiesen el mismo camino ni que su mujer lo supiese, le amenazó con echarle de casa. Era un hombre religioso, de principios. Un día le habló de un trabajo en la Amazonia: «Una auténtica oportunidad para un joven como tú —le dijo—. Deberías de ir. Tendrás un buen sueldo y el porvenir digno de un hijo mío». Pernambuco acudió al *gato* que contrataba por cuenta de una empresa propiedad de dos diputados federales y

un diputado de Estado, «una garantía de que serás bien tratado», según su padre. La empresa se dedicaba a explotar un trozo de tierra del tamaño de Bélgica en la Amazonia septentrional y contrataba peones para deforestar y preparar pastos para ganado bovino. El pago era de 500 cruzeiros por *alqueire* (aproximadamente una hectárea), un sueldo respetable. Un buen hijo del sertón respeta siempre la voluntad de sus padres, y el muchacho, a regañadientes, terminó por embarcar en un viejo DC-3 que le llevó, junto a demás pernambucanos, hasta la pista de la *fazenda*. Allí se encontró con otros doscientos peones rodeados de una treintena de capataces que resultaron ser pistoleros encargados de vigilarles día y noche. Les despertaban a las tres y media de la madrugada para mandarles a trabajar. Al anochecer los escoltaban de regreso al campamento. Recordó la paliza que le propinó uno de ellos por quejarse de los precios, tres y cuatro veces superiores a lo normal. Pernambuco sólo guardaba buen recuerdo de la comida, siempre abundante y variada, con carne todos los días para que el trabajo de los esclavos no decayese.

Comida. La simple evocación de algo masticable interrumpió su ensueño. El olor de la *feijoada* que preparaba su madre los sábados le vino a la memoria, tan nítidamente que se sintió embriagado. Como el hambre era mayor que el agotamiento, salió del agujero. Un chillido agudo le sorprendió. Era un macaco, que lo contemplaba con curiosidad. Al instante le cruzó por la mente la imagen y el sabor de un filete de mono. Cogió el machete e intentó alcanzarle. El macaco dio un bufido y escapó. «*Filho da puta...*», maldijo Pernambuco mientras metía el machete en su cintura e intentaba bajar del árbol. Sus articulaciones parecían goznes oxidados. Cada movimiento le provocaba ganas de gritar de dolor, sobre todo al usar el brazo herido. Se deslizó sobre unas lianas y al llegar al suelo tuvo que tumbarse sobre la tierra mojada. Tardó un buen rato en ponerse de pie. Recordó el consejo de un viejo machetero que también se había fugado la víspera. «En la selva sigue el agua, siempre el agua... porque un arroyo te llevará hasta un riachuelo; un riachuelo hasta un río y por los ríos, tarde o temprano, siempre pasa alguien». Miró en derredor: no había riachuelos. No se veía el cielo. No había indicio del sol. No tenía idea de dónde estaba el Norte y tenía miedo de volver a la *fazenda* por error. Decidió avanzar de frente. Sacó el machete de la cintura y fue abriéndose camino, metro a metro, a veces teniendo que agacharse hasta tumbarse en el suelo para evitar raíces y lianas gruesas como troncos. Las punzadas del hambre eran agudas, como puñales que se le clavaban a intervalos regulares. No pudo fijar más la atención en el camino y buscó algo para comer. Había una gran profusión de plantas pero no probó ninguna, por miedo a envenenarse. Un pánico cerval se apoderó de él cuando de pronto se dio cuenta de que, al desconocer la selva, corría el riesgo de morir de hambre y sed. Seguro que el viejo machetero se salvaría, pensó. Aquel hombre sabía conseguir agua pura del tronco de un bambú; conocía las costumbres de los animales para acecharlos y cazarlos en el momento adecuado. Pernambuco, en cambio, con toda su fuerza bruta y su valor, después de haberse salvado de los perros y los pistoleros, moriría por ignorante.

Chupó el rocío de algunas hojas y se tumbó en el suelo. Observó el trajín de las hormigas, gordas como su dedo pulgar, de las orugas, las arañas y otros insectos tan extraños que ni en sus peores pesadillas los hubiera imaginado. Había oído hablar de un guiso de hormigas fritas que preparaban los indios, pero reparó en que no disponía de fuego. Agua... Necesitaba un riachuelo donde pescar algo. Con su machete podía hacerse con algún pez. Ésa era su esperanza. Intentó incorporarse pero se derrumbó. Al principio lloró en silencio, como si no quisiese que las plantas

de la selva fuesen testigos de su desesperación. Luego lo hizo en alto y desconsoladamente. Todo su cuerpo latía de dolor. Se tumbó contra el tronco de un árbol y se quedó dormido. Soñó con filetes de cebón y pescado frito, con dulce de guayaba y queso de granja, con *feijão* y pastel de coco.

Se despertó tiritando de frío. Llovía y entre lo alto de los árboles se veían tiras blanquecinas. Era el agua que, sin llegar al suelo y a causa del calor, se evaporaba de nuevo. Pernambuco sentía la necesidad de moverse para entrar en calor. Tenía que seguir adelante sin saber adónde. Estaba enloquecido por el hambre. Se levantó, y a duras penas prosiguió camino. Conforme avanzaba el día, atravesó metros y metros de selva. A últimas horas de la tarde llegó a un riachuelo y lo siguió hasta desembocar en un estanque de aguas verdosas. Se zambulló. Bebió hasta saciarse. Se lavó las heridas. Y siguió buscando comida. Allí había peces, aunque pequeños. Era imposible pescarlos con machete o cogerlos con las manos. Se quitó la camisa y la utilizó como una pequeña red. Los mosquitos y la espuma verde de líquenes se le quedaron pegados. No consiguió ningún pez pero tampoco perdió la esperanza. Se hizo con unas ramitas y construyó un bastidor sobre el cual puso la camisa. Ahora podía hundirlo hasta el fondo sin tener que meterse de cuerpo entero en el estanque. Tardó tres horas en atrapar un pececito, tres horas de angustia en las que temía que el rápido crepúsculo interrumpiese la pesca. Devoró el pececito como si hubiera estado asado a la parrilla, tirando metódicamente las espinas y la cabeza. No era mucho alimento pero fue suficiente para aplacar el hambre y subirle la moral. Se hizo un lecho de hojas secas y se tumbó a dormir el corto sueño del hambre. La lluvia le despertó varias veces, así como el ruido del viento en el follaje.

Llegó el día, caluroso y nublado. Seguía lloviendo ininterrumpidamente. Las punzadas agudas del hambre se habían convertido en un dolor sordo en el abdomen. Casi no sufría. Había perdido el afán desesperado de buscar comida. ¿Cuál de los regueros de agua que salían del estanque le llevaría hasta un río?, pensó. No tenía ninguna posibilidad de formarse un juicio racional. Seguía totalmente desorientado. Escogió uno de los regueros que bajaba por el desnivel más empinado. Si hubiera un valle, pensó, habría agua en el fondo.

Deshizo la red de pescar y se vendó su dolorido costado, preparándose para un día de marcha. Sentía la lengua seca, como si tuviera un trapo metido en la boca. Al menor esfuerzo sentía náuseas y mareo. Luego comenzó a tener alucinaciones. Tenía la seguridad de oír las aguas caudalosas de un río a su derecha. Oía de manera muy nítida cataratas y rápidos. Pero en el fondo sabía que eran alucinaciones. Luchó contra ellas y siguió caminando todo el día, hasta que de pronto cambió de dirección buscando lo que sólo se encontraba en su mente. Fue hacia el origen del ruido y al cabo de largo rato se desesperó por no encontrar nada.

Avanzó penosamente y volvió a oír el ruido del agua. Era una auténtica tortura hasta el punto que tuvo que taparse los oídos. Aun así, siguió oyendo el gran río salvador que corría a su derecha. Su imaginación le carcomía el cerebro sin dejarle pensar en otra cosa.

De pronto se encontró con un sendero. Empezó a correr y se desprendió del machete. Corrió hasta que el agotamiento le hizo derrumbarse sobre el musgo húmedo de la vereda. Estaba tiritando y sudando. Consiguió calmarse y seguir adelante. Ahora le torturaba la idea de morir a escasos metros de distancia de un lugar habitado. Le torturaba la idea de carecer de energía para recorrer los últimos metros. Su corazón dio un vuelco de alegría al llegar a un claro en la selva donde había una barraca de madera de palma destrozada. Gritó por si estuviera habitada pero al

serenarse descubrió que las hierbas estaban muy altas: la caseta llevaba tiempo abandonada. Continuó por otro sendero que salía del calvero. Había árboles con extrañas cicatrices. «Indios», pensó Pernambuco. Sólo los indios podrían hacer esos dibujos geométricos en las cortezas de los árboles. El miedo volvió a atenazarle. ¿Y si acababa prisionero de los indios? Todo el mundo había oído en la Amazonia que algunas tribus eran caníbales y que otras se complacían en reducir la cabeza de sus cautivos blancos. Siguió por la vereda. No sentía nada; todo su ser estaba entumecido, excepto la mente de la cual ya no se fiaba. En algún momento de aquella enloquecida carrera llegó a pensar que lo que estaba viviendo no era real, que el sendero no existía, que era otro producto de su imaginación enfermiza. Entonces se detenía, cerraba los ojos y se dejaba envolver por los fragores y ruidos. Luego los abría para comprobar que el sendero seguía allí, prometedor, sugerente.

Caminó todo el día sin ver a nadie ni cruzarse con animal alguno cuando, justo antes del anochecer, hizo un descubrimiento que le sumió en la más profunda perplejidad. En medio del camino había un machete. Se acercó y lo observó detenidamente. Estaba en perfecto estado; se parecía tanto al que había dejado caer que pensó que se trataba del mismo. Pero era imposible. Debía de pertenecer a alguno de los que huyeron con él y que habría terminado por los mismos parajes. Lo cogió, lo metió en su cintura y siguió por el camino. De pronto llegó a un claro de la selva donde había una casa derruida. Pernambuco se frotó los ojos con rabia, hundiendo sus nudillos en las cavidades oculares como queriendo ahuyentar la visión atroz que se le presentaba: era la misma casa en el mismo claro de la misma selva por la que había pasado varias horas antes. Sacó el machete que se había metido en la cintura: era el suyo. No conseguía explicárselo. Había regresado al punto de partida. La selva le había jugado su peor pasada. Había gastado sus últimas fuerzas en recorrer aquel sendero que daba vueltas a la selva como un bucle. Era la estrada abandonada de un *seringueiro*, los dibujos geométricos en las cortezas eran viejas raspaduras y la barraca en el claro de la selva había sido una *colocação*. Pero Pernambuco no lo sabía. Ahora sólo le quedaba morir. Se dejó caer sobre la hierba mullida. Estaba tan desesperado que pensó que ya estaba muerto, que la muerte sería eso, un caminar infinito por senderos que no llevaban a ninguna parte. De pronto pareció entenderlo todo: estaba en el infierno por su pasado de asesino, pagando por todos los cuerpos agujereados por las balas de su 38. Estaba convencido de que había muerto varios días atrás, cuando empezaron las alucinaciones, esas torturas mentales peores que el hambre. La imagen de su padre, repitiéndole sin cesar que iba por mal camino, le vino a la mente. Ahora entendía en su plenitud el significado de sus palabras. Era un camino que giraba en círculos y que duraba la eternidad del infierno.

Vivo o muerto, el caso es que se despertó al cabo de varias horas. Seguía en el mismo lugar, su costado le dolía como siempre al intentar moverse y podía oír claramente el sonido de su respiración. El sol brillaba en el cielo sobre el calvero. Miró su cuerpo, que no era más que una enorme llaga. Sus movimientos eran lentos. No sentía ni el estómago ni el paladar. Quería acabar con aquel sufrimiento pero una fuerza oscura le impulsaba a seguir. No tenía coraje suficiente para hacerse lo que le había hecho a su amigo herido por las pirañas. Era esclavo de su energía, prisionero de la vida.

Se levantó y, abandonando el camino traicionero, se adentró en la selva, titubeando. Perdido por perdido, seguiría el ruido de su alucinación. Encontraría el río caudaloso. Caminó toda la mañana con paso vacilante hasta que sus piernas dejaron de sostenerle. Siguió caminando a

rastras, desvaneciéndose, con las rodillas en carne viva. El ruido del agua se hacía cada vez más cercano, aunque no podía confiar en su mente enferma. Siguió arrastrándose así, como un gigantesco gusano, contorsionándose y retorciéndose. De pronto le pareció estar muy cerca del río. Hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse. Le pareció ver un río ancho y perezoso cuyos grandes meandros pasaban entre colinas cubiertas de bosque. Gritó con las pocas fuerzas que le quedaban, porque no estaba seguro de poder acercarse hasta la orilla; dudaba hasta de la existencia de la orilla. Agarrándose a las lianas y a las ramas, siguió avanzando. De pronto, observó cómo su brazo se teñía de rojo. Se quitó el pantalón: todo su cuerpo sudaba sangre. Se tocó el rostro y su mano se manchó de sangre. Del cuero cabelludo, de las axilas, por todos los poros del cuerpo rezumaba su líquido vital. Sus ojos se inyectaron hasta que no pudo ver nada. Era horripilante, lo más atroz que pudiera ocurrirle a un ser vivo. Era peor que la muerte. Se desplomó como una masa sanguinolenta, mientras los buitres tomaban posiciones en lo alto del follaje.

La pequeña embarcación se había detenido a orillas del río Xingú para que los pasajeros, cinco indios kayapó y un blanco, atendiesen urgentes necesidades fisiológicas. Pero aun así, no hubieran oído el grito desesperado de Pernambuco de no haberse adentrado en la selva a la búsqueda de tortugas, el máspreciado manjar para los indios. Mientras que unos, a causa de la más completa ignorancia del medio en que vivían, se morían de inanición, otros —los indios— contemplaban la selva como si fuese una calle llena de tiendas bien surtidas. Habían reconocido un lugar idóneo para coger tortugas y habían indicado al jefe de la expedición, un brasileño de unos 35 años llamado Sydney Possuelo, que sería conveniente detenerse allí. La sorpresa fue encontrarse con aquel amasijo de huesos y carne con forma humana, tirado en el suelo a merced de insectos y reptiles. Con la ayuda de una hoja, el indio que lo descubrió sacó una oruga, verde y gruesa como un puro, que estaba atrapada entre el machete y el pantalón del herido. Era una *lonomia*^[23], cuyos largos pelos esconden delicadas espinas que exudan una sustancia química parecida a las drogas que disuelven los coágulos de sangre en las arterias. Ése había sido el origen de tanta sangre sobre aquel cuerpo deforme. No había indio que no hubiera sufrido varias veces en su vida el mismo problema. No era grave, pero sí impresionante.

De los primeros días en que los indios le devolvieron a la vida, Pernambuco sólo recordaría sus voces ininteligibles mezcladas con el traqueteo del motor, el sabor de los trozos de plátano que masticaba con pereza y la brisa provocada por la marcha de la embarcación. Después de vendarle el tórax, le colocaron en una hamaca en cubierta. Poco a poco fue recuperando fuerzas hasta que pudo balbucear y decir su nombre, pero se guardó de contar lo que le había sucedido. Tenía miedo a las represalias, tenía pavor a que le devolviesen a aquel campo de concentración. Varias veces se sorprendió canturreando el estribillo de los peones: «... *O machadeiro bom, corta o pau valente, que eu so peão dos bous...*». Y luego resonaba en su cabeza el sonido de los machetazos... Sí, había sido peón en una *fazenda* donde se cortaban árboles centenarios, confesó. Contó cómo primero hacían cortes en los más pequeños y luego acometían el grande. Al desplomarse, el tronco arrastraba los árboles más finos antes de chocar contra el suelo en un estruendo de ramas quebradas, levantando un nubarrón de polvo. Contó cómo los podaban y dejaban secar hasta agosto, temporada de las grandes *queimadas* cuyos humos se veían a cientos de kilómetros a la redonda. Pero cuando Possuelo le preguntaba acerca de las razones que le habían llevado hasta el borde del Xingú, Pernambuco desviaba la mirada y callaba. El miedo le paralizaba. Possuelo no insistía.

Pernambuco se pasaba el día viendo a los indios cocinar en la proa del barco. Hervían las tortugas en una olla que colocaban sobre un hornillo de butano y las troceaban luego a machetazos. Veía también las maniobras de la pesca, del descabezamiento y destripamiento de los peces y

cómo los envolvían en grandes hojas verdes antes de asarlos. Con un *pirarucú* pequeño podían comer los siete hombres de la embarcación. Aunque la limpieza y la higiene dejaban mucho que desear para lo que estaba acostumbrado, Pernambuco nunca rechazaba lo que le ofrecían. Engullía con avidez, como si tuviese miedo de quedarse sin comida. Cuando se pudo levantar, hurgaba por el barco en busca de todo lo que fuera comestible, aunque no tuviera hambre porque comía cada dos o tres horas, como los indios. Ellos conocían bien ese síndrome ya que también habían pasado períodos de hambre al escasear la caza a causa de las *queimadas* o cuando los colonos blancos cazaban demasiado en sus tierras. Se miraban con aire divertido y se reían. Escondían en el barco restos de comida y esperaban a que desapareciese. Era una broma de la cual nunca se cansaban; cada vez que Pernambuco se zampaba algo de lo que habían escondido, el barco era sacudido por una sonora carcajada. Possuelo se reía de verlos reír.

A medida que navegaban río abajo, el Xingú se hacía cada vez más ancho. Las islas eran ahora inmensas, bordeadas de playas de arena blanca. Estaban en la estación seca y era peligroso navegar por aguas poco profundas. De día y de noche, un indio vigilaba el sinuoso trazado de la corriente y hacía señales con los brazos para sortear los obstáculos. Pernambuco cogió confianza con todos sus compañeros. Le hubiera gustado que aquel viaje durase eternamente porque no tenía destino ni hogar adonde dirigirse y no sabía lo que le esperaba al desembarcar. Temía encontrarse con algún pistolero de la finca y sus perros nada más bajar al muelle. Era un miedo infundado, pero le carcomía el cerebro. Mientras los indios trazaban líneas y volutas sobre sus cuerpos con el negro azulado del *jenipapo*^[24] a causa de la inminente llegada, Pernambuco sintió la necesidad urgente de contar su historia a Possuelo.

—Fuimos traídos en avión unos sesenta trabajadores braceros... —empezó.

—¿Cómo se llamaba la empresa que os transportó, la que os contrató? —inquirió Possuelo, que había sacado una libreta del bolsillo de su camisa y tomaba notas.

—La empresa se llama *Junqueira Vilela Empreendimentos Pecuaris*. Pertenece a dos diputados federales y a un diputado de Estado, llamado Almir Lando. Esto lo sé porque mi padre hizo las averiguaciones pensando que era un buen lugar para mí. El diputado de Estado fue varias veces a la *fazenda* cuando yo estaba allí, y hasta llegué a hablar con él...

—¿Qué le dijiste? —preguntó Possuelo.

—Que no aguantábamos más. Me quejé de los precios y de la falta de libertad.

—¿E hizo algo?

—Nada. Lo único que conseguí fue que dos capataces me diesen una paliza a culatazos. Entonces juré que no volvería a ocurrirme y decidí escapar.

—¿Recibíais algún tipo de pago?

—Para comprar víveres y vituallas se rellenaba un recibo que se descontaba del salario. A finales de mes, los pistoleros obligaban a firmar el recibo del salario bajo amenaza de muerte.

Para Sydney Possuelo aquella no era una historia excepcional. Sabía que la práctica del trabajo esclavo era común en las haciendas de la Amazonia. Con la reciente campaña del gobierno para colonizar la selva habían aumentado los casos de trabajo forzado. El frente de ocupación de la región llegó a provocar tantos conflictos y tantas situaciones aberrantes que la propia capacidad de indignación de la opinión pública se había visto mermada. El agravante de tener implicados a tres diputados no era garantía de que el asunto terminase en escándalo en los lugares donde se podía poner término a esos gulags tropicales: en las ciudades del Sur y en

Brasilia, la capital. Generalmente la actitud de las autoridades había sido la de cerrar los ojos sobre esta repetida violación de la ley. Los militares que controlaban el país, estrechamente ligados con políticos y empresarios de la Amazonia, se cuidaban de ahogar a tiempo cualquier escándalo que pudiese dañar su imagen^[25]. Pero Sydney Possuelo sentía la obligación moral de denunciar el caso.

—Hoy son braceros, mañana pueden ser indios... —dijo. Desde la llegada de los europeos, los distintos y sucesivos intentos de ocupar la cuenca del Amazonas habían provocado auténticas masacres y genocidios^[26]. Este último intento de ocupación en pleno siglo XX, llamado «La Conquista de la Amazonia» por los militares que asumieron el poder tras el golpe de Estado de 1964 y que lanzaron un grandioso programa de desarrollo, amenazaba en sus albores con ser, si no el más violento de todos, sí el más destructivo.

—¿Cómo voy a denunciar eso? ¡Me matarán! —exclamó Pernambuco mirándole como si hubiera recibido una puñalada en la espalda.

—¿Y no te importa lo que le ocurra a los que has dejado atrás? —inquirió Possuelo.

Pernambuco no contestó. En el fondo no le importaba la suerte de los demás. Después de lo que había sufrido no sentía compasión por los que no habían corrido el mismo riesgo que él. Su pellejo era su única preocupación.

Pero Possuelo no lo entendía así. Profundo conocedor de la selva, amigo de los indios, aquel hombre de nariz aguileña, ojos negros y mirada penetrante era una mezcla de idealista, aventurero y justiciero. Sydney Possuelo había sido formado por los hermanos Vilas-Boas, indigenistas^[27] brasileños precursores del movimiento indigenista cuyo prestigio trascendió las fronteras de Brasil después de que en 1952 crearan el Parque del Xingú, la primera área indígena protegida^[28]. Desde muy joven Possuelo había decidido, como sus maestros, dedicar su vida a la protección de los indios: «Yo me imaginaba remontando ríos, abriendo nuevos caminos, nuevas rutas... muy normal en un joven. Un poco de aventura, algo de romanticismo y, ¿por qué no?, un cierto amor... Amor a la naturaleza virgen, a las tierras por descubrir, a los indios que despertaron en mí una curiosidad inagotable. Cuanto más primitivos, más aislados, más bellos me parecían...».

Se había convertido en un *sertanista*, un técnico de las tierras del interior, del sertón, especialista en la inspección de las zonas más alejadas y agrestes. «No ganaba dinero pero tenía para comer, donde dormir y, sobre todo, estaba donde yo quería...», diría años más tarde aludiendo a los seis años que pasó en el Parque del Xingú conviviendo con los indios kayapó. Luego vino la construcción de la carretera BR-080 que, al pasar cerca del parque, lo aproximó al mundo «civilizado». Aparecieron todo tipo de problemas... *cachaça*, prostitución y, sobre todo, conflictos de tierra. Durante uno de ellos, Possuelo cayó prisionero de un grupo de campesinos que habían invadido ilegalmente tierras indias. Le partieron los dientes antes de soltarlo.

Por presión del propio Orlando Vilas-Boas, el gobierno terminó creando la FUNAI (*Fundação Nacional do Índio*), un organismo destinado a proteger a los indios del choque con la sociedad brasileña y a ayudarlos a adaptarse. Possuelo aprobó las oposiciones de técnico indigenista y entró a trabajar para ese organismo. Se hizo especialista en «primeros contactos», es decir, en descubrir y conectar con indios tan aislados que ni siquiera sabían de la existencia de los blancos. Ellos le veían, con quinientos años de retraso, como los primeros indios vieron llegar las

naves de la Conquista. Participó en la aproximación a los indios Surui Cintas Largas en Rondonia, a los karakoas en Maranhão, a los majá en el Alto Solimões. Se pasaba todo el tiempo en expediciones por la Amazonia que duraban meses. Poco a poco fue perfeccionando la técnica de los primeros contactos hasta convertirse en un experto.

Pocos días antes de emprender viaje por el Xingú con un puñado de kayapós, el presidente de FUNAI le convocó a su despacho de Brasilia: «En este libro los araras están clasificados como tribu extinta... —le dijo a Sydney Possuelo al tiempo que le mostraba un ejemplar de *Os Indios e a Civilização*, un libro escrito por el conocido antropólogo y escritor Darcy Ribeiro—. ¿Cómo es posible que una tribu que no existe ataque periódicamente a los trabajadores y a los colonos asentados en los márgenes de la carretera Transamazónica?». Dos funcionarios de la FUNAI y tres empleados de una compañía de obras públicas acababan de sucumbir a un ataque de indios. Había sido un escándalo en todo Brasil. El gobierno, comprometido en colonizar la región, en atraer hacia las nuevas tierras desmatadas grandes terratenientes y famélicos campesinos del Nordeste, no quería dar la imagen de Amazonia como de un lugar peligroso, de un Lejano Oeste sudamericano. «Hace años que ha empezado la construcción de la carretera... ¿Cómo es posible que todavía no hayamos contactado con los araras? ¿Quiénes son esos guerreros que han acabado con más de treinta de nuestros hombres?». Possuelo había oído hablar de ellos porque los kayapó se los habían encontrado varias veces durante sus correrías por la selva. Durante años la FUNAI había buscado en vano el contacto por medios tradicionales. Pero la única respuesta de aquellos «indios bravos» a los avances de los sertanistas habían sido flechazos.

Ahora era urgente zanjar el problema. La compañía de colonización *Cotrijui* se disponía a implantar un proyecto agrícola de 400.000 hectáreas (mayor que la isla de Mallorca) en la desembocadura del Xingú, a los márgenes de la carretera Transamazónica.

—Te pongo los medios que necesites para pacificar la región... —le dijo el presidente de la FUNAI a Possuelo.

—Sólo necesito una cosa: tiempo —contestó el sertanista.

—¿Cuánto?

—El que sea necesario.

Possuelo no estaba dispuesto a repetir el fracaso de los primeros sertanistas que, al precipitar el contacto, habían acabado adoptando posturas agresivas que luego fueron mal interpretadas. El plan que propuso al presidente era sencillo pero revolucionario porque chocaba con los intereses de las compañías de colonización. Hasta entonces todas las iniciativas de contacto habían nacido siempre en función de la sociedad brasileña, nunca en función del indio. Cuando la FUNAI organizaba un frente de contacto, lo hacía para defender los intereses del Estado o de las compañías concesionarias, no con el fin de socorrer una comunidad en peligro. Possuelo quería cambiar ese concepto radicalmente. Propuso dejar que el contacto fluyese por parte del indio, hasta que él mismo juzgase que le era beneficioso provocarlo. «Hay que esperar a que el indio llegue —decía—. Hay que dar prioridad absoluta a la paciencia».

El presidente no tenía otra alternativa. Aunque con prisas, confiaba en aquel hombre vestido de camisa caqui y con el pelo siempre revuelto que había entregado su vida a la causa indígena. Sabía que nadie estaba tan capacitado como Sydney Possuelo para comunicarse con aquellos hombres misteriosos y agresivos. Le dio carta blanca para coordinar el «frente de atracción».

Una semana después Possuelo descendía el Xingú rumbo a Altamira, un poblacho sin ley ni

orden convertido en baluarte de la conquista moderna de la Amazonia. Había ido a buscar a unos indios kayapó que suponía podían entenderse con los araras en caso de lograr un primer contacto. Aquellos kayapó eran indios dóciles que habían sido contactados en los años treinta. No hablaban portugués aunque entendían algunas palabras. Formaban un equipo idóneo para trabajar en la selva, de la cual conocían todos sus secretos. Cuando se encontraron con Pernambuco llevaban cuatro días de viaje desde el poblado de Gorotire a orillas del río Fresco, un afluente del Xingú. En Altamira tenían previsto unirse a otros sertanistas e indigenistas para adentrarse en territorio Arara.

—¿Cuáles son tus planes al llegar a Altamira? —preguntó Possuelo a Pernambuco, que le miraba como un animal acosado.

—No tengo planes —contestó.

—¿Tienes dinero?

—No.

—¿Conoces a alguien que te pueda ayudar?

—No.

—Entonces te propongo un trato —prosiguió Possuelo—. Te voy a acompañar a la Parroquia de los Padres de la Iglesia de Altamira y vas a prestar declaración... —Pernambuco hundió su mirada y negó con la cabeza—. ¿O prefieres ir directamente a la policía?

—¡No! —exclamó Pernambuco.

Todo el mundo sabía que la policía estaba compinchada con los grandes terratenientes. Presentarse en la comisaría equivalía a un suicidio porque le devolverían a la fazenda.

—Escúchame —le dijo el sertanista—. Vas a contarle todo a los Padres, con profusión de detalles, tal y como me lo has contado a mí. Ellos no te delatarán ni dirán tu nombre, pero necesitan tu testimonio como prueba, en caso de que prospere la denuncia y llegue hasta la justicia.

Hubo un largo silencio que Pernambuco interrumpió con un hilo de voz:

—Es como si firmase mi sentencia de muerte. Mandarán un matón a por mí...

—No te encontrará.

—Me buscará hasta que pueda meterme una bala en la cabeza...

—No, si aceptas mi trato: tú denuncias todo a los Padres. Ellos a su vez lo denunciarán a la policía y a la prensa. A cambio te propongo trabajar con nosotros en el frente de contacto. Cobrarás un salario. Módico, pero salario a fin de cuentas. Cuando salgas de la selva, ya nadie se acordará de ti y serás de nuevo un hombre libre.

Pernambuco levantó la mirada. No sabía muy bien qué pensar. Era todo tan reciente que ni las heridas ni el miedo habían cicatrizado. Pero las palabras de aquel hombre le parecían sinceras.

—Está bien —le dijo a Possuelo—. Trato hecho.

A la salida de la vicaría de Altamira después de haber contado su historia con pelos y señales a un joven misionero italiano, Pernambuco, escondido de la gente que se arremolinaba alrededor de los kayapó, escoltado por Sydney Possuelo y sus dos indigenistas, subió al Land-Rover de la FUNAI y partió en dirección a la Transamazónica. Apenas pudo echar un vistazo a aquella ciudad construida sobre una ciénaga con casas de madera y callejuelas llenas de fango. El tráfico era desordenado y ruidoso, los comercios vendían de todo, desde pescado en salazón, mariposas

gigantes, monos vivos y plantas alucinógenas, hasta motosierras y motores diésel. Hacía un año que Pernambuco no veía un lugar civilizado y le dieron ganas de saltar del *jeep* y perderse entre la multitud. Pero fue una tentación de corta duración, porque en seguida volvió a pensar en los capataces de la fazenda que estarían también por aquellas callejuelas en busca de alguna prostituta con la que matar el tiempo o de algún infeliz para contratarlo y llevárselo al infierno de donde Pernambuco había escapado.

El aspecto burdo y mal acabado de la Transamazónica contrastaba con lo grandioso de las obras. La parte inaugurada era un camino recto de siete metros sesenta centímetros de anchura (que nunca se llegaría a asfaltar) lleno de *buracos*, como llaman en Brasil a los baches de la calzada. De lejos parecía una cicatriz en la piel de la selva. En las obras, sin embargo, había tractores orugas y una ingente cantidad de maquinaria sofisticada; aquello parecía el campo de construcción de una nave espacial. La Transamazónica se había convertido en algo más que la imagen del desarrollo de Brasil, el quinto país más grande del mundo y deseoso de ocupar un lugar en el concierto de las naciones acorde con sus dimensiones y sus ilimitados recursos. Se había convertido en el símbolo del dominio del hombre moderno sobre la naturaleza. A su vera nacían ciudades enteras y la selva era arrancada de cuajo para ofrecer tierra y madera a los pioneros que el gobierno había previsto instalar en una franja de setenta metros de bosque talado a cada lado del lecho de la carretera.

El proyecto había nacido una semana después de una visita rutinaria efectuada por el presidente Emilio Medici al Ceará. La sequía y la hambruna le causaron una fuerte impresión: «Vi los sertones áridos, las plantaciones perdidas, los lugares muertos. Vi el polvo, el calor, la inclemencia de los hombres y del tiempo, la desolación —dijo en un discurso en la ciudad de Recife en junio de 1970—. Vi toda esta miseria con mis propios ojos. Nunca nada, en toda mi vida, me ha conmovido tanto».

Necesitaba una solución urgente para aliviar el sufrimiento que las periódicas sequías seguían provocando y que amenazaban la estabilidad política. Propuso un plan^[29] para ofrecer «una tierra sin hombres a hombres sin tierra». La rápida construcción de una carretera Transamazónica, un enorme trecho de cinco mil kilómetros que atravesaría el corazón de la selva, parecía ser la respuesta adecuada al problema de instalar un millón de familias en la Amazonia. Inmediatamente después de la visita instó a su ministro de Transportes a construir el primer trecho de la Transamazónica según un eje Este-Oeste mientras se decidía la expropiación de diez kilómetros de selva a ambos lados. Sus detractores cuestionaban la utilidad de ligar la miseria seca del Nordeste con la miseria húmeda de la Amazonia y vaticinaron un fracaso. Dos semanas después de la visita de Medici, empezaron los trabajos. No hubo tiempo de evaluar el problema de las lluvias que, al transformar tierras desmatadas en fangales impracticables, se convertiría en una auténtica pesadilla para ingenieros, técnicos y obreros. A esto se añadiría el paulatino descubrimiento de que el terreno no era llano como se pensaba. La «planicie» amazónica es en realidad una región ondulada, con sierras y montañas, lo que dificultó y encareció enormemente los trabajos. Tampoco la tierra era fértil, y veinte años después del inicio de la «Conquista de la Amazonia» muchos brasileños siguen preguntándose cómo el gobierno pudo embarcarse en tamaña aventura sin haber realizado los más elementales estudios preliminares.

Un hecho que nadie había previsto acabaría siendo el factor esencial del caos y de las convulsiones sociales y medioambientales que acompañaría a este último intento de conquistar la

selva. Las carreteras que se proponían cuadrangular la selva estaban concebidas para cruzar inmensos espacios vacíos, pero la verdad es que la selva no estaba vacía. Había gente: *seringueiros*, *ribeirinhos*, recolectores de frutas, indios, *caboclos*. Gente que vivía en la selva — y de la selva— y que por tanto la cuidaba. Pueblos enteros formados por varias comunidades indígenas que llevaban miles de años habitando en el bosque se vieron de la noche a la mañana obligados a desplazarse. En sus tierras expoliadas se creaban *agrovilas* (ciudades agrícolas) promovidas por empresas agropecuarias subvencionadas por el gobierno y en ellas se afincaban colonos ávidos de nuevas tierras, pero desconocedores de las características del clima y el suelo amazónico. Sin apoyo técnico ni financiero, sin formación previa, sin asistencia de ningún tipo, eran perfectos candidatos al fracaso.

Allende las obras de la carretera, en plena selva, se encontraba el «frente de atracción», como se denominaba al frente de contacto creado para apoyar a los equipos de topografía que precedían a las excavadoras. Allí había tenido lugar el último ataque de los indios y fue allí donde Possuelo, Pernambuco y el resto del equipo llegaron para instalarse. Era un campamento provisional hecho de tiendas de lona y alguna que otra estructura de madera en medio de la densa selva. Entre las diversas comunidades con que el frente de atracción se había topado, dos grupos de indios araras habían mostrado una formidable resistencia a la ocupación del blanco. El trazado de la carretera había partido su territorio por la mitad, dividiendo la tribu en dos grupos, uno al norte y otro al sur. «Atacaban para defenderse porque su territorio estaba siendo violado. Esos indios necesitaban tranquilidad y la única manera de dársela era protegiéndolos —explicaría Possuelo—. Había que limpiar su territorio de ocupantes ilegales y demarcar la tierra indígena. Tuve la suerte de que el comandante militar del cuartel que albergaba el 51 Batallón de Infantería en aquella época era amigo mío y puso dos hombres a mi disposición. Yo, con mi equipo y aquellos dos soldados, me propuse limpiar el territorio de invasores. Pero antes de proteger a los indios, teníamos que protegernos nosotros de la eventualidad de una agresión».

Possuelo y su equipo construyeron, en lugar del campamento, una estructura sólida capaz de resistir un ataque. Pernambuco se dedicó a cortar la madera necesaria y, junto a indios y sertanistas, elevaron los muros y colocaron el techo de uralita. Possuelo insistió en limpiar un área de cincuenta metros alrededor de la casa para que nadie pudiese aproximarse sin ser visto. También instaló postes con luces alimentadas por un pequeño generador. Era un sistema de emergencia para, en caso de ataque, iluminar el terreno desbrozado y dejar el puesto a oscuras. Lo que habían construido era en realidad un fuerte. A unos cien metros, en el linde de la selva, hicieron el *tapirí*, un cobertizo de hojas de palma en el que colgaron regalos para atraer a los araras. Machetes, cuchillos y quincalla resplandecían al sol y tintineaban con el viento. Eran la invitación al mundo de los blancos. Dos millones de años separaban esos objetos inanimados de las sombras agazapadas en la maleza.

Desde el fuerte, que había quedado en la periferia, Possuelo y sus soldados se adentraban en la selva para localizar a los colonos, en su mayoría pobres campesinos del Nordeste. Les explicaban que estaban en tierra protegida, que pertenecía a los indios y a nadie más. Tenían que irse. Unos obedecían de inmediato; otros se resistían. Muchos se iban y reaparecían al cabo de un tiempo. Possuelo les volvía a echar.

En el fuerte quedaba siempre alguien de centinela, tanto de día como de noche. Los kayapó, al descubrir huellas de pisadas alrededor del *tapirí*, corroboraron la presencia de los araras. Pero no

vieron ningún cuerpo correr entre la maleza. Los araras se mantenían ocultos, rodeándolos, invisibles. Como había que adentrarse frecuentemente en la selva, la tensión de los ocupantes del fuerte fue aumentando. Todos sabían que de un momento a otro podía desencadenarse un ataque.

El cobertizo con los regalos servía como termómetro de las relaciones entre los ocupantes del fuerte y los indios no contactados. Si era sistemáticamente saqueado, el mensaje era claro: la presencia de los sertanistas era indeseable. Si lo visitaban pero lo dejaban intacto, significaba recelo sin hostilidad. Si los regalos eran reemplazados por otros dejados por los indios, el contacto estaba prácticamente asegurado.

Durante los primeros cuatro meses no faltó ningún objeto en el tapirí. Pero tampoco los araras añadieron regalo alguno. Fue un período de observación y expectación. La vida en el puesto era de una tensa calma. Gracias a los kayapó y a su conocimiento detallado del bosque, Pernambuco aprendía lo que tenía que haber sabido antes de perderse por la selva. Se familiarizó con el nombre de los árboles y los animales, grandes y pequeños, y hasta de los enjambres de insectos. Aprendió a cultivar, además del huerto del campamento plantado de plátanos, habas, mandioca y cacahuete, cosas tan indias como el *urucú*^[30], el *cajú*^[31], el *piquí*^[32], plátanos y cañas de flecha. Le fascinaba cómo los indios, reuniendo plumas y penachos, seleccionados por la forma y el color, componían coronas flexibles como las alas de un pájaro. Pero el recuerdo de aquella época que con más fuerza se le quedaría grabado en la memoria sería el de la solidaridad, la espontánea y apacible alegría con que se trataban los unos a los otros, a pesar —o quizá a causa— del miedo, el aislamiento y lo angustioso que resultaba saber que había unos indios observándoles desde la profundidad del bosque. Si un kayapó cazaba un pájaro pequeño, lo compartía con el resto del grupo aunque la ración que le tocaba a cada persona fuese mínima. Compartir era tan importante como aplacar el hambre o saciar la sed. Era una virtud de los indígenas que no habían conocido nunca las miserias de una sociedad jerarquizada.

Pernambuco no advertía relación entre los indios que estaban dentro del fuerte y los que estaban en la selva. Apreciaba a los kayapó porque eran dóciles y podían comunicarse. Pero para él los araras eran peores que los animales de la selva porque ni siquiera eran comestibles. No entendía por qué tanto miramiento con aquellos salvajes. «Un buen escarmiento es lo que necesitan...», pensaba cada vez que Possuelo le mandaba al cobertizo a añadir más regalos.

A los cuatro meses de haber finalizado el fuerte, unas excavadoras invadieron el área circundante y llegaron a sólo dos kilómetros del puesto. Tractores Caterpillar derribaron árboles y todo lo que les obstaculizaba el sacar la madera. Possuelo estaba indignado. Fue a hablar con los trabajadores y les dijo claramente dónde estaban los límites que no debían sobrepasar. «Pero debieron de notar que yo no tenía fuerza ninguna y no me tomaron en serio». Una semana después los temores de Possuelo se confirmaron: los indios se habían puesto nerviosos. Mientras él y su equipo cenaban unos restos de jabalí, oyeron voces en el exterior. No tuvieron tiempo de reaccionar y una lluvia

de flechas se abatió sobre el fuerte hiriendo a tres hombres. Uno de ellos fue alcanzado en la boca, otro en un brazo y en un costado, y un tercero, un kayapó, en el hombro. Pernambuco resultó ileso.

Tal y como estaba previsto, las luces de la explanada alrededor del fuerte se encendieron y las del puesto se apagaron, lo que asustó a los atacantes que debieron creerse víctimas de una brujería. Los araras estaban acostumbrados a que la gente huyese despavorida por la selva abandonándolo todo mientras ellos se dedicaban a destruir y saquear el campamento. Pero esa vez la espantosa novedad les desconcertó y fueron ellos los que huyeron dejando caer sus arcos y flechas. El mensaje que Possuelo había querido transmitir era claro: podéis atacar; nosotros no nos moveremos.

Al querer detener el trabajo de las excavadoras, Possuelo se encontró con unos colonos que le desafiaron abiertamente: «Me dijeron que les había mandado el INCRA (Instituto de Colonización y Reforma Agraria), que las máquinas excavadoras pertenecían a aquel organismo estatal y que no se moverían».

Entonces decidió ir a Brasilia a entrevistarse con el presidente de la FUNAI, que a su vez estaba cada vez más incómodo e impaciente. La foto de un sertanista herido, caminando como si nada hacia el hospital de Altamira con una flecha atravesándole el brazo y otra clavada en el costado, acompañado por Possuelo y los demás integrantes del frente, había estado en portada de todos los periódicos de Brasil. ¿Qué hacía la FUNAI para solucionar el problema?, preguntaba la prensa.

Proteger a los indios desde un organismo oficial como la FUNAI no era tarea fácil. Su presidente estaba sometido a las presiones de terratenientes, buscadores de oro, empresas de colonización y de explotación de madera que usurpaban cada vez más territorio indígena. Possuelo, que vivía sobre el terreno la misma encrucijada que su presidente en la capital, venía a pedir apoyo para declarar la guerra al INCRA. «¡Dos organismos del mismo Estado luchando entre ellos! —diría más tarde—. Vaya locura». Eran las dos caras de una misma moneda, el símbolo de las contradicciones del desarrollo brasileño. En medio se jugaba la suerte un puñado de indios: «Un arara no puede entender por qué se abre una zanja en la selva y aquello ya no es suyo —le dijo Possuelo al presidente al referirse a las excavadoras del INCRA—. Es imposible que lo acepte». Possuelo estaba dispuesto a dimitir en caso de no obtener el respaldo incondicional de su superior. Hacía poco tiempo que un colega suyo, uno de los más respetados sertanistas de la FUNAI llamado Antonio Contrim, harto de ver cómo las tribus recién contactadas sufrían todo tipo de enfermedades, había declarado al presentar su dimisión: «Estoy cansado de ser un sepulturero. No es mi intención ayudar a que poderosos grupos se hagan cada vez más ricos a expensas del exterminio de sociedades primitivas». El presidente no quería otro escándalo. Prometió a Possuelo consultar con el poderoso Consejo de Seguridad Nacional, órgano integrado por militares detentadores del poder, para retirar a la compañía Cotrijui la autorización de colonizar un área de 400.000 hectáreas. Eso permitiría delimitar un área de unas 250.000 hectáreas de cara a convertirlas en reserva para los araras.

«Los oficiales brasileños no habían perdido todavía la tradición humanista del mariscal Rondón», contaría Possuelo. El Consejo de Seguridad Nacional autorizó a la FUNAI a recortar drásticamente las 400.000 hectáreas del proyecto Cotrijui y a reservar un área para los araras. «Aunque parezca extraño —diría Possuelo—, durante el tiempo del régimen militar nunca me faltó el apoyo del ejército. Fue más tarde cuando los ministros militares dejaron de estar a la

altura de las instituciones que representaban». Generaciones enteras de militares brasileños habían sido influenciados por la filosofía del mariscal Rondón que, en la segunda mitad del siglo XIX, había pasado veinticinco años de su vida trazando mapas de 50.000 kilómetros cuadrados de territorio desconocido. Contrariamente a la mentalidad de la época, no consideraba ni salvajes ni bárbaros a los pueblos indios que contactaba, sino simplemente como seres en un estado diferente de desarrollo. Fue haciendo público su afecto hacia ellos y presionó al gobierno para crear un organismo dedicado a proporcionarles las condiciones necesarias para su supervivencia: el SPI (Servicio de Protección a los Indios), precursor de la FUNAI y fundado en 1910. Su lema era una frase del Mariscal refiriéndose a los indios: «Morir si es preciso. Matar, nunca»^[33].

La amistad personal de Possuelo con el Comandante del cuartel de infantería de la zona fue también pieza clave para ganar la batalla contra el INCRA. En cuanto regresó al «frente de atracción», el sertanista acordonó el área que se disponía a demarcar para impedir la entrada de nuevos colonos. Al mismo tiempo redobló los esfuerzos para echar a los ya instalados. «La primera vez no me hacían caso. La segunda tampoco. A la tercera, echaba a la familia, confiscaba sus motosierras, incendiaba sus barracas y les amenazaba con llevarles a la cárcel si regresaban. Era un trabajo ingrato y desagradable pero no tenía otra opción».

El INCRA reaccionó denunciando a Possuelo ante la justicia. «¡Como si yo hubiese sido un hombre con fuerza, con poder!... Yo hacía mi trabajo y nada más», se defendía Possuelo. Mientras, la compañía Cotrijui, intentando recuperar la concesión arrebatada, llegó a decir que no había ningún indio en el territorio, que Possuelo los había traído de otras áreas, que los araras eran un invento suyo. Ni las calumnias ni la denuncia, que terminó por perderse en los meandros del sistema judicial, inquietaban a Possuelo. Pero sí las cada vez más frecuentes amenazas que recibían él y su equipo. Estaban interfiriendo en el proceso de ocupación de aquellas tierras y muchos no les querían allí, como tampoco querían a los indios. Varias veces fue interceptado en las calles de Altamira, adonde acudía escoltado por Pernambuco. En menos de un año los papeles habían cambiado. Ahora era el superviviente de la selva quien escoltaba a su protector. «¡Qué importa un puñado de salvajes cuando hay hordas de miserables campesinos que no tienen dónde vivir!», les increpaban. Pernambuco estaba secretamente de acuerdo con aquel argumento pero la lealtad era un valor muy por encima de las ideas y, llegado el caso, estaba dispuesto a arriesgar su vida por defender a su acompañante.

Possuelo no contestaba. Su trabajo era proteger a los indios y lo hacía con toda la fuerza de su convicción. «¿Cómo explicar que los salvajes eran aquellos enjambres de “civilizados” que destrozaban árboles centenarios, millones de animales y de plantas desconocidas con una determinación y una saña que rozaban la inconsciencia?», diría años más tarde ante la evidencia del fracaso de la Transamazónica y de su plan de colonización. Entre mensajes de intimidación y amenazas directas de «desaparecer» en la selva por parte de los colonos, entre el acecho de los araras y las denuncias del INCRA. Possuelo vivía en un delicado equilibrio susceptible de romperse a cada momento. Conseguir la confianza de esas sombras que se movían en la selva era ahora de crucial importancia para impedir que las tensiones hiciesen estallar la bomba de relojería que la Transamazónica había activado. Sólo así conseguiría salir airoso de aquella situación que amenazaba con destruirle como a uno de tantos árboles de la selva.

El cobertizo había sido totalmente saqueado durante el ataque, pero Possuelo no modificó en

absoluto su línea de conducta. Colocó más regalos y multiplicó el número de cobertizos. Tanto él como Pernambuco recordarían siempre el miedo a construirlos sabiendo que detrás de cualquier matorral podía haber araras esperando un descuido para matarles. Después del ataque el ambiente en el fuerte se había hecho más tenso. Los sertanistas multiplicaban sus precauciones; ni se acercaban a la ventana ni salían de noche con linternas. Tres kayapó habían decidido regresar a su aldea del Xingú.

El carácter de los que se quedaron se hizo más nervioso e irritable. Los días eran interminables. Trabajar en el huerto conllevaba riesgo de muerte. Pernambuco temía el momento de salir a hacer sus necesidades. «Morir de un flechazo mientras meaba, después de todo lo que había pasado, me parecía indigno», recordaría más tarde. En realidad, la vida en el campamento era un reflejo del ambiente en la selva circundante. Si los araras estaban nerviosos, rondaban constantemente el fuerte y transmitían así su inquietud a los que estaban en el interior. Si no aparecían durante semanas, la atmósfera se relajaba, pero entonces era Possuelo quien se ponía nervioso porque no entendía esa súbita falta de curiosidad. Las cosas mejoraron a partir del momento en que Possuelo obtuvo la prohibición oficial de entrar en el área que había demarcado. Fue la confirmación de su victoria contra el INCRA, cuyos planes de establecer nuevos núcleos de colonización se vieron definitivamente obstaculizados. Los araras empezaron a percibir que, desde la llegada de Possuelo, ningún blanco se arriesgaba ya a penetrar en sus tierras y mucho menos a instalarse. La expulsión de los colonos empezaba a dar sus frutos. Los araras empezaron a coger regalos del tapirí. Pero todavía no se dejaban ver.

Los días se fueron transformando en semanas, las semanas en meses, hasta que un día los araras, después de arramblar los machetes y cuchillos, dejaron en su lugar tortugas, plumas de ave y cecina de venado. Era una señal inequívoca de que se iniciaba una relación de confianza. Possuelo exultaba. El intercambio continuó varias semanas, para alegría de los kayapó que se deleitaban con las tortugas asadas y se adornaban con penachos que se abrían y se cerraban como la cola de un ave, regalo de aquellos indios desconocidos.

«Pronto se hicieron exigentes —recordaría Possuelo—. Un día encontré en el suelo junto al tapirí una cáscara de nuez de Brasil vacía con una especie de asa hecha con un trozo de liana. Como sabía que los indios tenían costumbre de simbolizar o de representar los objetos que deseaban adquirir, entendí el mensaje: querían cacerolas». Le tocó a Pernambuco colgar esos nuevos regalos que los indios conocían porque llevaban años de pillaje en granjas y asentamientos de colonos.

* * * *

Diez meses después del ataque, durante una tarde sin brisa en la que el zumbido de millones de insectos parecía más fuerte que de costumbre, apareció un arara en el límite del calvero donde estaba instalado el tapirí. Iba completamente desnudo, a excepción de un cordoncillo alrededor de la cintura en el cual llevaba atado el prepucio. Encandilado por el brillo de los objetos, se acercó a uno de los cobertizos. Tocó un espejito. Los rayos de luz se reflejaron en su rostro. Tenía media

cara pintada de negro y llevaba una corona de plumas azules y encarnadas alrededor de la frente. Echó un vistazo a los miembros de su tribu escondidos en la maleza y luego dirigió su mirada hacia los demás objetos, como si durante ese corto instante estuviera atrapado entre dos mundos. Cogió el espejo. El reflejo de las imágenes le fascinó. Era un túnel hacia el futuro. Luego vio su propio rostro. En principio, incrédulo, después esbozó una sonrisa de entendimiento. Llamó a los demás. Aparecieron otros cinco, de edades distintas, todos hombres.

Possuelo salió del fuerte acompañado por dos kayapó. Los demás sertanistas y Pernambuco le seguían a una distancia razonable. Todos llevaban algún regalo en sus manos, que alzaban para que los indios no tuvieran dudas en cuanto a sus intenciones. Avanzaban muy lentamente, los músculos en tensión. Los indios les miraban. Los blancos, después de unos metros, se detuvieron: «Hubo como un intervalo, un instante de intensa expectativa, una emoción delicada y difícil de definir para quienes acababan de pasar un año entero intentando domesticar unas sombras que no siempre eran inofensivas», diría Possuelo de aquel momento. Los indios les hicieron señas con los brazos, invitándoles a acercarse: «Guardaron la iniciativa hasta el final en el curso de ese último acto». De pronto vieron un indio de unos ocho años salir del grupo y acercarse a ellos. No parecía en absoluto inquieto. Sus mayores lo habían enviado para sondear el ambiente. Possuelo lo cogió en brazos y la primera reacción del niño fue pasar sus manos por su barba, feliz al descubrir que había hombres con cabello en el rostro. «Estábamos muy contentos. Le dimos más regalos y luego volvió con sus mayores. Todos eran hombres adultos, no había mujeres. Tiraron las armas y se acercaron hacia nosotros. Nosotros también dejamos las armas». «Bienvenido al mundo de los blancos», hubiera querido decir Possuelo al que llevaba una corona de plumas de tucán. Pero el diálogo era imposible. Aunque los araras reconocieron en los kayapó rasgos raciales similares, no pudieron comunicarse. Ni siquiera sus idiomas tenían palabras parecidas. Se limitaron a intercambiar más regalos.

Al término de aquel primer contacto, Possuelo tenía sentimientos encontrados. Por un lado, estaba orgulloso de haberlo conseguido después de años de infructuosos intentos por parte de colegas suyos. Aquello justificaba todos los esfuerzos previos de vaciar el área y conseguir el apoyo de las autoridades. Por otro lado era consciente de las terribles consecuencias que los araras tendrían que soportar a corto y medio plazo. Nunca lo había advertido con tanta claridad como cuando ofreció su linterna al cacique, fascinado con aquel objeto mágico capaz de iluminar la oscuridad de la noche. Possuelo sabía que, al aceptar ese regalo, aquel indio empezaba a formar parte del mundo de los blancos. A partir de ese momento necesitaría pilas para la linterna, luego serían cartuchos para la escopeta. Necesitaría dinero. Y una vez se lo creyese de verdad, ese indio libre y combativo iniciaría su rápido declive hacia los márgenes de la sociedad. Y esto provocaba en Possuelo un agudo malestar. Se consolaba pensando que lo que hacía era un mal menor. Intentar protegerlos era mejor que dejarles atacar colonos y equipos de trabajadores de la carretera siempre dispuestos a desquitarse. En el fondo estaba impidiendo lo peor: la caza del indio, una práctica ininterrumpida en la Amazonia desde los tiempos de la Conquista. Quedaba lo más difícil: amortiguar el choque de la confrontación brutal con el universo de los blancos. En realidad, su trabajo acababa de empezar.

* * * *

Al consolidarse, el contacto se complicaba. Possuelo conocía bien el problema porque había sido siempre así con las tribus recién contactadas. A partir del momento en que tuvieron relaciones amistosas con los blancos, toda su agresividad anterior y su desconfianza se convirtió en fascinación hacia el mundo de sus nuevos amigos. Los indios querían verlo todo, probarlo todo, tocarlo todo, quedarse con todo lo que les gustaba. Había que saciar su curiosidad, saber denegarles objetos que codiciaban, explicarles cosas inexplicables.

Lo que más anhelaban era conocer la «aldea» de los blancos, algo muy justo y normal ya que todo lo que se hablaba en el campamento tenía como referencia Altamira. Possuelo quería esperar a que pasase algún tiempo antes de llevarles a la ciudad. Les pidió paciencia. Quería evitar lo que le había ocurrido con los Surui Cintas Largas. Allí los indios solían ir en grupo hasta la carretera donde paraban camiones para hacerse llevar a la ciudad —totalmente desnudos—, lo que causaba una tremenda conmoción. La espera y la paciencia eran conceptos totalmente ajenos a los indios, y uno de ellos se aventuró a recorrer andando los más de veinte kilómetros que separaban el puesto de la ciudad de Altamira. Un kayapó lo advirtió y avisó a Possuelo a tiempo de ir en el Land-Rover a recoger al indígena. Otra vez fue Pernambuco quien corrió a avisar al sertanista después de ver un grupo de araras dirigirse hacia la carretera. Aquella vez salieron los dos, pero los indios se negaron a subir al *jeep*. «No nos iban a disparar flechas porque éramos amigos —diría Possuelo—. Así que nos tiraron piedras». Entonces, para que no se repitiese lo mismo que con los surui, Possuelo decidió llevarlos de manera organizada. Limpiaron, desinfectaron y prepararon seis habitaciones grandes en las oficinas de la FUNAI de Altamira para acogerlos. Los aprovisionaron de comida y luego erigieron unos muros alrededor del edificio.

«Fue un acontecimiento extraordinario —recuerda un habitante de Altamira del día en que llegaron en camionetas unos treinta indios—. La reacción de la población rozó la histeria colectiva. Todo el mundo quería ver a los araras, el terror de la Transamazónica». Tanta gente les rodeó que los indios apenas pudieron ver la ciudad. Possuelo les encerró en el cuartel general de la FUNAI, pero la gente trepaba por los muros para verlos de cerca. Pernambuco temió que ocurriese una desgracia, pero no fue así. Más bien al contrario. La gente no mostraba ninguna agresividad. Sólo una ávida e insaciable curiosidad. Un hombre mayor, antiguo colono que había sido víctima de uno de los ataques de los araras, se acercó a ellos. Possuelo conocía su historia y temió lo peor. Pero para su sorpresa, el hombre abrazó a uno de los indios: «Vosotros matasteis a mi hijo, pero yo no os guardo rencor», le dijo mientras el arara le miraba desconcertado. Hubo gente que tiró billetes de mil cruzeiros por encima del muro. Los araras no sabían lo que era; hacían una bola y lo volvían a lanzar fuera, como un juego de aquellos seres tan extraños. La inmensa curiosidad de los indios se había visto desbordada por la aún más intensa curiosidad de los colonos de Altamira. Era tal el delirio que Possuelo tuvo que llamar un destacamento del Ejército para controlar la situación. Así pudieron quedarse dos días y dos noches en Altamira. El desastre tardaría unos días más en declararse.

Algunos araras, al regresar de la ciudad, permanecieron en el fuerte en lugar de volver a sus aldeas. Al cabo de poco tiempo empezaron a toser. Tenían gripe. El personal del puesto les

administró los medicamentos necesarios. Possuelo no estaba demasiado preocupado por ellos. ¿Pero los demás, los que habían regresado a sus aldeas? Estarían contagiados, con toda seguridad, y corrían riesgo de muerte porque en indios recién contactados la gripe degenera en pulmonía. Possuelo formó en seguida un equipo y salieron en su busca. Tenía personal sanitario y medicamentos suficientes. Pernambuco se unió a la misión de salvamento. Después de dos días de marcha encontraron las primeras familias, todas enfermas: niños postrados, hombres y mujeres moqueando con miradas vacías. Se adentraron aún más en la selva para reagrupar a los demás enfermos y administrarles un tratamiento. Cuando los contabilizaron, faltaban once indios. Possuelo mandó en su busca a tres equipos en direcciones distintas. También hizo venir un helicóptero, pero en una selva tan densa hubiera sido necesario un milagro para localizarlos. Incluso mandó venir un equipo de cineastas del *Museo do Indio* de Rio de Janeiro para filmar las clínicas improvisadas en la selva.

Pernambuco le transmitió un mensaje por radio. El equipo del que formaba parte había encontrado una sepultura reciente. Bien hecha, con una casita encima, el cuerpo amarrado con palos y sin enterrar, como es la tradición. Possuelo fue a reunirse con ellos y después de otro día de marcha, encontraron un cuerpo próximo a una sepultura inacabada. Possuelo dedujo que los indios debían de andar peor de salud porque carecían de fuerzas para dar sepultura a sus muertos. Un poco más lejos, hicieron otro descubrimiento macabro: una niña todavía viva agarrada al cadáver de su madre que empezaba a pudrirse. Una imagen que Possuelo nunca olvidaría y que quedaría filmada en la película de los cineastas de Rio. Tampoco Pernambuco fue insensible a ello. La vulnerabilidad de los indígenas le conmovía y le provocaba compasión. Ya no eran sombras hostiles como antes del contacto, sino seres humanos, algo infantiles según él, pero entrañables.

A fin de cuentas, de los once araras perdidos en la selva, siete habían muerto. Hallaron los cuatro supervivientes un día después. Estaban en pésimo estado. Desbrozaron un claro en la selva para que pudiese aterrizar el helicóptero y llevárselos. Se salvaron los cuatro.

«Aquellos fue quizá el resultado de la visita a Altamira, o simplemente el resultado de haber abrazado a ese niño arara cuando establecimos el contacto. El abrazo de la muerte. Todos nosotros somos auténticos pozos de bacterias y virus —comentaría Possuelo—. Y el indio no está inmunizado. No hay grupo indígena que no haya tenido problemas de salud. Con los kararaó ocurrió algo peor. Ciento sesenta murieron a causa de un brote de sarampión, dos semanas después del contacto. La diferencia está en tener a mano medicinas o no tenerlas. El indio no muere por una gripe, muere por falta de tratamiento. Muere porque, al enfermar, ya no puede internarse en la selva en busca de alimentos y nadie se los va a traer. Muere porque no regresa a pedir socorro; porque los que se quedan no dicen que los otros están mal. Es así. Además, aunque quisieran expresarse, está la barrera del idioma...».

Possuelo se mantuvo al frente del puesto hasta conseguir hacer de él un punto de transición, un filtro entre las dos comunidades, un lugar de encuentro. Pero esa experiencia no hizo sino afianzar su opinión de que los contactos son siempre perjudiciales para los indios y únicamente necesarios en caso de fuerza mayor. «Para ellos lo mejor sería que no existiésemos. Pero estamos allí. Somos 140 millones de brasileños queriendo cada vez más tierra, ocupando cada vez más espacio. ¿Qué les ofrecemos a ellos? ¿Respetamos sus tierras? ¿Les damos asistencia, salud...? ¿La educación

especial que ellos merecen? No, no les damos nada de eso. Basta ver lo que ocurre con los indios contactados para entender la relación de dependencia que les imponemos. “Si hubierais querido, podríais habernos aplastado como hormigas”, me dijo un jefe indio bastantes años después de haber sido contactado, después de que su tribu pasase por el estado de la desintegración casi total y se hubiese recuperado. Hay un profundo desconcierto contenido en esa confesión de impotencia».

Para pasar del neolítico a la era espacial, el hombre moderno ha necesitado siete mil años. Los indios araras dieron el salto en menos de un año.

«Tiempo... Hay que darles tiempo —repetía Possuelo—. Tiempo para crear las condiciones de una integración no traumatizante».

En su esfuerzo por localizar comunidades de indios aislados, Possuelo encontró un día en el Estado de Minas Gerais un indio de edad avanzada que vivía solo. Era el último superviviente de su tribu. No podía hablar con nadie, su comunidad había desaparecido completamente. Era el depositario de una forma de vida extinguida. Aquel anciano era, en sí mismo, toda una tribu. Cuando murió, se llevó a la tumba los secretos y los conocimientos de una cultura —la suya— que había necesitado millones de años para evolucionar y adaptarse al medio en que vivían. A su manera, Sydney Possuelo, al proteger grupos de diez, treinta, cuatrocientas o cinco mil personas, defendía una gran diversidad de formas de vida, diferencias genéticas, un inmenso depósito de conocimientos que nunca, desde las últimas glaciaciones, se había visto tan amenazado como en las tres últimas décadas de la historia humana. La novedad de este siglo XX consistía en que el peligro no tenía su origen en causas naturales —meteoritos, glaciares, corrimientos de tierras—, sino en el propio desarrollo de la especie humana.

Por toda la Amazonia brasileña se multiplicaban los dramas de las comunidades indígenas. Los indios parakaná perdieron el 45% de su población mientras duró la construcción de la Transamazónica. En total, 96 tribus se verían afectadas por las carreteras construidas bajo el Plan de Integración Nacional. Los nambiqwara, tan admirados por el antropólogo Claude Lévi-Strauss, pasaron de 20.000 a mediados de siglo a 650 un año después de la construcción de la BR-364. En territorio de los yanomami, los primeros encuentros con los equipos de construcción de las carreteras redujeron la población de las aldeas contactadas en un 25 70. Y eso era sólo el principio. La deforestación masiva tendría lugar en las dos décadas siguientes, cuando millones de animales se verían obligados a huir ante el avance de leñadores y buscadores de oro, cuando bosques milenarios serían reemplazados por haciendas y ranchos de dudosa rentabilidad.

Sydney Possuelo continuó con sus esfuerzos por proteger a los araras. Se adentró aún más en la selva para localizar otras comunidades aisladas. Había creado un puesto en el río Irirí y otro en una zona llamada Penetkao. El radio de acción de su trabajo abarcaba un área del tamaño de medio Portugal. Possuelo ofreció a Pernambuco la posibilidad de continuar formando parte de su equipo, pero éste la rechazó. La denuncia del trabajo esclavo en la *fazenda* Junqueira hecha por los misioneros de Altamira no encontró eco alguno en los medios de comunicación del Sur o del extranjero. Apenas dos líneas se publicaron en el diario *O Liberal* de Belem, referentes a su fuga y a la situación en la finca. Por presión de los curas, la policía desmanteló el campamento y dio por cerrado el caso. Junqueira no era más que un intermediario que usaba los nombres de los dueños de la *fazenda* (los diputados federales) para conseguir la mano de obra necesaria. De esa manera, los legítimos propietarios se libraban de cualquier responsabilidad legal, recayendo ésta en la empresa intermediaria que se esfumaba tan rápidamente como se había creado. Al no prosperar la acción judicial y al no haberse revelado su nombre, el miedo de Pernambuco a las represalias se disipó.

Además, estaba cansado de selva. Desde su salida del Nordeste no había habido día en que Pernambuco no se hubiera visto rodeado del denso bosque tropical. Tenía morriña de su pueblo, de sus hermanos y de su madre, del aire seco y polvoriento del sertón. El personal de primera línea llamaba a este sentimiento indefinido de melancolía y soledad, que afectaba por igual a hombres y mujeres, la «altamiritis». Hasta los placeres más cotidianos de la vida perdían su aliciente: la carne sabía a pescado, el arroz a patata y el café a agua. La razón esgrimida por los médicos era que había una media de 276,4 hombres por mujer disponible, una cifra que pronto cambiaría al acudir a la ciudad centenares de «mujeres de la vida» que transformarían la ciudad en uno de los mayores burdeles de la Amazonia.

Pernambuco necesitaba zambullirse en el universo familiar de las ciudades y los pueblos. No

quería pasar más tiempo viviendo en la tensión constante de un «frente de contacto», alejado del mundo. Tampoco quería regresar al Nordeste con las manos vacías. Al frecuentar más a menudo la ciudad de Altamira, Pernambuco se había contagiado del ambiente de euforia optimista que reinaba por todo el frente de colonización de la Amazonia y que estaba alimentado por los medios de comunicación y las autoridades encargadas de la ocupación de la selva. Poco a poco e insidiosamente, un poderoso sueño se había adueñado de su voluntad: el deseo de conquistar una parcela propia de esa selva llena de riquezas, de labrarse un futuro y, ¿por qué no?, de hacer fortuna —como tantos otros, según la propaganda oficial— buscando su oportunidad entre los tesoros ocultos de la Amazonia. Entonces, cuando hubiera hecho suficiente dinero, regresaría a Caruarú al volante de su propio automóvil y se construiría una mansión, y viviría como un rey, rodeado del respeto y el afecto de los suyos. En aquellos tiempos en que el Estado ponía los medios necesarios para domesticar el infierno verde, todos los sueños eran posibles. Además Pernambuco tenía ganas de aventura; aquello no se borraba con el tiempo. Al contrario, la llamada de lo desconocido se le hacía todavía más atractiva ahora que había recuperado fuerzas para responder a ella.

Altamira, una urbe plácida y somnolienta a orillas del Xingú cuyo único motivo de orgullo eran sus 182 km cuadrados de municipio (lo que constituía un récord mundial), había incrementado su población en dos años de cinco mil a veinte mil personas. Como casi todas las urbes amazónicas, había nacido con la fiebre del caucho. En 1929, a causa de la caída de los precios, pasó sin transición del esplendor a la miseria. Los habitantes más ancianos todavía recuerdan que «los hombres no ganaban ni para comprar pólvora. Cazábamos con arcos y flechas o matando animales a palos. Éramos como indios». Después vino la época de la Batalla del Caucho y Altamira vivió un breve período de resurrección. Terminada la guerra, la población se dedicó a la recogida de la castaña (nuez de Brasil) y a la caza de felinos, una pujante industria. La ciudad llegó a exportar 30.000 pieles al año, aunque a efectos oficiales no pasaban de 2.500. A finales de los años sesenta, Altamira contaba con cuatro automóviles, una barbería, un cine (de los misioneros), tres escuelas y dos pensiones. Fue entonces cuando el gobierno prohibió la caza de animales salvajes. Altamira se preparó para entrar de nuevo en el letargo. Pero se despertó sobresaltada con la Transamazónica. En 1969 sobrevino otra vez la locura, peor que durante la guerra. Gentes de todas partes acudieron como hormigas. El aeropuerto, vestigio de la presencia norteamericana durante la guerra, duplicó su tamaño. Aviones de todo tipo descargaban hombres y material, en particular unas máquinas de ruido ensordecedor que derrumbaban árboles como si fuesen cerillas. El costo de la vida subió en proporción a su población y el número de comercios. Donde había una farmacia, quince meses después había seis. Doce barberías. Quinientos automóviles. Cuarenta pensiones, sin contar los burdeles. Y una discoteca bañada de luz negra llamada Aquarium que reunía la flor y nata de los matones, tenderos y empleados del INCRA y la FUNAI. Las previsiones daban a Altamira, «cuna del nuevo Brasil», el privilegio de ser la ciudad de más rápido crecimiento de todo el país durante los años venideros.

Pero la notoriedad de Altamira provenía sobre todo del clima de Lejano Oeste que reinaba en sus calles enfangadas. Los conflictos de tierra entre colonos y caboclos, entre indios y campesinos, entre grandes terratenientes y *squatters* que se instalaban desordenadamente en tierras de dudosa propiedad legal habían atraído multitud de forasteros dispuestos a apretar el

gatillo para ganar unos cruzeiros o una parcela de tierra. La sangre corría casi tanto como la cerveza o la *cachaça*. Maria Helena Lima, juez de la comarca, tuvo que asumir en 1970 las funciones de *sheriff* para pacificar la ciudad. Uno de sus primeros bandos dictaba: «A quien dispare en el casco urbano se le confiscará el arma y se le encarcelará durante 24 horas, sin más trámite». La norma fue eficaz en la medida en que los tiroteos cesaron en el centro, pero no así en los alrededores. No era raro descubrir cuerpos acribillados en la cuneta de la Transamazónica o en sus carreteras anexas. Los ataúdes se hacían con maderas nobles de la Amazonia. Algunos se colocaban en fila sobre las aceras y resplandecían al sol; otros se amontonaban en el interior de las numerosas tiendas de pompas fúnebres. Los había de todos los colores y tamaños y, a juzgar por su número, las funerarias eran uno de los mejores negocios de la zona.

A esa ciudad llegó un día Pernambuco, después de despedirse de sus amigos sertanistas que se iban al Irirí, un afluente del Xingú. Todavía guardaba algo del viejo miedo de encontrarse con los capataces de la *fazenda* Junqueira, aunque un año en «la frontera» equivalía a diez en una ciudad normal. En la Amazonia de aquel entonces el tiempo tenía un valor distinto; todo iba muy de prisa. Nada duraba, excepto los deseos de venganza. Por eso Pernambuco andaba con cuidado; esa tierra de *vendettas* le recordaba su Nordeste natal. Había ahorrado algo de dinero trabajando para la FUNAI y podía elegir entre regresar a su pueblo, montar un puesto de refrescos y licores en Altamira, comprarse una escopeta o un pedazo de tierra en la selva. No hizo ninguna de esas cosas. Se lo gastó todo en mujeres. Una pequeña calle del centro se había convertido en barrio chino. Garitos de madera pintados de colores chillones y chozas de barro con calendarios pornográficos en sus rugosas paredes albergaban bares y burdeles donde, por unos cuantos cruzeiros, se podía pasar un rato en compañía de una chica. A la larga ni se necesitaba dinero, bastaba con llevar a la chica a cenar a uno de los restaurantes japoneses a la vera del río o a bailar al Aquarium. Aquellas muchachas venían en su mayoría del Estado de Maranhão y buscaban un marido que pudiese mantenerlas. Hasta encontrarlo ejercían de empleadas domésticas —o de prostitutas—. Pernambuco, que durante un año había vivido una dura abstinencia sexual, se dedicó a la mala vida con toda la fuerza de su juventud. Había alquilado un cuartucho en la pensión Alta Palace, a un precio exorbitante, porque la especulación inmobiliaria había hecho de Altamira uno de los lugares más caros de Brasil. En algunos sectores de la ciudad, a pesar de tener calles llenas de socavones y de charcos como bañeras, el precio del metro cuadrado alcanzaba el de barrios lujosos como Copacabana o Leblon en Rio de Janeiro. Aunque las casas eran viejas, bajas, sucias, con techos de hojalata o de paja, aunque por toda la ciudad flotaba el hedor de las alcantarillas a cielo abierto, los alquileres de residencias, cuartos de hotel y pensiones seguían la misma pauta. Un cuarto minúsculo con mosquitero costaba al día el equivalente al sueldo semanal de un bracero. Pernambuco terminaba sus noches en el Aquarium, bebiendo *whisky* brasileño Royal Label y escuchando a Roberto Carlos hasta medianoche, la hora del cierre, cuando se apagaba el generador diésel y su ronroneo daba paso al zumbido de los mosquitos. Entonces regresaba a su pensión, borracho y acompañado de alguna chica, y no era raro que se quedase dormido antes incluso de desnudarla.

Grande, fuerte y con dinero, Pernambuco estaba hecho de la materia de los sueños para aquellas mujeres de la vida. Pero pobre y sin trabajo, era uno más entre tantos aventureros y buscavidas. Cuando las chicas empezaron a darse cuenta de que aquel gigante con barba y ojos hundidos tenía pies de barro, le trataron como a los demás, es decir que sólo le hacían caso

después de cerciorarse que tenía un fajo de cruzeiros en el bolsillo.

Cuando Pernambuco notó que su popularidad menguaba aún más rápidamente que su dinero, empezó a tomarse la vida en serio. Tumbado en el camastro bajo el mosquitero remendado, empapado de sudor, pensó en las posibilidades de ganarse la vida honradamente: trabajar de bracero o encontrar algún empleo en una tienda. En el Aquarium había conocido a uno de los carniceros de la ciudad, al que había impresionado por el tamaño gigantesco de sus manos. Le había ofrecido pasarse por la carnicería para charlar. Era buena señal. También estaba la posibilidad de ofrecer algunos servicios esporádicos en la oficina de la FUNAI, pero aquello no representaba una manera consistente de ganar dinero y podría obstaculizar sus relaciones con otros sectores de esa sociedad de colonos que veían a la FUNAI con malos ojos. La necesidad imperiosa de ganar dinero le hizo vagar por los recovecos de su memoria. Recordando el pasado en su Nordeste natal otra posibilidad le vino a la mente. Cuanto más la rechazaba, con mayor fuerza volvía. Aunque no quería confesárselo, una pulsión latía en lo más profundo de su ser y le devolvía a las emociones de su adolescencia. Pernambuco tenía sed. De sangre.

No es que odiase particularmente a alguien, ni que sintiese un ciego impulso que le llevase a matar. Tampoco tenía pensamientos macabros o necrofilicos. Pernambuco no se regocijaba con la muerte de sus víctimas. Ni pensaba en la muerte; era demasiado joven para eso. Sencillamente echaba de menos el empuñar un arma. Sentía reverencia por aquel objeto tan perfecto que confería respeto al que lo esgrimía. Quería volver a sentirse como en su pueblo, admirado y temido. En el fondo sabía que la manera más rápida de ser alguien pasaba por el cañón de un 38, no por el cuchillo de un carnicero. El dinero fácil y la sensación de poder constituían una combinación adictiva. Le provocaba un gusanillo en la tripa, una indefinible sensación excitante, la misma que empuja a un cazador a esperar su presa.

Unir lo útil a lo agradable y de paso librar al mundo de un parásito, un vago o un ladrón... ¿A qué mejor podía aspirar un pobre diablo como él? Pocos pistoleros mataban por puro vicio. En general encontraban una justificación de tipo moral al trabajo que desempeñaban y si no se la inventaban. Si había que freír a tiros una familia de poseiros^[34], es que se trataba de usurpadores que no querían abandonar unas tierras que no eran suyas; entonces había que hacer justicia en nombre del mandante —el propietario—. La mayoría de los matones, incluso Pernambuco, venían del Nordeste, cuna de grandes bandidos pero también de bandoleros y justicieros. No había matón que no se creyese heredero directo de *Lampião*^[35], un personaje de leyenda originario del Estado de Pernambuco.

Pistolero entre los pistoleros, *Lampião* había dominado y aterrorizado el sertón desde 1920 hasta su muerte en 1938. Bajo de estatura, fuerte, tuerto, era un arsenal humano: nunca llevaba menos de treinta kilos de cartuchos, cuchillos y dagas colgando de su cintura, además de su pistola. Aumentaba el peso añadiendo una doble banda de monedas de oro en la frente, un inmenso rubí en su mano izquierda y un collar de diamantes en su garganta. Llevaba el cuerpo recubierto de papeles que eran hojas de rezo y que supuestamente le protegían de las balas de sus enemigos. Formado en las bandas de matones de varios políticos, su audacia no conocía límites. En 1926 atacaba ciudades del interior, hablaba con los alcaldes y daba entrevistas a la prensa, anunciando que pronto dispondría de un ejército capaz de tomar cualquier ciudad que «estuviese gobernada por políticos corruptos». A veces atacaba sin avisar; otras mandaba un cable y entonces las familias huían dejando sus casas y propiedades para que fuesen desvalijadas. Con el producto de

sus robos y con el tributo exigido a los comerciantes, mantenía a sus tropas y distribuía el resto entre los más pobres. Su muerte a tiros había marcado el final de una época, pero su ejemplo y su vida se convertirían en una leyenda que nutriría la imaginación de generaciones de paupérrimos nordestinos como Pernambuco.

* * * *

El día en que se levantó lo suficientemente sobrio como para poder contar su dinero, Pernambuco se dio cuenta de que todavía estaba a tiempo de hacer la inversión más rentable para su futuro. Veinte mil cruzeiros era todo lo necesario para comprar un 38, requisito imprescindible para entrenarse y perfeccionar su puntería, que temía haber olvidado. Disponía de veinticinco mil en total. Le sobrarían cinco mil para la munición y para vivir hasta que surgiese una «oportunidad» que le permitiese iniciar su carrera.

Se vendían armas en todas partes pero Pernambuco conocía al dueño de uno de los bares mugrientos de la vera del río que las tenía de segunda mano y en buen estado. Fue a visitarle por la mañana, antes de que el implacable calor sumiese la ciudad en una taciturna apatía. Aparte del dueño, que se había quedado dormido en la barra sobre el periódico, había allí un hombre mayor, fornido, con barba de varios días, que bebía unos tragos de pinga repantigado en una silla metálica. Se dirigió a Pernambuco mientras éste zarandeaba al dueño.

—Yo te conozco... —le dijo el hombre. Pernambuco se sobresaltó. En seguida pensó en la *fazenda* Junqueira.

—No creo —replicó tajante.

—Te he visto varias veces con aquel tipo de la FUNAI... ¿Eres su guardaespaldas? —preguntó el otro, arrastrando un fuerte acento italiano que no había conseguido perder a pesar de haber vivido casi toda su vida en Sudamérica.

—Era —contestó Pernambuco.

—Me llamo Bruno Bossato Marni, pero todos me llaman Tarzán. Necesito un guardaespaldas... —le dijo el italiano.

—¿Cuánto pagas?

—Mucho...

—No me interesa —zanjó Pernambuco.

Había aprendido lo suficiente como para saber que no se podía tomar en serio una oferta de trabajo en la que no le regatearían hasta el último céntimo. Además, aquel sujeto hirsuto y mal afeitado no le inspiraba respeto.

—Escucha —continuó Tarzán—, conmigo podrás ganar mucho dinero, más del que te imaginas...

Pernambuco giró el tambor de un revólver que le mostraba el dueño del garito. Miró por el cañón, abrió la recámara, comprobó el muelle del gatillo. Pidió ver otros. El hombre sacó una docena de armas usadas que colocó en fila sobre la barra. Pernambuco las examinó detenidamente. Tarzán, mientras tanto, insistía:

—Necesito alguien como tú. Si aquel tipo de la FUNAI te tenía a su lado es que debes merecerlo. Además, yo soy bajo y tú eres alto; es una buena combinación. Te doy la mitad de lo que consiga.

—¿La mitad de qué? —preguntó Pernambuco, a quien el simple ofrecimiento había hecho aguzar el oído.

—Mira... —le dijo el otro sacando de su mochila una bolsa de plástico. Pernambuco volvió la cabeza:

—¿Qué es eso?

—Mantequilla —contestó el hombre mientras sacaba de la bolsa una arenilla negruzca que se le escurría entre los dedos. Puso un montoncito sobre la barra. La arena, muy compacta y pesada, estaba compuesta de granos de metal entre los que destacaba el brillo de unos residuos plateados y dorados—. Oro —murmuró Tarzán, como si la simple pronunciación de aquella palabra fuese un sacrilegio.

—Dinos dónde lo has encontrado, Tarzán, ¡y nosotros te daremos la mitad de lo que encontremos! —soltó entre carcajadas el dueño del bar.

Tarzán metió la mano en su mochila. No le había gustado la burda intromisión del tabernero.

—Te he traído una pepita para ti... Toma.

El dueño del bar se acercó y en ese momento Tarzán le lanzó un tití enano que emitía unos chillidos estridentes. Pernambuco soltó una fuerte carcajada mientras el animal se agarraba a las barbas del dueño arañándole la cara.

—¡Eres un *filho da puta*, italiano de mierda, nunca cambiarás!

—¡Ni tú! —contestó Tarzán.

Pernambuco dejó un fajo de billetes sobre la barra y se fue, escondiendo en su cintura su nueva adquisición y llenando sus bolsillos de balas. Tarzán le siguió por las calles, saltando para sortear los charcos y alcanzar las zancadas de Pernambuco.

—Piénsatelo, te estoy ofreciendo una oportunidad única. Hay mucho oro por la sierra de Gradaús, hay oro y diamantes por doquier. Si no me crees, pregunta en todas partes quién es Tarzán. Te voy a enseñar una cosa...

Parecía un mago extrayendo los más dispares objetos de su bolsa. Sacó un libro al que le faltaban las tapas y la mitad de las páginas. Pernambuco no sabía leer pero disimuló, aunque innecesariamente porque el otro sabía que Pernambuco no sabía leer. Le mostró una foto donde se le veía de joven, rodeado de otros hombres, todos sonriendo. Tarzán tenía un pedrusco en la mano.

—Un *bamburro*^[36] —dijo—. Encontramos una piedra de medio kilo de oro en Venezuela —a continuación leyó un párrafo en el que el autor, un ingeniero de minas italiano, hablaba en términos elogiosos de la profesionalidad de Tarzán—. No te estoy hablando de paja. Te estoy ofreciendo una oportunidad de verdad. Soy viejo ya... Acabo de cumplir sesenta años y me faltan fuerzas para andar solo por la mata. Además, por donde he descubierto la mantequilla... *Mamma* mía, está lleno de malandros sueltos esperando a que bamburree para robarme. Pero tú me inspiras confianza.

—Lo que más odio del mundo son los ladrones —dijo Pernambuco, a quien el libro había impresionado. El simple hecho de ver la foto impresa de su interlocutor le había hecho cambiar de opinión acerca de Tarzán. Ya no le veía como un vagabundo desmelenado, sino como lo que era en realidad, un viejo y experto *garimpeiro*^[37].

—Te podría enseñar el oficio. Siempre es bueno saber algo en la vida, aparte de pegar tiros. —Pernambuco se sintió azuzado pero no contestó. El hombre prosiguió—: Esa mantequilla la he encontrado a diez días de barco de aquí, en un paraje de fácil acceso. Eso quiere decir que hay oro en mil metros a la redonda. Tengo todo el material necesario y he venido a por un *cobra fumando*^[38]. Piénsatelo. Si aceptas mi trato y quieres venir conmigo, me encontrarás en el hotel Londres. ¡Adiós!

Tarzán dobló la esquina y desapareció. Pernambuco se quedó perplejo. Aquel hombre había conseguido instilar una profunda curiosidad en el muchacho. Oro... Nunca se le había ocurrido. Tal vez aquélla era la oportunidad de su vida. Lo pensaría.

* * * *

Dos días y cuatro borracheras más tarde Pernambuco se había olvidado por completo de su encuentro con el *garimpeiro*. La idea de pasar largas temporadas en la selva bastó para quitarle las ganas de soñar con pepitas de oro. Había conseguido que la dueña de la pensión le fiase la «diaria». Se pasaba horas en los bares y en los lugares frecuentados por pistoleros en busca de algún contacto que le abriese las puertas del hampa local. Pero todos parecían desconfiar de ese gigantón que habían visto con un sertanista de la FUNAI.

Entonces pensó en su amigo carnicero. No era la solución ideal, pero podía ser un buen principio. No se equivocó. En esa primera reunión el carnicero le propuso trabajo en su floreciente negocio. Faltaba carne en Altamira porque el transporte era caro y lo que se cazaba en los alrededores no satisfacía la fuerte demanda. Aunque cada día se creaban más pastizales en la selva talada, el ganado se adaptaba mal a las peculiaridades de ese suelo. Muchas reses morían por mordeduras de serpiente o por comer *herba*, una planta venenosa que hace hinchar las tripas de las vacas hasta reventar. Los ganaderos, casi todos grandes terratenientes, estaban más preocupados por asegurarse la propiedad de sus tierras que por la salud de su ganado. Para ellos, talar la selva y plantar *capim* (hierba recia que sirve de pasto) era la condición que tenían que cumplir para conseguir del gobierno jugosas subvenciones y exenciones fiscales. Así demostraban que «aprovechaban la tierra», lo que les otorgaba legitimidad para reclamar parcelas que no pertenecían a nadie y que estaban a la merced de ser ocupadas por pequeños campesinos expulsados de otras regiones. Ésa era la prioridad; ya tendrían tiempo de ocuparse de los rebaños.

Pernambuco aceptó de inmediato la proposición de su amigo. El trabajo era más duro de lo que en un principio se imaginó. Pero era real, no una fantasía como lo que le había propuesto Tarzán. Todos los días tenía que ir al matadero, una casucha de las afueras donde se abatían las reses entre nubarrones de moscas y regueros de agua sucia. Había un hedor a sangre y a carne muerta que el calor hacía todavía más penetrante. Pernambuco cargaba los cuartos de ganado a hombros y en la carnicería aprendió a descuartizarlos. De la venta se encargaba su amigo el dueño, mientras su mujer se dedicaba a escribir poemas que terminaría por publicar en un libro titulado *Coraza) Femenino*. Pernambuco se ponía muy nervioso cuando ella venía a leerle sus estrofas lánguidas y románticas en el ambiente fétido de la carnicería: «*Quem e você / que me*

beija com o olhar / que me abraça con o pensamento / que me ama sem retorno?». (¿Quién eres tú / que me besas con la mirada / que me abrazas con el pensamiento / que me amas sin retorno?). Pernambuco se sentía aludido y esto le exasperaba, pues no sentía ninguna atracción por la mujer de su amigo que, aparte de poeta, era experta en magia blanca y hacía *macumbas* por cualquier motivo:

—Voy a hacerte una *macumba* para que encuentres mujer formal, Pernambuco...

—No quiero mujer formal, estoy muy bien así —contestaba el muchacho mientras retorció el pescuezo de una gallina porque no podía retorcérselo a ella.

Pero aparte de ello, la carnicería era un buen lugar para alguien como Pernambuco, deseoso de ocupar un lugar en aquella sociedad. Toda la ciudad acudía tarde o temprano a por carne. Y el carnicero disfrutaba de excelentes relaciones con los *fazendeiros* de la zona, que eran sus proveedores y con quien planeaba asociarse para construir mataderos dignos de una ciudad como Altamira, con cámaras frigoríficas y empleados con bata blanca. Los sábados y domingos aquel mundillo se reunía en una de las fincas para una churrascada. El carnicero invitaba a Pernambuco para que le ayudase a llevar la carne y preparar el fuego. También iba con su mujer, deseosa de leer sus poemas ante las esposas de los demás, que se derretían de languidez o de aburrimiento. Pernambuco, con tal de no oírlos, se concentraba en lo que mejor sabía hacer en la vida aparte de disparar: cortar la carne y preparar la barbacoa. Le gustaba formar parte de ese grupo de gente, auténticos pioneros capaces de generar riqueza y dar trabajo a los demás —según pensaba—. Aunque estaba en lo más bajo del escalafón, estaba donde estaba el poder. Los que mandaban bebían *whisky*, y Pernambuco estuvo incluso en una *fazenda* donde conoció el colmo del lujo: ¡*whisky* escocés en lugar de Royal Label! Odiaba el sabor del *whisky* que ni siquiera quitaba la sed como la cerveza, pero por nada del mundo hubiera bebido otra cosa delante de todos aquellos terratenientes. El *whisky* era más que una bebida; era signo de estatus social. Como también lo eran los pantalones tejanos, las botas camperas de media caña y los sombreros de vaquero. Sobre la cultura del nordestino, que era la de los pobres, se imponía la cultura de los *fazendeiros*, en su mayoría del Sur, y que sólo era un burdo reflejo de la cultura norteamericana de «la frontera» con sus rebaños inmensos, sus *cow-boys* y sus ciudades sin ley. Había sin embargo una diferencia sutil. Las tierras de las grandes planicies del Medio Oeste norteamericano eran fértiles. El suelo amazónico era pobre y con el tiempo y la tala, la tierra se erosionaba y acababa siendo improductiva. Pero a principios de los años setenta, pocos lo sabían. Y los que lo sabían no querían creérselo.

En aquellas churrascadas se hablaba de todo pero invariablemente, después de vaciar cajas enteras de botellas de *whisky*, la conversación versaba sobre la ocupación de tierras por campesinos pobres. Entre el olor a carne quemada y el perfume de las señoras se tramaban ejecuciones, se planeaban asesinatos, se ofrecían recompensas. Había que expulsar a los campesinos que se instalaban espontáneamente, ignorando la situación legal de las tierras que ocupaban. Llegaban atraídos por la propaganda oficial, pero sin ninguna asistencia gubernamental y sin dinero. Se encontraban con que un reducido número de terratenientes, respaldados por la ayuda financiera, económica y política del gobierno, se había apropiado de casi toda la tierra disponible. Los campesinos se enfrentaban a una difícil elección: o se iban de allí, o luchaban por quedarse y sobrevivir.

Un domingo, el dentista de Altamira, que era también propietario de una finca de ganadería y

amigo del carnicero, propuso a Pernambuco estrenarse en la región. «Puedes confiar en él», le había dicho el carnicero que se entrenaba junto al muchacho dos veces por semana para perfeccionar la puntería. El dentista buscaba a alguien que no pudiesen relacionar con él porque el caso era un poco especial. No quería que el «servicio» fuese llevado a cabo por uno de sus numerosos fiscais, como se llamaba a los matones que trabajaban de guardas en las fincas. Necesitaba alguien de fuera, un auténtico profesional discreto y serio. Pernambuco parecía idóneo.

—Es un trabajo fácil... —le dijo el dentista—. Si te sale bien, te daré más trabajos y te recomendaré a mis amigos... —sacó un papel de su bolsillo. Era una foto algo borrosa de tres hombres con aspecto de campesinos. Uno de ellos era delgado, con pelo rizado y parecía el cabecilla—. Les he echado tres veces de mis tierras, y tres veces han regresado. La última vez les pagué cincuenta mil cruzeiros a cada uno de indemnización; un gesto de buena voluntad para no tener que llegar más lejos. Pero estos *filhos da puta* te llevan siempre al límite. Cogieron el dinero, se fueron y la semana pasada uno de mis hombres me comunicó que habían vuelto...

—Probablemente andan armados —dijo Pernambuco, que empezaba así a negociar sus servicios.

—No siempre. En la mata es probable que sí, pero se pasan el tiempo en Altamira visitando a los curas, contando mentiras sobre mí y alborotando a los *posseiros*^[39]. En la ciudad van limpios; ya les denuncié y la policía les incautó las armas. Además, los cabrones de curas no se lo permitirían...

—Entiendo —dijo Pernambuco, reflexivo—. Hay que hacer el trabajo en la ciudad; es peligroso...

—Si hubiera que hacerlo en la finca, no necesitaría de tus servicios —contestó el dentista aludiendo a sus matones.

—¿Los tres? —preguntó Pernambuco.

El dentista asintió con la cabeza.

—Hay que planificar, prepararlo todo muy bien... Esto no se puede hacer a la ligera.

—Te doy un Winchester nuevo y veinte mil cruzeiros por cabeza...

Hubo un silencio. Pernambuco seguía impasible.

—Deben de tener muchos amigos... —dijo.

—El Winchester y treinta mil —subió la oferta el dentista.

Pernambuco miró la foto.

—Me están empezando a caer mal... —dijo. Luego volvió su mirada hacia el hombre—. ¿Alguna botella de *whisky*? —aunque no le gustaba, el simple hecho de pedir una botella le hacía sentirse a la altura de su interlocutor.

—Está bien —dijo el dentista—. Royal Label. Cuando te contratemos para cepillarte al cura te pagaremos con Chivas —añadió carcajeándose. Pernambuco entendió que había alcanzado el techo de la negociación. Le devolvió la foto.

—Tienen pinta de ladrones estos *filhos da puta*. Y yo odio a los ladrones —dijo según su costumbre.

El dentista sonrió. Sacó un fajo de billetes de su bolsillo:

—Toma, un adelanto. Y no quiero ninguna chapuza.

—*Muito obrigado, senhor* —dijo Pernambuco estrechándole la mano.

Inmediatamente se sintió tonificado como en sus mejores tiempos. En poco más de un año, desde su huida de la *fazenda* Junqueira, había pasado al otro lado de la barrera tras haberse ganado la confianza de los que mandaban. Estaba muy agradecido al dentista por aquella oportunidad, teniendo en cuenta que apenas se conocían. Sabía que sus matones le vigilarían de cerca y le matarían en caso de que el asunto saliera mal, pero aquello formaba parte del código secreto de los pistoleros. Además, estaba dispuesto a sentar ejemplo de lo que tenía que ser un trabajo profesional. Era plenamente consciente de que su carrera dependía de ese primer éxito. Por eso se dedicó a ello con todo su talento y energía.

Primero localizó a los campesinos al salir de la vicaría. Se acordó de aquel misionero italiano que había tomado tantas notas al escuchar su historia y que ahora estaría haciendo lo mismo con aquellos *posseiros*. «Tal vez había un pistolero espiándome a la salida como yo les estoy espiando hoy —pensó—. ¡Cuántas vueltas da la vida!».

Andaban los tres juntos pero no estaba seguro de que no estuvieran armados porque dos de ellos llevaban mochilas. En seguida descartó matarlos en la ciudad. Demasiada gente. El dinero que cobraría le daba para pagar los servicios de un ayudante, pero no tenía nadie de su confianza ni quería repartirlo. Lo mejor era hacerlo en el camino que separaba la Transamazónica de la *fazenda* del dentista donde vivían sus víctimas. Durante un mes estuvo espiándoles, observando sus movimientos, estudiando sus hábitos... cosa que pocos pistoleros hacían. Era tal el clima de impunidad que nadie se preocupaba de borrar rastros o de ser visto. El trabajo bien hecho no era precisamente objeto de devoción entre los matones.

Pero Pernambuco no quería fallar. Los tres campesinos acudían todos los miércoles a la iglesia para asistir a reuniones sindicales o políticas. Eligió ese día para emboscarse en la selva, a la altura del desvío hacia la finca del dentista. Llevaba una escopeta de cañones recortados que le había prestado el carnicero. Allí esperó toda la tarde, luchando contra los mosquitos, hasta que cayó la noche. Sabía que las reuniones nunca se prolongaban más de las seis. Luego había que calcular una hora de camino hasta el cruce. Pero a las siete seguía sin aparecer nadie y Pernambuco se impacientó. Estaba empapado de humedad y sudor. Por fin, a las ocho y media les vio aparecer de una camioneta que siguió su camino por la Transamazónica. Se aproximaron hacia él, caminando por la cuneta. De pronto empezó a llover. Pernambuco pensó que se resguardarían bajo un árbol o bajo algún cobertizo, pero no sucedió así. Los tres campesinos parecían tener prisa por llegar a sus hogares. Se fueron acercando hasta que dos disparos les acribillaron a perdigones. Pernambuco cargó de nuevo el arma, salió de entre la maleza y disparó hasta que los cuerpos cayeron inertes sobre el barro. Remató el trabajo con un tiro de gracia, algo que un viejo pistolero de su tierra le había aconsejado hacer siempre. Era una medida de seguridad para evitar que la víctima hablase y también una medida humanitaria para evitar sufrimientos innecesarios. En total, la matanza no había durado más de veinte segundos.

Pernambuco entró a formar parte del Olimpo de los pistoleros de Altamira. La pulcritud y la precisión de su trabajo le dieron en seguida fama de buen profesional. El dentista le felicitó al pagarle. No sólo le había solucionado el problema, sino que había librado el mundo de tres «ladrones». «Gente como tú es lo que precisamos aquí en Amazonia», le dijo al despedirse. La noticia del asesinato conmocionó los sectores cercanos a la iglesia (abogados laboristas, sindicalistas, etc.), porque se trataba de tres líderes salidos de las comunidades de *posseiros* pero

el resto de la población no se sorprendió. La violencia formaba parte de lo cotidiano y la vida humana valía menos que la de una vaca, y mucho menos que la de un buey de raza *Nelore*^[40], último hallazgo de los terratenientes para conseguir un ganado que se adaptase a las condiciones de la Amazonia.

Los medios de comunicación coincidieron en subrayar la profesionalidad de los ejecutores (pensaban que un trabajo así tenía que haber sido realizado por más de un matón). Nadie dudaba en Altamira sobre la responsabilidad del dentista, pero como era imposible de probar, nada le ocurrió. Había conseguido limpiar aquella parte de su finca de la misma manera que otros habían limpiado la suya en el pasado e igual que otros lo harían en el futuro.

Una semana después del «servicio», Pernambuco estaba despachando en la carnicería cuando vio llegar a tres clientas habituales. Eran mujeres de mediana edad que venían todas las semanas. Pernambuco las había tratado siempre muy bien. Sabía que no tenían mucho dinero por el tipo de carne que compraban, pero le gustaba lo simpáticas y dicharacheras que eran. Más de una vez les había metido en sus paquetes, sin decir nada, un trozo de carne roja para los chiquillos. Ellas se lo agradecían trayéndole alguna fruta o verdura del huerto.

Pero ese día las mujeres no venían a comprar. Vestían de negro, tenían las mejillas hundidas y profundas ojeras.

—*Senhor* Pernambuco... —dijo una de ellas—. Siento mucha vergüenza de tener que hablarle a usted de esto, pero es que no tenemos dónde acudir...

—¿Les ha pasado algo? —preguntó Pernambuco, siempre dispuesto a hacer un favor a alguien necesitado.

—Han matado a nuestros maridos el miércoles pasado —dijo una de las mujeres.

Pernambuco aparentó indiferencia, aunque la noticia le sentó como un puntapié en el estómago.

—La emboscada de la carretera... —suspiró—. No sabía que eran vuestros maridos. Lo siento de verdad... —dijo mientras hendía el cuchillo en una paletilla.

—Sabemos que nada les va a resucitar, pero por lo menos queremos que se vayan de esta vida con dignidad —continuó la señora—. Queremos hacerles un entierro con *caixão* de caoba y lápida de piedra... Es que va a acudir mucha gente... Vienen hasta de Belem.

—Si puedo ayudar en algo... —se ofreció Pernambuco.

—Se lo agradecemos mucho... —dijo una de ellas—. Es poco lo que necesitamos, el vicario nos ha dado la mayor parte, es sólo para completar...

—Pueden contar conmigo.

—¡Dios se lo pague! —añadió la más joven.

Sólo en un lugar tan grande y tan despoblado como la Amazonia podían ocurrir casualidades semejantes, pensó Pernambuco, que se sentía satisfecho de su generosidad. Aquello le costó un riñón pero las mujeres le habían emocionado de verdad y hubiera hecho todo lo posible para aliviar su sufrimiento, aunque no sentía ni pizca de remordimiento por haber convertido a sus maridos en pasto para los gusanos. El trabajo era el trabajo. No sólo completó la suma que la vicaría les había entregado para efectuar el entierro, sino que pidió a la mujer del carnicero que escribiese un poema en memoria de los difuntos para ser leído la mañana del entierro. Lo hizo por sincero deseo de consolar unas almas en pena. Fue otro gesto de magnanimidad de parte de aquel caballero pistolero que se disponía, una vez cobrado el dinero por el «servicio», a reinar de

nuevo sobre los burdeles de Altamira.

Amazonia Occidental. Acre

A los veinticinco años Chico Mendes era la imagen de su padre a la misma edad, cuando cortejaba a la bella Iraçi y ayudaba a los *seringueiros* analfabetos a hacer las cuentas del patrón. No era cojo, pero había heredado su manera de caminar, abriendo mucho los pies, tambaleándose ligeramente y sacando la barriga hacia afuera. También había heredado su sentido del humor y su aversión por el sistema de explotación del caucho.

Con la llegada de la dictadura la atmósfera había cambiado entre los *seringueiros*. Cundía el miedo. Francisco Mendes y su hijo Zuza, hermano menor de Chico, encontraron un cadáver oculto entre la maleza en el seringal donde trabajaban. «Ven, vamos a sacar ese cristiano de aquí», dijo Francisco. El cadáver estaba en tan avanzado estado de descomposición que no pudieron ni sacarlo ni identificarlo y tuvieron que enterrarlo allí mismo. Era uno de los tantos casos de desaparecidos a raíz de la promulgación de una ley de excepción que lanzó su sombra sobre todo el país al eliminar las garantías de los ciudadanos frente a un poder obsesionado por la psicosis anticomunista. Corría el año 1968 y también Brasil estaba siendo sacudido por la oleada de protestas revolucionarias que se vivía en todo el mundo.

Chico no se resignaba al destino que la selva le tenía reservado. Escribía inocentemente cartas al presidente de la república. Mandaba misiva tras misiva, a veces una por semana, en las que describía cómo se les prohibía a los *seringueiros* tener escuelas y cómo su analfabetismo permitía a los patronos robarles todos los meses. Adjuntaba los precios reales de los víveres y los precios que aparecían en el saldo de las cuentas de los *seringueiros*. Pero nunca recibió respuesta. Su primera acción en defensa de los *seringueiros* fue cuando se enfrentó al capataz del seringal Cachoeira. La carretera BR-317 que unía Rio Branco con Xapurí y Brasilia acababa de ser abierta, permitiendo a muchos *seringueiros* vender directamente su caucho sin pasar por el patrón. Esto les dio cierta capacidad de negociación que Chico utilizó hábilmente.

—Las *pélas* están muy limpias, no tienen impurezas de ninguna clase —le dijo al capataz—. ¿Por qué tenemos que pagar el diez por ciento de su valor para tener derecho a usar las estradas? Ningún seringalista se encarga ya de limpiar los senderos... ¿Entonces por qué tenemos que pagar renta?

—Hay que pagar renta porque lo dice el patrón.

—Pues aquí no vamos a pagar nada... —sentenció Chico Mendes.

Y, en efecto, los *seringueiros* de Cachoeira, entre los cuales estaban sus familiares, cesaron de pagar, lo que equivalía a cuestionar la propiedad de los senderos de heveas. Nadie vino a expulsarlos, porque el sistema tradicional estaba en bancarrota. El Banco de Amazonia había

anunciado el cese de la financiación a la producción de caucho y muchos patronos inflaban los precios cada vez más para hacer repercutir en el *seringueiro* la deuda que ellos mismos mantenían con el Banco. Entonces los patronos presionaron al gobierno para que conservase el precio del caucho. En 1967 el gobierno creó un impuesto gravando la importación de caucho de Asia para proteger el precio del caucho amazónico. Esa medida permitió mantener vigente el sistema de explotación, a pesar de que las facilidades financieras y los beneficios menguaban.

En realidad estaba ocurriendo una profunda transformación en toda la región, dictada desde los despachos de Brasilia y São Paulo. Con la construcción de las nuevas carreteras amazónicas, el valor de la tierra pasaba de los árboles al suelo. La producción de látex daba paso a la especulación. Muchos *seringalistas* optaron por vender sus propiedades a los *paulistas* (especuladores y hombres de negocios de São Paulo, aunque era un término genérico para todos los que venían del sur de Brasil) en lugar de mantener vigente el férreo sistema de explotación del caucho.

Otros persistieron con el fraude crónico, privando a los *seringueiros* de los beneficios de la fijación del precio del caucho. Los caucheros continuaron con su actividad, sumidos en la pobreza de siempre. Seguían totalmente ajenos a lo que pasaba en el otro Brasil, el país que quería convertirse en una potencia mundial antes de fin de siglo y que acababa de embarcarse en la «Conquista de la Amazonia». Para ellos el lema oficial de «50 años en 5» no significaba nada. Su realidad cotidiana seguía estando en las cuentas del jefe. Si se cerraba el balance anual endeudado con el patrón, cuando en teoría se tenía que haber ganado una suma por lo menos igual a la del caucho vendido, sólo quedaban dos posibilidades: aguantar o rebelarse. Desde la desaparición de Euclides Távora, aquel militar derrotado que le había dado una visión política del mundo y que murió en el quirófano del hospital de Manaus, el joven Chico no había cesado en su empeño de obtener el apoyo de sus compañeros para organizar una protesta general. Junto a otros amigos de su edad vendían el caucho a los mercaderes ambulantes, que pagaban precios reales y les proporcionaban cierto grado de autonomía. No sólo lo hacían para ganar más dinero, sino porque era, desde los tiempos en que Pedro de Oliveira fue quemado vivo, la única manera de combatir el sistema.

El núcleo de rebeldes estuvo muy activo durante los años 1968 y 1969. Mientras los estudiantes franceses hacían barricadas en la Sorbona y por las calles de Rio de Janeiro y de la flamante capital Brasilia desfilaban manifestaciones de más de cien mil personas, en el seringal Santa Fe, Chico Mendes convenció a un grupo de compañeros para que desobedeciesen a los patronos y para que vendiesen el producto de su trabajo a los regatones (mercaderes ambulantes). En la madrugada, bajo chubascos torrenciales o perdidos entre la niebla, Chico organizaba citas clandestinas entre regatones y *seringueiros* a orillas de los ríos. Tenía confianza en los mercaderes, interesados en mantenerse discretos. No así en los propios *seringueiros*. Y no se equivocaba.

Los mismos que admiraban su elocuencia y su valor corrieron a denunciar sus actividades subversivas. Aquella comunidad de esclavos dispersos en la selva no tenía verdadera conciencia de las razones que les encadenaban a la pobreza y una denuncia siempre les granjeaba una mejor posición, quizá un favor de parte de los capataces. Chico descubrió con amargura cómo el miedo les atenazaba hasta el punto de hacerles perder su dignidad. En tal situación era imposible provocar una revuelta organizada, porque no existía el movimiento inicial. Chico Mendes y los

jóvenes de su edad intentaron provocarlo, pero sin éxito.

A pesar de los chivatazos, la policía no conseguía atraparlos. Los patronos mandaron varias veces a sus encargados a intimidar a las familias. Francisco Mendes fue amenazado de expulsión. Como era difícil probar la existencia de las transacciones nocturnas y Francisco negaba obstinadamente las acusaciones hechas contra su hijo, capataces y policías volvían con las manos vacías.

Un día, Chico se topó con unos pistoleros fuertemente armados y pensó que le había llegado su hora. Quiso echar a correr pero su padre se lo impidió. Era mejor encarar el problema allí mismo antes que perderse en la mata, a merced de los matones del seringalista. Pero esta vez los capataces no venían a por Chico Mendes sino que escoltaban al dueño del seringal, un hombre llamado Gastão Mota, cuya reputación de autoritario no le iba en zaga a la de sus métodos violentos. En su propiedad, un seringal de 20.000 hectáreas llamado Filipinas, Francisco y su hijo Zuza habían encontrado el cadáver del desconocido. Gastão Mota estaba de gira por sus posesiones. Hacía campaña electoral para ARENA, un partido de extrema derecha que apoyaba al régimen militar y se presentaba a las elecciones municipales. Era la primera vez que Chico veía a su patrón de cerca y aquello le produjo cierta inquietud. Quizá se debía a que la imagen de aquel hombre grueso, con cara de bonachón, no se correspondía con lo que se sabía de él. O quizá era el presentimiento de que ese amante del churrasco y los puros acabaría conspirando contra los caucheros.

Gastão Mota reunió a todos los miembros de la *colocação*. Sus esbirros se mantenían detrás de él, armados con fusiles para que nadie olvidase dónde se encontraba el poder. Un crucifijo de oro brillaba sobre un pecho velludo que la camisa abierta dejaba entrever. Empezó hablando de los precios del caucho que no habían cesado de bajar y de la inminente supresión del financiamiento del Banco de Amazonia. Por un momento los *seringueiros* temieron que les anunciaría un fuerte aumento de los precios de los víveres. Pero no fue así. Gastão Mota no venía a darles un mensaje pesimista, sino al contrario. Venía a hablarles del progreso, que estaba a punto de llegar a Acre a través de la carretera BR-364. Acababa de ser inaugurado el tramo que ligaba Porto Velho, capital del Territorio de Rondonia, al resto del país. Pronto el trecho de Porto Velho a Rio Branco, capital del Estado de Acre, estaría terminado. Significaría el final del aislamiento y la entrada del Estado en el mundo moderno. La era de la goma había llegado a su fin. Los tiempos cambiaban. Parafraseando al ministro del Interior, alegó que el buey era el gran pionero de la década que se avecinaba. «Primero el buey; luego el hombre», dijo a los caucheros, que no entendieron de qué hombre se trataba porque ellos llevaban más de cien años viviendo en aquellos bosques.

Acre, dijo el hombre, no repetiría los errores de Rondonia, que se había convertido en un caos de violencia y destrucción a causa del flujo de campesinos y de especuladores que se precipitaban en tropel hacia las tierras vírgenes que se abrían al Oeste. Todo el mundo en Brasil había oído hablar de esos colonos que viajaban apiñados en camiones y autobuses abarrotados recorriendo los miles de kilómetros de esa carretera polvorienta que se convertía en un barrizal intransitable después de cada aguacero. Caravanas de más de veinte kilómetros de vehículos enfangados tenían que esperar semanas para poder seguir viaje. Mujeres embarazadas que salían del sur del país en el séptimo mes de gestación daban a luz en la cuneta de la BR-364 sin comprender por qué no habían llegado todavía a su destino. La gente vivía y se moría en los autocares. Era un viaje

infernial, y sólo la promesa de una vida mejor lo hacía soportable. Al llegar, las familias, ansiosas de disponer de un trozo de tierra, se instalaban en la primera parcela que veían libre, esperando que fuese *terra de voluta* (de dominio público). Más tarde la parcela era reclamada por un propietario ausente o por funcionarios del gobierno que venían a demarcar el terreno. Los conflictos entre familias de campesinos, especuladores y compañías de ganadería habían hecho de Rondonia el paradigma del caos, sólo superado por el Estado de Mato Grosso donde los gobiernos federal y estatal vendieron por su cuenta los mismos lotes de tierra a distintos colonos.

La colonización de Acre sería diferente, les dijo Gastão Mota. El plan de su amigo el gobernador del Estado no contemplaba recibir a miles de familias de pobres campesinos, sino la instalación de grandes compañías, grupos financieros e industriales del Sur con el fin de crear ganaderías. A causa de la proximidad de Acre con el océano Pacífico (menos de 500 km a vuelo de pájaro) la exportación de carne a los mercados de Asia era un objetivo a largo plazo del gobierno, que se había lanzado a una campaña de publicidad en la prensa para atraer inversores. «Un nuevo Canaá, sin las sequías del Nordeste ni las heladas del Paraná», rezaba uno de los eslóganes que el hombre leyó a los perplejos *seringueiros*. Ante los cambios que se avecinaban, les dijo, no había partido en mejores condiciones de defender los derechos de los *seringueiros* que ARENA. Su proximidad al poder facilitaría cualquier reivindicación que quisieran tramitar. Finalmente, les dijo, ARENA y él mismo «tendrían muy en cuenta sus papeletas», lo que equivalía a una promesa de pagar por sus votos.

A continuación habló unos momentos con cada uno de sus empleados, haciendo campaña de la peculiar manera en que se ejercía en los confines de la selva acreana.

—Francisco —dijo al pasarle el brazo por el hombro—, quiero saber si podemos contar contigo en ARENA, si eres uno de los nuestros... Es muy importante que ganemos estas elecciones...

—*Senhor* Mota... —contestó Francisco Mendes—. Francamente no. A un lobo devorador no voy a darle comida para que después me devore.

—¿Cómo que ARENA es un lobo devorador?!

—Es el partido de los patronos, *senhor* Mota, entiéndalo...

Francisco Mendes no pensaba cambiar su intención de votar al MDB (*Movimento Democrático Brasileiro*), un partido de oposición tolerado por el gobierno militar. No soportaba las intimidaciones y no estaba dispuesto a dejarse arrebatar la última parcela de libertad que le quedaba. Pero Mota se lo tomó como una afrenta personal.

Dos días más tarde, un encargado del seringal Filipinas hizo correr la voz de que Chico Mendes era un comunista, un violento dispuesto a llevar a los *seringueiros* al descalabro. Francisco y Chico reconocieron en ese rumor una amenaza directa de Gastão Mota. Como sabían que a partir de entonces Chico podría desaparecer en la selva en cualquier momento, padre e hijo decidieron abandonar el seringal Filipinas. No les fue difícil encontrar trabajo. Uno de los mercaderes ambulantes con quien Chico había trabado amistad le ofreció trabajo como su ayudante. Le llamaban José Azur porque era tan negro que su piel adquiría reflejos azulados. Por su parte, Francisco acudió a un *seringalista* que le apreciaba porque era uno de los pocos hombres con los que podía compartir su pasión: hablar de política. Se llamaba Aristó, tenía fama de ser un *bom patrão* y era realmente un hombre de corazón. Sentía ver a Francisco tan abrumado. «Aristó era legal —diría Zuza Mendes—. Quería realmente ayudar a papá y le consiguió una casa

y un trabajo en una colonia agrícola cerca de Rio Branco».

Pero los males de Francisco poco tenían que ver con las amenazas de Gastão Mota. Desde la muerte de su mujer, la bella Iraçi, había luchado por mantener unida a su familia y ahora de nuevo había que dispersarse. Fue un golpe del cual ya no se recuperaría. A pesar de haber conseguido un trabajo que le permitía vivir con cierta holgura, la vida para el viejo *seringueiro* carecía ya de aliciente. Lo único que un hombre pobre como él había conseguido en su mísera existencia — crear una familia— se venía abajo. Y con ello sus ganas de seguir viviendo.

Todo había empezado dos años antes, en mayo de 1969. Chico estaba en el porche construyendo una cuna para el hermano que estaba a punto de nacer cuando sorprendió a su madre llorando. Iraçi, que a pesar de su edad seguía poseyendo una inusual belleza, le dijo sencillamente que estaba muy cansada y triste porque no podía dejar de recordar a su propia madre, muerta poco tiempo atrás. Chico se lo creyó. Sus hermanos también. Sólo Francisco había observado que su mujer, a punto de dar a luz, no había seguido los ritos habituales en esas circunstancias. No estaba preparando la llegada de un nuevo hijo; ni siquiera había pedido a Francisco que le comprase tela para pañales y ropa de bebé. La cuna había sido una iniciativa de Chico, que necesitaba estar siempre ocupado para no hundirse en la melancolía.

La noche del 16 de julio de 1969, Iraçi empezó a tener dolores tan fuertes que apenas podía respirar. A las cuatro de la mañana llamó a Chico y a Francisco a su vera. Les dijo que desde hacía algún tiempo sabía que no sobreviviría al próximo parto. ¿Por qué no había dicho nada antes?, preguntaba su hijo. Era una pregunta imposible de contestar porque Iraçi se guiaba por una especie de fatalismo, mezcla de presentimiento y de saber ancestral, que le había dado la certeza de lo que iba a ocurrir. Llevaba la muerte en sus entrañas y esperaba el parto como una ejecución. Francisco se quedó junto a ella mientras Chico se preparaba para buscar ayuda y transportarla hasta Xapurí en una hamaca. Antes de salir, su madre le cogió la mano: «A tu regreso, ya no estaré aquí —le dijo—. Prométeme que no abandonarás a tu padre, ni a tus hermanos...». Chico asintió. Abrazó a su madre. Zuza vio a Chico salir del barracón con lágrimas en los ojos.

Cuando regresó con algunos compañeros, su madre estaba muerta. El bebé tampoco sobrevivió al parto.

Un pequeño cortejo de vecinos y amigos se reunió al día siguiente para acompañar el cadáver de Iraçi Mendes y su hijo muerto hasta la última morada. Caminaron por senderos bordeados de grandes heveas de corteza blanca, hasta el cementerio de *seringueiros* del seringal Cachoeira, donde veinticinco años antes había dado a luz a su primogénito Chico. Siguiendo la tradición, el amigo o pariente que en adelante pasase por los alrededores arrancaría una hoja de algún árbol y la depositaría sobre la tumba para honrar así la memoria de una mujer de *seringueiro* muerta de agotamiento a los 42 años de edad.

«Fue un año muy duro. Nunca había visto a mi padre tan afligido —confesaría Zuza años más tarde—. Cuantas más desgracias se abatían sobre él, más se refugiaba en sus recuerdos de infancia, de la vida en el Ceará. Empezó a soñar con regresar a Fortaleza, con volver a ver a sus parientes, con hacer una peregrinación a Canindé. Rezaba cada vez más; hasta le sorprendí un día hablando con los Santos. A medida que mi padre se encerraba en sí mismo, Chico asumía las funciones de jefe de familia. Por nada del mundo hubiera faltado a la promesa que le hizo a

nuestra madre antes de morir. Se convirtió en nuestro segundo padre». Para Chico Mendes la muerte prematura de su madre no era la voluntad de Dios, sino el resultado de un sistema injusto. Sin posibilidad de salir de Acre para estudiar, que es lo que de verdad hubiera querido hacer, sin poder alejarse de su familia dispersa, Chico Mendes sólo tenía una alternativa: permanecer en las profundidades de la selva y encontrar nuevas vías para seguir luchando contra la injusticia que le había tocado vivir.

Alfredo Eustaquio, el nordestino afable que había encontrado la felicidad después de su matrimonio con Neuza, dejó de ser *seringueiro* sin saberlo. Su patrón, el doctor Andrade, no le comunicó la venta del seringal, ni tampoco a los demás. Como la mayoría de los *seringalistas*, el doctor Andrade se había arruinado a causa de la suspensión de los créditos a la producción de caucho. No podía seguir pagando los préstamos. Pero Alfredo no se explicaba cómo su patrón, al que conocía personalmente y que siempre le había tratado bien, no le había dicho nada. Poco tiempo tardaría en entenderlo.

En las comunidades más aisladas seguía existiendo una total dependencia del patrón, la prohibición de cultivar y de criar animales hasta el punto que muchos *seringueiros* olvidaron por completo cómo cuidar un huerto o un cerdo. Con un vocabulario muy limitado, sin contacto con el mundo, aquellas comunidades eran un raro ejemplo de regresión humana y cultural. Un misionero de la diócesis de Rio Branco, el padre Turrini, en su larga relación de su viaje por el interior de Acre, volvió con estadísticas estremecedoras: de cada mil niños nacidos, 838 morían antes de cumplir el primer año; en el río Caeté, calculó que la media de vida de la población era de 20 años. A pesar de los esfuerzos de los misioneros, muchos caucheros permanecieron aislados en las selvas hasta que poco a poco, en los años ochenta, fueron descubiertos, como hallazgos arqueológicos o restos de alguna civilización desaparecida. En realidad eran ambas cosas. Relegados a la oscuridad de la selva, eran los olvidados del mundo.

En otras zonas más próximas a los centros de población, donde vivían los Eustaquio, la crisis del sistema de explotación del caucho les obligó a dedicarse casi por completo a la agricultura. Se hicieron campesinos autosuficientes y el huerto de Alfredo se convirtió en la admiración de sus compañeros. Al vender su patrón el seringal, Alfredo se convirtió de la noche a la mañana en *posseiro* ocupante de una tierra que no sería suya hasta reclamarla jurídicamente^[41]. El *posseiro* (el *squatter*) que permanece en una parcela de tierra que nadie reclama durante un año y un día y hace de ella un uso productivo, gana el derecho de ocupar hasta 100 hectáreas (o 2.800 hectáreas si la tierra no está bajo control del Estado). Esto daba a la mayoría de caucheros derecho a ser propietarios, aunque ninguno lo sabía. El patrón de Alfredo, por si acaso, había preferido no anunciar la venta a sus empleados por miedo a que su comprador paulista se echase atrás. Era importante que pensase que adquiriría una tierra «limpia», vacía de habitantes, sin problemas.

La mayoría de los *seringalistas* sólo tenían derecho a vender su autorización para explotar los heveas, lo que no significaba un título de propiedad. Las escrituras de propiedad de los seringales, algunas viejas de un siglo, no delimitaban el área en función de la superficie, sino del número de heveas, que es lo que realmente tenía valor en tiempos del caucho. Ahora que el valor estaba en la tierra, los compradores, de manera totalmente ilegal, transcribían las autorizaciones

en el Libro 3^[42] como si fuesen títulos de propiedad. Hasta prueba de lo contrario esas tierras les pertenecían. Era un fraude que permitía adueñarse de grandes extensiones. Como el doctor Andrade debía dinero al banco, vendió sus seringales al comprador del Sur contra el pago de las deudas, más una suma ridícula. En realidad hubiera dado igual que sus empleados se hubiesen enterado de la transacción. Pocos *seringueiros* conocían sus derechos. Fuera de algunos expertos de la región amazónica, el resto de Brasil no sabía ni que existían. Y los que conocían su existencia pensaban que era un anacronismo y que debían desaparecer para dejar paso al progreso. Nadie pensaba en ellos como seres humanos, sino como *bichos do mato* (bichos de la selva).

La campaña publicitaria que el gobernador de Acre había desencadenado para atraer inversores tuvo un éxito sin precedentes. La combinación de tierra barata, de seringalistas arruinados, de nuevas carreteras, de subvenciones a la ganadería y de exenciones fiscales a las empresas inversoras había hecho de Acre el paraíso de los especuladores. Numerosas grandes empresas, entre las que se encontraba la compañía de productos cárnicos Bordón (que se instaló cerca de Xapurí), compraron terreno en Acre con intención de producir en él. Pero dominaba la especulación pura y simple: un individuo se comprometía a comprar una finca, pagaba una señal, corría a São Paulo para conseguir compradores para una tierra que todavía no era suya y de la cual no sabía si disponía de escritura de propiedad en regla, y la volvía a vender. En el inicio de la avalancha, la hectárea se vendía a dos cruzeiros, el precio de un kilo de plátanos. Cinco años más tarde, la tierra se había valorizado en un 2.000%.

Entre 1972 y 1976 más de un tercio del Estado, casi cinco millones de hectáreas, pasaron de ser *terra devoluta* (de dominio público) a propiedades privadas. De esa cantidad, únicamente 7.700 hectáreas disponían de escritura de propiedad legal. El resto había sido adquirido a través de la falsificación de títulos, registros irregulares y de lo que se llamaba *esticamiento*, que consistía en la anexión de las áreas vecinas de un seringal. La policía federal descubrió algunos casos de fraude tan atrevidos que sólo se hubieran podido concebir en un lugar como Acre, donde reinaba una impunidad total. El seringal Sobral, cuya área primitiva era de 16.000 hectáreas, fue ampliado a 175.000 hectáreas. Por si fuera poco, la escritura de compraventa había sido firmada por un individuo fallecido un año antes del otorgamiento del documento.

El caso del señor Jons fue de los más conocidos. Compró 3.000 hectáreas cerca de una población llamada Boca do Acre. Luego sobornó al juez para que añadiese dos ceros en el Libro 3, convirtiéndose así en propietario de 300.000 hectáreas. El hecho de que aquello fuese una reserva indígena no le hizo alterar sus planes; volvió al Sur y vendió parcelas de diez y quince hectáreas a pequeños colonos. Les entregó escrituras falsas y cuando los colonos se presentaron en el fondo de la selva, fueron recibidos por indios indignados y luego fueron expulsados por los indigenistas de la FUNAI. Jons jamás fue procesado. Veinte años más tarde seguía viviendo entre Acre y São Paulo.

Para añadirse al caos, también llegaban campesinos que ocupaban tierras aparentemente sin propietario pero que en realidad ya habían sido vendidas a compañías u hombres de negocios del Sur. Estos rara vez venían a Acre a conocer lo que habían adquirido. Confiaban en que los medios de transporte mejorasen; la mayoría esperaba la subida de los precios de la tierra para volverla a vender acto seguido. Los inmigrantes del sur de Brasil, atraídos por el señuelo de nuevas tierras,

se veían implicados en conflictos ajenos mientras intentaban adueñarse de una parcela por el único medio que conocían: quemando la selva para demostrar que «la ponían a trabajar» y poder así reclamar la propiedad y participar de los incentivos y subvenciones gubernamentales. Muy pronto la selva empezó a arder por todas partes. Al principio eran incendios esporádicos, luego fueron masivos. En el cenit de la destrucción los aeropuertos tuvieron que cerrar por falta de visibilidad a causa de la humareda.

* * * *

Alfredo empezó a enterarse de que su seringal había sido vendido cuando su hija Rosa llegó un día diciendo que el sendero estaba cortado. Reunió a sus demás hijos y otros compañeros de la *colocação* y se fueron a abrir el camino. No había sido la caída de un *pau* (una rama o un tronco podrido) la causa del obstáculo. Los troncos fueron colocados intencionadamente. Era extraño, pero no le dieron demasiada importancia. Dos días más tarde, al dirigirse hacia el río con la burra para encontrarse con el regatón, Alfredo se topó de nuevo con el camino cortado. Tuvo que dejar la burra atada a un tronco y seguir a pie hasta la vera del río. Era un impedimento porque solo no podía cargar con todos los víveres que necesitaba. Tendría que volver otro día, y eso era complicado porque el mercader no pasaría de nuevo hasta el verano. Esta vez, el hecho de que el camino hacia el río, el más transitado por los *seringueiros*, hubiera sido cortado le inquietó seriamente.

A las dos semanas recibió la visita de dos individuos que se presentaron como los nuevos dueños. Llevaban pantalones tejanos, botas de montar y sombreros de ala ancha. Con cuidados modales y después de ofrecerle un cigarrillo, los dos individuos le anunciaron que todo el seringal sería deforestado y que sus servicios no serían necesarios en el futuro. Por ahora podía permanecer en la *colocação*, pero tenía que pensar en mudarse a medio plazo.

Alfredo recibió la noticia como un mazazo en la cabeza. Se había acostumbrado a ese lugar que habitaba desde hacía veinte años y que, de alguna manera, consideraba suyo. Había trabajado con sus manos cada centímetro cuadrado de la tierra que rodeaba su barracón. Había enseñado a sus siete hijos y a su mujer los secretos de la horticultura, que recordaba de su vida en el sertón. Diariamente la familia podaba los arbustos, cortaba las hojas podridas de las hortalizas, trasplantaba bulbos, hacía surcos para canalizar las aguas del riachuelo. Su campo era tan fértil que le daba para vender la producción sobrante, lo que les permitía vivir una existencia desahogada. Alfredo, con el tiempo, había realizado todo lo que su amigo Pedro de Oliveira no había podido hacer en sus ansias de llenar su vida solitaria. Era como si uno hubiera cargado con todas las desgracias mientras el otro recogía todas las ventajas. Pero la rueda de la fortuna giraba inexorablemente y ahora se había detenido señalando a Alfredo. Contrariamente a Francisco Mendes, su amigo e iniciador en la labor de cortar seringa, Alfredo había tenido la suerte de dar con un patrón indulgente y nunca había tenido que mudarse de seringal. No había chocado jamás con el doctor Andrade ni con sus encargados, que reconocían en él un trabajador competente y un empleado dócil. Había producido siempre lo suficiente y, aunque nunca había cuestionado las

cuentas del patrón porque no sabía leer ni contar, tampoco le habían faltado nunca mercancías.

Al marcharse los nuevos dueños, su primera reacción fue de incredulidad. Inconscientemente rechazaba la idea de tener que abandonar su hogar. Entendía que la tierra no era suya y no lo había sido nunca. Pero algo en lo más profundo de su ser le hacía rebelarse contra la evidencia. No era posible que se cometiese tal atropello contra él y su familia. No era posible que en un abrir y cerrar de ojos los Eustaquio se quedasen sin nada, ni siquiera un techo para resguardarse de las lluvias. Con lo grande que era la selva, ¿por qué tenían que echarle de su pequeño calvero? ¿Es que tenían intención de arrasarla toda? Sin saber donde acudir se puso a rezar. Pidió a San Sebastián protección contra la adversidad, como se la había dado hasta ahora. Prometió a San Francisco de Canindé rezar un rosario todas las noches y hacer una peregrinación si lograba mantenerse allí.

No era el único que pasaba por ese trance. Por los seringales sólo se hablaba de la invasión de los paulistas y los seringueiros no conseguían entender por qué tanta saña en expulsarles. Se sentían parte integrante de aquellas selvas, orgullosos de su historia. Al fin y al cabo, los caucheros de Acre habían luchado y muerto por ellas, arrebátándolas a Bolivia a principios de siglo, gesta heroica cuya memoria seguía latente en su adormecida conciencia.

* * * *

Los *seringueiros* brasileños habían sido los primeros pobladores de Acre porque allí se encontraba la mayor cantidad de heveas y de la mejor calidad. El problema es que pertenecía a Bolivia. Los caucheros estaban obligados a pagar impuestos y derechos de aduana a las autoridades del vecino país y algunos se rebelaron contra lo que llamaban «la dominación boliviana». Curiosamente, el primer líder de la «revolución acreana» fue un periodista gaditano llamado Luis Gálvez. Animado por el gobernador de Manaus, el aventurero español, al frente de un grupo de *seringueiros*, emprendió viaje hacia la frontera de Bolivia donde fundó el Estado Independiente de Acre, también conocido como la República de los Poetas. El 14 de julio de 1899, ciento diez años después de la toma de la Bastilla, Gálvez mandó telegramas al mundo entero proclamando la fundación de su república sobre los principios de la Revolución francesa. La capital era Xapurí. Gálvez, «español de nacimiento, cosmopolita por naturaleza, aventurero por acción» como le definió el historiador Leandro Tocantins, fue proclamado Presidente. Durante su breve gobierno, el Emperador del Amazonas, como le llamaron algunos, firmó decretos, nombró ministros, sufrió golpes de Estado y esbozó el plano urbanístico de ciudades que apenas existían.

Pero la riqueza de Acre no podía dejarse en manos de un español que había llegado a la Amazonia huyendo de una frustrada historia de amor. A raíz de un golpe de Estado, Gálvez fue reemplazado por un *seringalista* y expulsado del territorio. No se había enriquecido en su mandato, pero alcanzó buena fama. El barco en que regresaba fue literalmente asediado en Manaus por una multitud ávida de conocer a ese Quijote de las selvas que, enfermo, y sin dinero, partía hacia el exilio para siempre. Dejaba tras de sí el recuerdo de un hombre honrado, comprometido

con los más altos ideales de justicia social. Hasta el gobierno que le sucedió hizo pública su admiración por la eficaz administración y por la claridad de las cuentas que había dejado al marcharse. La acción de Gálvez preparó el terreno para el verdadero héroe de la «revolución acreana», un *gaucho* (brasileño del Sur) llamado Plácido de Castro, que había llegado a Acre para hacer fortuna como seringalista. Castro no era un poeta: era un guerrero que había participado en varias acciones militares. Consiguió reunir un ejército de *seringueiros* que se mostró muy eficaz en la guerrilla. Al cabo de unos meses los bolivianos se batieron en retirada. A los *seringueiros* se les prometieron escrituras de propiedad de parcelas de tierra, pero fue una promesa que nunca se cumplió, a pesar de que los veteranos nunca perdieron la esperanza. Quince millones de hectáreas de territorio boliviano —Acre—, la tierra más rica del mundo en caucho, pasaron a pertenecer a Brasil, lo que constituyó un hondo motivo de orgullo para los caucheros que habían luchado por ella. A cambio, Brasil se comprometió a construir una línea de ferrocarril para dar a Bolivia una salida al mar. La famosa línea Madeira-Mamoré (en alusión a los ríos que atravesaba) se convertiría en una titánica empresa, cobrándose un número ingente de víctimas a causa de la fiebre amarilla, el beriberi, la polio y, sobre todo, la malaria. Quince mil obreros tuvieron que ser contratados en el curso de un año para mantener una fuerza de trabajo de mil. En total, entre cuatro y seis mil murieron durante la construcción y el coste resultó superior a la más cara línea de ferrocarril jamás construida, la Transandina en Perú. De poco le sirvió a Bolivia el tren de la selva: su puesta en funcionamiento coincidió con la primera caída de los precios del caucho. La empresa concesionaria se arruinó, y aunque el tren continuó su servicio durante sesenta años, ya no transportaba nada que hubiera aportado riqueza a la zona.

En 1972, un siglo después del inicio del *boom* del caucho, la línea de ferrocarril Madeira-Mamoré fue definitivamente cerrada. La carretera BR-364 había sido inaugurada un año antes y ya no tenía sentido mantener aquel ferrocarril deficitario y anticuado. Con la apertura de Acre a la colonización, muchos *seringueiros* pensaron que venían tiempos mejores, que saldrían del olvido, que la sociedad brasileña saldaría su deuda con ellos, o por lo menos la reconocería y, por tanto, les ayudaría a adaptarse a los nuevos tiempos. Pero no fue así. Si el caos de la ocupación de Rondonia parecía haber provocado una violencia desconocida hasta entonces, Acre se preparaba para superar las previsiones más pesimistas.

* * * *

Alfredo y el resto de la familia llegaron a olvidarse de la visita de los dueños. Sólo las noticias que llegaban a través de visitantes o amigos que venían a pasar el domingo les devolvían a la realidad de lo que estaba pasando en la selva circundante. Una semana era: «Alfredo... ¿te enteraste de que han quemado el huerto de Raimundo?». Otra: «Han amenazado a Antonio para que se marche en una semana...». Alfredo Eustaquio prefería pensar que estaba bajo la protección de los santos y seguía rezando su rosario. Siempre le había ido bien y no había razón para que ahora las cosas cambiaran tan drásticamente. En el fondo estaba actuando como un enfermo desahuciado que se niega a aceptar la gravedad de su estado.

Tenía planes ambiciosos para sus hijos mayores. Su primogénita Rosa, que tenía ahora quince años y cuya belleza la había convertido en la atracción de la zona, aprendía a leer y a escribir. Los fines de semana acudía con otros hijos de *seringueiros* a una *colocação* vecina donde el hijo de un amigo de su padre impartía clases a los niños. En un claro en medio del bosque Chico Mendes les enseñaba el alfabeto como un día se lo había enseñado su maestro Euclides Távora. Les enseñaba a leer, a escribir y sobre todo a contar para que un día pudiesen discutir las cuentas del patrón. Una de sus alumnas era una niña de siete años, cabello negro y sonrisa resplandeciente. Se llamaba Ilzamar y era hija de un *seringueiro* amigo suyo. Diez años después se casaría con ella.

Alfredo había enseñado a sus demás hijos a trabajar la tierra con la intención de que un día se decidiesen a afincarse por su cuenta como colonos. Para un *seringueiro* sujeto a las reglas del patrón, el que sus hijos pudiesen ser independientes y dueños de su propio destino suponía una mejoría notable. Además, la tierra era siempre la tierra y se podía vivir de lo que uno producía. En cambio, el caucho estaba sujeto a las fluctuaciones del mercado.

Todos estos sueños y planes de futuro llegaron a un abrupto final el día en que los encargados volvieron al seringal. Siempre con exquisitos modales, convocaron a Alfredo al despacho del dueño en la casa del antiguo seringalista. Alfredo había acudido allí una vez para pedir al doctor Andrade un adelanto para hacer frente a una epidemia de fiebres tifoideas. Andrade le había adelantado la suma necesaria para las medicinas.

Diez años más tarde volvía al mismo barracón pero con el corazón encogido, porque temía que la visita no resultase tan bien como la vez anterior. Todos aquellos *jagunços*^[43] apostados a la entrada de la casa y en los caminos no presagiaban nada bueno. El dueño, mejor dicho su representante (porque el verdadero dueño, según supo Alfredo, se encontraba en São Paulo), estaba sentado en su despacho en la veranda. Un hombre de traje y con un bigote fino se encontraba a su lado; era el abogado. Ninguno de los dos se preocupaba por disimular los bultos de sus armas que sobresalían de sus costados. Pese a todo ese ambiente de violencia subrepticia, Alfredo fue recibido con una cordialidad que le despistó. La mezcla de intimidación y simpatía era infalible para obtener cualquier concesión de parte de los *seringueiros*. Los propietarios sabían que eran demasiado ingenuos e inocentes, que estaban demasiado embrutecidos por el miedo y el aislamiento como para ofrecer algún tipo de resistencia tenaz.

Por un momento, Alfredo pensó que le propondrían trabajo, que le regalarían un burro o le darían algún tipo de recompensa. Casi acertó. Le ofrecieron abandonar su *colocação* a cambio de 15.000 cruzeiros, lo que al cambio equivalía a 150 dólares (unas 15.000 pesetas de 1992). Alfredo nunca había visto esa cantidad de dinero junta, y le impresionó. Sabía que carecía de la noción del dinero por encima de las cuentas más elementales y, aunque le hubiera gustado aceptar porque detestaba decir que no, se contuvo. Cuando el abogado le entregó unos documentos por los que el *seringueiro* se comprometía a renunciar a cualquier reclamación sobre su *colocação* Alfredo Eustaquio, a pesar de su candor, se negó a firmar. El mismo sentimiento le surgía cada vez que se enfrentaba con la posibilidad de desprenderse de su tierra. Era algo irracional que no podía dominar. Era más fuerte que el miedo. Sabía que estaba corriendo uno de los mayores riesgos de su vida al negarse a dibujar una cruz sobre aquellas hojas de papel. Pero ni siquiera pensó en ello. Aquellos cruzeiros serían mucho dinero, pero su *colocação* era toda su vida. En un segundo cruzaron por su mente los recuerdos de todas las privaciones que había tenido que pasar para llegar hasta allí: el hambre en el sertón, el hambre en las calles de Manaus, el hambre durante

la Batalla del Caucho cuando los víveres escaseaban. Sabía demasiado sobre la pobreza como para no adivinar que al final de esos 15.000 cruzeiros le esperarían más privaciones aún. Hambre, malaria, miseria. Había podido romper ese círculo al conseguir la *colocação* de Andrade. Allí había hecho siempre lo que los patronos le habían exigido. Más aún: había convertido su pedazo de selva en un vergel que beneficiaba a toda la comunidad. Si no le quedaba otro remedio que enfrentarse a los patronos, estaba dispuesto a hacerlo, a pesar de ser algo inconciliable con su naturaleza pacífica.

Los dos hombres intentaron razonar con Alfredo, le enseñaron un montón de documentos firmados por los demás *seringueiros* que poblaban la región y que habían aceptado el trato, le contaron que pronto no existiría la selva y que en su lugar vivirían y crecerían inmensos rebaños de bueyes. «El día en que lleguemos con las excavadoras hasta el límite de tu *colocação*, no vengas llorando a pedir los quince mil cruzeiros. Será demasiado tarde», le dijeron, irritados por aquel hombrecillo que se aferraba a su pedazo de selva como una garrapata a la piel de un perro. Alfredo se limitó a contestar que primero lo consultaría con su familia. Los hombres, por supuesto, no le creyeron. Estaban acostumbrados a los que abandonaban el barracón con un suspiro de alivio por haber salido vivos y con dinero de la entrevista con el patrón. Pero tenían ahora ante sus barbas a uno que ponía pegos. Era el colmo. Siguió un rato aplicándole el método de la zanahoria y el palo y le ofrecieron hasta un canje de tierras. Alfredo se limitó a comportarse lo más correcto posible para salir con vida de aquel lugar. Dejó abiertas las opciones del canje de tierras, así como la oferta de dinero, porque un *seringueiro* no podía negarse tajantemente a las peticiones del patrón, pero en el fondo estaba ganando tiempo para salir de allí. El miedo le hacía sentir los latidos de su corazón, que parecían decirle: «No, no, no», cada vez que sus interlocutores volvían al tema de la *colocação*.

Al final, los dos hombres le dieron un plazo de cuatro semanas para aceptar cualquiera de las ofertas. Añadieron que de ahora en adelante le estaría prohibido seguir plantando en su huerto. Le amenazaron con destruir sus plantaciones si persistía. Le explicaron que un pobre *seringueiro* no sería obstáculo para los planes de la *fazenda*. En el lenguaje de la Amazonia, aquello equivalía a una amenaza directa contra su vida si persistía en su actitud negativa.

* * * *

«¡No firméis nada! —decía Chico a los *seringueiros* que se arremolinaban alrededor suyo—. No cedáis vuestro derecho de *posse* por quince mil cruzeiros con los que no vais a poder comprar ni una choza en Rio Branco. Esta tierra es vuestra. Es una cuestión de vida o muerte para vosotros... ¡Para todos nosotros! En cuanto la transformáis en dinero, perdéis vuestra posibilidad de sobrevivir. ¡La tierra es la vida!».

Chico se desesperaba. La agresividad de los nuevos compradores había provocado un auténtico éxodo de *seringueiros* atemorizados hacia los suburbios de Rio Branco. Otros huían a Bolivia, donde eran víctimas de los abusos de los *seringalistas* locales que se aprovechaban de su situación de ilegalidad. Los que desafiaban las órdenes de los nuevos dueños o los que no

habían aceptado sus ofertas, como Alfredo Eustaquio, vivían en el terror de ser aniquilados en cualquier momento.

Los caucheros estaban perplejos ante aquella inesperada invasión que lo estaba destruyendo todo. Los lados de la BR-317 que ligaba Rio Branco a Xapurí se estaban convirtiendo en un paisaje apocalíptico: troncos de árboles negros se alzaban como muñones en una superficie que parecía haber sido bombardeada. En sus ansias por convertir la selva en pasto, los paulistas no habían dudado en emplear napalm. Era la manera más rápida de deforestar y, aunque la tierra sería inutilizable durante los próximos años, eso les permitía cobrar antes las subvenciones y talar por la vía tradicional otra parcela de su propiedad. El suelo, sin manta de vegetación que lo protegiera de las lluvias, se inundaba y en sus charcos nauseabundos flotaban animales muertos, ramajes calcinados y todo tipo de detritus. Se desprendía un olor fétido, mezcla de humo, humedad y muerte. Las aguas estancadas se convertían en caldo de cultivo para el Anopheles, mosquito transmisor de la malaria. El aumento de los casos de paludismo fue uno de los primeros signos del «progreso» que se suponía iba a llegar a Acre.

Chico Mendes y sus compañeros poco podían hacer para resistir la invasión. Solos y sin ayuda exterior, lo que estaba aconteciendo con los *seringueiros* de Acre se parecía más a un genocidio que a una reconversión económica. La única esperanza había que buscarla donde siempre la habían buscado los pobres de la Amazonia: en la Iglesia. Pero también sus miembros estaban perplejos y con dudas sobre el camino a seguir. Los Padres Paulino y Pacífico abogaban por que los *seringueiros* se mantuviesen en sus tierras. Otros como el Padre Carneiro, antaño tan militante, se había colocado del lado de los nuevos propietarios. Nada varió hasta la llegada de un hombre que se convertiría en símbolo de justicia y en el cual todos los desposeídos de Acre depositarían sus esperanzas.

Aparentemente no había persona menos indicada para el cargo que aquel brasileño que en São Paulo se había desempeñado como Superior Provincial de la orden de los Siervos de María. Alto, ligeramente encorvado, de ojos verdes y tez clara, tenía sonrisa de niño y mirada que inspiraba bondad. Vestía pantalones de algodón, camisa de manga corta y zapatos de tela, y no llevaba más equipaje que una maleta pequeña para celebrar la misión más importante de su vida: Moacyr Grechi acababa de ser nombrado obispo de la diócesis de Acre y Purús, un territorio de 106 millones de kilómetros cuadrados, mayor que Portugal. Venía a tomar posesión de la parroquia de Rio Branco, paso previo a su promoción como obispo.

Había nacido el 19 de enero de 1936 en el seno de una familia descendiente de italianos asentada en el sur de Brasil desde principios de siglo. Habían convertido la ciudad de Turvo, rodeada de tierras ricas y fértiles, en la capital sudamericana de la agricultura mecanizada. Su padre era un comerciante próspero y uno de sus hermanos había heredado de sus tíos el mayor supermercado de la ciudad, mientras que el otro trabajaba en el banco. La familia era también propietaria de la emisora de radio local, así como de la compañía de autocares, y gozaba de gran prestigio entre la población desde los tiempos en que el abuelo donase un terreno para erigir la iglesia.

El mayor de tres hermanos, Moacyr, nunca quiso dedicar su vida a perpetuar la prosperidad familiar. Desde la más tierna infancia había sentido una fuerte vocación religiosa, y jamás a querido hacer algo distinto en la vida. Sentía una profunda necesidad de ser útil a los demás, quizá porque desde niño había escuchado las historias de los misioneros que iban y venían a Turvo, sede de la Congregación de los Siervos de María. Uno de ellos le causaría una fuerte impresión: el padre José Carneiro de Lima, que regresaba de las lejanas selvas de Acre cada vez que enfermaba de malaria. Traía fotos de la selva impenetrable, de los caucheros y los indios que la poblaban. Ningún niño de la ciudad escapaba a la fascinación que suscitaban esas historias de tierras vírgenes, de animales salvajes y epopeyas sobrehumanas. En aquellos días Moacyr empezó a soñar con ser un misionero como el venerado padre Carneiro. Todo el mundo en la ciudad sabía que el padre Carneiro había sido expulsado del territorio por haber apoyado las reivindicaciones de un grupo de seringueiros. Algunos no dudaban en tratarlo de comunista. Moacyr lo consideraba un héroe y siempre que podía hacía de monaguillo en sus misas.

Aunque asistió a la escuela pública porque su padre era profundamente anticlerical, en 1949, cuando acabó los estudios primarios, pidió entrar en el seminario. El padre hubiera preferido que trabajase en alguna de las empresas de la familia, o que estudiase la carrera militar, pero el pequeño Moacyr, con la ayuda de su madre, consiguió ingresar en el Colegio de Santa Catalina que pertenecía a la orden de los Siervos de María, una orden italiana fundada en el siglo XIII

cuando siete aristócratas renegaron de sus fortunas para dedicarse a los pobres. A los 13 años el pequeño Moacyr entraba a formar parte del mundo de la congregación que siempre había sentido como suyo porque toda la ciudad estaba impregnada de su presencia. El estudio profundo del Evangelio le confirmó su voluntad de compartir la suerte de los desheredados. Pero en 1961, cuando terminó el seminario, sufrió una gran decepción al no poder iniciar su vida de misionero. Los problemas de salud que arrastraba desde la infancia —padecía asma— hicieron que sus superiores reconsiderasen la idea de mandarle a una de las misiones amazónicas de la orden y, en lugar de mandarle a Acre, remoto y subdesarrollado, lo hicieron a São Paulo, la ciudad más moderna de Brasil, su capital industrial. Millones de italianos se habían asentado allí a finales del siglo XIX. Millones de japoneses lo habían hecho a lo largo del siglo XX. Millones de brasileños del Nordeste seguían hinchando sus arrabales gigantescos. La población había pasado de 1 millón en 1940 a 5,2 millones en 1970 y terminaría siendo la mayor ciudad del continente sudamericano a finales de los años ochenta, con más de 10 millones de habitantes^[44]. En aquella época se estaban instalando las compañías multinacionales, creando una jungla de asfalto con rascacielos que rivalizaban, si no en belleza, por lo menos en altura con los de Nueva York.

Para ayudar a esa población rural a sobrevivir en el caos urbano, un religioso de la orden de los Siervos de María, el padre Domingos Barbé, que acabaría teniendo una influencia decisiva sobre el joven Moacyr, había emprendido la titánica tarea de organizar las Comunidades Eclesiales de Base (CEB)^[45]. A la manera de los primeros cristianos que ponían todo en común, las CEB se reunían periódicamente para leer el Evangelio y asumir conjuntamente las luchas esenciales para la supervivencia o la simple mejora de las condiciones de vida: la lucha para conseguir agua potable, para el dispensario, para el alcantarillado, la lucha para oponerse a la violencia policial del régimen militar. Todas las generaciones estaban representadas en esos grupos donde existía un mínimo de estructura comunitaria: una caja común, un programa anual y mensual, asambleas generales regulares, varias reuniones semanales... Las tareas religiosas (sacramentos, celebraciones) eran asumidas por laicos, encargados también de las llamadas tareas de promoción humana. La práctica acababa por revelar cuáles eran los dones de cada cual. La lectura del Evangelio, en grupo, hacía las veces de auténtico psicodrama. Hombres y mujeres muy humildes, con tendencia a subestimarse, se reconocían en el aduanero, en el enfermo, en el ladrón crucificado con Jesucristo, en la mujer adúltera, y esto les devolvía la esperanza porque comprendían que los pobres de las Escrituras eran gente como ellos. De las CEB, pilar de lo que vino a llamarse la Teología de la Liberación, surgieron millares de líderes populares que veían en la Iglesia la única organización con autoridad suficiente para hacerse escuchar en los entresijos del poder. Don Moacyr terminaría su formación religiosa en la época en que la Iglesia de Brasil se convertía en el único espacio que tenían los pobres para expresarse.

Este brusco cambio del papel de la Iglesia, tradicionalmente aliada a los grupos de poder, había sido promovido por un grupo de católicos que quisieron frenar la pérdida de influencia, constante desde el final de la segunda guerra mundial, hasta el punto de que peligraba su existencia como institución poderosa. De alguna manera había perdido contacto con el pueblo, que encontraba en los grupos políticos de izquierda y en las sectas protestantes una respuesta más adecuada a su inmediata necesidad de salvación.

A la cuestión de ¿cómo seguir siendo cristiano en un mundo capaz de engendrar tales

horrores?, originada después de la segunda guerra mundial, los religiosos de América Latina dieron su respuesta: «Ser cristiano significa luchar por un mundo mejor». Heridos y escandalizados por el sufrimiento y la injusticia, los teólogos se volvían hacia El que había asumido el sufrimiento y El que se había comprometido a aliviar el de los demás. A mediados del siglo XX teólogos latinoamericanos como Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff lanzaron la idea de que la Iglesia debía romper su tradicional vínculo con la clase dirigente y adoptar un papel más progresivo en la sociedad, acercándose al de la Iglesia primitiva. Sólo así podría recuperar su voz ante el pueblo. Se recordó públicamente que los Apóstoles no habían sido más que modestos pescadores de Galilea y que Jesucristo quiso vivir en la pobreza.

Esos esfuerzos de los religiosos latinoamericanos, que corrían el riesgo de ser víctimas de la represión por sus ideas (como Helder Cámara, arzobispo de Recife, importante figura pionera que se alzó contra las acciones del Gobierno)^[46], obtuvieron un fuerte respaldo en 1962 durante el Concilio Vaticano II. Pero fueron sobre todo los ciento treinta obispos reunidos en Medellín (Colombia) en 1968 quienes cambiaron la historia de la Iglesia latinoamericana. Alentados por la presencia del Papa Pablo VI, que había denunciado en su encíclica *Populorum progressio* la concentración de riqueza en manos de algunos privilegiados a expensas de la gran masa de sus conciudadanos, obispos de todo el continente asumieron una «opción preferente hacia el pobre» a la vez que se comprometían a hacer los esfuerzos necesarios para fomentar la educación como medio de llegar a una verdadera liberación del individuo. Se retomaba así la tradición de religiosos como el alemán padre Fritz que, en el siglo XVI, caminó por toda la Amazona para socorrer a los indios y protegerlos de los abusos de los colonizadores, pagando con la cárcel su devoción. O el dominico fray Bartolomé de las Casas, la personalidad más relevante e influyente en la defensa de la causa de los indios, que denunció ante el Rey los horrores de la Conquista y escribió que Jesucristo no había venido al mundo a morir por el oro.

* * * *

Al acompañar al padre Barbé los fines de semana por los alrededores de São Paulo, el joven Moacyr pudo ver de cerca la otra cara de la industrialización: la escasez y la desesperanza. Pero en vez de convertir su indignación en militancia («¡Era tanta la necesidad y tan escasos los medios para aliviarla!», diría), se refugió cada vez más en la oración, uniéndose a las plegarias de los ocupantes de aquellas chabolas. «Era mi manera de compartir el sufrimiento de los favelados, que yo asimilaba al de Jesucristo crucificado». Justo cuando acariciaba la idea de ingresar en un monasterio, la congregación, no pudiendo permitirse el lujo de prescindir de uno de sus más valiosos elementos^[47], le nombró Superior Provincial con sede en São Paulo. Moacyr pensaba que era una responsabilidad demasiado grande, pero tuvo que aceptar el cargo. La buena marcha de los asuntos internos de la congregación recaía ahora sobre sus espaldas.

Como Superior Provincial comenzó a viajar a Acre con frecuencia. La Congregación de los Siervos de María gozaba de mucho prestigio y respeto entre la población. Su presencia en Brasil se remontaba a 1920; llegó para acompañar a los inmigrantes italianos que venían a la Amazonia.

Las primeras pistas de aterrizaje, las primeras carreteras, las primeras enfermerías, la primera y única leprosería^[48] fueron construidas por la Orden, única fuerza civilizadora en aquel territorio, muy por delante del gobierno. En tiempos en que no había carreteras ni taxis aéreos, el DC-3 de la Iglesia surcaba los cielos para el transporte de urgencia. El roce de la Congregación con los poderes públicos fue una constante en la historia de Acre y presagiaba lo que en décadas sucesivas se convertiría en abierto enfrentamiento. En la época en que Moacyr Grechi era Superior Provincial, Don Giocondo, obispo de Acre, había sido amenazado varias veces por defender a los *seringueiros*. Crítico con los especuladores paulistas, aquel hombre querido por el pueblo murió a los 43 años en un accidente aéreo. Los *seringueiros* pensaron que su obispo había sufrido un atentado, pero nunca pudieron probarlo.

Moacyr Grechi estaba en São Paulo cuando oyó por primera vez el rumor de que pensaban en él como sucesor de Don Giocondo. No le pareció creíble. Era demasiado joven y, sobre todo, nunca había mostrado interés en ello. Pero el rumor siguió circulando. Cada vez que se encontraba con alguien que venía de Turvo o de Roma, se lo confirmaban. Abrumado por su trabajo de Superior de la Orden, sólo pensaba en retirarse. La posibilidad de enfrentarse a una responsabilidad aún mayor no hacía más que sumirle en la angustia: «... No me sentía llamado para ese tipo de ministerio. Yo tenía vocación de fraile, no de obispo —contaría años más tarde—. Me sentía llamado para la vida de monasterio, exclusivamente para eso». Pero ni sus superiores en la Orden ni la jerarquía en Roma pensaban como él.

Se tomó unos días de reflexión para meditar sobre el asunto. Sabía lo que estaba ocurriendo en Acre y él no se consideraba un combatiente de primera línea. ¿Por qué yo?, preguntaba sin cesar. Su trabajo como Superior Provincial, tan eficaz, había convencido a la dirección que podría asumir el obispado. Su carácter bonachón le había granjeado el aprecio de los padres y hermanas de la congregación. Eran ellos los que le reclamaban como obispo. Saber de antemano que los misioneros le aceptarían y que el ambiente sería bueno era un argumento de peso que allanaba muchas de las dificultades a enfrentar. ¿Tenía de verdad derecho a rechazarlos?

Moacyr consultó con su amigo Domingos Barbé: «Le consideraba un santo, un hombre que no iba a mentirme». El Padre Barbé le aconsejó aceptar: «Pensó que era importante que yo aceptase porque sabía que tenía sensibilidad hacia los pobres y porque eso podía ayudar a la andadura de la Iglesia». Aquel aval le dio confianza en sí mismo, la suficiente como para que el peso de su angustia disminuyese. Pero en el fondo, todavía acariciaba la esperanza de que nombraran a otro.

Durante un viaje a Roma, recibió una carta secreta pidiendo que se presentase al Cardenal de la congregación.

Moacyr intentó un último argumento para evitar ser nombrado obispo. Confesó al cardenal que se sentía demasiado joven para asumir una responsabilidad de tal calibre: «El cardenal me contestó que Jesucristo había terminado su misión a los 33 años. Yo tenía 36».

Moacyr regresó a Turvo, su ciudad natal, para terminar los preparativos de la nueva instalación. Las modernas plantaciones de arroz, alubias y café, las carreteras en perfecto estado y hasta la propia ciudad, limpia y bien urbanizada, le recordaron la inmensidad de Brasil. Esa región estaba desarrollada y el clima era suave. El Norte y el extremo Oeste eran salvajes, atrasados, húmedos y caniculares. Resultaba extraño pensar que Santa Catarina y Acre pertenecían al mismo país. Eran dos mundos en una misma nación. Y a él le tocaría encontrarse en medio, atraído por direcciones opuestas.

El día de su partida a Acre recibió la visita de su primo, diez años más joven, que acababa de terminar el seminario. Juntos, recordaron un incidente ocurrido unos años antes y que había estrechado sus lazos de afecto. Una noche, Moacyr regresaba a su casa caminando cuando oyó los gritos de un niño detrás del muro de un corral. Era su primo; se había caído del tejado mientras jugaba y nadie le oía llorar. Tenía una fractura en la muñeca y llevaba varias horas gimiendo. Moacyr lo cogió en brazos y lo llevó a la clínica. A partir de entonces el niño le mostró una gratitud y una admiración sin límite. Habiendo sentido una temprana vocación religiosa, siguió los pasos de su primo. Como Moacyr, también él quiso hacerse misionero. Al igual que su primo, había hecho el seminario en el colegio de Santa Catarina y se disponía ahora a estudiar teología en Rio de Janeiro. Su nombre tenía resonancias bíblicas que cuadraban muy bien con su vocación: Gilson Pescador. Algunos años más tarde, ambos parientes se encontrarían en Acre y se verían arrastrados por la fuerza de los acontecimientos. Se convertirían en los actores de un drama que no podrían evitar y que trastornaría profundamente sus vidas.

* * * *

Cuando ya parecía que Chico Mendes podía ocuparse de su propia vida porque el sistema de los seringales se estaba derrumbando, permitiendo a muchos caucheros independizarse del dominio de sus patronos, la invasión de los paulistas y su encarnizada persecución de *seringueiros* le obligó a dedicarse de nuevo a la misión que parecía tener asignada: sacar a su comunidad de la situación de injusticia en que se encontraba sumida. No era tarea fácil para un hombre prácticamente solo que soñaba con salir de la selva y estudiar, tal y como algunos de sus compañeros habían hecho.

El vínculo que le unía con su comunidad era el eje en torno al cual giraba su vida. Siempre había sido así y seguiría siéndolo en el futuro. Esa dedicación en cuerpo y alma a su causa le absorbía demasiado como para permitirle tener una vida privada estable. Su primer matrimonio con Maria Eunice Feitosa, hija de unos campesinos que vivían cerca de Xapurí, se resintió de ello. Su mujer no entendía cómo Chico prefería perder el tiempo todos los fines de semana en la selva en lugar de permanecer junto a ella y su hijita Ángela. Ni las historias de *seringueiros* expulsados la conmovían ni los intentos de resistir las expulsiones le interesaban. Hubiera preferido mil veces que su marido estuviese motivado por la voluntad de prosperar que por la de defender a los demás. Por más que Chico le explicaba que estaba comprometido con una lucha que pronto daría sus frutos, que para un *seringueiro* como él era la única manera de acceder a una vida mejor, Eunice no le escuchaba. Estaba harta de esperar en la *colocação* el regreso de un marido que desaparecía durante días, a veces sin avisar. Si todavía hubiera regresado con dinero, lo entendería. Pero Chico regresaba con el estómago tan vacío como sus bolsillos, cansado de caminar por la selva tratando de organizar a sus compañeros. Según su hermano Zuza, Chico se dio cuenta en seguida que nunca podría darle la vida que ella deseaba. Eunice, por su parte, llegó a la conclusión de que su marido era un soñador empedernido que jamás conseguiría nada. Por lo tanto dejó de ocuparse de él. Un año después de la boda, Chico le anunció que sería mejor

separarse. Como ninguno de los dos disponía de medios para criar a su hija, la dejaron en casa de una tía en Xapurí. Todos los fines de semana Chico iría a visitarla, le dejaría dinero y pasaría unas horas con ella.

Poco tiempo después de la separación, Chico recibió la noticia de que toda su familia había enfermado de malaria, hasta los hermanos más pequeños, que tuvieron que ser ingresados en un hospital. Francisco, su padre, descuidando su salud, continuó trabajando. Consiguió bajar la fiebre, pero poco tiempo después empezó a faltarle el aire, y su respiración se convirtió en un estertor continuo. Chico le llevó al hospital de Rio Branco. La capital del Estado de Acre reflejaba las profundas transformaciones que estaban ocurriendo en todo el Estado. La ciudad estaba invadida de *seringueiros* que se hacinaban en chabolas a lo largo del río. Chico se quedó sorprendido por la amplitud del éxodo. Había numerosos edificios en construcción y un ambiente caótico que contrastaba con la apacible apatía que en el pasado había caracterizado a la ciudad. En el hospital, después de esperar horas antes de ser atendidos, el diagnóstico fue fatal. La vieja maquinaria de Francisco Mendes no tenía arreglo. Chico decidió llevárselo al pequeño hospital de Xapurí donde estaría rodeado del afecto de todos los que le conocían.

Chico se sentó un momento sobre un tronco húmedo para reponerse de un golpe que no esperaba tan pronto. Tenía 28 años y sus mejores recuerdos provenían de su padre. En el fondo esperaba que el viejo duraría un poco más, justo lo necesario para llegar hasta él y cogerle mano. Pero el viejo Francisco no había podido esperar. Tendría prisa de reunirse con su mujer, a la que tanto había querido. Siempre decía que la encontraría en el cielo porque «todos los pobres van al cielo», según el Evangelio en el cual creía a pie juntillas.

Chico Mendes se quedó solo, sin padres, sin mujer, sin futuro. Solo en medio de una tierra que ardía como el infierno. En aquel momento hubiera querido estar donde sus padres para ahorrarse los sufrimientos de la vida de sacrificio y de lucha que le esperaba. Pero era demasiado joven para abandonar. La lucha apenas comenzaba. Al recordar las historias de santos y de mártires que su padre le contaba de pequeño, sintió con más intensidad que nunca que su sitio estaba allí mismo, junto a los *seringueiros* perseguidos. Junto a los que le necesitaban.

Mientras el avión perdía altitud, Moacyr Grechi pudo comprobar cómo, desde su última visita, la selva alrededor de Rio Branco había sido talada, así como los bordes de las carreteras de acceso a la ciudad. El Padre Pacífico, adscrito a la parroquia de Rio Branco, le recibió en el aeropuerto y le condujo a la prelatura. Era un día de enero de 1972. Dieron una vuelta por la ciudad, pasando primero por la parte baja, donde se encontraba el mercado junto al río. Pasaron por la plaza Plácido de Castro donde se encontraba el hotel Chui, el más solicitado por los compradores y hombres de negocios del Sur. En el bar del Chui se daba cita al atardecer la sociedad de Rio Branco. Terratenientes, pistoleros, científicos de paso, trabajadores de entidades de ayuda humanitaria se miraban de reojo mientras bebían un vaso de cerveza «Antártica».

Luego enfilaron una estrecha bocacalle donde le señalaron el Tribunal de Justicia y la Corte Suprema del Estado, un pequeño y destartado edificio cuya ubicación reflejaba fielmente el papel de esas instituciones en la sociedad amazónica. Los demás edificios también simbolizaban el reparto del poder en la región. Dominando la ciudad, la imponente catedral de Nossa Senhora de Nazaré, grande y luminosa, inspirada en la iglesia Santa Sabina de Roma. No muy lejos se yergue el Palacio del Gobierno, un edificio blanco de principios de siglo, con columnas griegas que dan a una plaza bordeada de árboles tropicales y que rivaliza en tamaño con la catedral. Entre los dos, estratégicamente situada, se encuentra la prelatura, un caserón blanco de dos pisos, rodeado de un pequeño jardín. Allí se instaló Don Moacyr, como empezaron a llamarle, e inmediatamente se hizo cargo de la parroquia.

Los padres Pacífico y Paulino, buenos conocedores de la selva, fueron los primeros en relatarle lo que estaba sucediendo en el interior del territorio. Don Moacyr escuchaba con cierto escepticismo: «Era bastante insensible a los problemas sociales, aunque yo, en aquel momento, creía lo contrario. Me era más fácil dar una limosna que plantearme las causas reales de la pobreza y cómo extirparla. Me faltaba la visión de la injusticia. Es algo que aprendí aquí. El pueblo tenía confianza en mí, quizá a causa de la tradición de los obispos precedentes, y pedían que se hiciese algo, pero yo no quería tomar partido, no quería comprometerme».

Cierto día, un grupo de gente llamó a su puerta para decirle que tenían amigos y parientes encerrados en el seringal Iracema, propiedad de un tal Vilela; que estaban siendo amenazados de muerte y que sufrían malos tratos. «Sólo les creía a medias —contaría el religioso—. Mantenía un prejuicio fuertemente anclado contra los nordestinos. Mantenía la idea, por desgracia demasiado extendida en Brasil, de que el nordestino es vago y no le gusta trabajar. Pero ante la insistencia de las esposas, de los religiosos y las religiosas que me rogaron intervenir, accedí».

Don Moacyr habló con el Secretario de Seguridad (equivalente al jefe de policía), quien le

sugirió desplazarse hasta la propiedad de Vilela para comprobar lo que estaba ocurriendo. El secretario compartía la misma opinión sobre los nordestinos: «... Unos vagos que sólo piensan en quejarse». Aquella invitación hecha de manera tan natural tranquilizó a Moacyr Grechi. Esperó un tiempo; luego insistió de nuevo, una vez, dos veces hasta que el secretario le anunció que podía hacer la visita prometida.

La primera sorpresa de Don Moacyr fue enterarse de que efectuarían el viaje en el barco del patrón. La segunda fue que el doctor Vilela les esperaba a la llegada a su finca. «Me llamó Eminencia, que es el tratamiento que se da a los cardenales y yo todavía no había sido designado obispo. Ofreció café, galletas, nos paseó a caballo por sus tierras antes de llevarnos a su casa. Allí vi unos peones jugar al fútbol. Me acerqué a ellos: “¿Sois vosotros quienes me habéis hecho llamar?”. “No”, contestaron. “Pensaba que estabais aquí como prisioneros”, le dije a uno de los peones, que se limitó a alzar los hombros antes de dar una patada al balón. Me di la vuelta hacia el Secretario, que me susurró: “Ve usted... ¡No les gusta trabajar!”.

»En la *fazenda* se estaba asando un jabalí para la cena. El doctor Vilela me aseguró que sus empleados no carecían de nada, y me dijo que lo comprobara por mí mismo: “Usted es pastor, es bueno que conozca su rebaño a fondo —me dijo—. Vaya a darse una vuelta y pregunte”. Es lo que hice, pero no inmediatamente, sino que esperé al anochecer. Fui hacia donde moraban las familias. A mitad de camino oí a alguien llamarme entre los árboles. Me acerqué. Había una treintena de hombres agazapados y asustados. Me contaron que lo del partido de fútbol no había sido más que una farsa. Me contaron que los encerraban, me mostraron señales de haber sido torturados, enormes cicatrices en la espalda y en los muslos. Eran verdaderos esclavos. Estábamos en 1971».

Moacyr Grechi llamó al Secretario de Seguridad y obligó a los peones a contarle todo de nuevo. Nunca supo si el funcionario estaba en connivencia con el doctor Vilela o si de verdad estaba indignado por haber sido engañado por el fazendeiro. El asunto salió en la prensa local y la *fazenda* de Vilela fue «liberada».

«Estaba ante una elección clara: o asumía la causa de los pobres o negaba mi misión y mi propia fe —confesaría más tarde—. Durante mis paseos por los barrios más miserables de Rio Branco empecé a percibir cosas que nunca había visto. Un día, bajando por un barranco lleno de chabolas y de barro, vi una choza rodeada de flores en medio de un cuadro de miseria deprimente. Que aquellos pobres cultivasen flores cuando no tenían ni para comer me emocionó».

Un año después de su llegada a Rio Branco, tuvo lugar en la catedral de Nossa Senhora de Nazaré una misa solemne de ordenación episcopal. Tres obispos leyeron la bula oficial del Papa, posaron sus manos sobre los hombros de Moacyr Grechi para transmitirle el poder apostólico y le entregaron la mitra, símbolo de que la Iglesia le consideraría de ahora en adelante un sucesor de los apóstoles. En el mundo antiguo, recordaron en su sermón, el respeto por la transmisión de la palabra de Dios era tal que sólo el obispo podía predicar al pueblo cristiano. Aquella tremenda responsabilidad le tocaba ahora asumir a monseñor Grechi frente al pueblo oprimido de Acre.

* * * *

Un número cada vez mayor de gente llamaba a la puerta de la prelatura. Ya no se trataba de denunciar injusticias, sino de madres de familia que venían a pedir un poco de arroz o de frijoles porque sus hijos pasaban hambre. Luego fueron llegando campesinos y sobre todo *seringueiros* harapientos, desgredados hambrientos, la mirada hueca y la piel en los huesos. Venían a mendigar un trabajo, un poco de comida, un lugar donde alojarse. Don Moacyr no sabía cómo frenar el éxodo que en tres años haría pasar la ciudad de 31.000 habitantes a 150.000. Coincidió con los padres Pacífico y Paulino en que había que ayudar a los *seringueiros* a quedarse en sus tierras. ¿No les otorgaba la ley brasileña el derecho de *posse* (de propiedad)? Entonces, los tres religiosos tuvieron una idea tan sencilla como brillante: editar un librito explicativo de los derechos fundamentales de los *seringueiros*. Lo titularon *Catecismo de la Tierra* y se convirtió en una auténtica arma de paz a disposición de todos los que estaban amenazados de expulsión.

Ese librito, que explicaba claramente cinco cuestiones sobre el derecho de propiedad, fue recibido como el maná por todos los caucheros y los que vivían ligados a su suerte. No sólo disponían de una mínima orientación sobre sus derechos, sino que se sentían apoyados por la Iglesia, lo que constituía un importante aval moral. Hasta los analfabetos como Alfredo Eustaquio fijaron el librito en las paredes de sus chozas y lo mostraban a los propietarios o a sus representantes diciendo que no saldrían de allí porque la ley les protegía.

Otra medida de Monseñor Grechi fue pedir a la dirección de la Orden más misioneros para organizar comunidades eclesiales en la selva, base del trabajo de evangelización. Pedir curas era siempre problemático a causa de la escasez de vocaciones frente a la inmensa necesidad que se daba en todo Brasil, pero aun así pudo hacer venir a su amigo Ottavio Destro, viceprovincial de São Paulo. Poco después llegaría un italiano de unos treinta años llamado Claudio Avelline. Los dos curas se lanzaron por los caminos de la selva, navegaron por sus ríos para conocer los problemas de cerca. Llegaron a lugares donde hacía más de diez años que no pasaba nadie. Se encontraron con *seringueiros* cautivos, cuyo nivel mental era tan bajo que rozaba la subnormalidad. Descubrieron que la zona más conflictiva de Acre era los alrededores de Xapurí, lugar preferido por los nuevos propietarios. Allí se encontraron con un joven *seringueiro* que se dedicaba a alfabetizar a los hijos de sus colegas y que estaba intentando organizar algún tipo de resistencia. Chico Mendes, junto a un reducido grupo de caucheros había empezado un movimiento contra las expulsiones. Algunas de las tierras abandonadas eran ocupadas por una comunidad que, poco a poco, atraía a otras familias para ocupar el resto. Cuando la policía llegaba para desalojar la finca, la comunidad se reagrupaba y ocupaba otra parcela. Esta estrategia había dado cierto resultado precario, porque eran acciones aisladas. Faltaba algo más para sentar los cimientos de la lucha.

Cuando Chico vio por primera vez la silueta menuda y delgada del Padre Claudio Avelline que, a la manera de los profetas de la antigüedad, tenía una barba larga y vestía con sotana blanca, sintió que algo estaba a punto de cambiar en las selvas de Acre. El italiano Claudio Avelline era el prototipo del intelectual europeo. Había estudiado música en el conservatorio de Roma hasta que comprendió que la música no le llenaba. Sentía la necesidad de entregar su vida a los pobres, en particular a los que estuviesen comprometidos con alguna lucha de liberación. Se hizo misionero. Con su gran capacidad oratoria, impresionaba a los fieles diciéndoles que todo lo que estaban viviendo lo había vivido también Jesucristo. Y era capaz de demostrarlo con la Biblia en

la mano. Les decía que Jesús sabía cómo hacen las cuentas los patronos con sus empleados^[49], cómo éstos pueden ser azotados^[50], cómo los parados pasan el tiempo sentados en la plaza esperando ser contratados^[51], cómo Jesucristo también fue presa de tentaciones^[52], cómo conoció el hambre, el cansancio, el calor y el frío, la vida sin seguridad, las lágrimas, la tristeza y el miedo^[53]. Aunque nunca hubiera perdido la fe, Chico Mendes se había apartado de la religión después de su relación con Euclides Távora. La iniciación al marxismo le había aportado la mayoría de las respuestas que explicaban el destino de los *seringueiros*. Una pequeña minoría oprimía una gran mayoría y la economía del mundo se basaba sobre ese principio de opresión. Pero he aquí que, en el corazón de la selva, un cura le reconfortaba hablándole de un personaje que había sacrificado su vida en favor de la comunidad a la cual pertenecía. «Seguir a Jesús —había dicho el padre Claudio— es estar dispuesto a asumir su causa, estar dispuesto a soportar las persecuciones que se derivan de ello, estar dispuesto a soportar la difamación y la desmoralización». Chico Mendes no podía permanecer insensible ante esas palabras. Había en ellas algo familiar, un cierto paralelismo entre aquellas vidas lejanas en el tiempo pero tan cercanas en la esencia.

El Padre Ottavio Destro, de São Paulo, era más práctico, más activo y menos dado a las discusiones teóricas. Hijo de colonos, era una persona fuerte y muy agradable. Había sido viceprovincial de la orden y le unía una gran amistad con Don Moacyr. «Destro aceptaba la andadura de la Iglesia con entusiasmo —contaría Don Moacyr—. Tenía una gran capacidad de organización y una aún mayor capacidad de soportar la hostilidad. Para no ofender a nadie, cargaba con todo».

Claudio y Destro mudaron en poco tiempo la fisonomía de la parroquia. Se iban diez, quince, veinte días por la selva para constituir una red de grupos. «Subíamos por el río Xapurí —recuerda Destro—. Hacía seis o siete años que no subía nadie por allí. Dios mío, ¡en qué soledad más grande vivía esa gente! Yo pensaba: ¿y si caen enfermos, qué pasa con ellos? Estaba impresionado. Yo iba de paso, pero ¿y los que se quedaban allí?».

Nada más llegar, convocaban una reunión y después planteaban la idea del grupo, que era generalmente bien recibida. Luego preguntaban quién podría permanecer como encargado para leer el Evangelio y comentarlo. Así surgía, de manera totalmente natural, el líder de la comunidad. Los religiosos le entregaban un material muy simple: el Catecismo de la Tierra, una Biblia y un boletín de la Iglesia sobre la manera de organizar las reuniones. Al año regresaban. En ese intervalo organizaban reuniones de los líderes en Rio Branco para informarles sobre las distintas maneras de mantener las comunidades vivas y animadas. Las Hermanas Carmen y Neuce, también de Turvo, les acompañaban a veces. La Hermana Carmen se esforzaba en enseñar a las familias a plantar yuca, a criar una cabra, un cerdo o lo que fuese con tal de que permaneciesen en sus tierras.

A pesar de la oposición de Carneiro, Claudio y Destro crearon noventa comunidades en los alrededores de Xapurí. La enseñanza central era que el orden social existente —pocos ricos y muchos pobres— no era voluntad de Dios y que, actuando juntos, los pobres podrían cambiar el sistema mediante la reforma agraria y la justicia.

* * * *

Un año después de que Monseñor Grechi fuese investido obispo, llegaba a Acre la última pieza necesaria para engendrar un movimiento popular. Después de un viaje agotador en autocar desde Brasilia, un hombre de 35 años llamado João Maia, alto y con ojos azules, de pelo negro y bigote aliñado, con la sonrisa siempre en los labios, desembarcó en la estación de autobuses de Rio Branco. Era brasileño; había sido seminarista en Canadá y en Washington y venía con la misión de fundar sindicatos en las ciudades de Acre. Era delegado de campo de la CONTAG (Confederación de Trabajadores de la Agricultura), una organización nacida en 1968 para levantar sindicatos rurales o fortalecer los ya existentes, siempre dentro de una vía institucional permitida por el régimen militar: «Había que atenerse a la ley existente para que se aplicasen los aspectos sociales —diría João Maia—. Era la única posibilidad de avanzar».

Maia se instaló en Rio Branco en un pequeño edificio amarillo cerca del centro: «Escogí Acre porque era una zona donde nunca había existido un trabajo de sindicación. La situación con que me encontré era terrible. Al eliminar la selva, se destruían las fuentes de recursos de los seringueiros».

«El que de verdad nos ofreció apoyo fue Don Moacyr. Nos facilitó locales de la iglesia, salas parroquiales, a veces la propia iglesia para hacer las reuniones, dio todo el apoyo moral que pudo y, sobre todo, puso a nuestra disposición la estructura de las comunidades de base para que pudiésemos divulgar la idea del sindicato», contaría Maia.

En comunidades donde quería darse a conocer, el obispo anunciaba la visita del sindicalista, diciendo a los caucheros que su objetivo era bueno y que la CONTAG era de confianza. Reclutar gente resultaba difícil; la mayoría de los caucheros tenían miedo. La idea de que el patrón era el patrón era inamovible. Y el patrón siempre tenía la policía y el gobierno de su parte. «Era preciso encontrar líderes que no tuvieran miedo de hablar. Existe la teoría de que un líder no se hace. Hay que descubrirlo y perfeccionarlo. Pero la única manera de conseguir un líder era conviviendo lo más posible con las comunidades. Los grupos eligen a sus representantes. En el fondo, la gente conoce las cualidades de cada cual».

Durante tres meses João Maia caminó por los *seringais* y las pequeñas explotaciones agrícolas llevando en su mochila lo mínimo imprescindible. Siempre ofrecía el mismo discurso, poniendo especial énfasis en los puntos referentes al derecho de propiedad y de indemnización. «¡No paguéis renta! —les decía—. ¡Como *posseiros* vosotros sois los legítimos dueños de la tierra! Si pagáis renta por las *estradas*, estáis reconociendo que la tierra es de otro». Chico no podía dejar de pensar en Euclides Távora, que había predicho que llegarían los sindicatos, que serían «amarillos» al principio, es decir no independientes y manejados y controlados por el gobierno, pero que aun así era mejor unirse a ellos para fomentar sus ideas y fortalecer el movimiento. Chico entendió que ésa era su misión y nunca más se apartaría de ella. Abandonó Xapurí para mudarse al kilómetro 35, a un seringal junto a la carretera a Bolivia, cerca de la pequeña ciudad fronteriza de Brasileia^[54]. Trabajando allí, podía acudir a las clases de formación sindical impartidas por João Maia, que había notado en Mendes cualidades únicas, como el hecho de saber leer y escribir, tener conocimientos teóricos y un especial talento para comunicarse con

los demás.

En esas clases, que fueron el núcleo de un amplio movimiento que se difundiría por toda la región, Chico conoció a un *seringueiro* que se convertiría en su gran amigo, aparte de compañero de lucha. Era un gigante de 1,95, delgado y huesudo, endurecido por las privaciones, impresionante en sus convicciones, una persona sensata y moderada con una excelente disposición para el diálogo. Su nombre era Wilson Pinheiro. Originario del Estado de Piauí, de pequeño había emigrado al Alto Amazonas donde se había hecho cauchero. En 1970 lideró una protesta en el seringal donde trabajaba, pero en aquella zona sin carreteras ni planes de desarrollo inmediatos como los de Acre, cualquier intento de rebelión era fácilmente ahogado. Wilson fue expulsado. Con su mujer Teresa y sus ocho hijos emprendió viaje a pie hasta Brasileia, donde había oído decir que se podían comprar *colocações* de seringa. El viaje fue una odisea que duró dos meses, con su mujer embarazada y cargando los más pequeños a cuestas por los senderos de la selva. Se instaló cerca de la ciudad, y cuando escuchó que un delegado de la CONTAG iba a dar una charla en la iglesia, acudió puntualmente. Allí estaban João Maia y Chico Mendes, que apenas medía 1,60 m. Pronto las siluetas del alto y el bajo se hicieron populares en las calles de Brasileia y en las selvas de los alrededores. Juntos galvanizaron a los *seringueiros* de la región, instruyéndoles en que ellos eran los responsables de su propia miseria. «Algunos no querían oír esto, y seguían confiando en los patronos —declaró Wilson en una ocasión—, pero al final se volvían hacia nosotros, cuando los patronos les abandonaban del todo».

* * * *

El primer sindicato se creó en la ciudad de Sena Madureira a principios de 1975. El 21 de diciembre de ese mismo año, se fundó otro en Rio Branco en una ceremonia que tuvo lugar en la catedral, abarrotada de *seringueiros* y rodeada por el ejército. «Por la mañana había estado con el Gobernador, que me dijo que el acreano no estaba preparado para el sindicato —recuerda Don Moacyr—. Yo pensé que si el Gobernador decía eso, es que lo contrario sería verdad. Por la tarde, durante la ceremonia, estaba a mi lado, elogiándolo todo».

Pero sería en la pequeña ciudad de Brasileia donde fermentaría la rebelión. A finales de 1975, Maia convocó una asamblea para fundar el sindicato local. El anunció recorrió los senderos de la selva pidiendo a los *seringueiros* que el 12 de diciembre acudiesen a la ciudad. Maia, Wilson Pinheiro y Chico Mendes no esperaban a mucha gente: era la estación de las lluvias y la selva se había convertido en un barrizal intransitable. Pero empezaron a llegar por decenas, luego a cientos y al final más de un millar de *seringueiros* empapados y cubiertos de barro se apiñaron en la iglesia. Venían a pedir justicia, a protestar contra un plan de desarrollo que les ignoraba por completo, que les arrancaba de cuajo de sus tierras como si fuesen simples árboles de la selva. La hora de decir basta había llegado. En la iglesia abarrotada y en la explanada se encontraban reunidos los herederos de Plácido de Castro y de todos aquellos *seringueiros* que en su día tuvieron fuerzas para luchar y para vencer. Entonces tenían armas que los *seringalistas* les habían entregado; ahora sólo les quedaban las facas de seringa para enfrentarse a las excavadoras.

Discutieron mucho, hablando todos al mismo tiempo, hasta que João Maia puso fin al barullo. Anunció que se pasaría a la votación para elegir la junta del nuevo Sindicato de Trabajadores Rurales de Brasileia. Wilson Pinheiro fue elegido presidente. Chico Mendes fue elegido secretario general. «Aquella noche ocurrió algo fantástico —contaría un *seringueiro*—: por primera vez nos dimos cuenta de que todos juntos éramos muchos. Ningún terrateniente se hubiera atrevido a acercarse a aquella concentración de caucheros... ¡Que los esclavos de la selva premeditasen hacer algo por su propia iniciativa era algo nunca visto! Era la señal de que algo estaba cambiando». Y es que a partir de entonces los *seringueiros* estaban dispuestos a demostrar que no eran una especie más dispuesta a dejarse extinguir.

El 9 de mayo de 1976 ocurrió lo que se convertiría en la modalidad de lucha de los *seringueiros*. Wilson Pinheiro y Chico Mendes estaban en la sede del sindicato, cuando un *seringueiro* llamado Emiliano y dos más, llegaron desesperados. La *colocação* donde vivían en el seringal Carmen había sido amenazada de destrucción por el nuevo patrón, un paulista conocido como Coronel Chicao. Era todo un personaje, un trabajador infatigable que nunca dormía más de tres horas por noche. Fue el pionero del ganado *Nelore* en Acre, una raza de cebúes importada de la India y mejor adaptada a las particularidades del clima amazónico. Formaba parte de la cúpula de los terratenientes más ricos, el puñado de hombres que no dudaba en emplear las tácticas más violentas para ampliar sus propiedades y extender su control a toda la región. Las fiestas que organizaba para celebrar sus ventas de ganado (a veces más de dos mil cabezas en un solo día) eran legendarias. Invitaba de doscientas a trescientas personas, muchas de las cuales llegaban en aviones particulares; algunas de esas fiestas duraban cinco días y en una de ellas se asaron hasta dieciocho bueyes. Solía pedir a sus invitados solteros que viniesen acompañados de dos o tres *gatas*, generalmente chicas de 15 o 16 años. A las jóvenes que seducía les permitía quedarse diez días o dos semanas en la *fazenda*, y después las enviaba a casa con regalos y un sobre. Su *fazenda* era tan grande que su vecino más próximo, la finca de la compañía Bordón, estaba a noventa kilómetros de distancia.

Aquella mañana Emiliano se había despertado con el ruido de unos peones que marcaban árboles de su calvero para empezar a talar. Cuando les pidió una explicación, le dijeron que el Coronel Chicao tenía la intención de convertir esa tierra en pastizal. Inmediatamente el *seringueiro* acudió con dos de sus vecinos al sindicato, pero Wilson y Chico poco podían hacer. «Si empiezan ya a cortar los árboles, vais a perder los derechos sobre la tierra», les dijeron. Era improbable que un *seringueiro* sin escritura de propiedad ganase un pleito contra un terrateniente que, al talar, estaría demostrando que su tierra estaba siendo preparada para uso «productivo», según la ley brasileña. Pero Wilson y Chico Mendes estaban hartos de tanta impotencia, de tanta frustración. Tenían que hacer algo dentro de la legalidad pero que al mismo tiempo fuese lo suficientemente rápido como para impedir la expulsión de Emiliano y los demás ocupantes del seringal Carmen. Entonces se les ocurrió invadir la zona pacíficamente. Para un terrateniente era fácil echar a tres o cuatro familias, pero no a una multitud. Los pistoleros no se atreverían a disparar. Aquella idea era la prolongación lógica de las escasas victorias anteriores. Pero Wilson, como todos, sabía que la vida humana en Acre valía menos que la de un cebú.

—¿Y si degenera en una matanza? —preguntó.

—No se atreverán —contestó Emiliano.

—No, si logramos movilizar a muchos —añadió Chico.

Wilson dudó un instante. Evocó imágenes de la reunión de seringueiros delante de la iglesia de Brasileia, recordó aquel sentimiento de invencibilidad que emanaba de esa multitud apiñada.

—Creo que ha llegado el momento de movilizar a los compañeros —dijo.

Salieron de la sede del sindicato y, de camino hacia Carmen, llamaron a las puertas de cuantas casas pudieron. «Compañero, ven con nosotros al seringal Carmen». La mayoría reaccionó con entusiasmo. Saltaban de sus hamacas y cogían la escopeta de caza o un azadón. Los que tenían miedo utilizaban cualquier pretexto para no acudir: decían que habían oído que algunos pistoleros tenían armas ligeras automáticas que podían disparar hasta cincuenta balas. Algunos se encontraban de repente enfermos, y hasta los había que desaparecían como por encanto. Pero el rumor de que acontecería algo en el seringal Carmen había cundido en la inmensa selva, y hombres embrutecidos por una eternidad de humillaciones se unieron al cortejo cada vez más numeroso que se disponía a proteger el bosque de la rapacidad de los terratenientes. Emiliano recorrió todas las *colocações* del seringal: «Compañero, despierta. Si pierdes esta tierra, tendrás que mudarte a la ciudad, y entonces sí que nada será tuyo».

Antes del amanecer habían reunido un número apreciable de seguidores. Cuando los pistoleros, sentados sobre el capó de sus Toyotas, con los sombreros, las botas de cuero y los revólveres en la cintura vieron llegar aquel grupo de gente, cogieron los fusiles y abrieron una caja de municiones.

—No estamos aquí para crear problemas —fue la primera frase de Wilson Pinheiro—. Estamos aquí para asegurar la supervivencia de nuestros compañeros que sangran los árboles.

Los *seringueiros* no las tenían todas consigo; estaban más acostumbrados a apuntar sus armas contra jabalíes salvajes que contra seres humanos. Se cogieron de la mano para formar una cadena humana y se plantaron frente a los peones, armados de motosierras y de hoces: «Venga, muchachos, cortadnos en trocitos... —decían los caucheros—. Porque si queréis seguir talando tendréis que usar vuestras sierras contra nosotros...».

—¿Dónde está el *gato*? —preguntó Chico, refiriéndose al que contrata a los matones.

Uno de los peones señaló una choza al otro extremo del calvero. Se acercaron hasta allí y, mientras rodearon la choza, Emiliano se dirigió al *gato*:

—Tonhão, sal de ahí. Estás rodeado y estamos todos armados —gritó.

Tonhão, un capataz corpulento, salió de la choza. Nunca había visto nada igual: la revolución. Al ver a sus hombres rodeados de *seringueiros*, optó juiciosamente por no oponer resistencia. Ordenó a los peones recoger las motosierras y sus herramientas y abandonar el lugar.

En ese momento se escucharon los cánticos de una multitud que avanzaba hacia el lugar de la concentración. Era el padre Claudio, que llegaba de Xapurí acompañado de un grupo de *seringueiros*, entre los que se encontraban Zuza, el hermano de Chico, que había recibido el aviso de acudir con el mayor número posible de gente. «Estábamos muy preocupados porque no sabíamos con qué nos íbamos a encontrar a la llegada —recordaría Zuza—. Pero para nuestra sorpresa nos tropezamos con peones que conversaban e intercambiaban cigarrillos con los *seringueiros*».

Una nueva forma de resistencia pacífica había nacido ese día. Insistiendo sobre el hecho de que no se trataba de ganar o de perder, sino simplemente de hacer valer los derechos de los caucheros desposeídos, Chico y Wilson encontraron una palabra para nombrar esas acciones colectivas. Las llamaron *empates*, y durante la estación seca de todos los años venideros grupos

de hombres, más tarde acompañados de mujeres y niños, se plantarían delante de pistoleros armados hasta los dientes para impedir la destrucción de la selva. «La gente —decía Chico Mendes— llegó a la conclusión de que la lucha debía hacerse por ese camino».

Después de celebrar la victoria, los *seringueiros* de Carmen empezaron a preocuparse por una posible venganza del Coronel Chicao. Durante ocho días acamparon en la selva, a orillas de los senderos que llegaban hasta el seringal. Pero los únicos en llegar fueron unos funcionarios del Gobierno deseosos de hallar un compromiso entre ambas facciones. El Coronel Chicao tenía aparentemente un *título quente* (título caliente), es decir una escritura de propiedad con cierta validez. Las escrituras descaradamente fraudulentas eran consideradas *títulos fríos*.

A pesar de la efímera victoria de Carmen, los resultados, después de una maratónica sesión entre el capataz de la finca y los funcionarios del Gobierno, dejaron mucho que desear. Cuarenta familias perdieron sus calveros, cuya superficie tenía una media de 270 hectáreas. A cambio les dieron parcelas de 28 hectáreas parcialmente taladas. Esas familias, que habían pasado su vida a la sombra de la selva, se veían forzadas ahora a adaptarse a una actividad que desconocían, cultivando la tierra bajo el tórrido sol tropical. La *colocação* de Emiliano tampoco se salvó. Un año después del *empate*, fue transformada en pastizal.

Pero el *empate* del seringal Carmen tuvo el efecto de desconcertar a los terratenientes, a la policía y hasta al ejército, que vio en ello un intento de detener la tala por parte de una «banda de subversivos». Aunque algunos creyeron en una *vendetta* personal y no le dieron mayor importancia, hubo otros que se preocuparon seriamente por esa primera acción colectiva. Aparte de descubrir que la selva estaba habitada, la sorpresa radicaba en que lo estaba por un número nada despreciable de *seringueiros*. Y si se obstinaban en impedir el progreso, los paulistas estaban decididos a imponerlo. A toda costa.

Entre los recién llegados a Xapurí a principios de los años setenta hubo un personaje llamado Sebastião Alves da Silva. Se decía Pastor de una Iglesia que él mismo había fundado: la Iglesia del Recuerdo del Cristo Jesús. Según él, se había visto obligado a fundar su propia Iglesia porque no había encontrado ninguna confesión cristiana que creyera en la reencarnación, algo de lo que Sebastião estaba firmemente convencido. A sus 68 años se disponía a rehacer su vida en las remotas tierras de Acre. Acababa de pasar cuatro años en una cárcel del sur del país: «Entre rejas tuve la oportunidad de pensar mucho —confesaría años más tarde—. Me di cuenta de que estaba viviendo en adulterio con mi mujer porque ella estaba casada en primeras nupcias, y la idea de ofender a Dios me turbaba profundamente». Nunca confesó que encontraba a su mujer demasiado mayor. Lo primero que hizo a la salida de la cárcel fue repudiarla y casarse con la hija que ella había tenido de su primer marido. Llegado a Xapurí con su flamante esposa, se instalaron en los alrededores de la ciudad. Colocó dos altavoces en su jardín y de la mañana a la noche se dedicó a predicar las virtudes divinas. Algunos le tenían por una persona respetable; otros por un iluminado. «Yo no me reencarnaré más porque he sobrepasado ese estado. Me convertiré en una entidad totalmente espiritual», repetía a los escasos fieles que le miraban pasmados.

Para Sebastião no sólo existía la vida espiritual. En 1972, un año después de su llegada a Acre, compró con sus ahorros una parte del seringal Perseverança con acceso directo a la carretera BR-317 que unía Xapurí con Rio Branco. No era grande, pero sí un buen principio. Sebastião había tardado más de sesenta años en ser *fazendeiro*. El nombre de su seringal parecía la confirmación de que sus esfuerzos habían dado resultado.

Había nacido en 1903 en un pueblo del Estado de Minas Gerais, una región pobre, agrícola y minera. Era hijo de mineros y nieto de india y de portugués. Vivió toda su infancia en la miseria más absoluta, y en su adolescencia, decidió enriquecerse por la vía rápida: se hizo ladrón, y después bandido. Alto, delgado, de ojos negros y punzantes y una sonrisa entre amable y glacial, Sebastião era un hombre que sus vecinos preferían evitar. Sabían que cualquier pretexto era bueno para hacerle desenfundar el arma.

Aquella zona del país era entonces territorio pionero, la «frontera» entre el Brasil civilizado y el Brasil desconocido. Como lo sería Amazonia años más tarde, esos territorios se colonizaban desordenada y anárquicamente. Los conflictos de tierra empobrecían a unos y enriquecían a otros. La ausencia de representantes de la ley era reemplazada por la ley del más fuerte. Sebastião aprendió desde muy joven a sacar provecho del caos general. Lideró una banda dedicada a la extorsión, la falsificación de documentos, el robo y el asesinato. Su virilidad adquirió una reputación que iba a la par del número de hijos que su mujer traía al mundo. Con su primera mujer tuvo diecinueve hijos, y para mantener esa prole tenía que «trabajar» mucho, es decir que sembró

el pánico por toda la región. En total tuvo más de treinta hijos y se jactaba de poder fornicar cuatro y cinco veces al día a los 50 años de edad.

Sus hijos Alvarino, nacido en 1933, y Darli, nacido en 1936, mostraron desde la infancia una excelente aptitud para seguir la vocación paterna. En cuanto se familiarizaron con las armas, se unieron a la actividad familiar. Como su padre, los jóvenes Alves estaban dispuestos a utilizar la violencia para acceder a una vida mejor. Pronto se dieron a conocer como un clan sanguinario. Pero nadie podía imaginar que su reputación de bandidos daría la vuelta al mundo.

A pesar de la impunidad general, a principios de los años sesenta Sebastião fue condenado a trece años de cárcel por sus crímenes. «Un día tuve una visión —contaría más tarde refiriéndose a las razones que le llevaron a entregarse a las autoridades—. Estaba en mi casa, sentado en un sillón. De repente vi cómo una luz entraba por la ventana, luego por la puerta. Era una luz blanca, que brillaba. Se hizo tan intensa que me dio miedo e instintivamente cogí mi carabina. Poco a poco la puerta se fue abriendo y vi entrar a Jesucristo rodeado de un halo de luz. ¡Menos mal que no disparé! Me miró directamente a los ojos y me dijo: “Sebastião, tienes que pagar tu deuda con los hombres, tienes que cumplir tu condena”. Obedecí y nunca más apreté el gatillo de un arma. A partir de entonces las prohibí en mi casa. El día siguiente, me despedí de mi familia y me entregué a la justicia».

Pero sus hijos siguieron matando. En su delirio criminal emboscaron a un vendedor de caballos y su hijo de 15 años en la ciudad de Pocrane y los acribillaron a tiros. También dispararon sobre el caballo que montaba el adolescente. ¿Cuál fue la razón de esos crímenes? En general los Alves mataban por cualquier motivo, aunque la mayoría de las veces lo hacían por problemas de tierra, o por encargo. Pero la diferencia entre ese delito y los demás es que cinco años después un fiscal acusó a la familia de haber «asesinado a sus víctimas con extrema crueldad en uno de los crímenes más bárbaros de la historia de esta región». Era inusual que un fiscal reabriera un caso, pero los Alves eran tan reincidentes que tarde o temprano la justicia terminó por acosarles. La huida que emprendieron entonces duró treinta años y aparejó la mayor persecución que jamás haya tenido lugar en Brasil.

Hubo un juicio por el crimen del vendedor de caballos. Sebastião no asistió porque estaba en la cárcel, según los consejos de Jesucristo. Tampoco lo hizo Darli, que prefirió esconderse sin saber que cometía uno de los mayores errores de su vida porque, al no presentarse, dio pie a que se librase una orden de busca y captura contra él. Alvarino sí se presentó. En el juicio, un tal Cardoso declaró que Alvarino le había revelado que él y su hermano Darli habían cometido tantos asesinatos que tardarían un día entero en enumerarlos. Según los testigos, a los hermanos Alves les gustaba contar sus crímenes como si de hazañas heroicas se tratase. Pero a pesar de los testimonios abrumadores, ni el viejo Sebastião ni Alvarino fueron condenados. La razón esgrimida fue «falta de pruebas».

* * * *

A sus 52 años, la edad en que llegó a Acre siguiendo los pasos del viejo Sebastião que acababa

de instalarse en Xapurí, Darli Alves era igual de delgado que su padre y desprendía la misma autoridad cuando apretaba los labios. Rara vez alzaba la voz, la firmeza de su tono bastaba para hacerse escuchar. Unas gruesas gafas agrandaban sus ojillos negros. Toda su persona desprendía un aire de severa austeridad y de fragilidad, lo que contrastaba con las proezas sexuales que se le atribuían. Su hermano Alvarino era más fuerte y alto que Darli y tenía un bigote espeso con las guías caídas. Siempre vestido de camisas apretadas, pantalones estrechos y botas negras, nunca olvidaba un sombrero tejano que ni siquiera se quitaba para comer. Era más basto que su hermano, menos preocupado por las apariencias y menos hablador. Darli aspiraba a ser un ciudadano respetable. Alvarino era hosco y solitario como un lobo estepario.

Después del crimen del vendedor de caballos, los dos hermanos tuvieron que abandonar el Estado de Minas Gerais. Se instalaron en la ciudad de Umuarama en el Estado de Paraná, al sur de Brasil, una región agrícola y pionera. Su estilo de vida era modesto, probablemente para no llamar la atención. Vivían en las mismas casas de madera que los demás agricultores, que ignoraban su tumultuoso pasado.

Su estancia en la región pudo ser rastreada por las numerosas denuncias que les acusaban de delitos y crímenes. El cuerpo de un campesino, un tal Urizzi, apareció un día empalado. Era vecino de los Alves y, aunque la razón del crimen nunca fue esclarecida, el fiscal lo describió como «una perversidad». La imagen de hombres perversos que dirimían conflictos a escopetazos permaneció en la región. Una de las amantes de Sebastião confesaría años después ante un grupo de periodistas: «Mataban porque pensaban que no había nada malo en matar». Sebastião lo corroboraría diciendo a sus fieles en Xapurí: «Los asesinatos son también obras de Dios».

A causa del crimen que el fiscal había descrito como «una perversidad», se libró una orden de detención contra los hermanos. Darli, como siempre, prefirió huir. Alvarino no quiso moverse: «Diles que les recibiré a balazos», ordenó a su hermano pequeño que había venido a avisarle. Ochenta soldados llegaron a su casa. Alvarino aseguró al comandante que dirigía el asedio que no se rendiría. El militar dio orden de disparar y se inició un formidable tiroteo. Alvarino, rodeado de sus diez hijos, se atrincheró en el interior de su casa. Uno de sus disparos hirió a un soldado en el hombro y el tiroteo redobló en intensidad. Los cristales, el tejado, los establos... todo fue acribillado. Finalmente, una de las balas rozó el cuello de Alvarino, y esto le decidió a dialogar con el comandante. Ofreció rendirse a cambio de no ser maltratado. El comandante aceptó y Alvarino entregó sus armas de mala gana. El militar cumplió su palabra y no le maltrató; hizo algo peor, le entregó a la policía del Paraná. Alvarino fue encerrado en la prisión de Curitiba, donde le torturaron. Le rompieron la clavícula y el pie izquierdo, y las cicatrices producidas por las colillas que le apagaron en la piel permanecieron siempre.

Juró que nunca más caería en las garras de la policía. Y cumplió con su palabra. Dieciséis años más tarde, mientras toda la policía de Brasil le pisaba los talones, declararía que prefería suicidarse a rendirse, porque «cuando estuve en la cárcel de Curitiba me arrancaron las uñas y hasta el bigote».

Darli parecía haber acertado al huir, pero fue una equivocación que terminaría pagando muy caro. No imaginaba las consecuencias de haberse zafado de la justicia en ese caso. Como no podía regresar a su casa, terminó por aceptar que lo había perdido todo y que más le valía empezar una nueva vida lejos del Paraná. Todo el mundo hablaba de un nuevo territorio que se abría a la colonización, Acre, lo suficientemente alejado del mundo como para vivir de incógnito.

Su padre, el viejo Sebastião, le decía que cerca de Xapurí se podían comprar viejos *seringais* a cinco cruzeiros la hectárea. Él mismo había adquirido una propiedad pequeña, el seringal Perseverança. Para pequeños agricultores como los Alves era la oportunidad soñada de cambiar de estatus social y convertirse en *fazendeiros*. Con la experiencia acumulada en todos los territorios donde habían vivido y matado, pillado y robado víveres y bienes, estaban seguros de triunfar en el extremo Oeste de Brasil. Allí no era necesario ni comprar; bastaba con expulsar a los *seringueiros*, ya abandonados por sus propios patronos, y apropiarse de la tierra.

Alvarino huyó de la cárcel para evitar la acción de la justicia por crímenes anteriores y, junto a su hermano Darli, viajaron a Acre escondidos en un camión frigorífico. Durante el largo viaje sólo salieron del camión para comer o hacer sus necesidades, porque sabían que la policía de todos los Estados del Centro y Sur del país estaba pisándoles los talones. Darli había tenido que abandonar sus 200 hectáreas de tierra, lo que era considerado en Brasil como una propiedad ínfima^[55] y ambos hermanos llegaron a Acre con las manos vacías. En los primeros tiempos vivieron en casa de Sebastião hasta que consiguieron una propia y pudieron traer a sus mujeres. Al igual que su padre, los hermanos Alves eran polígamos. Darli había decidido abandonar a su primera esposa en Paraná, pero ordenó venir a sus hijos Tarci y Oloçi así como la madre de éste llamada Natalina. Más tarde mandaría venir a otra llamada Maria Zilde y cogería dos mujeres *in situ*. Alvarino, siempre más modesto que su hermano, se contentaría solamente con dos.

Como si una corriente magnética les hubiera atraído, Darli Alves y Gastão Mota, el *seringalista* que obligaba a sus empleados a votar por ARENA y que había amenazado a Chico Mendes, simpatizaron nada más conocerse. Se encontraban en crisis a la misma edad. Mota había tenido que vender casi todas sus tierras después de que el BASA (Banco de Amazonia) suspendiera toda la financiación para la producción de caucho. Esto le había provocado hasta un amago de infarto. Había tenido que reconvertirse a mercader de caucho y tenía un almacén grande en Xapurí. Mantenía excelentes relaciones con los poderes locales, habiendo trabajado para la policía, lo que convenía a Darli Alves. Juntos reunían importantes ventajas para labrarse un futuro en la sociedad de Acre. Para un exseringalista grueso y cardíaco como Mota, poder contar con individuos físicamente bien preparados, ambiciosos, sin escrúpulos y dispuestos a todo para enriquecerse representaba una baza importante. Mota sabía que los Alves eran instrumentos muy útiles para los cada vez más numerosos terratenientes que querían «limpiar» sus tierras de cara a regularizar la situación jurídica de las propiedades que habían adquirido. Pedían consejo a Mota, que comenzó así su nueva carrera como intermediario en los negocios, una actividad que le llevaría a ser el arquitecto del pistolero en Acre y que más tarde le conduciría supuestamente al tráfico de drogas.

Gracias a Mota, Darli fue introducido en el círculo de los terratenientes locales. Hombres como el Coronel Chicao, Nilo Sergio, Alberto Aragao, Tezza y Benedito Rosas se convertirían en la élite de esa sociedad en los márgenes del mundo. Campesinos y *seringueiros* temblarían de miedo ante la sola mención de uno de esos nombres, pero para Darli Alves esa gente representaba todo lo que siempre había deseado en la vida: respetabilidad, poder y riqueza. Cuando le invitaban los domingos a alguna churrascada y se entretenía mirando el paisaje desde la veranda de la casa principal, no entendía cómo los hombres no arrasaban más de prisa aquel bosque molesto e inútil para permitirle a él también participar del progreso de Brasil y de paso disfrutar de los placeres de la vida.

«Estábamos todos durmiendo en el barracón, mis cinco hermanos y mis padres —recordaría Rosa, la hija mayor de Alfredo Eustaquio—. Había llovido toda la noche y habíamos tenido que poner cubos para recoger el agua de las goteras... Me acuerdo del tac-tac-tac... Un mes antes había estado en una reunión de la comunidad con la Hermana Carmen, quien me había dicho que aguantásemos todo lo que pudiésemos, que ya estaba en marcha el procedimiento para legalizar nuestra posse... Se lo dije a mi padre, que se sentía muy nervioso, y le puso de buen humor... Pero aquel día, antes del amanecer, los ladridos de los perros nos despertaron. Alguien estaba llegando...». No vieron más que las siluetas alargadas de dos hombres con sombrero tejano que se acercaban a la casa, pistolas en mano. Alfredo hubiera jurado que se trataba de los hermanos Alves, pero el caos reinante y la falta de luz impidieron una identificación precisa. Fueron los demás *seringueiros* los que, al oír lo que había ocurrido, se inclinaron a pensar que se trataba de la sanguinaria pareja; al parecer, siempre empleaban el mismo método. Hacía poco fueron llamados a declarar por la matanza de una familia de *posseiros*. No se les encerró porque, como siempre, faltaban pruebas, pero aquello no había impedido que su fama de exterminadores trascendiese a toda la región.

«Empezaron los disparos... —diría Rosa—. Resonaron como truenos en la selva. Luego siguieron los aullidos de los perros... Salté de la hamaca y miré por una rendija de la pared: dos hombres estaban disparando sobre nuestros animales...». Alfredo se despertó sobresaltado y su primera reacción fue echar mano de la escopeta de caza. Neuza, su mujer, se lo impidió: «Vámonos, Alfredo... ¡Nos van a matar a todos!», gritó.

«Mi padre reunió a los hermanos y salimos de la barraca sin que nos diese tiempo a recoger nada. Sólo mi madre se llevó algunas cosas: una cacerola que llenó de cuchillos y de mandioca y una imagen de Jesucristo con la corona de espinas. El ruido era terrible. Los pistoleros disparaban sobre las gallinas, que morían cacareando en charcos de sangre. Un perro con el ojo reventado daba vueltas como loco alrededor de la casa mientras le disparaban como si fuese una diana de feria. También lo hicieron sobre los cerdos que chillaban como si fuesen hombres degollados...». En medio de esa cacofonía los Eustaquio hicieron lo único que sensatamente podían hacer: huir. Alfredo estaba tan cegado por la rabia y la impotencia que, de haber estado solo y sin familia, se hubiera enfrentado a los dos pistoleros aun a sabiendas de que perdería la vida en el intento. Pero con una sarta de hijos y una mujer no le quedó otro remedio que refugiarse en la selva. Durante todo el ataque no oyó a los pistoleros pronunciar palabra alguna. Tranquilamente, como si estuviesen haciendo una labor rutinaria, disparaban sobre todo lo que se movía.

Desde el linde de la selva donde se detuvieron para echar un vistazo a lo que había sido su hogar durante los últimos veinte años, la familia Eustaquio vio cómo los dos hombres vertían

gasolina sobre el huerto. Las hortalizas, frutas y verduras tan cuidadosamente cultivadas fueron presa de las llamas. Se desprendía un olor a chamusquina y a carne muerta. «¡Vámonos de aquí, vámonos de aquí!», suplicaba Neuza, que sabía que su familia sería la próxima víctima de los matones. «Mi padre no quería moverse... —diría Rosa—. Estaba hipnotizado por el fuego que consumía el barracón. Mi madre y yo le cogimos por el brazo y le arrastramos con nosotros... Una hora después, mientras caminábamos por la selva, mi padre vio una columna de humo negra alzarse al cielo».

Aquella noche, cuando se detuvieron después de haber caminado todo el día, los Eustaquio apenas tenían fuerzas para hablar. Mientras Alfredo y dos de sus hijos improvisaban un cobertizo con hojas gigantes de ficus, Rosa sorprendió a su madre enjugándose las lágrimas. Neuza sabía que en adelante les aguardaba un calvario de pobreza. Alfredo, sin embargo, se resistía a aceptar la evidencia. Había puesto todas sus esperanzas en el abogado del sindicato, que le explicó las posibilidades reales que tenía de quedarse con su tierra. Así que, por primera vez en su vida, decidió enfrentarse a sus patronos y rechazó una oferta de 20 hectáreas a la vera del río, junto a otros *seringueiros* a los que les habían asignado parcelas similares. Ahora le costaba admitir que el sueño de ganar su derecho de *posse*, de disponer de una escritura de propiedad legal, se había esfumado, así como el resto de la *colocação*.

Tres días más tarde, la familia Eustaquio, sin más equipaje que lo puesto y la cacerola de Neuza, llegó al seringal Nova Olinda, donde se encontraron con otros refugiados. Uno de ellos, un viejo llamado Raimundo, había sido expulsado del seringal Iracema, propiedad del doctor Vilela, el mismo que esclavizaba a sus peones y que Don Moacyr terminó por denunciar.

«Prendieron fuego a casi todas las casas... —le contó el viejo a Alfredo—. Hasta amenazaron con quemar una de las chozas con un niño dentro. De las ochenta colocações, sólo quedaron viviendo allí cinco familias. Cinco familias que ven cómo cada día la “derrumbad” se les acerca... Cualquier día llegarán aquí como los demás».

Al oír tantas historias de expulsiones, Alfredo fue dándose cuenta que lo había perdido todo para siempre, que nunca volvería a ser ni campesino ni probablemente *seringueiro*. Sentía que la vida se le había ido de las manos. Cuando tuvo que rebajarse a pedir comida a sus compañeros, le vinieron a la memoria recuerdos de su estancia en Manaus, del momento en que tuvo que mendigar mientras esperaba que su amigo Oliveira saliese de aquel mugriento hospital. Pero en aquella época era joven y había llorado por la rabia de sentirse engañado por las falsas promesas del Gobierno. Ahora ya no le quedaban lágrimas. Estaba en un túnel cada vez más estrecho, más largo y más negro. Hasta pensó en suicidarse, pero eso equivalía a dejar a su familia con el problema y Alfredo Eustaquio no era hombre que le gustara zafarse.

Barajó todas las posibilidades: huir a Bolivia, conseguir un pedazo de tierra en una colonia del INCRA, o trabajar *a la meia* en la *colocação* de algún remoto seringal... Pero todas esas opciones exigían dinero, aunque sólo fuese para desplazarse e informarse. Tampoco significaban una garantía de salir de la indigencia. La única esperanza estaba en aquel abogado del sindicato que pensaba conseguirles el derecho de *posse*. Era el único que podía ayudarles. Al fin y al cabo, ¿no decían los religiosos que había que confiar en la justicia?

Pocos días después, la familia Eustaquio, entre abrazos y lágrimas, se despidió de sus compañeros y tomó el rumbo que habían seguido miles y miles de familias de caucheros. Fueron a pie hasta Xapurí y, con un poco de dinero que les dejó el Padre Destro, pudieron pagarse el viaje

en autocar hasta Rio Branco. Durante el trayecto, Alfredo miraba todo el tiempo hacia los lados de la carretera, volviendo la cabeza cada vez que la selva espesa desfilaba ante sus ojos de animal herido. Cuando el autocar se detuvo en la estación Rodoviaria, fue como si se hubiera abierto la jaula a un pájaro salvaje que batía las alas para escapar. En el interior del autocar los pasajeros mostraban expresiones de espanto mientras aquel hombrecillo descalzo, con una mirada de inseguridad y miedo, golpeaba los cristales y los asientos buscando la salida, mientras Rosa procuraba calmarle y su mujer le cogía la bolsa. Si Xapurí ya les había parecido grande y tumultuoso, Rio Branco les impresionó. Caminando por sus calles, la mayoría sin asfaltar, Alfredo volvió a acordarse de Manaus y de su amigo Pedro de Oliveira. Desde esa fecha no había pisado una gran ciudad y volvía a sentir el mismo sentimiento de no pertenecer a ese mundo. Treinta años de selva habían hecho de él un auténtico *bicho do mato*.

Llegaron a los arrabales de Rio Branco. La visión de esas callejuelas sucias, malolientes, tristes y pobres con su estruendo de voces, gritos y llantos, les provocó un vuelco en el corazón. En ese amontonamiento de chabolas, que más parecía un campo de concentración que una barriada, malvivían los *seringueiros* de la selva. También allí existía una réplica de Radio Cipó, informaciones pasadas boca a boca por los vecinos. Ya no trataban de la visita del cura, de una próxima boda o de alguien que vendía el motor de un bote; trataban de una familia que acababa de llegar y no tenía donde alojarse, de una adolescente que no aparecía por casa desde hacía varios días, o de una redada de la policía. Los Eustaquio se pusieron en contacto con varias familias de conocidos que les ofrecieron su hospitalidad, aunque tuvieron que arreglarse en varias chabolas porque todos no cabían en una.

En el sindicato le explicaron claramente a Alfredo que no recuperaría nunca su tierra, pero que se podía intentar cobrar una indemnización, aunque hubiera rechazado una vez los quince mil cruzeiros. Lo primero que debía hacer era denunciar a los dueños. Le recordaron que aquello conllevaba el riesgo de morir *baleado* en cualquier esquina de la ciudad o en el fondo de la selva. Por un momento, presa del miedo, vaciló. Sin embargo, cuando el abogado del sindicato se ofreció a acompañarle a las oficinas de la policía civil y militar para poner la denuncia correspondiente, aceptó.

A partir de ese momento, los Eustaquio esperaron días y días a que los capataces de su *seringal* fuesen convocados por la justicia. Los hijos más pequeños parecían ser los únicos felices con el cambio. La barriada era el reino de los niños. Por todas partes correteaban despreocupados y sonrientes, haciendo de ese refugio de los sin tierra un lugar relativamente alegre. Su juego favorito era el mismo que en las favelas de las demás ciudades de Brasil y consistía en un marco de junquillos recubierto de papel y una cuerda. Al atardecer, cuando el calor aplastante remitía y una suave brisa barría la ciudad, Alfredo acompañaba a su hijo menor a jugar en la calle. Era su momento preferido del día. El cielo estaba lleno de cometas que revoloteaban sobre los tejados de zinc y uralita. Para los *seringueiros* desarraigados, eran el símbolo de la libertad y el contacto perdido con la naturaleza; eran como flores que crecían sobre un estercolero. Porque las calles pestilentes de aquellos arrabales sin saneamiento exhalaban un hedor a podrido que provocaba náuseas a los más aguerridos. La falta de árboles y de vegetación hacía que el calor húmedo acelerase la putrefacción de comida y restos orgánicos.

Pero lo que más padecían los caucheros convertidos en chabolistas era promiscuidad y desempleo. Acostumbrados a la inmensidad, a la soledad y al silencio de las selvas, se

encontraban de pronto encerrados en un *ghetto*, participando de las broncas de los vecinos, sin nada que hacer, sin espacio, sin contacto con sus espíritus del bosque. Para combatir el desarraigo, muchos se daban a la bebida. A otros les daba por maltratar a sus mujeres, y a otros por la delincuencia. Era increíble la metamorfosis de algunos *seringueiros* tolerantes y tranquilos que se convertían en violentos y déspotas. Los Eustaquio se encontraron con madres de familia de seringales vecinos, desesperadas tras haber sido abandonadas por sus maridos, hombres que hasta entonces habían tenido un ejemplar comportamiento de padres de familia. Familias enteras que se habían mantenido unidas durante años —aun en las adversas condiciones de los seringales— se desintegraban en cuestión de meses. Su razón de ser desaparecía en un entorno drásticamente diferente, donde reinaban otras reglas de juego. Los *seringueiros* reaccionaban a su desarraigo como los grandes heveas de la selva, que se dejaban morir al trasplantarlos.

Al temor de posibles represalias por la denuncia se unió la angustia de no encontrar trabajo. En una ciudad repleta de caucheros expulsados, la demanda de empleo excedía con mucho a la oferta. A pesar de caminar kilómetros todos los días por las callejuelas del centro, Alfredo regresaba con las manos vacías, hambriento y cansado. Fue su hija Rosa quien les llevó al convento de las monjas, la última solución para los días de máxima penuria. Allí había reparto diario de comida.

Resultaba más fácil a un niño conseguir trabajo que a un adulto. Dos de los pequeños terminaron por encontrar empleo amasando barro en una fábrica de tejas, un negocio pujante en una ciudad en expansión. Se sustituían las viejas casas de madera y techos de zinc por casas de obra. Parte de ese nuevo signo de estatus social se hacía a costa de niños de 9, 10 y 12 años que eran sometidos a un trabajo semiesclavo, considerado pesado hasta para los adultos. Cubiertos de barro de pies a cabeza, regresaban a casa después de diez horas de labor. En el suelo de la fábrica, sobre las tejas crudas puestas en fila quedaban las marcas de sus dedos pequeños y frágiles.

El salario de los niños era tan mísero que no daba para alimentarse. Como el fantasma del hambre amenazaba constantemente a los Eustaquio, la madre de familia instó a Rosa a que aceptara el único trabajo que una muchacha como ella podía desempeñar: empleada doméstica. Rosa, que en su infancia había acariciado la idea de ser monja, no había conseguido plaza en la Casa Madre Elisa, de las Siervas Reparadoras de María, donde se proponía estudiar. Ni siquiera le pudieron dar trabajo porque en aquellos tiempos las monjas estaban colapsadas de solicitudes y todas eran urgentes, porque de cada puesto de trabajo dependía la supervivencia de familias enteras. La muchacha se había imaginado que bastaba con estar en la ciudad para poder estudiar, pero pronto tuvo que resignarse y atenerse a la realidad. Lo único que las monjas pudieron hacer fue recomendarla a una «buena casa». Pero en su primera entrevista fue rechazada, sin explicación alguna. Probablemente el ama de casa la encontró demasiado atractiva y temió que una criada así excitase la libido de su marido. Rosa esperó una próxima oportunidad, que se presentó al poco tiempo. Esta vez fue en casa de un ingeniero de São Paulo. Era una familia con tres hijos y la mujer no puso objeciones. Así empezó Rosa su nueva vida en la ciudad, lejos de los sueños que se había forjado en la remota selva de su niñez. Con su sueldo mísero, más los de sus hermanos, más los trabajos de lavar y planchar que efectuaba su madre, la familia consiguió sobrevivir.

Alfredo iba al sindicato todos los días, por si llegaban noticias de la denuncia o por si surgía alguna oportunidad de empleo. Lo único que consiguió fue hacerse entrevistar en *Varadouro-O*

Jornal das Selvas, un periódico alternativo empeñado en hacer la crónica del impacto destructivo de la venta de tierras en Acre y que se convirtió en la voz de los *seringueiros* y los indios^[56]. Lo dirigía Elson Martins, un periodista nacido en un seringal y educado en Belem. La financiación del periódico corría a cargo de la Iglesia, así como los locales de la redacción, adonde acudía Chico Mendes cada vez que iba a la ciudad para informar de los últimos conflictos de tierra. Al denunciar públicamente a los que le habían echado, Alfredo aumentó el riesgo de ser eliminado. Pero no le importaba. Habiendo perdido la poca fe que tenía en la justicia, llegó a desear morir acribillado a balazos a manos de algún pistolero pagado por los patronos. Por lo menos así sus hijos se sentirían orgullosos de él y no tendrían que seguir viviendo con el dolor y la vergüenza de haberlo perdido todo. Pero su denuncia y el artículo eran bien poca cosa para provocar la ira de los terratenientes que le habían expulsado. En realidad, Alfredo Eustaquio no valía ni el precio de la bala que costaba matarle.

Hasta que un día, le llamaron de la sede del sindicato. El abogado le estaba esperando y nada más verle, Alfredo supo que las noticias eran buenas. No había conseguido la restitución de la *colocação*, pero había obtenido una indemnización de diez mil cruzeiros (unas diez mil pesetas). Alfredo sintió que la sangre en sus venas le devolvía la vida. Se fundió en agradecimientos, cogió el sobre con el dinero y dio las gracias al Señor por socorrerle. «Llegó sonriente —recordaría su mujer—, mostrando el sobre que apretaba fuertemente en su mano como si tuviese miedo de que alguien se lo quitase. Yo me alegré mucho, aunque en seguida empecé a pensar en la vida después de ese sobre...». Reunió a su familia, compraron botellas de *pinga* y aquella noche hubo fiesta en la favela. La suma conseguida no daba para comprar una *colocação*, ni siquiera un pedazo de tierra en una colonia. Pero les permitía lo más importante: mantener a la familia unida. Con esa suma podían hacerse con una chabola propia. En el punto al que habían llegado, era un lujo al alcance de muy pocos. En el mismo barrio y gracias a la ayuda de los vecinos, consiguieron un barracón de madera con un techo desvencijado de latón. A cada chaparrón las goteras hacían charcos en el suelo, pero aunque agujereado era un techo propio y allí no habría terrateniente que viniera a expulsarles.

* * * *

«Creemos que los conflictos cada vez más agudos que vive el país no pueden resolverse en un sistema donde el dinero compra la justicia y la conciencia de los hombres y donde los pobres no son ni escuchados ni tomados en consideración».

Quien hacía esa declaración en 1977 era un portavoz de la Comisión Pastoral de la Tierra (CPT), una organización creada por los obispos de Brasil para poner en contacto todas las Comunidades Eclesiales de Base y reforzar así sus reivindicaciones comunes de cara a favorecer una reforma agraria. Don Moacyr Grechi había sido elegido presidente, y lo sería de nuevo durante los próximos ocho años. Por primera vez los obispos iban más allá de una simple denuncia de las injusticias sociales y empezaban a desarrollar una teoría para explicar su causa. Reaccionaban así al aumento de la violencia y la represión ejercidas por las autoridades

militares. En diciembre de 1978 la Iglesia publicó un documento^[57] en el que denunciaba todos los casos de violencia contra sus miembros desde 1968. Cinco curas, un fraile dominico y un seminarista habían sido asesinados. Treinta y cuatro casos de misioneros torturados fueron denunciados; doscientos setenta y tres religiosos habían sido arrestados.

El hecho que provocó la indignación general de los obispos, ocurrido dos años antes de la publicación de ese documento, en octubre de 1976, fue el asesinato del jesuita Juan Penido Bosco Brunier a manos de un policía cuando iba acompañado del obispo español Pedro Casaldáliga. Ambos religiosos acudieron a la comisaría de policía a interesarse por dos mujeres que habían sido detenidas y torturadas. El comisario no contestó a sus preguntas y en cierto momento perdió los estribos. Golpeó con su arma al Padre Brunier y después lo mató de un tiro en la cabeza ante la mirada atónita de Casaldáliga. El escándalo en todo el país indujo a los obispos a analizar las causas de la violencia, que relacionaron con la injusticia y la miseria. Llegaron a la conclusión de que la miseria era el resultado del desarrollo industrial y que la «Conquista de la Amazonia» sólo beneficiaba a una minoría rica y muy reducida. Lanzaron un llamamiento para que se aplicara un modelo distinto de desarrollo nacional cuyos beneficios serían distribuidos entre toda la población. Explicaba que la extrema desigualdad se debía a la naturaleza cerrada del sistema político, basado en una alianza entre la élite civil y las fuerzas armadas.

Estas declaraciones de la Iglesia no agradaron al poder militar. El ministro de Justicia declaró que eran falsedades. El presidente del Tribunal Militar Supremo dijo públicamente: «Mi Iglesia no es esta Iglesia comunista que tenemos ahora. Mi Iglesia es aquella donde me llevaban mis padres. No es esta doctrina pretendidamente avanzada que te quita la hostia de la mano».

En Acre, las tensiones cada vez más agudas entre la Iglesia y el poder político repercutían con especial virulencia en Don Moacyr Grechi. «Es muy difícil romper relaciones con el poder político cuando la Iglesia está estructurada y tienes la responsabilidad de un hospital, una escuela, una leprosería... y tienes que tratar con las autoridades cuando precisas favores para llevar adelante un trabajo —confesaría el prelado—. Romper acarrea sus consecuencias. Cada vez que yo tomaba una posición clara, el poder se vengaba y yo acababa perdiendo algo. Así perdí unas diez hectáreas de terreno en el centro de Rio Branco. Fueron tiempos muy duros para mí... Ante la encrucijada en que me encontraba, me refugiaba en Jesús, una persona comprometida que tomó posición del lado de los pobres. Eso me hacía ver que mi verdadera identidad iba por allí. La lectura del Evangelio me daba una gran seguridad interior. El apoyo de los obispos y de toda la Iglesia de Brasil, ostensible y próximo, también era fundamental. Recibía visitas, cartas... salían en mi defensa cuando era calumniado».

En Xapurí, el alcalde prohibió el acceso de los Padres Destro y Claudio a la radio local. Docenas de cartas enviadas por toda la comunidad llegaron al Ayuntamiento para pedir que se les permitiese celebrar misa por radio. Claudio y Destro se reunieron con el alcalde. Claudio observó que llevaba una bolsa de aspecto poco familiar y le espetó: «Apuesto a que lleva ahí un magnetófono de la policía federal». Sorprendido, el alcalde admitió que era cierto. También admitió que estaba siendo manipulado y presionado. Pero no por eso les cedió las ondas de nuevo.

En la misma época, la policía detuvo a Chico Mendes a la salida de una reunión en Xapurí. Fue llevado directamente al comisario de la policía civil, un individuo de dudosa reputación llamado Enoch Pessoa, claramente preocupado por todo lo que pudiese perjudicar los intereses de

sus amigos paulistas. Enoch le acribilló con preguntas sobre sus actividades «subversivas», queriendo saber si estaba preparando algún empate. Chico sólo contó la verdad: él y unos compañeros estaban trabajando en la organización de un sindicato local. El policía le amenazó con meterlo en la cárcel si le veía rondar por la ciudad. Chico no tuvo otro remedio que adentrarse en la selva y vivir algún tiempo en la clandestinidad, antes de regresar a Brasileia.

Los vicarios de Xapurí tampoco se salvaron del recrudecimiento de la represión. Durante una sesión de formación de monitores de comunidades de base en Xapurí, media docena de hombres fuertemente armados pertenecientes a la policía militar irrumpieron en la sala de reunión de la vicaría. Dijeron que aquélla era una reunión subversiva, quisieron saber quiénes eran los líderes y los monitores contestaron al unísono: «¡Todos nosotros!». Cuando los policías preguntaron por sus nombres, se negaron a responder. Entonces se llevaron el proyector de diapositivas y encerraron a los dos Padres en la comisaría después de someterles a un interrogatorio exhaustivo.

Unos días más tarde —eran tiempos de elecciones—, el Padre Claudio fue interceptado en la calle por un candidato del partido derechista ARENA que le propinó un puñetazo en la cara, acusándole de hacer campaña por la oposición. El eco de aquella agresión llegó hasta lo más profundo de la selva, levantando una oleada de indignación. Nunca nadie había pensado que algo así pudiese ocurrir. Los seringueiros, furiosos como pocas veces se les había visto, quisieron «vengar el honor del Padre». Algunos salieron de las entrañas de la selva portando sus escopetas. Claudio y Destro les calmaron. Aludieron al ejemplo que había dado Jesucristo: pon la otra mejilla.

A medida que la lucha se hacía cada vez más encarnizada, todos se veían forzados a tomar posiciones claras y definidas. O se estaba a favor de los terratenientes, o se estaba en contra; o se estaba a favor del pueblo, o se estaba en contra. El desequilibrio de fuerzas otorgaba poco espacio al compromiso y a la negociación. A principios de los años ochenta la polarización de las diferentes facciones tomaba visos de convertirse en guerra civil. Las víctimas, como siempre, acabarían siendo los más desprotegidos, es decir todos los habitantes del bosque: indios y *seringueiros*, pero también los animales, los árboles y millones de especies cuya evolución se vería dramáticamente interrumpida por la locura de una de ellas.

Después de cinco años de «milagro económico» (1968-1973), la crisis del petróleo hizo tambalear la economía brasileña. El régimen militar, bajo el mandato del Presidente Geisel, inició hacia 1977 una tímida liberalización de la vida política, llamada *abertura*. Su meta era impedir la formación de un poderoso movimiento político que favoreciese el regreso de un régimen civil. Accediendo a reformas políticas menores, el Gobierno pensaba ganarse el apoyo de parte de la oposición y enfrentar las distintas facciones entre sí. Los poderes del Congreso continuaban muy limitados y no había ningún control democrático. Pero hubo un relajamiento de la censura, algunos exiliados políticos fueron autorizados a regresar y se permitió la creación de cuatro nuevos partidos políticos de oposición.

Una serie de huelgas convocadas por los trabajadores metalúrgicos de São Paulo en 1978 llevaron a la creación del Partido de los Trabajadores (PT), cuyo líder era el carismático y barbudo Luis Ignacio da Silva «Lula», que en las primeras elecciones democráticas once años más tarde disputaría la Presidencia de la República. Lula recorrió los cuatro rincones de Brasil para organizar las delegaciones rurales del PT. En Acre, y gracias a João Maia, conoció a Chico Mendes, que mantenía relaciones con el Partido Comunista (P.C. do B), entonces en la clandestinidad. Se había sentido atraído por el sueño de una sociedad nueva, pero también se daba cuenta de lo difícil que era avanzar desde la ilegalidad. En cambio Chico vio en el PT, amalgama de tendencias de izquierda, la posibilidad de desarrollar cierto espíritu revolucionario dentro de la legalidad. A petición de Lula, ayudó a fundar la delegación de Acre. En las ciudades, el PT abogaba por el aumento de los salarios. En el campo, por la reforma agraria.

Las recientes libertades políticas animaron a los *seringueiros* a incrementar la intensidad de su lucha. Wilson Pinheiro, presidente del sindicato de Brasileia, se había convertido en el Robin Hood de los desheredados de la Amazonia. Según el sindicato, los nuevos propietarios habían expulsado, de 1970 a 1975, a 15.000 familias y habían destruido 180.000 heveas, 80.000 castañeras de Brasil y 1,2 millones de árboles de madera noble. Todas las discusiones en el seno del sindicato llegaban a la misma conclusión: la manera más eficaz de resistir la invasión era la movilización. Por tanto, los *empates* se multiplicaron, aunque no todos acababan bien. Según Chico Mendes, menos de la mitad podían ser considerados victoriosos.

Uno de ellos, en el seringal Ecuador, acabó con una violenta intervención de la policía que golpeó brutalmente a los *seringueiros* antes de meterlos en un camión y llevarlos a la comisaría. Llegaron apiñados, cantando himnos que miembros de la Iglesia habían compuesto en honor a los caucheros resistentes. Eran tan numerosos que no cabían en los calabozos. El comandante del puesto liberó a algunos, entre los que se encontraban los líderes, Chico y Wilson, mientras que los cuarenta restantes fueron amontonados en los pasillos. Chico mandó a su hermano Zuza a Rio

Branco para avisar a Arquilau de Castro, abogado de la Comisión Pastoral de la Tierra. Durante los tres días que tardó el abogado en llegar, los cuarenta detenidos, entre los que se encontraban Raimundo de Barros, primo de Chico y Luis Tarjino, un militante conocido por su valor, fueron torturados. Tarjino recordaría más tarde cómo un policía le colocó una escopeta en la boca y le amenazó con disparar si no se confesaba comunista. Fue obligado a confesar una mentira, lo que le valió una lluvia de golpes que le dejaron inconsciente. A Raimundo de Barros le arrancaron el pelo y le sometieron, como a todos los demás, a palizas que no olvidaría en toda su vida. Cuando llegó el abogado, amenazó con un escándalo en la prensa si no se soltaba inmediatamente a los detenidos. El comandante los liberó. Había dispuesto de suficiente tiempo como para intimidarlos y disuadirlos de continuar con sus *empates*. Los *seringueiros* salieron humillados y desmoralizados, pero más decididos que nunca a continuar con su lucha, más indignados que nunca contra la injusticia que dejaba libres a los hermanos Darli y Alvarino Alves por asesinar una familia entera pero encerraba a campesinos por el simple hecho de atreverse a reclamar sus derechos.

Los *empates* hicieron que los *fazendeiros* buscasen otras tácticas. Intentaron probar que el movimiento sindical estaba financiado por Moscú. Un agente de la CIA pasó algún tiempo en Xapurí en 1978, después de que los *fazendeiros* hubiesen alertado a la Embajada de los Estados Unidos en Brasilia de que había un movimiento subversivo en Acre financiado por los países del Este. Pero el agente no vio ningún indicio del complot que se suponía destinado a subvertir el orden establecido. Sólo vio una casucha de madera junto a la iglesia, que era la sede del sindicato. Dedujo que los *seringueiros* poco podían hacer contra los terratenientes. Éstos decidieron entonces combatir el movimiento intensificando la violencia. A partir de 1975, el número de asesinatos de campesinos, pequeños propietarios, sus consejeros y sindicalistas ascendió hasta alcanzar las tres cifras en 1980. Más de la mitad ocurría en la región Amazónica, que contaba con menos del 10% de la población brasileña. En Acre, la dirección de los sindicatos empezó a vivir en un miedo constante.

* * * *

Cuando iba a Rio Branco, Chico Mendes se alojaba en casa de su tía, la misma que había criado a sus hermanos después de la muerte de la madre. Una noche, hacia las nueve y media, salió a comprar un paquete de cigarrillos Hollywood, su marca preferida. A la altura del hospital, sintió que un coche le seguía y aceleró el paso. Pero el coche le alcanzó; cuatro hombres enmascarados se lanzaron sobre él poniéndole un revólver en la garganta y le vendaron los ojos. Le llevaron hasta algún lugar de las afueras. Cuando le retiraron el vendaje, estaba atado a una silla en el salón de una casa. Los hombres le sometieron a un exhaustivo interrogatorio. Querían conocer sus relaciones con el Partido Comunista, de dónde provenían los fondos del sindicato, cuáles eran sus relaciones con otras organizaciones consideradas subversivas como los montoneros argentinos o los guerrilleros de Paraguay. Pero en realidad el objetivo era intimidarle y convencerle de abandonar sus actividades: «Más te vale que pares definitivamente. Estás perjudicando a mucha

gente, incitando a unos contra otros, contando a los pobres *posseiros* esas historias de opresión y de lucha. Les metes ideas falsas en la cabeza y eso no está bien —le decían mientras le golpeaban en el estómago y le amenazaban—. Si no te callas, si sigues contando basura en el periódico e incitando a la gente, te vas a encontrar un día tirado en una esquina con la boca llena de hormigas». Aquellas últimas palabras aliviaron a Chico, porque significaban que no le matarían allí mismo, en ese momento, que es lo que creyó en un principio. Fue un alivio de corta duración, porque los hombres, cuando dejaron de golpearle, le pusieron electrodos en los genitales, lo que le hizo pensar que eran policías. Le volvieron a preguntar sobre el Partido Comunista; querían nombres y direcciones. Chico repitió una y otra vez que no sabía nada, que se había desvinculado hacía tiempo. Un sudor helado le salía de todos los poros de la piel. El recuerdo fugaz del Padre Claudio le pasó por la mente antes de desmayarse por el dolor de las descargas. «Jesús conoció la persecución y la amenaza de muerte...». Esas palabras resonaban todavía en su cabeza cuando recobró el conocimiento en la acera frente al hospital. Sin apenas poder caminar, llegó a casa de su tía titubeando. «Creí que estaba borracho —contó más tarde la tía—, pero se dejó caer en la cama y entonces vi su rostro magullado. Estaba llorando. Eran lágrimas de rabia, no de tristeza».

Poco tiempo después, el 21 de julio de 1980, Wilson Pinheiro estaba viendo su programa preferido, un telefilm policíaco llamado *João da Silva*, cuando tres individuos con acento peruano se acercaron a la veranda de madera preguntando por el presidente del sindicato. Wilson se presentó. Los dos hombres pidieron un lugar para pasar la noche. En una ciudad fronteriza como Brasileia era algo normal. Pero Wilson desconfió en seguida de los forasteros. Acababa de recibir un aviso de un compañero para que se apartase durante algún tiempo de los asuntos del sindicato, a lo que Wilson se opuso: «Si tengo que morir, será en la sede del sindicato y defendiendo los derechos de mis compañeros», le había contestado. Poco después había recibido un *anuncio*, como llamaban en Brasil a las amenazas de muerte. Avisar sobre la inminencia de un atentado forma parte del ritual de la muerte anunciada.

Wilson había recibido una nota escrita por algún *fazendeiro*: «Mantente fuera del movimiento o vas a conseguir que te maten. Firmado: *Mão Branca* (Mano Blanca)».

«No puedo alojar a alguien que no conozco», contestó Wilson a los forasteros después de haberlos escudriñado detenidamente. Los hombres le pidieron permiso para dejar sus mochilas allí mientras iban a la policía federal a hacer sellar sus pasaportes. Wilson accedió y fue a sentarse frente al televisor para ver el final de la película.

No hacía mucho tiempo que había ocurrido un *empate* espectacular que había hecho de él un personaje de leyenda. Un terrateniente de Boca do Acre, un municipio del Estado de Amazonas, se disponía a expulsar a treinta y seis familias de caucheros con la ayuda de un pequeño ejército de matones cuando llegó Wilson al frente de trescientos hombres armados de machetes y hoces. Creyendo que iban a ser exterminados en el acto, los pistoleros echaron a correr, abandonando sus armas en la huida. Los *seringueiros* se hicieron fotos con las armas incautadas y en muchas chozas de la selva todavía se pueden ver colgadas en algún lugar de honor. Aparte de los revólveres y los fusiles de caza, los sindicalistas confiscaron veinte rifles automáticos. Para mantenerse siempre en la más estricta legalidad, Wilson decidió entonces depositar las armas en el cuartel del ejército en Rio Branco. Para su sorpresa, el comandante le recriminó el haber invadido aquella *fazenda*. Preguntó a Wilson si quería hacer de Acre una nueva Cuba. «Es precisamente lo que deseamos

evitar —le contestó Wilson—. Los hombres que ve usted aquí sólo tienen sus machetes para defenderse de estas armas automáticas», agregó mientras dejaba los fusiles incautados. El periódico *Varadouro* publicó las fotos de aquel *empate* y, al ver aquellos camiones rebosantes de *seringueiros* exaltados que cantaban sus himnos sentados sobre un montón de armas, los latifundistas se alarmaron.

La preocupación hizo que el gobierno del Estado convocase una reunión pública, retransmitida por la radio local, entre *seringueiros* y terratenientes para contrastar sus diferencias. Durante el encuentro, el secretario municipal de Xapurí perdió el control: «¡La única manera de resolver los conflictos de la tierra es matando al presidente del sindicato, al delegado de la CONTAG^[58] y a los curas que incitan a los *seringueiros*!... Pronto habrá muchas viudas en Acre». Muchos se lo tomaron como un estallido irracional de cólera. Pero en realidad esas declaraciones respondían al cambio de táctica de los terratenientes frente a los *empates*. Como las intimidaciones no habían funcionado, habían decidido apuntar a las cabezas del movimiento para decapitarlo. Wilson Pinheiro y Chico Mendes eran los primeros en la lista. El más acérrimo de sus enemigos era el capataz de una finca de doscientas mil hectáreas, un individuo llamado Nilo Sergio que había visto interrumpidos sus trabajos de tala por un centenar de *seringueiros*. Al no conseguir una orden judicial para echar a los caucheros, juró que Wilson Pinheiro lo pagaría caro, a pesar de que el líder sindical estaba intentando negociar un cambio de tierras para los *seringueiros* de la *fazenda*.

«Si algún día me encuentran muerto en la cuneta de una carretera, no busquéis otro culpable que no sea Nilo Sergio», había dicho Wilson a Elías Rozendo, un compañero del sindicato.

Los sonidos del televisor ahogaban el ruido de las cigarras y los insectos de la selva. Wilson esperaba con impaciencia el desenlace del drama que se desarrollaba en la pequeña pantalla. Estaba demasiado concentrado en ello para reparar en dos sombras que se estaban deslizando detrás del porche de la casa. Eran los dos visitantes, que regresaban sigilosamente. También ellos aguardaban el final de la película, pero por otras razones. Sabían que todos los episodios de la serie terminaban con un tiroteo en el cual esperaban, a su manera, participar. Pensaron en sus colegas que, a setenta kilómetros de allí, en Xapurí, estarían viviendo la misma tensión nerviosa, el mismo esfuerzo de concentración antes de abatir su presa; en ese caso el otro cabecilla del movimiento sindical, un tal Chico Mendes. Habían sido contratados por «la gente de Paraná»^[59] y la paga era buena. Habían insistido para que el trabajo fuese limpio, y habían tardado más de la cuenta en planificar aquel doble servicio.

Llegaba el momento de la escena final. Wilson estaba tan absorbido que acercó el sillón al aparato. Uno de los pistoleros sacó un revólver y apuntó a la nuca del cauchero. Aguantó la respiración. En la televisión se oyó un disparo, seguido por el tiroteo de rigor en la serie de los lunes. En ese momento el hombre apretó el gatillo hasta vaciar el cargador. Las detonaciones de su arma se confundieron con las de la película. Las primeras balas se incrustaron en la pared. Wilson saltó de su sillón, pero no con la suficiente rapidez. Una bala penetró en su muslo izquierdo, otra en el riñón y otra le atravesó el pulmón. Se desplomó. Los asesinos desaparecieron en el aire cálido de la noche, mientras los perros del vecindario ladraban sin cesar.

Fue una de sus hijas quien descubrió el cuerpo inanimado de Wilson. Se quedó quieta en el umbral de la puerta, atónita, y luego fue a llamar a su madre. Cuando la mujer vio el cuerpo

ensangrentado de su marido, lanzó un grito que, dicen los *seringueiros*, todavía se puede escuchar en las noches que marcan el aniversario del atentado. Quizá los matones lo oyesen también, pero ya habían desaparecido en la maleza, antes de que los vecinos se dieran cuenta de lo que había ocurrido.

A setenta kilómetros de allí, Chico se había salvado de la misma suerte porque a última hora había decidido asistir a una reunión sindical en el valle del Juruá. Cuando los matones llegaron a la plaza de la Iglesia de Xapurí y no vieron luces en el caserón que servía de cuartel general del sindicato, comprendieron que habían perdido el dinero del «servicio» y se marcharon. Estos imprevistos formaban parte del oficio. No les preocupó demasiado; a fin de cuentas, el trabajo no faltaba.

Unas horas después del asesinato de su carismático líder, un grupo de caucheros asaltó la radio de Brasileia y emitió un llamamiento para que todos los *seringueiros* acudiesen al funeral.

«Lo primero que hice —contaría João Maia— fue pagar (con un cheque sin fondos, porque ni el sindicato ni yo teníamos dinero) a las pompas fúnebres para que pusiesen el cuerpo de Wilson en formol. Era importante que durase por lo menos tres días, para dar tiempo a todos a acudir al entierro». El día después, João Maia fue hasta Rio Branco en la camioneta del sindicato para reunirse con el Gobernador y el Secretario de Seguridad Pública con el fin de estudiar la situación y evitar más violencia. Los ánimos de venganza de los *seringueiros* eran un río a punto de desbordarse.

El cuerpo de Wilson estuvo expuesto durante varios días. Centenares de *seringueiros* colonos y campesinos atravesaron la selva y caminaron durante horas, algunos durante días, hasta la BR-317 que les llevaría a Brasileia para dar su último adiós al líder asesinado. Al pasar delante de los restos mortales, los *seringueiros* se quitaban el sombrero: «*Companheiro*, ésta es la última vez que nos vemos, pero te aseguro que te vengaremos», decían sin poder contener las lágrimas.

Pero lo más insólito fue ver a Nilo Sergio, el capataz que había jurado vengarse de Wilson, subir los peldaños de la sede del sindicato y detenerse frente al cadáver. Todo el mundo sabía que Nilo Sergio tenía a varios peruanos trabajando para él. Cuando se acercó al féretro, algunos notaron que por primera vez desde su muerte el cuerpo de Wilson sangraba. Según una creencia amazónica, si el asesino se acerca al cuerpo de su víctima, la sangre mana, clamando venganza.

Los *seringueiros* respondieron al asesinato exigiendo que las autoridades detuviesen a los culpables en un plazo máximo de siete días. Al cabo de ese tiempo una manifestación fue convocada en Brasileia. Chico Mendes estaba aturdido; había regresado de su reunión en el valle del Juruá para encontrarse con su amigo en el féretro. Le embargaba un sentimiento familiar, mezcla de tristeza infinita y de impotencia. De las intimidaciones, se había pasado en Acre a un nivel mayor de violencia: el asesinato puro y duro. Chico pedía calma. Recordaba a los *seringueiros* enfurecidos los arrestos arbitrarios, las palizas en los calabozos de la policía civil, las torturas y, sobre todo, el enorme desequilibrio de fuerzas. «Chico... —le decían—, esta vez hay que vengarse. Es necesario que los *fazendeiros* entiendan que ellos también corren riesgos si continúan haciendo lo que están haciendo». Chico Mendes negaba con la cabeza y repetía su frase habitual: «No creo en los cadáveres. No sirven para nada». Pero su voz solitaria se perdía en la multitud encolerizada. La sangre llamaba a la sangre.

Lula, el presidente del PT, voló desde São Paulo para asistir a la manifestación. El presidente

de la CONTAG también vino desde Brasilia. Miembros de la Policía Federal, con gemelos y grabadoras, lo observaban todo. Los discursos, ante una multitud abigarrada en la plaza de Brasileia, tenían una fuerte carga emotiva. Lula dijo que había llegado la hora «*de la onça beber água*», lo que fue interpretado por las autoridades como incitación a la violencia. «¡Wilson Pinheiro vive!» o «¡Muerte a los *fazendeiros!*» eran los gritos que interrumpían los discursos. Ese mismo día, el comité de *seringueiros* que había lanzado un ultimátum a la justicia recibió la primera respuesta de las autoridades, que no estaba hecha para apaciguar los ánimos: el único delegado de policía que había mostrado interés en aclarar los hechos acababa de ser apartado de la investigación.

Después del acto multitudinario, un grupo de *seringueiros* se dirigió hacia la finca donde vivía Nilo Sergio. Se lo encontraron al volante de una camioneta Chevrolet. Encabezaba un convoy de dos camiones llevando cabezas de ganado al matadero.

—Mira... —señaló uno de ellos—. ¡Va a vender ganado para pagar a los pistoleros que se han cargado a Wilson!

Los *seringueiros* detuvieron el convoy y obligaron a Nilo a salir de su camioneta. Nilo era un hombre fuerte y alto e intentó mantener el tipo mientras le sacaban a la fuerza.

—Hemos venido a preguntarle quién mandó matar a Wilson...

—No sé nada —contestó Nilo Sergio, impasible—. Wilson era amigo mío, no tengo nada que ver con eso.

—El señor no era amigo de Wilson, usted dice eso porque tiene miedo... Sabemos que hace unos meses usted mandó comprar un treinta y ocho y se lo dio a un peón suyo diciéndole que era para matar a Wilson Pinheiro. Usted le amenazó en otra ocasión diciendo que pagaría caro por haber *empatado* su seringal...

Nilo Sergio, sin perder la compostura, volvió a repetir que no sabía nada. Luego se deshizo de la multitud y caminó hacia sus camiones, escoltado por los *seringueiros*. En ese momento debió de creerse en territorio más seguro e intentó salir de la situación intimidando a los *seringueiros* en el más puro estilo amazónico, hecho de la arrogancia de los fuertes:

—Mozos, os voy a decir una cosa: a pesar de todo lo que está pasando, no vais a encontrar al criminal que mató a vuestro presidente. Y os voy a decir algo más... Si no me liberáis en seguida y dejáis el paso libre a mis camiones, esto no va a quedar así.

No había terminado la frase cuando un *seringueiro* le disparó a bocajarro. El capataz cayó al suelo en un charco de sangre. Como si una presa hubiera estallado liberando años y años de humillaciones contenidas, cuarenta disparos más le agujerearon el cuerpo. De esta manera los *seringueiros* dejaban claro que las muertes serían contestadas con más muertes.

Si con el asesinato de Wilson Pinheiro la justicia no se puso en marcha, ahora sus ruedas giraron con una celeridad impresionante. La represión fue feroz. «Yo estaba en Assis Brasil cuando mataron a Nilo —contaría el padre Destro—. La policía cortó todas las carreteras, y llegó el ejército. Parecía que se había producido un golpe de Estado. Se adentraron en la selva durante cinco y seis horas buscando a los sospechosos. Incautaron todo tipo de armas, desde cuchillos de cocina hasta las escopetas que los *seringueiros* usaban para cazar. Encarcelaron a muchos. Yo hablé con gente que vivía cerca de los calabozos y que no pudieron dormir debido a los gritos de los que estaban torturando». Después se supo que a muchos sindicalistas les arrancaron las uñas con tenazas. Otros se familiarizaron con el instrumento de tortura de todas las comisarías de

Brasil: el *pau de arara*, un palo en el que se suspende a los prisioneros atándoles los tobillos a las muñecas.

A pesar de las torturas, los investigadores no consiguieron nada. Se interpusieron veintiocho denuncias por asesinato, pero el caso nunca llegó a juicio. Al cabo de un mes, los últimos *seringueiros* fueron liberados. Pero la justicia militar abrió un proceso contra los que pronunciaron discursos el día del funeral. Lula, João Maia, Chico Mendes y otros dos oradores fueron acusados de haber atentado contra la ley de Seguridad Nacional por haber incitado a los *seringueiros* a la violencia que desembocó en el asesinato del capataz. Chico Mendes fue sometido a duros interrogatorios en el hotel Xapurí por un hombre que se cruzaría en su camino años más tarde y con el que mantendría una encarnizada lucha: el superintendente de la Policía Federal, un tal Mauro Spósito, conocido por sus excelentes relaciones con los terratenientes de la región. Joven, de bigote y el pelo untado de brillantina, era el vivo retrato del funcionario corrupto y maquiavélico. A veces cordial y conciliador, a veces frío y amenazante, interrogó a Chico durante horas y no le permitió salir del hotel durante días. Quería saberlo todo sobre el sindicato, sus miembros, los contactos con las guerrillas de otros países sudamericanos, etc. Chico le hizo saber que esperaba que los asesinos de Wilson serían sometidos al mismo tipo de interrogatorio que utilizaban con los *seringueiros*. Los pistoleros que habían disparado contra Wilson acababan de ser identificados por la policía. Se llegó a saber hasta lo que habían cobrado (400.000 cruzeiros), pero nunca fueron detenidos ni juzgados.

Las dos muertes y la brutalidad de la represión fueron como una bomba que, al explotar, desintegró el movimiento de resistencia de los *seringueiros*. Chico Mendes, hostigado por la policía, perseguido por la justicia y acosado por los terratenientes, se vio obligado a tomar estrictas medidas de seguridad. Como su muerte podía sobrevenir en cualquier momento y en cualquier lugar, tuvo que habituarse a variar de itinerario, a no dormir todas las noches en el mismo lugar y a estar al acecho las veinticuatro horas del día. Se acostumbró a no avisar de sus desplazamientos y a salir de un lugar cerrado por una puerta distinta de la que había entrado. Su primo Raimundo de Barros y él se hicieron inseparables. Durante tres meses, vivieron yendo de un lado a otro como vagabundos, siempre temiendo que la policía o algún matón les tendiera una emboscada.

Un día, cansado de caminar por la selva, se sentaron al borde de un riachuelo.

—Raimundo, a partir de hoy nos vamos a separar —le dijo Chico—. Vamos a dividir las tareas. Es mejor para tu seguridad y es la mejor manera de ayudar al movimiento. Vas a escoger una región para formar líderes y yo escogeré otra. Si permanecemos juntos, hay muchas probabilidades de que el enemigo nos mate a los dos, y ocurrirá lo que ocurrió en Brasileia. Si tú caes primero, seguiré la lucha con los compañeros. Si caigo yo, seguirás tú.

Raimundo quiso objetar pero la decisión de su primo era lógica y razonable. El adversario había golpeado a la cabeza. No quedaba otra salida que multiplicar las cabezas. Chico diría más tarde, acordándose de esa época de su vida:^[60] «Hoy por lo menos no siento ese frío, no tengo miedo de morir y de que el movimiento desaparezca. Hoy en día, cualquiera de nosotros puede ser asesinado pero el peligro no existe; el movimiento, al contrario, saldrá fortalecido».

TERCERA PARTE

**LA GUERRA VERDE
(1979-1985)**

Amazonia Oriental. Sur del Estado de Pará

«No quiero entrar en esa lata para convertirme en sardina», pensó Pernambuco. Su amigo el dentista-*fazendeiro* acababa de proponerle trabajar y vivir en su finca para ocuparse del «orden interno», organizando a los pistoleros. Parecía una solución para la seguridad de Pernambuco, cada vez más amenazada. También lo era para el dentista, que había prosperado mucho en los últimos cinco años. Ahora era dueño de más de quince mil cabezas de ganado. Tal y como le prometiera al contratarle la primera vez para eliminar a los tres *posseiros*, el dentista le había dado trabajo con regularidad. Todos los casos de campesinos recalcitrantes habían sido asignados a Pernambuco. Además, le había puesto en contacto con los capataces de otros ranchos propiedad de amigos suyos, felices al poder contar con alguien serio y competente para limpiar sus tierras. Pernambuco había ganado dinero —lo suficiente para mantener a dos o tres mujeres en la ciudad y para beber todo el Chivas que su hígado permitía (por fin le había cogido gusto al *whisky*)— pero no era capaz de conservarlo. Necesitaba ganar mucho más para cumplir con el sueño de retirarse de la vida activa en su Nordeste natal; por eso, la idea de trabajar «fijo» en una finca, dependiendo totalmente de un solo dueño, no le gustaba, a pesar de la amistad que le unía con el dentista. Sabía que no le faltaría de nada, pero que tampoco se haría rico.

La vida de Pernambuco peligraba en la ciudad. La tapadera de la carnicería sólo le servía de cara a la Justicia. Todos en Altamira sabían que el carnicero de anchas manos era un temible pistolero. Era tal el terror que inspiraba en los *posseiros* que la sola mención de su nombre les hacía temblar o enfurecerse. Aunque nunca nadie había podido probar nada contra él —«Mucha sospecha, pruebas ninguna», solía decir—, se había hecho peligrosamente popular. En realidad, el fenómeno por el que pasaba era parte del círculo vital de los pistoleros: se quemaban si permanecían mucho tiempo en el mismo lugar. Los deseos de venganza de los parientes de las víctimas no desaparecían con el tiempo. Y como cada vez había más víctimas, también había más parientes buscando venganza. Hasta hacía poco tiempo Pernambuco se había sentido protegido por la policía, gracias a las excelentes relaciones que mantenía con el retén. Antes de cada «servicio» avisaba al Comandante del puesto para que no destinase ningún agente a la zona del atentado. Nunca había tenido problema alguno de ese lado. Pero recientemente, a causa del aumento de las presiones sobre la policía civil del Estado de Pará para atajar la violencia, su amigo el Comandante había sido trasladado a Belem. El sustituto se había mostrado menos proclive a la indulgencia. Tenía instrucciones de detener a algunos pistoleros de cara a mostrar a la opinión pública que la ley imperaba en la zona de Altamira. Pernambuco no quería ser uno de ellos.

El aumento de la violencia se debía principalmente al fracaso de la Transamazónica. El

gobierno, dos años después de haber terminado su construcción, tuvo que anular el programa de colonización. De 1970 a 1974, apenas 4.900 familias se habían instalado, en lugar de las 100.000 inicialmente previstas. El 17% había abandonado en los primeros tres años. La información transmitida por quienes lo intentaban reflejaba el desgaste de los colonos, abatidos por epidemias de una malaria resistente al tratamiento habitual, plagados de hongos y demás enfermedades. La disentería había hecho aumentar la mortalidad infantil y se manifestaron varias enfermedades misteriosas, una de ellas conocida como «síndrome de Altamira», transmitida por moscas negras, que provocaba espontáneas hemorragias de nariz y, en algunos casos, hasta la muerte. La prensa empezó a llamar la otrora *autopista hacia el progreso* «la carretera que va de ningún sitio a ninguna parte». Los colonos la apellidaron «Transmiseriana». Diez años después de haberse inaugurado, sólo era practicable en 1.100 de sus 3.500 kilómetros, desde la costa atlántica hasta Itaituba en Pará. En adelante estaba cortada y la selva había recuperado el terreno que en su día tuvo que ceder a los *bulldozers*.

Altamira conoció la plena decadencia. El Aquarium estaba medio vacío. El precio del suelo bajaba, restaurantes y tiendas cerraban, agricultores pequeños y medianos abandonaban la ciudad. Pero seguía llegando un flujo caótico e incontrolado de campesinos pobres que ocupaban las tierras abandonadas y también las que no lo estaban. Talaban, quemaban, plantaban, cosechaban y luego, cuando la tierra no daba más de sí, repetían el ciclo un poco más allá. Y volvían a talar y a quemar. Esa invasión de *posseiros*, que tarde o temprano se veían involucrados en conflictos de tierra, aseguraba a Pernambuco un trabajo constante. Pero también estaba la otra cara de la moneda: «trabajar» demasiado era peligroso en un lugar donde todo el mundo se conocía. El reciente asesinato de su amigo el carnicero, por quien sentía un sincero afecto, se lo había recordado de manera trágica.

Los disparos, que habían ocurrido en el trayecto entre el matadero y el coche, iban en realidad dirigidos a Pernambuco. Se salvó a causa de un movimiento brusco e inesperado de su amigo que se interpuso entre él y la escopeta de dos campesinos apostados en el linde del bosque. «Los *posseiros* me han esperado mucho, pero nunca me han acertado...», contaría Pernambuco años después con lágrimas en los ojos por el recuerdo del carnicero que le abriera las puertas de la ciudad y cuya muerte le había salvado la vida. Aunque ya no trabajaban juntos, porque Pernambuco había abierto su propia carnicería (por cuestiones de seguridad), el carnicero le quería como a un hermano. Le estaba eternamente agradecido por su lealtad, ampliamente demostrada en el caso de su mujer, la poetisa. No hacía mucho tiempo que la mujer había convocado a Pernambuco para encargarle un servicio: liquidar a su marido a cambio de 200.000 cruzeiros y del Volkswagen del matrimonio. «No creo que estuviera loca. Sencillamente quería cambiar de vida. Intentó sugerirme que me fuera con ella, pero no le di ni la oportunidad de pedírmelo. Aquella mujer padecía un caso grave de “altamiritis”; se le habían cruzado los cables...». El caso es que Pernambuco fue en seguida a contárselo a su amigo el carnicero. Éste sintió ganas de matar a la mujer, pero se contuvo: «¿Por qué matarla, si no había negocio? —se preguntaría Pernambuco—. Los matones, o los agenciadores de pistoleros como era el carnicero, no cometen crímenes pasionales. Lo que hizo fue separarse de la esposa. Hubo una bronca muy grande y la echó de casa...».

El miedo a morir bajo las balas de los *posseiros* no era la única razón por la cual Pernambuco

había rechazado la proposición del dentista. La verdadera razón era que no quería matar indios. «Ni religiosos ni indios», repetía siempre, evocando una frase que había escuchado a los grandes pistoleros. En sus infinitas ansias de posesión, los terratenientes de la zona usurpaban cada vez más terreno, sin importarles el estatus jurídico. El dentista invadió tierras indígenas, y las empezó a talar. Los indios, sorprendidos, no reaccionaron hasta que un sórdido incidente les hizo entender la gravedad de lo que estaba aconteciendo. Un día en que estaban quebrando castaña en un calvero, fueron atacados con disparos de escopeta por los capataces de la finca del dentista. La mayoría logró escapar, pero uno fue alcanzado y cayó. Cuando al día siguiente los indios volvieron al lugar del tiroteo, se encontraron con que el cadáver de su compañero tenía el bíceps cortado y amarrado al antebrazo. Entonces entendieron el mensaje que los blancos querían transmitirles: no robéis nuestras cosas. Dos días antes, aquellos indios habían tenido el infortunio de descubrir en el campamento de los peones una cosa extraordinaria, algo que les iba a ser muy útil: una azada y dos machetes. Como no había nadie porque era la hora del baño, los cogieron. «Esto ocurrió a principios de los años ochenta —contaría Sydney Possuelo, a quien le llegó la noticia un año después de haber acontecido—, no a principios de siglo o en el pasado remoto, cuando la moral vigente permitía agredir pueblos, saquear, expoliar...».

Pernambuco se enteró en seguida de aquella salvajada porque los capataces, satisfechos de haber dado una lección a los indios, contaban la historia como unos cazadores hubieran contado sus proezas. A Pernambuco no le gustó nada oírla. Pensó en Sydney Possuelo, y hasta se le pasó por la cabeza denunciar el caso, pero se sentía atrapado entre dos lealtades: una hacia su amigo el dentista y otra hacia su amigo Possuelo. Así que no hizo nada.

El asunto empeoró cuando los indios se vengaron atacando uno de los campamentos en la *fazenda* del dentista. Mataron a un peón y se esfumaron luego por la selva. Entonces los capataces se prepararon para contraatacar. Pidieron ayuda a Pernambuco para acabar con los indios. Pernambuco no sólo se negó, sino que les aconsejó no hacerlo. Al dentista, que tenía prisa por efectuar la «limpieza», antes de que la FUNAI se metiese en el asunto, no le gustó nada aquella reiterada negativa de Pernambuco. En el mundo de los matones a sueldo no se rechazaba una oferta de trabajo de parte de alguien poderoso y de confianza, porque presuponía un desacuerdo que podría, en última instancia, ser utilizado contra el propio mandante. El dentista estaba irritado, aunque no había llegado al punto de desconfiar porque sabía que Pernambuco era un auténtico profesional y no hablaría nunca. Otro pistolero quizá hubiera pagado con la vida su negativa a cumplir tal servicio. Es lo que se llama la «quema de archivo».

Pernambuco tenía ganas de dejar el pistolero, por lo menos durante una temporada, y le exasperaba lo difícil que resultaba. Aparte de que su tren de vida iba a verse afectado, el problema es que estaba demasiado implicado. Sabía demasiado. «No tengo sosiego, quiero entrar en la ley de creyentes...», le confesó a un amigo. Ese tipo de confesión era peligroso porque alguien que quería dejar el «trabajo» podía irse de la lengua. En muchos casos los propios pistoleros mataban a sus compañeros para evitar cualquier riesgo de delación. El simple hecho de querer apartarse era peligroso; continuar era también peligroso. Pernambuco no acertaba a ver una solución clara para su futuro. Aunque una idea le rondaba en la cabeza.

Todo el mundo en Amazonia vivía bajo el impacto de un acontecimiento ocurrido simultáneamente a miles de kilómetros de allí, en las plazas mercantiles de Londres, Nueva York y Tokio, y que

repercutió en la vida de la selva —con fatales consecuencias—. En 1979, por causas que todavía se discuten, el precio del oro se elevó como nunca lo había hecho en la historia. A principios de 1980 la onza de oro alcanzó el precio de 850 dólares en el *London Metal Exchange* provocando en Ecuador, Perú, Colombia, Guyana, Venezuela, Bolivia, Guyana Francesa y sobre todo en Brasil una fiebre por el preciado metal sólo comparable al *boom* del caucho del siglo XIX.

A unos doscientos kilómetros de Altamira, en la *fazenda* Tres Barras, un labrador llamado Aristeu llevó una mañana a su patrón, el ganadero Genesio Ferreira da Silva, una extraña piedra que resultó ser una enorme pepita de oro. Genesio intentó mantener en secreto el descubrimiento pero no lo consiguió. La *fofoca* (el rumor) fue incontenible. Era diciembre de 1979. Genesio construyó una pista de aterrizaje y empezó a recibir a buscadores de oro, a quienes asignaba una pequeña parcela a cada uno, llamada *barranco*, para que la explotasen a cambio de un porcentaje de la producción. Pronto encontraron más pepitas gigantescas: una de ellas pesó 26,339 kilos y era del tamaño de un balón de *rugby*. En marzo de 1980, ya había cinco mil personas trabajando en varios centenares de barrancos en lo que se llamó el *garimpo de Serra Pelada*. En mayo eran treinta mil. Tres años después serían cien mil. Fotógrafos y reporteros de televisión mostraron al mundo imágenes de miles de buscadores de oro, sucios de barro y hollín, cargando sacos de piedra y, como hormigas, cavando un inmenso agujero en la montaña con los picos, las palas y sus manos. Las caras de esos hombres enloquecidos por el color de la fortuna y las interminables hileras humanas sugerían el infierno. Su impacto radicaba en que no se correspondían con la era de alta tecnología de los años ochenta; parecían imágenes sacadas de la Biblia, el castigo que Dios imponía a los hombres por su codicia. Pero esas imágenes que hacían de Serra Pelada el símbolo de la fiebre del oro en la Amazonia, provocaban en muchos brasileños sin porvenir unas ganas irreprimibles de participar en la bonanza. Atraídos por el espejismo del oro, hordas de campesinos pobres emprendieron la ruta hacia el corazón de la selva. Pernambuco, desde el callejón sin salida al que había llegado en su vida de matón, tampoco era ajeno a este viento de prosperidad.

No había perdido el contacto con Tarzán, aquel *garimpeiro* italiano que en Altamira le había propuesto asociarse con él cuando acababa de abandonar el frente de contacto de Possuelo. La intuición del viejo italiano había sido correcta: Serra Pelada se encontraba cerca de la zona donde hacía sus prospecciones. Había adquirido los derechos de explotación de tres barrancos y había visto *bamburrar*^[61] a muchos, pero él no había tenido la misma suerte. No pudo encontrar ninguna pepita enorme, aunque conseguía cantidades regulares de oro aluvial, una arenilla que luego amalgamaba. Cuando Tarzán llegaba a la ciudad, generalmente con dinero, pasaba por el Aquarium, donde Pernambuco solía encontrarse rodeado de chicas. Inmediatamente la atención se centraba en Tarzán. Todos querían oír sus historias fabulosas de gente que se había enriquecido de repente, de otros que lo habían perdido todo en una noche y del ambiente febril de Serra Pelada. Amazonia entera latía al ritmo de aquella mina a cielo abierto. Tarzán contaba cómo las avionetas hacían cola para despegar del aeropuerto de Marabá, la ciudad más cercana; cómo llegaban en *jets* privados hombres con maletines llenos de dinero para comprar oro en la ciudad, donde era imposible conseguir una habitación libre. Desde la madrugada la gente se ponía en fila en las puertas de las habitaciones de hotel donde los *garimpeiros*, entre los cuales se encontraba Tarzán, vendían su oro. En los pasillos se podía ver a los compradores pesar el metal y sacar fajos de billetes como si fuesen banqueros. Por la tarde, niños que barrían los cuartos recogían el polvo de

oro que se había caído a lo largo de la jornada y lo guardaban en botes de cristal. En la farmacia de Marabá se podía pagar con oro. El farmacéutico utilizaba su balanza de precisión y devolvía el cambio en metálico. Lo mismo ocurría en todas las tiendas de la ciudad.

La locura de Serra Pelada llegó al punto de provocar una auténtica dislocación social en toda la región. *Castanheiros* (recolectores de castaña), campesinos, funcionarios, dependientes, etc., abandonaban sus puestos de trabajo para ir al garimpo. Los bancos se encontraron sin empleados de la noche a la mañana y el ejemplo más espectacular de la súbita falta de mano de obra aconteció en abril de 1980 al cerrar la Oficina de Correos y Telégrafos de Marabá porque todos los empleados se habían largado a Serra Pelada... A tal punto llegó la fiebre del oro que hasta la Cámara de Comercio pidió al alcalde que cerrase la mina.

* * * *

—Quiero hablar contigo... —le dijo Pernambuco quitándose las chicas de encima. El Aquarium estaba a punto de cerrar. Olía a *whisky* malo y a sudor—. Necesito salir de aquí.

—Yo siempre estoy buscando gente fuerte como tú —le dijo Tarzán.

—¿Sigue en pie la oferta que me hiciste aquel día?

—Hay mucho ladrón en el garimpo... Pero ahora no te puedo dar la mitad.

—¿Cuánto?

Tarzán se quedó pensativo. Luego alzó la vista hacia Pernambuco y le dijo:

—Un cinco por ciento. —Pernambuco se echó a reír—. Es lo que cobra un porcentista —replicó Tarzán con firmeza—. Si no me crees, pregunta por allí... —añadió.

—Anda viejo, haz un esfuerzo —insistió Pernambuco—. Sabes que soy trabajador y de confianza...

—Ni siquiera me contestaste cuando te ofrecí ir a prospeccionar conmigo cerca de Serra Pelada. En aquella época yo era el único que andaba por allí. Ahora que he conseguido un barranco, vienes y... ¿piensas que te voy a ofrecer lo mismo? ¡Pues no!

—... Algo más del cinco.

—Cinco o nada. Piénsatelo —terminó Tarzán mientras apuraba su vaso y, acompañado de una morenita, salía del local.

Pernambuco no necesitaba pensárselo demasiado. Era una necesidad vital abandonar Altamira por una temporada. Además, era consciente de que no sabía nada de *garimpagem* y si conseguía hacerse de verdad útil, ya convencería al viejo para que le diese una parte mayor. Al día siguiente llegó pronto al Aquarium para decir al viejo italiano que aceptaba el trato. Pero Tarzán no acudió aquella noche. La morenita le dijo que el viejo había tenido que salir precipitadamente hacia Serra Pelada. Las autoridades federales acababan de invadir el garimpo y lo habían cerrado. Pernambuco parecía condenado a seguir viviendo al acecho.

Para el gobierno, la fiebre del oro en aquella región supuso una gravísima amenaza a sus planes faraónicos. Había invertido 62 billones de dólares en un proyecto de explotación siderúrgica

conocido como *Grande Carajás* considerado el más caro e importante de la Amazonia. Diez años antes, militares brasileños, junto con la fuerza aérea norteamericana, habían llevado a cabo una evaluación de las riquezas de la cuenca del Amazonas. Las fotos tomadas desde el espacio habían mostrado varios datos interesantes: un nuevo río de 400 millas al oeste de la Amazonia que no había sido descubierto porque se encontraba totalmente oculto por la vegetación, y 200 estructuras circulares en el norte de Pará que se creían eran volcanes extintos. En una fase posterior se enviaron sobre el terreno equipos de geólogos, agrónomos, ingenieros forestales, geógrafos y cartógrafos. Remontaron ríos que nunca habían sido explorados y posaron sus helicópteros en lugares donde el hombre blanco jamás había pisado. Los informes que los equipos fueron elaborando eran impresionantes: cinco billones de dólares en madera, sobre todo caoba y cedro; estaño, casiterita y manganeso en Rondonia, Pará y Roraima; caolín en Pará; oro en el río Tapajós; y, sobre todo, unos dieciocho billones de toneladas de hierro en la Sierra de Carajás, entre los ríos Xingú y Tocantins, la mayor reserva del mundo de hierro, níquel, bauxita y cobre. El gobierno militar, desesperadamente necesitado de grandes sumas de divisas para pagar la creciente deuda externa del país (que había pasado de 5 billones de dólares en 1964, año del golpe de Estado, a 85 billones de dólares en 1985)^[62], decidió poner todos los medios imaginables para explotar esa riqueza metalúrgica. El gobierno reaccionaba como un jugador que apostara todo su dinero a una sola jugada para recuperar el resto de sus apuestas. A mayor deuda, más grandiosos se hacían los proyectos. *Grande Carajás* incluía un tren financiado por los Estados Unidos, Japón y el gobierno brasileño, que transportaba cien vagones con setenta toneladas de mineral cada uno hasta el puerto de São Luis en el océano Atlántico. Cuando surgió la fiebre del oro, tres plantas siderúrgicas estaban ya en funcionamiento de un total de diez previstas.

Al atraer el garimpo de Serra Pelada ingentes cantidades de mano de obra, y al no cobrar el Estado impuestos por la explotación no regulada del oro, el Consejo de Seguridad Nacional, la piedra angular del régimen militar, recomendó al presidente Figueiredo la intervención federal. Serra Pelada, con su concentración de miles y miles de buscadores de oro, estaba en una zona de conflictos rurales que a mediados de los años sesenta había conocido una sublevación de guerrillas. Con la excusa de que era una amenaza para la seguridad nacional, los militares decidieron, por primera vez en la historia, invadir una mina.

El 1 de mayo de 1980, un helicóptero que llevaba a bordo al legendario Mayor Curió al mando de un grupo de policías federales, se posó en Serra Pelada. Curió reunió a los *garimpeiros* y disparó al aire su pistola Magnum diciendo: «Podéis quedaros con vuestras armas por ahora, pero no olvidéis que el único que dispara aquí soy yo». Curió acordonó la zona, prohibió provisionalmente la entrada y salida al garimpo, echó a todas las prostitutas, incautó todas las armas y prohibió la venta y consumo de bebidas alcohólicas. Se creó un cuerpo administrativo y todos los *garimpeiros* fueron obligados a proveerse de una tarjeta de trabajo, condición indispensable para residir en Serra Pelada. El contrabando de oro se hizo imposible y la hemorragia de gente de Marabá a Serra Pelada cesó de repente. Se instaló una clínica, un puesto de control de malaria y se abrió una sucursal de la Caixa Económica Federal (Banco del Estado), donde era obligatorio vender todo el oro extraído. Se tendieron líneas de teléfono, se abrió una oficina de Correos y un supermercado del gobierno, que vendía víveres a precio de costo. Cada nueva jornada de trabajo comenzaba con una reunión masiva frente a la oficina desde donde el Mayor Curió largaba un discurso después de cantar el himno nacional. Hombre de gran carisma,

Curió tenía la habilidad de hablar a los *garimpeiros* en términos familiares y pronto se hizo muy popular: «*Deus no céu e Curió aquí na terra*»^[63], decían de él los mineros.

Pero no todos estaban satisfechos con la intervención del gobierno, que, si bien garantizaba cierto orden, también imponía unas reglas que no se correspondían a veces con las exigencias de la realidad. Una de las nuevas leyes sería especialmente perjudicial para los *garimpeiros* más expertos: no se permitía al mismo individuo tener intereses en más de un barranco (la parcela de tierra que le corresponde trabajar a cada minero). Era como si a un jugador de ruleta se le prohibiese apostar a varios números a la vez. Los que tenían varios barrancos, y éste era el caso de Tarzán, se vieron obligados a escoger uno y a entregar los otros a la oficina central sin recibir compensación económica alguna. Desilusionado y con la sensación de haber sido robado por las autoridades, Tarzán decidió vender la última de sus explotaciones y abandonar Serra Pelada. A sus casi setenta años, se deshizo de la maquinaria y se preparó a seguir con su especialidad: la prospección. Esta vez iría más al sur, en pleno territorio indígena perteneciente a la tribu de los kayapó, en la Sierra de Gradaús donde diez años antes había descubierto «mantequilla». Continuaría ejerciendo su verdadera vocación, la de *desbravador* (pionero, descubridor de tierras vírgenes). Pero como ni los más solitarios *garimpeiros* pueden trabajar sin ayuda, el viejo buscador necesitaba por lo menos un compañero. Ahora que Pernambuco estaba disponible, Tarzán vio la oportunidad de vivir quizá su última gran aventura *garimpeira*.

La única persona de quien se despidió Pernambuco fue el dentista, que había insistido en que fuese a tomar un Chivas a la *fazenda* antes de partir con Tarzán. «Tenía mucho interés en que vinieses. Quiero enseñarte algo...», le dijo al recibirle. Pasándole el brazo por el hombro, caminaron por la veranda y salieron al jardín. Apenas se veía la selva desde la mansión que se había hecho construir en medio de lo que ahora eran sus pastos. De no ser por alguna que otra palmera y por el calor, el paisaje se parecía a las grandes fincas del Medio Oeste norteamericano. Hasta el dentista iba vestido como un personaje de la serie *Dallas*. Por toda la Amazonia se había desarrollado una cultura de la ganadería imitativa del Lejano Oeste; los fines de semana, *fazendeiros* y peones asistían a los *boiaderos*, especie de rodeos en los que algunos vaqueros montaban toros y vacas. Pero a diferencia de los ranchos norteamericanos, cuya tierra era rica y cuyo pasto podía alimentar más de diez cabezas de ganado por hectárea, las fincas de la Amazonia alimentaban una cabeza de ganado por hectárea en el mejor de los casos. A la mayoría de terratenientes esa baja productividad les daba igual; para ellos la ganadería seguía siendo el mejor pretexto para adueñarse de la tierra. Otros, como el dentista, cuidaban muy de cerca a sus animales, investigaban y buscaban nuevas especies de ganado.

«Te voy a presentar... Es lo más maravilloso que he visto jamás. Es mi orgullo, es la alegría de mi vida...», le dijo a Pernambuco, que esperaba encontrarse con una mujer imponente. Pasaron junto a la inmensa antena parabólica y detrás de una de las avionetas aparcadas en la pista de aterrizaje, había lo que parecía una estatua de piedra. Era un cebú inmenso de raza Nelore, recién importado de la India. «¡Tráenos a *Fiat!*!», ordenó a un empleado suyo que rápidamente ejecutó la orden. El hombre se acercó tirando del gigantesco animal, que se resistía a avanzar. Sus botas de cuero repujado se hundían en el barro. «Te presento a *Fiat!*...», le anunció el dentista, rimbombante. Pernambuco nunca había visto un buey tan grande y majestuoso, aparte de tan increíblemente dócil y tranquilo. El dentista le acarició con indecible ternura y le habló a la oreja, del tamaño de una toalla de mano. El animal se levantó con una parsimonia oriental. Su piel lustrosa, la jiba, la papada y su ancha cornamenta le conferían un aire de gran señor. Era un cuadro heteróclito: un dentista-ranchero apasionado por un animal de la India que se protegía del sol tumbándose bajo el ala de una de las avionetas. La imagen de la nueva Amazonia.

Fiat era el símbolo del poder y la riqueza del dentista. Había puesto todas sus esperanzas —y mucho dinero— en aquel semental. Los problemas del ganado —picaduras de serpiente y hierbas venenosas— se habían agravado con la fiebre aftosa (enfermedad de las patas y la boca), una afección endémica que impedía la venta de carne amazónica a los mercados internacionales. A pesar de los 3.000 millones de dólares^[64] que le habían costado a Brasil los incentivos para implantar la ganadería, Amazonia seguía siendo una región importadora de carne. Los

terratenientes pensaban que el problema se encontraba en los animales, y se obstinaban en ignorar la razón de fondo: la degradación irremediable de los pastos.

Esa esterilidad de la tierra había sido un misterio que había intrigado a generaciones de científicos, exploradores, conquistadores y planificadores, perplejos ante el contraste entre los mediocres campos cultivados y la profusión de lianas y árboles de la selva circundante. El origen de ese espejismo de fertilidad que había atraído a la Amazonia a millones de pioneros no se desveló hasta mediados de los años ochenta cuando los científicos descubrieron que la selva sólo extrae el 8% de sus alimentos del suelo que la sostiene. El resto lo consigue en la biomasa, es decir en todo su material vivo; los árboles sacan elementos nutritivos de otras plantas y de la descomposición de sus propias hojas, y muy poco a través de las raíces. La rama que cae, el insecto o el animal que muere es inmediatamente devorado por hormigas, hongos, termitas o parásitos. Ningún organismo permanece tranquilo en su rincón, todo está en perpetuo estado de regeneración, naciendo o muriendo, creciendo o pudriéndose, atacando o defendiéndose. Los científicos dedujeron que precisamente la singularidad de ser un suelo pobre hace del bosque tropical un organismo casi autosuficiente. La mayoría del agua de lluvia se evapora antes de llegar al suelo, pero al talar, cuando ya no queda nada de la capa protectora del bosque, el agua arrastra los elementos nutritivos de la tierra, empobreciéndola. A principios de los años ochenta, la mayoría de los *fazendeiros* seguían queriendo su parte de subvenciones y de dinero fácil. Cuestionar la calidad de la tierra, o la rentabilidad de sus fincas agropecuarias, equivalía a tirar piedras sobre su propio tejado.

Cuando terminaron de beberse el *whisky*, Pernambuco se despidió del dentista.

—Tú puedes ser el encargado de todo esto —le dijo a Pernambuco señalando el horizonte de sus tierras—. Aquí tienes un futuro garantizado...

—*Muito obrigado, senhor...*

—¿Seguro que no te quieres quedar? Todavía estás a tiempo...

—No, señor —contestó Pernambuco.

—Si es una cuestión de dinero, podemos hablarlo...

—No es una cuestión de dinero. Altamira está muy caliente para mí...

El dentista pareció entenderlo. Los dos hombres se abrazaron y Pernambuco se metió en la furgoneta.

—Gracias por tu visita, Pernambuco —le dijo el dentista—. Si cambias de parecer, aquí tienes casa y trabajo.

—*Adeus* —dijo Pernambuco, emocionado por el afecto que siempre le había dispensado el dentista más rico de la Amazonia.

* * * *

A medida que la canoa cargada de combustible y víveres se alejaba de Altamira río arriba, Pernambuco sintió que todos los músculos de su cuerpo se relajaban. También le pareció que su cerebro se ablandaba. Ya no tenía que estar al acecho las veinticuatro horas del día, ni mirar

constantemente hacia atrás, ni tener cuidado de cómo se sentaba o al lado de quién lo hacía ni de qué puerta abría. Ahora tenía que volver a acostumbrarse a dormir a pierna suelta, a no sobresaltarse con cualquier ruido, a no creer que todas las sombras eran enemigas; a disfrutar de un sosiego que los muertos que arrastraba no le habían permitido disfrutar. Peor que si estuvieran vivos, aquellos muertos habían terminado por hacerle la vida imposible. Aunque la selva casi le había tragado vivo cuando huyó del trabajo esclavo, ahora era feliz al regresar a ella, de volver a esconderse en su maraña de vegetación, dejando atrás la jungla de los hombres.

Tarzán no había indagado demasiado sobre el pasado de Pernambuco porque se dejaba guiar por su instinto. Además, prefería unirse con gente que no fuese de la profesión. Estaban menos viciados y, como sabían poco dependían más de él. Habían llegado a un acuerdo para el reparto de las ganancias: un 70% para Tarzán y un 30% para Pernambuco, lo que suponía un avance considerable desde el 5% ofrecido antes de la intervención e incautación de sus barrancos en Serra Pelada. Tarzán le había prometido igualar la oferta inicial del 50%, hecha unos años atrás, si demostraba eficacia y lealtad. Para un *desbravador* de setenta años, asociarse al corpulento Pernambuco, con sus brazos y manos como las ramas de un baniano, era una panacea que le permitiría dedicarse a la pasión de su vida, la búsqueda y la investigación en la selva. Tarzán formaba parte de la élite de buscadores de oro, los más expertos. Capaces de pasar largas temporadas en la selva, esos hombres se dedicaban a la prospección más por puro placer que por el mero deseo de enriquecerse. Son los que mayores riesgos corren y los primeros en subir al legendario podio de los *garimpeiros* cuando descubren una nueva mina. La vida en el garimpo, con su complejo entramado de relaciones y su sinfín de problemas —sueños, porcentajes, absentismo, etc.— no era lo suyo. Por eso no había sentido vender su explotación de Serra Pelada.

Era un experto navegante, buen conocedor de los ríos y la selva. Hablaba mucho, como lo hacen las personas solitarias cuando están en compañía. Contaba historias de Italia y estaba obsesionado con su madre. Al despertarse la primera mañana en la vera del río, después de haber pasado una noche terrible luchando contra los mosquitos y sin pegar ojo, Tarzán contó cómo se le había aparecido su madre vestida de blanco con un ramo de rosas en la mano y cómo le había llamado a su lado. «Quiere decirme algo, sé que quiere decirme algo... No pasa de este verano sin que vaya a Italia...», repetía llorando. El viejo italiano vivía atormentado por la idea de que su madre hubiera muerto. No había día en que no la mencionara, como tampoco había día en que no hablara de su infancia y de cómo conseguía comunicarse con el más allá. Esto inquietaba a Pernambuco, que se rascaba la cabeza pensando que se había asociado a un majareta. «Ahora entiendo por qué buscaba desesperadamente a alguien... ¡Para contar sus locuras!», llegó a pensar.

Tarzán se irritaba cuando ponían en duda su cordura. El viejo era un hombre de fe, tenía visiones y hablaba con los muertos, pero eso no quería decir que estuviera chiflado. Pernambuco se arrepintió de haberle preguntado si algunos de sus familiares habían acabado en un manicomio. El viejo dejó sentado que no le permitía alusiones de ese tipo. Si a veces le fallaba la memoria, era a causa de todos los años que había inhalado mercurio al amalgamar el oro. Pero no porque estuviera loco.

Las noches siguientes durmieron en las chozas de barro de los *ribeirinhos* a orillas del Xingú, habitadas por familias numerosas de *exseringueiros* que vivían de la cría de animales de corral, de la caza y la pesca que ofrecían su hospitalidad a cambio de un poco de jabón, café, pastas o

azúcar, provisiones de las cuales Tarzán se había abastecido sobradamente. Era posible que estuviera loco, pero a Pernambuco nunca se le hubiera ocurrido prever todo lo necesario con tanta exactitud. Tampoco se le hubiera ocurrido hacer tantas preguntas sobre el tráfico en el río; poco a poco fue entendiendo que Tarzán acaparaba toda la información posible respecto a la situación de los demás buscadores y también para evitar que le siguiesen. Un viejo experto como él podía ahorrar muchos palos al agua a algún *ambicioso*, como se llamaba a los *garimpeiros* sin escrúpulos que pululaban por los ríos. Tarzán los temía más que a las bestias de la selva. Creía que tenían *olho grande*, lo que en los garimpos significa el mal de ojo unido a la envidia. Evitar aquella plaga había sido una de las causas por las que se había asociado a Pernambuco.

El viejo era también un poco poeta. Antes de dormirse en su hamaca, cantaba canciones de cuna para, según decía a los numerosos niños que dormían en sus hamacas colgadas de las paredes y el techo, alejar los malos espíritus de la selva. Luego rezaba en voz alta, lo que exasperaba a Pernambuco. Al alba se despertaban con el aroma del café, el cacareo de las gallinas, los aullidos de los perros y los llantos y risas de los niños que saltaban de sus hamacas para zambullirse en el río. Poco después Tarzán y Pernambuco empezaban su jornada de viaje.

Más adelante el río se estrecha y los encuentros con seres humanos se hacen escasos. Algunas fisuras en el muro forestal interrumpían la monotonía de la selva: eran los senderos abandonados de los plantadores de yuca o los caminos de los *seringueiros*, aquellos que Pernambuco no había sabido reconocer en su huida unos años antes. Los dos navegantes se alimentaban de inmensos *pirarucús*, muy comunes en aguas del Xingú. Con sus trazados sobre la piel y su forma de animal prehistórico, el pirarucú parece no haber evolucionado desde el Pleistoceno. Tienen branquias, pero también un pulmón, y es fácil pescarlos porque suben a la superficie a respirar cada tres o cuatro minutos. Tarzán era un maestro de la vida en el río. Reconocía el *tralhoto*, pez volador que tiene dos parejas de ojos, una para su visión aérea y otra para escudriñar la superficie del agua. También estaba el *acará*, cuya hembra, al sentir peligro, abre su inmensa boca para que se refugien sus crías; luego la cierra de golpe y triunfalmente se enfrenta al enemigo. Tarzán se carcajeaba, sorprendido como un niño cuando descubre las maravillas de la naturaleza por primera vez.

Cuando se acostumbró a las excentricidades de su compañero, Pernambuco empezó a disfrutar de su nueva vida, en la que tenía que dedicarse a las tareas más esenciales, como encender un fuego o preparar un cebo. Toda una novedad para un individuo que durante los últimos años se había dedicado exclusivamente a planear muertes y a evitar ser asesinado.

El décimo día de navegación entraron en territorio indígena. «Tierra de indios es tierra de madera y oro», decía Tarzán. De vez en cuando algún kayapó, la cara pintada de jenipapo y con las flechas en la mano, saludaba desde la ribera. Tarzán no deseó pararse hasta que hubieron dejado el Xingú para remontar el río Fresco. No quería entretenerse con los caciques; deseaba pasar lo más inadvertido posible. Se turnaban al timón, quemándose al sol durante el día y tiritando de frío durante la noche. Así llegaron a la desembocadura de un riachuelo por donde se metieron, sorteando troncos y ramas caídas hasta que ya no pudieron navegar. El lugar era oscuro, iluminado débilmente por algún rayo de sol que pugnaba por atravesar el denso follaje. Tarzán cogió un puñado de arena del lecho del riachuelo. Lo estudió detenidamente y sonrió. «Vamos bien...», le dijo a Pernambuco, que luchaba contra un enjambre de insectos. Para el viejo *garimpeiro* la selva no era monótona como le parecía a Pernambuco; aparte de su fascinación por

los animales y las plantas, digna de un naturalista, Tarzán veía en ella una diversidad de micro-universos de los que se podía extraer oro.

Constantemente utilizaba la *bateia* (criba), una especie de plato cónico de unos cuarenta centímetros de radio, y su versión más pequeña, la *cuiá*, usada tanto para cerner en busca de oro como para comer. Cada cincuenta metros, Tarzán ponía un puñado de arena del riachuelo en su criba, añadía agua y la removía en ambas direcciones. El material más ligero tiende a gravitar hacia el borde del plato y salirse, mientras que el más pesado tiende a depositarse en el fondo. Cuando pensaba que ya había bastante material concentrado en el fondo, añadía gotas de agua con sus dedos mientras mantenía la criba inclinada, con el fin de lavar las impurezas más pesadas que se hubieran colado. Llamaba a Pernambuco y le mostraba el destello de una o dos partículas doradas contra el oscuro fondo metálico. Entonces a Pernambuco se le iluminaba la cara y olvidaba por un momento las miserias que los insectos y la fatiga le hacían pasar.

—Cuando estás sobre una pista como la de ahora —le explicaba Tarzán— tienes que seguirla hasta ver en qué dirección se desvía el oro. Siempre mira hacia el suelo y cuando cambia de color es porque hay un mineral distinto. Entonces usa tu criba para saber si es oro, hierro, casiterita o lo que sea. Mira... aquí el suelo es como tiza... —le dijo indicándole un fango amarillento—. Más allá es arenoso... Hay que mirar de cerca y buscar las venas, allí donde la tierra cambia de color... a veces rojiza, o blanquecina, o negruzca.

—¿Quién te enseñó todo esto? —le preguntó Pernambuco, arrodillado en el suelo.

—Nadie, hijo mío... Rezando mucho y pidiéndole a Dios que me abra la mente —le contestó Tarzán.

—¿También te dijo Dios que había oro aquí?

—No, eso me lo figuraba yo. Si te hubieras fijado, habrías visto que nos hemos metido por un riachuelo a los pies de unos montes. Hace diez años hice prospecciones del otro lado de esos montes y encontré *mantequilla*, aquella que te enseñé. Entonces pensé que de este lado también tenía que haber... Y me parece que no me he equivocado. Pero hay que llegar hasta la roca. No olvides que el oro baja. Viene de arriba, de la roca, que suelta polvillo y pepitas...

A medida que ascendían, la selva era menos densa; abundaban los matorrales y los árboles eran más bajos, aunque el avance seguía siendo difícil. Frente a ellos se erigían macizos de grandes rocas negras. A la altura del suelo se adivinaban cuevas cuya entrada estaba obstruida por un caos de piedras recubiertas de musgo y escondidas bajo una cortina de hiedra, enredaderas y ramas. Por encima de las rocas se elevaban colinas cubiertas de maleza. Mirando hacia atrás se tenía una vista espectacular sobre un océano verde. No había signo alguno de vida humana, ni siquiera aldeas indias. Aunque la temperatura era ligeramente inferior a la de la llanura, el calor resultaba agobiante; nubes de mariposas flotaban en el aire pesado y húmedo. La quietud no era silencio; se oía el curso de los arroyos entre el canto de las cigarras y los pájaros y el croar de las ranas. Se oía sobre todo el jadeo de las respiraciones, el ruido de los pasos y de los machetazos al avanzar.

Al llegar a una pequeña explanada, Tarzán abarcó el paisaje de una sola mirada y recorrió con la vista los detalles para comprobar su impresión inicial. Luego se tendió a orillas del arroyo y bebió largamente. «¡Qué fresca!», dijo contemplando las rocas mientras se secaba la boca con su camiseta. Se levantó y las estudió. Cavó un agujero en la tierra y echó un puñado en la criba. Se agachó sujetándola entre las manos y la sumergió parcialmente en el agua. Hizo un lavado

delicado y escrutó la tierra. Quedó una fina arena negra, como una pincelada de pintura. En medio había una partícula dorada, más grande que las anteriores. Echó más agua y, después de una rápida sacudida que removió los granos de arena negra, vio un segundo granito brillante. Siguió haciendo un lavado finísimo. Examinaba meticulosamente cada pequeña porción. Descubrió otra partícula, y otra. Como un pastor con su rebaño, reunió su grupo para que ninguna se perdiera. Las contó: «Trece —dijo casi en un susurro—. Estamos en un buen lugar». Siguió observando el macizo de rocas negras con una mirada penetrante, como si estuviera estudiándolas una a una. Caminó hacia su derecha y repitió la misma operación. «Diez», contó esta vez. Ordenó a Pernambuco que hiciese lo mismo del otro lado. Pero tuvo que repetir el trabajo porque Pernambuco no acertaba. Aunque usar la criba era fácil, se tardaba algún tiempo en aprender. Allí donde Pernambuco no conseguía más de una o dos partículas, Tarzán sacaba cinco o seis. Como si estuviera en trance, totalmente concentrado, el viejo inició de nuevo la batida, partiendo del punto inicial. Sus granitos de oro fueron aumentando.

Instalaron las hamacas en un pequeño calvero y durante varios días se dedicaron enfebrecidamente a cavar agujeros y sacar arenilla de oro con sus cribas. A medida que ascendían por la ladera extraían más partículas, y el viejo Tarzán las guardaba en un bote de cristal. Tan enfrascados estaban en su trabajo que apenas notaron el paso del tiempo. Pernambuco olvidaba la comida. Tarzán se ocupaba de encender la hoguera y de preparar el «arroz feijão», sin carne porque no querían perder tiempo en cazar. Sólo notaban la fatiga cuando se dejaban caer en sus hamacas al final del día, y los músculos se les agarrotaban tras haber estado agachados desde el alba. Tenían la espalda rígida. «Por eso lo llaman la fiebre del oro —le dijo Tarzán—, porque hasta un viejo como yo pierde la razón... ¿De qué sirve tanta prisa? Nadie se va a llevar las rocas. Llevamos tres días sin comer nada fresco. Mañana tenemos que cazar algo, si no nos va a dar el beriberi...».

Pero al día siguiente se levantaron con el sol y, sin desayunar, se pusieron a trabajar. De nuevo se les olvidó cazar y cenaron otra vez harina de yuca y «arroz feijão». La riqueza cada vez mayor de lo que obtenían contribuía a mantenerles en un continuo estado de excitación. Pernambuco era incapaz de caminar normalmente: llenaba la criba de tierra y corría cuesta abajo para coger agua, luego regresaba corriendo, tropezando con lianas y ramas. Cada vez tenían que cavar más hondo para conseguir las partículas doradas. Pronto tuvieron que dividir el trabajo. Tarzán hacía la criba, mientras Pernambuco cavaba. Con la espalda dolorida de trabajar encorvado, destrozaba la blanda tierra con el pico y la pala. Ascendían como orugas, pero tuvieron que interrumpir su trabajo cuando aparecieron dos sombras entre la maleza. Tarzán se asustó: «¡Nos han seguido!», dijo pensando que se trataba de dos *garimpeiros*. Pero al comprobar que no contestaban a sus saludos, y que tampoco se iban, dedujeron que eran indios. Pernambuco dijo algo en lengua kayapó. La respuesta fueron unas risas e inmediatamente dos indios salieron a la luz. Era una pareja de jóvenes que había salido a cazar. Husmearon el lugar, pero no encontraron nada apetecible de comer. Hicieron ademán de interesarse por un machete, pero Tarzán, precavido, no quiso regalárselo, porque sabía que regresarían a por más. Se limitó a darles perlititas de plástico para sus collares. Los indios permanecieron un rato viéndoles trabajar y, sin entender por qué aquella pareja de lunáticos se esforzaba con tanto ahínco, partieron, como habían venido, riéndose.

Un minuto después, Tarzán y Pernambuco se olvidaron por completo de aquella visita. El viejo

estaba preocupado: «Se hunde, se hunde...», decía al comprobar que cada vez había que cavar más hondo. Dos días más tarde estaban a un metro de profundidad. El valor de cada batida se había multiplicado por cuatro. La noche les sorprendía con los ojos luchando contra la oscuridad, mientras lavaban más y más tierra y depositaban más pepitas y más granitos en el bote de cristal, que ya estaba a medio llenar. «Uno de nosotros va a tener que ir a la ciudad a comprar víveres y material... —sugirió Tarzán—. Aquí tenemos para rato». La zanja que habían cavado parecía una herida en la piel de la ladera. Sus cabezas estaban a la altura del borde del agujero. El agua les cubría media pantorrilla, y el azadón les salpicaba de agua fangosa. El pico, al estrellarse contra las rocas, hacía saltar chispas. Tarzán examinaba las piedras de cerca: «Es cuarzo... Buena señal. Sigue». Pernambuco no se quejaba nunca, como si dispusiera de toda la energía acumulada durante los años en que no había hecho ningún trabajo físico. Atacó el cuarzo desmenuzando con grandes golpes, desintegrándolo. Tarzán hundió su pala varias veces hasta que su ojo captó un destello amarillo. «¡Para!», ordenó a Pernambuco. Se agacharon; Tarzán cogió un trozo de cuarzo y lo limpió. Había un pedazo de oro del tamaño de una ciruela. Lo lavó en la criba y el metal fue adquiriendo su brillo característico. «¡Y luego dicen que soy demasiado viejo para encontrar oro! —exclamó—. Fíjate bien, Pernambuco: oro puro... Una veta de oro puro... ¡Un bamburro!». Pernambuco estaba anonadado. Chorreando sudor, las manos fuertemente crispadas sobre el mango de su pala, sintió un vahído y se tambaleó. «¡Un bamburro!». La palabra retumbaba en lo alto del macizo. Pernambuco no podía creerse que la suerte le hubiera agraciado tan pronto. Abrazó al viejo Tarzán y juntos saltaron en el agua fangosa, chapoteando como dos chiquillos.

De regreso al campamento, Tarzán sacó su balanza y pesaron el pedrusco: 28 gramos. No era un gran bamburro pero bastaba para recuperar todos los gastos habidos hasta entonces y, sobre todo, para comprar material y seguir explorando la mina.

—Aunque dicen que el dinero del primer bamburro tiene que ser gastado en putas y en *cachaça*, creo que nos conviene invertirlo en un *cobra fumando* y en víveres —propuso Tarzán, quebrando así una vieja costumbre *garimpeira*. Pernambuco asintió; había tenido tiempo de hartarse de prostitutas y alcohol en el Aquarium. Tarzán se levantó y, con aire solemne, anunció—. Hay que ponerle un nombre a este lugar... ¿Qué se te ocurre?

Pernambuco puso una expresión pensativa, la que siempre ponía cuando hacía un esfuerzo sobrehumano para concentrarse, algo rarísimo en él. Por fin, se le iluminó la cara y soltó su brillante idea:

—Ya sé... *O garimpo do Tarzán*... —dijo enfáticamente. Tarzán no esperaba menos de su compañero y asintió con la cabeza.

—Me parece una buena idea —dijo.

El día siguiente lo dedicaron a limpiar y a profundizar la misma excavación. Encontraron unos granitos más. El bote de cristal resplandecía como si tuviera luz propia. Tarzán se pasó el día hablando de su pueblo en Italia y de cómo entregaría parte de su dinero a la beneficencia local. A su edad, decía, tenía que pensar en asegurarse el reposo eterno. Pocas cosas quedaban en esta vida que no hubiera disfrutado ya, le contaba a Pernambuco. Había conocido el amor y se había casado dos veces con mujeres maravillosas. Una de ellas terminó por robarle todo su dinero y luego le abandonó, mientras que la otra —un ángel, decía— murió de cáncer a los treinta años. Había conocido la fortuna innumerables veces, pero había sido incapaz de conservarla. «El dinero que se gana con el oro no dura», solía repetir. Se lo había gastado todo en casinos y otras

excentricidades, como fletar un avión para invitar a unos amigos *garimpeiros* a pasar un fin de semana en Rio de Janeiro o alquilar un burdel entero para disfrutar, solo y sin límite de tiempo, de todas sus chicas. Ahora sólo soñaba con vivir en su pueblo natal los años que le quedaban, junto a su vieja madre, si es que estaba viva. Regresar al terruño era el sueño más común en una tierra de inmigrantes como la Amazonia.

—Mañana iré a Redenção... —le anunció Tarzán por la noche—. Voy a avisar a Hitler...

Pernambuco le miró con espanto. En una fracción de segundo, pensó que el bamburro había sido una emoción demasiado fuerte para Tarzán y que le había hecho perder la razón.

—Hitler es un viejo amigo mío —explicó Tarzán—. Es el mejor piloto. Tengo que negociar con él para que nos mande mercancías cada dos semanas. Tardaré por lo menos cuatro días en llegar si todo va bien. En total estaré fuera unos diez días...

Pernambuco no contestó. No le gustaba la idea de quedarse solo en la explotación.

—¿No es mejor que vaya yo? —sugirió.

—No sabrías lo que hay que traer, ni lo que vamos a necesitar. Además los pilotos no trabajan para alguien que no conocen y del cual no están seguros que vayan a cobrar.

Pernambuco no insistió.

Tarzán emprendió el descenso hacia la canoa y Pernambuco se metió en el foso y siguió cavando. Al quedarse solo, todo su ser se puso en estado de alerta. Lo achacó a una deformación profesional, a la paranoia inherente a cualquier persona que ha vivido mucho tiempo al margen de la ley. Además, se encontraba más débil que los días anteriores y lo achacó a falta de comida fresca. En realidad sentía el peso de todo el cansancio acumulado. Pero no por eso dejó de cavar.

Después de varias horas sintió que una sombra fugaz pasaba por encima de su cabeza mientras él asestaba potentes golpes al cuarzo podrido. Tuvo una intuición de peligro que le puso en tensión y le erizó los pelos del cuerpo. Sintió un nudo en el estómago y se quedó un rato sin poder tragar saliva. Poco a poco se tranquilizó: «Otra vez los indios», pensó. Siguió como si nada, agachado y dando con el pico en la roca. Hasta que de nuevo pasó la sombra. Gritó en kayapó, pero no obtuvo respuesta alguna. Hizo deducciones rápidas, intentando adivinar la naturaleza de aquella presencia. Había pasado demasiado tiempo perseguido por la gente que le quería matar como para no adivinar una amenaza. Su instinto le empujaba a salir del agujero y enfrentarse al peligro, pero tuvo la sangre fría de permanecer en el foso. Necesitaba pensar, ordenar sus miedos.

«¿Y si fuese un animal y no un hombre?», se preguntó mientras sacaba cuarzo desmenuzado con su pala y se agachaba para observarlo. Podía tratarse de un jaguar. Sabía que los jaguares y los gatos salvajes abundan por la alta selva. «Pero entonces —se preguntó—, ¿por qué no me ataca?». A lo mejor no tenía hambre. Había oído decir que el jaguar sólo ataca cuando está hambriento. ¿O quizá era un *capibara*, especie de roedor gigante cuya carne es muy apreciada por los indios? Era posible. En ese caso, no había peligro. Se fue serenando.

Al cabo de un rato llegó a olvidarlo. «El hambre y el cansancio me hacen desvariar», pensó. Siguió con su trabajo hasta que se paró a descansar. Apoyado contra el mango de la pala, se pasó la sucia camiseta por la frente empapada. De pronto oyó un chasquido a poca distancia, y se

agachó. Asomó lentamente la cabeza para mirar en derredor. No vio nada anormal. Estuvo un buen rato al acecho. Ahora estaba seguro de que no había sido víctima de alucinaciones. Todavía cabía la posibilidad de que fuese un animal, pero había sentido algo humano en aquel chasquido. Volvió a gritar en kayapó. La fugaz sombra que había cruzado por su cabeza no podía ser más que la de un indio. Quizá se había asustado, y había ido a avisar a los demás. Esa idea le tranquilizó. Sabía tratar con indios. No en vano había vivido un año en un frente de contacto con Possuelo.

Pasaron los minutos, y luego las horas, y Pernambuco empezó a pensar que no podía seguir en aquel agujero. Depositó las herramientas en el borde del foso y, apoyándose en sus brazos, salió a la superficie. Miró a su alrededor. Aguzó el oído. Todo parecía normal.

Emprendió el camino hacia el campamento. Oteó el suelo y ya no tuvo dudas: había pisadas de hombre, y no eran las suyas. Tampoco eran de indio; eran de zapato de hombre blanco. Se le heló la sangre. En los alrededores había alguien con intención de matarle. Ahora estaba seguro de ello. Faltaba por saber si había más de uno.

En el campamento, situado entre la maleza a unos metros del foso, comprobó que alguien había estado rebuscando. No se acercó al escondite donde tenía el bote. «Quieren robarme el oro... ¡Pues no lo van a encontrar!», se dijo. Deshizo las hamacas y guardó todos los enseres mientras sus ojos vigilaban como los de un pájaro. Huir parecía lo más sensato, pero la idea le repugnaba. Dejar el producto de su esfuerzo, sin más, a los buitres que merodeaban por allí no era su estilo. Quedarse en los alrededores podía significar la muerte. Era una elección difícil. Como no tenía mucho tiempo para seguir cavilando, decidió trasladar todo al foso. Allí se atrincheró, protegiéndose de los rapaces que seguramente querían robarle. «Si me matan aquí, les será muy fácil enterrarme», pensó en el fondo del hoyo. Dispuso los víveres alrededor del foso, echó unas paladas de tierra para absorber el agua y plantó dos palos a cada lado entre los cuales colgó su hamaca. Tumbado así podría vigilar el claro de la selva que le circundaba. Con la escopeta en sus brazos se preparó para pasar una noche de vigía.

Varias veces se despertó sobresaltado, pero no sintió ninguna presencia extraña. Un pájaro emitía una especie de sorprendente quejido que parecía humano. Con la luz del día se fueron disipando los temores de la noche. De repente le vino una idea, y se maldijo por no haberla pensado antes: «¡Si está clarísimo!», exclamó en voz alta. Había dado con la clave del enigma. Aquella sombra amenazadora era la del propio Tarzán. Todas las piezas encajaban de repente en su sitio: la insistencia del italiano en emprender solo el viaje a Redenção, su locura que era probablemente fingida, las recomendaciones de no alejarse de la mina... Ahora lo entendía todo. El viejo italiano le había utilizado para encontrar la mina y ahora querría eliminarle. Había fingido un viaje a la ciudad pero en realidad había vuelto para matarle, así no tendría que repartir nada. Los pensamientos se sucedían en la cabeza de Pernambuco como un arroyo de aguas caudalosas, una idea tropezando con otra, reuniendo evidencia tras evidencia. Se había despertado en mitad de la noche con una pregunta que le obsesionaba: ¿Y si había más de uno en los alrededores? Sólo había discernido las huellas de un individuo. Por otra parte, se había preguntado por qué no había atacado ya. Podían haberlo tiroteado en plena noche, o la víspera mientras estaba cavando. Había dos razones para no hacerlo, pensó. Una, que no quisiesen matarlo todavía porque no habrían encontrado el oro, en caso de que fuesen ladrones. Dos, que sólo hubiese una persona acechándole y que estuviera a la espera del mejor momento para atacar. Pero si se trataba de Tarzán, y ahora estaba seguro de ello, todo se explicaba. Tarzán esperaría a que

cavase más y más antes de dispararle por la espalda, porque el viejo estaba demasiado débil para hacer el trabajo por sí mismo. Cuando hubiera partido la ladera por la mitad, entonces el viejo tomaría el relevo. «¡Por eso me ofreció la mitad la primera vez que me lo propuso! —pensó Pernambuco—. ¡Porque no tenía intención de repartir nada!... ¡Maldito viejo!». Ahora que había adivinado el origen del peligro, urdió su plan. «Estará esperando a que cave como un condenado —razonó—, pero no me voy a mover. A ver qué hace él... Se pondrá nervioso e intentará matarme. Ahí le espero...».

Pernambuco dispuso unos enseres en la hamaca para que pareciese que estaba tumbado en ella, y luego se situó debajo, con los pies encharcados en el foso. Permaneció dos días y dos noches al acecho, vigilando cada centímetro de selva que le rodeaba, esperando que el adversario diese el primer paso. En esos dos días no comió y cuando el agua del foso reflejó la imagen de su cara, no se reconoció. Tenía una barba espesa e hirsuta, los pómulos salientes y los ojos hundidos. Si salía de ese trance, se prometió que se cuidaría y alimentaría mejor. No dejaba de ser paradójico estar rodeado de tanto espacio vacío y vivir en un cubículo, en estado de sitio, sin poder estirarse. Incluso dormía en el foso, contra las paredes de tierra húmeda y fría. La situación no podía prolongarse por mucho tiempo, pero tampoco podía huir porque estaba seguro que eso era lo que su enemigo esperaba.

El segundo día por la noche, estaba tan cansado y sucio que pensó en ir al arroyo a lavarse. Salió del agujero e inmediatamente le invadió la sensación de que le espiaban. Cambió de parecer. Recogió el agua de lluvia de la criba y se la bebió como un perro, a lametazos. Luego, en lugar de bajar de nuevo al foso, sintió la irresistible tentación de tumbarse en la hamaca. Nunca había disfrutado tanto de su suave balanceo, de la comodidad que proporcionaba al estar suspendida, lejos de los insectos y la humedad. No quería quedarse dormido en ella porque sería un blanco fácil, pero luchar contra el sueño se le hizo imposible. Sentía que los párpados se le quedaban pegados, mientras se decía que tenía que bajar al foso. Seguía luchando mentalmente, pero su cuerpo se había rendido ya. El letargo penetraba en sus articulaciones hinchadas, en sus músculos agarrotados, en sus huesos doloridos. Llegó un momento en que nada le importó. El cansancio había ganado la batalla y Pernambuco se quedó dormido.

El pájaro que emitía un gemido casi humano le despertó una hora después. El permanente estado de vigilia en que había vivido los últimos días le impedía reposar durante largo rato. Aunque el sueño volvió a atacarle inmediatamente, Pernambuco consiguió aunar todas las fuerzas que le quedaban para arrastrarse fuera de la hamaca. Tomó la precaución de dejar una manta para simular que seguía tumbado en ella y luego bajó al foso. Allí se tumbó sobre el barro, medio acurrucado, y se dejó mecer en los brazos de Morfeo.

Nunca olvidaría cómo despertó de aquel sueño. Era como si unos fuegos artificiales hubieran estallado encima de su cabeza, en la hamaca donde se suponía que estaba tendido. ¡Con qué saña habían disparado sobre él! El asesino había descargado su escopeta y su revólver a bocajarro. La hamaca quedó reducida a unos jirones de tela de los que se elevaba un humo negro. El olor a pólvora le escocía la nariz. Pernambuco no se movió durante el tiroteo, al que siguió un silencio sepulcral. En seguida asomó la cabeza. Al borde del hoyo había un hombre, pero la luz de la luna sólo permitía ver un par de piernas enfundadas en unas botas. «¿De dónde habrá sacado esas botas este viejo asqueroso?», se preguntó. Rápidamente, antes de que el asesino se diese cuenta que había disparado sobre una hamaca vacía, Pernambuco extendió el brazo y con una brusca sacudida

derribó al individuo. En su caída, el rifle todavía husmeante le golpeó en la cara. Pernambuco sintió el cañón quemarle sus enjutas mejillas. Pero siguió cogiendo firmemente a su presa y la atrajo hacia el foso, golpeándola una y otra vez como hacía con la carne demasiado dura en sus tiempos de matarife. Nada más caer, el hombre intentó incorporarse, pero no lo consiguió. La oscuridad era total. Pernambuco disponía de la ventaja de conocer ese agujero como la palma de su mano. Ahora podía recoger los frutos de su estrategia de topo. Podía haber disparado contra el hombre, pero su rabia era tal que prefería seguir golpeándolo. «¡Viejo hijo de puta!... ¿Creías que ibas a engañarme así de fácil?», le decía mientras le reventaba a golpes. El hombre consiguió darle un par de puntapiés. «¡Estás fuerte para tu edad, pero voy a acabar contigo de todas maneras!». Pernambuco cogió el azadón con el que había cavado el agujero y le propinó un golpe mortal. El hombre emitió un grito ronco y se desplomó en el suelo encharcado, salpicándolo todo de lodo y sangre.

Jadeante, Pernambuco contempló aquel cuerpo que daba sus últimos espasmos. Sacó el revólver de su cintura y le disparó las balas que le quedaban en el tambor. Luego el silencio volvió a reinar sobre el lugar. «¡Viejo asqueroso! —espetó—. ¡Me traes aquí para hacerme trabajar y luego matarme!». Compungido por la rabia, el hambre y la tensión, tuvo ganas de echarse a llorar. Pero su respiración fue recobrando el ritmo normal. Salió trepando del foso y se arrastró hacia los jirones de la tela quemada: «¡Y encima me dejas sin hamaca! —le dijo al muerto—. ¡Mañana echaré unas paladas de tierra para que te quedes con todo el oro de tu último bamburro!». Empezó a reírse, con una carcajada que retumbaba en la oscuridad de la noche. Era una risa infernal, una risa nerviosa que daba miedo. Se tumbó en el suelo y a los pocos minutos emitía fuertes ronquidos.

Se despertó al atardecer del día siguiente. Apenas se podía mover por las magulladuras y contusiones. Repasó rápidamente los acontecimientos de la víspera y de pronto sintió una oleada de felicidad. Era la alegría de sentirse vivo. Permaneció largo rato en la misma posición, medio despierto, disfrutando de ese momento único en el que nacía por segunda vez. Hasta los habituales ruidos de la selva le parecían ahora una canción de la naturaleza. Sentía hambre, pero cuán agradable era saber que tenía la vida entera por delante para comer. El sentimiento de rabia y odio hacia su asesino había desaparecido. «¡Conque pensabas dármele, ¿eh?!», dijo volviendo la cabeza hacia el foso. De pronto se quedó inmóvil, como petrificado. Allí abajo, en el charco negruzco, estaba el cuerpo retorcido de un hombre que no era Tarzán. Pernambuco se frotó los ojos para cerciorarse bien. Era un hombre de mediana edad, vestido con una camiseta negra. Bajó al foso y con la punta de su bota le hizo girar la cabeza. Sus rasgos estaban desencajados e hinchados. No le reconoció. Pernambuco le registró los bolsillos empapados. Sacó un fajó de cruzeiros descoloridos, una foto de una mujer con un niño en brazos, varios *tickets* de compra y un carnet de identidad emitido en Santarem, una ciudad cercana a Altamira, a orillas del Amazonas. Contempló largamente la foto del carnet; el rostro le era familiar. Se concentró e intentó recordar. Asoció aquella cara con algunos de los *posseiros* que le había tocado matar, pero no le cuadraba. La asoció con algunos clientes de la carnicería, pero tampoco le sonaba. Sin embargo, cuanto más la observaba, más seguro estaba de conocer a aquel hombre. Salió del hoyo y echó una mirada a su alrededor para comprobar que estaba solo. No sintió ninguna presencia extraña. «Será uno de esos *garimpeiros ambiciosos*, de los que Tarzán temía...», pensó. Luego echó un último vistazo al cuerpo contorsionado y lanzó una palada de tierra. De repente se fijó en las botas del hombre y, en

una fracción de segundo, las recordó. Las había visto en la *fazenda* del dentista, hundiéndose en el barro. Eran de cuero repujado, de las que le gustaban a él. Las llevaba el empleado que tiraba de *Fiat*.

Aquella revelación le desconcertó. Era el mundo al revés. El hombre que había intentado asesinarle era uno de los empleados del dentista, probablemente uno de sus matones. De «su amigo» el dentista. Pernambuco prefirió pensar que el hombre había oído mencionar el viaje con Tarzán y había decidido, por cuenta propia, seguirles para robarles el oro. Pero esa hipótesis no se sostenía. Pernambuco, a su pesar, tuvo que rendirse a la evidencia: el dentista le había mandado matar. Era un caso típico de «quema de archivo». Pernambuco sabía demasiado; había ejecutado innumerables crímenes por cuenta del dentista y no sólo había cometido la imprudencia de decirle que dejaba el oficio y que se iba, sino que también se había negado a limpiar sus tierras de indios. Recordó con claridad las últimas palabras del dentista: «¿Seguro que no quieres quedarte? *Todavía estás a tiempo...*». Ahora todo encajaba con una sórdida nitidez: la insistencia para que viniese a despedirse, el paseo hasta *Fiat* donde el pistolero encargado de matarle le identificó. El «*todavía estás a tiempo*» había sido el anuncio de su muerte inminente. Pero fue demasiado sutil para el entendimiento de Pernambuco.

En breves instantes, pasó de la sorpresa y la consternación a la cólera. Estaba furioso por haber creído en la amistad del dentista, por no haber entendido el fino lenguaje de la muerte orquestada. Furioso por haber desconfiado del viejo y loco Tarzán, la única persona que le había enseñado un oficio que no pasaba por el cañón de un 38. Furioso por su ingenuidad. Por primera vez en su vida, sintió vergüenza de sí mismo.

Pernambuco no estaba acostumbrado a pensar. Muy a su pesar, los últimos acontecimientos le forzaron a ello. Estaba claro que ni aun en lo más remoto de la selva conseguía librarse del peso de los crímenes que había cometido. Si no eran los *posseiros* buscando venganza, eran sus propios amigos queriendo borrarle del mapa —una insultante prueba de desconfianza hacia alguien que se jactaba de ser leal y serio en los negocios—. Al dejar de sentirse protegido por su propia gente, al no formar parte de la que creía su comunidad, todo su mundo se derrumbó como un castillo de naipes. Ya no podía contar con nadie. La zona de Altamira le estaba vetada. Ya no podría emborracharse bajo la luz negra del Aquarium, ni pasearse por la calle de los burdeles, ni invitar a sus amigas prostitutas a *pinga* y a *whisky* en los bares de la vera del río. Estaba «marcado para morir». La violencia que había ayudado a propagar se volvía ahora contra él.

Como siempre en su vida, sólo le quedaba mirar hacia adelante. Atrás quedaba un desierto sembrado de cadáveres, el resultado de su dedicación y profesionalidad. Y en el foso descansaban los restos de su asesino: «Matar quema», había concluido al terminar de enterrarle. Aquel pensamiento representaba sin duda una evolución con respecto a la noción que tenía de su trabajo unos años antes, cuando necesitaba dinero y ni siquiera pensaba en sus víctimas como personas, sino como «servicios» pagaderos al realizarlos. La traición del dentista le había hecho entrever que la razón no estaba siempre del lado de los «mandantes». El mito del poder, la fuerza y el progreso encarnado en los poderosos se le vino abajo. Hasta entonces siempre había pensado que los *posseiros* asesinados fríamente por su 38 se habían merecido aquella suerte. Ahora todas esas certidumbres se tambaleaban. Para Pernambuco, la vida dejaba de ser lo que era. Se sentía solo, con un sabor amargo en la boca.

No se atrevió a contarle la verdad a Tarzán. Se arrepentía de haber dudado de la lealtad del viejo. Además, no quería que supiese que el muerto del foso había ido hasta allí para matarle; le dejaba en mal lugar.

—Uno de esos *ambiciosos* que nos quería robar... —le dijo al italiano cuando regresó de la ciudad de Redenção, exhausto y cargado de víveres.

El viejo estaba indignado.

—Lo sabía... —dijo dándose un palmetazo en los muslos—. ¡Sabía que alguien nos seguiría! ... ¿Dónde iremos a parar con tanto ladrón?

—Odio a los ladrones —dijo Pernambuco, como siempre decía cuando el tema saltaba a la conversación.

Tarzán había pasado unos días en Redenção, una pequeña ciudad de calles enfangadas y bares de mala muerte, poblada de pistoleros, mineros e indios, y visitada por los ricos hacendados de la región. A principios y mediados de los años ochenta tenía fama de ser una de las poblaciones más

violentas de la Amazonia. El misionero local calculó una media de un asesinato por día, la mayoría a causa de reyertas callejeras, y otros a causa del crimen organizado. Era una zona de grandes *fazendas*, como la de João Lanari, que medía cien kilómetros de largo por cincuenta de ancho, y que había que «limpiar» constantemente de invasores.

La ciudad tenía la peculiaridad de estar repleta de peluquerías para hombres donde acudían buscadores de oro, vaqueros y campesinos deseosos de darse una apariencia humana al regresar de sus largas estancias en la selva. Después de una visita de rigor donde no faltó manicura, pedicura ni todo tipo de lociones, Tarzán dedicó las primeras veinticuatro horas a dormir a pierna suelta bajo el ventilador de su cuarto del hotel Guimarães. Comió todo el churrasco que le cupo en la barriga y bebió cerveza hasta dar con las narices en el plato. Por su actitud derrochadora, su cara de felicidad y por las propinas que dejaba, el peluquero, el dueño del hotel y el camarero del restaurante supieron que Tarzán había bamburrado.

El viejo se puso en contacto con los comerciantes de la ciudad especializados en material de garimpo. Compró herramientas, sacos de frijoles y de harina de yuca, latas de sardina, bombonas de gas y una sustancia muy apreciada por todo buscador de oro: mercurio. El líquido color de plata sirve para el *amalgama*, un procedimiento en el que básicamente se rocía de mercurio el barro y los pedruscos susceptibles de contener oro. El mercurio se adhiere al oro, lo que forma un amasijo más pesado que el resto. A continuación se quema, evaporándose el mercurio en una nubecilla altamente tóxica. Queda el oro que, enrojecido por el calor, adquiere en seguida su familiar color. Al comprar mercurio, el círculo de los enterados de que Tarzán había bamburrado se amplió notablemente. Al día siguiente, cuando le vieron hablar con Hitler, el piloto, ya no había duda alguna. Por toda la ciudad empezaron a circular historias alucinantes del garimpo de Tarzán. La *fofoca*^[65], el decir el tiempo desde que se descubre oro en un garimpo y acude la gente como moscas hasta el momento en que el garimpo deja de producir, empezó aquel día. Nunca un descubrimiento conseguía permanecer en el anonimato.

Hitler no era un apodo, sino su verdadero nombre, heredado de su padre alemán. Tenía una cabeza medio calva con los cabellos cuidadosamente peinados de lado a lado, pero allí acababa la similitud con el dictador. Hitler era en realidad una excelente persona, conocida en los asentamientos pioneros de la región como un hombre de buen corazón, siempre dispuesto a arriesgarse por los demás. Formaba parte de esa raza de hombres —los pilotos de la selva— para quienes la aventura es su única razón de vivir. Estos locos del aire cumplen un papel esencial en la búsqueda del oro ya que los *garimpeiros* no podrían sobrevivir aislados en la selva. Ellos son los que aprovisionan, sobre todo de alimentos, pero también de material, cueste lo que cueste, a pesar de condiciones meteorológicas adversas y del estado a veces deplorable de las pistas, a miles de *garimpeiros* esparcidos por toda la Amazonia. Si ignoran las normas más elementales de la seguridad aérea, no es por amor al riesgo sino porque siguen las reglas de la rentabilidad, como cualquier otro comerciante. Mantener un garimpo es caro y el coste más elevado es el del transporte. Para reducirlo, los pilotos cargan sus aviones al máximo. En su Cessna, cuya carga útil era de 500 kilos, Hitler había quitado todo el equipamiento no indispensable, hasta los asientos de los pasajeros, para que cupiesen de 800 a 850 kilos de mercancía. Si los depósitos se llenan con una cantidad mínima de carburante, se gana aún más peso. Por esa razón eran frecuentes, y lo son todavía, los aterrizajes de emergencia en las avenidas de las ciudades o en la plaza del pueblo a

cualquier hora del día o la noche, porque el piloto no puede llegar al aeropuerto. Sin carburante, está forzado a aterrizar aunque llueva a cántaros o la visibilidad sea nula. Los accidentes mortales son frecuentes; en regiones de garimpo llegan a dos por semana^[66]. «Cuando uno de nosotros se mata —contaba Hitler—, ese día los demás nos encerramos en nuestras casas. Es nuestra manera de llevar el luto. Cada uno piensa que podía haber sido él y que tarde o temprano nos tocará. Ese día nos decimos que más vale dejarlo mientras estamos a tiempo, y entonces uno piensa en abrir una tienda de ferretería o de ultramarinos, o un bar. Pero los que han intentado dejarlo, han vuelto al poco tiempo. Se aburrían demasiado. Sólo lo dejan los demasiado viejos para seguir pilotando. Pero hay que verles por los bares y oírles hablar con los compañeros para entender que en su cabeza no lo han desterrado».

El oro y el placer de la aventura compensan los riesgos más descabellados. Si los pilotos padecen la misma fiebre de los buscadores, es porque están asociados al negocio. Existe un acuerdo tácito por el cual el piloto se queda con el 20% del oro encontrado a cambio de un abastecimiento semanal. Es el trato acostumbrado, rara vez renegociado, nunca transgredido, a pesar de las dificultades de acceso o la distancia. Es el trato que Tarzán hizo con el bueno de Hitler.

Cuando Pernambuco supo que su porcentaje había menguado, no ocultó su enojo:

—Tenías que habérmelo dicho, para eso somos socios... —gruñó.

Tarzán se enfadó. Había un código de honor entre los *garimpeiros* y los demás asociados en el negocio del oro, había tratos que no se discutían, había una manera de comportarse —solidaria y amistosa— que era el mayor aliciente para los que se dedicaban a ese negocio, más aún que la propia voluntad de enriquecerse. Pero eso un asesino a sueldo, un pistolero de «a dólar», no podía entenderlo. Pernambuco, herido en su orgullo por la retahíla de insultos que le tocó escuchar, amenazó con no pagar su porcentaje al piloto, lo que enfureció a Tarzán aún más:

—Todavía no sé de un *garimpeiro* que no haya jugado limpio. Y como tú quieras ser el primero, te vas a encontrar con esto entre tus costillas —le dijo enseñándole el cuchillo con el que abría una lata.

Pernambuco tuvo ganas de echarse a reír —el viejo le parecía enternecedor cuando se ponía duro—, pero se contuvo. Hubo un largo silencio. Tarzán se fue calmando, y luego continuó:

—Has estado lo suficiente en esta selva para darte cuenta de lo grande que es. Pero te voy a decir una cosa, aunque parezca increíble: es muy pequeña... porque en la Amazonia todo se sabe. Los que han intentado hacer trampas y engañar lo han pagado muy caro. Ningún piloto ha aceptado servirles. Algunos han tenido la fortuna de que sólo se les ha proscrito la prospección de oro. Otros, la mayoría, han acabado víctimas de «accidentes», como el que descansa allí abajo —dijo y señaló el barranco donde estaba enterrado el frustrado asesino de Pernambuco—. Pero generalmente se les olvida. Si quieres hacerte un profesional, métetelo en la cabeza: aquí no caben las fullerías. Aquí nos ganamos la vida honradamente.

Pernambuco se dio cuenta de que su paranoia estaba a punto de jugarle otra mala pasada y se serenó. «¿Qué sería de mí sin el viejo?», pensó. Luego, como un péndulo, a raíz de cualquier nimiedad, había momentos fugaces en los que creía que el viejo le utilizaba para luego engañarle: «Me dice que tale estos árboles mientras él está haciendo una criba para quedarse con todo lo que encuentre...», rumiaba con el ceño fruncido mientras daba contundentes hachazos a los troncos.

Pero no era así: cada vez que el viejo encontraba partículas doradas pegaba un grito de satisfacción tan grande que hasta los pájaros enmudecían. En otros momentos, Pernambuco era capaz de interpretar un «no tengo fuego» como un acto de abierta hostilidad, cuando en realidad era cierto que el viejo se había dejado las cerillas en la mochila. Pernambuco vivía en esa oscilación perpetua, fruto de la inseguridad que le daba el no haber ganado nunca dinero en un trabajo honrado. El cansancio también jugaba su papel. Trabajaban de sol a sol en desbrozar un claro en la selva para que Hitler pudiera localizarles y dejar caer los paquetes. La dificultad de abastecimiento era enorme, no ya porque carecían de pista, sino porque encontrarles desde el aire era difícil. Aunque Tarzán disponía de una radio y Hitler había quedado en pasar a cierta hora de un día acordado, solía ocurrir que el piloto no encontrase a los *garimpeiros*. A veces se perdía y acababa aterrizando en un río o en la copa de los árboles, y a esto lo llamaban «arborizar».

Pero el día de la primera entrega hubo suerte. Tarzán y Pernambuco habían encendido una hoguera procurando hacer un humo espeso que se viera desde la distancia. A las tres de la tarde oyeron el ronroneo del Cessna. Cinco minutos después, el desvencijado avión sobrevolaba el macizo de rocas negras. Hitler le había quitado las puertas para facilitar la descarga. Dio una pasada, luego ascendió, giró y volvió hacia el humo, esta vez volando muy bajo. A la altura del claro arrojó cajas de comida, de herramientas, un *cobra fumando*^[67] y tres bombonas de gas, sin paracaídas. Dos bombonas cayeron en el lugar adecuado pero la tercera lo hizo en la selva. Pernambuco rastreó los alrededores durante dos días pero no la encontró. Lo normal era perder una media del 20% de carga en cada operación. Cuando Hitler hubo terminado, dio una última pasada y, desde el suelo, le vieron saludar con el brazo. Luego el avión inició su ascenso por encima de las colinas. Rodeó un amontonamiento de gruesos nubarrones negros —las tormentas tropicales eran la obsesión de todos los pilotos— y emprendió el regreso a Redenção.

Menos de dos semanas después llegó caminando el primer *garimpeiro* al calvero donde Tarzán y Pernambuco habían instalado su campamento. El muchacho casi perdió la vida en el intento. Como Pernambuco creyó que era otro hombre del dentista, lo recibió con una salva de disparos. El hombre se lanzó de bruces al riachuelo. La paranoia de Pernambuco habría culminado en otra muerte si Tarzán no hubiese reaccionado a tiempo, dejando caer la criba y corriendo hasta el *cobra fumando* donde se encontró a su socio conminando al intruso a rendirse. El hombre, empapado, salió con las manos en alto. Estaba temblando, convencido de que eran sus últimos minutos de vida. Tarzán se acercó a él:

—¿Qué vienes a hacer aquí? —le preguntó.

—Garimpar... —contestó vacilante el intruso.

—¿Quién te dijo que estábamos aquí?

—Todo el mundo en Redenção sabe de su bamburro, *seu* Tarzán... Ya sabe, *Radio Peão*^[68] —dijo el hombre aludiendo al rumor que circula de boca a oreja, y que se exagera cada vez más. El viejo se sorprendió.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Estaba en la peluquería con usted... Dijo que estaba tras una buena pista...

Pernambuco lanzó una mirada furiosa a Tarzán:

—¿Conque sí, eh?

Tarzán prefirió ignorarle. Se dirigió al intruso:

—¿Yo dije eso? Las emanaciones de mercurio me están haciendo perder la memoria...

—¡Sí que lo dijiste, viejo charlatán! —exclamó Pernambuco.

—¿Y qué? —gritó Tarzán—. ¿Desde cuando se ocultan los bamburros?

—Vienen más compañeros... —contó el garimpeiro—. Sé de tres más que están del otro lado de las montañas, de camino hacia aquí...

—¡Pues les voy a recibir con esto! —dijo Pernambuco y disparó al aire.

Tarzán, asustado por la detonación, le fulminó con la mirada. Luego se abalanzó sobre él.

—¡Dame esa escopeta, matón de mierda! —dijo con los ojos fuera de sus órbitas. Le arrancó la escopeta de las manos y le pegó con la culata, mientras Pernambuco retrocedía intentando protegerse—. ¿Dónde te crees que estás, en uno de esos burdeles apestosos donde puedes asustar a las chicas? ¡Aquí no vas a asustar a nadie! ¡Aquí mando yo y quien recibe a la gente soy yo, y nadie más que yo!... ¿Entendeu?

Pernambuco nunca le había visto así. Hasta tuvo miedo de que el viejo le disparase «accidentalmente». Pero se limitó a lanzar imprecaciones en italiano, portugués y castellano durante un largo rato. Pernambuco no entendía por qué tanta cólera. Sólo veía que venían de fuera a robarle su oro. No comprendía que, con su actitud violenta, había transgredido el espíritu de cooperación y de ayuda mutua, norma fundamental para que la vida sea tolerable en un garimpo.

—¿Es usted el *dono da fofoca*? —preguntó el recién llegado casi en voz baja, una vez que Tarzán hubo recuperado el aliento.

El viejo, todavía resollando, asintió con la cabeza. La costumbre mandaba que los recién llegados preguntasen por el *dono* (dueño, el primero en haber descubierto oro) para pedirle que les asignase un pedazo de tierra, llamado barranco, para trabajar. En lugares como Serra Pelada los barrancos no medían más de un metro cuadrado. En ese nuevo garimpo donde había mucho espacio, Tarzán delimitó un primer barranco de diez metros cuadrados, no muy lejos del que trabajaban. Pernambuco pensó que el viejo estaba chiflado: «¡Claro, por eso nunca ha hecho fortuna!», rumiaba para sus adentros. Pero Tarzán sólo cumplía con la rutina según la cual un dueño nunca rechaza una petición de barranco, algo inconcebible para la mentalidad de su socio. Tarzán se lo explicó más tarde:

—El *dono* no es propietario de los alrededores de su barranco porque es una zona que no trabaja. Se es dueño de lo que se trabaja... Una vez asignado, un barranco no puede ser desposeído bajo ningún concepto. Son propiedad exclusiva e inviolable de sus dueños.

Pernambuco le miraba con ojos de no entender nada.

—¿Entonces el que descubre oro está obligado a compartir su descubrimiento con los demás...? —preguntó tímidamente.

—No, porque el *dono* se queda con un porcentaje de los barrancos asignados: un diez por ciento. Si vienen cientos de garimpeiros, son muchos diez por cientos... ¿Entiendes ahora, cabeza hueca?

Pernambuco, muy concentrado, asintió. Tarzán le dio una palmada en el hombro:

—Hay una regla que siempre se respeta: el garimpo está abierto a todos. No lo olvides.

Aquella regla fue como una premonición que pronto se hizo realidad. Pocos días más tarde aparecieron los tres *garimpeiros* anunciados. Tarzán les asignó sus respectivos barrancos. Luego vinieron siete más. Con el área trabajada en expansión, hubo nuevos bamburros. Uno de los barrancos recién asignados vio aumentada su producción de 10 a 37 gramos. Dos días después, un

barranco vecino la aumentó a 200 gramos. En los senderos de la selva, en los bares y burdeles, en autocares, aviones y barcos, los trabajadores que salían de un garimpo se encontraban con los que llegaban y se contaban lo último sobre la situación en las minas que habían dejado y en otras de las cuales habían oído hablar. Hasta los propios *garimpeiros* se asombraban de la rapidez con que funcionaba esta red informal de información, la famosa *Radio Peão*, que a principios de 1980 anunciaba numerosos bamburros en la sierra de Gradaús.

Un mes después de la llegada del primer buscador, había por lo menos cincuenta *garimpeiros* trabajando en la colina que había sido parcialmente talada para cuadricularla y dividirla en barrancos.

Después de que un hombre encontrase una pepita gordísima en un lugar bastante alejado del garimpo de Tarzán se sucedieron cambios radicales con una rapidez asombrosa. No pudo contener su alegría y la enseñó a todos. Abrió todas las botellas de ron y *cachaça* que tenía y las ofreció a sus colegas. Luego llamó a sus dos socios, lavaron con ácido la pepita para limpiarla de impurezas y la pesaron en una balanza que tenían para la carne: un kilo doscientos. Aquel bamburro marcó el nacimiento de un nuevo garimpo, al que llamaron Maria Bonita, en alusión a la mujer de Lampião, el mítico bandolero del sertón. Pronto toda la zona, incluido el garimpo de Tarzán, se conocería como Maria Bonita. Para los *garimpeiros* profesionales, el hecho de que un vecino hubiese bamburrado significaba que también les podía ocurrir a ellos en cualquier momento. Pero Pernambuco sentía envidia: «¡Sabía que ese barranco era bueno! ¡Me lo tenía que haber quedado yo!», se decía, torturado y lleno de inquina hacia su socio, que había repartido la tarta sin consultarle. Pero no se atrevía a decirle nada: había aprendido a no cuestionar las decisiones del viejo. Podía enfrentarse a cualquier amenaza, a cualquier peligro, pero era consciente que no podía con Tarzán: «Prefiero un balazo a oírle despotricar en italiano», confesó a un amigo *garimpeiro*.

Aquel pedrusco sirvió para que miles de mineros de la cuenca del Amazonas acudiesen en masa. Empezaron a llegar tantos *garimpeiros* que ellos mismos delimitaban sus propios barrancos. Otros dejaron de pagar el porcentaje. Entonces Pernambuco, al final de su jornada, se convirtió en cobrador. Con su barba hirsuta, su corpulencia y su práctica en amedrentar e intimidar, pocos le negaban el pago. Pero aun así, se daba cuenta de que la administración del garimpo se les iba de las manos. Era un fenómeno normal: con la creciente afluencia de gente, el *dono* original perdía su autoridad. El prestigio de Tarzán evitó muchas de las tradicionales disputas por los lindes de los barrancos. Pero su autoridad se limitaba a los alrededores de su garimpo, el «Tarzán», no el «Maria Bonita». Los estallidos de violencia se hicieron cada vez más frecuentes, más a raíz de las duras condiciones de vida, del abuso del alcohol, que por problemas de derecho. «Ser bueno en una pelea no es lo más importante aquí en un garimpo —le decía Tarzán a Pernambuco—. Puedes perder una pelea pero al final acabar ganando si eres experto. Aunque si de verdad eres experto, nunca te meterás en una pelea». Aun en casos donde el *dono* perdía rápidamente la autoridad, la violencia en los garimpos era más proverbial que real. Había más amenaza que pelea. Siempre y cuando no hubiera mujeres de por medio.

Pernambuco aprendió a vivir en esa sociedad trasplantada a la selva y que contaba con leyes propias, reglas y códigos de actuación y comportamiento. Cambió su atuendo, confeccionándose un colgante con el oro de su primer bamburro. Se había fijado que todos llevaban pulseras y cadenas hechas del oro que habían extraído ellos mismos. Era el distintivo del *garimpeiro*. Con el

segundo bamburro se hizo muelas de oro, aunque no llegó a extraerse toda la dentadura sana para reemplazarla por una hilera de dientes de oro, como hizo la mujer de un famoso buscador a quien le hubiera gustado imitar. Si físicamente adquirió en seguida la apariencia de un *garimpeiro* tardó más tiempo en adquirir su peculiar mentalidad. Todo en el garimpo estaba basado en el principio de solidaridad, «porque cuando te encuentres con un problema o necesites consejo —le había dicho Tarzán— siempre puedes acudir a los que has ayudado en el pasado. Y la vida de un *garimpeiro* da muchas vueltas: un día se es rico, y al siguiente hay que pedir un puñado de frijoles para aplacar el estómago». En muchos aspectos el código de comportamiento de los *garimpeiros* tenía aspectos semejantes al de los pistoleros. Lo básico era respetar las normas, mantener la palabra dada, atenerse a lo pactado. Pernambuco aprendió con los mineros a confiar en los demás y a ayudarse mutuamente, a echar una mano a los que tenían problemas. «Un verdadero *garimpeiro* —le decía Tarzán— se toma a pecho que un colega herido o enfermo consiga tratamiento médico, aunque suponga tener que pagar por ello sin estar seguro de recuperar el dinero». Pernambuco no siempre entendía lo que le decían, pero sabía escuchar. Poco a poco, como las finísimas partículas de oro que dan a la madera su pátina amarilla, se fue impregnando de las enseñanzas de Tarzán y se convirtió en un miembro más de aquella comunidad.

De la noche a la mañana el área de Maria Bonita se transformó por completo. Los kayapó, ancestrales propietarios de aquellas tierras, estaban atónitos. Tenían una temible reputación de fiereza por haber liquidado a todos los pioneros que intentaron instalarse en su territorio desde 1930, año en que se produjo el primer contacto con ellos. Después de haber sucumbido casi por entero a las enfermedades, ahora resurgían con fuerza. Algunos de sus líderes habían pasado una temporada en Belem, hablaban portugués y conocían el valor del dinero para sobrevivir en el mundo de los blancos. Por eso pidieron un porcentaje de la producción de oro y exigieron también el reconocimiento oficial de su territorio. Muchos *garimpeiros* se negaron de plano y algunos abogaron incluso por una anexión pura y simple de la zona. Los indios, esta vez, mostraron una paciencia y una moderación inesperadas. No mataron a ningún minero. Pero no por eso cejaban en su empeño. A pesar de su inferioridad numérica, estaban decididos a hacer valer sus derechos.

En un área de dos kilómetros cuadrados veían grupos de hombres trabajando en sus fosos como ratones devorando un queso. Los ruidos de la selva habían sido reemplazados por una cacofonía de bombas de agua, tornos, trituradoras y generadores, gritos y emisiones de radio. La ladera de la colina parecía haber sufrido un bombardeo; no era más que una mezcla abigarrada de agujeros amarillos en el barro. En medio había una calle de bares y tiendas en chabolas que a duras penas resistían la intensidad de los aguaceros. La calle era el único espacio liso y también servía de pista de aterrizaje. A causa de la intensidad del tráfico aéreo, un borracho corría mayor riesgo de ser atropellado por una avioneta que por una camioneta. Aterrizaban regularmente y descargaban compradores itinerantes de oro, comida, hamacas, camisas, palas, bombas de agua, mozos de mulas y mujeres. Por doquier se veía a hombres que subían y descendían de la ladera con bolsas de piedras a sus espaldas, *garimpeiros* trabajando las rocas con picos y palas, mandriles y molinetes arrancando piedras y triturándolas para extraer oro. En la cantina se formaban colas y en la choza de una prostituta llamada la *Corajosa*, Pernambuco contó un día cincuenta y tres clientes esperando turno bajo el calor tórrido.

El centro de la vida del garimpo era la cantina, una de las escasas chozas que no se dedicaba a la prostitución. Después del trabajo, Pernambuco y los demás *garimpeiros* se congregaban allí, y escuchaban la radio, discutían los precios altos del *cantineiro*, que se justificaba aludiendo al coste del transporte, y los fines de semana se emborrachaban hasta perder el conocimiento. La pequeña ciudad en formación no tenía barrio chino: toda ella se había convertido en una sucesión de burdeles. Rudimentarios letreros pintados a mano y colgados de las mugrientas fachadas anunciaban pomposamente: «Hotel Gran Palace», «Club Caballo Blanco», «Boate del Xingú», etc., pero hombres y mujeres se acostaban en cualquier lugar, sobre todo los sábados por la noche, cuando no había casi ningún lugar desocupado. Entonces las prostitutas colgaban sus hamacas,

recubiertas de un trozo de plástico negro, en la selva o entre un par de excavadoras. Corría tanto alcohol que la confusión y las peleas se hicieron cada vez más numerosas. Los domingos por la mañana, mientras *garimpeiros* como Tarzán escuchaban misa por la radio, otros dormían la *cachaça* de la víspera, tendidos en la calle principal. Algunos sin embargo eran ya cadáver, muertos a causa de una reyerta de borrachos de la cual nadie se acordaba o porque sus venas habían estallado de tanto alcohol y calor.

No todos encontraban oro de manera regular, y al cabo de cierto tiempo algunos se arruinaban. Tarzán nunca se equivocaba cuando oía cierto tipo de bronca, que solía terminar en riña y disparos. «Una ruina más...», decía mirando al cielo, como rogando que no le sucediera a él. La mayoría de *garimpeiros* saldaban sus deudas pendientes antes de marcharse; otros huían diciendo que iban a Cumarú o a Redenção a por mercancías, y nunca regresaban. Acreedores y empleados intentaban quedarse con lo que podían, sobre todo si de por medio había maquinaria sofisticada. No era raro que la situación se descontrolase y terminase en un baño de sangre. El cantinero, que abastecía a los mineros en material y comida, estaba al tanto de las venturas y desventuras de cada cual. Su función no se limitaba a llevar un bar, sino que era también el prestamista del lugar. Por eso, cada ruina repercutía en él de manera especial. Empezaba a tener una colección importante de maquinaria, dejada por varios mineros para satisfacer unas deudas que no podían pagar. Volvía a vender el material, o a arrendarlo a alguien de su confianza. A medida que se enriquecía —los que bamburraban se marchaban— llegaba la competencia: «El Imperio de las Máquinas» y «La Casa del Garimpeiro» abrieron sucursal en Maria Bonita. Aquellos comerciantes se dejaron llevar por el clima de euforia de la *fofoca* y no previeron los riesgos de instalarse en aquel garimpo en tierra de indios. Unos años más tarde, al enfrentarse a uno de los episodios más insólitos de la Amazonia, se encontrarían al borde de la ruina.

Felizmente existía otro tipo de tumulto, con tiros que sonaban diferente porque eran disparos de alegría. Entonces Tarzán, Pernambuco y los demás *garimpeiros* dejaban el trabajo por unos momentos y se acercaban a la cantina. Salían de sus fosos, sucios y llenos de barro, con radios japonesas atronadoras, muchos de ellos llevando en la muñeca lujosos relojes de oro en un lugar donde la hora exacta no importaba. Alguien había descubierto un buen pedrusco y, según la tradición, todos estaban invitados a un trago. Por la noche, excitados por el hallazgo, los viejos como Tarzán se entregaban a su pasión, compartida por todos los mineros: contar historias de famosos bamburros. Tarzán sabía de un amigo suyo que había alquilado dos taxis, uno para él mismo y el otro para transportar su sombrero de paja. Cuanto más extravagantes, más interés despertaban. Una de sus historias favoritas era la del *garimpeiro* que embadurnó su perro con miel y lo cubrió de billetes de banco. Luego salió a pasear y cuando le preguntaban por qué había hecho eso, contestaba: «Toda mi vida he corrido detrás del dinero, ya es hora de que el dinero corra detrás de mí». Las historias que más le gustaban a Tarzán eran las de espectacular generosidad, como la del agraciado que entró en un bar, cerró las puertas y dijo a todo el mundo que podían seguir bebiendo hasta acabar con las existencias. O la suya propia, cuando alquiló un *jet* para transportar a sus amigos a Rio de Janeiro a pasar una noche loca en Copacabana. A la luz de esas historias Pernambuco llegó a entender perfectamente a Tarzán, cuya visión del *garimpeiro* ideal —a lo que casi todos aspiraban— no era sólo la de una persona experta en encontrar y extraer oro, sino la de alguien que podía permitirse ser míticamente generoso para asegurarse un lugar de honor en el panteón de los *garimpeiros*.

* * * *

Los sábados, Hitler vaciaba su Cessna de un cargamento de *cachaça* y ron, y luego se emborrachaba alrededor del fuego, contando chistes soeces que hacían desternillarse de risa a los pobres diablos que habían llegado hasta allí. A principios de los años ochenta en la zona rural del Norte y Nordeste brasileño, garimpar se había convertido en la única esperanza de salir de la miseria. Lo que el caucho había representado un siglo atrás para los pobres de Brasil, ahora lo representaba el oro. Tarzán, Pernambuco y Hitler eran la prueba viviente de sus bondades. Se habían enriquecido lo suficiente como para expandir sus actividades. Conservaban el control sobre una parte del garimpo, lo que les había permitido comprar maquinaria de segunda mano al cantinero para trabajar el filón. Era una decisión arriesgada porque, aparte de la inversión —unos cinco mil dólares—, requería la contratación de mano de obra y un abastecimiento regular de herramientas y piezas de recambio. Tarzán se había opuesto a ello; ya se veía de nuevo como en Serra Pelada. Prefería la prospección manual y la libertad de acción y no creía en las operaciones que requerían mucho capital. Pero era influenciable a causa de su avanzada edad, y como Hitler y Pernambuco insistieron tanto, el viejo al final terminó por ceder. El garimpo era demasiado nuevo como para pensar en abandonarlo, le dijeron. Mientras hubiera gente en todo Brasil soñando con ir hasta allí, era un pecado no aprovechar las circunstancias favorables para llevar a cabo una gran explotación. A Tarzán esos argumentos le traían sin cuidado; se dejó arrastrar por mantener las buenas relaciones con sus socios y amigos y, sobre todo, por no quedarse solo.

Habían contratado a media docena de *diaristas*, que en su mayoría eran muchachos del Estado de Maranhão y cobraban un sueldo (aparte de la comida y el alojamiento) independientemente del oro extraído. Representaban el estrato más bajo en la jerarquía social del garimpo. Realizaban las tareas más ingratas, como acarrear sacos de piedra y gravilla de los fosos (en muchos garimpos se les pagaba por sacos transportados) y romper la roca con el pico. Pero eran los únicos en no asumir riesgo, por lo que nunca abandonaban el garimpo en bancarrota, contrariamente a los porcentistas, o los dueños. Cuando reunían suficiente dinero, regresaban a sus hogares, la mayoría de campesinos pobres, y cuando se lo gastaban todo emprendían camino de otra mina.

Tarzán organizó el trabajo poniendo a uno de sus empleados a cargo de una manguera de alta presión que, aplicada a las paredes de tierra, hacía desmoronar el barro como si fuese una tarta. La tierra se disolvía luego en el agua que otra bomba (una *chupadeira*) aspiraba hasta un recipiente llamado *caixão* donde se lavaba la mezcla. Pernambuco se encargaba de vigilar que los pedruscos no obstruyesen el circuito. El viejo, una vez organizado el tinglado de las máquinas, decidió seguir trabajando manualmente el oro aluvial. No sólo le gustaba más, sino que era también una manera de encontrar filones nuevos. Así se repartieron el trabajo, y así prosperaron, ajenos a lo que se les venía encima.

Primero fue la intervención federal. Tarzán ya había tenido que deshacerse de sus barrancos en Serra Pelada y ahora temía que le sucediese lo mismo. Las razones que llevaron a los federales a ocupar Maria Bonita eran parecidas a las de Serra Pelada, aunque había diferencias importantes. En la segunda mitad de 1980 se habían producido varios bamburros entre Cumarú y Maria Bonita,

en zonas que no eran de dominio público, agudizándose los conflictos entre los propietarios de las tierras y los *garimpeiros*. Las frecuentes críticas y quejas sobre los malos tratos y abusos de los terratenientes hacia los buscadores de oro se habían filtrado hasta los políticos de la oposición, líderes de la Iglesia y sindicalistas de la región que estaban involucrados en una intensa batalla política contra la oligarquía rural.

Otra razón importante eran los indios. La masiva afluencia de gente había hecho del área una bomba de relojería, a cuyo tictac las autoridades federales no podían permanecer sordas. Los kayapó habían hecho saber que no seguirían contemplando de brazos cruzados esa multitudinaria invasión. Por su parte, muchos *garimpeiros* querían echar a los indios de sus tierras. La tensión se hizo tan aguda que, ante la inminencia de un enfrentamiento entre indios y mineros, las autoridades, en marzo de 1981, ocuparon la zona como habían hecho un año antes en Serra Pelada.

Pero Tarzán sabía que la razón de peso era la voluntad de controlar la producción de oro a efectos de cobrar los impuestos y las tasas correspondientes. Los militares instalaron puestos de control en los caminos, distribuyeron tarjetas de trabajo sin las cuales teóricamente no se podía acceder a la zona e instalaron algunos servicios básicos, como una enfermería y un centro de prevención de la malaria. También se abrió una oficina de la Caixa Económica Federal, un banco estatal donde era obligatorio vender el oro. Aunque pagaban un poco menos que en las ciudades, el precio estaba lo suficientemente ajustado a la realidad como para ser rentable.

La Caixa, de acuerdo con las autoridades federales, se comprometió a entregar un 0,1% de la producción de oro a los kayapó, evitando así un conflicto inmediato. La tensión social en toda la zona se disipó. Los indios desistieron de la reivindicación principal, que era la delimitación de sus tierras, a cambio de un dinero que ansiaban para satisfacer su pasión por adquirir algunos *gadgets* de los blancos. Al principio los indios que conocían el valor del dinero se negaron a aceptar un trato que les parecía humillante, pero tuvieron que ceder ante las presiones de la gran mayoría de miembros de la tribu que sólo deseaban paz, machetes y relojes de pulsera. En el fondo poco había cambiado desde que los primeros colonizadores intercambiasen baratijas por oro con los indígenas. La historia seguía siendo fiel a sí misma.

Tarzán, que al principio había temido lo peor, se tranquilizó cuando pudo medir el alcance de la intervención. Maria Bonita, garimpo grande y en su mayoría de oro aluvial, era muy distinto de Serra Pelada, un auténtico cráter donde se explotaban filones. Como había suficiente espacio, los federales no impusieron restricciones en cuanto al número de barrancos que un solo dueño podía explotar. Además, como era tan extenso, la vigilancia policial para controlar la salida del oro no podía ser eficaz. El contrabando florecía.

La convivencia mejoró. Paradójicamente, la medida mejor acogida por los *garimpeiros* fue la expulsión de las prostitutas y la prohibición de consumir alcohol. Las peleas cesaron por completo, así como las muertes violentas. Los que, como Pernambuco, añoraban el pasado tenían que desplazarse los fines de semana hasta los alrededores de Cumarú, donde la mala vida se había aglutinado en lo que llamaban *Cidade Nova*, apenas dos calles de burdeles y bares en medio de la selva. Allí se daban cita los *garimpeiros* de la región para beber, divertirse y vender el oro que habían conseguido sacar de contrabando a compradores de São Paulo. Pero el floreciente negocio de *Cidade Nova* no eran ni los hoteles ni las pensiones, sino las farmacias. Tarde o temprano todos los *garimpeiros* acababan comprando antibióticos para atajar sus incipientes gonorreas, consecuencia inevitable de las juergas nocturnas. Los dueños y sus empleados llevaban cajas

enteras para distribuir durante la semana a sus *diaristas* (muchachos de doce a diecisiete años en su mayoría), y no perder así las horas de trabajo que los picores y el escozor les hubiera arrebatado.

El ofrecer dinero a los indios calmó la situación durante una temporada, pero las raíces del conflicto siguieron creciendo. Un año después de la intervención federal, a menos de cuatro horas de Maria Bonita río abajo, en el poblado de Gorotire, un grupo de kayapós empezó a observar que las aguas cristalinas donde se bañaban, pescaban y jugaban sus niños desde la noche de los tiempos habían adquirido una coloración marrón, turgente y aceitosa. Era la primera vez que se tenía conocimiento de tal fenómeno en la memoria colectiva de la tribu. Los chamanes lo atribuyeron a una lucha de espíritus en el río Fresco y no le dieron demasiada importancia. No faltaba la pesca y, aunque el color había cambiado, las aguas seguían siendo navegables.

Más tarde surgió una epidemia de diarrea en los niños. Nadie hizo la relación entre la enfermedad y las aguas del río hasta que el doctor Rogerio da Silva y sus colegas de Belem iniciaron un estudio en las comunidades cercanas a los garimpos, analizando la sangre, la orina y el pelo de la gente. El resultado fue perturbador: el 25% de los indios examinados tenían cantidades excesivas de mercurio. Un análisis posterior encontró en los niños kayapó niveles de mercurio ligeramente inferiores al de los mineros. Los indios de Gorotire no podían concebir el significado de lo que los laboratorios de Da Silva habían descubierto. Estaban lejos de imaginar que la diarrea, la sordera, el insomnio, la fiebre, la depresión, la pérdida de memoria y la irritabilidad son los primeros síntomas de la contaminación por mercurio. También ignoraban que a largo plazo los efectos acumulativos llevan a la locura y a horribles malformaciones de los fetos. Triste destino para los hombres libres de la selva, que cesaron de adorar a los espíritus del río porque se habían convertido en demonios.

Ni Tarzán, ni Pernambuco ni *garimpeiro* alguno, aunque fuesen de los más expertos, sospechaban que su rutina diaria sería la causa de una tragedia silenciosa cuya magnitud, a causa del número creciente de *garimpeiros* en Brasil, sobrepasaría las más pesimistas previsiones y cuyas consecuencias sufrirían directamente en carne y hueso. A mediados de los años ochenta, el Departamento de Minas y Energía reconoció que por lo menos un millón y medio de brasileños, o sea un 1% de la población del país, vivían de la búsqueda del oro. Y todos esos *garimpeiros* estaban diseminados por las cuatro esquinas de la Amazonia brasileña. La primera consecuencia de esa invasión silenciosa había sido la propagación de malaria en zonas donde la enfermedad era totalmente desconocida. La segunda, mucho más grave, estaba incubando en el vientre de la selva y sería conocida como el Síndrome de Minamata^[69]: la contaminación por mercurio.

Al terminar las extenuantes jornadas y para recuperar el mayor número posible de partículas de oro, un millón y medio de *garimpeiros* (sólo teniendo en cuenta la Amazonia brasileña) vierten en la naturaleza el tóxico metal líquido y, al quemarlo para separar el oro de la amalgama, liberan unas emanaciones altamente venenosas. Para cada gramo de polvo de oro amalgamado se utiliza un gramo de mercurio. Para cada tonelada de oro extraído se vierte una tonelada de metal líquido en el ecosistema. Teniendo en cuenta que a mediados de los años ochenta la Amazonia brasileña se había convertido en uno de los mayores productores de oro del mundo^[70], es comprensible que el cataclismo haya sido considerado por los expertos como el mayor desastre medioambiental del Tercer Mundo. Poco a poco, insidiosamente, el metal líquido corre por los arroyos hasta

mezclarse con las aguas de los ríos donde los peces, base de la alimentación de los habitantes de la selva, y los pájaros acuáticos carnívoros lo absorben. Todos los peces examinados por el Departamento brasileño de Producción Mineral sobrepasaron el límite tolerable de mercurio, así como el 80% de las muestras de agua cercanas a los garimpos. En 1985 aparecieron en aguas de Pará y Mato Grosso inmensos bancos de peces muertos, y muchos consideraron que se debía al mercurio. Si la tala intensiva era la cara visible de la destrucción de la Amazonia, el mercurio representaba su cara oculta. Y los indios y demás pobladores de la selva, las víctimas.

Acre. Amazonia Occidental, 1981-1983

Después de los acontecimientos que siguieron al asesinato de Wilson Pinheiro (julio de 1980), el líder acribillado a balazos mientras miraba la televisión, Chico Mendes estuvo tres meses vagando por la selva, huyendo del acoso policial y de un posible atentado. Se encontraba desorientado, y arruinado. Dependía de la generosidad de los *seringueiros*, y pasaba hambre. Los recursos del sindicato se habían agotado. Necesitaba afincarse en un lugar fijo, por lo menos durante una temporada, y decidió acudir al seringal donde trabajaba su hermano Zuza. Al pasar por la ciudad, se acercó al convento de las monjas en las afueras de Xapurí. «Nunca se atrevía a invitarse, era demasiado tímido para eso —contaría la hermana Carmen—, pero aquella vez, rojo de vergüenza, me confesó que no había comido nada en los últimos tres días. Sobre todo, detestaba que se supiera. No quería ser el hazmerreír de sus adversarios políticos».

Pasaba por la ciudad lo menos posible, y generalmente lo hacía para recabar información sobre los compañeros. En aquel entonces estaba a la espera del juicio que se tramitaba contra él, Lula (presidente del Partido de los Trabajadores) y João Maia (fundador de los sindicatos de Acre) a raíz de los discursos pronunciados en el funeral del líder asesinado. Sabía que la acusación de haber atentado contra la ley de Seguridad Nacional bastaba para enviarles a la cárcel durante una larga temporada. El fiscal no había dudado en tratarlos de terroristas. Por otra parte y a raíz de que las posiciones se habían radicalizado en toda la región, las amenazas contra los *seringueiros* se habían hecho mucho más frecuentes. Y Chico Mendes tenía miedo.

Como siempre, encontró refugio seguro en el corazón de la selva, en una *colocação* vecina de la de su hermano Zuza. El seringal había sido abandonado por sus propietarios y los *seringueiros* trabajaban por cuenta propia. Al no tener que pagar alquiler por los senderos bordeados de heveas y al poder cultivar un huerto y criar algunos animales de corral, una familia entera subsistía con la venta de caucho, a pesar de su bajo precio. A finales de 1980, a la espera de poder dedicarse a reorganizar el sindicato, Chico Mendes volvió a la vieja rutina de *seringueiro*, origen de su lucha y razón de ser de su existencia. Con la *poronga* (linterna de latón) en la cabeza, el puñal en la mano y la carabina al hombro, recorrió de nuevo los húmedos senderos de la selva oscura, arabescos tan invisibles como las rutas de su propio destino. Manteniéndose en contacto con el resto del mundo únicamente gracias a un pequeño transistor, la vida de cauchero le devolvió a los sonidos y perfumes de la selva, y también a las emociones del corazón.

Su hermano Zuza pensaba casarse con la hija de un *seringueiro* llamado José Moacyr, con quien Chico había trabajado durante dos años. No es que necesitase la autorización de su hermano mayor, pero las decisiones importantes, desde la muerte de los padres, eran consultadas entre

hermanos. Chico se alegró de esa buena noticia. José Moacyr era su amigo, como lo había sido de su padre. Las familias se conocían desde siempre y, si mal no recordaba, Chico había enseñado a leer a las hijas de Moacyr.

Zuza organizó una fiesta en casa de un vecino para celebrar el noviazgo. Había *cachaça* cerveza, comida y un viejo tocadiscos de pilas emitía música del Nordeste. Se bailaba al ritmo bullanguero y alegre del *forró*. Cuando Chico Mendes llegó después de haber pasado la tarde ahumando caucho en su cobertizo, no se fijó en la silueta espigada de una muchacha que le observaba desde la penumbra. Ella le reconoció. Se acercó a él y se presentó. Se llamaba Ilzamar e iba a ser su cuñada. Entonces Chico la recordó. Había sido una de sus alumnas en las clases de alfabetización que había impartido años atrás. Se había convertido en una bella mujer cuyo cuerpo disimulaba su verdadera edad. Tenía diecisiete años. Era dulce y alegre como su risa cristalina. Largos cabellos negros realzaban sus facciones regulares. Chico Mendes no cesó de perseguirla con la mirada. Mientras Zuza anunciaba su noviazgo con la mayor, que tenía veinte años, Chico luchaba en su fuero interno contra los sentimientos que la hermanita despertaba en él. Pero era una lucha inútil. Se sentía irremediabilmente atraído por esa mujer, *seringueira* como él. Y había sentido que la atracción era mutua. Aquella noche no durmió, según confesó a Zuza. De pronto le parecía que el mundo que le rodeaba estaba en perfecta armonía con lo más profundo de su ser. Los ruidos se habían convertido en sonidos, los olores en perfumes, los colores en luz. De ahora en adelante, en sus momentos de miedo, de angustia o soledad, se refugiaría en el recuerdo de la resplandeciente sonrisa de su exalumna. En cuanto a Ilzamar, empezó a pensar en él día y noche. Buscaba la compañía de Zuza con el solo fin de acercarse a Chico. La novedad de un sentimiento hasta entonces desconocido para ella la embriagaba. Era el héroe de los habitantes de la selva, y ella le veía como una leyenda de carne y hueso. Cuanto más le conocía, más advertía lo diferente que era de los demás. «Era una persona buena, tranquila, que me hacía reír con sus historias de *seringueiros*, tan vagos que terminaban por creerse de verdad que los espíritus de la selva les impedían trabajar...», recordaría Ilzamar.

Durante marzo de 1981, mientras la frecuencia de los aguaceros disminuía con la llegada de la estación seca, Chico Mendes recibió orden de presentarse ante el Tribunal de Justicia Militar de Manaus. Su primera reacción fue la de no acudir. Estaba convencido de que daría con sus huesos en prisión; no confiaba en las autoridades ni en la justicia. Veía aquel juicio como la prolongación de la estrategia de los terratenientes de acabar con el movimiento de resistencia de los caucheros. Y pensaba que hacerle el juego a la justicia era hacérselo al adversario. Pero los abogados del Partido de los Trabajadores estaban en desacuerdo. Le aconsejaron no escapar a la convocatoria porque eso daría pie a una persecución policial. Para ellos, el proceso no era más que un intento de intimidación por parte de los militares. Ahora que pregonaban la democratización, no condenarían a tres líderes populares por unos discursos pronunciados en circunstancias especiales. Sería políticamente absurdo. Los abogados del PT aseguraron que conseguirían la absolución por falta de pruebas.

Chico estuvo unos días inquieto, sin poder concentrarse. Se obligaba a abrir textos del PT, o estudios sobre la Amazonia, pero no asimilaba sus lecturas. Había entrevisto lo que podía ser una vida «normal», la dulzura de vivir junto a la mujer que le quitaba el sueño. Era algo sencillo para la mayoría de los hombres pero a él le parecía inalcanzable y lejano. ¿Cómo pensar en tener una vida estable si apenas conseguía sobrevivir? ¿Si estaba a punto de dar con sus huesos en la

cárcel? Por un lado, la felicidad estaba al alcance de la mano, por el otro, sabía que aquella vida sería incompatible con las exigencias de su lucha. Comprendía que estaba alcanzando un punto de no retorno, y la idea le atormentaba. Por fin, cuando asumió que su estancia en la selva no era más que un paréntesis —y no una nueva etapa en su vida, como le gustaba pensar—, se preparó para ir a Manaus.

A Ilzamar se le encogió el corazón al verle marchar. Temía que no regresase por mucho tiempo. La gente maduraba rápido en los seringales; si una mujer se hacía vieja a los cuarenta años, era lógico que a los quince se la considerase casadera. Por eso su temprana edad no era un impedimento a su relación amorosa con Chico.

Como todos los *seringueiros* de Acre, Ilzamar vivió unos días pegada a la radio a la espera de noticias sobre el proceso. Tal y como los abogados del PT habían predicho, ninguno de los acusados fue condenado. Tampoco fueron absueltos; tendrían que esperar tres años a que la justicia militar cerrase el caso definitivamente. Pero todos fueron puestos en libertad. Al enterarse de su regreso, los vecinos del seringal organizaron un viaje a Xapurí para darle la bienvenida. Cuando Chico Mendes se apeó en la estación de autobuses, una multitud de *seringueiros* le aguardaba para abrazarle y para felicitarle. Pero nada le causó mayor alegría que la presencia de Ilzamar, apartada del barullo, saludándole con la mano.

A partir de ese momento los encausados pudieron reanudar sus actividades. Chico tenía una idea clara del próximo paso: conseguir independizarse económicamente de los *seringais* e instaurar escuelas y puestos de salud en la selva. En los años ochenta, todavía el gobierno no había hecho ningún esfuerzo para hacer accesible la educación a los hijos de caucheros. Ésa fue la obsesión de Chico Mendes desde los tiempos en que Euclides Távora le abriera los ojos al mundo. Nadie como él conocía el valor de la palabra escrita ni la facilidad con que los números se manipulaban. Pero para hacer realidad su viejo sueño necesitaba recursos, y las cuentas del sindicato estaban a cero. Tenía puestas sus esperanzas en alguien de fuera, en una mujer que venía del otro lado de la sociedad brasileña: era del Sur y de una familia acomodada. Profundamente emocionada al descubrir el abandono y la desidia a la que estaban condenados los *seringueiros*, había decidido dedicar su vida a sacarlos del olvido.

Mary Helena Allegretti era originaria de la ciudad de Curitiba en el Estado de Paraná, al sur de São Paulo, la región rica y desarrollada de Brasil. Bisnieta de inmigrantes italianos, hija de un industrial de piezas de recambio de vehículos, Mary —como se daría a conocer— era atractiva, con grandes ojos verdes, de corta estatura, enérgica y capaz de soportar las más duras condiciones de vida. En 1968 había ingresado en la Universidad de Paraná, donde empezó sus estudios de Ciencias Sociales. Brasil vivía el mismo fervor revolucionario que el resto del mundo, exacerbado por el hecho de la dictadura militar. En Curitiba, bastión de la clase media brasileña, los estudiantes tomaron la rectoría. «Mi generación fue criada con un proyecto revolucionario en la cabeza —diría Mary Allegretti—. Pero yo cuestioné desde muy temprano el hecho de que intelectuales y estudiantes tuvieran que integrarse en la clase obrera para concienciar a los “oprimidos” y propulsar el cambio... Es lo que se intentó en 1968. Pero a la hora de la verdad, cuando llegaba la represión, los estudiantes tenían otras alternativas, por ejemplo, exiliarse, mientras los obreros se quedaban con la peor parte. En 1968 comprendí que todo eso era muy artificial, que no se cambia el mundo con palabras. Yo quería entrar en contacto con la realidad,

no pasar el tiempo hablando en nombre de sectores de la sociedad que desconocía. Por eso me interesó la antropología; era una manera de salir de esa discusión teórica...». En 1971, Mary Allegretti terminó sus estudios y aprobó las oposiciones para profesora en la Universidad de Paraná. En 1976, se radicó en Brasilia para asistir a un curso de especialización en antropología. Llevaba a su hijo con ella; tenía casa, sueldo, una vida estable y una carrera académica que prometía ser larga y fructífera. Poseía todo lo que una mujer como ella podía desear. O al menos eso creía entonces.

En aquella época, Brasilia era un polo de atracción para gentes de todo el continente. A medio camino entre el litoral y las tierras desconocidas de la Amazonia, la ciudad, construida en sólo cuatro años, simbolizaba la voluntad de corregir los desequilibrios de Brasil, donde la franja próspera del litoral daba la espalda al subdesarrollo del interior. Cuatro años antes de la inauguración, en su lugar de emplazamiento no había absolutamente nada. Los primeros elementos de la futura capital fueron llevados por aire y entonces se inició la construcción de una red de autopistas que, como los destellos de una estrella, debían llegar hasta los últimos rincones de Brasil, conectando con las carreteras de la selva que aún quedaban por construir. Inaugurada en 1960 y prevista para ser la capital de una de las grandes potencias del siglo XXI, esta *ciudad ideal*, como la definieron sus arquitectos Lucio Costa y Oscar Niemeyer, acabó siendo un símbolo más de la prepotencia de los hombres, convencidos de que es posible transformar la naturaleza y la sociedad a partir de una idea y de la tecnología apropiada. Su planificación estalinista —todos los cines están en el «área de diversiones Sur o Norte», los hoteles (según la categoría) en el «área hotelera Sur o Norte», los funcionarios de cada ministerio viven en sus edificios correspondientes, etc.—, y su monumentalidad la convirtieron sin embargo en una ciudad fantasma, una especie de estilizado Berlín Este bajo el sol del sertón. Nadie pasea por las extensas avenidas, nadie se aproxima a pie a la plaza de los Tres Poderes a contemplar la espléndida arquitectura vanguardista de los palacios del Congreso y del Senado, maravillas contrapuestas de cúpulas cóncavas y convexas. Sus planificadores no pensaron que las grandes masas de obreros que habían acudido de todo el país para su construcción querrían participar de la boyante riqueza. Así surgieron las primeras favelas. Eran como un recordatorio de que, por más que se intente, es imposible escapar de la realidad del país. Pero las autoridades no estaban dispuestas a permitir que hordas de miserables viniesen a empañar el sueño faraónico. Entonces desplazaron el cordón de pobreza a veinte kilómetros del centro, haciendo de la capital la única ciudad brasileña sin favelas, por lo menos visibles. Esto tenía sus ventajas para muchos brasileños como Mary Allegretti porque representaba una rara oportunidad de vivir en una ciudad limpia, ordenada y sin el caos y la inseguridad reinantes en la mayoría de las urbes del país. Pero Brasilia era también algo más. Para alguien que venía de una realidad muy estructurada, organizada, tradicional, la realidad del sur de Brasil, Brasilia era una ciudad cosmopolita, con gente de todas partes, no sólo de Brasil sino del extranjero. Y la Universidad era el punto de encuentro de toda esa gente.

Allí conoció Mary Allegretti a un británico llamado Tony Gross, diplomado en Ciencias Políticas y profesor de inglés. Con su largo pelo rubio y su perfecto dominio del portugués, Tony Gross conocía a todo el mundo en el Departamento de Antropología donde pasaba la mayor parte de su tiempo libre. Estaba cansado de enseñar inglés a los hijos de la clase media brasileña y se había interesado por la situación de los indios de la Amazonia, particularmente sus relaciones con

el sistema político, y estaba a la espera de que la Universidad de Oxford le aprobase el proyecto de tesis doctoral. Tenía intención de llevar a cabo su investigación en Acre. El interés por aquellas remotas tierras le había sido transmitido por un joven antropólogo llamado Terry Vale de Aquino que estaba en Brasilia terminando su tesis sobre los indios kaxinawá de Acre. Aquino era una persona excepcional, obsesionado con su trabajo, apasionado y pragmático. Nadie escapaba al magnetismo de su personalidad.

Ni siquiera Mary Allegretti, y aquel encuentro al principio de su estancia en la capital terminaría por influenciar profundamente su vida. Aquino, oriundo de Acre, era uno de los escasos estudiantes procedentes del interior; la mayoría venían del sur industrializado. Por su origen, por ser conocedor del terreno, tenía una visión práctica de la antropología, contraria a la óptica académica tradicional que abogaba por mantener las distancias con los sujetos que se estudiaba para ser lo más objetivo posible. Aquino no estaba de acuerdo con esa teoría: «Si no ayudamos a las culturas que estamos estudiando, pronto no quedará ninguna para estudiar», solía decir a sus detractores.

«Para mí, como para todos los del Sur, Amazonia no existía —contaría Mary—. Sólo sabíamos lo que los medios de comunicación decían al respecto, siempre en términos del Sur colonizando la Amazonia como si fuese una tierra vacía». Aquino desplegó ante ella un mapa de la región y le explicó que la falta de poblaciones no se debía a que la zona estuviera deshabitada, sino a que la mayoría de la gente vivía dispersa en la selva. Le habló de los indios, de los ríos, de los *seringais*... y le fue abriendo los ojos a ese universo tan lejano en su mente pero que sin embargo se encontraba tan cerca físicamente. Brasilia, la ciudad más futurista del mundo, estaba a escasos minutos de vuelo de comunidades indígenas cuyo nivel tecnológico pertenecía al neolítico. Era una metáfora que ilustraba la grandiosidad de Brasil, un país inmenso tanto por su geografía como por lo exacerbado de sus contrastes. Y eso fascinaba a Mary Allegretti.

«Aquino estaba haciendo una tesis sobre los indios, pero me dijo que había una población de moradores del bosque, llamados *seringueiros*, que nadie estudiaba ni conocía. La gente los asociaba con los tiempos del *boom* del caucho en el siglo pasado. Como necesitaba encontrar un tema para mi tesina de antropología, decidí ir a echar un vistazo. No tenía muy claro lo que quería. A mis profesores les dije que pensaba hacer algo sobre las fincas agropecuarias recién instaladas en Acre...».

Si para Mary Allegretti Brasilia había sido la válvula de escape de un mundo provinciano y estrecho, Acre sería la liberación total. Llegó a Rio Branco en febrero de 1978; acababa de cumplir 27 años. Se alojó en la casa de unos indigenistas a la vera del río Acre, donde vivían los que no tenían dinero para ir al hotel Chui. «Me enamoré de un indigenista llamado Meirelles, y él de mí —confesaría Mary Allegretti años más tarde, intentando recomponer las vivencias y los acontecimientos que, de alguna manera, transformarían para siempre la selva amazónica—. Duró dos años y fue una pasión muy... muy especial. Meirelles era de São Paulo, rubio, delgado, alto y con ojos azules (un típico sureño) y había abandonado sus estudios de ingeniería para seguir la “llamada de la selva”. Desde entonces, como empleado de la FUNAI, se dedicaba por entero a las comunidades de indios. Él me enseñó muchas cosas de la Amazonia. Me enseñó a mirar la selva, a entender a los *seringueiros* a observar el río, a oler la vegetación, a prestar atención a los animales... Antes de adentrarme en la selva, Aquino había despertado mi sensibilidad política y

mi curiosidad. Meirelles tocó mi sensibilidad de persona. Me enamoré de él, y a través suyo me enamoré de la selva».

Aquino propuso a Mary que le acompañara en un viaje por el río Tarauacá, en la frontera con Perú. Embarcaron en un destartalado *batelão* que remontaba el río con una lentitud que al principio a Mary le parecía exasperante. Pero pronto se acostumbró y entendió que ni el tiempo ni las distancias eran las mismas en Amazonia que en el resto de Brasil. Nada se medía en millas o en kilómetros, sino en días o semanas de viaje, o en playas de arena. Ribereños hablaban del próximo seringal que se encontraba tres playas más arriba. Poco a poco, recordando lo que Meirelles le había dicho sobre la vida en los ríos amazónicos, se dejó cautivar por el ritmo hipnotizante del viaje. Los delfines blancos que saltaban cerca de la orilla arrastraban a muchos peces que se salían del lecho del río y centelleaban al sol sobre la arena de la playa. De vez en cuando un punto negro en una roca señalaba la presencia de una araña mona, velluda y del tamaño de un puño, que saltaba al agua al acercarse el barco. Había infinidad de especies raras de mariposas, distintas en sus colores, en su manera de volar, en los dibujos de las alas; una de ellas tenía las alas transparentes como el cristal, con una sola mancha violeta en el centro, y parecía un pétalo de flor a la deriva^[71]. Otra, la *Morpho retenor*, era tan grande que se veía el resplandor azulado de sus alas a medio kilómetro de distancia sobre el río. Luego estaba el clima, con la alternancia regular de aguaceros que aliviaban el aire bochornoso y daban paso a unos arco iris que coronaban la selva humeante de vapor.

Después de cinco días de viaje, llegaron por fin al seringal Alagoas, en el extremo oeste de Acre.

—Aquí te quedas —le dijo Aquino a Mary.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Dentro de un mes estaré de regreso —prosiguió Aquino.

—¿Me vas a dejar aquí sola... durante un mes?

—¿No querías hacer tu tesina? —le dijo Aquino con un punto de ironía—. No te preocupes, conozco al dueño del seringal, y te tratará bien.

Mary no quería mostrar el miedo que sentía, y tampoco tenía elección.

—¿Seguro que te quieres quedar? —le preguntó un viejo *seringueiro*. Mary asintió con la cabeza.

Aquino volvió al barco y siguió su viaje hasta el poblado de los indios kaxinawá.

Lo que Mary Allegretti descubrió en aquel lugar apartado del mundo la hizo cambiar no solamente el tema de su tesis, sino su vida entera. Fue como un viaje en el túnel del tiempo, un viaje por el pasado que la hubiera llevado a la primera guerra mundial. Aquella era una comunidad de *seringueiros* cautivos, sometida al régimen de explotación de los antiguos seringales. Algunos estaban endeudados con dos toneladas de caucho, lo que suponía dos años de trabajo. Vivían en el aislamiento más absoluto, sin comunicación alguna con el exterior. «A pesar de la explotación, estaban orgullosos de su actividad —diría Mary—. Los viejos me decían que no querían salir de allí, que querían morir en el seringal. Pero todos pedían justicia».

Los caucheros, que nunca habían visto una mujer forastera, desconfiaron de ella al principio. Sólo después de que hubiera hablado con todos y cada uno de ellos, de seguirles horas y horas por la selva, de atender a los niños enfermos de malaria, empezaron a aceptarla. Algunos se percataron de que hablar con alguien que no fuese vecino, familiar ni patrón, era una oportunidad

única en sus vidas. Pero sólo se volcaron abiertamente cuando la vieron tomar notas y entendieron que sabía descifrar las letras y los números sobre el papel. Un *seringueiro* le mostró una carta que había recibido seis meses antes. En todo ese tiempo no había conseguido dar con alguien que se la leyese. Luego se acercaron otros, con los libros de cuentas del patrón bajo el brazo. Durante noches enteras Mary estuvo copiando cifras a la luz de una lamparita de queroseno. Pronto una fila de caucheros se fue formando cada atardecer delante de su choza. Venían a pedir ayuda a una profesora de universidad que hacía una tesis sobre gente cuyo analfabetismo era producto de la esclavitud; pero ella no conseguía explicar esa situación porque no encajaba en la teoría. «¿Si ya no hay mercado para el caucho, por qué se mantienen estos seres como esclavos?», se preguntaba. No conseguía entender las relaciones de trabajo ni la sociedad de los *seringueiros*. «Yo era una profesora de universidad acostumbrada a dar clases a alumnos que no sabían nada de nada y que lo tenían todo. ¡De pronto estaba en un lugar donde saber leer y escribir lo era todo!».

Al cabo de un mes, cuando Aquino regresó a buscarla, Mary no era la misma. Sus valores habían cambiado; sus prioridades se habían modificado. Los *seringueiros* no sólo la habían hecho sentirse útil y necesaria como nunca se había sentido en su vida, sino que la habían conmovido por su ingenuidad y por su sensibilidad tan especial. Había descubierto que el pilar de la dominación ejercida sobre los caucheros era el analfabetismo. Se propuso enseñarles a leer y a escribir. «Volveré y construiré una escuela», les prometió cuando embarcó para emprender viaje de regreso.

Su tesina fue un rudimentario intento de explicar la realidad de un seringal. En un mes escribió una amplia descripción de las deudas, las enfermedades, el analfabetismo... a lo que añadió entrevistas con *seringueiros*. Sus profesores se quedaron un poco perplejos; le dijeron que era demasiado descriptiva, que tendría que investigar más. Pero tenía el valor de lo insólito y al final la aprobaron. De todas maneras, la tesina se había convertido para ella en algo secundario. Lo que había descubierto era un mundo donde ella tenía algo que aportar. Amazonia la había cambiado; ahora tenía que cambiar su vida. Reunió a su hijo de ocho años y a su exmarido y les dijo que tendrían que arreglarse sin ella por una temporada. Estaba enamorada de Meirelles y quería montar escuelas en la selva; necesitaba tener las manos libres. «Menos mal que mi exmarido y yo éramos buenos amigos... ¡Empezó por ocuparse del niño y acabó pagando mis cuentas de teléfono en Acre! —diría más tarde—. Quedaba el problema de mi trabajo, pero entonces pensaba que conseguiría un traslado para dar clases en la Universidad de Acre».

Fue entonces cuando conoció, en Rio Branco, en el despacho del periódico *Varadouro* a un joven *seringueiro* de pelo negro algo rizado, sonrisa franca y barriga incipiente, que acudía regularmente a informar de los nuevos *empates* y de la guerra contra los taladores de árboles en la zona rural. En aquella época (1978) era concejal por un partido de oposición moderada en la pequeña ciudad de Xapurí. Se llamaba Chico Mendes y de ese encuentro nacería una larga amistad basada en la acción y en el compromiso de sacar de la oscuridad a los habitantes de la selva. Mary Allegretti grabó más de dos horas de su primera conversación. «Apenas abrió la boca, sentí que tenía madera de líder. Sabía lo que quería y sabía expresar lo que pensaba». Aquel encuentro permitió a Mary entender todo lo que no había conseguido discernir hasta ese momento. Chico le contó la larga historia de resistencia de los *seringueiros* contra los patronos y luego contra los terratenientes paulistas. Mary comprendió que el seringal Alagoas donde había pasado

un mes estaba tan atrasado y aislado que ni siquiera había podido germinar una mínima toma de conciencia para empezar a resistir. Cuando Chico le dijo que quería crear escuelas en la selva, Mary se ofreció para ayudarlo. Quería redimir su ignorancia y la frustración de haber hecho una tesis floja, y para ello convirtió su material de investigación en una cartilla de alfabetización. Era un cuaderno que explicaba en términos simples y asequibles para un cauchero el abecedario y la aritmética. Lo llamaron la cartilla *Poronga* en alusión a la linterna que los caucheros se ponían en la cabeza para iluminarse en la oscuridad de la selva. Tenían la esperanza —ahora compartida por Mary Allegretti— de que aquella cartilla alumbraría sus vidas con un saber que les había sido denegado hasta entonces.

En Curitiba, Mary se reincorporó a su trabajo de profesora. «Pero no podía dar clase. Cada vez que entraba en la sala, me daba la impresión de que aquellos niños eran unos idiotas que no querían saber nada de nada. Empecé a sentir que aquél no era mi sitio». Ni siquiera sus amigos creían que Mary había descubierto una comunidad de esclavos, y que había muchas más en la selva. Todo lo que contaba era demasiado aberrante para ser cierto. Mary pensó que se estaba volviendo loca y, para cerciorarse de lo contrario, volvió a Acre. Durante dos años —el tiempo que duró su relación con Meirelles— vivió desgarrada entre ambos lugares. Ella llegaba a Rio Branco y Meirelles abandonaba su área indígena de la cual sólo se podía salir en avión o bien caminando dos días, y subía a un autocar que le llevaba a su casa de Rio Branco. Y todo eso para pasar sólo tres o cuatro días juntos. Otras veces, Mary iba al área indígena del río Iaco en la frontera con Perú, donde Meirelles estaba trabajando. «Llevaba a cabo un proyecto económico. Era un gran desafío porque, como los indios no tenían caucho ni castaña y su territorio les había sido demarcado, no tenían muchas alternativas. Entonces Meirelles y yo pensamos que podían plantar y comercializar café. Yo traje semillas de Paraná y fuimos a plantarlas. Me quedé allí dos semanas, en lugares donde nunca una mujer blanca había entrado. Los pies de café están todavía allí».

Un día recibió en Rio Branco un telegrama de la universidad conminándola a reanudar sus clases, so pena de perder el puesto definitivamente. Tenía una elección clara: o pedía la dimisión, o acabarían despidiéndola por abandono del cargo. Quedaba una tercera solución: regresar a Curitiba, y es lo que hizo con la intención de buscar fondos para montar la escuela en la selva con Chico Mendes. Meirelles la siguió.

«Pero no funcionó; lo nuestro era una pasión amazónica que no se podía trasladar a otros lugares. No había manera de acoplar nuestras vidas. La suya estaba con los indios y la mía, en aquel momento, sumida en el conflicto de dejar la universidad». Pidió dos años de excedencia, pero le fueron denegados. Entonces Meirelles volvió al río Iaco con sus indígenas. Las visitas se hicieron más escasas, y las cartas también. Poco a poco, la relación se fue desvaneciendo. Pero no así la historia de amor que ambos mantenían con la selva amazónica.

Cuando Mary Allegretti llegó a Xapurí en 1981, la vida había recobrado su aspecto de normalidad. Chico Mendes, nada más regresar del juicio en Manaus, fue elegido presidente del sindicato local y estaba ocupado en la creación de una federación que acabaría conociéndose como la CUT (Central Única de Trabajadores). Por primera vez desde el golpe de Estado, los sindicatos intentaban organizarse a escala nacional. En esta ocasión Mary no venía a hacer una visita cualquiera. Volvía a cumplir con su palabra. Había conseguido dinero para que el viejo sueño de Chico Mendes se hiciese realidad. El *Proyecto Seringueiro de Educación Popular*, que habían preparado juntos, contemplaba la creación de escuelas simultáneamente a la creación de una cooperativa.

Mary Allegretti logró reunir dinero gracias a Tony Gross, el profesor de inglés de Brasilia que había terminado su tesis y que ahora trabajaba para la organización humanitaria internacional Oxfam con sede en Oxford, Inglaterra. Chico Mendes y los demás miembros del sindicato decidieron establecer la primera escuela en el seringal Nazaré, situado a dos días de marcha de Xapurí. Allí se venía librando una batalla entre el nuevo propietario Geraldo Bordón, dueño de la mayor industria cárnica de Brasil, y los *seringueiros* amenazados de expulsión. Ahora Chico Mendes, su primo Raimundo de Barros, Mary Allegretti, un indigenista llamado Ronaldo de Oliveira y algunos más volvían a pasar por los senderos del seringal Nazaré, bajo las barbas de los capataces que los observaban con recelo. El grupo solicitaba la ayuda de los caucheros para construir la escuela, pero también querían reclutarlos como estudiantes. La construcción acabó siendo una casa típica de *seringueiro* hecha de madera de paxiuba, sobre pilotes, y en su interior se colocó la primera pizarra jamás vista en la selva. «Fue una experiencia muy intensa, una gran alegría —diría Mary—. Por fin había hecho algo concreto. Por fin tenía la oportunidad de devolver parte del saber y el conocimiento que había acumulado. Y esta vez estaba dispuesta a que ningún obstáculo me obstruyese el camino». Hasta entonces había intentado todas las combinaciones y artimañas para librarse de sus obligaciones en la Universidad de Curitiba. Celebró consultas con su familia sobre una posible dimisión. Alarmados, la recordaron que estaba a punto de conseguir la cátedra. No entendía cómo se le podía ocurrir echar por tierra una brillante carrera académica y la seguridad de un empleo vitalicio. Hasta su hermano la llamó por teléfono para suplicarle, en nombre de la familia, que no dimitiera.

Pero Mary tenía un compromiso ineludible consigo misma; «Al final preferí dimitir a que me echasen por abandono del cargo», diría más tarde, consciente de que se quedaba sin trabajo, sin sueldo, sin carrera y sin dinero para vivir. Nada más firmar los papeles de su dimisión en la rectoría, fue al aeropuerto y embarcó en el vuelo de Varig, destino a Rio Branco. Tres días más tarde llegaba a la casa de hojas de palma que servía de escuela y de residencia. Allí no había agua

corriente, ni electricidad, ni confort; su cama era una hamaca envuelta en un mosquitero. Pero se sentía en paz consigo misma. Había trocado la estabilidad de una de las universidades más tradicionales de Brasil por un claro en la selva donde un puñado de hombres, mujeres y niños la esperarían todas las semanas para aprender los rudimentos del alfabeto. Había sido capaz de cambiar su vida para entregarse a una causa que merecía una dedicación urgente e inmediata. Y eso la hacía sentirse feliz.

Las consecuencias de la puesta en marcha de la escuela y la cooperativa no tardaron en manifestarse. Los burros comprados para transportar el caucho directamente a los puntos de venta en la ciudad eran algo insólito en aquella región. Los terratenientes y sus capataces estaban asombrados por toda esa gente con mochilas al hombro, que entraba y salía, atravesando el río Xapurí con mercancías. No entendían de dónde habían obtenido dinero los *seringueiros* para comprar tantas cosas. La única explicación plausible era que Moscú les estaba financiando. Hicieron correr el rumor de que los burros transportaban armas. De allí a decir que la escuela era una tapadera para un centro de entrenamiento de guerrilleros no había más que un paso. Las autoridades estaban convencidas de que Acre, por su situación fronteriza, su atraso y su pobreza, cumplía todas las condiciones para convertirse en una zona de guerrilla. Así pues, un grupo de policías armados hasta los dientes irrumpieron en aquella choza mientras Mary daba clase. Registraron todo, buscando alguna prueba —armas o literatura subversiva— para incriminar a los responsables, pero sólo encontraron una escopeta de caza. La escena se repitió varias veces durante los años 1981 y 1982. Algunos sindicalistas recuerdan que la policía les seguía hasta Nazaré para intentar atraparles en flagrante acto de subversión. Ese ridículo nerviosismo de las fuerzas de seguridad tenía el efecto contrario al deseado. Si abrir una escuela bastaba para inquietar tanto al adversario, para los *seringueiros* era la confirmación de que iban por buen camino.

Chico Mendes, como cabecilla visible del movimiento, fue conminado por la policía federal a prestar declaración sobre la escuela. Hacerle ir hasta la ciudad era también una manera de recordarle que estaba en el punto de mira de las autoridades. Paradójicamente, ese viaje no conseguiría disuadir a Chico Mendes de continuar con sus actividades, sino que terminaría por cimentar el programa de las escuelas gracias a una increíble casualidad. Después de repetir por enésima vez que el dinero no venía de La Habana ni de Moscú sino de Inglaterra, y que no estaba destinado a entrenar terroristas, sino a enseñar a leer a unos niños, el interrogatorio cesó y le dejaron marchar. Mientras Chico se dirigía a casa de su tía, donde se alojaba cada vez que iba a Rio Branco, se dio cuenta de que le estaban siguiendo. En el acto le vino a la memoria el secuestro ocurrido unos años antes en las mismas calles de aquella ciudad, y las torturas, y pensó que ahora tratarían de intimidarle de la misma manera. Las ventanillas del coche que avanzaba lentamente a su altura, se abrieron y sus ocupantes empezaron a increparle. Chico aceleró el paso. El coche le siguió. Entonces Chico echó a correr y, de repente, saltó sobre la calzada y se plantó frente a un automóvil que venía en dirección contraria y que frenó en seco para no atropellarle. «¡Por el amor de Dios, déjenme entrar! —suplicó—. Me persiguen... Aquí no hay autobús y no tengo dinero para un taxi», siguió diciendo entre jadeos. La puerta trasera se abrió y Chico se metió en el automóvil. No reconoció en seguida al que iba sentado confortablemente en el asiento trasero. «Nunca había visto a Chico tan asustado como ese día —diría el hombre—. El chófer y

yo le calmamos. Estaba convencido de que le querían matar y yo pensé que exageraba». Chico, cuando se hubo tranquilizado, se le quedó mirando y de pronto soltó una carcajada. «¡Josué!», exclamó mientras le abrazaba. Se había metido en el automóvil de su amigo de infancia, que acababa de regresar a Acre después de más de veinte años de ausencia. Chico tenía un recuerdo muy nítido de su partida, ya que había coincidido con la desaparición de Euclides Távora. «Pasamos la velada juntos y Chico me habló del *Projeto Seringueiro*, de los problemas que tenía con la Policía Federal... A mí me recordaba a su padre, el viejo Francisco, que se pasaba el tiempo diciendo que había que tener escuelas en los *seringais*». Aquel reencuentro daría lugar a una estrecha colaboración ya que Josué, poco tiempo después, pasaría a asumir la dirección de la Secretaría de Educación de Acre. Habiendo aprendido a leer y escribir a los catorce años y sin haber olvidado sus raíces, Josué conocía tan bien como Chico las necesidades de los *seringueiros*. Desde su cargo en la Secretaría de Educación, y reanudando la vieja amistad con su compañero de juegos, se dedicó a conseguir el apoyo del Gobierno Federal para abrir seis escuelas más en el área de Xapurí y dos docenas en Acre.

Con parte del dinero conseguido gracias a la cooperativa se pagaba el mantenimiento de las escuelas, la comida de los alumnos y un pequeño salario a los profesores. La escuela de Nazaré empezó a formar sus propios maestros y en 1983 varias mujeres de los *seringais* vinieron a dar clase. En aquel entonces Mary Allegretti había tenido que renunciar a su puesto. La experiencia que tanta satisfacción le había proporcionado en un principio fue agriándose hasta convertirse en un auténtico calvario.

«El problema surgió —contaría Mary— porque yo no tenía ninguna vinculación política, ni con un partido, ni con el sindicato, ni con la Iglesia, ni con la universidad. Entonces no tenía apoyo real». Aparte de la policía, los partidos de izquierdas también quisieron conocer el proyecto de educación. Querían saber qué tipo de experiencia era aquella que iba contra la concepción clásica de que cualquier movimiento social tiene que fortalecer a un partido político. «Fue cuando empezaron las conjeturas y las calumnias. Decían que yo quería utilizar la ignorancia de los *seringueiros* para proyectarme y hacer carrera. Y eso, después de lo que había arriesgado, me dolía mucho y me desesperaba. En realidad les fastidiaba no dominar completamente el proceso de las escuelas, no haber sido ellos los organizadores. Chico siempre me entendió y siempre me dio su apoyo incondicional. Pero fue el único. Los demás no hacían más que críticas veladas, difundían rumores e intrigas. Reconozco que era difícil entender mi perspectiva, una mujer del Sur que estaba allí desinteresadamente. Pero mi compromiso era conseguir que se reconociese a los *seringueiros* como personas, como ciudadanos, como parte de la sociedad. No conseguía olvidar las caras de aquellos pobres hombres con quienes conviví a orillas del río Tarauacá».

Intentó dialogar pero, salvo Chico, sólo consiguió evasivas. Dedujo que no era una cuestión de comunicación, sino algo más profundo. La misma diferencia que separaba los dos mundos que componen Brasil se había trasplantado a ese rincón de la Amazonia. Mary Allegretti, aunque brasileña, no era una más. Era una extranjera. La asociaban con una clase social antagonista y el hecho de que estuviese tan implicada en la escuela y en la cooperativa restaba relevancia a la iniciativa del propio movimiento de resistencia. A pesar de haber conseguido el dinero, las distintas facciones no aceptaban que una mujer sin filiación determinada viniese a organizar algo políticamente tan importante como el programa de educación de los caucheros. «Mary era una

forastera y quería definir las líneas de actuación», diría uno de sus detractores.

Mary vivió una crisis profunda y acabó por tomar una decisión lógica: irse. El alcalde de Rio Branco, un joven ingeniero llamado Flaviano Melo que acabaría siendo gobernador del Estado, le propuso coordinar un proyecto de planeamiento urbano financiado por el Banco Mundial. Fue entonces cuando Mary se enteró de que estaba fichada por el SNI (Servicio de Información Nacional) y de que el Ministerio del Interior la había vetado para cualquier puesto oficial porque se la juzgaba «una amenaza para la seguridad nacional». Su única recompensa a tanta dedicación, había sido una ficha en la policía. Había renunciado a todo, aunque lo más doloroso era haber perdido la confianza de las personas a quienes quería ayudar. Pensó en regresar a Curitiba, pero no quería volver sin algo concreto. ¿Brasilia? Tampoco tenía nada que hacer allí. Esperó una temporada a que surgiese la primera oportunidad. Por fin, gracias a un amigo, se enteró de que convocaban plazas de profesor asistente en la Universidad de Mato Grosso. Mary se presentó a las oposiciones en la categoría 1, la más elemental. Había dejado la universidad de Brasilia en la categoría 4, justo anterior a la cátedra. Ahora retrocedía cuatro niveles, después de una experiencia agotadora. Dejó las profundidades de Acre con una mezcla de perplejidad y tristeza. Se instaló en Cuiabá, capital de Mato Grosso, en una casa alquilada a orillas del río, rodeada de árboles. Se dedicó a dar clases, a clasificar su material de campo y a organizar sus notas. Empezó a soñar con tener su propia institución autónoma, competente y eficaz, un sueño que tardaría sólo unos años en hacer realidad. Sobre todo, escribía y reflexionaba. Buscaba afanosamente respuesta a una pregunta que la obsesionaba: ¿En qué se había equivocado?

Después de su victoria sindical —al haber sido elegido presidente del sindicato de Xapurí—, Chico Mendes se preparó para una victoria política presentándose como candidato por el PT a las elecciones para diputado del Estado. Confiaba en poder abogar por la causa de los *seringueiros* en las cámaras que tenían acceso al poder. Su experiencia de concejal le había permitido comprender la inextricable maraña de intereses políticos y lo importante que era salir del aislamiento para conseguir el apoyo de otros sectores de la sociedad brasileña. Tenía confianza en su sentido común y en las cualidades de conciliador que había heredado de su padre. Buscaba siempre la unanimidad y era lo suficientemente abierto como para asumir sus errores. Pero todavía ignoraba que la honradez y la flexibilidad eran más un obstáculo que una ventaja en el mundo de la política local brasileña.

Su antigua simpatía por el Partido Comunista de Brasil fue utilizada en contra suya. Uno de sus rivales, un militar de las Comunidades de Base de la Iglesia llamado Iván Melo, hizo circular por Xapurí el número 1 de la revista *Tribuna Operaria* (1979) donde aparecía una entrevista con Chico Mendes. Iván Melo le combatió con todos los medios a su alcance, incluyendo la mentira y la calumnia. Iba de casa en casa pidiendo que no le votasen, diciendo que era comunista hasta que en una ocasión, mientras estaba despotricando, salió Chico del fondo del pasillo. Se alojaba allí provisionalmente y lo había oído todo. Indignado, se abalanzó sobre su rival. Rodaron por el suelo mientras los demás intentaban separarles. Fue la única vez que se vio a Chico pelear con sus manos.

En realidad Chico Mendes no encajaba en ningún molde, por eso nunca tuvo la plena confianza del PT, ni de la CUT ni de la Iglesia, a pesar de su amistad con los curas de Xapurí. Para el ala izquierda del PT era demasiado blando y no lo bastante radical; para el ala derecha como para la Iglesia, demasiado revolucionario. Al no ser dogmático, chocaba siempre con los límites impuestos por las distintas ideologías. En realidad, siempre hacía lo que creía correcto. La suya era más una autoridad moral que política, algo que tardaría mucho tiempo en asimilar. Sería una dura lección porque en aquellos años estaba convencido de que la política era el instrumento adecuado para reforzar su lucha. Otros, sin embargo, utilizaban la lucha como instrumento para hacer política; y éstos eran los que solían triunfar.

Algo en su vida, sin embargo, se había hecho más importante que todas las elecciones del mundo, y era su relación con Ilzamar. Llevaban más de dos años viéndose y había llegado el momento de regularizar la situación. La creciente liberalización del sistema político, la perspectiva de ganar las elecciones, el éxito de las cooperativas y las escuelas le habían hecho sentirse más optimista con respecto al futuro. Todos los años en que había trabajado sin sueldo para el sindicato, lo hizo

con la esperanza de ser algún día elegido alcalde o diputado. Ahora esa posibilidad estaba al alcance de la mano, y eso significaba que cobraría un salario del cual entregaría la mitad al PT y con el resto podría vivir dignamente.

Una noche, después de un mitin electoral en el que denunció las talas ilegales, las expulsiones violentas y los arrestos arbitrarios, bajó del estrado y se acercó a Ilzamar, que no se perdía ningún mitin.

—¿Te quieres casar conmigo? —le preguntó. Cuarenta años atrás, en el mismo lugar, su padre había hecho la misma proposición a una *seringueira* de la cual se había enamorado.

Ilzamar quedó confundida. Luego levantó la mirada y, tímida, asintió con la cabeza. Entonces Chico la cogió por el hombro y fueron hacia donde estaban sus padres.

—Le vengo a pedir su consentimiento para casarme con su hija... No tengo casa, no tengo nada excepto la ropa que llevo puesta —le dijo a José Moacyr.

El viejo *seringueiro*, que le conocía tanto como a sus propios hijos, le sonrió.

—Tampoco yo tengo fortuna... —le contestó—. Sólo tengo a mis hijas... Pero si es lo que quieres y ella está de acuerdo, os doy mi bendición.

Sus planes de alquilar una casa para empezar su vida de casados se fueron al traste al perder las elecciones por una diferencia de 54 votos. Todavía más duro fue aceptar que la gente le había denegado la confianza que él creía merecer. Como siempre ocurría tras sus fracasos políticos, se replegó en las actividades sindicales. El 28 de abril de 1983 fue invitado a São Paulo a un congreso de la CUT. No quería ir porque el día 26 era su boda con Ilzamar, por lo civil, en la pequeña ciudad de Brasileia. Pero sus compañeros insistieron tanto que Chico decidió aprovechar e ir de viaje de novios. Fue una de las raras ocasiones en que pudo aunar su vida pública y su vida privada. En adelante, los compromisos ineludibles se convertirían en la espada de Damocles del matrimonio. Al cabo de seis años, Ilzamar calculó que no habían pasado más de seis meses juntos.

El primer año de casados se instalaron en Xapurí, en una casa prestada por un pariente. Fue quizá la época más feliz del matrimonio. Allí nació su hija, bautizada Elenira en memoria de una guerrillera muerta en las escaramuzas del río Araguaia a principios de los años sesenta.

Todo se hizo más difícil a partir del momento en que tuvieron que abandonar la casa prestada porque el pariente necesitaba venderla. Como Chico no podía pagar un alquiler, se mudaron a la sede del sindicato, una barraca situada junto a la iglesia. Pero allí no había intimidad; era como vivir en una comuna. Ilzamar, cuando no limpiaba la casa o daba el pecho a Elenira, pasaba largas horas cocinando para un montón de gente. Un día no lo soportó más y se lo dijo a su marido, cuando le pilló entre dos viajes. Él bajó la cabeza y la abrazó: «Ya sé, ya sé... Tú querías que tuviéramos una casa propia, pero el trabajo político no da dinero... Sin embargo hay que hacerlo, es nuestra única posibilidad de mejorar».

Aquella misma tarde se mudaron al seringal del padre de Ilzamar. «Mi padre era muy pobre —recordaría Ilzamar—. Tan pobre que hasta carecía de una hamaca para mi hija. Era una familia numerosa y había dificultad en conseguir comida para todos. Me angustiaba pensar que la pequeña podría pasar hambre cuando ya no le diese más el pecho». Chico Mendes se quedó a vivir en la sede del sindicato y, cuando sus obligaciones se lo permitían, iba a reunirse con su mujer y su hija. Llevaba con él lo que podía: medicinas, leche en polvo, aceite, a veces un poco de dinero...

Los primeros días eran de gran alegría. Pero nunca se quedaba mucho tiempo; el máximo fue

un mes. Ilzamar rompía en sollozos con frecuencia cuando sentía que pronto volvería a estar sola. En realidad, su vida no había cambiado con el matrimonio. Seguía en la selva con sus padres, con la diferencia de que ahora tenía que criar a una hija.

—Debes tener fe —le decía Chico—. Nuestra vida cambiará, ya verás...

—No quiero quedarme aquí sola y pasando necesidad...

—Nuestra lucha es para que esto acabe —le contestaba él.

—Si las demás mujeres viven junto a sus maridos... ¿Por qué no te quedas tú conmigo? —insistía ella.

—A mí también me gustaría ver crecer a Elenira y llevar una vida normal. Pero la gente no siempre puede hacer lo que quiere...

Aquella situación afectaba profundamente a Chico. Confesó a un amigo que no se sentía digno de ser padre de familia porque no podía prestar a los suyos la atención necesaria. La única alternativa posible —dejarlo todo, emigrar, buscarse un trabajo cualquiera y empezar de nuevo— era sin embargo inconcebible. Para Chico, equivalía a renegar de su propia identidad, era como morir a destiempo. Estaba atrapado en las garras de una lucha a la que había dedicado su vida. «No puedo abandonar», acababa diciéndole a Ilzamar, y ella lo entendía, y enjugaba sus lágrimas y empezaba a soñar con la próxima visita. Y Chico emprendía viaje por los caminos de la selva para asistir a alguna reunión sindical, o para participar en algún *empate*, o para encerrarse con los compañeros a intentar encontrar una solución definitiva al problema de los *seringueiros*, empeñados en defender sus selvas de un adversario cada vez más obsesionado en arrasarlo.

En aquella época los grandes Bancos y empresas de inversión habían venido a sumarse a los ricos paulistas de principios de los años setenta. Los *seringueiros* no sabían que en círculos próximos al Gobierno se urdía un nuevo plan de desarrollo, llamado Polonoeste, que contemplaba el asfaltado de la carretera que unía Acre y Rondonia con el sur del país. Eso había bastado para que se desencadenase un nuevo y fuerte movimiento especulativo. La tierra subió de precio y cambió de dueños. Aunque todavía se usaba el viejo método de contratar peones para talar la selva, las grandes compañías utilizaban el moderno *correntão*, que se había hecho muy popular en toda la Amazonia. Se trataba de una cadena de unos cien metros de largo (generalmente una vieja cadena de anda) tirada por dos enormes tractores Komatsu. Gracias a este sistema, lo que doscientos hombres tardaban un mes en talar se hacía ahora en sólo unos días. También ensayaron experiencias con defoliantes químicos, particularmente el llamado tordón, que contenía el conocido «agente naranja» y era vendido por la multinacional norteamericana Dow Chemical, que se desprendía así de los restos no utilizados en la guerra de Vietnam. El tordón era tan potente que los peones que lo esparcían se quejaban de mareos y diarreas. Dow Chemical terminó por retirarlo del mercado, sustituyéndolo por una sustancia más suave, sin dioxina, que resultó ineficaz.

Frente a la imparable espiral de destrucción, los *seringueiros* sólo contaban con los *empates* como medio de lucha. Aunque apenas conseguían detener la mitad de talas e incendios (cada año, en el municipio de Xapurí ardían 10.000 hectáreas de bosque), en Acre se desarrolló un clima de auténtica guerra civil. Los *seringueiros*, una más de las especies amenazadas de extinción, defendían la selva porque era la única manera de defenderse ellos mismos. Pero lo hacían a la desesperada, sin ningún tipo de ayuda externa. Chico Mendes era consciente de que mientras en Brasil no se cuestionase la política de ocupación de la Amazonia, todo seguiría igual hasta la

desaparición del último árbol, del último cauchero. Era una lucha sin cuartel, y los *seringueiros* que habían comprometido su vida en ella no conseguían ver salida alguna. Excepto la muerte, en la cual Chico Mendes pensaba constantemente desde el asesinato de Wilson Pinheiro. Pero eso no se lo podía decir a Ilzamar.

Washington, D.C., 1981-1985

Después del fracaso de la Transamazónica y del caos provocado por las demás carreteras, después de haber convertido parte de la selva en un desierto, parecía lógico pensar que la política de colonización de la Amazonia cesara, o por lo menos cambiara sustancialmente. Pero a finales de los años setenta el gobierno militar preparó el ambicioso nuevo plan llamado Polonoroeste para hacer productivas 25 millones de hectáreas a lo largo de la frontera con Bolivia. El plan preveía el asfaltado de 1.200 km de la BR-364 en su trayecto de Cuiabá (capital de Mato Grosso) a Porto Velho (capital de Rondonia). En una segunda fase estaba previsto el asfaltado hasta la frontera con Perú pasando por Rio Branco. Era la misma carretera que había precipitado la llegada de los paulistas, el genocidio de los *seringueiros*, la especulación descontrolada en Rondonia, los conflictos de tierra, el aumento de la violencia y la práctica extinción de los nambiqwara, los surui, los gavião y otras tribus indias. El propio gobierno, en su informe al Banco Mundial, reconoció que la carretera había creado un monstruo en Rondonia y en el norte de Mato Grosso, los territorios que atravesaba. El nuevo plan, aseguraba el informe, serviría para controlar el flujo de emigrantes. Para ello estaba previsto mandar colonos a tierras calificadas como fértiles así como promover cultivos seguros como el cacao, el anacardo o el maíz. También estaba prevista una mejora sustancial de los servicios sanitarios y sociales, así como la adopción de una serie de medidas para proteger a las poblaciones locales. El presupuesto era de 1.600 millones de dólares, de los cuales la mayoría fueron solicitados al Banco Mundial y al Banco Interamericano de Desarrollo, dos instituciones con sede en la capital norteamericana que habían financiado muchos de los grandes proyectos de la Amazonia.

Otra vez, como una siniestra repetición de lo que ocurriera diez años antes, exagerando la cantidad de *terra roxa* disponible (una tierra fértil de origen volcánico), la televisión de Brasil se lanzó a una campaña para incentivar a los campesinos a marchar hacia el Oeste. En Washington, el único ecologista entre los seis mil empleados del Banco Mundial, un individuo alto, desgarrado y con gafas llamado Robert Goodland, se había opuesto enérgicamente a que el Banco financiase ese proyecto. Entre otras cosas, sabía que únicamente el 10% de Rondonia era *terra roxa* y que ya estaba ocupada por las grandes fincas. Especialista en la selva amazónica, Goodland había emprendido una batalla en solitario durante años para sacudir la conciencia de sus colegas sobre el impacto negativo de muchos de los proyectos que financiaban en el Tercer Mundo. Fue uno de los primeros en advertir que la degradación medioambiental, como era el caso de la desertización de la Amazonia, conducía al deterioro general de la economía y que ambos procesos se alimentaban mutuamente en una espiral imparable. Pero había sido como predicar en el desierto.

En su informe sobre Polonoroeste, apuntó con increíble precisión lo que acontecería en Rondonia: aniquilamiento de las poblaciones indígenas, devastación de la selva, degradación de los suelos. A pesar de sus recomendaciones desfavorables, así como las de los expertos en agronomía y los antropólogos, el 15 de diciembre de 1981 el Banco realizó un primer pago de 457 millones de dólares al gobierno de Brasil. Las condiciones del préstamo exigían que el gobierno garantizase reservas para los indios y *seringueiros* y tomase medidas protectoras del medio ambiente a lo largo de la carretera. Pero no existía ningún mecanismo para verificar que se cumplirían esas directrices. Por si fuera poco, los superiores de Robert Goodland le prohibieron viajar a Rondonia durante cuatro años. Así se dio la paradoja de que a un ecólogo pagado por el Banco Mundial para evitar desastres medioambientales se le prohibiese impedir que el Banco se viese implicado en un gravísimo desastre ecológico.

* * * *

«Quizá porque soy un producto de la generación de los sesenta siempre he querido hacer algo con mi vida que no sea únicamente ganar dinero», diría Bruce Rich, el hombre que hizo tambalearse los sólidos muros del Banco Mundial donde burócratas en confortables despachos deciden la suerte de millones de pobres. Bruce Rich es un individuo locuaz, vivaracho, de una inagotable curiosidad intelectual y de una inteligencia vivaz. Con el pelo prematuramente cano, bajo de estatura, delgado y atlético, con ojos de un azul intenso que nunca parpadean, lector ávido y aficionado al montañismo, había dedicado siete años de su vida, nada más terminar los estudios en la Universidad de Yale, a viajar por el mundo. «En aquel tiempo, quería salir de los Estados Unidos. Como muchos otros compañeros de mi generación —marcada por el asesinato de Kennedy y la lucha por los derechos civiles—, estaba desilusionado con el sistema político y cuestionábamos profundamente la naturaleza de la civilización norteamericana». Sus años de nomadismo por Europa y Sudamérica le hicieron reflexionar sobre el funcionamiento del mundo. «Cuando regresé a mi país en 1978, sabía que quería trabajar en algo público. Deseaba hacer mi aportación, aunque fuese minúscula, a la sociedad. Para ello necesitaba seguir estudiando. Ante las opciones que barajaba, escogí la menos repulsiva: un doctorado en Derecho, aunque nunca tuve intención de convertirme en un abogado tradicional».

Dos años después, mientras estaba terminando la tesis, cayó en sus manos un documento publicado por el gobierno estadounidense que, de alguna manera, daría una orientación definitiva a su vida. Su lectura le impresionó tanto como a miles de personas de todo el mundo, particularmente de Japón, Alemania y Estados Unidos, donde su fuerte impacto hizo que se publicara en una edición de bolsillo, algo rarísimo para un documento oficial. Se trataba del informe titulado *Global 2000* y era el resultado del encargo que el Presidente Carter había hecho a todas las agencias^[72] del gobierno norteamericano para evaluar las tendencias mundiales de los recursos medioambientales hasta el año 2000. «Era un informe científico pero al mismo tiempo perfectamente comprensible. Y era muy pesimista, sobre todo al examinar las tendencias en el Tercer Mundo. La deforestación estaba identificada como el proceso más grave e importante en

términos de extinción de especies. No había duda de que se trataba del mayor problema de este final de siglo». El informe apuntaba la eliminación, en el umbral de la revolución genética, de los mayores y más ricos depósitos de recursos genéticos del planeta, la extinción de un *stock* diversificado de materia prima útil a las innovaciones de la medicina y la industria. Sin él, las vidas de los hombres y de sus descendientes corren el riesgo de empobrecerse de manera irreversible^[73]. El informe recordaba que millones de especies están desapareciendo en un lapso de tiempo mucho más corto que los cataclismos conocidos desde el principio de la vida celular^[74]. «Si se mira la historia de la vida en este planeta —contaría Bruce Rich—, han ocurrido algunas extinciones masivas, la más reciente a finales del Cretáceo (hace 65 millones de años), cuando la mayoría de los grandes animales terrestres desaparecieron. Pero aun así, ese espasmo duró miles de años. Desde entonces no ha habido mayor destrucción de vida que la que está ocurriendo ahora, a finales de siglo. Y es un crimen que se hace mediante de la destrucción de la selva tropical, donde habitan más de la mitad de las especies que han evolucionado y sobrevivido hasta nuestros días. Casi todos los problemas medioambientales, como la contaminación del aire o de los mares, la desertización rampante, etc., pueden ser atajados si se ponen los medios y el esfuerzo necesario. Pero la extinción de especies es algo distinto. Cuando una especie desaparece, desaparece para siempre. Y cuando son miles de especies las que desaparecen, estamos frente a un cataclismo masivo. Es mucho más importante —en términos de historia natural— que la propia especie humana. Algo está ocurriendo en este planeta que lo está llevando a la exterminación de sus seres vivos. Con una diferencia esta vez: el causante no es un meteorito o un cataclismo como en la Prehistoria, sino el propio ser humano».

Una vez leído, no consiguió quitárselo de la cabeza. «Lo que cautivó mi imaginación —diría Bruce Rich— era que nadie estaba haciendo nada al respecto». Cuando terminó su tesis regresó a Washington y encontró trabajo en el *Natural Resources Defense Council*, una organización de defensa del medioambiente que disponía de un incipiente departamento internacional.

Era la oportunidad deseada para profundizar en el tema que ahora le apasionaba. Pero fueron malos tiempos. Ronald Reagan acababa de acceder al poder. «La nueva administración intentó suprimir el *Global 2000*. Hasta entonces, el gobierno norteamericano, en cierto modo, se había adelantado a muchos científicos; en 1978 había organizado una conferencia para desarrollar una estrategia global de cara a detener la deforestación tropical. Carter intentó realmente hacer de los derechos humanos y del medioambiente internacional los pilares de su política. Pero a principios de los años ochenta hubo un regreso al conservadurismo que fue difícil de combatir».

Una de las «víctimas» del cambio de gobierno había sido una joven abogada llamada Barbara Bramble que llevaba trabajando más de diez años en temas ecologistas. Había estado empleada en una Agencia del Gobierno, el *Council for Environmental Quality*, que asesoraba al Presidente Carter. Barbara era la imagen misma de la ecologista americana: rubia, deportista y vegetariana. Acudía a su trabajo en bicicleta, ajena a las inclemencias del tiempo. «Cuando Reagan inició su mandato, echó a todo el mundo, lo que era increíble porque en general se echa a dos o tres responsables pero se mantiene a los funcionarios. En este caso, cerraron la Agencia entera. Creían que desde el momento en que uno pensaba en términos de ecología, se estaba esgrimiendo un argumento político. Y no es así. Siempre hemos luchado para que el desarrollo sea compatible con la preservación de los recursos del planeta».

Barbara se puso a buscar trabajo, hurgando en las listas de sus antiguos clientes. «Buscaba una

organización lo suficientemente grande como para que pudiese tener un programa internacional, pero que no lo tuviera todavía. Quería trabajar en asuntos que iban más allá de los Estados Unidos. Quería viajar, quería aprovechar la experiencia de mis años en América Latina, cuando vivía con mis padres que eran diplomáticos». Barbara Bramble se puso en contacto con la *National Wildlife Federation*, la mayor organización de defensa de la naturaleza del mundo, con más de cinco millones de afiliados, y les convenció para iniciar un programa internacional. Fue en aquel entonces cuando conoció a Bruce Rich, y ambos empezaron a pensar sobre lo que podrían hacer de nuevo y diferente. «Teníamos que probar algo. Yo estaba a cargo de un nuevo programa que necesitaba encontrar su foco y Bruce necesitaba un aliado para llevar a cabo su estrategia».

«Sólo dos países, Brasil e Indonesia, albergan el 43% de las selvas tropicales del mundo — empezó a razonar Bruce Rich—. Estudiar esos dos países era una manera de empezar a discernir el problema. Entonces nos preguntamos: ¿Cuál es la dinámica social, política y económica de la deforestación en Brasil? Los estudios decían que la desaparición de los bosques no se debía a la tala para conseguir madera, sino que el 75% lo era a la “conversión agrícola”, y esto incluye la transformación de la selva en pastos para ganado y la colonización espontánea de campesinos pobres. Otro dato interesante es que hay más tierra agrícola per cápita en Brasil que en los Estados Unidos (donde se hallan las montañas Rocosas y un gran desierto) lo que indica una mala repartición, es decir un problema de reforma agraria. La pregunta que nos hicimos entonces fue: ¿Cómo influenciar el desarrollo agrícola en esos países?».

Para aquellos dos jóvenes que hubieran podido ganar ingentes cantidades de dinero en un bufete tradicional de abogados, pero que prefirieron invertir sus energías en cambiar el mundo, la respuesta que buscaban se encontraba en seis bloques de edificios grises y mastodónticos a poca distancia de su oficina, en la esquina de Pennsylvania Avenue con la calle H. Era la sede de la más importante institución internacional de ayuda al Tercer Mundo, responsable de su desarrollo agrícola e industrial: el Banco Mundial. Enfrente se encuentra la sede de uno de sus «hermanos pequeños», el Banco Interamericano de Desarrollo (el Banco Asiático de Desarrollo se halla en Manila y el Banco Africano de Desarrollo en Abidjan). «Todavía más importante que sus contribuciones financieras es el poder de influencia que estos Bancos tienen ante políticas o gobiernos en los países donde actúan —diría Bruce Rich—. Su poder se magnifica por las aportaciones complementarias de fondos de los países receptores, a lo que se añaden dinero de Agencias de desarrollo y Bancos privados. Así, por cada dólar prestado por el Banco Mundial para un proyecto determinado, un gobierno de un país en vías de desarrollo consigue dos dólares adicionales. De ahí su inmenso poder».

Creado después de la segunda guerra mundial para ayudar a la reconstrucción de Europa y para promover el comercio internacional, el Banco Mundial modificó sus prioridades en los años cincuenta para dedicarse al Tercer Mundo. En sentido amplio, la misión del Banco es mejorar las condiciones de vida de mil millones de personas consideradas como «pobres estrictos». Pero en los colosales proyectos que financia, rara vez escucha a esos pobres que pretende ayudar; escucha a sus gobiernos, que con frecuencia no representan a las poblaciones sino a otros intereses como los de las grandes empresas nacionales y extranjeras.

¿Cómo hacerse escuchar por esas instituciones?, se preguntaron entonces Bruce Rich y Barbara Bramble. No querían cometer el mismo error que los primeros científicos y ecologistas

que partían de la base —muy ingenua— de que bastaba con presentar los hechos de una manera científica y moral para conseguir algún impacto en los detentadores del poder. Se necesitaba algo más. Si los seis mil burócratas del Banco Mundial eran capaces de repeler ataques feroces de parte de poderosísimos grupos de interés, y si las aisladas voces de protesta —incluidas las internas, como la del ecólogo Robert Goodland— eran silenciadas eficazmente, no tenía ningún sentido atacar de frente. «Sigamos al dinero...», se dijeron entonces, parafraseando la célebre expresión del escándalo Watergate. Los bancos públicos internacionales son financiados por los países más industrializados del mundo, representados en sus respectivos consejos de administración. Pero —y aquí estaba la clave— Estados Unidos es el país que más contribuye: 1,2 billones de dólares al año, tres veces más que el segundo país. El número de votos es proporcional a la contribución, y los directores ejecutivos norteamericanos del Banco disponen de 20% del total, es decir de todo el poder. (En comparación, Francia, Alemania y el Reino Unido tienen partes que van del 4 al 8 o 9%). Pero los fondos utilizados —y era aquí donde Bruce y Barbara podían hacer mella— tienen que ser aprobados por el Congreso. Y el Congreso está compuesto de hombres y mujeres elegidos por el pueblo. Ése era el botón que tenían que apretar. «Ciertamente éramos conscientes de que la solución al problema de la deforestación no radicaba simplemente en reformar el Banco Mundial pero, de empezar en algún sitio, ése era un buen lugar».

Empezaron a investigar en 1983, junto a un amigo llamado Brent Blackwelder, que terminaría siendo presidente de la asociación ecologista Amigos de la Tierra. Más adelante, otro puñado de gente perteneciente a media docena de organizaciones se unirían a lo que acabaría siendo una campaña histórica. «Durante mis investigaciones para las audiencias, descubrí que la situación era mucho peor de lo que había imaginado al principio —diría Bruce Rich—. El Banco Mundial estaba financiando proyectos de proporciones gigantescas que aceleraban la deforestación de manera alarmante». Eran auténticos escándalos que rara vez repercutían en los medios de comunicación porque no afectaban a los países desarrollados. En Costa de Marfil, grandes áreas de selva habían sido reemplazadas por plantaciones de caucho de dudosa productividad. En la India, los bancos financiaban minas de carbón a cielo abierto que terminaban por recubrir el campo de un polvillo negro, dejando sin trabajo a miles de campesinos. En Brasil, la gigantesca presa de Tucuruí acababa de cerrar. Se trataba de la cuarta mayor presa hidroeléctrica del mundo, cuyo arco de cemento medía dieciséis kilómetros de lado a lado del río Tocantins, un afluente del Amazonas. Nada más ponerse en funcionamiento empezó a emitir miles de toneladas de metano, producto de la putrefacción de cincuenta millones de toneladas de biomasa selvática. A causa de la corrupción en la empresa constructora creada por el gobierno, dos mil kilómetros cuadrados de selva habían sido inundados antes de llevarse a cabo el plan inicial de limpiar el área. Aquel desastre daría lugar a que un brasileño inventase la hidrosierra, una motosierra acuática. Para aprovechar la madera inundada, un puñado de aventureros se puso a trabajar bajo el agua. La imagen de hombres-rana emergiendo del pantano podrido con aquella máquina ensordecedora en sus brazos causaría una fuerte impresión en los miembros del Congreso que vieron un documental y unas fotos. Brent Blackwelder las había entregado junto a toda la documentación a un congresista que conocía, el republicano Michael Lowry. Impresionado por las revelaciones del informe, decidió proponer una legislación para obligar a los Estados Unidos a votar contra los proyectos que no fuesen acompañados de un estudio de impacto ambiental. «No pensábamos que

era algo muy eficaz, ya que es fácil manipular esos estudios —diría Barbara Bramble—. Pero era un buen principio, porque habíamos hecho reaccionar a alguien que estaba dentro del sistema».

Los congresistas consultados por el republicano Lowry no aceptaron proponer la legislación. La mayoría eran demócratas y en aquellos años iniciales de la administración Reagan no querían ser cómplices de los republicanos, para quienes el Banco Mundial siempre había sido algo cuestionable y atacable porque canalizaba recursos financieros hacia países cuyos gobiernos eran a menudo hostiles a los Estados Unidos (como la India, por ejemplo). De todas maneras, propusieron investigar a fondo el asunto y, como prueba de que se lo tomaban en serio, se mostraron dispuestos a escuchar a los ecologistas en una serie de conferencias y audiencias en el Senado. También contrataron a un asesor que tuvo que examinar centenares de páginas elaboradas enfebrecidamente por Bruce Rich, Barbara Bramble y un número creciente de colaboradores. Uno de los más valiosos era un joven antropólogo llamado Steve Schwartzman, que también trabajaba como voluntario para la organización *Survival International*, dedicada a los pueblos en peligro de extinción. En sus horas libres Schwartzman tocaba la guitarra en un grupo de *rock and roll*. Había tenido que interrumpir su tesis doctoral en la Universidad de Chicago para reponerse de una hepatitis que había cogido en la Amazonia. El tema de su tesis era la tribu de los krenakore, que estaba siendo diezmada por numerosas enfermedades contraídas a raíz de la invasión de sus tierras por la construcción de la BR-163. Precisamente por haber sido un testigo privilegiado del impacto de los grandes proyectos sobre los indios, se volcó en aquella singular cruzada contra el Banco Mundial.

Para preservar los bosques tropicales, Steve Schwartzman destacó la necesidad de proteger a la gente que vive en ellos —y de ellos— a nivel local. Teóricamente eso formaba parte de la doctrina del Banco Mundial (ayudar a los miles de «pobres estrictos», como decía el prospecto del Banco, era la razón misma de su existencia), pero en realidad detrás de esas buenas intenciones se escondía un juego de pura codicia. A los banqueros y corredores financieros se les juzga —y se les paga— según la cantidad de dinero que otorgan (tienen una cuota por distribuir), y consideran las directrices medioambientales como un impedimento a su trabajo, que es el de prestar dinero. Es bien sabido que los políticos de Brasilia, por ejemplo, se quedaban normalmente con un 10% de cada acuerdo firmado^[75]. A cada nivel de su ejecución, los intermediarios se cobraban luego su parte. En Argentina y Paraguay, los dineros acababan siendo desviados a cuentas suizas. En Brasil, terminaban en proyectos faraónicos que, lejos de beneficiar a la población local, favorecían a las grandes compañías que ejercían una considerable presión económica y política sobre el gobierno y que tenían mucho que ganar cada vez que se iniciaba un megaproyecto en la selva, independientemente de su resultado.

Los testimonios que tuvieron lugar en el comité del Senado y el hecho de que Bruce testificase también en nombre de la organización de cinco millones de afiliados donde trabajaba Barbara

Bramble, impactó a los políticos de tal manera que pidieron explicaciones al Departamento del Tesoro. «Al principio éramos escépticos —contaría un representante del Tesoro que asistió a las audiencias—, pero al descubrir la gravedad y el alcance de los problemas, decidimos trabajar junto con el Congreso en una base bipartidista». En plena era Reagan, aquello representaba la primera victoria importante para Bruce Rich y sus aliados.

El Departamento del Tesoro mandó una carta a los directores ejecutivos norteamericanos de los bancos públicos internacionales para que respondiesen a esas gravísimas acusaciones. Por primera vez en su historia se pedían responsabilidades al Banco Mundial. Como era verano, algunos de los ejecutivos tuvieron que interrumpir las vacaciones y regresar a Washington. Rellenaron más de mil páginas de respuestas, justificando sus decisiones, que mandaron al comité a principios de 1984. Los senadores tuvieron que contratar personal suplementario para estudiar los papeles enviados por el Banco y para preparar la respuesta definitiva, una lista de diecinueve recomendaciones que el Banco Mundial tendría que acatar. «Parecía que progresábamos —diría Bruce Rich—, pero no era cierto, porque las recomendaciones no eran vinculantes. Entonces pensé que sólo con proyectos concretos conseguiríamos resultados concretos. Por mi condición de abogado, me sentía con capacidad para investigar uno de esos desastres financiados por el Banco, diseccionarlo y convertirlo en un escándalo internacional. Pensé que podríamos utilizar esa munición en nuestros esfuerzos para promover reformas medioambientales. Los más catastróficos eran el proyecto de Transmigración en Indonesia, que contemplaba desplazar a millones de campesinos de sus tierras, y el Polonoroeste en Brasil».

Para recabar la información necesaria, Bruce y sus aliados decidieron ponerse en contacto con los científicos que el Banco Mundial había contratado como asesores. Así conocieron a un antropólogo llamado David Price, cuyo informe sobre Polonoroeste, donde vaticinaba un genocidio para los indios y las poblaciones autóctonas de Rondonia, había sido suprimido. Otro fue el especialista en temas de la Amazonia del Banco Mundial, Robert Goodland, cuyo informe también había sido ignorado. Goodland se encontraba en una delicada posición, desgarrado entre su lealtad al Banco y sus convicciones personales. Veía cómo pasaba el tiempo y cómo sus predicciones se estaban realizando, sin que el Banco hiciese ningún esfuerzo para el cumplimiento de los compromisos del gobierno brasileño con respecto a las directrices ambientales. Tenía informaciones de familias de colonos a quienes fueron repartidas entre cien y doscientas hectáreas en Rondonia y que abandonaban sus hogares a la tercera cosecha, cuando el maíz era tan fino que no daba ni fruto. Los que no se lanzaban a la aventura de buscar oro, se instalaban más lejos, y volvían a talar y cultivar. El resultado es que la selva de Rondonia estaba disminuyendo a un ritmo del 3% anual. Según una estimación del propio Banco Mundial, una quinta parte de sus bosques desaparecería al final de la década^[76]. Se trataba de un auténtico holocausto medioambiental y el individuo supuestamente encargado de impedirlo estaba cruzado de brazos por órdenes de sus superiores.

El encuentro con Goodland hizo que Bruce Rich concentrase todos sus esfuerzos en Polonoroeste. Goodland, que por aquel entonces buscaba algún aliado en el exterior para hacer lo que él no podía desde el interior, le puso en contacto con Adrian Cowell, un cineasta británico que llevaba más de diez años filmando para la televisión las grandes crisis de la Amazonia en una serie de trece horas titulada *La década de la destrucción*. Estaba terminando *Banking on Disaster* (Apostando sobre el desastre), un episodio sobre las consecuencias del asfaltado de la BR-364 en

el que se veían incendios espectaculares y unas imágenes escalofriantes de la devastación. En la primavera de 1984, durante los testimonios que Bruce Rich y Barbara Bramble prestaron ante senadores y congresistas, mostraron una versión del episodio. Produjo una auténtica conmoción, a pesar de que muchos políticos no estaban sensibilizados con respecto a los problemas medioambientales^[77].

En lugar de irse de vacaciones, Bruce Rich y Steve Schwartzman, el antropólogo aficionado al *rock*, pasaron todo el verano de 1984 preparando un extenso informe sobre Polonoeste. En una carta que resumía los puntos básicos, pedían al Banco Mundial que cancelase todos los desembolsos previstos —unos 250 millones de dólares en seis años— hasta que el gobierno brasileño se decidiese a cumplir con las medidas de protección a las comunidades indígenas a lo cual se había comprometido. Además, pedían que el Banco exigiese al gobierno brasileño un programa de emergencia medioambiental para proteger la selva en territorios indios. Para dar más peso al documento adjuntaron las firmas de 35 grupos, desde organizaciones de defensa de la naturaleza hasta miembros del Bundestag alemán, así como prestigiosos científicos internacionales. Sobre todo, hicieron hincapié en conseguir firmas de asociaciones e instituciones brasileñas, como el Colegio de Abogados, la Asamblea Legislativa del Estado de Rio o la Asociación Brasileña de Antropología.

«Un mes después, el 7 de noviembre de 1984, recibimos una carta de un párrafo del Banco... ¡agradeciéndonos el interés que mostrábamos en el asunto! Tras toda la energía que habíamos empleado en las audiencias, tras haber removido el Congreso y el Senado y tras habernos quedado sin vacaciones (todo hay que decirlo), habíamos chocado contra la burocracia más cerrada del mundo. Nos mandaban a paseo. Yo estaba desesperado porque no habíamos conseguido nada concreto. Y pensé que nunca lo conseguiríamos», contaría Bruce Rich.

Pero Bruce, cuya capacidad de concentración sobre un tema era asombrosa, no se dio por vencido. Se acordó de un senador conservador llamado Robert Kasten, que había mostrado mucho interés cuando Bruce testificó en nombre de un grupo de organizaciones ecologistas en la primavera de 1984. Por ser presidente del Comité de Apropiaciones (comité que aprueba los fondos utilizados por el gobierno), y por ser republicano, el poder de Kasten era enorme. Contrariamente al sistema parlamentario europeo, en los Estados Unidos el Congreso dispone de control total sobre los fondos del gobierno y cada año tiene que aprobar una ley para conceder ese dinero, de lo contrario el gobierno se vería paralizado. Kasten, un reconocido político de la derecha más conservadora, estaba interesado en ahorrar dinero a los Estados Unidos argumentando que los bancos públicos eran una mala inversión. Bruce Rich no estaba seguro de que Kasten no le utilizaría exclusivamente para sus fines políticos. Más de un republicano soñaba con acabar con una institución tan ligada a los demócratas como el Banco Mundial. Bruce y sus aliados no querían ir tan lejos; no querían ser acusados de maniobrar contra el desarrollo del Tercer Mundo. Sólo aspiraban a poner un freno a los proyectos devastadores del medioambiente.

Cuando Bruce le enseñó la respuesta del Banco, Kasten se mostró francamente indignado. Después de estudiar todo el *dossier*, escribió una carta a A. W. Clausen, presidente del Banco Mundial, adjuntando de nuevo el informe de Bruce: «Las cuestiones suscitadas por un cierto número de personas y de grupos interesados en las repercusiones medioambientales de los proyectos del Banco Mundial son legítimas y merecen una contestación creíble y responsable — escribió Kasten—, y la que han recibido del Banco Mundial, se puede describir como insultante».

Lo más importante de aquella carta fue la velada amenaza que contenía: «Como usted sabe mejor que nadie, asegurar el apoyo de las contribuciones norteamericanas a instituciones de desarrollo multilaterales es cada vez más difícil». Kasten mandó copia de todos los documentos a Don Regan, secretario del Departamento del Tesoro, y otra a James Baker que estaba a punto de asumir el cargo: «Querido Jim: Te mando este asunto porque creo que requiere atención al máximo nivel», decía escuetamente su nota. Kasten, como se supo más tarde, no estaba solamente interesado en ahorrar dinero a los contribuyentes. Con el tiempo, demostró ser algo más que un político embarcado en una causa cada vez más popular. Estaba genuinamente afectado por el hecho de que en Brasil se repitiesen las mismas prácticas que en el siglo XIX habían conseguido devastar uno de los mayores bosques de pino blanco del mundo, el de su Estado natal de Wisconsin.

Cuarenta y ocho horas después, Bruce recibió una llamada del director ejecutivo norteamericano del Banco Mundial, alguien que siempre se había negado a recibirle. También le llamó uno de los directores del Banco Interamericano de Desarrollo. Bruce se citó con ellos en el comedor del banco. Se encontró frente a dos individuos de lo más complacientes, que parecían dispuestos a cualquier cosa con tal que las aguas volviesen a su cauce. «Estaban preocupados porque contábamos con Kasten, alguien que no podían controlar y que estaba amenazando algo muy importante por insignificantes problemas medioambientales, según ellos. Entonces, al oírlos hablar, al verles de verdad inquietos, me di cuenta de que estábamos pisando tierra firme, que habíamos llegado al nivel de la realidad», diría Bruce Rich. Y añadió: «Ese día descubrí que lo que más altera la mente de un banquero es cuando se le aparta de su dinero».

«Luego fui al grano. Les dije que Polonoroeste era un escándalo y que la credibilidad del Banco se vería afectada si no demostraba que era capaz de hacer cumplir sus propias condiciones medioambientales. “En el Banco Mundial somos liberales”, me dijeron ellos, como sugiriendo “Somos buenos”. Luego me advirtieron que estábamos haciéndole el juego al derechista de Kasten, que sólo buscaba un pretexto para recortarle fondos al Banco. Les contesté que habíamos trabajado con los demócratas, que habíamos tenido más de siete audiencias en el Congreso y que no habíamos conseguido nada con ellos. Les dije con acidez que tenían un problema serio en el Banco Mundial ahora que Kasten había descubierto los esquemas medioambientales. ¡Y le encantan!, repetí varias veces. Lo único que podéis hacer para satisfacerle es adoptar serias medidas que muestren la voluntad del Banco de que se respeten las directrices de protección ecológicas».

La idea de que Kasten en realidad estaba buscando un pretexto para torpedear el Banco Mundial fue políticamente un arma muy efectiva. Aunque Kasten tenía poder para retirar el 20% de las inversiones del Banco, nunca lo hubiera hecho dado el altísimo coste político de tal medida. Pero como era considerado una bestia negra de la derecha más conservadora, un «incontrolable hombre de las cavernas», la amenaza era lo suficientemente creíble como para ser eficaz. En todo caso, Bruce Rich y su equipo la usaron sin contemplaciones. Habían aprendido que la única manera de controlar una burocracia es con la zanahoria y el bastón. Los demócratas no habían querido usar el bastón. Kasten sí.

«Volví al tema que me preocupaba y les dije muy claramente que si no mostraban buena fe en el caso de Polonoroeste, podían contar con que nosotros y las organizaciones que representábamos haríamos el máximo de publicidad negativa para el Banco. Les pedí un gesto, y

lo más rápidamente posible». Al día siguiente, el director ejecutivo norteamericano del Banco Mundial llamó a Bruce para decirle que iban a congelar los fondos para Polonoroeste. Además, se comprometían a mandar una carta al gobierno brasileño para que se pusiera en marcha un plan de protección de las tierras indígenas y las selvas de Rondonia. «Eso fue un signo concreto —diría Bruce Rich— sin precedentes en la historia del Banco Mundial».

El Banco intentó mantener el asunto en secreto. La versión oficial era que el gobierno brasileño les había pedido no desembolsar más dinero. El aliado que tenían Bruce, Barbara y Steve en el Departamento del Tesoro les llamó varias veces para insistir en que no se hiciera publicidad del asunto. «Nosotros seguíamos pensando que todo el efecto estaba en mostrar cómo la presión internacional había forzado al Banco Mundial, por primera vez en su historia, a retener un cuarto de millón de dólares por razones medioambientales», diría Bruce Rich. Para dar a conocer la noticia, pidieron a un congresista que preguntase sobre el tema al entonces secretario del Tesoro, James Baker, que tenía que testificar en una sesión del Congreso. «Pensamos que si en esa sesión un congresista le hacía la pregunta de buenas a primeras, no tendría más remedio que anunciar la congelación de fondos. Nosotros quedamos con el congresista en que la haría. Así, no implicábamos a nadie. Avisamos a un periodista del *Financial Times*... Y al final conseguimos que la noticia saliese en el periódico».

Media docena de gente trabajando a destajo en una serie de organizaciones ecologistas habían conseguido forzar al Banco Mundial, el brazo financiero del mundo desarrollado, a prestarles atención. Fue un logro histórico, inmediatamente reconocido por las demás organizaciones del mundo entero, que llevaban tiempo denunciando en vano los abusos cometidos en la Amazonia. Pero había sido sólo un primer paso. Después de que el gobierno brasileño cumpliera con la condición del Banco Mundial de demarcar un territorio para los indios *Ere U Wau Wau*, lo que hicieron antes de finales de 1985, los fondos fueron desbloqueados y el asfaltado de la BR-364 siguió su curso.

A pesar de todo, Bruce y sus aliados fueron blanco de críticas acerbas por parte de demócratas liberales que les acusaron de jugar con fuego. «Con Kasten habíamos puesto en entredicho su visión del mundo, según la cual sólo los demócratas hacen cosas eficaces para el medioambiente y los derechos humanos —diría Bruce Rich—. Y mucha gente no nos lo perdonó». Les acusaron de lo que más temían, de hacer el juego a los conservadores para frenar el desarrollo en el Tercer Mundo. «Me imagino al Grupo de los 77, con el señor Fidel Castro a la cabeza, diciendo que estamos imponiendo nuestros criterios para detener el desarrollo en sus países —declaró el congresista Bereuter—. Dirán que tenemos motivaciones proteccionistas. Nos acusarán de imperialismo ecológico». Para contrarrestar esas críticas, Bruce Rich y sus aliados tenían que demostrar que representaban grupos de interés del Tercer Mundo que estaban en contra del actual modelo de desarrollo. «Sin eso, carecíamos de legitimidad moral y política», diría Bruce. Pero había que localizar a los representantes de esos grupos de interés. Precisamente por ser grupos aislados, pobres y que carecen de una mínima organización representativa, no era tarea fácil.

Hasta que un día de 1985 Steve Schwartzman recibió la llamada de un inglés que había conocido en Sudamérica y que ahora era director de los programas de Oxfam. Tony Gross, intrigado como lo estaban en Brasil los medios vinculados a las universidades y a las finanzas por

la campaña de los ecologistas norteamericanos contra el Banco Mundial, le anunciaba su próxima visita para recabar más información y ampliar contactos. Le dijo que llegaría a Washington acompañado de Mary Allegretti, una antropóloga brasileña que tenía contactos con grupos indígenas y hasta con una comunidad de caucheros que llevaba quince años luchando para preservar la selva de la destrucción.

Brasilia. Enero a marzo de 1985

Después de pasar un año dando clase en la Universidad de Cuiabá, Mary Allegretti había regresado a Brasilia contratada por una incipiente organización (el INESC, Instituto de Estudios Sociales y Económicos) que se dedicaba a investigar y a asesorar al Congreso brasileño sobre la nueva legislación. La misión de la joven antropóloga consistía en crear el área de derechos indígenas.

En aquellos días la capital de Brasil era un hervidero de actividad gracias al proceso de apertura política que los militares habían acelerado para paliar el desastroso estado de la economía. Luego de dos décadas de endeudamiento, el Fondo Monetario Internacional había terminado por imponer severas restricciones al crecimiento. Hubo una fuerte recesión seguida de un aumento de la inflación —que llegó al 200%—. En las ciudades industriales del Sur, millones de brasileños se habían lanzado a las calles para reclamar reformas drásticas en la economía y el retorno a la democracia con un presidente elegido por el pueblo. Los militares, incapaces de controlar la debacle económica que ellos mismos habían creado, se habían visto obligados a ceder terreno. En enero de 1985 convocaron elecciones presidenciales. Tancredo Neves, hombre de gran carisma, candidato de un partido de la oposición moderada, obtuvo una sorprendente victoria. A la pregunta sobre cuáles eran los principales males del país, respondió: «El hambre, el desempleo, la sanidad, la vivienda y la violencia, según este orden». ¿Y la solución? «La democratización y la reforma agraria».

Las cifras heredadas de los militares hablaban por sí solas: el 1% de los terratenientes eran dueños del 43% de las tierras cultivables. En el otro extremo, el 50% de campesinos eran propietarios del 3% de la tierra. Una encuesta había mostrado que 1.158.000 km² de tierra fértil —más del doble de España— estaban en manos de unos miles de especuladores mientras que treinta millones de campesinos carecían de una simple parcela. Y la tendencia no mostraba signos de invertirse, más bien al contrario: cada año durante la década de los ochenta los terratenientes se adueñaban de unos 150.000 km², una superficie del tamaño de Grecia.

El presidente Tancredo Neves, como parte de su plan de reforma agraria, había pedido al INESC asesoramiento sobre Amazonia. En aquella época los indios de todo Brasil reaccionaban a dos décadas de colonización salvaje. Los carajás de la Isla de Bananal protestaban por la invasión de ganado en sus tierras, así como los de Rio Grande do Sul y los del Estado de Bahía. Los kayapó estaban exasperados por la contaminación de mercurio. En abril de 1984 los indios txukurramae del Parque del Xingú secuestraron a tres sertanistas y amenazaron con matarles si el gobierno no nombraba un nuevo presidente de la FUNAI y si no aceptaba delimitar sus tierras.

Después de varios días de tensas negociaciones el gobierno tuvo que ceder a las demandas de los indios, que inmediatamente liberaron a sus rehenes. Uno de ellos era Sydney Possuelo, el especialista en primeros contactos. Con lágrimas en los ojos declaró en el aeropuerto que, a pesar del miedo que había sentido, estaba «muy feliz por haber tomado parte en la primera victoria política de unos indios en Brasil».

Al estudiar los planes del nuevo gobierno, Mary Allegretti se extrañó de que las únicas poblaciones mencionadas fuesen los indios. Los cientos de miles de caucheros, recolectores de castaña y demás productores que vivían discretamente en las selvas eran totalmente ignorados. Tampoco existía ninguna previsión con respecto a los viejos soldados del caucho, a quienes se debía pensiones de retiro e indemnizaciones. A su regreso de Manaus, donde los diputados de la Amazonia se habían reunido para discutir el porvenir de la región, Mary Allegretti les preguntó cuáles habían sido sus conclusiones sobre los *seringueiros*. Se la quedaron mirando con aire perplejo y alzaron los hombros: nadie los había mencionado. Se les había olvidado por completo. A Mary le volvieron a la memoria imágenes de aquellos seres que había descubierto en la frontera con Perú, abrumados por las deudas y la ignorancia; recordó las caras siempre sonrientes de sus alumnos en la escuela del seringal Nazaré a pesar de que vivían con la amenaza constante de que el fuego de los terratenientes destruyese sus campos y sus casas. Y volvió a tener aquel sentimiento familiar de impotencia y rebeldía ante la injusticia.

Entonces escribió a Chico Mendes: «Todo Brasil está discutiendo la democratización... Se está replanteando todo, hasta la Amazonia. Se habla de los indios, pero no de vosotros...». A continuación proponía organizar un encuentro nacional de *seringueiros* en Brasilia para recordar al país que también ellos existían. Es una idea compartida con su amigo Tony Gross: «En aquel tiempo teníamos claro que la extracción (o recolección) era una ruta económicamente viable para los habitantes de la selva. Las cooperativas habían demostrado que al eliminar los intermediarios, al acabar con el monopolio del patrón, las familias podían disponer de un dinero suplementario al final de año, algo que nunca habían tenido antes. La cuestión era garantizar el acceso a la tierra y de enseñar a grupos de *seringueiros* a trabajar juntos. Fue cuando se nos ocurrió difundir esa idea a los demás y al resto del mundo», diría Tony Gross.

En Xapurí, los líderes del movimiento sabían que los *empates* no bastaban para defenderse. Tenían que proponer algo constructivo y duradero: una reforma agraria para el *seringueiro*. Para los trabajadores agrícolas, el INCRA (Instituto de Colonización y Reforma Agraria) había establecido una medida estándar de 48 a 100 hectáreas por familia. Era una dimensión adecuada para unos agricultores en suelos fértiles. Pero para los que vivían de la recolección era claramente insuficiente. Chico entonces había hecho una propuesta, basada en un «módulo rural especial» de 280 hectáreas por familia, pero había sido rechazada por revolucionaria. Bloqueados, los *seringueiros* estaban buscando cualquier oportunidad para hacerse escuchar fuera de Acre, cuando llegó la carta de Mary Allegretti.

Chico llamó por teléfono a su vieja amiga y unos días después se reencontraba con ella en Brasilia. El tiempo no había borrado el afecto que ambos se tenían y juntos entraron en campaña para conseguir dinero de cara a organizar el encuentro, ya que la aportación de Tony Gross, por intermedio de Oxfam, era insuficiente. El vanguardismo y la asepsia de la capital eran lo más opuesto a las barracas inmersas en la vegetación caótica y enfebrecida de la selva, pero Chico no se dejó impresionar. En los despachos acristalados del Ministerio de Educación describió con

detalle la vida de los habitantes de la selva y pidió apoyo para organizar una reunión que serviría para mostrar su cultura y reivindicar su existencia. Los funcionarios, sorprendidos y hasta emocionados, se comprometieron a que el ministerio asumiría todos los gastos de transporte.

Había sido un buen principio. Chico regresó a Acre. La estación seca —la época de los grandes incendios— estaba próxima y tenía que coordinar los numerosos *empates* previstos. En Brasilia, Mary se puso en contacto con el rector de la universidad, que sin vacilar ofreció comida y locales para alojar a los participantes y llevar a cabo las charlas. La fecha del Encuentro Nacional de Seringueiros fue por fin fijada para octubre de ese mismo año. Estaban en marzo. Fue entonces cuando Tony Gross propuso a Mary acompañarle a Washington para contactar con organizaciones ecologistas y de defensa de los derechos humanos en Estados Unidos. El encuentro era un buen pretexto para ampliar relaciones. Ambos querían un contacto que difundiera las informaciones de Brasil en el extranjero y que, al mismo tiempo, les consiguiese la información que necesitaban del exterior. Además, allí siempre podrían conseguir más apoyo —y más dinero—. En la capital norteamericana había organizaciones como la *National Wildlife Federation* con presupuestos de más de 500 millones de dólares anuales y un fuerte movimiento ecologista que había conseguido interrumpir Polonoeste. Mary pensó que debería ir. Después de obtener la aprobación de sus superiores y con todo el entusiasmo que un primer viaje al extranjero suponía, se puso a hacer las maletas.

Pero en el último momento, un acontecimiento inesperado la obligó a cancelar el viaje. La euforia que había recorrido el país a raíz de la elección de Tancredo Neves como Presidente se convirtió en una paralizante angustia cuando, la víspera de asumir el cargo, cayó enfermo y fue intervenido con urgencia. El diagnóstico fue una septicemia producida por una infección intestinal mal curada. El pronóstico era muy grave. Todo Brasil quedó traumatizado por la noticia. Se hicieron *macumbas* y *candomblés* a la salud del Presidente; curanderos, brujos y chamanes de las cuatro esquinas de ese país-continente propusieron sus pócimas y sus tratamientos en la prensa. Los pobres organizaron procesiones, encendieron millones de velas en las iglesias, rezaron sus rosarios. Esperaban un milagro. El drama personal de Tancredo Neves representaba el de un inmenso país que luchaba por la libertad y por algo de justicia. Y la enfermedad estaba a punto de robarles el único hombre respetado por todos, el único que podía llevar a buen puerto las reformas necesarias. La incertidumbre política era enorme. Nadie sabía lo que iba a pasar. Mary no sabía si el INESC seguiría existiendo la semana siguiente y, en esas circunstancias, optó por posponer el viaje a Washington indefinidamente.

Amazonia Oriental, abril de 1985

Dos mil kilómetros al norte de Brasilia, en el garimpo de Maria Bonita, el cantinero clavó en la pared de su garito una fotografía de Tancredo Neves recortada del periódico, porque también en aquel lugar apartado del mundo los hombres se compadecían de la suerte de un enfermo desahuciado. Caminando de barranco en barranco se podían seguir las noticias escuchando las radios de los *garimpeiros*. En sus oraciones diarias, Tarzán elevaba sus votos más sinceros de recuperación. Eran oraciones cada vez más largas, según los problemas cada vez más acuciantes que amenazaban la explotación de sus barrancos. Los tres socios, es decir Tarzán, Pernambuco y Hitler, se endeudaron fuertemente para trabajar dos nuevos barrancos que, sin embargo, no producían lo esperado. Lo invirtieron todo en la compra de un material numeroso y sofisticado, pero la suerte no les acompañaba al nivel de sus expectativas. Sumidos en una crisis de liquidez constante, vivían, como la mayoría de los dueños, del crédito y de la imaginación. Pernambuco se había hecho experto en desguzar maquinaria abandonada para ahorrarse el gasto de tener que mandar a alguien a la ciudad cada vez que una *chupadeira* se estropeaba. Ante lo importante de la operación —tenían más de treinta jornaleros contratados—, tuvieron que recurrir a dinero de fuera. Gracias al cantinero, que era uno de sus acreedores, habían entrado en contacto con Zé Rosaldo, en una de sus visitas a Maria Bonita. Zé, personaje conocido en todos los garimpos de la Amazonia, era un rico empresario regional, dueño de varias empresas de transporte aéreo, joyerías, una cadena de burdeles e inmensas *fazendas*. Había empezado con un bamburro fabuloso en Serra Pelada y desde entonces se había dedicado a *grilar* (robar) tierras hasta convertirse en un hombre riquísimo. Vivía en Marabá, una ciudad donde la mayoría de las casas ostentosas pertenecían a los grandes «bamburrados». Eran más que simples residencias, eran el símbolo de lo que la riqueza puede aportar a un pequeño grupo de elegidos. Por eso muchos *garimpeiros* de paso por la ciudad deambulaban por sus calles reventadas y mal pavimentadas, acompañados de una especie de guía turístico que nombraba al propietario de cada mansión, contaba cómo y dónde habían «bamburrado» y los kilos que había pesado cada pedrusco. Era algo parecido a los turistas que visitan los barrios lujosos donde viven las estrellas de Hollywood. No ven nada, pero esperan secretamente contagiarse con algo de la gloria de sus moradores.

Los negocios de Zé se extendían como los tentáculos de un pulpo. No desaprovechaba ninguna oportunidad y, a través de sus «gerentes», estaba al corriente de todo lo que acontecía en la región. Mantenía excelentes relaciones con los cantineros a causa de sus conocimientos privilegiados sobre los garimpos. Ellos saben quién produce y quién no, quién tiene *esperteza* y quién carece de ella, qué barrancos merecen ser explotados y cuáles no. Pernambuco se

encontraba de casualidad en la tienda cuando Zé entró para tomarse una *guaraná* helada.

—Se puede decir que soy medio socio de ellos —le dijo el cantinero a Zé—. Tarzán forma parte de la operación.

El nombre de Tarzán era el mejor aval para una empresa de ese calibre. El entusiasmo de Pernambuco hizo el resto. Sacó de su bolsillo un pedrusco que tenía la intención de cambiar por comida para los empleados.

—Éste es de ayer... —dijo Pernambuco—. No hay día en que no saquemos algo.

Era verdad; pero bien se guardó de precisar que la mayoría de lo que extraían no daba para sufragar los gastos mínimos. Zé ni siquiera miró la pepita. Le interesaba más Pernambuco, así que charló un rato con él y luego quiso echar un vistazo a los barrancos. Comprobó su impecable funcionamiento —Tarzán estaba de guardia— y sólo dijo:

—Podéis contar conmigo.

Luego se subió al Toyota y enfiló la avenida principal que servía de pista de aterrizaje. Nunca más le volvieron a ver. A los pocos días, un individuo con la camisa abierta y la tripa sobresaliendo por el pantalón, con cadena y reloj de oro, pelo rizado y aire de embaucador se presentó como el «gerente» de Zé. Venía a ultimar el trato y traía dinero. Tarzán se opuso a la entrada de ese nuevo socio:

—Esos tipos no son de fiar —repetía.

Pero Pernambuco le recordó la espiral en la que estaban metidos, las deudas cada vez mayores que les impedían cerrar la explotación y marcharse.

—¡Toda mi vida dando el callo para acabar en las garras de un mafioso! —repetía Tarzán con verdadera exasperación.

Pero a pesar del dinero fresco de Zé, que sirvió para comprar una trituradora y para pagar algunas deudas, la producción de los barrancos no aumentó y poco tiempo después se vieron de nuevo amenazados por el fantasma de la quiebra.

Para los comerciantes de los garimpos, que oficiaban de prestamistas, era siempre delicado cerrar el grifo, pero parte de la *esperteza* consistía en saber retirarse a tiempo. El mismo día en que decidieron cortar el crédito a Tarzán por estimar que el tamaño de la operación era desproporcionado con los resultados, Pernambuco sacó una pepita de doscientos gramos de oro que venía a añadirse a una piedra vetada que bien podía contener otros ochenta gramos y que había conseguido la víspera. En dos días, la suerte había dado un giro completo. La pepita fue destinada íntegramente a pagar parte de las deudas, lo que hizo que los acreedores se replanteasen su idea de abandonar la explotación. En otras circunstancias tamaño bamburro hubiera terminado en una bacanal por todo lo alto, pero en el trance en el que se encontraban, fue tan sólo un respiro. A Tarzán y Hitler les insufló una necesaria dosis de esperanza, y a Pernambuco unas ganas irrefrenables de divertirse. Conservó una parte del dinero conseguido con la venta de la piedra vetada y se dedicó a hacer lo que todos los *garimpeiros* suelen hacer cuando «bamburrean».

Se fue a Belem, quiso alojarse en el Hilton recién construido en la plaza de la República, frente al antiguo Teatro de la Paz, pero se sintió incómodo y observado al cruzar el vestíbulo, así que se mudó al más discreto hotel Ecuatorial. Durante tres días se dedicó a la bebida y al sexo con auténtico frenesí. Dormía de día, y de noche cogía un taxi para ir a *Lapinha*, una boite al aire libre que atraía gente hasta de la Guyana Francesa por su ambiente y por la variedad y belleza de sus chicas. Era un club nocturno grande, abierto al calor húmedo del delta del Amazonas y allí corrían

como el agua las *caipirinhas*^[78] y las *cerpinhas*^[79]. Mujeres de todas clases confluían en esa meca de la diversión nocturna, desde prostitutas callejeras y estudiantes que buscaban pasar un buen rato y, de paso, verse obsequiadas con un traje, un viaje o una joya, hasta gente de la sociedad de Belem que venían a bailar una lambada o una samba. La orquesta estaba bajo un pajizo sostenido por unas anchas columnas que también servían de pedestal y donde las chicas se contoneaban y se iban quitando la ropa hasta quedar totalmente desnudas. Era un lugar divertido, amoral y sin peligro, excepto por las enfermedades venéreas que uno se arriesgaba a contraer al llevarse una *estudante* a la cama. En toda la región oriental de la Amazonia, *Lapinha* era la obsesión de mozas y señoras, de solteros y casados, el sueño de los que estaban aburridos en la soledad de la selva o en la de sus confortables casas de la ciudad. Allí le ocurrió a Pernambuco algo insólito: se enamoró por primera vez en su vida. O por lo menos eso le pareció, porque la aventura no pudo ser más breve. A las pocas horas de haberla conocido, cuando ya se había quedado sin dinero y a pesar de la borrachera que llevaba encima, se acordó de que su avión salía al amanecer. Jamás había sentido por las mujeres algo que no fuera el mero deseo de hacerlas temblar de placer. Pero aquel día le hubiera gustado algo más, le hubiera gustado llevársela con él. «*¡Sonho da bebado!*». (¡Sueño de borracho!), exclamó el viejo y escéptico taxista que le llevaba directamente de *Lapinha* al aeropuerto en su desvencijado Volkswagen escarabajo.

Fueron sus últimas vacaciones en mucho tiempo. En el *Bandeirante*^[80] turbo-prop de la compañía Brasil Central que le llevó a Redenção se sentía tan cansado que se quedó espachurrado en el asiento y sus ronquidos rivalizaban con el rugido de los motores. No reparó en la discreta presencia de un pasajero que se dirigía a escasa distancia del garimpo Maria Bonita, al poblado indígena de Gorotire. Iba vestido con vaqueros y una camisa de algodón, y sólo fijándose en sus ojos achinados y en su pelo negro y brillante advertía uno que se trataba de un indio. Era un kayapó de unos treinta años, se llamaba Paiakan y vivía en Belem, donde trabajaba para la FUNAI. El día anterior, 30 de marzo de 1985, había recibido un mensaje por radio de los caciques de Gorotire: «Ven. Te necesitamos». Por el tono y por lo escueto, Paiakan sabía que se trataba de algo grave.

* * * *

Nada más llegar a Maria Bonita, Pernambuco se enteró de que Tarzán estaba en la enfermería. El viejo italiano estaba tendido en una hamaca en el interior de una barraca repleta de *garimpeiros* palúdicos. Pernambuco le encontró muy débil. Su tez era como la cera y sus profundas ojeras dibujaban en su rostro unos inquietantes círculos negros. Tenía fiebre alta, le castañeteaban los dientes y los escalofríos sacudían su cuerpo. Las epidemias de malaria^[81] eran habituales en los garimpos. Con la tala, los insectos que habitualmente viven en la copa de los árboles bajan al suelo, y al remover tanta tierra se crean charcos, auténticos criaderos de mosquitos. Alrededor de las seis de la tarde, la hora en que *garimpeiros* y demás pobladores de la Amazonia se lavan en los ríos, las temibles hembras de mosquito *Anopheles* salen en busca de su alimento preferido: glóbulos rojos. Pican a cualquier animal de sangre caliente que se cruce en su camino. Los

primeros síntomas aparecen entre el tercer y el octavo día después. Pernambuco había sufrido más de doce malarías desde que había llegado por primera vez a la Amazonia y no se inquietó por el estado de Tarzán. Era considerado algo tan normal como un catarro, excepto que dejaba secuelas. Tarzán tenía parásitos enquistados en el hígado y por eso ni fumaba ni bebía. Algunos casos degeneraban en anemia ya que, al picar, el parásito transmitido por el mosquito ataca los glóbulos rojos. Es lo que le había ocurrido al organismo cansado y desgastado de Tarzán, según el enfermero. Por eso, a los síntomas habituales se le había unido aquella palidez marmórea.

A dieciséis kilómetros del garimpo de Maria Bonita, en la aldea de Gorotire, el joven pasajero del vuelo de Brasil Central estaba terminando de vestirse a la luz de una vela de aceite. Paiakan se había despojado de sus vaqueros y su camisa y se había puesto un taparrabos. Una prima suya —su mujer se había quedado en Belem— le dibujaba con un cincel sobre su cuerpo figuras geométricas con el negro del jenipapo y el rojo del *urucú*, pulpa de una fruta cuyos arbustos crecían alrededor mismo de la choza. El cambio de atuendo era un rito habitual para ese kayapó que vivía entre dos mundos y que se preparaba para asistir a una reunión importante en la Casa de los Hombres de su aldea. Cuando su prima hubo terminado la paciente labor, el hombre se colocó una corona de plumas de tucán color de fuego en su cabeza, como correspondía a un hijo y sobrino de cacique. A continuación se anudó el collar de guerrero cuyas conchas de mejillones de río resplandecían en la penumbra y añadió dos guarniciones de perlas de plástico moradas, ornamentación que los kayapó habían adoptado en tiempos recientes y que importaban de Checoslovaquia por intermedio de una tienda de Belem. Tampoco se olvidó del reloj, ni de las zapatillas Adidas que le evitarían tener que pisar los numerosos excrementos de animales y los mangos aplastados en la calle principal.

Paiakan nunca había sido un indio como los demás. Quizá se debía al trauma que supuso, a los 7 años de edad, viajar a la ciudad y descubrir que el mundo no se limitaba a la vida placentera de la aldea: «Me pasé una semana llorando porque quería regresar —contaría Paiakan—. Tanta gente vestida de manera tan rara, tanto barullo y, sobre todo, el no conocer a nadie y que nadie me conociese... Todo eso me asustó tanto que me negué a salir de la casa de la FUNAI donde nos hospedábamos mi padre y yo». El *shock* que para un niño indígena suponía esa jungla humana se transformaría en pura fascinación unos años más tarde cuando, ya adolescente, salió de nuevo de su aldea. Esta vez iba acompañado por dos misioneros que se habían fijado en la inteligencia del muchacho y que pensaron que debía aprender portugués. Conoció Belem, la gran ciudad: «La gente me parecía toda igual... me hacía el mismo efecto que le hace la selva a un blanco cuando la descubre por primera vez: todos los árboles le parecen iguales, aunque todos sean distintos». El miedo infantil era ahora curiosidad de adulto: «¿Adónde van todos con tanta prisa? ¿Qué hay dentro de esas casas tan grandes? ¿Por qué hay tantos coches?... No podía dejar de hacerme preguntas». Le entraron unas ganas irreprimibles de conocer a fondo ese mundo y, cuando los misioneros le propusieron ir a estudiar a Altamira, no desaprovechó la oportunidad. Allí pasó dos años, se aficionó al fútbol como todo brasileño y entendió muchas cosas de ese universo nuevo y confortable. La tecnología le fascinaba: se familiarizó con marcas de coches, aprendió a usar magnetófonos y aparatos de música y muchos otros objetos que parecían tener una vida propia y mágica. Al principio se creía dueño de todo, pero pronto fue dándose cuenta de que en el mundo de los blancos no se compartía nada, al contrario que en la aldea. Más tarde, cuando empezaron las obras de la Transamazónica y le propusieron trabajar en un frente de contacto para pacificar a

los ararás, antes de que Sydney Possuelo fuese llamado a concluir la tarea por el entonces presidente de la FUNAI, descubrió la cara oculta del mundo de los blancos, el otro lado de la fascinación. Vio máquinas inmensas derrumbar la selva, vio oleadas de gente invadir un territorio que había sido usurpado a los ararás, vio todos esos peones que venían a buscar trabajo... y volvió a sentir lo mismo que en su primer viaje, cuando era niño y fue con su padre a la ciudad: aquél no era su mundo. ¿Por qué se hace la carretera por aquí?, se preguntó entonces. ¿Por qué tengo yo que facilitar el contacto con otros indios?

«Preguntaba sin cesar —diría Paiakan al recordar los años de su primera juventud—, pero nadie sabía explicarme nada». Entonces decidió regresar a su aldea. Escribió un libro sobre sus experiencias en la Transamazónica, el primer libro escrito por un kayapó, que fue publicado por los misioneros. «Yo quería informar a los otros indios sobre lo que estaba ocurriendo allá en Altamira, cómo el hombre blanco estaba plantando hierba y criando ganado. Yo decía que criar ganado era solución para una familia, pero no para todo un pueblo». Poco a poco su conocimiento del portugués y del mundo de los blancos le hicieron jugar un papel de intermediario en los numerosos conflictos a los que se enfrentaba su tribu. Los kayapó, que habían visto cómo su territorio —de una extensión original como toda Francia— se había reducido progresivamente en los últimos cien años, se organizaban en grupos y luchaban para expulsar a los numerosos intrusos que seguían invadiendo sus tierras: madereros, granjeros y buscadores de oro. En 1980, la expulsión de una familia de pioneros que se negaba a abandonar una parcela de tierra indígena ocupada ilegalmente degeneró en una horrible matanza que, al saltar a la primera página de los periódicos, les valió a los kayapó una reputación de salvajes indomables y sanguinarios.

Pero Paiakan no era partidario de la violencia. Había visto de cerca el poder de los blancos y sabía que ni con garrotes ni con flechas lograrían los indios imponer su criterio. La palabra y la astucia eran armas más eficaces, y había podido demostrarlo cuando organizó una protesta en Brasilia para que el gobierno no enterrase residuos radiactivos en territorio kayapó, un hecho que demostraba, más que ningún otro, el desprecio que el poder central sentía por los más antiguos habitantes de Brasil. Con un grupo de indios de su aldea, ataviados de penachos multicolores, ocuparon la sede de la FUNAI de Brasilia y luego fueron hasta el Palacio Presidencial, en fila y lanzando gritos de guerra, y sus siluetas guerreras se reflejaban en los cristales pulidos de los edificios ultramodernos, dejando boquiabiertos a transeúntes y policías. Los funcionarios, desconcertados, consiguieron que el Presidente no tuviera que entrevistarse con los indios, como lo exigió Paiakan, y a cambio el gobierno se comprometió a no usar su territorio como basurero nuclear.

Ahora sin embargo, mientras Paiakan se dirigía a la Casa de los Hombres, el problema era más espinoso. No se debía a una amenaza, sino a un hecho consumado: el territorio kayapó estaba ocupado por miles de buscadores de oro. No sólo habían contaminado el río con mercurio, no sólo habían hecho aumentar los casos de malaria, sino que ahora habían dejado de pagar el 0,1% de la venta de oro que les correspondía por el acuerdo alcanzado con el gobierno cuando la intervención federal. Los indios se habían acomodado con esa solución que les permitía comprar algunos de los *gadgets* que tanto les fascinaban. De las chozas de paja de Gorotire se alzaban sofisticadas antenas de televisión y en su interior algunas disponían de refrigeradores alimentados por butano. Dentro se podía encontrar desde una anaconda hasta patas de mono junto a botellas de Pepsi-Cola. De pronto, al faltar el dinero, la relación con los blancos dejaba de tener sentido. Los

kayapó se sintieron explotados y engañados y pensaron que el pago del porcentaje no había sido más que una excusa para distraer la atención de los indios sobre la ocupación de sus tierras. Los nervios en el poblado estaban al rojo vivo. Las viejas indias, dándose con el canto de los machetes en la frente, exhortaban a los hombres a matar blancos: «Cobardes, cobardes... ¡Si mi padre estuviera vivo, mataría a todos esos blancos!». En el cobertizo que servía de punto de encuentro y reunión, donde los hombres se reunían para ver *Falcon Crest* en la televisión colgada del techo, o para ver un video realizado por alguno de ellos, un jefe de clan decía solemnemente:

—Es mejor morir luchando que dejarnos morir de enfermedad. Esa mina nos ha envenenado... Matemos el mayor número posible...

—Tú no has visto lo que yo he visto —dijo Kanhok, el más respetado de los caciques—. Hay tantos blancos como hormigas en un monte.

Paiakan se sentó en el suelo, cerca de Kanhok. Todos esperaban su intervención:

—Mi abuelo no entendía cómo había tantos blancos —empezó—. Cada vez que mataba uno, brotaba otro como por encanto. Llegó a pensar que volvían a la vida después de muertos. Entonces empezó a cortarles la cabeza. Pero ya veis... sigue habiendo muchos. —Los demás lanzaron un «Uuuhh» de aprobación—. Por eso no podemos vencer si empezamos a matarlos... Hay demasiados que luego buscarán venganza.

Se hizo un silencio incómodo. Esperaban algo más de Paiakan que una simple llamada a la prudencia.

—¿Qué dice la FUNAI? —preguntó entonces Paiakan, rompiendo el silencio.

—Que esperemos... —contestó uno.

—¿Qué dice la Policía Federal?

—Que tengamos paciencia —contestó otro.

—Hace más de un año que nos dicen lo mismo —puntualizó Kanhok.

Lo que había sucedido en realidad era que el contrato había expirado, lo que automáticamente había acarreado la suspensión de los pagos. Pero en la maraña de la burocracia gubernamental, todavía más confundida por la incertidumbre política causada por la enfermedad del Presidente, nadie se había preocupado de renovarlo. El incumplimiento del compromiso de los blancos había dejado al descubierto la verdadera raíz del problema: el territorio de los kayapó seguía sin estar oficialmente demarcado. Paiakan les recordó que allí radicaba la causa de todos sus males. Ahora no bastaba con quitarse la espina de Maria Bonita, era preciso extirparla de una vez para siempre. Era necesario conseguir la delimitación definitiva de los lindes de sus tierras para evitar conflictos similares en el futuro y sobre todo para dar un porvenir a la tribu.

—Un indio sin su tierra es menos que un animal —les recordó Paiakan, haciéndose eco de la preocupación de caciques y antropólogos ante el fuerte descenso de la natalidad de los kayapó.

El proceso de autodestrucción era una reacción típica de las tribus indígenas ante la inseguridad del futuro: «No teníamos otra solución que la de ocupar el garimpo. Era una cuestión de supervivencia. Kanhok lo sabía y por eso me había mandado llamar. Para aplacar los ánimos, yo les dije que los *garimpeiros* no tenían la culpa de lo que estaba sucediendo, que era culpa del gobierno por no renovar el contrato, y por no haber hecho la demarcación que tantas veces había prometido».

Esa misma noche, después de la reunión, Paiakan fue a charlar con su amigo el antropólogo norteamericano Darrell Posey, que estaba viviendo en la aldea. Posey había emprendido doce

años antes el que fuera posiblemente el mayor estudio sobre manipulación de recursos naturales por las poblaciones nativas de la Amazonia. Caminando con los viejos chamanes por los senderos de la selva, había podido comprobar que el grado de conocimiento de los indios sobre cada parcela de su vasto jardín es mucho más sofisticado de lo que se había pensado siempre. Como muchos científicos en la Amazonia, se sentía impotente ante los cambios brutales de los últimos años y temía que, al desaparecer la selva, el conocimiento de los kayapó desapareciese también, antes de ser recopilado y estudiado.

Con el anuncio de invadir el garimpo, Posey pensó que el aniquilamiento de los kayapó sería inminente. Sabía que los *garimpeiros* estaban armados y temía que el asunto degenerase en un baño de sangre, como tantas veces había ocurrido con los indios en el pasado. «Pero ya habían tomado la decisión, y nadie en el mundo les hubiera convencido de lo contrario», recordaría Posey. Para evitar lo peor en caso de represalias sugirió a Paiakan alertar a la prensa de Belem y a la prensa internacional, lo únicos posibles aliados que lanzarían la voz de alarma en caso de torcerse el asunto. Paiakan asintió y ambos fueron al puesto de la FUNAI para anunciar por radio la toma del garimpo a un puñado de periodistas.

Posey se quedó en el poblado tranquilizando a los viejos y a las mujeres, que se estaban preparando para evacuarlo en caso de contraataque. «Estaban muy desanimados. Se lo habían jugado todo a una carta y sabían que podían perder... Era como una actitud de suicidio colectivo». Menos de 24 horas después de haber llegado a Gorotire, Paiakan, ataviado de guerrero con el tradicional garrote en la mano, encabezó la marcha de un centenar de indios hacia Maria Bonita. Al cabo de varias horas bajo una lluvia torrencial, llegaron a los alrededores del garimpo. Paiakan no podía creer lo que veían sus ojos. Muchos de los indios que habían abogado por la invasión de la mina y que lo habían hecho pensando que bastaba con ir pintarrajeado para asustar a los mineros se echaron atrás al descubrir que había miles de ellos, algunos armados de metralletas y rifles automáticos: «Eran como termitas», recordaría Paiakan. La mayoría de indios quiso regresar; poco quedaba de la bravura de la víspera. Pero los tradicionales guerreros kayapó no estaban dispuestos a padecer semejante humillación. No querían volver sin repartir antes algunos garrotazos. Consultaron con su líder.

—Si vamos allí nos van a barrer —musitó Paiakan, y añadió—: Pero es peor regresar al poblado y decir que no hemos hecho nada.

—Uuuhhh... —respondieron a coro los demás.

Se sentaron en el suelo y plantearon la posibilidad de ocupar el garimpo sin matar a nadie. Paiakan tuvo una idea tan brillante como sencilla. Sugirió que los indios se apostasen alrededor del cerro para que pareciese que había muchos más por detrás. Mientras, él se acercaría a hablar con la policía federal.

El farol funcionó. Cuando Pernambuco levantó la cabeza para enjugarse el sudor y vio a todos aquellos indios en el cerro, le pareció estar soñando. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y seguían allí, como en una película del Oeste. A pesar de la advertencia de Paiakan al periodista de que no publicara nada antes de confirmarse la invasión, la noticia había salido en el periódico ese mismo día, y en la cantina se habían reído del asunto porque era 1 de abril —el equivalente a los Santos Inocentes— y nadie en el garimpo se lo había creído. Por eso la sorpresa fue doble. Mientras Pernambuco y los demás *garimpeiros* dejaban caer sus herramientas y miraban atónitos a los kayapó, los policías federales —había sólo cinco y no llevaban las armas consigo— estaban ojo

alerta ante aquel indio que bajaba por la colina, escoltado por dos guerreros. Pensaron que se avecinaba una escabechina de órdago y estaban paralizados por el miedo. Paiakan, con media cara pintada de negro, una impresionante corona de plumas y un garrote en la mano aún más imponente que una escopeta, se acercó al comandante. En su impecable portugués y mientras apuntaba con su brazo hacia el cerro, le dijo:

—Vengo a pedirle ayuda —el comandante resopló. Paiakan siguió en tono conciliador—: Mire... Hay miles de guerreros allá arriba. Vamos a invadir este garimpo porque estamos cansados de que se nos engañe. Ayúdenos a impedir que salte la violencia. Yo no puedo controlar a mis hombres. ¿Los ve allá arriba? —el comandante asentía con la cabeza—. Somos miles, de todas las aldeas kayapó —mintió Paiakan—. Y si no hacemos algo rápidamente, habrá una matanza. Ayúdenos a sacar a los mineros de aquí antes de que corra la sangre.

Los policías, aliviados de saber que los indios no atacarían inmediatamente, fueron primero a por sus armas, antes de que algún *garimpeiro* se tomase la ley por su cuenta. Paiakan y sus escoltas les acompañaron hasta la caseta. Como no encontraban la llave, pidieron a los indios que derribasen la puerta a porrazos ante las miradas de un pequeño grupo de mineros que, atónitos, no entendían qué hacían aquellos indios derribando la caseta de los federales. Después de hacerse con sus armas automáticas, el Comandante, a través de un megáfono, dio la orden a todos los *garimpeiros* de abandonar sus herramientas, apagar los motores de las bombas de agua, acercarse y entregar sus armas. Cuando los tuvo reunidos, les anunció que miles de indios estaban a punto de atacar, que más les valía llevarse lo que pudieran y salir de allí antes de ser exterminados. Pernambuco alzó la mirada al cielo; era un verdadero desastre.

—¡Hablemos con los indios! —sugirió—. Tenemos armas y podemos defendernos.

Paiakan no reconoció a su compañero del vuelo de Brasil Central, pero su imprecación le heló la sangre en las venas. Temió que la llamada de Pernambuco tuviese un efecto incendiario.

—¡Yo no me muevo de aquí! —gritaron algunos.

—¡Luchemos por defender nuestros barrancos!— gritaron otros.

Pero el Comandante atajó de inmediato cualquier veleidad de combatir a los indios.

—¡Yo soy la autoridad y el que toque a un indio se las tendrá que ver conmigo! —exclamó por el megáfono—. ¡Todos los que estáis aquí sabéis que ésta es tierra de indios! —les recordó—. ¡Es mejor salir ahora para poder regresar que tener que salir más tarde para no volver nunca!

Los *garimpeiros*, que respetaban a la policía federal por encima de todo (les concedían los permisos y les protegían de los abusos y el desorden), empezaron a dispersarse. Pernambuco y un grupo de mineros intentaron durante todo el día dialogar con los indios, pero éstos rechazaron su oferta de trescientos mil cruzeiros al mes a cambio de permitir la prosecución de las actividades normales del garimpo. Paiakan exigió además el pago de una «tasa de indemnización» desorbitada para retirar las mil quinientas *chupadeiras* de Maria Bonita. Para Pernambuco y para los demás dueños, aquello suponía la ruina total, aunque todavía acariciaban la esperanza de llegar a una solución de última hora.

Pero a medida que un número cada vez mayor de guerreros se iba acercando al garimpo y la tensión iba incrementándose, la solución parecía alejarse. Varias veces el Comandante cogió el megáfono para pedir a los *garimpeiros* que no se acercasen a los indios. Hitler, que venía de Redenção en su vuelo diario, había oído por la radio que los kayapó habían invadido el garimpo, pero no se dio cuenta de la gravedad del asunto hasta que intentó aterrizar en Maria Bonita. De

pronto vio a unos indios colocar maquinaria y bidones en la pista. Accionó la manilla del acelerador justo a tiempo, pero como el pequeño Cessna estaba cargado, casi no consiguió remontar vuelo. Sobrevoló la pista a bajísima altura, al tiempo que subía el tren de aterrizaje por temor a que las ruedas chocasen contra los obstáculos. Pasó por encima del tejado del puesto de sanidad y sobre la copa de las palmeras, antes de conseguir elevarse a duras penas y emprender rumbo a Cumarú, la pista más cercana. No lo sabía todavía, pero Hitler había tenido suerte al no poder aterrizar. Los indios le hubieran incautado las llaves del encendido, como estaban haciendo con las demás avionetas. Con esa medida impuesta por los caciques, las esperanzas de cualquier arreglo rápido desaparecían por completo.

Después de una noche de suma tensión en la que muchos mineros decidieron permanecer en Maria Bonita, Paiakan pidió a los comerciantes que no abriesen las tiendas y ordenó parar de trabajar. La cantina había agotado ya los últimos restos de comida. Unas horas después, luego de una interminable reunión entre caciques, Paiakan volvió junto al Comandante y le precisó el alcance de sus reivindicaciones: la demarcación oficial de su territorio y el pago del porcentaje, previas negociaciones con las autoridades de Brasilia. Luego le resumió la exigencia que más sudor y lágrimas causaría entre los desesperados buscadores de oro: «Los kayapó no quieren más *garimpeiros* aquí. Que se vayan todos».

Muchos jornaleros, nada más ver a los indios, habían huido a pie por el fangoso camino de la selva. Al fin y al cabo eran sólo empleados y no tenía sentido arriesgar sus vidas para defender una maquinaria que no les pertenecía. Los que se quedaron por simple sentimiento de solidaridad no eran suficientes para hacer funcionar las instalaciones altamente mecanizadas. El tinglado de bombas y *chupadeiras* se convirtió en un montón de chatarra inútil. Sin ruido de maquinaria, ni de aviones aterrizando y despegando, el garimpo fue invadido por un silencio sepulcral a medida que los indios lo miraban y tocaban todo.

Pernambuco siguió trabajando manualmente como muchos otros *garimpeiros* que confiaban en que el tiempo jugaba a su favor. «No abandones la maquinaria —le había dicho Tarzán—. Ya se cansarán los indios de estar aquí». No se tenía memoria de que los indios hubieran ganado algún enfrentamiento con los blancos y Maria Bonita no sería la primera vez, pensaban todos. Todo *garimpeiro* sabía que las autoridades estaban de su lado; ellos eran los pioneros que forman la primera línea en la batalla por conquistar nuevos espacios a la selva. Por eso habían contado siempre con el beneplácito de las autoridades y por eso seguían confiando en que el gobierno forzaría a los indios a aceptar el reinicio de la extracción de oro. Pero no contaban con que los kayapó habían cambiado; ya no eran aquellas criaturas inocentes que treinta años atrás habían sido víctimas de un primer contacto que les había diezmado y casi borrado del mapa. Ahora sabían utilizar las armas de los blancos. Paiakan, que había aprendido a valorar el poder de la prensa, consiguió la simpatía de la opinión pública al permitir el acceso a un nutrido grupo de periodistas: «Un centenar de indios obligan a cinco mil *garimpeiros* a batirse en retirada», tituló el *Jornal do Brasil*, uno de los de mayor tirada del país. La noticia se fue infiltrando en todos los periódicos nacionales, haciéndose un hueco entre las numerosas crónicas sobre la enfermedad del Presidente Tancredo Neves. Luego, para ejercer mayor presión y forzar al gobierno a negociar, Paiakan, siempre a través de la Policía Federal, amenazó con hacer prisioneros a los *garimpeiros* que siguieran trabajando. La perspectiva de caer en manos de esos «salvajes sanguinarios» asustó a los más recatados, que salieron de sus barrancos blasfemando y maldiciendo. Pernambuco pensó en atrincherarse con su escopeta, pero la policía le hizo desistir. «Lo importante —diría el comandante— era mantener la tensión bajo control».

A partir de ese momento, el pequeño incidente provocado por un puñado de indios fue tomando proporciones de auténtica tragedia. Los enfermos eran el problema mayor. Paiakan abogaba por evacuarlos en las avionetas, pero otros caciques se oponían.

—Ellos han traído la enfermedad, que mueran por ello —sentenciaron.

—Si tienen que morir —argumentó Paiakan—, es mejor que mueran en sus casas o en un

hospital. No es bueno que en tierra de indios mueran *garimpeiros*.

La tesis de Paiakan prevaleció y el cuarto día de ocupación, después de largas discusiones, autorizaron el despegue de avionetas solamente para el transporte de enfermos. Pernambuco corrió a buscar a Tarzán. La enfermería estaba abarrotada con más de doscientos mineros, dieciséis de ellos en coma. Como el viejo estaba demasiado débil para moverse, Pernambuco lo cargó a hombros y se lo llevó hasta el final de la pista donde estaban aparcados los aviones. Tarzán parecía un muñeco desarticulado. Sus brazos y piernas se balanceaban como si estuviera muerto.

—Ánimo, viejo —le decía Pernambuco—. Vas a salir de este infierno...

—Yo no quiero irme —decía con voz casi inaudible. Llegaron a la avioneta.

—No hay sitio, lo siento —dijo el piloto, que intentaba cerrar la portezuela.

Pernambuco la abrió y empujó a Tarzán.

—Un lugarcito para el viejo Tarzán, señores —rogó a los pasajeros amontonados en el suelo ya que la avioneta, como todas las de la Amazonia, carecía de asientos.

Los enfermos estaban demasiado débiles para reaccionar pero el piloto, furioso, se desabrochó el cinturón de seguridad, salió, dio la vuelta y se plantó frente a Pernambuco apuntándole con su revólver. Los indios que rodeaban el avión se acercaron, curiosos.

—Saca a ese tipo de ahí —le ordenó el piloto.

—Éste es Tarzán, amigo —le dijo Pernambuco—. Pregunta por ahí... Todos le conocen, es el gran Tarzán, ha descubierto este garimpo... No le vas a dejar morir aquí y ahora, ¿verdad?

—Sácalo de ahí.

—Venga... Dispara —le dijo Pernambuco—. Atrévete, porque ésa va a ser la única manera en que consigas salirte con la tuya. Mientras yo esté vivo, Tarzán se queda en el avión.

Hubo un silencio, y quizá fue la silueta de uno de los policías, o quizá la determinación de Pernambuco, pero el caso es que el piloto vaciló, se guardó el arma, exclamó un «*filho da puta*» entre dientes y volvió a meterse en la carlinga. Pernambuco empujó la puerta, haciendo presión para cerrarla. A través del cristal rayado y manchado de barro, Tarzán le guiñó un ojo y levantó el pulgar en signo de victoria. Pernambuco le sonrió y le saludó con la mano. Protegiéndose los ojos del polvo, se quedó mirando cómo la avioneta rodaba cogiendo velocidad. En un momento dado temió que no pudiese despegar a causa del peso, pero cerca del final de la pista levantó el morro y se alzó como un ave panzuda.

Ahora le tocaba a Pernambuco abandonar lo que había sido su hogar durante los últimos años. Los policías estaban cada vez más nerviosos y los intentos de resistencia eran atajados violentamente. Un *garimpeiro* de 30 años que se negaba a irse recibió un tiro que le segó la espina dorsal. «Paralítico para el resto de su vida», tituló un diario local. A los rezagados no dudaban en dispararles a los pies. Así que Pernambuco, fiel a su instinto de supervivencia, terminó por unirse al éxodo de los cinco mil *garimpeiros* que, habiéndolo perdido todo, sin medios para subsistir, sin dinero, sin comida, sin agua, sin siquiera sueños para luchar por ellos, emprendieron camino hacia Cumarú, con la esperanza de conseguir transporte hasta Redenção. Durante la marcha, la mayoría tenía que desprenderse de sus escasas pertenencias a causa del calor y la fatiga. Otros habían sido desvalijados antes de salir por indios que se habían encaprichado con sus radios, su ropa o sus herramientas. Algunos se adentraban en la selva para cazar y ya no regresaban. La prensa habló de diecinueve muertos, pero en el caos de la caminata nadie pudo confirmar esa cifra.

El cantinero de Cumarú recordaría toda su vida la llegada de los expulsados de Maria Bonita, muchos de los cuales caían al suelo suplicando algo de comer: «*Forre... Tem forre...*», decían con un hilo de voz, deshidratados y sin energía. Los mineros de Cumarú se desvivieron para atender a sus compañeros. Compartieron su comida, cedieron sus hamacas, ofrecieron transporte en sus desvencijadas camionetas hasta Redenção mientras pedían socorro a las autoridades. El ejército mandó un avión *Búfalo* de las Fuerzas Armadas cargado de víveres y medicinas, pero con tanta mala suerte que se salió de la pista al aterrizar: una de las alas chocó contra el suelo y un motor saltó por los aires. La tripulación se salvó, pero el *Búfalo* permaneció noventa días obstruyendo la pista hasta que por fin llegaron los mecánicos del ejército.

Algunos como Pernambuco no habían perdido la esperanza de recuperar sus barrancos más o menos intactos. No sabían que mientras se arrastraban hacia la ciudad, los indios se estaban haciendo aretes con las gomas de sus *chupadeiras*, collares con las bolas de cojinete y pulseras con las cadenas de engranaje. Después de desvalijar los comercios como niños sueltos en una juguetería, habían organizado un auténtico puente aéreo entre Maria Bonita y la aldea de Gorotire. El antropólogo Darrell Posey, que no conseguía entender cómo los kayapó habían salido ilesos de la toma del garimpo, se asombraba de ver el intenso tráfico de avionetas. «Cada diez minutos llegaba una y descargaba motores eléctricos, bombas de agua, ropa, conservas, ruedas, combustible, repuestos, sacos de *farinha*, de frijoles, telas... y así durante dos días». Mientras, Paiakan anunciaba en la prensa que los indios se quedarían con todo el material incautado a los *garimpeiros* como forma de compensar los perjuicios sufridos por la extracción de oro en los últimos cinco años. A los *garimpeiros* que tuvieran intención de regresar les advirtió que «habría bronca». «En Maria Bonita hay unos ciento cincuenta indios que están comenzando a construir una aldea —anunció Paiakan—. La ocupación es algo definitivo».

En 1985, diez años después de su fundación, Redenção contaba con cincuenta mil habitantes cuya rutina matutina consistía en enterarse de la cotización del oro, ya que la ciudad vivía de los numerosos garimpos de sus alrededores. Aparte de sus cinco bancos, un cine y el club recreativo con piscina, Redenção contaba con una estación de radio AM, Radio Oriente, y con 970 establecimientos comerciales, la mayoría dedicados al material de minería. Esos comerciantes estaban asociados con sus clientes en las numerosas explotaciones de la zona y eran, junto con los mineros, los más perjudicados por la acción de los indios y los más interesados en encontrar una solución rápida.

Con la llegada de los cinco mil naufragos de Maria Bonita, los cincuenta policías militares y el personal del Ayuntamiento se vieron totalmente desbordados. Se generó un clima de agitación como nunca la ciudad había conocido antes. Centenares de mineros invadieron tiendas y supermercados, rompieron vitrinas, se llevaron bebidas, tabaco, comida y ropa. La población estaba aterrada. Los colegios cerraron y las familias se atrincheraron en sus casas. La policía hizo lo que pudo, pero el pillaje continuó hasta que Arcelide Veronezze, el joven y enérgico alcalde, y un puñado de comerciantes de la ciudad organizaron comidas para los refugiados: 160 kilos de carne, 1.500 panes, 150 kilos de arroz y 240 kilos de frijoles al día era el precio a pagar para que los *garimpeiros* dejasen de sembrar el pánico.

Era una solución tan precaria, tan frágil, que el propio alcalde se desplazó a Brasilia con los

representantes de los mineros para acelerar las negociaciones con los indios, representados por Paiakan. Pero en el Ministerio del Interior nadie les recibió. A nadie le importaba ese conflicto lejano mientras en un hospital agonizaba el Presidente de la República. El representante de los mineros hizo saber que estaban dispuestos a aumentar el porcentaje pagado a los indios del 0,1 al 370. Un funcionario del Ministerio del Interior propuso a Paiakan iniciar discusiones sobre la demarcación luego de que autorizasen el regreso de los *garimpeiros* a Maria Bonita. Paiakan se opuso: exigió que las reivindicaciones de los indios fuesen atendidas primero y después —quizá— permitirían el regreso. Entonces las amenazas subieron de tono. La comisión de mineros informó que los quinientos indios de Gorotire corrían el riesgo de ser exterminados por los miles de mineros dispuestos a volver a tomar el garimpo. «Los mineros son hombres; nosotros también somos hombres —replicó Paiakan—. Ellos tienen armas, nosotros también. Además, nosotros estamos entrenados para la guerra y conocemos la selva. Ellos no».

Ante el bloqueo de las negociaciones, los mineros dieron una semana de plazo al gobierno para solucionar el problema. De lo contrario, tomarían el garimpo por la fuerza. Pero fueron pasando los días y de Brasilia no llegaba noticia alguna. Era como si la capital hubiese dejado de existir; la enfermedad de Tancredo Neves había paralizado la ciudad. Ante el inminente vencimiento del plazo, el alcalde de Redenção pidió refuerzos policiales al ministro del Interior. Todo el mundo temía lo peor y la gente no salía de sus casas para evitar enzarzarse en los constantes brotes de violencia que se producían en la ciudad. En Gorotire los indios estaban en pie de guerra y los misioneros protestantes optaron por abandonar el pueblo. El antropólogo Darrell Posey permaneció; los kayapó le consideraban de la familia y no hubieran entendido que les dejase solos en ese trance. Se quedó tomando notas, observando cómo «la sociedad nativa se prepara para la guerra».

Nada más llegar a Redenção, Pernambuco recorrió los siete hospitales de la ciudad en busca de Tarzán. La caminata entre Maria Bonita y Cumarú le había dejado en los huesos. Estaba tan delgado que muchos de sus compañeros, que acampaban en las aceras, no le reconocían. Se dirigió al viejo aeropuerto donde le comentaron que la sanidad pública había instalado un servicio de urgencia. Los hangares estaban vacíos de aviones pero repletos de hamacas. Hacía un calor espantoso, aumentado por la estructura metálica del hangar. Tarzán estaba tumbado en su hamaca mirando al techo. Estaba amarillento, y parecía tan débil como antes.

—¡Tarzán! —gritó Pernambuco. El viejo se le quedó mirando, como si no le reconociese. Pero cuando Pernambuco se acercó, se le iluminó la cara.

—Sabía que vendrías a verme...

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Pernambuco.

—Muy bien, gracias a Dios —contestó Tarzán con un hilillo de voz—. Todas las tardes viene mi madre a verme y me lleva a la iglesia. —Pernambuco fingió encontrar graciosa la ocurrencia—. Ella me anunció tu visita.

—¿Tu madre te dijo que vendría a verte?

—Pues claro, por eso te estaba esperando. —Tarzán se incorporó en la hamaca y prosiguió—: Venga, Silvestre, llévame a casa; ya estoy listo.

—Yo no soy Silvestre, soy Pernambuco. Y no estamos en Italia con tu madre, estamos en esta mierda de lugar. Y en tu estado no deberías moverte de esa hamaca —le soltó Pernambuco.

El viejo se quedó pensativo, mirándole como a un extraño:

—¿Pernambuco?... Nunca he conocido a nadie con ese nombre.

Pernambuco levantó la mirada al cielo. «¡Lo que faltaba! ¡Se ha vuelto loco!», pensó mientras una sensación de desesperanza le invadía el alma.

—Siento haberme confundido —continuó Tarzán—. Estoy esperando a mi hermano Silvestre para que me lleve a nuestra casa, vía Gaspare Gozzi, ¿entiende?...

Pernambuco sabía perfectamente lo que le había ocurrido: la malaria crónica había podido con su viejo amigo. Después de la amnesia suele venir la demencia, y luego el coma, y luego la muerte.

—Entiendo; yo no soy Silvestre, lo siento... —balbuceó Pernambuco.

—Si usted se queda un rato conmigo mientras llega Silvestre, le contaré historias de la selva y le diré cómo hacerse rico en un periquete... —continuó Tarzán.

Pernambuco se quedó junto a su amigo, escuchando las historias de siempre, aunque con variaciones incoherentes. Se rió sin ganas, sólo para complacerle. Le hizo preguntas para intentar guiarle por los recovecos de su memoria y hacerle regresar a la realidad, pero Tarzán se saltaba las leyes del recuerdo. Se había inventado una realidad a su medida. Estaba *realmente* en Italia con su madre, que es donde quería estar, aunque también esa ciudad italiana estaba en la selva porque hablaba con pasión del bosque:

—Los ojos más bonitos de la selva, amigo Ossobuco...

—¡Pernambuco! —corregía exasperado el pistolero.

—Perdón, amigo Pernambuco... los ojos más bonitos de la selva son unos que no ven... están dibujados en la parte interior de las alas de una polilla gigante. La parte exterior es como la corteza de un árbol pero cuando el animal, asustado, bate sus alas aparecen esos ojos, grandes, azules y brillantes, similares a los de una lechuza, y sus atacantes salen espantados. ¿No le parece maravilloso, señor...?

—Pernambuco.

—Eso, Pernambuco. Le voy a decir un secreto que nadie sabe... pero prométame que no lo va a repetir por ahí...

—Lo prometo —dijo Pernambuco.

Poniendo su dedo en la boca y mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie le estaba escuchando, le dijo a la oreja:

—Todas esas maravillas de la selva son regalos de Dios, pero sssshhh... no se lo diga a nadie porque intentarán robárselos a Él...

«De remate —pensó Pernambuco—. Loco de remate,» Sentía profunda tristeza y compasión por su amigo. No quiso dejarle solo, a merced de los fantasmas de su mente. Aquel viejo minero que siempre le había demostrado amistad se merecía algo más que un hangar canicular, o que un hospital atestado de enfermos. Una atmósfera de locura sólo podía hacerle más loco, pensó. Lo que necesitaba Tarzán era un ambiente normal. Entonces preguntó por Hitler, y le indicaron una casita blanca, rodeada de un pequeño jardín lleno de plantas, con una buganvilla enmarcando la puerta principal. Le pareció un trozo de paraíso en el infierno de aquella ciudad. Hitler estaba volando, pero les atendió su mujer, una encantadora mestiza, exprostituta rescatada por el amor del piloto. «Son las mejores esposas —le había dicho Hitler en una ocasión—. Deberías buscarte una bien trajinada, porque cuanto más trajinadas están, más hartas de la vida están y más fieles y

agradecidas son». Aquellas palabras se le habían quedado grabadas. También Pernambuco ansiaba tener su ración de felicidad; pero cada vez que parecía alcanzarla, la fatalidad se la quitaba de las manos. «Es que no me lo merezco», se decía entonces para sus adentros, mientras intentaba apartar de su memoria, como si fuesen moscas, los rostros de los campesinos que había mandado al otro mundo y que revoloteaban en su conciencia.

La esposa de Hitler acomodó a Tarzán en uno de los cuartos y le colgó una hamaca en el porche para que pudiera disfrutar del frescor de los atardeceres. Tarzán protestó por el cambio; en su imaginación enfermiza temía que Silvestre no pudiera localizarle.

—Silvestre no es tonto, le dirán que estás aquí —le tranquilizó Pernambuco, a quien la mujer también había ofrecido quedarse. Pero Pernambuco no aceptó; su lugar estaba con los compañeros —. Vendré a verte todos los días —le dijo a Tarzán.

—No olvides decirle a mi madre y a Silvestre que estoy aquí —le recordó el viejo.

Pernambuco levantó los ojos al cielo y, con el corazón encogido, salió a la calle.

Le extrañó el silencio sepulcral que de pronto se había adueñado de la ciudad. De camino hacia el viejo aeropuerto, donde acampaban los demás *garimpeiros*, sólo se cruzó con un perro cuando lo normal hubiera sido encontrarse con multitud de mineros tumbados en las aceras o sentados bajo un árbol. Al acercarse a los destartalados hangares se fijó en que la bandera nacional, junto a la veleta, estaba izada a media asta. Luego se encontró con un minero, que le dijo que por fin habían llegado noticias de Brasilia. Pero no eran relativas a las negociaciones ni al conflicto entre indios y *garimpeiros*. El Presidente Tancredo Neves acababa de fallecer. Todos los *garimpeiros* se habían congregado para expresar su condolencia. Por eso había vuelto la calma a Redenção, una calma triste que no parecía augurar nada bueno. Por la tarde, el alcalde transmitió por Radio Oriente un mensaje del Secretario General del Ministerio del Interior a todos los mineros: se les pedía unos días más de paciencia hasta que se restableciese «la normalidad funcional de Brasilia». Todos pensaron que el gobierno les estaba pidiendo demasiado. La situación había llegado al límite.

«No había manera de llamar la atención de las autoridades sobre el problema —recuerda Eurípides, dueño del Imperio de las Máquinas cuya sucursal más importante estaba en Maria Bonita—. Ni siquiera después de la muerte de Tancredo Neves. Ninguno de nosotros conseguía dormir. Como comerciantes debíamos dinero; para pagar lo teníamos que recibir del *garimpeiro*. A nosotros nos cortaban el crédito en todo Brasil si no volvían las aguas a su cauce». El alcalde no podía ocultar que la crisis le estaba afectando personalmente: había adelgazado siete kilos desde la invasión y, como de por sí era un hombre enjuto, parecía una sombra de sí mismo. «Estoy deprimido —dijo a la prensa— por el hecho de que ninguna autoridad quiera colaborar. Ni siquiera el gobernador de Pará ha mostrado el mínimo interés en encontrar una solución. No sé lo que está ocurriendo». Las arcas del Ayuntamiento se estaban vaciando y nadie en Redenção quería pensar en lo que podría acontecer el día en que los *garimpeiros* no tuvieran ni siquiera su ración diaria de comida. De momento, un número cada vez más numeroso abogaba por la guerra con los indios, por volver a tomar el garimpo a la fuerza. «Como llegemos a ese punto... *adeus indiada*», puntualizó el alcalde a la prensa de Belem.

«Entonces se nos ocurrió hacer lo mismo que los *garimpeiros* de Serra Pelada cuando forzaron la reapertura del garimpo después de la intervención militar: bloquear la carretera Belem-Brasilia», contaría Eurípides. El 28 de abril de 1985, una auténtica división de autocares, seguidos de una flota de camiones, camionetas, coches particulares, motos y hasta carros de caballos, emprendieron camino de la carretera Belem-Brasilia. Más de dos mil *garimpeiros*, con una organización admirable que hubiera sido la envidia de cualquier sindicato metalúrgico, partieron en caravana hasta Guaraí, a una distancia de 350 kilómetros. Pernambuco pensó quedarse en la ciudad, pero al final decidió unirse al cortejo para distraerse un poco de la preocupación en que le había sumido el estado de Tarzán. «De la misma manera que ha perdido la bola, la puede volver a encontrar», le dijeron los compañeros. Pernambuco se aferraba a esa esperanza, no sólo por la amistad que sentía por el viejo, sino porque era consciente de que todo el montaje de Maria Bonita se había urdido en base a su reputación. Sin Tarzán, sabía que los acreedores cortarían inmediatamente el grifo de la explotación.

Después de 24 horas de viaje colocaron los autocares y camiones bloqueando la carretera y, para que la policía no pudiera obligarles a desplazarlos, pincharon los neumáticos. Anunciaron que el paso de vehículos quedaba prohibido y que los que intentasen desobedecer serían incendiados. A media tarde había más de trescientos vehículos inmovilizados. Los camioneros protestaron enérgicamente y durante parte del día se temió un enfrentamiento entre ambos grupos. Pero los *garimpeiros*, siempre hábiles a la hora de negociar, consiguieron convertir sus adversarios en aliados. Llegaron a un pacto de ayuda mutua mientras durase la ocupación. En otras

palabras, significaba que los camioneros beberían y comerían a cuenta de los mineros. Pernambuco fue muy eficaz a la hora de solucionar el problema del abastecimiento. Se le ocurrió utilizar su vieja experiencia de matarife. Reunió a un grupo de compañeros y sacrificaron cuatro vacas en una finca cercana, mientras otros saqueaban un camión de cerveza Antártica.

Al día siguiente, la fila de camiones y vehículos alcanzaba los quince kilómetros y sus ocupantes vivían un calvario. Los que tenían dinero invadieron las escasas cafeterías apegadas a las gasolineras de la carretera. La mayoría no tuvo otro remedio que aguantar el calor, el olor a podrido que emanaba de los camiones de alimentos perecederos, la falta de agua y de comida. Para los niños y los enfermos, la situación rozó la tragedia. Un grupo de viajeros, desesperados, amenazó con matar *garimpeiros* si no reabrían la circulación. El escándalo no tardó en repercutir en la oficina del gobernador del Estado, que se vio obligado a reaccionar. En seguida mandó un emisario con una propuesta: se comprometía a acudir personalmente al Palacio Presidencial de Brasilia y al Ministerio del Interior a cambio de que los *garimpeiros* se retirasen de la carretera inmediatamente. De lo contrario, estaba dispuesto a mandar dos batallones del ejército para desalojarles por la fuerza. Hubo acalorados debates entre los *garimpeiros* que querían una solución pacífica y los que abogaban por enfrentarse al ejército. Al final, los moderados impusieron su criterio. El gobernador anunció que iría en persona, en un avión oficial, a recoger a los representantes de los mineros para ir juntos a Brasilia. Al término del segundo día y cuando la cola de vehículos alcanzaba los veinticinco kilómetros, los *garimpeiros* liberaron la carretera.

Nada más regresar a Redenção, Pernambuco acudió a casa de Hitler. Era la hora del crepúsculo, la hora en que Tarzán se tumbaba en la hamaca del porche y contemplaba las estrellas. Pero ese día el porche estaba vacío. Pernambuco se inquietó. Sin darle tiempo a llamar a la puerta, la mujer de Hitler se precipitó a recibirle. Por la expresión de su cara, Pernambuco supo que había ocurrido algo grave. «*Tarzán sumió*» (desapareció), le dijo ella antes de que tuviera tiempo de preguntar. Según le contó, al llegar esa misma tarde de hacer gestiones por la ciudad, se encontró con la criada llorando porque el viejo, harto de esperar a un tal Silvestre, anunció que se iba «a su casa». «Hitler no estaba y la criada no pudo impedirselo», gimoteó la mujer con lágrimas en los ojos. Hitler se enteró al llamar por teléfono desde el aeropuerto y había acudido directamente a la comisaría de policía a pedir ayuda. «¿Pero qué les importa un viejo loco, con la cantidad de problemas que tienen? —decía la mujer, desconcertada—. Espero que vuelva. Se ha ido con los pantalones puestos y nada más».

«No ha muerto, ya es algo», pensó Pernambuco mientras se marchaba a investigar por las calles polvorientas de Redenção. Un empleado de una gasolinera recordaba haber visto la frágil silueta de un hombre mayor y descamisado. Iba hacia las afueras. El dueño de un puesto de sorbetes también le vio y pensó que se trataba de un «loco *garimpeiro*, de esos que nos han invadido», como le dijo a Pernambuco, sin saber que tenía razón. Una prostituta del barrio bohemio que estaba pintándose las uñas sentada en el umbral de un bar también se fijó en un viejo que la saludó cortésmente y que parecía ir muy decidido hacia su destino. A la salida de la ciudad, Pernambuco se encontró con Hitler que venía de las afueras, donde había pasado la tarde buscando a Tarzán. Estaba empapado de sudor, manchado de barro, lívido. «Es como si se lo hubiera tragado la tierra», dijo entristecido mientras abría los brazos en un gesto de desconcierto. Le contó que unos niños habían visto a Tarzán dejar el camino que salía de la ciudad y adentrarse

en la selva. Nadie sabía nada más. Tarzán se había esfumado. Pernambuco y Hitler pidieron ayuda a unos *garimpeiros* y organizaron una batida, pensando que Tarzán estaba demasiado débil para llegar muy lejos. Durante un día y medio buscaron en la dirección indicada, pero no encontraron rastro alguno. Cuando regresaron deshidratados y hambrientos y cuando la angustia de la búsqueda dio paso a la desolación de la realidad, Pernambuco y Hitler contemplaron el océano de vegetación que se extendía más allá de los límites de la ciudad y tuvieron la certeza de que, envuelta en niebla, atravesada por los gritos de los monos en la apretada red de su ramaje, la selva inmóvil, con su tranquila respiración, no les devolvería a su viejo amigo. Llegaron a la conclusión de que si aquella había sido su última voluntad, más valía respetarla. En el fondo, el viejo siempre había hecho lo que había querido. Quizá ahora hubiera hallado la felicidad perdiéndose en la espesura de la selva. Y quizá estaría renaciendo como una polilla gigante, o una mariposa, o un jaguar para así no tener que abandonar nunca más las profundas oquedades de su bienamada selva.

Pernambuco tenía sentimientos encontrados de angustia, tristeza y rebeldía. Eran sentimientos compartidos por muchos otros *garimpeiros* para quienes la pérdida de ese mítico compañero era un símbolo del desamparo en que se encontraban en aquella primavera de 1985. En un pequeño grupo de desesperados, el infortunio de Tarzán vino a sumarse a unos latentes deseos de venganza. Imperaba la necesidad de buscar un chivo expiatorio para calmar el sentimiento de injusticia del cual se creían víctimas.

Convencidos de que la delegación en Brasilia no conseguiría la reapertura de la mina, un centenar de mineros decidió coger las armas e invadir Gorotire. Ante el fracaso de las negociaciones, la guerra.

Pernambuco, cegado por el dolor, también pensó que la culpa de todo la tenían los indios. Ellos habían causado su ruina, habían precipitado la enfermedad de Tarzán, habían provocado todas las calamidades que en menos de un mes se habían abatido sobre su vida. Hitler intentó disuadirle, pero Pernambuco necesitaba desahogarse, y con ese ánimo se unió al centenar de *garimpeiros* que, fuertemente armados, se decidieron a «barrer a los indios», como declararon a la prensa.

En Gorotire se enteraron de la noticia por Radio Oriente, y Darrell Posey recuerda cómo los indios organizaron la evacuación de las mujeres y los niños del poblado, mientras los adultos cogían las armas. «Los kayapó urdieron un plan de batalla bastante sofisticado, basado en atraer a los *garimpeiros* hacia un cañaveral sin salida donde les atacarían sin piedad. Estaba todo bien planeado, y sólo esperábamos el momento fatídico —diría Posey—. Sabíamos que los *garimpeiros* tenían armas automáticas que habían entrado de contrabando de Uruguay, pero nadie podía hacer nada contra eso, ni siquiera la policía».

La perspectiva de una matanza de indios que causaría un escándalo nacional e internacional sirvió de presión para que las negociaciones en Brasilia se acelerasen. El gobernador del Estado logró cumplir con su compromiso de sentar todas las partes alrededor de una mesa de negociación. Treinta y dos días después de la invasión, el viernes 3 de mayo de 1985, al término de cinco horas de reunión, el gobierno decidió por fin demarcar los 3,3 millones de hectáreas reivindicadas por los indios kayapó. Sólo después de que el documento estuviera preparado para ser rubricado por el presidente José Sarney, Paiakan accedió a discutir el porcentaje sobre la extracción de oro. No era fácil imponer condiciones sabiendo que un grupo de enfurecidos

garimpeiros marchaba hacia su poblado. Pero Paiakan mantuvo la sangre fría hasta el final. Exigió un 10%. El gobierno y los *garimpeiros* se negaron.

«Entonces bajamos a un 8% —recordaría Paiakan—, luego a un 7% y finalmente cerramos el trato en un 5% que siempre era mejor que el 3% inicialmente ofrecido. Tuve que decirle al ministro que no admitiríamos menos del 5%. Que el garimpo seguiría cerrado. Entonces aceptaron».

Después de la ofuscación del momento, ahora cundía el cansancio y el temor entre los *garimpeiros* que se acercaban a Gorotire. Ni Pernambuco ni los demás sabían con qué armamento contaban los indios. En el fondo, todos deseaban que algo viniese a impedir la inevitable confrontación. Sobre todo Pernambuco, que en el largo trayecto no había dejado de pensar en Tarzán, de revivir en su mente los buenos ratos pasados juntos, de recordar su carácter de hombre compasivo. ¿Qué estaría pensando en ese momento, al verle dispuesto a utilizar su arma automática contra unos indios indefensos? ¿Qué estaría pensando Sydney Possuelo? Pernambuco, en el impulso inicial, no se había dado cuenta de que se disponía a aniquilar unos indios, quizá los mismos que una vez le recogieron a orillas del Xingú cuando, exhausto y al borde de la muerte, se desvaneció ensangrentado. ¿Qué clase de hombre era? ¿Qué merecía alguien que olvidaba a los que le habían ayudado?, se preguntaba mientras pensaba en cómo zafarse. Desde lo más profundo de su alma suplicó que algo viniera a interrumpir esa marcha loca. Hasta pensó en beber agua pútrida para caer enfermo, y no tener que pasar por un esquírol ante sus compañeros. Pero para eso necesitaba un mínimo de tiempo, del que ya no disponía. Al límite de sus fuerzas físicas, cuando estaba atormentado por los pensamientos más sombríos y gracias al único nexo de unión que los *garimpeiros* tenían con el resto del mundo, sus transistores de pilas, se enteró del final de las negociaciones en Brasilia. Escucharon que «gracias a los esfuerzos de las autoridades, se había alcanzado un acuerdo entre indios y *garimpeiros*». Entonces la columna detuvo su marcha. Pernambuco alzó los brazos al cielo y dio un alarido que muchos tomaron por un grito de guerra, pero era un grito de alegría. Por tercera vez en menos de un mes, se había evitado el derramamiento de sangre.

El antropólogo Darrell Posey fue testigo de la ceremonia oficial de demarcación del territorio kayapó a los pocos días de la conclusión de las negociaciones. Un general llegó en un avión militar a la pista de Gorotire. Tocado con su boina y un pequeño Eabastón, iba seguido de un grupo de oficiales prestos a atender cualquier necesidad, mientras una cámara filmaba la escena y una banda de músicos afinaba sus instrumentos. Al general no le gustó ver a un yanqui entre la multitud y mandó a uno de sus oficiales a hablar con Darrell Posey: «Estamos haciendo esto sólo para los indios. Por favor, apártese...», le pidió.

A continuación desplegaron una tienda de campaña, izaron la bandera brasileña y empezaron a tocar y cantar el himno nacional y a disparar salvas. Obviamente, la ceremonia estaba concebida para impresionar a los indios y para demostrar a la gente de la región —había una delegación de mineros y otra de personalidades de Redenção— que en el sur de Pará reinaba la paz. Pero el bombo y platillo no pareció emocionar a los kayapó. No mostraron ningún entusiasmo, quizá por ser poco expresivos por naturaleza. Con su atuendo de guerreros, contemplaban serios y desconfiados una ceremonia hecha por blancos para celebrar una victoria de indios.

En mitad de la solemne ceremonia, una vieja pintarrajeada de rojo y con los senos caídos como brevas se acercó al general con un machete de medio metro en la mano. Era una tía de Paiakan llamada Eê. Interrumpió el discurso del militar soltando una diatriba furiosa en kayapó mientras le amenazaba blandiendo el machete a escasos centímetros de su cara. El hombre no se movió un ápice y aguantó estoicamente la bronca. No tenía otro remedio. Arrestar a la vieja india en aquel momento hubiera equivalido a una declaración de guerra.

Más tarde, el general quiso saber lo que Eê le había dicho y uno de los oficiales pidió a Darrell Posey que tuviera a bien traducir las palabras de la vieja. Posey, molesto por haber sido apartado de la ceremonia, se desquitó: «Esa gente son mineros, están en nuestra tierra, contaminan nuestras aguas, matan nuestros niños, nos traen malaria... no nos gusta y tampoco nos gusta que usted no haga nada al respecto. ¡Así que mejor váyase o le vamos a matar!», le dijo al general, que le miraba espantado. «Puso una cara rara, pero yo cumplí con mi deber, que era el de hacer una traducción fiel», contaría Posey.

A continuación indios y militares se sentaron en la tienda de campaña para discutir los planos de la demarcación. Para Paiakan aquello suponía su consagración como líder de los kayapó y como embajador de su pueblo en la sociedad de los blancos. Gracias a la firmeza de sus propósitos y a su habilidad en maniobrar, había conseguido obtener la firma del Presidente de la República en un documento que les garantizaba una extensión del tamaño de Holanda. Pero lo más notable es que había conseguido todo eso sin disparar un tiro ni dar un garrotazo.

El reverso de la moneda es que los indios tuvieron que reabrir el garimpo, algo a lo que Paiakan se oponía. Pero hubo de ceder ante la insistencia de su propia gente. Los más jóvenes querían ese dinero para seguir comprando *gadgets* inútiles sin necesidad de trabajar, aunque tuvieran que soportar por muchos años la contaminación del río. Habían ganado una importante batalla política, pero terminaron perdiendo un poco de su identidad. Tal y como Paiakan lo había predicho, el dinero fácil de Maria Bonita sirvió para que llegase la corrupción al poblado. Pronto hubo ricos y pobres en una sociedad que había sido igualitaria desde el albor de los tiempos. El hijo de un cacique de Gorotire se hizo construir un chalet de diez habitaciones con una veranda alrededor. Con las primeras recaudaciones, mandaron instalar en la aldea una gigantesca antena de TV para no perderse ningún culebrón de la Red Globo y para captar programas vía satélite. Contra eso no podían ni los indios más apegados a sus tradiciones. El propio Paiakan empezó a aficionarse a la bebida. La disyuntiva se resumía en asimilarse —y perder parte de su identidad—, o dejarse morir, como tantos millones de indios sudamericanos en los cinco siglos anteriores. Ni Paiakan ni ningún otro líder podía escapar al viento de la Historia.

El 16 de junio de 1985 los dueños de las máquinas regresaron a Maria Bonita. Eurípides se encontró con que el *stock* de su tienda había desaparecido, así como los documentos de los proveedores. Los indios se habían repartido todos los machetes utilizados por los *garimpeiros* para cortar raíces. Las indias se habían apropiado de todos los bermudas y las camisetas. «De calzado, ropa y cosas de comer no quedó nada —contaría Eurípides—. En cuanto a piezas de recambio, mangueras, motores y bombas, robaron una parte y otra la mezclaron con otras tiendas de manera que resultó imposible saber qué era de quién». El dueño de la Casa del *Garimpeiro* abrió el tiempo necesario para volver a cerrar: «Nunca más me verán en tierra de indios», declaró antes de marcharse.

* * * *

Pernambuco lo había perdido absolutamente todo. Sus máquinas estaban oxidadas, las mangueras rotas, la barraca totalmente saqueada. Deambuló durante unos días sin saber qué hacer de sus barrancos ni de su vida, mientras Maria Bonita volvía lentamente a su ritmo normal. Pero aunque todo recobraba el aspecto anterior a la ocupación, ya nada era como antes. Sin Tarzán, aquello era un sitio inhóspito donde un novato como Pernambuco estaba a merced de los rapaces que venían a tomar el lugar de quienes lo habían perdido todo. Llegó mucha gente de fuera, más de la que había antes de la ocupación. Un negro del Maranhão se interesó por los barrancos de Tarzán, y ofreció cierta cantidad. Pernambuco intentó asociarse con él, pero el negro no quiso. Entonces consultó con Hitler, porque siempre quedaba la duda de que el viejo no hubiera muerto. En el fondo hubiera sido mejor para los dos verle muerto que saberle desaparecido. Sin comprobarlo con ojos propios o sin asistir al entierro, un muerto no es un muerto, y es difícil tomar decisiones en nombre de un enigma. Vivían con la remota esperanza de que el viejo reapareciese el día menos pensado con su madre del brazo y que preguntase por sus barrancos. Era un sueño loco, sin fundamento cuando se paraban a pensarlo, y que terminaba por ser nocivo a fuerza de ser obsesivo. Les perseguía día y noche porque era agradable pensar que Tarzán reaparecería, pero al final sólo quedaba la frustración de mantener una esperanza siempre defraudada.

Ahora tenían que tomar una decisión. Pernambuco saldó las deudas pendientes con el cantinero entregándole toda la maquinaria. Como no había conseguido dinero ni socios para reabrir la explotación, ambos convinieron en aceptar la oferta del negro y con eso pagar parte de las otras deudas. Pernambuco comprendió que era lo más razonable y accedió, aunque fue una decisión difícil porque deshacerse de los barrancos era como matar al viejo definitivamente. Negoció la cantidad con el negro y pagó a los diversos acreedores del garimpo, guardando una parte para Zé Rosaldo, el empresario millonario que les había salvado de la bancarrota. El resto le correspondía a Hitler, que había costado de su bolsillo innumerables viajes y compras de víveres mientras el garimpo no producía. Pero Hitler no aceptó: «Quédatelo tú, yo siempre puedo volar para los demás y seguir tirando». En ese momento Pernambuco pensó que Hitler era tan buena persona como el viejo, y aquello le hizo sentir en su corazón, con una intensidad más dolorosa que nunca, el desgarró de la separación.

Pernambuco no sabía adónde ir ni qué hacer. Le rondaba por la cabeza la idea de explorar, como Tarzán le había enseñado, las tierras de Rondonia. Pero era difícil plantearse esa vida en solitario cuando no se llevaba en la sangre como el viejo italiano. Necesitaba un socio, o un amigo, o quizá una mujer. Lo que había entrevisto de la vida de Hitler le había maravillado. Una mujer como Dios manda es lo que necesitaba en esa época de su vida, aunque sólo fuese para consolarle por la pérdida de su único amigo. Claro que Hitler era un piloto, y los pilotos siempre consiguen sobrevivir, y cuando uno logra ganarse la vida consigue mujeres decentes, aunque sean putas. Pero Pernambuco no era más que un pistolero que por una casualidad había tenido el privilegio de vivir la gran aventura de un garimpo junto al mejor de los maestros. Y ahora volvía a las andadas.

Poco a poco fue centrando sus esperanzas en Zé Rosaldo. Lo que Pernambuco podía

devolverle era ridículo. Pero sabía que a alguien tan rico no podía afectarle esa deuda. En cambio, apreciaría el gesto de que se le devolviese una parte del dinero, por muy ínfima que fuese. Y quizá conseguiría ayuda para montar un pequeño negocio, como otra carnicería, ¿por qué no? O una tienda de comestibles. Siempre era bueno tener un padrino poderoso. Nada más llegar a Redenção, se puso en contacto con el gerente de Zé Rosaldo, aquel individuo grasiento y sudoroso.

—Vengo a saldar mis deudas —anunció Pernambuco.

—¿Ah é? —contestó el otro, alzando el ceño—. ¿Y cuánto nos vas a devolver?

—Veinte mil cruzeiros —contestó muy serio. El gerente se echó a reír.

—Me temo que Zé querrá más dinero.

—Es lo que tengo. Lo he vendido todo y es lo que me queda.

—Zé no es una monja de la caridad —dijo el gerente—. Zé es un hombre de negocios y no le gusta perder dinero. Es lo que menos le gusta del mundo.

—Lo entiendo... pero la invasión de los indios era imprevisible.

—A Zé no le importan esas cosas. Sólo quiere su *grana* (dinero).

—Se la devolveré... Hay otras maneras de ganar el dinero que uno debe...

—¿Ah é? —inquirió el otro—. ¿Cuáles?

—Estoy pensando en montar una tienda, un pequeño negocio...

—¿Con qué *grana*? —le interrumpió el gerente.

—Precisamente de eso quería hablar con Zé.

—Ya te veo venir. Pero quítate eso de la cabeza. Ya te he dicho que Zé ni es monjita de la caridad ni banquero.

«Mierda —pensó Pernambuco—. Mil veces mierda», se repitió para sus adentros, pensando en lo estúpido que había sido al no haberse marchado con el dinero que le había dejado Hitler. Estaba furioso consigo mismo por su ingenuidad. Había hecho lo que hubiera hecho Tarzán, pero había olvidado que él no podía permitirse ser generoso y caballero como un *garimpeiro* más. Sin Tarzán, él no era *garimpeiro*; no era nada, sólo un tipo con deudas. Pero ya era tarde para echarse atrás; había caído en su propia trampa.

—Estamos acostumbrados a que los *garimpeiros* salgan *blefados* —dijo el hombre en tono más conciliador—. Tener deudas no es pecado. El pecado es no querer pagarlas.

—En eso estamos de acuerdo.

—Tú reconoces que Zé te ha dejado mucho dinero, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces tenemos que llegar a un acuerdo... porque Zé necesita gente como tú... ¿Qué sabes hacer, en vez de cortar carne y de cerner en busca de oro?

Con aquella pregunta, el gerente empezó a tejer una invisible telaraña alrededor de Pernambuco, una telaraña de la cual le sería imposible escapar. Sólo cuando fueron a la taberna a beber unos tragos de *pinga* y cuando el gerente empezó a hablarle de las *fazendas* de Zé, de los numerosos *posseiros* que las invadían, de los enemigos —pura envidia, decía— que se la tenían jurada a su patrón, de cómo los terratenientes se estaban organizando para no permitir una reforma agraria propiciada por los «comunistas» que se habían hecho con el poder en Brasilia, Pernambuco supo que sus tiempos de hombre libre habían acabado. Había pasado de depender de la protección de Tarzán a la de un empresario terrateniente que se llamaba Zé Rosaldo y que

apenas conocía. Como en la Edad Media, su señor feudal le perdonaría sus deudas y le pagaría a cambio de su devoción y lealtad, es decir a cambio de sus servicios de pistolero, tan necesarios en esta nueva época de incertidumbre política. Ésa fue la proposición que le hizo el gerente antes de marcharse. Qué lejos le pareció de repente a Pernambuco su vida de *garimpeiro*, protegido de las desventuras y de los peligros del mundo por la sabiduría y la amistad del viejo Tarzán. Cómo sintió que no estuviera allí para poder marcharse con él al corazón de la selva y poder escapar así a las garras de su propio destino. Cómo le echó de menos en aquel garito de la polvorienta ciudad de Redenção, mientras apuraba botella tras botella de *pinga* hasta caer de bruces en el suelo, durmiendo un sueño de borracho del cual hubiera deseado no despertar nunca. Porque Pernambuco sabía que bajo la apariencia de la proposición se escondía una orden que más valía obedecer porque, de no hacerlo, la ley del más fuerte, la única que impera en la Amazonia, se abatiría despiadadamente sobre él.

Washington - Brasilia, abril a octubre de 1985

Mary Allegretti esperó el final de los funerales de Tancredo Neves para viajar a Washington. A pesar de que había fallecido antes de su toma de posesión, el gobierno del Presidente difunto había asumido el poder, lo que significó un paso fundamental en el proceso de liberalización política. Aunque el sucesor de Neves, José Sarney, era un hombre de la vieja guardia militar que carecía del carisma y del apoyo popular de su predecesor, reconoció que sin reformas políticas urgentes el país estaba abocado al caos.

Aquel viaje a los Estados Unidos le sirvió a Mary para estrechar lazos con los ecologistas norteamericanos, especialmente con Steve Schwartzman. A pesar de haber pasado bastante tiempo en la Amazonia reuniendo datos para su tesis, el norteamericano nunca había oído hablar de los caucheros, ni de que hubiera tantos. Tampoco sabía nada de la Batalla del Caucho, que había costado la vida a más de cincuenta mil *seringueiros* en un programa financiado y concebido por los Estados Unidos. Lo que Schwartzman, Bruce Rich y Barbara Bramble vislumbraron al escuchar a Mary y a Tony Gross fue la pieza que les faltaba para su estrategia: una gente que llevaba años protegiendo la selva porque era la única manera de protegerse ellos mismos del exterminio. Una gente por la cual había que luchar. Era un argumento más potente para la salvaguarda de las selvas tropicales que la suerte de pájaros y plantas. O incluso de los indios, miembros de culturas lejanas y anacrónicas. Pensaron que la posibilidad de aunar las dos iniciativas —la lucha de los *seringueiros* y la campaña contra los bancos— haría que ambas se fortaleciesen.

De ese modo, las distintas motivaciones de un puñado de americanos, de un inglés y una brasileña se unieron en una dirección común. El momento era oportuno, no sólo a causa del próximo encuentro de caucheros, sino porque una nueva amenaza se cernía en el horizonte: el Banco Interamericano de Desarrollo acababa de anunciar el asfaltado de la carretera entre Porto Velho y Rio Branco, capital de Acre. Un proyecto que, de no incluir medidas eficaces para proteger a los *seringueiros* y los indios, acabaría de una vez por todas con esas poblaciones «opuestas al progreso», como eran tildadas por los terratenientes de Brasil.

A partir del momento en que Mary Allegretti regresó de Washington, hizo correr la voz por toda la cuenca del Amazonas, a través del sindicato y de la Iglesia, de que iba a celebrarse un encuentro en Brasilia. La primera reacción de Alfredo Eustaquio en su chabola de los arrabales de Rio Branco fue acudir al sindicato a apuntarse. A sus 62 años estaba fatigado, lleno de dolores y sacudido por los espasmos de una tos seca y persistente, típica de los caucheros que habían

pasado demasiadas horas ahumando látex. Pero no estaba dispuesto a desaprovechar la única oportunidad que se presentaba en su vida de reivindicar sus derechos como soldado del caucho. Además, la reunión tenía una ventaja innegable: todos los gastos corrían por cuenta de los organizadores. Así que Alfredo Eustaquio cogió de una caja de zapatos unas hojas amarillas y arrugadas, su contrato de soldado del caucho que había sobrevivido milagrosamente a las humedades y las vicisitudes de tantos años en la selva, se lo metió en el bolsillo y salió de la choza, caminando despacio para no fatigarse.

Al mismo tiempo, en los lugares más recónditos de la selva, otros *seringueiros* se desplazaban en canoa y a pie hacia donde hubiera una oficina del sindicato o, en su defecto, un teléfono o una emisora de radio. Mary no podía dormir por la cantidad de llamadas que recibía durante el día y la noche. La mayoría eran soldados del caucho que salían de las tinieblas de la Historia para preguntar dónde, cómo y cuándo se celebraría el encuentro. La mujer estaba estupefacta. Después de cien años de olvido, empezaban a salir de entre las sombras.

Diez días antes del comienzo del encuentro, mientras estaba frenéticamente solucionando una serie de problemas imprevistos, recibió una llamada que despertó en ella un interés especial. No era de ningún cauchero, sino de un realizador de documentales llamado Adrian Cowell, que le había sido presentado en Washington por Steve Schwartzman. Hombre de visión, de grandes estrategias, para Adrian Cowell su oficio de cineasta no era más que un medio para llegar a sacudir la conciencia de los hombres sobre los daños irreversibles que infligían a la naturaleza y, de paso, a ellos mismos. Quería mostrar cómo la destrucción de la selva refleja la absurdidad del mundo «civilizado». Uno de los episodios de su serie *La década de la destrucción* había sido determinante a la hora de influenciar a los políticos de Washington, en particular a Robert Kasten, el senador conservador que luego no tuvo reparos en aliarse a la campaña de Bruce Rich contra Polonoroeste.

Mary Allegretti había sucumbido al magnetismo de aquel inglés alto, de barba canosa y bien arreglada, observador e introvertido, que desprendía una inconfundible autoridad y una sabia calma. Adrian, que estaba a medio camino en la realización de su serie, buscaba algo esperanzador en medio del holocausto, porque sabía que no bastaba con mostrar la destrucción para ganarse el interés del público. Necesitaba el lado positivo. El mismo Steve le habló de los *seringueiros* y le había aconsejado entrevistarse con la persona que mejor los conocía. A su paso por Brasilia unos meses antes, invitó a Mary Allegretti a almorzar y ella le había contado la encarnizada lucha de los caucheros y cómo estaban concibiendo la idea de crear reservas para la extracción y la recolección. El inglés había mostrado un gran interés porque aquello parecía una respuesta a todo lo que le había preocupado durante los últimos treinta años de su vida. También se había entusiasmado por los ojos verdes de Mary Allegretti, y por su vitalidad y encanto. Ambos compartían el mismo sentimiento de impotencia ante lo que estaba aconteciendo en la selva y ambos querían aportar alguna solución. Por lo demás, eran diferentes en todo. Ella nerviosa, impaciente y activa. Él era reflexivo, flemático, enigmático. Pero se enamoraron, y en los tres años que duró su relación, hicieron más por salvar la selva de la destrucción que muchas acciones grandilocuentes de organizaciones medioambientales, de gobiernos o de instituciones.

Ahora Adrián llamaba de nuevo por teléfono desde Rondonia, donde estaba filmando las grandes *queimadas* de la estación seca. Quería cerciorarse de que el encuentro iba a ocurrir. Mary le aseguró que acudiría una nutrida representación y que sería un acontecimiento único. Adrian le

anunció que llegaría a Brasilia con todo su equipo. Pero nada más colgar el auricular, Mary se dio cuenta de su despropósito. Faltaban diez días para la inauguración y todavía no tenía ni idea de cómo hacer llegar a toda la gente. Ninguna de las organizaciones que se comprometieron a colaborar había enviado todavía sus contribuciones, y había que pagar los autocares y la comida. Desesperada, llamó a su hermano, un hombre de negocios que lamentó no disponer de la suma necesaria. Llamó también a su exmarido, que le contestó lo mismo: «¡¿Cuarenta mil cruzeiros en una noche?! Lo siento, pero me es imposible». «Lo había organizado todo y no podía hacer venir a nadie —recordaría Mary Allegretti—. Estaba hundida e hice lo único que podía dadas las circunstancias: me eché a llorar».

Al no confirmarse la fecha del viaje, más de un *seringueiro* pensó que el encuentro no tendría lugar. Estaban acostumbrados a que planes grandiosos se desmoronasen antes de ver la luz. La historia misma de sus vidas les había hecho desarrollar una aguda conciencia del fracaso. Por eso eran fatalistas y desconfiados. Pero Mary Allegretti era lo opuesto. Luchaba siempre hasta el final, y en el camino aguantaba estoicamente golpes y percances. Su desesperada gestión ante la Comisión Nacional de Obispos Brasileños permitió salvar el encuentro. En el último momento aceptaron adelantar una suma a cuenta.

Antes del viaje, le dijeron a Alfredo Eustaquio y a los demás *seringueiros* que en el mundo había gente preocupada por Amazonia y que a Brasilia acudirían de lugares tan lejanos como Washington. Eso bastó para devolverles el entusiasmo de antaño, para que volviesen a sentirse partícipes de una misión histórica. Era el mismo sentimiento que habían experimentado al abandonar el sertón y al embarcarse en navíos abarrotados para luchar contra los nazis recolectando látex. Un sentimiento de plenitud alimentado por la seguridad de que su causa era justa.

El 8 de octubre de 1985 Alfredo Eustaquio embarcó junto a los demás en un autocar de la empresa Colibrí. Después de tanto tiempo pasado en su chabola, la compañía de *seringueiros* recién llegados del bosque le devolvió las ganas de vivir. Estaba con los suyos, y escuchando sus historias entraba de nuevo en contacto con la añorada selva: que si un rayo había partido una castañera, que si fulanita se había casado, que si mengano estaba amenazado... Algunos habían traído sus destartaladas guitarras, sus acordeones y sus violines y en los autocares pasaban las horas cantando himnos y baladas de los días gloriosos de la guerra del caucho: «*El origen de mi viaje / a esta santa tierra / es porque en el cuarenta y tres / el mundo estaba en guerra...*».

Atravesaron Rondonia por la BR-364, llena de baches y socavones. La alegría del principio dio paso a la angustia. En octubre finalizaba la estación seca y el aire estaba impregnado de la ceniza de los grandes incendios provocados por campesinos y terratenientes. Grandes llamaradas se alzaban al cielo y una niebla negra cubría los campos llenos de charcos y muñones de árboles. No muy lejos, por otra carretera recién abierta circulaba a toda prisa el *jeep* de Adrian Cowell repleto de material de filmación. Durante tres días y tres noches, Adrian y su cámara Vicente Ríos vivieron un auténtico infierno atravesando el túnel de humo y fuego en que se había convertido la carretera del valle de Guaporé. El espectacular recrudescimiento de la tala y los incendios en toda la Amazonia era la consecuencia del anuncio de reforma agraria del nuevo gobierno democrático. Al comprometerse a asentar medio millón de familias sobre doce millones de hectáreas, los rancheros —temerosos de perder sus privilegios y parte de las tierras de las cuales se habían

adueñado— se lanzaron a talar y quemar frenéticamente para reclamar sus derechos sobre la máxima superficie antes de que fuese redistribuida. Ante la inseguridad de una reforma agraria, se volcaron por la seguridad que proporcionaba la destrucción. Así de aberrante era el sistema.

Al sur de Rondonia, cuando ya no quedaba nada por quemar porque se había arrasado todo en la primera oleada de los años setenta, el paisaje fue cambiando. Ya no había humo, ni ceniza que se pegara a la ropa y picara en los ojos.

Durante horas y horas desfilaba un paisaje fantasmal de campos grises donde nada crecía y unas tierras abandonadas y abrasadas por un sol implacable. Era como una imagen del futuro para los *seringueiros* que contemplaban el paisaje desde la ventanilla de sus autocares. Sobrecogidos por la desolación del desierto, por las proporciones gigantescas de la devastación, no encontraban palabras para expresar lo que sentían. Ya no cantaban ni hacían chistes. Se hundían en una meditación melancólica. A orillas de la carretera, la imagen de viajeros sentados sobre sus maletas típicamente envueltas en un plástico cosido para evitar que el polvo contaminase el interior, era como un recordatorio del desarraigo al cual parecían estar condenados los pobres de Brasil. En los poblados que la caravana atravesaba, sobre los techos de zinc de las casuchas de madera se erguían multitud de antenas de televisión y cuando los autocares se detenían, niños harapientos se acercaban a las ventanillas para vender empanadillas, pastelitos de coco o croquetas de gallina a aquellos pasajeros del fin del mundo. Entonces, con la tripa llena, sentían renovadas ganas de cantar. Cerraban las cortinillas para protegerse del cálido resol y, sobre todo, para apartarse de aquel paisaje premonitorio.

Al dejar Amazonia, los autocares subieron a las tierras altas y secas de Mato Grosso. La carretera estaba ya asfaltada. Las lluvias cesaron y la brisa nocturna se hizo más fresca. Luego atravesaron el Planalto, la meseta barrida por el viento y el sol donde se encuentra Brasilia. Desde muy lejos divisaron las esbeltas siluetas de los edificios de acero y cristal del Congreso, símbolo del poder que se había obstinado en ignorarles durante más de un siglo.

La imagen de esos náufragos de la Historia, vestidos como hace tres décadas y deambulando por los alrededores del edificio futurista de la Facultad de Tecnología, no podía dejar de asombrar. De lejos parecían *favelados* (chabolistas) más que participantes en un congreso nacional, aunque al oírlos hablar, con su manera antigua y directa, y al observar sus suaves modales, se hacía imposible clasificarlos.

El primer día, uno de los organizadores pidió que se inaugurase el encuentro con un poema. Un *seringueiro* delgado y enjuto, de grandes ojos negros, alzó la mano. Nadie le conocía. Se llamaba Jaime da Silva Araújo y venía del interior del Estado de Amazonas; había oído hablar del encuentro en el último momento por boca de un misionero, y había aprovechado uno de los billetes de avión disponibles. Se dirigió a los asistentes y, con voz grave, pidió silencio. Sacó de su bolsillo un papel arrugado y recitó:

*Seringueira que estás en la selva,
Multiplicados sean tus días.
Venga a nosotros tu leche.
Sea hecho nuestro caucho
Así en la prensa como en la caja.*

*Para el sustento de nuestras familias
Dánoslo hoy, y todos los días.
Perdona nuestra ingratitud
Así como nosotros perdonamos las maldades del patrón.
Y ayúdanos a defendernos
De las garras del regatón.
Amén.*

Entre risas y aplausos, Jaime recordaría toda su vida con orgullo haber sido «el primer *seringueiro* que habló al Brasil». Los tecnócratas, políticos y profesores que Mary Allegretti había invitado estaban pasmados. «Era increíble —diría el rector—. Éramos lo que se dice “gente culta” y no sabíamos nada de ellos». Cuando vio a Jaime Araújo sacar su *faca de seringa* (puñalito que se usa para hacer incisiones en los heveas), el rector se dirigió a la audiencia, en la que había diputados, senadores y ministros. Confesó que había pasado toda su vida enseñando la historia del caucho y que nunca había visto una *faca* de cerca. «Me di cuenta de lo lejos que estamos de la realidad en las universidades —diría más tarde—, y he de confesar que me sentía un poco avergonzado».

Gracias a la fuerza de su personalidad, Jaime acabó siendo el maestro de ceremonias del encuentro. «En las horas de lluvia en la selva —contaba en sus entrevistas— se empiezan a oír voces como de mujeres que vienen de todas partes... Miras a tu alrededor y escuchas aquellas músicas, aquella sonoridad tan bonita que te embruja, y entonces te quedas allí quieto, sonriendo, y a partir de allí el sufrimiento del *seringueiro* se transforma en alegría. Y el *seringueiro* canta, baila, compone poesías sin saber que compone, lo hace de corazón y un día las recita en una boda, en un partido de fútbol, en una reunión religiosa, o en el encuentro aquí en Brasilia... Pero lo normal es que se pierdan, que los versos queden sepultados en el seno de la selva, sin que la gran civilización llegue a conocerlos...». Alfredo Eustaquio no podía escuchar esas palabras sin sentir una profunda nostalgia. ¡Cuánto hubiera dado por regresar a su *colocação*, por volver a sentir la emoción de un aguacero, el secreto placer del látex corriendo por las raspaduras de la corteza, el olor a jamón del caucho ahumado!

El tercer día apareció Chico Mendes. Por el visor de su cámara, Adrian Cowell fue testigo de cómo su personalidad se impuso a las numerosas reivindicaciones y al desorden reinante. Si Jaime era el poeta y Mary la organizadora, Chico Mendes fue el líder que supo aunar las diferencias políticas en una postura común, enfrentándose de paso a un sinfín de problemas. A su regreso de Estados Unidos, Mary Allegretti y Tony Gross le habían contado el interés de las organizaciones ecologistas en encontrar aliados a nivel local y cómo esa alianza constituía una esperanza real de fortificar el movimiento de los caucheros. Le explicaron que al resto del mundo no le importaba que un puñado de gente eliminase a sangre y fuego a unos individuos que eran considerados rémoras del pasado. Pero que se emocionaban cuando oían que la selva estaba desapareciendo, que miles de animales y millones de especies de plantas se estaban extinguiendo. Ésa era la realidad. Hasta en Brasil, y gracias a la democratización, se alzaban las primeras voces reclamando un cambio con respecto a la Amazonia. Chico Mendes, aunque al principio no entendía bien la relación profunda entre la injusticia social y la destrucción de la naturaleza, sabía que todo el movimiento necesitaba un nuevo enfoque para salir del estancamiento.

Primero urgía sacar a los *seringueiros* de su torpor, del sueño en que estaban todavía inmersos. Para ello, él y Mary Allegretti invitaron a Roberto Santos, prestigioso catedrático de economía de la Universidad de Belem, a que diera una conferencia sobre el mercado del caucho. Entonces los *seringueiros* se enteraron por primera vez de la existencia de las plantaciones asiáticas (¡que existían desde 1911!) cuyos precios competitivos habían precipitado el final del *boom* en Brasil... Roberto Santos les dijo que un kilo de caucho natural importado de Malasia al puerto de São Paulo salía más barato que un kilo de caucho amazónico por problemas de distribución y de calidad. También les dijo que el caucho amazónico tenía mercado sólo porque existía una política de protección por parte del gobierno, algo que muy pocos conocían. En otras palabras, les informó de que el mundo había cambiado, que ya no les necesitaban y que allí estaba el origen de su miseria. Fue una auténtica conmoción. Furiosos e indignados, los *seringueiros* interrumpieron a Santos con un fuerte abucheo y Osmarino Amancio, uno de los líderes radicales, le arrancó el micrófono de las manos. Perdido entre la multitud, un viejo soldado del caucho rompió a llorar porque se acababa de enterar de la existencia de la goma sintética. «Todavía en 1985 ellos tenían en su cabeza la idea de que trabajaban para la nación... —diría Mary Allegretti—, de que habían ayudado a conquistar la paz del mundo produciendo caucho para las fuerzas aliadas. Acariciaban la esperanza de que el país les reconocería algún día como héroes por haber salvado al mundo de la dominación nazi». Y ese catedrático había venido a echarles un jarro de agua helada. Era demasiado duro reconocer que el ideal al que habían entregado sus vidas había dejado de existir hacía tiempo. Ni siquiera Jaime el poeta pudo con ello. Se unió al potente abucheo que obligó a Roberto Santos a dejar el palenque.

Era difícil cambiar el centro de las reivindicaciones, pasar de un discurso exclusivamente volcado sobre los viejos conceptos de justicia social, derechos de los trabajadores y reforma agraria, a un discurso ecologista. Chico tuvo que enfrentarse a los sindicalistas puros y duros, a los más radicales que veían en la preocupación ecológica un pasatiempo para la clase media. Los mismos que habían saboteado la intromisión de Mary Allegretti en las escuelas tacharon de «burguesa» la propuesta de convertir a los *seringueiros* en defensores del medio ambiente. «¿Qué importan los motivos si juntos podemos ayudarnos?», preguntaba Chico Mendes, siempre pragmático.

Entonces, hacia el final del encuentro, se presentó Steve Schwartzman, el antropólogo aficionado al *rock*, con sus vaqueros raídos, su camiseta arrugada y su aire de eterno estudiante. «Me senté a su lado —recuerda Steve de Chico Mendes—. No era una presencia imponente, no era alguien que destacaba por su carisma. Era más bien un tipo majo y me pareció interesante que un líder popular fuese tan tímido y humilde. Necesité largas conversaciones con él y con otros caucheros para recomponer la historia de lo que había sucedido en Acre y para darme cuenta del increíble valor y coraje que Chico representaba. Y lo más notable es que disponía de una alternativa positiva: la idea de reservas “extractivas”. El nombre había surgido en una reunión, previa al encuentro, en la que se habían citado las reservas indias como ejemplo de lo que los *seringueiros* deberían reclamar para ellos mismos. “No somos indios, somos extractivistas”, objetó uno de ellos. De allí había salido el término.

»Un grupo de gente, la base misma, reclamaba un papel en los proyectos susceptibles de alterar su entorno y de modificar sus vidas y eso era exactamente lo que necesitábamos para continuar la campaña contra los bancos —contaría Steve—. El primer paso era decir: esta gente

existe, viven en la selva, Amazonia no es un vacío demográfico. Después teníamos que encontrar algo que pudiésemos hacer en común. Estaba el asunto de la carretera. El asfaltado estaba provocando una nueva escalada de los precios de la tierra y atrayendo una nube de especuladores dispuestos a arrasarlo todo. La mejor manera de preservar áreas para *seringueiros* e indios era justificando las reservas extractivas. Si el caucho estaba en decadencia, había que enfatizar nuevos usos, nuevos productos. Para ello, era necesario investigar».

Intentó explicarles la relación entre la lucha de los *seringueiros* contra los terratenientes y su propia lucha en Washington contra los bancos. Ambas enfrentaban un modelo de desarrollo impuesto desde arriba, que no tomaba en cuenta ni las poblaciones locales ni el irreversible daño ecológico. Los *seringueiros* no captaban los matices pero entendían lo básico, porque en los últimos años se habían afanado en buscar respuesta a una pregunta que no cesaban de hacerse: ¿Cómo se puede llamar desarrollo a lo que se basa en tanta destrucción?

Destrucción, entre otras cosas, del mayor dispensario de medicinas del mundo, como lo recordaron otros oradores. Después de la sorpresa de saber que se fabricaba caucho del petróleo y no de los árboles, escuchar la importancia de la selva para los hombres devolvió a los *seringueiros* la esperanza de que no la destruirían del todo. Se enteraron de que uno de cada cuatro medicamentos en las farmacias debe su existencia a sustancias obtenidas en los bosques tropicales, que 1.400 plantas selváticas contienen principios activos contra el cáncer. Se dijo que cuatro de cada cinco niños sobreviven a la leucemia gracias a los productos de quimioterapia vinblastina y vincristina extraídos de la pervinca rosada. Que hasta la aspirina y la píldora contienen sustancias de plantas tropicales, así como el relajante muscular que se usa en los quirófanos y que se saca de una planta amazónica, el *Chododendrum tomentosum*. Y no solamente había productos medicinales: en los desodorantes, la loción para después del afeitado, la barra de labios, el celofán, la dinamita, el barniz de muebles o de uñas, los discos, las raquetas de tenis, las revistas o las cartas se utiliza algún ingrediente que tiene su origen en la selva, como gomas, pegamentos, resinas, ceras, tintes, taninos, aceites esenciales, por nombrar sólo alguno de los más usuales. Quedaban muchos por investigar, explicaba Steve Schwartzman, muchos por explotar de una manera no destructiva para el medio ambiente. Por allí se podía vislumbrar un porvenir digno para los moradores del bosque, que no dependerían así de los caprichos de un solo producto como el caucho.

La alianza entre unos ecologistas que representaban en gran parte la comunidad científica y un puñado de *seringueiros* se fraguó a pesar de la oposición y la incompreensión de muchos. Lo que parecía algo inviable se hizo posible gracias a la flexibilidad y la inteligencia de Chico Mendes, y a la determinación del hombre que estaba siendo testigo privilegiado de tan insólita reunión. A Adrian Cowell le había sorprendido la rapidez con que el *seringueiro* entendía conceptos nuevos así como su manera de hablar, equiparando su amor innato por la selva con la ecología. Pensó que promover la figura de ese individuo barrigudo y tranquilo contribuiría a que el movimiento tuviese un mayor eco. «Así como las hormigas *Camponatus* defienden los árboles de los que se alimentan, así la supervivencia de la selva del Amazonas depende de las especies humanas que la defienden: los *seringueiros*, los pescadores de los ríos, los caboclos y los indios», escribió Adrian Cowell en su diario. Había entendido que promover la causa de los *seringueiros* podía ser un factor decisivo para frenar la devastación. «Lo que tienes allí —le dijo a Mary— es un movimiento social de defensa de la selva, algo único en el mundo. Allí donde vayáis, allí os

seguiré».

Alfredo Eustaquio regresó a Acre con una esperanza renovada. A un periodista de la televisión local que le preguntó si tenía deseos de volver a vivir en la selva, le contestó: «Tengo el mayor de los deseos, porque soy hijo del bosque como cualquiera de sus árboles, cualquiera de sus insectos, cualquiera de sus animales». Al final del encuentro había visto cómo el manifiesto de los caucheros^[82] que exigía al gobierno una sanidad eficaz, un sistema educativo y las pensiones e indemnizaciones adecuadas, era entregado al Presidente del Congreso que, a su vez, prometió remitirlo al Presidente Sarney. Ver el documento en manos de alguien tan importante le hizo creer que pronto se haría justicia con los soldados del caucho como él. Una pequeña pensión era todo lo que necesitaba para que algunos de sus hijos estudiaran y para sacar a su familia de la indigencia. Recobraría así su dignidad de padre de familia. Era una tenue luz en el camino, pero para alguien que lo había perdido todo, era más que suficiente para seguir adelante.

CUARTA PARTE

**LA ÓPERA SALVAJE
(1985-1990)**

El mes de julio marcaba el principio de las *queimadas* en la región de Xapurí. En el seringal Nazaré, propiedad de la compañía cárnica Bordón^[83], empezaba el ciclo anual de tala, y con ello el recrudecimiento de los conflictos con los caucheros que llevaban luchando más de diez años para evitar ser expulsados. Nazaré era también el lugar donde Mary Allegretti había fundado la primera escuela. Dos meses antes, en mayo de 1986, el propietario Geraldo Bordón había recibido permiso del Instituto Forestal para arrasar 690 hectáreas de selva. Los *seringueiros* sospecharon un caso más de corrupción administrativa (el permiso iba contra la ley forestal que prohíbe la tala de *castanheiras* y de áreas ricas en heveas como lo era aquel seringal) e inmediatamente organizaron una serie de *empates* —con Chico a la cabeza— en los que terminaron por disuadir a los peones de seguir talando.

Aunque ese año las mujeres y los niños empezaron a participar en los *empates*, Ilzamar Mendes permaneció en el seringal de su padre. Estaba embarazada por segunda vez. Había tenido que acostumbrarse a la vida solitaria de esposa de un *seringueiro* sindicalista, pero el 2 de agosto de 1986 le hubiera gustado tener a su marido cerca. Llevaba bastante tiempo aquejada de fiebres intermitentes y de hemorragias débiles pero constantes. Todavía faltaba un mes para el parto pero esa misma tarde, después de sentir unas fuertes contracciones, se había desmayado. Al caer la noche, los dolores se hicieron tan intolerables que sus hermanos tuvieron que transportarla hasta la pequeña ciudad de Brasileia. Chico estaba con Adrian en el seringal Nazaré, a sesenta kilómetros de distancia. El cineasta estaba filmando el episodio sobre los *seringueiros* para su serie «La década de destrucción». Ilzamar, atendida por una comadrona, tuvo un parto prematuro. Dio a luz dos mellizos y al día siguiente regresó al seringal, tan débil y delgada que parecía un milagro que se mantuviese en pie. A las pocas horas le aquejaron violentos dolores. Sus hermanos y su padre la tendieron en una hamaca y la llevaron otra vez hasta la ciudad. A pesar del estado en que se encontraba, en el hospital no la aceptaron: a los pacientes pobres los atendían en la enfermería de al lado. Allí, entre los que se desangraban de heridas provocadas con una motosierra, entre niños deshidratados por la disentería, entre olores a éter y orina y en medio de un calor pegajoso, le abrieron el vientre para descubrir el origen del mal. La comadrona había olvidado retirar la mitad de la placenta, lo que había provocado una infección y una hemorragia interna. Uno de sus hermanos, al verla tan escuálida y retorciéndose de dolor en un extremo de la enfermería, pensó que no sobreviviría.

En el seringal donde se encontraba con Adrian, Chico se enteró por la radio de que su mujer estaba al borde de la muerte. El *seringueiro* pensó en un accidente; pero cuando le dijeron que se trataba de un parto prematuro, le vinieron a la mente recuerdos de su madre. El destino de las *seringueiras* parecía repetirse con una sórdida monotonía, le comentó a Adrian mientras éste

conducía su *jeep* a tumba abierta por un camino de la selva; madres muertas de parto daban a luz a hijas que morirían de parto. El cauchero y el cineasta se conmocionaron al ver entre las moscas revoloteando por la enfermería a Ilzamar con aspecto cadavérico, rodeada de un grupo de pacientes, hombres en su mayoría. Le habían hecho tres raspados y uno de los mellizos había muerto. «Nos unía el más insólito de los vínculos», escribiría Adrian en su diario, refiriéndose a la muerte de su propio hijo, que había ocurrido unos meses antes en un accidente de piragüismo.

Mientras Ilzamar se debatía entre la vida y la muerte, y mientras Chico luchaba por no sumirse en la desesperación, Adrian tomó las riendas del asunto. Quizá para huir del espectro de otra tragedia tan cercana a la suya, o simplemente por pura humanidad, el caso es que el inglés alquiló un avión privado para transportar a Ilzamar al hospital de Rio Branco. Allí se ocupó de conseguir el mejor médico, se encargó de que estuviera perfectamente atendida, compró los medicamentos necesarios y no dejó de estar a su lado hasta saberla fuera de peligro. «Nunca podré pagar a Adriano lo que hizo conmigo», contaría Ilzamar años más tarde, al recordar aquel trance que casi le cuesta la vida.

Chico abandonó los asuntos del sindicato para dedicarse a salvar de una probable muerte a su otro hijo, al que bautizó con el nombre de Sandino, en honor al revolucionario nicaragüense. La hermana Zelia, que trabajaba en el hospital de Xapurí hacía dos años y que simpatizaba con personaje tan desprendido y afectuoso, le proveía con todo lo que tenía a su alcance: «Chico pasaba regularmente por la clínica para recoger medicinas que luego distribuía en los puestos sanitarios de la selva. Pero últimamente estaba volcado en su hijo Sandino y sólo hablaba de la tristeza que sentía por haber perdido al hermanito. Estaba muy atormentado. Me contó que tenía un sueño recurrente que le obsesionaba: pasaba sobre un puente muy frágil donde corría el riesgo de caerse y matarse. Lo que le intrigaba era que nunca conseguía atravesarlo, se despertaba siempre antes... Yo creo que ese puente era una metáfora de su propia vida: no lograba lo que quería».

Sin embargo, aquel año Chico Mendes no sólo consiguió que su hijo sobreviviera, sino también la primera victoria sobre los terratenientes. El desgaste de su vida personal era sólo una parte del precio que tenía que pagar por llevar adelante el movimiento contra viento y marea. Geraldo Bordón había denunciado los *empates* del seringal Nazaré y había conseguido que el juez mandase un destacamento de la policía militar para proteger a los taladores de la acción de los *seringueiros*. Pero los policías, desconcertados por la multitud cada vez más numerosa, ahora que participaban niños y mujeres en los *empates*, habían terminado por ceder a la presión de los caucheros. De manera que Bordón tuvo que desistir de talar. Como la supervivencia de su creciente rebaño le obligaba a crear cada vez más pastizales, decidió poner su *fazenda* en venta. Después de diez años de encarnizada lucha, después de haber arrasado casi todo el área (a un precio muy superior al que le hubiera costado sin la oposición de los caucheros), después de haber expulsado a centenares de familias y quemado decenas de *colocações*, el mayor terrateniente anunciaba su retirada. Unos meses más tarde vendió el rancho a varios compradores. Les deseó buena suerte en la continuación del trabajo pionero que había iniciado, les pasó la antorcha de la destrucción y se marchó para siempre. Para los *seringueiros* fue el primer signo de que su lucha podía doblegar a los poderosos. Para los propietarios sentaba un peligroso precedente que corría el riesgo de extenderse a otros rancheros, así como a potenciales compradores que podrían reconsiderar la idea de instalarse en Acre.

La victoria contra Bordón hizo pensar a Chico que tendría posibilidades de ganar las elecciones a diputado del Estado, aunque recientemente había perdido en las municipales. Ganar supondría el afianzamiento de su papel de líder y una buena dosis de estabilidad en su vida privada, dos cosas que necesitaba con urgencia. Durante la campaña, que consistía en presentarse allí donde hubiera fiestas o partidos de fútbol para luego dar un discurso, Adrian notó que, a pesar de que todo el mundo le apreciaba, muy pocos acudían a escucharle. En realidad, nadie pensaba que Chico triunfaría en política. Era demasiado honrado y demasiado pobre para cambiar algo en la viciada sociedad acreana, donde las elecciones se ganan comprando votos. «Dame 40.000 cruzeiros», le pidió una mujer durante la campaña, mientras la cámara invisible de Adrian grababa la escena. «Yo no puedo darte nada —le contestó Chico—. Sabes que a los candidatos nos está prohibido hacer regalos». Luego se le acercó un muchacho de unos diez años: «Por mil cruzeiros, te aseguro el voto de mi madre». El niño fue a reunirse con su madre, la misma que había pedido cuarenta mil.

Ante ese estado de cosas y dudando de su victoria, Adrian empezó a hablarle de sus motivaciones, de los medios para conseguir llegar a la meta final. Como Euclides en su juventud, Adrian le abrió los ojos al mundo más allá de Brasil, más allá del universo claustrofóbico de Acre, más allá del rígido corsé de las ideologías políticas.

En Washington, le dijo el inglés, los ecologistas estaban siguiendo la campaña contra los bancos. Junto a un número creciente de aliados estaban denunciando una larga lista de desastres como la presa de Ecuador (invadida de cieno), la de Togo (infestada del caracol que propaga la esquistosomiasis), el programa de pesticidas en Filipinas (que había hecho aumentar las enfermedades graves entre sus manipuladores), la presa del valle de Narmada en la India (que contemplaba desplazar a más de cien mil campesinos) y, sobre todo, el programa de carreteras del Plan de Integración Nacional de Brasil que había terminado por costar al Estado brasileño... ¡39.000 dólares por cada colono asentado! Ahora era urgente detener el caos y la violencia que el asfaltado de la BR-364 estaba provocando, algo que Chico había denunciado durante su campaña. En un bar de la pequeña ciudad fronteriza de Plácido Castro, Adrian y Mary le sugirieron llevar su lucha a los Estados Unidos. Dentro de pocos meses iba a celebrarse en Miami la reunión anual del Banco Interamericano de Desarrollo y allí podría hablar directamente con los ejecutivos del banco y quizá con algún congresista. Podría describir las consecuencias del asfaltado para las poblaciones locales y para la selva, el ciclo infernal de especulación y la espiral de destrucción que la perspectiva de una reforma agraria había desencadenado. Para Bruce Rich y Steve Schwartzman, que ahora trabajaban juntos en una organización llamada EDF (*Environmental Defense Fund*)^[84], Chico Mendes era el portavoz más idóneo de esos pobladores ignorados por los planes de desarrollo.

Pero aquel día, frente a una mesa llena de botellas de cerveza vacías, el *seringueiro* no se sentía en condiciones de asumir tal desafío. Su mente estaba volcada en Acre, en las elecciones que estaba seguro de ganar. Después desde el escaño de diputado, consideraría la idea de ampliar el campo de batalla hasta América del Norte.

Pero perdió, y con esa derrota sus esperanzas de obtener un sillón de parlamentario se desvanecieron para siempre. Obtuvo menos del 10% de los votos. Menos votos todavía que en las elecciones municipales del año anterior. Fue un auténtico descalabro. El día de las elecciones,

Mary Allegretti acababa de llegar de Curitiba donde, animada por Adrian y financiada por su viejo amigo de universidad, el siempre fiel Tony Gross, que le consiguió cinco mil dólares para empezar, había fundado el Instituto de Estudios Amazónicos (IEA), dedicado en un principio a complementar el esfuerzo de los *seringueiros* para establecer reservas extractivas. Ella se ocupaba de promover legislación, de documentar y de bregar con los burócratas de Brasilia. Por la tarde se encontró con Chico en una calle de Xapurí. De su seguridad y de su entusiasmo habituales no quedaba nada. Los sueños de ser alguien en la sociedad se habían roto estrepitosamente. No tenía porvenir, o por lo menos así lo pensaba. «Mis amigos, mi propia gente ha votado contra mí», le dijo a Mary, que nunca le había visto en tal estado. «Chico estaba a punto de llorar, y me asusté porque debía de ser horrible ver llorar a una persona como él», diría su amiga. Adrian no acertaba a entender cómo alguien tan popular y querido por su propia gente no ganaba nunca. «Para mí, para una brasileña, era normal; un *seringueiro* está acostumbrado a la derrota. Chico y yo no conseguíamos romper la barrera del fracaso».

Adrian, sin embargo, estaba decidido a luchar contra lo que parecía una fatalidad del destino: «¿Qué vas a hacer ahora?», le pregunto al *seringueiro* unos días más tarde. «Llega la temporada de las castañas de Brasil —contestó Chico con una tranquilidad pasmosa—. Me dedicaré a la recolección para ganar un poco de dinero». Su depresión también tenía que ver con la desastrosa situación financiera. La última posibilidad de conseguir un salario se había esfumado con su derrota en las urnas.

Entonces, para quitarle el sabor amargo del fracaso, Adrian pensó que era el momento oportuno de preparar el viaje a los Estados Unidos. Si Chico no conseguía hacerse escuchar en la sociedad brasileña ¿por qué no dirigirse a la opinión pública mundial? Desde Washington, el centro del poder mundial, podría llegar a influenciar los planes de ayuda internacional para los proyectos de desarrollo oficiales que abocaban a la destrucción de la selva.

Chico estaba demasiado decaído y desengañado como para entender que aquel viaje podría cambiarle la vida. Mary tampoco se lo podía imaginar en ese entonces. Sólo Adrian empezó a pensar en las consecuencias de que Chico asumiese una actividad internacional: ¿quién se ocuparía del trabajo de base, de la desagradecida tarea de montar escuelas, cooperativas, puestos sanitarios? Después de darle vueltas al asunto, llegaron a la conclusión de que las poderosas ramificaciones de llevar la lucha a un escenario internacional repercutirían favorablemente en el trabajo cotidiano. Chico también lo entendió así, y aceptó ir a Miami.

—Tienes que considerar que habrá mucha prensa —le dijeron—. Si mantienes una postura muy intransigente, la usaran contra ti. Dirán que has intentado frenar el progreso de Brasil, dirán que estás interfiriendo las relaciones soberanas de Brasil con las instituciones internacionales... Es un gran riesgo el que vas a asumir.

—Estamos en una guerra declarada contra los ganaderos —contestó Chico—. Para nosotros, las cosas no pueden empeorar; sólo mejorar.

Chico sabía de lo que hablaba. Recientemente había sido amenazado dos veces: primero por el gerente de la *fazenda* Bordón, después por unos desconocidos durante la campaña. No sólo indios y *seringueiros* se habían organizado y reunido en 1985 en Brasilia para defender su territorio. También lo habían hecho los terratenientes al cerrar filas alrededor de una organización cuyas

siglas sembraban el terror por toda la cuenca amazónica: UDR (Unión Democrática Ruralista). Inicialmente constituida por los dos mil propietarios de más de 93 millones de cabezas de ganado, la organización creció hasta contar con setenta mil miembros que ensalzaban la mitología del vaquero brasileño y del rancharo que llevaba la civilización a una tierra salvaje. Los miembros de la UDR veían la transición política y la perspectiva de una reforma agraria como una siniestra iniciativa socialista. Abogaban por el fin de los pequeños campesinos: «El tamaño de una propiedad sólo refleja el valor y la competencia de su productor», había dicho en una ocasión el presidente de la UDR, Ronaldo Caiado. Quizá esa frase hubiera sido válida en otro país y en otras circunstancias, pero en la Amazonia de los años ochenta, donde todos conocían los métodos fraudulentos con que se habían adquirido la mayoría de las fincas, eran palabras de auténtico cinismo. Además, las estadísticas oficiales arrojaban cifras claras: los pequeños campesinos en Brasil producen el 80% de todos los alimentos sobre el 12% de la tierra cultivable.

El recrudecimiento de atentados contra sindicalistas, abogados y activistas de la Iglesia fue aumentando en proporción al auge de la UDR. Esta organización se financiaba con subastas de ganado, cuyos fondos supuestamente servían para costear campañas de relaciones públicas y de *lobbying*^[85] contra la reforma agraria. Pero todo el mundo sabía en qué se empleaba ese dinero. El líder de la UDR en Goiás terminó por confesarlo públicamente en 1987: «Hemos comprado más de setenta mil armas con el dinero de las subastas, una para cada miembro de la UDR, una para cada uno de los hombres que haya tomado la decisión de no ser apartado de la historia de su país». Los terratenientes hacían saber así que llegarían hasta las últimas consecuencias con tal de no perder un ápice de sus privilegios. En Acre, todos sabían que Chico no escaparía a la onda expansiva de la violencia que se extendía con renovada saña por toda la Amazonia. Precisamente al exponerle a la prensa y hacer de él una figura reconocida, Mary y Adrian pensaron que sería más difícil eliminarle como a cualquier otro líder rural. Fue un argumento decisivo a la hora de preparar el viaje que haría del oscuro *seringueiro* una personalidad internacional.

Juntos, el heterogéneo grupo de hombres y mujeres que habían asistido al Encuentro de Seringueiros en Brasilia se puso a trabajar para salvar lo que pudieran de la selva y de sus moradores tradicionales. Era como una orquesta internacional, cuyos miembros estaban diseminados por el mundo pero trabajando en armonía. Adrian consiguió que su amigo Robert Lamb del *Television Trust for the Environment* (productora que financiaba parte de sus películas), y que al mismo tiempo era consultor del Programa Medioambiental de las Naciones Unidas (UNEP), visitase Xapurí. Lamb asistió a una reunión de más de dos centenares de *seringueiros* que parecían vivir felices en la selva y escuchó las explicaciones de Chico sobre las reservas extractivas. Estaban siendo concebidas como tierra de dominio público cuyo exclusivo usufructo sería de los *seringueiros*; un concepto revolucionario que Mary se encargaría de hacer valer en la capital. Lamb regresó a Londres fascinado y con la firme intención de llamar la atención de la UNEP sobre lo que había visto.

En los Estados Unidos, Steve Schwartzman no había perdido un momento desde el encuentro de Brasilia. Había publicado varios artículos sobre los desconocidos pobladores de las selvas. Cuando supo del proyectado viaje del *seringueiro* a Miami, decidió ir primero con Barbara Bramble a Xapurí. Era importante que Chico estudiase y asimilase bien los resultados de las investigaciones que se estaban llevando a cabo. Gracias a una beca de la *World Wildlife Fund* (Adena), Steve y Mary habían hecho un estudio comparativo del potencial económico de las reservas extractivas y la ganadería. Aparte de que una hectárea de tierra en Acre convertida en pasto para ganado, producía bastante menos que manteniéndola como selva para extraer caucho, nueces de Brasil y demás resinas y frutos, las reservas extractivas permitían una mejor redistribución de la riqueza, así como preservar el bosque. Chico se aprendió de memoria una densa maraña de cifras con el fin de demostrar en los Estados Unidos la viabilidad económica de las reservas, pieza fundamental para defender un nuevo modelo de desarrollo basado en la protección de la selva. Tuvo que repetir la lección como un estudiante antes de un examen. Y realmente de eso se trataba: Chico Mendes estaba a punto de presentarse a un examen decisivo para su vida, y para el futuro de los pueblos que representaba.

A medida que se acercaba la fecha del viaje, a Chico le costaba ocultar su nerviosismo. No era el hecho de que en su cabeza se mezclasen datos, fechas y explicaciones, ni de que el nuevo vicario de Xapurí no le gustase, ni de que su mujer apenas le hablase. Lo que más le preocupaba, cuando se paró a pensarlo, era que le faltaba algo imprescindible en el mundo fuera de la selva: una chaqueta. En una de sus habituales visitas al hospital y después de comentar el asunto con la hermana Zelia, la monja se acordó que acababan de recibir un pequeño cargamento de ropa usada de Italia. Fueron al convento y hurgaron en el montón de prendas hasta que encontraron una

chaqueta gris que, a pesar de tener las mangas un poco largas, se amoldaba a su prominente barriga.

El hombrecito de las selvas embarcó en un Boeing 747 con dirección a Miami. Esperanzado y desesperado a la vez, apenas si se había despedido de su mujer. Desde el nacimiento de Sandino, las relaciones fueron empeorando hasta el punto de casi ruptura. La falta de dinero y sus repetidas ausencias vaciaron la razón de ser del matrimonio. A esto se habían añadido las sospechas de que Ilzamar mantenía relaciones sentimentales con un enfermero de la clínica de Xapurí. Chico montó en cólera como nadie le creyera capaz. La tensión de los últimos meses, las constantes dificultades financieras, la muerte de uno de sus hijos, el fracaso en las urnas, y encima este drama familiar, eran tragos demasiado amargos para el combativo y fatigado *seringueiro*, cuya salud se resintió. La hermana Zelia le vio llegar un día en brazos de un funcionario de sanidad que le había recogido tras perder el conocimiento. «Estaba melancólico y le fallaba la memoria —recuerda la hermana Zelia—. El médico le diagnosticó problemas emocionales y le mantuvo tres días en cama». Amigos comunes consiguieron aplacar los ánimos y, poco a poco, reconciliar el matrimonio a base de aprovechar cualquier oportunidad —celebraciones, aniversarios, cumpleaños— para acercarlos. Pero seguía siendo una unión precaria, y Chico sabía que lo seguiría siendo mientras no pudiera ofrecer a los suyos una verdadera vida familiar. Ahora las sospechas de infidelidad las tenía Ilzamar, que pensaba que las repetidas ausencias de su marido se debían a que tenía una amante. Pero Chico Mendes estaba demasiado preocupado con el salto al vacío que le esperaba como para pensar en mujeres. El viaje había acaparado toda su atención. Al fin y al cabo se trataba de un *empate* que se preparaba a realizar en solitario contra los jerifaltes del capitalismo mundial.

Después de recogerle en el aeropuerto, Steve le condujo al espectacular hotel Intercontinental de Miami, una serie de grandes edificios donde, en su centro de convenciones, se celebraba el gran *show* de la banca, la reunión del BID (Banco Interamericano de Desarrollo). La ventaja de una reunión de ese tipo era que todos los interesados se encontraban presentes, desde banqueros públicos y privados hasta ministros de Finanzas de los países deudores y presidentes de los bancos centrales. Banderas de las naciones latinoamericanas, así como de los Estados Unidos y de algunos países europeos, ondeaban en la entrada. La vía de acceso estaba embotellada por limusinas de ocho y diez metros de largo y un impresionante servicio de seguridad tenía copados los accesos. A Chico no le dejaron entrar. Steve tuvo que ingeniárselas y gracias a sus contactos con la prensa pudo convencer a un periodista para que cediese su pase al brasileño. Una vez en el interior, se encontraron con Adrian y su cámara, y juntos fueron abriéndose paso entre el enjambre de los que mantenían negociaciones sobre las deudas de sus países y correteaban frenéticamente por los pasillos. Ese año era la primera vez que representantes de algunas organizaciones ecologistas habían sido autorizados a asistir. Se les identificaba con facilidad porque no llevaban corbata ni el pelo corto, ni vestían bien, y se movían afanosamente alrededor de la cámara de Adrian.

«La ganadería sólo ha servido para que exista mayor concentración de tierra en menos manos y para que se expulse a miles de caucheros. Tengo la esperanza de que los gobiernos de los pueblos que dan dinero al BID escuchen nuestra voz. De lo contrario, pronto no quedará selva», dijo Chico Mendes al representante japonés del Banco, que se le quedó mirando perplejo, como si

fuese un marciano. Steve, que hacía los oficios de traductor, intentó explicarle tres veces seguidas lo que era un cauchero. «No lo conseguí. Fue un ejercicio de total y mutua incompreensión». Para Chico, embajador de los *seringueiros* en el ancho mundo, los comienzos no pudieron ser más difíciles. Según Adrian, al final del primer día, en un cóctel de gala para dos mil personas, Chico daba la imagen de lo que era: un hombre de la selva perdido en una reunión de financieros.

Pero como no siempre hay alguien tan exótico en esas convenciones, el segundo día acabó por hacerse notar en varias delegaciones: la europea y, sobre todo, la norteamericana, la de mayor peso. «No estamos contra la carretera —empezó diciendo—. Queremos evitar lo que ha sucedido en Rondonia y para ello es necesario que los que vivimos en la Amazonia participemos en la planificación de la región». En su bien tramada argumentación para defender otro modelo de desarrollo, Steve aportaba los resultados de un estudio llevado a cabo con Mary Allegretti en el que demostraban que una familia de *seringueiros* libres disponía de una renta modesta pero constante, igual a la de una familia de colonos o de campesinos.

Además, el valor de la hectárea de selva dedicada a la extracción aumenta (son recursos renovables) mientras el valor de la hectárea de tierra colonizada, a causa de la erosión y la mala calidad del suelo, decrece rápidamente. Esto sin mencionar que la utilización extractiva de la selva no exige financiación estatal y preserva el entorno. Al director ejecutivo norteamericano del Banco le interesaron mucho esos argumentos y se comprometió a apoyar la idea de las reservas extractivas; de la misma manera reaccionó su colega del Banco Mundial. El primer paso estaba dado. Habían conseguido llamar la atención sobre una idea nueva cuyas implicaciones ponían en cuestión todos los planes de desarrollo regionales. Gracias a otro hombre dieron el paso definitivo, el que terminaría por cambiar las cosas. Cautivado por la claridad y coherencia del *seringueiro*, Jim Bond, asesor de Robert Kasten, sugirió mandar a Chico a la capital norteamericana para entrevistarse con el senador. Era la oportunidad de llevar su mensaje al aliado de los ecologistas en la campaña contra los bancos. El cauchero de las selvas iba por fin a hacerse escuchar en las más altas instancias del poder y el dinero.

Pero no todos los asistentes a la convención del BID compartían el mismo entusiasmo por aquel individuo rodeado de «verdes». El representante brasileño se puso inmediatamente en contacto con Brasilia para preguntar de dónde había salido ese aguafiestas que pedía al banco que cortara los fondos para el asfaltado de la carretera. «No sabemos nada de un tal Chico Mendes», le contestaron, a pesar de que junto a Mary habían visitado el Ministerio de Reforma Agraria para darse a conocer antes del viaje.

El 27 de marzo de 1987 volaron a Washington. Chico estaba satisfecho. Había comprobado cómo los oídos se aguzaban cuando hablaba de la destrucción de la selva y de modelos alternativos de desarrollo. Con su discurso anterior, basado en la lucha de explotados contra explotadores, en la necesidad de movilizarse, no conseguía ni la atención de sus propios *seringueiros*. Por primera vez había visto, al trasladar la lucha al foro ecologista, la posibilidad real de ganar.

Sin embargo, aun a miles de kilómetros de Brasil le perseguía la violenta realidad de su propio país. Esa misma mañana había recibido noticias de Mary. Jaime da Silva Araújo, el *seringueiro* poeta que había sido elegido presidente del Consejo Nacional de Seringueiros al término del Encuentro de Brasilia, se había salvado *in extremis* de un atentado y había tenido que esconderse en la selva^[86]. Mary también le dijo que en el Senado en Brasilia estaban furiosos por

el hecho de que un cauchero brasileño hubiese intervenido en los asuntos del gobierno con los bancos extranjeros. Si en la capital reaccionaban así, Chico prefirió no pensar cómo lo hacían en Acre.

Ese día Washington, bañado por un sol espléndido de primavera, merecía la reputación de ser una de las ciudades más bellas de los Estados Unidos. Sus habitantes no llevaban prendas de abrigo, pero Barbara Bramble fue previsora y llenó el destartado Toyota con cazadoras que habían pedido a sus amigos para que Chico no pasase frío con la chaqueta de la hermana Zelia. Al regresar del aeropuerto y antes de ir a casa de Steve donde se alojó, le mostraron la ciudad. Dieron una vuelta por los jardines públicos con sus estanques donde se reflejan los monumentos que simbolizan la historia de los Estados Unidos. Chico quiso visitar el mausoleo de Lincoln, interesado en esa figura histórica que había luchado contra la esclavitud. Pasaron por Pennsylvania Avenue, donde el presidente Reagan y sus asesores, en la Casa Blanca, preparaban la próxima cumbre con Gorbachov. En su casa de dos pisos del limpio y ordenado barrio de Mount Pleasant, la mujer de Steve les recibió con una fuente de arroz y frijoles porque le habían dicho que su huésped estaba harto de la comida norteamericana. El brasileño no entendía cómo la gente podía comer algo tan insulso como *pizza* o ensalada de col y sentirse satisfecha. Secretamente soñaba con un buen muslo de tapir en salsa de coco.

Barbara Bramble había preparado una maratónica sesión de entrevistas y aunque Chico no entendía bien quién era quién, salió airoso de todas ellas. Sin embargo, no consiguió que ningún corresponsal brasileño en Washington le prestase atención, un hecho que denunciaría hasta que en Brasil terminasen por reconocer las barbaridades cometidas en la Amazonia. El encuentro con el senador Kasten era lo único que turbaba su aparente tranquilidad. Sabía que era trascendente y eso le ponía nervioso. Le parecía estar viviendo un sueño: él, un revolucionario que hacía la guerra a los terratenientes ganaderos, se disponía a hablar con un senador conservador, representante de un Estado de ganaderos y terratenientes. Decididamente, el mundo había dado muchas vueltas desde las lecciones de Euclides Távora en su choza de la selva.

Junto con Steve y seguido de Adrian y su cámara, atravesaron el imponente atrio de la entrada del Senado decorado con un móvil gigantesco de Alexander Calder. Recorrieron los pasillos hasta llegar a un amplio despacho desde donde se divisa la cúpula blanca del Capitolio. A cada lado de una imponente mesa el senador y el cauchero se dieron la mano, sellando así la más insólita de las alianzas. Steve tradujo las explicaciones de Chico sobre sus temores ante el impacto del asfaltado de la BR-364 hasta Acre. Kasten le escuchó con suma atención. Recientemente el informativo semanal *60 minutes*, uno de los de mayor audiencia en los Estados Unidos, había emitido un reportaje sobre el desastre que había supuesto Polonoeste, algo que Kasten había luchado por evitar. Las predicciones de Robert Goodland, asesor para asuntos ambientales del Banco Mundial, se habían cumplido con escalofriante precisión. Con la tala efectuada por los colonos, el suelo, ya de por sí pobre, acabó totalmente estéril. Además, el gobierno brasileño había hecho caso omiso de las cláusulas de protección ecológicas a las cuales se había comprometido al aceptar el préstamo. Como resultado, casi una cuarta parte de la selva en Rondonia había sido destruida y tanto el Banco Mundial como el BID estaban a punto de reconocer su responsabilidad en el asunto. Por si fuera poco, un mes antes, el gobierno brasileño había tomado la decisión de suspender los pagos de los intereses de su deuda con los bancos comerciales, lo que había provocado un escándalo en los Estados Unidos y entre los demás acreedores.

Ahora Kasten, presidente del Comité de Apropiações del Senado, tenía ante sí a un brasileño que venía a pedir ayuda contra los abusos de su propio gobierno. La visita no podía llegar en mejor momento y el senador se lo hizo saber, asegurándole que su comité presionaría hasta cortar los fondos del Banco si el gobierno brasileño no se mostraba más solidario con las poblaciones afectadas por la construcción de la carretera. Kasten era hombre de palabra y unos días después mandó una carta de advertencia al presidente del BID: «No vamos a permitir que en Acre se repita la devastación de Rondonia».

En pocos días Chico Mendes hizo avanzar el movimiento de los *seringueiros* más que durante años de encarnizada lucha. A su regreso a Brasil tuvo que enfrentarse, como en ocasiones anteriores, a la tarea de informar a su gente sobre el significado del viaje. Les explicó que no sólo luchaban por los heveas y la Amazonia, sino que ahora... «¡Estamos luchando por la humanidad entera!», dijo entre risas a su tía Cecilia, sus primos y amigos del seringal Cachoeira donde fue a pasar unos días de descanso. No le habían visto tan contento en mucho tiempo, a pesar de que fue blanco de feroces ataques en la prensa, tal y como Adrian y Mary habían vaticinado.

Fue descrito como lo contrario de un héroe. «Chico Mendes, el hombre que no quiere el progreso de la Amazonia», tituló un periódico local. Fue tildado de falso líder, irresponsable, vendido. En la asamblea de Acre, uno de los abogados de Geraldo Bordón, el también ganadero João Tezza, le acusó de hacer el juego a los norteamericanos, «interesados en frenar el desarrollo de la Amazonia para acaparar todos los derechos de explotación mineral», una vieja paranoia de los militares. Chico Mendes se defendió: «En nuestras entrevistas en los Estados Unidos hemos subrayado que todos los acreanos queremos el progreso, pero teniendo en cuenta la participación colectiva de todos los sectores de la sociedad, incluidos los habitantes de la selva y de la ciudad». En Xapurí, el alcalde y los concejales, representantes de la elite local que más se vería afectada por un retraso del asfaltado de la carretera, le calumniaron públicamente. Otra vez recibió amenazas de muerte y otra vez tomó las precauciones necesarias, cambiando de itinerario, no avisando de sus desplazamientos, pasando mayor tiempo en el lugar donde se sentía más seguro, en el seringal con su mujer y sus hijos.

A seis mil kilómetros al sudeste de Xapurí, en la ciudad industrial de São José dos Campos, situada a una hora de autopista de São Paulo, otro joven brasileño luchaba a su manera por preservar la selva amazónica cuya franja ardía, en la estación seca de 1987, con más fuerza que nunca. El científico Alberto Setzer trabajaba en la sede del INPE (Instituto Brasileño de Investigación Espacial), un discreto edificio en un complejo de empresas de alta tecnología, sede de grandes multinacionales y fábricas de microelectrónica, aviación, biotecnología y armamento^[87]. Sentado frente a la pantalla de un analizador multispectral de imágenes, Setzer llevaba tres años poniendo en práctica una idea suya consistente en identificar los grandes incendios de la Amazonia a través de los sensores electrónicos del satélite meteorológico norteamericano NOAA-9.

Un día de principios de julio de 1987, Setzer pensó que había habido un error en la transmisión de datos. Vio miles y miles de puntitos blancos, cada uno representando un incendio. El día después la imagen era prácticamente la misma, y durante los tres meses siguientes fue cambiando imperceptible pero constantemente hasta que los puntitos blancos se convirtieron en

manchas blancas. El récord ocurrió cuando el NOAA-9 volvió a pasar sobre Amazonia el 9 de septiembre de 1987: ese día Setzer contó 7.603 incendios. En su laboratorio, nunca había visto nada parecido: era el récord de una sola jornada. En el gráfico que Setzer creó sobreponiendo imágenes de toda la estación seca, descubrió que a lo largo de la BR-364 la zona aparecía en blanco, mostrando trechos inmensos quemados, sobre todo en la parte oeste hacia Acre, donde los colonos seguían las obras del asfaltado. Los fuegos se concentraban alrededor del eje de la carretera y luego se metían en la selva; la imagen resultante se asemejaba a las espinas de un pez. Setzer calculó que se estaban provocando unos 200.000 incendios en la Amazonia durante ese verano, pero lo más grave fue descubrir que el área incendiada se había duplicado desde 1985. En 1987, año récord, 80.000 km² (dos veces Suiza) estaban ardiendo. Las imágenes del NOAA-9 mostraban que la Amazonia iba desapareciendo dos veces más rápidamente que lo previsto en estudios anteriores. (En el estudio más fiable realizado hasta la fecha, el científico norteamericano Philip Fearnside calculó que la tala total en la Amazonia hasta agosto de 1989 había sido de 396.688 km², un área mayor que Alemania entera)^[88].

Alarmado e indignado («Esto es un crimen contra nuestro planeta y un crimen contra los recursos de Brasil», diría más tarde), Setzer mostró su informe a un congresista de São Paulo llamado Fabio Feldman, uno de los primeros políticos brasileños en hacer carrera con el ecologismo: «Cuando vi la documentación, cuando me di cuenta de que una porción de tierra grande como el Estado de São Paulo había desaparecido en humo y cenizas, pensé que era una equivocación».

Pero no lo era. Fabio Feldman presentó el informe en el Congreso de los Diputados, alegando que los terratenientes, temerosos de la nueva Constitución, estaban quemando la selva frenéticamente. La élite ganadera y agrícola reaccionó negando la veracidad de los datos. Según ellos, Setzer estaba siendo utilizado por los comunistas brasileños, o por los capitalistas norteamericanos, daba igual; pero aquella evidencia tenía que estar trucada. Uno de ellos aseguró que las fotos del NOAA-9 eran falsas y que lo probaría. No alcanzó su propósito, pero sí consiguió que recortasen el presupuesto del Instituto de Investigación Espacial donde trabajaba Setzer, obligándole a anular varios proyectos importantes.

No obstante, Setzer y sus colegas continuaron con las investigaciones. Calcularon que los incendios de 1987 habían lanzado a la atmósfera más de 500 millones de toneladas de carbono, 44 millones de toneladas de monóxido de carbono, casi 5 millones de toneladas de metano, 2,5 millones de toneladas de ozono, más de 1 millón de toneladas de óxidos y otras sustancias «susceptibles de circular globalmente y de influenciar la radiación y el clima». Los científicos tenían por fin la prueba que necesitaban para atraer la atención del mundo. Los incendios de la Amazonia ya no eran un problema nacional; pasaban a ser un problema general. Según Setzer, era como un volcán que entrase en erupción todos los años y que contribuiría con una décima parte del CO₂ emitido por el hombre, «aumentando así el recalentamiento de la tierra a través del efecto invernadero».

No sólo se trataba de la mayor extinción de especies vivas del planeta desde finales del Cretáceo. La destrucción de la Amazonia cargaba la atmósfera de sustancias nocivas que amenazaban la salud de toda la Tierra, uniéndose así a la legión de países industrializados, Estados Unidos a la cabeza, que consumen dos tercios de los recursos del planeta para mantener el estilo de vida de una población globalmente minoritaria. No dejaba de ser paradójico que la

Amazonia, una de las zonas menos industrializadas del mundo, emitiese más sustancias contaminantes que Francia y España juntas. Pronto saldría a la luz otra consecuencia de la deforestación, que algunos científicos venían prediciendo desde hacía varios años, al observar una disminución del 20% de las lluvias en las zonas de mayor tala: el cambio de clima, con repercusiones irreversibles a escala mundial. No porque la selva amazónica fuese el pulmón del planeta, un gigantesco agente purificador de la atmósfera como los ecologistas de los años setenta hicieron falsamente creer, sino porque se trata de un regulador esencial de la humedad. Teniendo en cuenta que tres cuartas partes de la lluvia que cae en la selva se evapora antes de llegar al suelo, es fácil entender que, al talar, la evaporación se reduce y por tanto disminuyen las precipitaciones. Traduciendo esto a escala de la cuenca del Amazonas, cuya selva recicla el mayor volumen de agua dulce del planeta, alimentado por los 6.720 km del río Amazonas que vacía en el océano un quinto de todo el volumen descargado por los demás ríos del mundo, es decir la misma cantidad en un día que el Támesis en todo un año, es fácil hacerse una idea de la magnitud del problema. Con sus 10.000 afluentes, que alineados medirían 80.000 km (dos veces la vuelta a la Tierra por el Ecuador), las ramificaciones del río Amazonas, a través de su poder sobre el clima, llegan a todos los seres vivos del planeta. Para los científicos que compartían esos descubrimientos, no dejaba de ser desconcertante que a finales del siglo XX se conociesen mejor ciertas partes de la superficie de la luna que de la selva. El problema, según apuntó un conocido botánico americano, es que la luna seguirá, imperturbable, durante millones de años mientras las selvas tropicales, durante los años finiseculares, estaban desapareciendo a la velocidad de veinte hectáreas por minuto.

Ante la presión de los terratenientes que contrataban pistoleros de otros lugares de Brasil para hacer reinar el terror, Adrian Cowell llamó a su colega Robert Lamb para proponer al *seringueiro* como candidato al premio Global 500 de las Naciones Unidas. Lamb, que desde su visita a Xapurí estaba deseando hacer algo por los habitantes de la selva, no sólo aceptó la proposición sino que sugirió a Adrian que escribiese una carta para nominarle también al premio de la *Better World Society* (Sociedad para un Mundo Mejor), una organización dedicada a promover en televisión información sobre los problemas globales del medio ambiente y que había sido creada por el magnate americano Ted Turner, dueño de la cadena CNN (*Cable News Network*).

Chico Mendes obtuvo el Global 500 «en reconocimiento por su éxito en la protección y la mejora del medio ambiente». Al catapultarle en una lista que incluía personalidades tan distinguidas como Jacques Cousteau, obtenía la credibilidad necesaria para tener un mejor acceso a los círculos de poder. Los *seringueiros* no entendían muy bien todo este vaivén internacional, teniendo en cuenta que en Brasil se seguía ignorando la figura de Chico. De hecho, el gobierno rechazó la solicitud de la ONU de mandarle a Nairobi a recibir su premio. Entonces Adrian organizó una pequeña ceremonia en Londres. En julio de 1987, mientras Alberto Setzer contaba incendios en su analizador multiespectral, Chico viajó por segunda vez al extranjero, y esta vez volvió con un diploma y cinco millones de cruzados que la organización benéfica británica *Christian Aid* le entregó para organizar una cooperativa en Xapurí. Entonces fue cuando los *seringueiros* empezaron a ver los frutos de la «conexión americana» de su líder.

La reacción del poder local no tardó en hacerse esperar: una noche de agosto, en la sede del sindicato, Chico y sus compañeros despertaron sobresaltados por el ruido que alguien hizo al resbalar sobre una tabla del tejado. Al salir precipitadamente, uno de los *seringueiros* alcanzó a ver a un hombre huyendo con un arma en la mano. El barullo despertó a los vecinos. El Padre Gilson Pescador, nuevo vicario de Xapurí, que dormía a pocos metros de allí, se indignó de que hubieran violado el recinto de la iglesia con tanta osadía y descaro. Aquel incidente le abrió los ojos sobre el significado de las actividades de Chico Mendes en la región. Hasta entonces, fiel a las recomendaciones de sus superiores, se había mantenido al margen de los acontecimientos.

Este joven vicario, barbudo y arrogante, había llegado a Xapurí el 1 de agosto de 1986. Al saber que se trataba de un primo del obispo Don Moacyr, en el sindicato se alegraron. Pero fue una alegría breve, porque el nuevo cura no parecía interesarse por las actividades del sindicato y menos aún por comprender la marejada que rugía en el océano verde de los alrededores de la ciudad. Apenas si había saludado a Chico, que llegó a pensar que se trataba de un policía federal disfrazado de religioso.

Hacía tiempo que el sindicato carecía del apoyo de la parroquia local. Destro y Claudio se habían marchado en 1983. Después había pasado por allí Luciano, «un buen Padre» como todos le recordaban, pero no un luchador. Chico sospechaba que la orden estaba sometida a presiones de la jerarquía eclesiástica para enviar a Xapurí curas menos comprometidos con la causa de los pobres. Al fin y al cabo, el Vaticano se había distanciado del Concilio Vaticano II y estaba sancionando a los impulsores de la Teología de la Liberación.

Tras la marcha de Luciano, la vicaría quedó desatendida durante largo tiempo. La Orden tenía dificultades para encontrar un sustituto con ganas de vivir en ese polvorín en los márgenes del mundo. Ciertamente Xapurí era un lugar difícil para los enviados de la Iglesia. Les daba la vuelta, les sacudía, les cambiaba. Hasta el Padre Claudio, un italiano místico e intelectual, había acabado en brazos de una mujer y el conflicto que le desgarró le hizo enfermar. Empezó a sufrir crisis de epilepsia, a veces en seringales remotos. Al verle retorcerse en el suelo, víctima de temblores, los ojos en blanco y babeando espumilla, los *seringueiros*, en lugar de socorrerle, corrían a esconderse, convencidos de que el demonio se había apoderado de su cuerpo y alma. Finalmente Claudio tuvo que regresar a Italia, desde donde mandaba noticias esporádicas. Echaba de menos la selva y no se había casado. El que terminó por casarse fue el Padre Destro, que vivía en São Paulo con Çida, la mujer con la que había tenido un hijo. «El conflicto entre mi vida religiosa, que me gustaba, y mi vida sentimental se hizo insostenible. Después de veinticinco años de misionero, llegó un momento en que tuve que abandonar». Ahora trabajaba de vendedor en una empresa y vivía en una casita acogedora del barrio de São Caetano. Todos los días cogía el metro para ir al trabajo. Se había convertido en una criatura urbana, pero añoraba «la libertad de andar por la selva con los *seringueiros*».

* * * *

Después de siete años de seminario, un año de noviciado, siete años de estudios de filosofía y teología en Rio de Janeiro, Gilson Pescador había seguido los pasos de su primo Don Moacyr Grechi en la orden de los Siervos de Maria, unos pasos que a principios de 1986 le habían llevado a ocuparse de la catedral de Rio Branco antes de asumir el vicariato en Xapurí. Gilson era un hombre grandullón, de nariz aguileña, ojos castaños y mirada intensa; su persona rezumaba una increíble energía vital. Era una mezcla de hombre de acción y de intelectual, de religioso y de organizador. Su vocación por los pobres le había llevado a trabajar en las *favelas* de Rio de Janeiro, donde en 1984 vivían apiñadas 3.600.000 personas. Instalado en la parroquia de los Dolores en el corazón de Rio, se había iniciado en la Teología de la Liberación gracias a Clodovis Boff^[89] con quien subió por primera vez a la *favela* 117. «Viví el momento de mayor angustia de mi vida —confesaría Gilson Pescador—. Habíamos subido después de un chaparrón a desalojar chabolas amenazadas por corrimientos de tierra. Entramos en una de ellas que estaba al borde del precipicio. Había un hombre y una mujer sumidos en la miseria más absoluta, que nos sonrieron como si nada. Entonces vi, sobre un colchón podrido, a un niño parapléjico. Todos estaban preparados para morir en aquella casa colgada de una roca. En aquel momento me rebelé

contra Dios: ¿Por qué permites esto? ¡Si Tú existes, resuelve este problema!». Le dije: «No es posible que una familia pobre y miserable tenga que sufrir tanto». Desde las alturas de la *favela*, el Corcovado, la estatua de Jesucristo con los brazos abiertos, símbolo de una nación unificada sin distinción de credo, raza o clase, le pareció más fuera de lugar que nunca. Al mirar hacia abajo, el joven seminarista vio la fila de edificios lujosos al borde de la playa, rodeando la magnífica bahía de Rio de Janeiro. «La culpa no la tiene Dios, sino los hombres —pensó entonces—. El sufrimiento y la dificultad vienen de esa inmensa desigualdad que abarcaba la vista desde la altura de la *favela*. Las razones de tanta miseria había que buscarlas en la estructura social».

Durante los cinco años siguientes animó a los chabolistas a reunirse en comunidades de base y trabajó con asistentes sociales para formar monitores. Fundó dispensarios, guarderías, capillas y escuelas, y todavía hoy los habitantes de la favela 117 recuerdan la época del Padre Gilson con especial emoción. Pero los acontecimientos de la lejana Amazonia le empujaron a vivir su sueño de niño, el de convertirse en misionero. Gilson siempre hizo saber a sus superiores que estaba dispuesto a trabajar con los pobres de Acre, con los *seringueiros*, los indios y los leprosos que había visto durante un viaje realizado dos años antes. Ahora que la pequeña ciudad de Xapurí estaba sin vicario porque el Padre Luciano había tenido que marcharse para ocuparse de sus viejos progenitores, le preguntaron si quería encargarse de la parroquia. Antes de aceptar, se entrevistó con su primo el obispo. Don Moacyr le reiteró la propuesta. Era una zona conflictiva que requería una persona que se entendiese con todos los sectores de la sociedad. Xapurí necesitaba tranquilidad. No se trataba de modificar el compromiso de la Iglesia, sino de no exacerbar los ánimos y continuar con la labor de evangelización que los *seringueiros* tanto necesitaban. También había que estar atento al trabajo de un líder local llamado Chico Mendes, un trabajo que amenazaba la estabilidad de toda la zona. Gilson recordaba haberlo conocido, cuando pasó una noche en la vicaría de Xapurí dos años antes. Le había dado la impresión de ser un maestro de escuela más que un líder popular.

Aunque el don de conciliador no era una de sus cualidades, Gilson acabó por aceptar esa vicaría que nadie quería. Después de haber recorrido las selvas de Acre, llegó a la conclusión de que la pobreza en el campo es más soportable que la miseria de las ciudades, donde el contraste con la riqueza, la promiscuidad y el desarraigo provocan desolación y desesperanza. En la selva, pensaba Gilson, siempre hay una fruta para recoger o un animal para cazar. Por eso no conseguía compadecerse de los *seringueiros* ni entendía el significado de la lucha que el sindicato había emprendido quince años atrás. Empujado por su insaciable curiosidad, dedicó los tres primeros meses de su estancia en Xapurí a tomarle el pulso a la situación. Observó que las comunidades de base carecían de vigor y que buen número de ellas estaban en proceso de disolución. Se podía achacar a la falta de interés de su predecesor el Padre Luciano, pero lo que más contribuía a la apatía general era el terror que los terratenientes imponían a la población. «Sabía que el corazón de la teología de la Liberación es la comunidad de base —diría Gilson más tarde—. Había que organizar en comunidades ese pueblo disperso. A la luz del Evangelio, a la luz de la teología, a la luz de la fe, era preciso que todos intentasen comprender su realidad y las causas de la opresión que padecían». Sabía toda la teoría; sólo le faltaba ponerla en práctica. Y lo hizo con la energía que sólo una fe intensa puede generar en un pastor visionario. Fiel a su nombre evangélico, pescaría en las aguas turbulentas de la región un equipo de monitores, cuadros y líderes para reagrupar su diseminado rebaño.

* * * *

De nuevo Chico Mendes saltó a la escena internacional al recibir el premio de la *Better World Society*. En un principio no quiso acudir a recogerlo por temor a las consecuencias. No deseaba la repetición de la campaña de prensa de la cual había sido víctima al regreso de su primer viaje. Pero Mary le aconsejó ir, acompañado de un periodista brasileño, alguien que sería testigo de su éxito, alguien que pudiera contar en Acre lo que estaba ocurriendo en los Estados Unidos.

A Chico no le impresionó mucho Nueva York, excepto la grifería del cuarto de baño de su *suite* del hotel Waldorf Astoria, que tardó veinte minutos en dominar, aun contando con la ayuda de Steve Schwartzman, que le acompañaba y le servía de intérprete. El menú era también impresionante, pero por otras razones: Chico calculó que con lo que costaba el desayuno, una familia de caucheros podía vivir cuatro meses en la selva. Y es que su mente estaba en la zona de Acre. Antes de salir había oído rumores de que la UDR se estaba organizando en Rio Branco, capitaneada por el abogado y terrateniente João Branco, un cuarentón carismático y buen orador. Corría el rumor de que atacarían contra Ilzamar o contra sus hijos. Quizá por eso, cuando Barbara Bramble le preguntó cómo se sentía en su lujosa *suite* con vistas al bosque de edificios del centro de Manhattan, contestó que echaba de menos a su familia y que le gustaría regresar lo antes posible.

La entrega de premios fue una ceremonia de gala en los espléndidos salones del hotel y retransmitida en directo por la cadena CNN. Le fue entregada una medalla por su «valor en defender la Amazonia brasileña de la tala y el desarrollo comercial no recuperable». Chico dio un discurso enérgico, agradeciendo al público de *smoking* y traje largo, entre los que se encontraban el Aga Khan, Ted Turner, la cantante Roberta Flack y el actor Marvin Hamlick, el reconocimiento que le brindaban. Un año más tarde declararí a un periodista brasileño: «Como buen *seringueiro*, como hombre de la selva, descubrí una cosa. En la lucha por salvar la Amazonia, el gran desafío era conquistar los corazones de la metrópoli, enfrentarse al enemigo en su propio terreno. Porque, curiosamente, en la patria de los grandes capitalistas se respira mucha libertad. Nueva York y Londres son centros llenos de gente sensible, preocupados por la defensa de la vida, de la selva. Nosotros, los miembros del Sindicato de los Trabajadores Rurales de Xapurí, somos conscientes de que hay que conquistar los corazones en la patria del Tío Sam».

Y es lo que consiguió a lo largo de 1987, año en que hizo la transición de oscuro sindicalista rural a baluarte internacional de la defensa ecológica. A su regreso de Nueva York, hizo escala en Washington con su medalla en el bolsillo. El periodista brasileño fue testigo del caluroso recibimiento que le dispensó el comité de medio ambiente del BID, que estaba considerando la suspensión de los fondos para la carretera, a raíz de la carta del senador Kasten. Entonces ocurrió algo que sería de gran importancia en el futuro. La sección principal del *New York Times*, uno de los diarios más influyentes del mundo, publicó un artículo describiendo las amenazas de muerte que Chico había recibido recientemente a raíz de su lucha por implantar un modelo racional de explotación de la selva conocido como reservas extractivas. El BID y el Banco Mundial, que celebraba en aquellas fechas su reunión anual, anunciaron que las reservas serían incluidas en los futuros créditos a la región amazónica, lo que supuso el aval más importante que Chico hubiese

recibido jamás. Pero el artículo conseguiría algo todavía más difícil: que en Brasil empezasen a fijarse en él y considerasen seriamente la propuesta de los *seringueiros*.

* * * *

«Las cosas empezaron a cambiar —diría Mary Allegretti—. Un *seringueiro* reconocido y condecorado... ¡eso pesa!». En Rio de Janeiro, donde Chico permaneció unos días a su regreso, fue invitado a dar una conferencia en la Universidad Católica a la cual asistieron unas treinta personas, desde el diputado del Partido Verde Carlos Minc y el influyente periodista de la *Folha de São Paulo* Fernando Gabeira, hasta profesores de Universidad y políticos de la Asamblea de Rio. Aquel grupo se encargaría de promoverle en el país y de ese núcleo acabaría surgiendo una conciencia ecológica en todo Brasil. «La gente de Rio», como los llamaba el *seringueiro*, representarían su gran esperanza. Porque el panorama en Xapurí no podía ser más desolador. Nada más regresar, y como prueba de que nadie es profeta en su tierra, el alcalde le dio la bienvenida en la radio: «No es una medalla —dijo del premio que acababa de recibir—. Es un cascabel alrededor del cuello de un burro». Otros le trataron de agente de la CIA, de antibrasileño, antiprogreso, etc. Pero los suyos le dieron la más calurosa de las bienvenidas.

Chico se sentía feliz porque había recibido una donación de la fundación Gaïa y otra de la fundación Ashoka, lo que le permitía hacer realidad su sueño de alquilar una casa en Xapurí y vivir por fin con su mujer y sus hijos bajo un techo propio. Cuando unos meses después el dueño quiso recuperar la casa para venderla, Mary, Adrian y Steve reunieron mil dólares y se la compraron como regalo de Navidad. Estaba situada en la calle Batista de Moraes cerca de la de su hermano Zuza, frente a la comisaría de policía. Era una modesta construcción de planchas de madera de palma sobre pilotes que Ilzamar pintó de azul claro. Los tabiques eran simples paneles de madera a media altura. Había una cocina rudimentaria cuya puerta daba a un jardín donde se encontraba la ducha y el servicio. Al fondo, los árboles tapaban la vista del río. En una gran ciudad, hubiera sido la envidia de la *favela*. En Xapurí, era una vivienda normal. Para Ilzamar Mendes constituía su sueño más deseado, un remanso de paz y seguridad en medio de la *luta* que también a ella le había tocado vivir. Para Chico Mendes era el refugio que le permitiría disfrutar del reposo del guerrero.

No por mucho tiempo, porque las fuerzas que había desencadenado durante sus viajes seguían un imparable rumbo y nadie hubiera podido detenerlas. El ministro del MIRAD (Ministerio de la Reforma Agraria), que recibió a Chico y a Mary antes de su viaje a Miami, firmó una serie de autorizaciones para constituir reservas extractivas en áreas expropiadas. Como la mayor parte del territorio de Acre tenía escrituras de dudoso valor legal, el potencial de expropiaciones masivas era ahora algo más que un sueño de cauchero iluminado. Los poderosos no tardaron en reaccionar. Dos semanas después de entrar en vigor las nuevas leyes, el ministro responsable perdió la vida en un sospechoso accidente de avión cuando sobrevolaba la Amazonia oriental.

En el frente de los Estados Unidos, después de varias audiencias en las que Steve

Schwartzman y Barbara Bramble recomendaron suprimir la contribución norteamericana al BID ante la falta de respuesta de las autoridades brasileñas, el Comité de Apropiações del Senado, presidido por Robert Kasten, congeló la entrega de doscientos millones de dólares en diciembre de 1987. Unas semanas después, el BID suspendió a su vez los pagos al gobierno de Brasil para el programa de Acre. Se detuvieron los trabajos de asfaltado de la carretera. Chico Mendes, el hombre que no había ganado ninguna elección en su tierra, llegó a hacer valer la causa de los caucheros. El que era considerado demasiado honrado para sobrevivir en la maraña de la política local había sabido agrupar a su alrededor fuerzas tan dispares como el Partido de los Trabajadores, el sindicato, la Iglesia, las organizaciones ecologistas, un congresista norteamericano y ahora los grandes bancos internacionales. Los terratenientes empezaron a verle con otros ojos. Ya no era una piedra en el zapato. Se había convertido en una verdadera amenaza, un auténtico peligro. Con la suspensión del asfaltado, los precios de la tierra se estancaron, y luego empezaron a bajar. Creció la fama de Acre como lugar arriesgado para grandes inversiones y problemático para la colonización. Algunos colonos y terratenientes empezaron a vender, siguiendo el ejemplo de Geraldo Bordón.

Una sola voz se alzó para defender a Chico de la lluvia de críticas que le cayó encima. Era la voz que se levantaba cuando se trataba de defender a los más desfavorecidos, a los perseguidos, a los que no tenían voz. El obispo Moacyr Grechi declaró valientemente a la prensa: «No puedo concebir que se esté contra la carretera. Tantas veces me he encontrado bloqueado, tantas veces he visto enfermos en situaciones difíciles que no puedo decir que esté en contra. Nadie está en contra, pero que se construya con las mínimas condiciones para asegurar la riqueza y la seguridad de los pueblos de la Amazonia, porque hasta ahora siempre ha traído el desastre y la calamidad». En las *fazendas* de Acre, en los despachos de Rio Branco, en las mentes de todos los que habían apostado por enriquecerse destruyendo la selva, los que habían comprado grandes extensiones confiando en que la carretera pasara por sus tierras, aquellas palabras constituyeron una auténtica afrenta, aún mayor que la de Chico Mendes porque venía de una institución tradicionalmente relacionada con los círculos del poder.

Tampoco Gilson Pescador podía permanecer indiferente ante los antagonismos que la proyección internacional de Chico Mendes habían suscitado y que estaban conmocionando profundamente la vida de la pequeña ciudad. El vicario de Xapurí tuvo tiempo de darse cuenta del malestar que se vivía en la región. En principio no había sospechado que la guerra soterrada pudiese tener raíces tan profundas. Pero al hablar con los *seringueiros* expulsados, al comprobar la extrema miseria a la que estaban reducidos, Gilson se sintió tan indignado como cuando visitó la *favela* 117 de Rio de Janeiro. Además, en Acre se podía personificar la causa de la violencia porque los matones estaban siempre presentes, afectando una arrogancia destinada a provocar. La creciente afluencia de pistoleros y la impunidad con que amedrentaban a campesinos y *seringueiros* le escandalizaban.

Gilson se había dedicado plenamente a animar las comunidades de base y estaba haciéndose muy popular. Había iniciado un programa para formar monitores que periódicamente se reunían en la iglesia para un cursillo de tres o cuatro días. El mero hecho de resucitar las comunidades de base había vigorizado el movimiento sindical y el Partido de los Trabajadores. Un nuevo soplo de vida, del cual Gilson era responsable, recorría las maltrechas organizaciones. No era ninguna novedad, pero al ocurrir después de un largo período de apatía y en la atmósfera enrarecida de los últimos tiempos, la renovada actividad de la Iglesia fue interpretada por los poderosos como una nueva provocación. A Gilson le llegaron rumores de que más le valía mantener a su iglesia apartada de la causa de los más desfavorecidos. «Ésta es la casa de los pobres», declaró entonces el vicario. Entendió que no podría seguir las indicaciones de su primo el obispo de mantenerse alejado de los conflictos, porque eso equivalía a apoyar a los terratenientes. En aquel lugar y en aquellos tiempos, era imposible mantener la neutralidad. Y Gilson estaba con los pobres. Llegó a la conclusión de que para defenderlos mejor era imprescindible reforzar y apoyar sus organizaciones. Por eso convocó en la iglesia a los directivos del sindicato y del PT, sin saber que aquella reunión le llevaría al centro de la acción. Les propuso trazar un programa común. La idea básica era que todos supiesen lo que los demás hacían y coordinar así las acciones. Para sellar ese nuevo acuerdo, decidieron que la fiesta de Nuestra Señora de Nazaré, que tenía lugar el 12 de octubre, fuese además «Día Nacional del Seringueiro». A partir de ese momento la desconfianza de Chico ante el nuevo vicario desapareció.

La proyección internacional de Chico, que tanto había inquietado al poder local, hizo que a finales de septiembre de 1987 dos abogados relacionados con la UDR se instalasen en Xapurí. Respaldados por la total impunidad que les daba su proximidad al poder, no dudaron en amenazarle públicamente con la misma suerte que le había tocado a Wilson Pinheiro ocho años

antes. Esta vez Chico no era el único cabeza de lista. El Padre Gilson compartía los honores del anuncio macabro. Chico fue a la iglesia e interrumpió un curso de formación de monitores. «Me dijo que tenía un mensaje para los *seringueiros* —recuerda Gilson—. Así que le di la palabra». «¡*Companheiros!* —les dijo Chico—. UDR se ha instalado en Xapurí para desmovilizarnos, para acabar definitivamente con nuestra resistencia. Están haciendo venir decenas de pistoleros de Pará, Goiás, Maranhão y del sur de Brasil. Me he enterado que están construyendo aeropuertos clandestinos en las *fazendas* de por aquí. Y los dos abogados de la UDR llegados de Rio Branco no han tardado en desvelar su propósito. Han dicho que para acabar con el movimiento tienen que rodar dos cabezas: ¡la mía como presidente del Sindicato y la del Padre Gilson como autoridad moral y religiosa!».

El Padre Gilson respondió a esta provocación alineando totalmente la postura de la Iglesia con la del sindicato. Ofreció apoyo financiero y el espacio físico necesario para reuniones y asambleas. Denunció sistemáticamente todos los abusos perpetrados en la zona rural. Y para que no existiesen dudas sobre su compromiso, el 12 de octubre, «Día Nacional del Seringueiro», vestido con su sotana blanca y bajo un sol infernal, subió al palenque de la plaza de la Iglesia y por primera vez en la historia de Xapurí un misionero dio un discurso público. Ensalzó la actividad del sindicato, animó a que se afiliasen, y dijo a la multitud con su voz estentórea que la lucha de Chico era una lucha justa. «¡Y os aseguro que yo, como autoridad religiosa, como vicario de vuestra parroquia y durante todo el tiempo que esté a la cabeza de la iglesia de Xapurí, apoyaré sin vacilaciones el movimiento de los *seringueiros* y el trabajo de Chico Mendes!». Añadió que no temía ni a la UDR, ni a los *fazendeiros* ni al partido en el poder: «¡No tenemos miedo ni a la persecución ni a la muerte!». Fue un discurso incendiario que, unido a su incesante actividad para reforzar las comunidades, catalizó a todo el pueblo de Xapurí. Hasta el empleado del Banco de Amazonia, un tal Argamemnón, se emocionó. Como muchos otros, a partir de ese día empezó a frecuentar la iglesia del Padre Gilson, y a participar en sus actividades. «La vida dejó de ser monótona», recordaría pocos años después.

La reacción de los poderes públicos fue inmediata. El alcalde, Vanderley Viana, en la mejor tradición de los *westerns*, llamó por teléfono a Gilson y le dio treinta días para marcharse. Al mismo tiempo, la prensa local, la radio y la televisión municipales desencadenaron una campaña difamatoria contra Chico y contra el cura, acusando a éste de subversivo, comunista y agitador, entre otras cosas. La segunda amenaza tuvo lugar después de que expirara el plazo de los treinta días. Unos *seringueiros* notificaron a Gilson, mientras bajaba por el río Acre en dirección al seringal Filipinas para officiar unos bautizos, que en la estación de autocares habían escuchado decir a dos pistoleros que la convocatoria al seringal era una trampa para matarlo. Pero Gilson no alteró sus planes y volvió sano y salvo del seringal Filipinas. La tercera amenaza, unos días más tarde, tuvo lugar en el barrio Laranjal de los alrededores de Xapurí, donde efectuaba una visita pastoral. Allí fue prevenido de que tres individuos armados de escopetas le esperarían en el camino de vuelta. Dio un gran rodeo para regresar. Estaba tranquilo, porque sabía que disfrutaba de la mejor de las protecciones, la de la gente que le estimaba. Su rebaño era su escudo.

En Xapurí, las amenazas y la violencia soterrada que amenazaban con hacer estallar una tragedia de un momento a otro, consiguieron que la ciudad cerrase filas alrededor de su vicario, cuya energía se había hecho legendaria. Hasta temibles pistoleros y ganaderos como Darli Alves y su

padre el viejo Sebastião, que desde el jardín de su casa predicaba una religión inventada, le saludaban al cruzarse en la calle. Su prestigio se había acrecentado porque nada parecía detenerle. Surcaba incansablemente los senderos de la selva, llevando a sus espaldas mochilas de treinta kilos y recorriendo por entre el barro distancias de hasta más de cuarenta kilómetros sin parar para visitar los calveros más distantes o para celebrar misa en medio de ninguna parte. Había observado que los más pobres de la ciudad, los que vivían del otro lado del río, tenían problemas para venir a la iglesia o asistir a un acontecimiento cualquiera porque el barro de las orillas impedía a menudo la travesía. Decidió entonces construir una iglesia en el otro lado. Durante dos meses y medio dirigió un ejército de voluntarios para cargar las piraguas con madera, ladrillos, tejas, cemento, sacos de arena, etc. Él mismo llevaba sacos de cincuenta kilos de cemento hasta la ribera, metido en el fango, bajo el calor húmedo o las lluvias torrenciales. Tres meses más tarde, el edificio estaba listo. Pero no se detuvo allí. Consiguió fondos de organizaciones vinculadas a la Iglesia y continuó edificando para los pobres. De manera que un año y medio después de haberse instalado en Xapurí y gracias a la fiebre de acción que supo contagiar a sus fieles, había construido tres iglesias y once centros comunitarios.

La credibilidad de Chico y el trabajo de Gilson crearon una nueva corriente de simpatía hacia la causa. A cambio de una entrega total, Chico y Gilson recibían el apoyo de la gente. Si con anterioridad lo normal era encogerse de hombros diciendo «Es asunto de *seringueiros*», ahora personas de todos los estratos sociales se interesaban y hacían preguntas sobre lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Gilson y Chico se habían hecho amigos. El misionero había terminado por apreciar el espíritu desprendido y generoso del *seringueiro*, pero era su capacidad de líder lo que le fascinaba: «Tenía la inteligencia de los autodidactas, algo que no se aprende en los colegios ni en las universidades». En cuanto a Chico, había encontrado en Gilson el instrumento perfecto para ampliar las bases y reforzar la lucha, ahora que sus actividades internacionales le absorbían cada vez más. Gilson le aportaba la confianza que necesitaba y una valiosa solidaridad en el momento difícil pero crucial que el movimiento atravesaba. El líder de los *seringueiros* sabía que Gilson de un lado y Mary y Adrian de otro eran las dos alas que le permitían volar.

Pero la jerarquía de la orden de los Siervos de María no estaba dispuesta a dejar que la Iglesia capitanease una revolución en la selva. A principios de 1988, el superior provincial convocó a Gilson Pescador a la catedral de Rio Branco. La explosiva situación de Xapurí amenazaba más que nunca las siempre frágiles relaciones de la Orden con el poder local. Sesenta años de labor ininterrumpida estaban siendo comprometidos. Gilson pensó que la Orden padecía la presión del gobierno o las instituciones del Estado, influenciados por los terratenientes. Cualquiera que fuese la razón, el caso es que el Superior Provincial pidió al vigoroso cura que se alejase del sindicato, del movimiento de lucha de los *seringueiros* y del Partido de los Trabajadores.

—La orientación de la Iglesia es que ningún sacerdote, ningún religioso se manifieste por un partido. Y a ti te acusan de ofrecer demasiado apoyo al PT.

—No apoyo al PT en sí —contestó Gilson—. Lo que pasa es que todos los líderes, los monitores de la ciudad y de la selva son del PT. Eso es un hecho, es así.

—No podemos permitir que partidos políticos se sirvan de grupos de evangelización y de organizaciones eclesíásticas para hacer su propaganda.

Gilson respondió que él mismo había preconizado la unión de todas las fuerzas de cara a

defenderse mutuamente de la creciente presión de los *fazendeiros*.

—¿Es cierto que en la iglesia se organizaban asambleas políticas y sindicales?

—¿Dónde sino? —replicó Gilson.

—¿Y que el Toyota de la vicaría ha sido utilizado indistintamente por miembros del sindicato y militantes del PT?

—Está a disposición del que más lo necesite —puntualizó Gilson. Y añadió que la situación en Xapurí era demasiado violenta y obligaba a tomar partido.

Pero el Superior insistió sobre los límites del compromiso de la Iglesia. Gilson le recordó que había actuado siempre según los documentos de Puebla y según el documento Pastoral de la Iglesia Latinoamericana. Para él, no había distinción en el compromiso: había que ir hasta el final.

—Tu misión era apaciguar las aguas —le recordó el superior—, y ahora resulta que te has convertido en el cabecilla de un movimiento revolucionario. Ése no es el papel del vicario.

Gilson fue a ver a su primo don Moacyr. El obispo nunca había cejado en su compromiso con los desheredados; recientemente unas declaraciones públicas a favor de un control del asfaltado de la carretera le habían valido varias amenazas anónimas y una renovada animadversión de ciertos sectores de la sociedad local. A diferencia del superior, el obispo le comprendía porque conocía el ambiente de la zona rural, pero no por eso aprobaba la promiscuidad de los partidos políticos con la Iglesia. Volvió a pedirle moderación en el manejo de los asuntos de la parroquia:

—Si la situación llega a desbocarse, los adversarios de los pobres tendrán una justificación para acabar con toda la resistencia, y también con el apoyo de la Iglesia.

Además, él era el obispo, la suprema autoridad de la Iglesia sobre un territorio inmenso, y su primo se debía a su jerarquía como él a la suya. Entonces Gilson le dijo que era demasiado tarde para cambiar su compromiso —el de la iglesia de Xapurí—, aunque lo quisiese. Había hecho una elección total, de la cual no podía escapar.

—San Sebastián fue asesinado delante del emperador porque denunció las injusticias con coraje. Jesucristo murió por una causa política y religiosa. Nuestra Señora de los Dolores, de quien los Siervos de María se dicen los seguidores, sufrió las mismas persecuciones que Jesucristo. ¿Por qué tengo que alejarme ahora? ¿Por qué sacrificar mi vocación de servir a los pobres? —preguntó Gilson.

Don Moacyr no insistió, pero pensó que si su primo empezaba a considerarse un mesías, el fervor revolucionario le estaba trastornando.

Ese día, de regreso por la carretera polvorienta, Gilson Pescador se sintió más solo que nunca.

De las escasas grandes extensiones de selva virgen que quedaban en el municipio de Xapurí en 1987, una de ellas se encontraba en la zona fronteriza con Bolivia, y su nombre se convertiría pronto en símbolo de aquella desesperada guerra entre los hombres de la selva y los ganaderos. El seringal Cachoeira albergaba a 353 caucheros que, amparados por la ley que les garantizaba el derecho de *posse*, habían ofrecido una feroz resistencia a los intentos de tala por parte de los cuatro paulistas que habían comprado la propiedad, por una ínfima cantidad, al *seringalista* original. En julio de 1987, uno de los propietarios volvió a mandar un equipo de taladores. Pero los caucheros se reunieron al final de la única carretera de acceso e impidieron el paso de los peones, que de nuevo se vieron obligados a dar media vuelta. Había una explicación a su tenacidad y combatividad: en el seringal Cachoeira se había criado Chico Mendes y la mitad de los que allí vivían eran parientes suyos. La distracción favorita del líder *seringueiro* era pasar allí temporadas con el hermano de su padre, el tío Joaquim y su mujer, la cariñosa tía Cecilia, a la que quería como a su propia madre.

Ante la imposibilidad de talar, los propietarios se pusieron en contacto con un personaje tan conocido como temido en la zona: Darli Alves, bandido convertido en terrateniente por su demostrada eficacia en «limpiar» tierras. Varios testigos —Alfredo Eustaquio entre ellos— le habían reconocido a él y a su hermano Alvarino durante sus mortíferas *razzias*. Sabiendo que a los Alves siempre les interesaban las tierras baratas, los propietarios del seringal Cachoeira propusieron a los hermanos (gratis, según el rumor; a un precio bajísimo, según el propio Darli) cederles una extensión de siete mil hectáreas a cambio de que la limpiasen definitivamente de *seringueiros*. Era una magnífica oportunidad porque el comercio de ganado sólo daba a los Alves para cubrir los gastos de sus fincas. Donde de verdad ganaban dinero era con la especulación de la tierra.

Antes de enseñar la mano de acero, los Alves mostraban siempre un guante de terciopelo. Lo primero que hizo Darli fue visitar a los *seringueiros* de Cachoeira. «Venía como un amigo —recordaría la tía Cecilia—. Habló con mi hijo Miguel e insistió en que vendiese su calvero. Dijo que nos daría a cada familia 200 hectáreas de tierra, que no pensaba expulsar a ningún *seringueiro* y que iba a construir una capilla, porque sabía que todos éramos católicos. Hablaba como un camarada, como un amigo. Pero sólo Dios sabía lo que escondía en su corazón...». Los *seringueiros* se opusieron unánimemente a vender a Darli. «Empezará a arrasarse para luego expulsarnos», dijeron todos. Además, existía un pacto sagrado entre caucheros por el cual sólo podían vender sus *colocações* a otros *seringueiros*. Habían tenido que tomar esa media para protegerse de la agresividad de los compradores.

Darli no se dio por vencido y fue a investigar al otro lado del seringal. Su plan, como se supo más tarde, era comprar una *colocação* para construir un camino de acceso independiente de la entrada principal, controlada por *seringueiros*, lo que le permitiría talar y llevarse la madera. Localizó a un cauchero llamado José Brito que vivía a cuatro horas de marcha de la casa de la tía Cecilia. Darli se había enterado de que quería mudarse a causa de un conflicto con un vecino.

—Brito, amigo... —le dijo el enjuto Darli con su voz ronca y en tono afable—. Acabo de comprar una cuarta parte de este seringal... Quiero que mis hijos se familiaricen con los productos de la región, sobre todo con el caucho y las castañas de Brasil porque mi otra finca será sólo para ganado. Sé que te quieres ir de tu *colocação*... Y yo estoy dispuesto a pagarte bien...

—*Seu* Darli, usted sabe que no puedo hacer eso —contestó Brito, aludiendo al pacto entre caucheros que sólo permitía aceptar una oferta con la aprobación del sindicato.

Entonces Darli le habló de una escopeta nueva, de dinero y de la posibilidad de cambiar de vida. Todo ello demasiado tentador como para que un hombre atormentado y pobre como José Brito lo rechazase de plano. ¡Qué mejor manera de vengarse de su vecino que metiendo a Darli en la zona!, pensó el *seringueiro*.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó Darli.

—Treinta años —contestó Brito. Darli hizo un ademán despectivo.

—¿Y qué tienes a los treinta años? Nada, ni siquiera el derecho de vender tu casa porque no te dejan tus compañeros. ¿No crees que va siendo hora de que consigas algo en tu vida, de que seas alguien por tí mismo y no un animal en un rebaño?... Contéstame pronto —le urgió antes de emprender camino de vuelta hacia la *fazenda* Paraná.

José Brito conocía el destino de los que se oponían a la voluntad de los hermanos Alves. Recientemente, el cadáver del *seringueiro* José Ceará había aparecido acribillado a balazos en la cuneta de la carretera. Todos sabían que había sido abatido por Zezão, un pistolero a sueldo de los Alves, porque se había opuesto a vender su *colocação* a Alvarino, hermano de Darli, que quería ampliar su propiedad. Y ahora Brito tenía terror de acabar de la misma manera.

A los pocos días recibió la visita de unos compañeros que intentaron reconciliarle con su vecino y al tiempo le recordaron el pacto entre *seringueiros*. Le ofrecieron la misma cantidad que le había ofrecido Darli, pero José Brito no quiso aceptarla. Les aseguró que acataría las reglas del sindicato y que no vendería su derecho de *posse*. Bajo ningún concepto. «Aquí he vivido toda la vida y aquí me quedo», concluyó.

* * * *

Cuando desde la ventana de la sede del sindicato, Chico Mendes vio llegar una vieja *seringueira*, arrugada, angulosa y con su eterna colilla pegada a los labios, tuvo la intuición de que algo grave había ocurrido. Conocía bien a Dona Nazaré; era vecina de sus tíos y de pequeño había jugado con sus hijos. Y sabía, por el rostro compungido y su andar veloz, que tenía problemas. Lo que ignoraba todavía era que aquel problema desencadenaría una espiral de violencia de la que él mismo no podría escapar. «Ay, Chiquiño... —le dijo Dona Nazaré—. Mi hijo José ha vendido la

colocação a ese bandido de Darli y se ha marchado... Nos ha abandonado a su hermano y a mí». Era difícil creerse que José Brito había cerrado el trato con Darli por la misma cantidad que le había ofrecido el sindicato: el equivalente de cien dólares. Por esa suma, Brito había optado por traicionar el pacto de solidaridad entre caucheros. Por cien dólares había dejado a su familia sin hogar y a sus colegas en la indefensión. Pero había conseguido vengarse de su vecino —y una escopeta nueva—. «Yo no sé por qué Brito vendió... Es una de las cosas que me intrigarán toda la vida —diría Raimundo de Barros, el primo de Chico—. Cuando le conocí era una buena persona. Participaba en el sindicato, incluso organicé varias reuniones en su casa donde preparó comida para todo el mundo... Es muy fácil cambiar la cabeza de nuestra gente en cuanto se les ofrece algo, porque no tienen nada. Nada de nada. Eso fue justamente lo que hicieron los Alves».

Chico se desplazó en seguida a Cachoeira, acompañado de un periodista local. Era urgente aplacar los ánimos de los que querían matar al esquirol.

—Brito es un trabajador como cualquiera de nosotros —les dijo Chico—. Él no es el enemigo.

Dona Nazaré tomó la palabra en aquel claro de la selva donde un centenar de caucheros indignados se habían congregado:

—Ahora que mi hijo José se ha ido —dijo solemnemente la vieja—, la *colocação* es sólo mía. Y yo no tengo intención de marcharme. ¡Nunca!

Después, uno a uno, los *seringueiros* de Cachoeira declararon que mantendrían la resistencia, que lucharían contra Darli Alves hasta el final si fuese necesario. E hicieron la solemne promesa de no permitir el derribo de un solo árbol en el área de Xapurí. En la firmeza de sus voces estaba el recuerdo de todos los recientes asesinatos, de los compañeros exiliados a Bolivia mientras ardían sus barracas, de los que se habían convertido en chabolistas en Rio Branco, de las estrategias organizadas por Chico Mendes para salvar lo que pudieran.

Como muchos otros, Mary Allegretti estaba convencida de que los *fazendeiros* utilizaban a Darli Alves para provocar una confrontación con Chico Mendes. Le llamó por teléfono nada más enterarse de ese nuevo conflicto. «Me contestó que mis consejos eran bienvenidos, pero que ante todo él era *seringueiro* y que actuaría de acuerdo con su cabeza de *seringueiro*. Yo entendí que no era una lucha del líder político que se anunciaba, sino una lucha de cauchero contra patrón. En esas circunstancias lo único que podía hacer era acelerar en el MIRAD el procedimiento de expropiación de Cachoeira para transformarlo en una reserva extractiva antes de que Darli Alves empezase a talar para reclamarla como suya. No había que dejar que Darli legitimase su propiedad». Un campesino amigo de Chico también le avisó de no caer en la trampa: «Darli Alves es uno de los hombres más peligrosos que jamás han pasado por aquí. Se enfrenta con quien sea y está apoyado por la UDR. Tienes que saber eso antes de empezar a pelear con él». Para muchos *seringueiros* familiarizados con las muertes anunciadas cuyo fin es sembrar el terror entre los pobres desvalidos, Darli sólo era un simple ejecutor manipulado por los terratenientes. Para estos últimos era un héroe, un auténtico *desbravador* que no le tenía miedo a nada ni a nadie —y menos al dirigente del sindicato de los trabajadores rurales de Xapurí—.

Chico no hubiera podido echarse atrás, no hubiera podido de ninguna manera zafarse de aquella batalla. El líder de los *seringueiros* sintió que todo lo vivido en su vida no había sido más que un ensayo del combate que se avecinaba. El seringal Cachoeira no era sólo el decorado de sus mejores recuerdos de infancia; simbolizaba también el amor por la selva que su padre le había

transmitido pacientemente. Allí había aprendido a sangrar los grandes heveas blancos, a imitar el canto de los pájaros, a temer a los espíritus del bosque y a los patronos. En el seringal Cachoeira se había convertido en lo que era y si ahora era necesario luchar hasta el final para seguir siendo fiel a sí mismo, si había llegado el momento de poner sus ideales y sus creencias por encima de su propia vida, no existía mejor ruedo que ese pedazo de selva para librar la batalla decisiva de una vida de privaciones y de lucha.

* * * *

Gilson no le había contado los problemas que tenía con la jerarquía de la Orden para no abrumarle aún más. A estos problemas se había unido uno nuevo, que parecía ser la maldición de los misioneros de Xapurí. Gilson fue sorprendido en las dependencias de la iglesia abrazando a una joven, hija de un farmacéutico local. El aislamiento, la dureza de la vida en un lugar tan apartado, la violencia, el sentimiento de peligro y sobre todo la soledad eran demasiado para hombres que tenían que ser religiosos, psicólogos, jueces de paz, constructores, empresarios y médicos a la vez. Al caer en los brazos de una mujer, Gilson no había hecho más que seguir los pasos de sus predecesores. Pero eran tiempos distintos, y aquello fue un regalo para sus adversarios, que se deleitaron con todo tipo de calumnias. «En toda esta región hay muchas más mozas que hombres —explicaría Don Moacyr—. Y el casamiento es una manera para ellas de aspirar a una cierta liberación, a un mínimo de autonomía. En las familias hay un clima de mucha dominación, mucho abuso, sobre todo cuando el cabeza de familia no es el padre de todas las hijas. Ellas ven al misionero como un ideal, como un hombre serio y fiel que no las va a maltratar».

Pero si a Destro y a Claudio les habían permitido seguir desarrollando su vocación, ¿por qué ahora no se lo permitían a él, al menos durante una temporada más?, preguntó Gilson al Superior Provincial que vino a destituirle de su cargo. El Superior le ofreció a cambio la posibilidad de elegir su próximo destino, en Brasil o en el extranjero. Le ofreció hasta la parroquia de Turvo, su ciudad natal. Lo que fuese, con tal de que abandonase ese polvorín que, ahora más que nunca, amenazaba la estabilidad y el buen nombre de la Orden en cientos de kilómetros a la redonda. Pero Gilson no podía marcharse. No por su incipiente relación amorosa, a la cual estaba dispuesto a renunciar, sino por su compromiso con *la luta*. «Cuando Chico se enteró —recordaría Gilson más tarde—, empezó a decir en voz alta lo que pensaba. Movilizó al pueblo de Xapurí. Hizo entrevistas en varios periódicos, habló en la radio. No podía permitir que le cortasen un ala ahora que comenzaba la batalla por Cachoeira».

Chico también escribió una carta a Don Moacyr en términos que el propio obispo definiría luego como «bastante duros». A pesar de reconocer la importante contribución de la Iglesia desde los principios de la lucha, se quejaba de que ésta diese marcha atrás en el momento crucial. Suplicaba al obispo que no cesara en su apoyo a la causa porque aquello tendría consecuencias dramáticas. Le rogó que hiciese lo imposible por mantener al padre Gilson en Xapurí.

Pero Gilson sabía que sus días en esa pequeña ciudad estaban contados y eso le angustiaba.

Era como obligar a un actor a abandonar su papel en el momento del desenlace. Había pasado demasiado tiempo en la Orden y conocía todos los detalles de su funcionamiento. La decisión de mandarle a otro lugar había sido tomada y así sería. Acariciaba sin embargo una tenue esperanza. Dentro de poco tendría lugar el Congreso Trienal de la Orden con el fin de elegir la nueva dirección en Brasil y pensaba que podría granjearse el apoyo de sus amigos. Aunque no obtuviera un cambio en la decisión, por lo menos ganaría tiempo. Gilson tomó el avión para Turvo, en el Estado de Santa Catarina, con un nudo en el estómago y una desazón que no le abandonarían en los próximos meses.

Mientras, Chico y Raimundo se pusieron a recoger firmas para pedir la permanencia del Padre Gilson en Xapurí. Hicieron llegar la petición la víspera de la clausura del congreso de la Orden. El Superior Provincial frunció el ceño: «Otra maniobra de Gilson», pensó. Otros asistentes al congreso también pensaron que el joven cura había estado detrás de aquella manifestación popular. Analizaron la petición y observaron que los conceptos teológicos y políticos estaban demasiado bien empleados como para que un grupo de caucheros analfabetos hubiese podido escribirlos. En lugar de ayudar a Gilson a no ser transferido, la petición, rubricada por miles de firmas, tuvo el efecto contrario. Le anunciaron que no podía regresar a Acre. La tensión reinante podía desembocar en una tragedia y su seguridad estaba en peligro. Era un argumento irrefutable y Gilson lo sabía. Había sido *anunciado*. En Acre, el anuncio de la muerte próxima era más un hecho que una simple amenaza.

Cuando de pronto se dio cuenta de que no volvería, cuando se vio apartado de la gran batalla en la cual él estaba siendo uno de sus protagonistas, por primera vez consideró la posibilidad de romper con la Orden y con la Iglesia. «Por lo menos dejadme volver para la fiesta de San Sebastián», suplicó. Le dejaron ir, pero sólo para que hiciese sus maletas y preparase el regreso definitivo.

El 25 de enero de 1988 tuvo lugar la mayor fiesta de San Sebastián que la ciudad de Xapurí hubiera conocido jamás. Cuarenta y cuatro años después de que Francisco Mendes hubiera pedido la mano de una bella acreana, el hijo primogénito de aquella unión era el centro de atención de toda la ciudad, que para la ocasión acogía a más de seis mil *seringueiros* venidos de las profundidades de la selva para demostrar su devoción. Las festividades comenzaban con la banda de música recorriendo las calles a las seis de la mañana. A las ocho, antes de que el calor se hiciese tórrido, el padre Gilson ofició una misa solemne en la plaza, ya que todos los asistentes no cabían en la iglesia. Dio un sermón, mezcla de discurso político y de alusiones al Evangelio, que entusiasmó a sus fieles. Adrian Cowell filmó un grupo de jóvenes apoyados contra la pared de una callejuela adyacente a la Plaza. «Son pistoleros», le dijeron al oído. Luego Adrian descubriría en su sala de montaje que había filmado a los hijos de Darli Alves junto a pistoleros profesionales.

A las cuatro de la tarde, salió la procesión de la iglesia. Pasó delante de la estatua de San Sebastián que desde el principio había estado orientada hacia el río, porque del río había dependido siempre el abastecimiento de la ciudad. El nuevo alcalde, un acérrimo enemigo de Chico Mendes, había mandado cambiar la orientación de la estatua hacia la carretera, argumentando que el futuro de la localidad no estaba en el río, sino en la carretera, y que San Sebastián debería bendecir a los camiones y no a los barcos. Pero justo después empezó a llover de tal manera que hubo una inundación terrible. Nadie en Xapurí creyó en la casualidad, sino en

que la protección del mártir había cesado.

El 28 de enero, el Padre Humberto, siguiendo las indicaciones del Superior Provincial que deseaba le fuese entregada personalmente, llegó con la orden de traslado del padre Gilson. El vicario hizo un desesperado intento por cambiar el rumbo de los acontecimientos. Le aseguró que su aventura sentimental no había sido más que un desliz, y que no se repetiría. Había personas que podían atestiguar que esa relación había cesado. También le dijo que había consultado con la gente de la ciudad, con organizaciones y entidades de Rio Branco y que todos habían manifestado el deseo de que se quedase. «Es imposible —le contestó el padre Humberto—. La congregación está firme en su decisión de transferirte. Si te obstinas en permanecer aquí, tendrás que pensar en abandonar la congregación». Gilson sintió un escalofrío que le recorría la espalda. Aunque había pensado en ello, la idea le repugnaba. Su vocación estaba intacta. La congregación era su familia. Cuestionó el hecho de que dejasen individuos solos durante largo tiempo en lugares tan apartados como Xapurí. Sugirió que mandasen otro cura, si no se fiaban de él. Ya era demasiado tarde, le dijo el padre Humberto. Su salida de Xapurí se había convertido en un objetivo prioritario para la Orden.

El día siguiente, la noticia de su traslado, filtrada por la jerarquía de la congregación, salió en la portada del periódico local. Ya no había posibilidad de ganar más tiempo. A Gilson le llegó el momento de tomar una decisión. Se volvió hacia sus fieles, y decidió escucharles. «Cuando la Iglesia dice que el pueblo tiene que participar, que la comunidad debe siempre decidir, no sé lo que quiere decir, porque hace precisamente lo contrario —afirmaría Gilson—. Se afirma que el Espíritu Santo habla a través de la mitra del obispo. Yo creo que el Espíritu Santo habla también a través del clamor del pueblo. En aquella época, yo quería quedarme porque tenía una misión, porque la gente me necesitaba. Entonces, en vez de prestar el oído a la mitra del obispo, decidí escuchar el clamor del pueblo». El pueblo quería que se quedase. Él también lo deseaba. «Tomé la decisión de ir hasta el final de mi compromiso, cualesquiera fuesen las consecuencias... Decidí quedarme en Xapurí. ¿Ir hasta el final... no era también una lección de Cristo?».

Don Moacyr, que estaba en una posición delicada, rogó a su primo que meditase bien su decisión. Le ofreció viajar a cualquier parte si eso serviría para hacerle sentar cabeza. Gilson, atormentado y confundido, fue a Rio de Janeiro, la ciudad que tanto quería y en cuyos barrios más míseros tantos le querían. «Siempre había soñado, de niño, con ser misionero. Y ahora me preguntaba si ese sueño no se había transformado... si en el fondo no deseaba por encima de todo contribuir al ser humano, contribuir a ayudar al pobre, contribuir a la transformación social. Ésa era mi auténtica vocación. El tiempo de admitirlo había llegado. Por otra parte, como conocía bien la Iglesia, llegué a la conclusión de que era incoherente con los principios evangélicos. De manera que elegí, firme e irrevocablemente, abandonar la Congregación de los Siervos de María». Para alguien que venía de una familia tradicional, católica, que tenía un primo obispo y una hermana monja, esa decisión fue vivida como un verdadero desgarró. «Renunciar a la Iglesia fue como un divorcio», recordaría más tarde.

Gilson efectuó entonces el último viaje de religioso hasta Turvo, su ciudad natal. La mañana del 14 de marzo de 1988 se dirigió hacia el edificio que había frecuentado tantas veces y donde había forjado la mayor parte de sus sueños de niño. Venía a firmar los papeles que le apartarían definitivamente de su Orden como religioso y de la Iglesia como sacerdote. Al salir de la sede de la congregación, pensó en el porvenir en la lejana Xapurí. En adelante, no tendría el aura sagrada

del cura, no sería una autoridad religiosa, no tendría el apoyo de la orden. Ya no sería el Padre Gilson. Sería simplemente Gilson Pescador.

Antes del conflicto de Cachoeira, la familia Alves vivía replegada sobre sí misma y no se le conocían rencillas personales. En la ciudad eran respetados. Darli tenía fama de cumplidor en los negocios —compraba ganado a treinta días y siempre pagaba, según los que le conocían— y se jactaba de mantener relaciones de buena vecindad con todo el mundo. Todo lo que ganaba lo invertía en su finca, que en 1987 contaba con tres mil cabezas de cebúes. La había conseguido un año después de su llegada a Acre, a cambio de sus «servicios». Originalmente era un terreno de dos mil hectáreas perteneciente a la *fazenda* Bordón. Para grandes terratenientes como Bordón, tener a los Alves de vecinos era una garantía de paz; era como disponer de un servicio de orden al alcance de la mano. Para los hermanos Alves, ese terreno, al limitar con la *fazenda* Perseverança, propiedad del viejo patriarca Sebastião, les permitía ampliarse manteniendo la familia unida. Era la mayor finca que habían tenido jamás y se encontraba a sólo trece kilómetros de la plaza de Xapurí. El día en que fue a inscribirla en el registro de la propiedad, Darli había tenido la idea de llamarla «Paraná» en honor de su antigua granja, de donde había tenido que huir después de haber cometido crímenes horribles. En Acre se encontraba a salvo de la justicia a causa de la excelente relación que mantenía con los terratenientes de la zona. A los que sabían colocarse del lado de los poderosos se les garantizaba la impunidad. Ciegamente confiados en esa seguridad, nunca se esmeraron en borrar las huellas de su pasado ni en disimular su peculiar estilo de vida.

No sólo el amor por la violencia se transmitía de padres a hijos en aquella singular familia. También se heredaba el gusto por las mujeres. «Mi único defecto es que me gustan las mujeres —decía Darli—. Queda por saber si existe en el mundo entero alguien tan macho como yo. Puedo fornicar tres y cuatro veces por noche con la mayor normalidad, y eso que estoy cerca de los sesenta... —Y añadía—: Lo que atrae a las mujeres no es la belleza, no es el dinero, es ser macho en la cama. Y eso es lo que yo soy». Darli Alves tenía cinco mujeres y treinta hijos.

Como el viejo Sebastião en sus buenos tiempos, Darli vivía con su harén en la finca. Cada mujer en su casa y la esposa oficial en la casa principal. Había dejado a su sexta mujer en Paraná y el joven Tarcj^[90] (primogénito de Darli), obligado por las circunstancias a seguir a su padre y a abandonar a su madre, había sido criado por Natalina, una mulata que se estaba convirtiendo en una mujer amarga a medida que perdía sus encantos con la edad. Tenía unos cuarenta años, era la esposa oficial y tuvo cinco hijos. Había reinado en las preferencias sexuales de Darli durante muchos años. Quejándose de la «menopausia que llega», detestaba a Margarita y a Francisca, más jóvenes y bellas. Pero se desquitaba blandiendo los documentos que probaban su unión: «¡Yo soy la única esposa de Darli, casada por lo civil! Ésas dos sólo son aventuras de mi marido».

Pequeño, delgado, huesudo, Darli parecía no poseer ningún atractivo físico capaz de seducir

el corazón de una mujer. A primera vista era lo opuesto de un Don Juan. La única baza era su increíble actividad sexual. «Darli es un toro salvaje —contaba Natalina—. Parece enclenque, pero en la cama es como un joven de quince años. Hace el amor cuatro y cinco veces seguidas... No hay mujer que pueda resistírsele...». Depuesta de las preferencias amorosas de Darli por las carnes más tiernas de Margarita y de Francisca, Natalina se quejaba con nostalgia de que su sultán-pistolero ya no la reclamaba: «Ya no es el mismo. No hace más que entrar y salir. Ya no me hace los mismos mimos que antes». Decidida a no dejarse pisar el terreno, obtuvo la receta de una pócima a base de comino, azafrán, guaraná y otras hierbas de la selva para elaborar un potente afrodisíaco. Con un vasito a la vuelta del trabajo, el apetito sexual de Darli se redoblaba. «Le hacía fornicar como loco, como en los buenos tiempos...», suspiraba Natalina que llamó a su brebaje «cemento» porque endurecía al cabo de cierto tiempo.

Otra de sus mujeres, Francisca da Silva, era oriunda de Acre, hija de humildes campesinos. Se había empleado de criada en una hacienda de los alrededores de Xapurí a la edad de doce años. Darli, que frecuentaba las churrascadas de los fines de semana en casa de sus amigos, se fijó en ella y la sedujo cuando apenas había cumplido quince años. Unos meses más tarde, le propuso que fuera a vivir con él. «El afecto y la ternura que me prodigaba me hicieron enamorarme locamente de él. Como mis padres se opusieron a esa relación, decidí huir», contaría Francisca. Cuando llegó a la *fazenda* Paraná y descubrió que se alojaría en un barracón adyacente a la casa principal y que Darli vivía en concubinato con otras dos, la joven se derrumbó como se hundieron sus sueños de haber sido raptada por un príncipe azul. «Sufrí mucho al enterarme de que no era la única mujer en su vida, pero en la cama olvidaba mi desgracia... Su miembro en erección medía siete cajas de cerillas puestas en fila... ¡Un auténtico caballo!». Francisca convirtió la pena por tener que compartir su hombre en odio hacia Margarita, la preferida, hasta el punto de que intentó envenenarla. Darli tuvo que intervenir para apaciguar los ánimos. La envidia entre sus mujeres era el precio que tenía que pagar por mantenerlas a todas juntas. Así que reunió a las tres y, con tono severo y glacial, les recordó las reglas del juego: «No quiero que ninguna de vosotras se meta en casa de otra. Hay bastante espacio para que eso no ocurra. Y os advierto: si una de vosotras mata a otra por un ataque de celos, morirá bien de un balazo, bien envenenada». Después de esta advertencia, no hubo más intento de homicidio, pero la rivalidad seguía existiendo y a veces ocurrían explosiones. El *statu quo* se mantuvo gracias a la indiferencia que las mujeres, que vivían en casas a menos de cincuenta metros de distancia unas de otras, se dispensaban. Al ignorarse, la tensión no iba más allá de la guerra fría. Mientras que Darli se afanaba en criar su ganado, cada una de sus hembras criaba a los propios hijos. Francisca tuvo tres hijas con Darli y siempre habló del afecto que el padre sentía por las pequeñas y de que nunca les había faltado de nada.

Toro para una, caballo para otra, para Margarita —la princesa del harén, la más joven— Darli era el más tierno de los sultanes. «Nunca había conocido a un hombre tan cariñoso, tan dulce y tan bueno en la cama. Es para comérselo a besos...», dijo a la prensa en una ocasión. Tuvo dos hijos con Darli y, paradójicamente en la que había sido la preferida, fue la única de sus mujeres que terminaría por delatar los crímenes de su amante.

La descendencia era tan numerosa que se construyó un caserón en la *fazenda* para que sirviese de escuela. Una institutriz venía todos los días de Xapurí para dar clase a la prole. No muy lejos, el patriarca Sebastião se había hecho construir una capilla para predicar su religión. Muchos de

los que asistían a sus celebraciones eran los miembros de las diez familias de vaqueros y matones que residían en varias casuchas pintadas de rosa en los alrededores de la vivienda principal de la *fazenda* Paraná. «Mis queridos hermanos —les decía Sebastião—, os invito a hacer un examen de conciencia y a meditar sobre vuestras vidas. ¿Estamos de verdad preparados para encontrarnos con Jesucristo? ¿Amamos a nuestros enemigos? ¿Rezamos por los que nos insultan?». El eco de sus sermones llegaba hasta la casa de Darli, que gustaba de guarecerse bajo la fachada de respetabilidad que proporcionaba la religión de su padre. Pero Darli, que mataba sin piedad a seres humanos que consideraba como animales, se dedicaba sobre todo a hacer hijos, como si una fuerza inconsciente le obligase a reponer de un lado lo que arrancaba de otro. Alimentarlos, criarlos y cuidar a sus mujeres le exculpaba de sus pecados, o por lo menos eso creía. Buen padre de familia, escuchaba los sermones del viejo Sebastião sin darse por aludido.

«Mujeres... muchas mujeres... pero de los hombres quiero distancia», repetía a menudo Darli Alves. Precisamente fue una de sus aventuras sentimentales lo que le causaría el mayor perjuicio en su carrera de pistolero profesional y de *fazendeiro* y le precipitaría a la ruina. En 1981 inició una relación con una mujer de Brasileia que duró varios años. Porque ella era pobre, y porque Darli también tenía corazón, aceptó hacerse cargo del hijo de esta mujer, llamado Genesio, y educarle en la *fazenda* Paraná. Fue un gesto de generosidad de parte de alguien que podía ser despiadado y cruel con sus enemigos pero leal y caballero con sus amigos. Un gesto que se volvería en su contra en el momento más delicado de su vida. El pequeño Genesio tenía siete años cuando fue a vivir a la finca de Darli, dejando la choza donde moraba con su madre. Criado por todas las mujeres de Darli pero sin pertenecer a ninguna, nunca se sintió un miembro de la familia. Al crecer en la *fazenda* Paraná, fue testigo silencioso de las atrocidades cometidas por su padre adoptivo y sus hijos preferidos, Tarcis y Oloçis (este último acabó viviendo con la hermana mayor del muchacho), que habían heredado de su padre el gusto por la sangre. Un día, el pequeño Genesio se vengaría de haber sido el hijo de nadie y contaría con pelos y señales a la policía sus años pasados en la finca de los Alves. También les contó que Darli le utilizaba como espía. Mientras duró el conflicto de Cachoeira, le mandó pasar largas temporadas al hotel de Xapurí para vigilar los movimientos de los *seringueiros* y recabar el máximo de información.

Así fue como Darli se enteró de que los caucheros se estaban congregando para bloquear el acceso a la *colocação* que había comprado a José Brito. Llamó a la policía civil, donde trabajaba José Mendes, hijo de Joaquín y Cecilia: «Di a tus hermanos y a tus amigos que no obstruyan el paso, porque estoy decidido a entrar y me cargaré a quien sea». José se amedrentó y llamó al sindicato. Chico Mendes no estaba. Se encontraba en Brasilia entregando a las autoridades un voluminoso informe, elaborado casi en su totalidad por el instituto de Mary Allegretti, donde se pedía la expropiación inmediata de Cachoeira, así como de otros veintitrés *seringais* en una primera fase y de treinta y uno en una segunda. «Es mejor que dejéis el lugar ahora, pacíficamente —dijo José al que estaba de guardia en el sindicato—. Porque si os quedáis, ese hombre va a armar un follón tremendo y morirán muchos».

La mañana del 18 de marzo de 1988, Darli, junto a un pequeño grupo de pistoleros y peones, emprendió camino del seringal Cachoeira para tomar posesión de su calvero. Quería talar cuanto antes para evitar la expropiación. Además, cuanto antes lo hiciese, antes obtendría beneficios por la venta de la madera. Pero Darli era demasiado arrogante y se sentía demasiado seguro de sí

mismo como para reparar en un hecho importante: muchas familias que vivían en el seringal ya habían sido expulsadas anteriormente de otros calveros, y esta vez estaban firmemente dispuestas a resistir.

«*Seu Darli*, lo siento pero no podemos dejarle pasar —dijo el organizador de aquel *empate*—. El seringal Cachoeira está en proceso de expropiación». Darli, que venía acompañado de una veintena de peones y pistoleros, se le quedó mirando a través de sus gruesas gafas. Tenía los labios apretados y los dos pistolones que colgaban de su cintura le conferían un aspecto de bandido de otros tiempos. Era la primera vez que se enfrentaba a un grupo organizado y la primera vez que alguien osaba interrumpir su camino. Blandió la escritura de compra del seringal y el contrato con José Brito, pero los *seringueiros* negaron la validez de ambos documentos argumentando que esa tierra era de caucheros por derecho de *posse*. Humillado y enfurecido, Darli no tuvo más remedio que dar media vuelta. En la ciudad anunció públicamente que entraría en su propiedad aunque tuviera que hacerlo sobre los cadáveres de los caucheros.

Darli se puso en contacto con João Tezza, el abogado de la *fazenda* Bordón que tan contundentemente había atacado a Chico Mendes al regreso de sus viajes a Estados Unidos. Tezza sentía un profundo desprecio por los caucheros, cuya inteligencia comparaba a la de los animales de la selva. Presentó una denuncia de lo ocurrido al juez de Xapurí, que le entregó un permiso para desmatar, mofándose así de la ley 7.511 del 30 de julio de 1986 que prohibía talar en zonas ricas en *castanheiras* y heveas, así como arrasar los terrenos en cuesta. La orden ilegal que emitió enfureció a los *seringueiros*, que decidieron no dejar entrar a nadie, ni siquiera a la policía, y renovaron su solemne promesa de impedir el derribo de un solo árbol en la zona de Xapurí.

Los *seringueiros* sabían que no podían esperar nada de aquel juez, casado con la viuda de Nilo Sergio, el capataz muerto a tiros después del asesinato de Wilson Pinheiro, y cuya aversión hacia los *seringueiros* era notoria. Por lo demás, si ni el diálogo ni la resistencia pacífica servían de nada, sólo quedaba el uso de la fuerza, pensaban los más radicales. Cuando Chico regresó de Brasilia y fue a Cachoeira, se encontró con una asamblea muy agitada.

«Algunos compañeros habían decidido que el momento de la confrontación armada con la policía y con los matones había llegado, que había que luchar cuerpo a cuerpo. Defendí la postura de mantener el carácter pacífico de nuestro movimiento, por lo menos en ese momento. Intenté explicarles que si nos radicalizábamos perderíamos el apoyo del extranjero y el principio de apoyo político que empezábamos a tener en Brasil». Chico propuso someter la decisión a una votación general. De los 400 *seringueiros* presentes, 85 votaron a favor de la acción armada y el resto por la continuidad del movimiento pacífico. «Ignoro cuál hubiera sido nuestro destino si la gente, aquel día, no se hubiera mantenido con firmeza en sus convicciones», declararían Chico.

Como sabía que tarde o temprano los hombres de la policía volverían, Chico se dedicó a movilizar el mayor número de *seringueiros*, y lo hizo caminando días enteros por los alrededores de Xapurí, de casa en casa, pidiendo a las familias que viniesen a acampar a Cachoeira mientras durase el *empate*. Pero Chico intuía que de la misma manera que solicitaba la solidaridad de los suyos, Darli estaría haciendo lo mismo con sus amigos apiñados alrededor de la UDR. El presidente Ronaldo Caiado acababa de efectuar su primera visita a Rio Branco, acompañado de varios aviones repletos de alimentos para distribuir a la población en altisonantes actos propagandísticos. Los *seringueiros* sospechaban que entre los alimentos generosamente donados se escondían armas para reforzar la recién creada delegación de Acre.

En Cachoeira, una multitud de familias se preparó para pasar una larga estancia bajo las estrellas. Colgaron sus hamacas en las casuchas, en la escuela y entre los árboles del linde de la selva, pero la mayoría dormía en el suelo. La gente estaba asustada, sobre todo las madres con sus hijos. Había una media de doscientas personas acampando, aunque hubo días en que se pudieron contar hasta cuatrocientos *seringueiros* reunidos en medio del bosque. La tía Cecilia se pasaba todo el día frente a una batería de inmensas cacerolas repletas de arroz y frijoles cocinando para todos mientras Chico traía víveres y mercancías en el Toyota del sindicato, regalo del gobierno canadiense. «No necesitábamos armas; nuestra munición era la comida», diría la tía Cecilia. En la sede de Xapurí, un *seringueiro* llamado Saba permaneció durante 52 días a la espera de una llamada telefónica anunciando la expropiación de Cachoeira: «A veces me quedaba tres o cuatro días totalmente solo aquí en la ciudad. Justo enfrente podía ver cinco o seis pistoleros que se pasaban el día en la plaza». Algunos días, los hermanos Darli y Alvarino se sentaban en los bancos de la estación de autobuses, frente al sindicato, conscientes de que su simple presencia era un medio de presión e intimidación. La oportunidad de provocar se les presentó el 26 de abril de 1988, mientras caminaban por la calle Batista de Morais. Ilzamar, desde su casa, les vio acercarse mientras Chico, acompañado de seis compañeros, entre los que se encontraban Gilson, su hermano Zuza y su primo Raimundo, salían de una bocacalle. Aterrada, fue hasta el porche de su casa, dispuesta a dar la alarma. Desde allí pudo ver cómo Chico saludaba a Darli: «Oi» (hola). Después de cruzarse, Alvarino sacó un revólver de su bolsa y paseó su mirada de su hermano a Chico, como preguntando si debía disparar. Entonces los seis compañeros rodearon al *seringueiro* formando un muro de protección. «Quise gritar —diría Ilzamar—, pero todo fue muy rápido y Alvarino, al ver cómo protegían a Chico, volvió a meter el arma en su bolsa. Si hubiera estado solo, quizá le hubieran matado en ese momento».

Según informaciones recogidas por el sindicato, el *empate* masivo de Cachoeira dio lugar a que un nutrido grupo de terratenientes se reuniese en Rio Branco bajo los auspicios de la UDR a efectos de discutir la posibilidad de eliminar a Chico Mendes y otros líderes —incluido el obispo Moacyr Grechi—. Para ellos, el conflicto de Cachoeira era la gota de agua que había colmado el vaso. Un testigo de la reunión contó que el abogado João Tezza, considerado como el ideólogo de la UDR en Acre, hizo a sus contertulios la pregunta clave: «¿Vamos a acabar con Chico o vamos a desgastarle?». Según él, lo más importante era aumentar la provocación a los *seringueiros* hasta justificar el empleo de la violencia. Al fin y al cabo, los terratenientes estaban seguros de que la fuerza estaba de su lado y siempre podrían emplearla. Tezza, según los rumores filtrados en esa reunión, propuso entonces provocar una tala en el seringal Ecuador, para demostrar que la promesa de los *seringueiros* de no permitir el derribo de un solo árbol en Xapurí era mera fanfarronería. Talar en la zona de Xapurí se había convertido en una cuestión de honra para los terratenientes. Y en la manera más fácil de seguir provocando.

Ciento doce *seringueiros*, treinta y cuatro mujeres con niños en sus brazos y cogidos de sus faldas dejaron el seringal Cachoeira a las cuatro de la mañana del lunes 23 de mayo de 1988 y emprendieron la marcha hacia el seringal Ecuador, donde no había ni *posseiros* ni *seringueiros*. El propietario, cliente de Tezza, había ordenado derribar trescientas hectáreas, cuando por ley sólo se permitía el derribo de cincuenta. Su acción iba avalada por otra orden del juez de Xapurí, que además había establecido una multa en caso de producirse un *empate*, lo que dejaba pocas dudas sobre el carácter provocativo de la operación. A las cinco y media de la mañana, los caucheros se encontraron frente a policías militares fuertemente armados. Como siempre, hubo un largo momento de silencio; el ambiente del *empate* dependía de la primera reacción de las fuerzas del orden. Cuando Chico llegó a la altura del sargento, le tendió la mano. El calor era tremendo a pesar de la temprana hora y sólo se oía el ruido de los pájaros, el croar de las ranas y el llanto de algún niño. El sargento no se movió; esperó a que Chico estuviera más cerca y entonces se la estrechó. Hubo suspiros de alivio entre la multitud. Chico le explicó que sólo estaban allí para defender su derecho a la tierra. El sargento le contestó que la misión de sus soldados no era defender a los propietarios, sino hacer respetar la ley. Y la ley autorizaba aquella tala. «También hay hijos de *seringueiros* entre mis hombres», añadió el militar. Chico no quiso entrar en una discusión sobre la orden del juez. Propuso un compromiso: suspender la tala durante la jornada. Estaba a la espera de la llegada de un abogado especialista en cuestiones de tierra que Mary Allegretti había contratado en Paraná. A pesar de que el sistema era corrupto y de que el juez no mostraba atisbo alguno de imparcialidad, confiaba en que el abogado podría obligar a que la ley se cumpliera. El sargento aceptó la propuesta a condición de que los *seringueiros* regresasen por donde habían venido. Chico deliberó con los suyos, y luego aceptó.

Al regresar a Xapurí, Chico se enteró de que el abogado no llegaría hasta varios días después. Entonces llamó por teléfono al Consejo de Seguridad Nacional y un coronel le prometió mandar un télex denunciando la autorización de talar al Instituto Forestal y dando la orden de suspensión definitiva. Pero a pesar del télex del coronel, el Instituto Forestal no interrumpió la tala y al día siguiente Saba, que asumía el papel de portavoz del sindicato, anunció oficialmente a la prensa local que ochenta *seringueiros* harían una sentada frente a la sede del Instituto en Xapurí para protestar por lo que consideraban una autorización ilegal. Chico llamó a sus amigos de Rio para pedirles un gesto de solidaridad. Éstos decidieron hacer una sentada equivalente ante la sede central del Instituto Forestal en Rio de Janeiro.

Con su aire de estudiante y su sonrisa apacible, la barba rala, una cartera bajo el brazo y una bolsa al hombro, el abogado Genesio Natividade bajó del autocar que le había traído de Rio Branco a

Xapurí en la tarde del 25 de mayo de 1988. Cansado por ese viaje tan largo, soñaba con una noche de descanso. Décimo de una familia de catorce hijos, Natividade era hijo de campesinos. Su infancia había estado marcada por el recuerdo de las injusticias flagrantes cometidas contra *posseiros* como su padre. Al hacerse adulto llegó a la conclusión de que sólo había dos maneras de defenderse de esos abusos. O bien ingresando en uno de los tres cuerpos de policía de Brasil —la policía civil, la policía militar o la policía federal— o haciéndose abogado. En cierta manera, al dedicarse a proteger gente como su padre había querido mostrar su reconocimiento por el sacrificio que su familia había hecho para costearle sus estudios. A sus veintiocho años disfrutaba de una sólida reputación de eficacia en todo el Estado de Paraná, reputación que había llegado a los oídos de Mary Allegratti, que consiguió convencerle para que se uniese a una causa que desconocía por completo.

«Chico parecía muy contento al verme llegar —contaría Natividade—. Recuerdo que su rostro se iluminó. Levantó los brazos al cielo y exclamó: “¡Ya está, ha llegado nuestro abogado! ¡Ahora todo va a marchar bien, tenemos un abogado!”. Me puso al corriente de todo, del conflicto de Cachoeira y la sentada en el instituto, pero como su tono de voz era tan tranquilo y yo estaba tan cansado, no me di cuenta en seguida de la gravedad de la situación». El hotel Venezia es un pequeño edificio cuya fachada está recubierta de azulejos y cuya única ducha es una cañería en el retrete de donde sale un hilo de agua fría. Siendo el único hotel de Xapurí, estaba siempre completo, y aquel día no era ninguna excepción. El abogado tuvo que compartir cuarto con un inglés que estaba realizando un trabajo de investigación para Oxfam. No le gustó la idea, pero su cansancio era tal que no tuvo energía para buscar otra solución.

A mitad de la noche, le despertaron violentamente. «¡Ven rápido! ¡Chico te llama!». El abogado se puso los pantalones, cogió una camisa y salió a la noche cálida. Decenas de *seringueiros* corrían por todas partes; la ciudad entera vivía una noche de miedo y pánico. Según los testigos, Tarci y Oloçi (hijos de Darli) habían pasado en moto frente a la sede del Instituto Forestal y habían disparado sobre los cuerpos adormilados en la calzada. Un *seringueiro* de quince años había recibido siete balas calibre 7,65 y otro de diecisiete años dos balas calibre 38. Los heridos habían sido conducidos al hospital. Un rápido examen mostró que los órganos vitales no habían sido alcanzados. Increíblemente, sobrevivieron. «Entonces comprendí que la situación era verdaderamente grave», confesó Natividade.

Cuando el abogado llamó al juez para denunciar el atentado, se enteró de que éste acababa de ordenar a la policía que retirara por la fuerza a los que estaban haciendo la sentada pacífica, acusados de invadir un bien público propiedad del Estado. El abogado corrió hasta la plaza y vio a la policía dirigirse hacia los *seringueiros*. Se plantó frente al comandante:

—¡Si queréis expulsarlos, hacedlo... pero si ocurre algo, si muere alguien, le voy a hacer a usted responsable!

El comandante se detuvo. Estaba intimidado por aquel forastero que hablaba con aplomo y que parecía conocer la ley. Nadie estaba acostumbrado a que el sindicato utilizase los servicios de un abogado. Natividade prosiguió:

—¿Tenéis orden del juez?

—El juez nos ha pedido que les expulsemos —contestó el comandante.

—¿Tenéis orden escrita?

—No.

—Entonces id a pedírsela.

El comandante vaciló. Parecía dudar entre arrestarle, matarle de un tiro u obedecer a aquel individuo con cara de niño que daba órdenes imperiosas. Pero había algo en Natividade, una firmeza, una profunda convicción, que terminó por imponerse. Después de una breve deliberación con sus subalternos, el comandante les dijo que esperasen mientras iba a ver al juez. Éste se negó a emitir la orden por escrito. Cuando volvió, el policía dijo a sus hombres que podían retirarse.

Natividade se dio cuenta de que necesitaría más tiempo de lo previsto en Xapurí. Primero había que calmar los ánimos, ya que una parte de los *seringueiros* quería invadir el tribunal de la ciudad. En una reunión multitudinaria en la iglesia, clamaron venganza; todos sabían quién iba conduciendo la moto. Los que habían defendido la opción de la violencia durante la asamblea en Cachoeira se volvían ahora contra los líderes del sindicato para hacer valer su punto de vista. Los hechos, según ellos, les daban la razón. Sólo con la violencia conseguirían hacerse respetar. Chico se mantuvo firme en su posición, desechando cualquier alusión a una venganza: «No olvidemos que nuestros adversarios son mucho más fuertes que nosotros, mucho más fuertes», repitió.

Mientras tanto, el abogado fue a entrevistarse con el juez: «Intenté convencerle durante dos horas de que no tenía razón, que el MIRAD estaba a punto de declarar la zona reserva extractiva, que la autorización de tala era sólo una provocación inútil que excitaba los ánimos de los caucheros, pero no hubo nada que hacer. Argumentó que los *seringueiros* obstaculizaban la acción de la justicia y volvió a dar por escrito una autorización de tala de cincuenta hectáreas, justo lo que autorizaba la Ley. Entonces presenté una segunda denuncia, y le pedí que tuviera a bien reconsiderar la autorización que había dado y anularla. Me contestó que a partir de ese momento era un asunto que incumbía a la justicia federal de Rio Branco».

Una semana después, un télex de la sede central del Instituto Forestal ordenó suspender toda tala en zonas de conflicto. El gobierno reaccionaba a la creciente presión y publicidad que el caso estaba levantando en Acre y en Rio de Janeiro, donde el Partido Verde y el instituto de Mary Allegretti habían organizado una manifestación multitudinaria y varios actos de apoyo. «La única explicación posible para entender la actitud del juez de Xapurí —diría el abogado Natividade—, es que trabaja a sueldo de los terratenientes».

En junio, Chico y Raimundo se sustrajeron a la violencia de Acre durante unos días. Raimundo voló a Alemania para asistir a un encuentro de organizaciones ecologistas. En su maleta llevaba las camisas manchadas de sangre de los dos jóvenes acribillados a balazos en la sede del Instituto Forestal. Chico fue a Rio de Janeiro, donde los medios de comunicación le hicieron varias entrevistas y dio una conferencia en la Asociación de la Prensa. El Ayuntamiento de Rio le entregó las llaves de la ciudad en una solemne ceremonia. Era la primera vez que una institución brasileña reconocía su trabajo.

Pero esa atención que le prodigaban en su propio país llegaba demasiado tarde. En Xapurí, los acontecimientos seguían su curso, ajenos a lo que pudiera pasar en el resto de Brasil y del mundo. Los matones a sueldo de Darli y Alvarino iban en camioneta todos los días a la ciudad con el solo fin de sembrar el pánico. El personal del sindicato llegó a contar hasta treinta pistoleros apiñados junto a la camioneta F-1000 de la *fazenda* Paraná. Los hombres se paseaban por las calles buscando cualquier provocación, apuntando con sus revólveres a algún *seringueiro* o miembro del sindicato. Ilzamar prácticamente no salía de casa, ni dejaba a los niños jugar fuera. Vivía con las

ventanas cerradas desde el día en que, mientras Chico estaba de viaje, un grupo de matones se plantó frente a su domicilio. Entre ellos estaban los hijos de Darli, que no habían sido arrestados a pesar de que numerosos testigos los habían reconocido cuando dispararon desde la moto. Uno de ellos levantó su camisa para mostrar el revólver. Ilzamar cerró las ventanas y la puerta. «¿Quién manda en esta ciudad?», escuchó decir a los de fuera. «¿El personal del sindicato o nosotros?... Uno de los dos grupos va a tener que quedarse; el otro tendrá que irse, ¿no?». Ilzamar se echó a temblar, muerta de miedo, apoyada contra la puerta. Cuando los oyó marcharse, sintió que las fuerzas le abandonaban y se dejó caer al suelo, despacio, como si sus piernas fuesen de trapo. Derrumbada detrás de la puerta de su propia casa, rompió en sollozos.

Para Chico, Raimundo y Gilson —que se ocupaba ahora del área de educación—, la atmósfera se había hecho más pesada de lo que podían soportar. Pidieron al abogado Natividade que preparase un documento para entregar al gobernador del Estado de Acre. Era una carta que fue firmada por representantes de varias asociaciones de derechos humanos. Contenía una descripción de la escalada de la violencia y pedía que se iniciase una investigación seria en el caso del Instituto Forestal. La carta pretendía además que el gobernador tomase una serie de medidas para que la sangre no volviese a correr. El documento estuvo listo el 14 de junio y ese mismo día fue remitido al gobernador. El 18 de junio fue publicado en el diario *Gazeta do Acre*. Pero antes de que el periódico saliese a la venta, un nuevo crimen teñía de sangre la tierra de Acre.

Se llamaba Ivaïr Higinio, tenía 26 años, era cuadro sindical, monitor de una comunidad de la iglesia formada por Gilson, muy amigo de Chico y candidato a concejal. Estaba casado con una mujer muy guapa llamada Neuza y tenían una hija de un mes. Ivaïr no mantenía conflictos de tierra con sus vecinos y nadie le conocía enemigos. «Muy pobre, muy religioso, muy tranquilo —le describió Gilson—. Chico le apreciaba mucho y tenía la esperanza de que se convertiría en un líder importante». A las cinco de la mañana del 18 de junio, al salir de su casa para ordeñar su vaca, recibió ocho disparos y cayó de rodillas. Intentó levantarse y dejó tras él un hilo de sangre, pero le dispararon el tiro de gracia. Sus familiares, despertados por las detonaciones, salieron corriendo de la choza y vieron en la calzada una masa sanguinolenta y deformada. No muy lejos, había una botella de agua vacía y colillas, los únicos vestigios que los pistoleros habían dejado en su escondite. Según el pequeño Genesio, hijo adoptivo de Darli, fueron Tarci y Oloçi los que mataron a Ivaïr, mandados por su padre. Salieron por la noche en coche para recoger a una pareja de pistoleros que vivía en la *fazenda* Paraná y juntos habían tendido la emboscada al pobre campesino. El pequeño Genesio oyó comentar al regreso que habían hecho un buen trabajo.

Para colmo de provocación, al atardecer, los hermanos Alves entraron en la sala de la iglesia donde estaba expuesto el cuerpo de Ivaïr. *Nosso luto e nossa luta*^[91] rezaba un cartel colocado junto al féretro. Los padres y hermanos del campesino asesinado se irguieron en sus sillas y se hizo un silencio total. Los Alves tenían la mano sobre sus revólveres. Los desenfundaron para hacerlos brillar en la penumbra del velatorio. Se acercaron al cadáver y, con el cañón de un revólver, levantaron el sudario. «Sólo queremos contar los balazos», dijo uno de ellos. Luego abandonaron la sala despacio, haciendo resonar sus pasos, y al salir se echaron a reír. Un hermano de la víctima fue presa de un ataque de nervios y quiso correr tras los hijos de Darli, pero sus compañeros le sujetaron y le taparon la boca.

Los *seringueiros* hicieron nuevos llamamientos a la violencia. Querían reaccionar. Chico estaba muy nervioso. Cada vez le costaba más encontrar argumentos para mantener la calma y

empezó a pensar si no era conveniente armar una milicia. Sin embargo, exhortó a los suyos a no morder el anzuelo de la provocación: «Nuestra lucha siempre fue pacífica y continuará siéndolo. Soy el primero de la lista, y me siguen de cerca Raimundo, Gilson, Gumersindo, Osmarino... Redoblemos nuestra atención y no facilitemos el trabajo de los bandidos», dijo. La familia de Ivaïr le ayudó a pedir tranquilidad: «No queremos venganza —declaró la madre del campesino asesinado—. Sólo queremos que se hagan la justicia divina y terrestre, eso es todo». Apenas un párrafo salió en el periódico local, varios días después del atentado. Sin fotos, oculto en la página de sucesos. «Aquel asesinato no repercutió en la prensa —contaría un amigo de Gilson—. Tampoco hubo investigación policial porque no había testigos ni pruebas. Había sido un atentado directo contra Chico y Gilson, porque los terratenientes sabían que Ivaïr estaba muy próximo a ellos».

Aquel asesinato, unido a la moderación de los caucheros, fue contraproducente para los mandantes. El gobierno federal tomó cartas en el asunto y el propio ministro de la Reforma Agraria voló a Rio Branco para entrevistarse con el gobernador del Estado. En una reunión a la que Chico llevó a los padres y a la viuda de Ivaïr, el ministro firmó un decreto declarando los seringales Cachoeira, São Luis do Remanso y dos más, las primeras reservas extractivas de Brasil. El gobernador reconoció que la decisión fue tomada para alejar el espectro de la violencia. El Ministerio de Reforma Agraria, al reconocer el área de Cachoeira como ocupada por *seringueiros*, tuvo que indemnizar a Darli. El terrateniente declaró públicamente que el conflicto estaba zanjado y que estaba satisfecho con el arreglo. En privado, juró venganza.

Chico quiso anunciar la buena noticia a los que habían luchado en cuerpo y alma por conseguirla; quería ser el primero en decírselo a sus familiares. Después de tantos sacrificios y privaciones, por fin podía mostrar el resultado de toda una vida de dedicación a los suyos. «Puedes estar tranquila, tía —le dijo a Cecilia—. Ahora Cachoeira es nuestra». En su corazón se lo decía también a su padre, a su madre, a aquel soldado del caucho que de niño vio quemarse vivo a orillas del río, a su primer maestro Euclides, y a tantos otros a quienes dedicaba esa victoria sólo posible gracias a ellos. «Le voy a decir una cosa —le dijo a su tía—: Cachoeira va a costar más sangre todavía». Cecilia no se lo creyó. Pensó, como muchos otros, que la espiral de violencia se detendría. Pero cuando los acontecimientos dieron la razón a su sobrino, le volvieron aquellas palabras a la memoria. Y no las olvidaría jamás.

Para los *seringueiros*, la expropiación de Cachoeira inaugurando la implantación de las reservas extractivas, era la culminación de décadas de humillaciones, luchas, violencia y esperanza. Era el resultado de una larga evolución que había empezado con los primeros *empates* y culminado en un revolucionario concepto de la propiedad, en la que el Estado asumía la nuda propiedad de la tierra y los *seringueiros* el usufructo exclusivo. Los habitantes de la selva acababan de ganar 37.000 hectáreas de tierra. Frente a ellos se abría un futuro en el que finalmente podrían controlar su propio destino. Celebraron la victoria reuniéndose en la *colocação* de Joaquim y Cecilia, en el escenario del *empate* más largo y más tenso que jamás se conoció en la región. Una vaca, 45 gallinas y una docena de patos fueron sacrificados para la ocasión. El nuevo vicario de Xapurí, Padre Luis Ceppi, ofició misa bajo un mango centenario: «... Jesucristo fue crucificado. Dio hasta su última gota de sangre —dijo el vicario—. De la misma manera, la sangre derramada estos días debe ser el fermento de una nueva libertad. A nadie le gusta la idea

de morir, pero si ha de ocurrir, tiene que ser para crear más vida». Chico paseaba entre la asistencia con su hijo Sandino en brazos, mientras Ilzamar llevaba de la mano a Elenira. «Aun sabiendo que habrá más asesinatos porque la UDR no está contenta con nuestra primera victoria —dijo Chico—, no tenemos miedo». Pero su expresión de profunda preocupación, plasmada por la cámara de Adrian Cowell, le delataba. Estaba lívido, serio y tenso, y había adquirido la costumbre de mirar a sus alrededores como un pájaro acosado.

No muy lejos del seringal Cachoeira, en el caserón central de la *fazenda* Paraná, frente a unas botellas de *whisky* y mientras el pequeño Genesio atizaba el fuego de la churrascada, Darli conversaba con un grupo de amigos íntimos entre los que se encontraba João Branco, presidente de la UDR de Acre; Gastão Mota, expatrón de los Mendes, colaborador de la policía y, según se sospechaba, brazo ejecutivo de la UDR; y el antiguo comisario de Xapurí que ahora era uno de los jefazos de la policía civil de Rio Branco, un individuo llamado Enoch Pessoa. Darli había recibido una cantidad equivalente a cinco mil dólares por sus seis mil hectáreas expropiadas, pagaderos a veinte años en bonos del Estado: un mal negocio comparado con el que pensaba haber hecho. «Le preguntaron si iba a dejar el asunto de Cachoeira como estaba —contaría el pequeño Genesio—. “Me han quitado el seringal”, contestó Darli, “pero no les voy a dejar con vida”. Luego Darli les preguntó su opinión sobre la conveniencia de matar a Chico. João Branco alzó los hombros y dijo que si le mataba como había matado a los demás, podía hacerlo con toda tranquilidad; si necesitaba algo, estaba dispuesto a ayudar». Gastão Mota aprobó las palabras de Branco. En cuanto al jefe de policía Enoch Pessoa, no estaba tan preocupado por Chico Mendes como por Don Moacyr, a quien odiaba desde los tiempos en que el obispo había llegado a Acre. João Branco compartía los mismos sentimientos y cuando hablaba de Don Moacyr se refería al «*filho da puta ese*». Según ellos, en el obispo se encontraba la raíz de tanta subversión, de todos los males que amenazaban el desarrollo de la región.

Sabían perfectamente que sin la protección de la Iglesia, la rebelión de los pobres no hubiera llegado tan lejos. Sin el obispo no hubiera existido Chico Mendes, pensaban. Eliminarle era mucho más importante que suprimir a un líder rural como Chico, del cual se podría encargar eficazmente Darli, como había hecho con tantos otros caucheros. Sin embargo, asesinar al obispo exigía un talento implacable, porque era un trabajo que no admitía fallos. Era un golpe definitivo, el único que restablecería el orden en la maltrecha vida acreana. Había que esperar el momento adecuado, pero fue acordado que antes de terminar el año, ni Chico Mendes ni Moacyr Grechi formarían parte de este mundo.

En 1987, ante el recrudecimiento de la violencia rural en la Amazonia, un estudio del Ministerio de Reforma Agraria reconoció que la mayoría de los crímenes eran ordenados por especuladores, compañías de exploración mineral, empresas inmobiliarias y terratenientes. Considerando que un policía en Brasil cobra el sueldo mínimo (unas cinco mil pesetas al mes), el sector privado no tenía dificultad en suplir la creciente demanda de pistoleros profesionales reclutándolos en las comisarías. Esta nueva savia aportó una mayor sofisticación en los crímenes; se llegó hasta bombardear casas de *posseiros*. Las ciudades tampoco fueron inmunes a este aumento de la violencia. Rio Branco había visto sus problemas crecer en la misma proporción que su población que, de cuarenta mil habitantes en 1960, pasó a doscientos cincuenta mil en 1988. La miseria de sus extendidos barrios de chabolas y la proximidad con Bolivia eran un perfecto caldo de cultivo para el contrabando y la delincuencia. Si en la zona rural, la UDR aterrorizaba a la población, las ciudades vivieron el auge de una policía paralela conocida como Escuadrones de la Muerte. Su instigador en Rio Branco fue Enoch Pessoa, delegado de la policía civil, amigo íntimo de los hermanos Alves, un individuo con fama de torturador que había sido comisario en Xapurí de 1978 a 1983. Los testimonios de *seringueiros* y campesinos sobre las brutalidades cometidas en sus calabozos hablaban de palizas mortales (como al bracero Francisco Abdias da Silva, acusado de robar una vaca), de torturas con el *pau-de-arara* para conseguir delaciones, de jabón en los ojos, descargas eléctricas en los testículos e innumerables violaciones. Bastaba que una empleada doméstica, detenida bajo sospecha de robo, fuese denunciada para que Enoch y sus secuaces la sometiesen a toda clase de vejaciones. De su paso por Xapurí había quedado el recuerdo de un feroz inquisidor, de un funcionario que se metía indebidamente en los litigios sobre la *posse* de tierra favoreciendo siempre a los propietarios. Su fama de crueldad había provocado que un diputado, aún bajo el régimen militar, le tildase públicamente de sádico por su costumbre de obligar a unos presos a que pegaran a otros.

Nacido en la población acreana de Sena Madureira, hijo de un pastor pentecostal que era el presidente de la Asamblea de Dios de Acre, Enoch Pessoa había heredado de la mentalidad protestante una tendencia a la austeridad y un marcado gusto por el trabajo. Su afición no era hacerse rico, sino acumular poder y controlar los más recónditos aspectos de la vida de sus conciudadanos. A los 18 años había ingresado en la Guardia Territorial y, cuando el cuerpo fue disuelto, pidió su traslado a la policía civil, donde había subido por el escalafón hasta hacerse responsable de la *Delegacia de Roubos e Furtos* en Rio Branco. Casado y con seis hijos, sólo dejaba de trabajar para disfrutar de su granja los fines de semana. Pero con la edad, fue cambiando de *hobby*. Los sábados y domingos prefería recorrer Rio Branco en su taxi. No lo hacía por necesidad de dinero, sino porque al volante de su automóvil, escuchando las

conversaciones, se ponía al corriente de todo. Sus numerosos informadores, al reconocer su rostro picado de viruela, su pelo engominado y su nariz de boxeador al volante, le hacían una señal si tenían alguna novedad. Subían al coche y, mientras daban unas vueltas a la manzana, recibían nuevas órdenes. Mucha gente le apreciaba porque pensaban que sin él no existiría orden ni seguridad ciudadana. Sus colegas reconocían que vivía para su trabajo y que nunca abandonaba una investigación a medias. Enoch Pessoa siempre iba a fondo. Una gran obsesión motivaba su vida: limpiar la ciudad de delincuentes. Y estaba decidido a hacerlo, aunque él mismo tuviera que convertirse en el mayor delincuente.

Curas y misioneros habían sido los únicos en denunciar sus abusos. Don Moacyr lo hacía sistemáticamente, reclamando cuerpos desaparecidos, haciendo declaraciones a la prensa junto a testigos, pidiendo justicia y exigiendo el acatamiento de la ley. El afanoso policía se exasperaba y se vengaba calumniando al obispo. De todas las autoridades, Enoch Pessoa era el único en no saludarle con ocasión de algún acto oficial o simplemente cuando se cruzaban en la calle. Lo suyo era un odio profundo y abierto. Para el policía, el obispo era un comunista, un agitador que protegía a los enemigos del progreso, un delincuente más. Estaba convencido de que las cosas no cambiarían en Acre hasta que la influencia de esa Iglesia subversiva —que además no era la suya— fuese reducida drásticamente. Para eso era preciso eliminar al prelado. Contaba con el apoyo de los grandes terratenientes de Brasileia y Xapurí, cuyas inversiones se habían visto seriamente perjudicadas por la suspensión del asfaltado de la carretera.

En 1988 Brasil estaba todavía en plena transición política. Las elecciones presidenciales estaban previstas para 1990 y el poder central se debatía entre las exigencias de los que seguían reclamando una reforma agraria total y la radicalización de los propietarios. La convulsión política había creado un vacío de poder y la consiguiente pérdida de control de las instituciones del Estado. En Acre y desde su cargo en la policía civil, Enoch Pessoa vio a principios de 1988 la oportunidad de llenar ese vacío organizando sus propios Escuadrones de la Muerte. Eran grupos de las policías civil y militar, a los que luego se sumaron pistoleros profesionales, y cuya misión era acabar con la delincuencia sin detenciones ni juicios previos. Actuaban en la impunidad más absoluta, amparados por los políticos locales y la UDR, los otros dos pilares sobre los cuales reposaba el poder en la Amazonia.

Enoch consiguió reunir en el departamento de robos y hurtos un grupo eficaz formado por policías (Bolinha y Miranda), expolicías y simples delincuentes (Sear, Carlos Goiano y Luis Garimpeiro). Pero necesitaba más gente; había que aprovechar el momento. El 1 de marzo convocó a un policía de distrito llamado Ayala —confiaba en él; era duro y tenía sangre fría— y le propuso unirse al recién creado grupo. Ayala aceptó. Dos días más tarde, asesinaba a un ladronzuelo de barrio en la plaza Epaminondas Jácome, en pleno centro de Rio Branco a las dos de la tarde. Huyó como había venido: andando tranquilamente. Enoch prosiguió así su labor de reclutamiento hasta que alguien, probablemente Gastão Mota, le indicó un buen elemento recientemente llegado a Acre, un tipo del Nordeste que había trabajado en Pará. Necesitaba dinero con urgencia y estaba dispuesto a realizar cualquier tipo de servicio. Según sus informaciones, era un auténtico «gatillo de oro» que se había visto obligado a dejar la Amazonia oriental por razones «profesionales». Se llamaba José Alcimar Ribeiro dos Santos, pero era conocido como Pernambuco.

Después de su fracasada experiencia de buscador de oro, Pernambuco había vuelto a las andadas con más fuerza que nunca, empujado por un oscuro deseo de venganza contra la vida misma que parecía negarle otro papel que no fuese el de matón. Había llegado a considerar su experiencia con Tarzán como un agradable paréntesis en su vida, no como una posibilidad de encauzarla por otro camino. Al no poder eludir las proposiciones del capataz de Zé Rosaldo, el empresario-terrateniente, había pasado a formar parte del equipo de *pistoleiros* de una de sus fincas en el sur de Pará. Quince años después de haberse escapado de una *fazenda*, se encontró de nuevo en una finca donde imperaba el trabajo esclavo. Esta vez, sin embargo, estaba en el lugar de los vigilantes, apuntando con su fusil a unos pobres chavales que habían sido vilmente engañados. Tenía órdenes estrictas de disparar contra los que intentasen escapar.

Como no tenía intención de hacerlo, pensó en irse, pero en seguida se acordó del dentista de Altamira que había mandado matarle y tuvo miedo de que su nuevo patrón hiciese lo mismo. Además, no tenía donde caerse muerto. Por fin encontró una manera de zafarse de aquella desagradable tarea. Comentando con el capataz el hecho bien conocido de que la mayoría de matones de la finca disparaban mal, se le ocurrió ofrecerse para entrenarlos a condición de ser relevado de las tareas de vigilancia, una pérdida de tiempo para un pistolero de su calibre. Había categorías entre los matones y Pernambuco, gracias a su experiencia y puntería, se sentía parte de la flor y nata del gremio. El capataz estuvo de acuerdo y le dio todas las facilidades, incluido un cuarto privado en la *fazenda*. Respetaba a Pernambuco porque, aparte de ser un pistolero que a diez metros le acertaba a un casquillo de bala, había sido *garimpeiro* como el gran patrón Zé Rosaldo, y eso le confería un aura especial. Era escoria que por lo menos había intentado dejar de serlo.

Aprovechando una denuncia hecha por un esclavo fugado que paralizó durante una temporada los trabajos de tala, Pernambuco vio la oportunidad de marcharse a la ciudad. El capataz le recomendó en Imperatriz a una empresa de seguridad llamada La Solución, propiedad también del grupo de empresas del gran patrón Zé Rosaldo, y que en realidad escondía un negocio de alquiler de pistoleros. Imperatriz era la capital del sindicato del crimen que se había organizado en todo Brasil y que operaba desde despachos profesionales, bufetes de abogados o cafetines, según el tamaño de la población. Si alguien a cuatro mil kilómetros de distancia, por ejemplo, necesitaba un «servicio» bastaba con ponerse en contacto con alguna de esas tiendas especializadas: «Mándame un *cara* que nunca haya estado aquí y que sea de toda confianza». La Solución disponía de una tarifa de precios para los «servicios». El asesinato de un sindicalista rural costaba unos cientos de dólares. Los más caros eran los de jueces y obispos (más de veinte mil dólares). En todo Brasil el asesinato se había convertido en un negocio más, con su red especializada, algo así como las oficinas de distribución de flores. Se podían enviar asesinos a la otra punta de Brasil de la misma manera que mandar ramos de claveles a una novia o al entierro de una víctima.

Pernambuco se dedicó en cuerpo y alma a trabajar. Ya no lo hacía para ganar más dinero, como en su juventud, sino para colmar el vacío que sentía. Se consideraba un buen profesional y eso le ayudaba a no cuestionar su trabajo. Le gustaban los encargos difíciles y, cuando los obtenía, se complacía en planificar meticulosamente los atentados. Daba su carnet de identidad a un aprendiz y lo mandaba a un lugar lejano con instrucciones de traer recibos y facturas de hoteles y restaurantes y aquella prueba era su principal coartada en caso de que el asunto se torciera.

Procuraba llegar a la ciudad del atentado varios días antes para identificar a la víctima, observar sus desplazamientos rutinarios y escoger detenidamente el lugar y el momento de la emboscada. Le gustaba la pulcritud y la rapidez en el asesinato. «Matar —decía en sus borracheras— es un arte».

Viajó por todo Brasil y aceptó un encargo en Recife porque lo podía aprovechar para visitar a la familia. Todos sus hermanos habían emigrado; uno de ellos a São Paulo, donde trabajaba en una fábrica; los demás a varias ciudades del litoral. Casi no reconoció el lugar donde había pasado su infancia y se había iniciado en el manejo del revólver. Le pareció un sitio cochambroso, mísero, sucio y no entendió cómo pudo haberlo idealizado tanto en el recuerdo. Su madre, encorvada como un ave vieja, le obligó a dejar unas flores en la tumba de su padre, fallecido varios años antes. Tantas veces había reprochado a su padre el haberle mandado a la *fazenda* Junqueira, que le había quedado un amargo recuerdo del viejo. Ahora, sin embargo, le estaba agradecido por haberle sacado de aquel sitio inmundo donde la vida seguía dominada por el tedio, el calor y las moscas. Había menos sequía a causa de unas obras de irrigación y unos embalses construidos por el gobierno, pero la gente seguía tan pobre como siempre y sus primos y sus tíos no eran ninguna excepción. A su madre le mintió que vivía desahogadamente de la exploración de oro, que pensaba formar una familia en cuanto hubiera ganado suficiente dinero, pero a la buena mujer sólo le interesaba saber si su hijo comulgaba los domingos y se confesaba con asiduidad. El resto parecía tenerle sin cuidado, quizá porque ya tenía un pie en el otro mundo.

A pesar de la impunidad y la protección de que disfrutaban, el pistolero no era un trabajo sin riesgos. A finales de marzo de 1988, en La Solución le entregaron a Pernambuco una foto en blanco y negro de un individuo corpulento, alto y con gafas, que vivía en Marabá (Marabala, como se la conocía en Brasil). Pernambuco no tuvo mucha dificultad en encontrar a su víctima y empezó a seguirla. Era un individuo que no se correspondía con la víctima típica, ya que conducía un buen coche, frecuentaba restaurantes caros y vivía en un hotel. Como olfateó algo raro en el asunto, volvió a La Solución para cerciorarse de que no se trataba de un ajuste de cuentas entre poderosos de la zona. Evitaba siempre esos casos porque solían degenerar en *vendettas* en las que matones de ambos lados acababan librando una guerra sin cuartel. Le repitieron que se trataba de un abogado laboralista y, aunque también les extrañó lo del buen coche y las costumbres caras, no era raro que viviese en un hotel por cuestiones de seguridad. Así que Pernambuco volvió a Marabá y una noche, a la salida de un bar, vació el cargador sobre su víctima y huyó corriendo, pero varios testigos le vieron y le describieron: «Un tipo grande, con barba espesa, botas de cuero y ojos negros, muy juntos», decía el periódico al día siguiente, junto a un retrato robot de la cara de Pernambuco con bastante precisión. En otra página, junto al titular «Este hombre está vivo por error», salía la foto del abogado laboralista, un individuo asombrosamente parecido al hombre de negocios. Pernambuco había disparado contra el dueño de varios restaurantes y del hotel donde residía, amigo de todos los mandamases de la zona. Se maldijo por su equivocación y maldijo a los de La Solución por no haberle informado mejor. «Son gajes del oficio», le contestaron. Empezó a tener miedo de posibles represalias, pero los de La Solución eran demasiado profesionales como para dejar de valorar un pistolero como Pernambuco sólo a causa de un error. Decidieron mandarle lejos, allí donde no pudieran localizarle. Le dieron dinero, le llevaron a la Rodoviaria y le metieron en un autocar en dirección a Goiania. Allí tendría que meterse en otro

autocar durante tres días y cuatro noches hasta llegar al lugar más remoto de Brasil, Rio Branco, en el estado de Acre, donde nadie le reconocería y donde tendría trabajo asegurado.

Llegó a Rio Branco a finales de abril de 1988. Se alojó en el barrio *O Quinze*, del otro lado del río, en el destartado hotel Successor. Los primeros días no salió de su cuartucho. Todo había sido tan rápido y se sentía tan desorientado que necesitaba aislarse del mundo. Deprimido, sin ganas de vivir, no le apetecía conocer a nadie, ni empezar una nueva vida que sabía no iba a ofrecerle nada nuevo. El error de Marabá le había zarandeado el espíritu y le había hecho replantearse su vida. No entraba en consideraciones morales sobre la muerte de un inocente, porque eso no formaba parte de su esquema mental. La idea de meterse a carnicero volvió a pasarle por la cabeza pero le faltaba el estímulo que tuvo en su día. Le invadía una mezcla de agobio y cansancio. Estuvo cuatro días tumbado boca arriba en su camastro, ahorrando el más mínimo movimiento para evitar el calor, mirando las telarañas del techo y jugando con los aros de humo de sus cigarrillos que se volatilizaban al contacto con el aire del ventilador. Había llegado de Pará con lo puesto y una pequeña suma de dinero, y hasta que las ansias de hincar el diente a un solomillo no se hicieron apremiantes, no se enfrentó al hecho de que tenía que ganarse la vida. Como siempre, la inercia y la costumbre terminaron por imponerse a su maltrecha voluntad de regeneración. Cuando su hueco en el estómago y los intensos deseos de cerveza fría pudieron más que el profundo desprecio que sentía por sí mismo, decidió salir de su habitación.

Fue directamente al despacho de un abogado —una recomendación de La Solución— que le dio una serie de nombres, Gastão Mota y Enoch Pessoa entre otros. Luego se dedicó a recorrer Rio Branco, familiarizándose con sus calles, sus churrasquerías, sus puestos de *refrigerantes*, los rostros de sus hombres y las siluetas de sus mujeres. Era una urbe caótica como todas las ciudades amazónicas, pero había algo indefinible en el ambiente que no le gustó. No era la violencia que se palpaba como en el resto de las ciudades pioneras, sino una sensación opresiva. Lo achacó a que Rio Branco estaba lejos de todo. Era una isla rodeada por un mar de vegetación. En esta parte de la Amazonia no existían grandes ciudades que estuviesen a una distancia razonable como Belem o Marabá. Para perderse en el anonimato, cambiar de aires o distraerse durante unos días había que tomar un avión y volar durante horas hacia el sur, lo que resultaba caro y complicado.

Le costó acudir a la *Delegacia de Robos e Furtos* porque desconfiaba de los policías. Una cosa era presentarse en un despacho de abogados o en una empresa de seguridad como La Solución; otra, meterse directamente en la boca del lobo. ¿Y si era una trampa?, se preguntaba inquieto mientras cruzaba la plaza de la República en dirección a los edificios oscuros de la policía civil. Se tranquilizó cuando vio la confusión reinante; nadie le estaba esperando para detenerle. Conoció primero a Ayala, un individuo con cara de indio y complexión fuerte que le dio la bienvenida por estar ausente Enoch Pessoa. Los demás miembros del escuadrón deambulaban por varios despachos mal iluminados y sin ventanas, esperando órdenes del jefe o tramando sus

propios atentados. Pero eso Pernambuco todavía no lo sabía. Estaban presentes dos matones, Carlos Goiano y Luis Garimpeiro, que se felicitaron por el nuevo fichaje; el abogado que había recomendado a Pernambuco había mencionado su excelente puntería. Le dijeron que Acre era el lugar del futuro, que menuda suerte había tenido de llegar en tan buen momento que se abrían oportunidades infinitas de prosperar. Además dio justo en la diana al acudir al despacho del delegado Enoch, le dijeron, porque allí tenía la impunidad garantizada y el trabajo era limpio. A Enoch, que llegó más tarde, Pernambuco le soltó su frase habitual: «A mí tampoco me gustan los ladrones».

El núcleo formado en el despacho de Enoch tenía ambiciones de ser poderoso y exclusivo. A Pernambuco le molestó un poco que le vendiesen su pertenencia al grupo como si fuese un elegido de los dioses, pero lo imputó a la tradicional fanfarronería de los pistoleros. Carlos Goiano y Luis Garimpeiro eran megalómanos como todo matón, y mostraban un entusiasmo pueril que a Pernambuco le pareció estúpido. «No saben nada de la vida», pensó. Pernambuco había recorrido demasiado camino como para no entender que labrarse un lugar en la sociedad requería algo más que buena puntería y un 38. En el fondo despreciaba a esos seres que creían en lo que hacían, como él en otros tiempos. «Necesitan darse importancia —pensó—. Pero son unos vagos que se pasan el día urdiendo asesinatos, calumniando, bebiendo y *humilhando mulher*. Pura bazofia».

Al principio ni Pernambuco ni Ayala supieron dónde estaban metidos realmente. Los primeros atentados fueron rutinarios: un tiro a un conocido delincuente, una emboscada mortal a un presunto violador, una cuchillada a un ladrón, etc. Nada a lo que pudiesen objetar. Al contrario, les parecía estar haciendo una importante labor social, independientemente de que tal vez el violador nunca hubiera forzado a una mujer ni se hubieran probado los delitos del delincuente o el ladrón. La justicia era considerada un impedimento al normal discurrir de la vida. «Una mariconada», como la había definido Carlos Goiano, el más excitado y el más violento de todos. Pero poco a poco Pernambuco y Ayala empezaron a notar cambios en el comportamiento de sus colegas. Les sorprendieron varias veces en conciliábulos secretos que interrumpían cuando alguien se acercaba al despacho. Circulaban rumores de que los propios miembros del escuadrón robaban coches que revendían luego en Bolivia. También se decía que no sólo asesinaban a delincuentes, sino a rivales del hampa para controlar el pujante negocio del tráfico de cocaína. Pernambuco no se creyó esas historias, aunque estaba convencido de que hacían trabajos por su cuenta, aprovechándose de la cobertura de Enoch. Tenía la desagradable sensación de sentirse manipulado por esos rufianes, y eso le molestaba, precisamente ahora que trabajaba en la policía. Un día comentó sus impresiones con Ayala, teniendo mucho cuidado de no despertar suspicacias, por si el policía también formaba parte del grupo. Pero Ayala estaba indignado: «Ésta es la única comisaría de policía en el mundo que funciona al revés que las demás: aquí son los pistoleros-delincuentes los que dan las órdenes», dijo amargamente. A partir de ese momento empezaron a hacerse amigos. Ayala era el único con criterio propio y además era valiente, porque no vacilaba en discutir las órdenes de Enoch y en cuestionar los planes de Goiano y Garimpeiro. Al principio, Pernambuco pensó que las discusiones en el seno del grupo eran aceptadas de buen grado, pero poco a poco fue captando fragmentos de conversación que indicaban cierta inquina, aparte de una profunda diferencia de juicio entre los matones y Ayala. Entonces se abstuvo de dar su opinión y advirtió a Ayala de hacer lo mismo. Pero Ayala no le escuchó.

Rio Branco no era un lugar fácil para hacer amigos y Pernambuco se sentía solo. Disponía de tiempo libre y dinero para gastar, y se dedicó a recorrer los bares y prostíbulos, sin imaginar que una de esas incursiones nocturnas cambiaría su vida. Acre era conocido por importar pistoleros y exportar prostitutas. Había tantas que las casas de prostitución de Rio Branco se negaban a aceptar más mujeres. Como la oferta era muy superior a la demanda, sólo conseguían trabajo las más bellas; las otras terminaban por marcharse. La mayoría de las chicas eran menores de edad, según un proxeneta de Rio Branco llamado Machado y amigo de los matones del escuadrón. En su inmundo burdel del barrio de Papôco todas eran prácticamente niñas de 14, 13 y hasta 12 años. «Si tuviera que atender a todas las que vienen pidiendo un lugar donde vivir mientras ganan algo entregando su cuerpo —se quejaba Machado—, no me alcanzaría con todos los cuartos que tengo». En cada niña-prostituta de Rio Branco se escondía la misma historia de miseria, hambre, falta de educación, fuga de las garras de un hombre que las explotaba (hermano, padre o novio), problemas familiares, etc. La avalancha de prostitutas, en su mayoría hijas de *seringueiros* expulsados, había sido la consecuencia de la desarticulación de los *seringais* en los años setenta. Hasta entonces, la región había adolecido de una falta crónica de mujeres que empujaba a los *seringueiros* a abandonar sus calveros de la selva.

A Pernambuco no le gustaban las niñas. En varias ocasiones había terminado por dejarlas marchar antes de que se desabrocharan la blusa. Los cuerpecitos escuálidos apenas formados, a los que se añadía una timidez paralizante, le producían más pena que excitación. No ocurría así con Carlos Goiano o Luis Garimpeiro, que, a pesar de estar casados y tener hijos, eran asiduos de los burdeles más infames de la zona. No tenían reparos en llevarse a varias niñas a la vez, a las que hacían beber para que pudiesen soportar lo que les proponían.

Ayala era más refinado y le gustaba codearse con la élite. Fue él quien llevó a Pernambuco a un local donde se encontraban las mejores chicas y que era frecuentado por la alta sociedad de Rio Branco. En el *Anjo Mau* no había precio fijo para llevarse una mujer a la cama; las negociaciones eran secreto de alcoba. Tampoco eran prostitutas de pases cortos; eran las más guapas de la ciudad y había que tratarlas consecuentemente, invitándolas a tragos de *whisky*, a una buena cena y a un paseo en coche que solía terminar en el motel *Drink & Love*, situado a dos kilómetros del centro.

Pernambuco nunca olvidaría el *Anjo Mau* porque fue allí donde se enamoró por primera y única vez en su vida. La vio nada más llegar. Le pareció que le había estado esperando toda la vida, sentada a la barra americana con una copa, mirando hacia la entrada con aquellos ojos lánguidos y en forma de almendra, con una sonrisa que parecía venirle del alma, el cabello negro cayendo en bucles sobre sus hombros desnudos y la falda ajustada dejando ver unas piernas perfectamente formadas. Pernambuco fue directamente hacia ella.

—¿*Posso?* —preguntó señalando el banco.

Ella asintió con la cabeza y él se sentó, pidió dos *whiskies* y se la quedó mirando largo rato antes de hablar. Tenía ganas de abrazarla porque le parecía que la conocía, pero era imposible, aquella chica no había salido nunca de Acre y era demasiado joven para que la hubiese conocido. Dedujo que la había soñado.

No encontraba palabras para expresar el intenso placer que sentía al mirarla, ni tema de conversación para romper el hielo —la locuacidad no era una de sus cualidades—. Así que fue

directamente al grano:

—Quiero casarme contigo —le dijo.

Ella se rió. No todos los días entraban clientes que, antes siquiera de presentarse, le hacían proposiciones como la de ese grandullón que tenía algo de hosco en los ademanes pero un brillo en los ojos y una mirada altiva que le conferían dignidad de señor. Ella le observó detenidamente y con su primera frase le desarmó:

—No me gustan los matones —le dijo, siempre sonriente. Pernambuco abrió los ojos.

—«¿Cómo lo habrá adivinado?», se preguntó desconcertado.

—Trabajo en la *Delegacia de Roubos e Furtos* —balbuceó.

—¿Eres policía?

—Sí.

—Menos mal, porque si hubieras sido un matón, me habría ido al final de la barra. Los odio; cada día hay más en Rio Branco —prosiguió ella y bebió de su *whisky*, mientras Pernambuco tragaba saliva e intentaba cambiar de conversación.

—¿Cómo te llamas?

—Marina.

—¿Vives sola?

—Con mis padres. Pero tengo una hija...

—¿Tienes marido?

—No —dijo ella riéndose.

Aquella primera noche hablaron mucho. Pernambuco le inspiraba confianza y a la tercera copa ella comenzó a abrirle su corazón. Había sido *seringueira* como todas las putas de Rio Branco; llevaba diez años viviendo en la ciudad. Había trabajado de criada, de camarera, de campesina, de lavandera y de cocinera. Pero al final había acabado en «la vida»:

—¿Trabajar para qué?... ¿Para aguantar los abusos de *madame* y los pellizcos del señor? ¿Vivir por ahí pidiendo morada, partiéndose el espinazo a cambio de comida? No, para eso prefiero vivir como un perro... —le contó a Pernambuco, que rara vez escuchaba a las mujeres y cuando lo hacía era sólo para saber dónde, cómo y cuándo se acostarían. Con Marina era diferente. Quizá fuese su mezcla de juventud y de madurez, de belleza y de desamparo. Quizá fuese porque le recordaba a él mismo. Quizá porque simplemente necesitaba a alguien en quien confiar.

Salieron del *Anjo Mau* medio borrachos y fueron a cenar a una churrasquería de un barrio popular que a ella le gustaba más que los restaurantes caros frecuentados por abogados, hombres de negocios y lo que ella consideraba los libidinosos de la ciudad. Trataba a Pernambuco como un amigo porque, detrás de su fachada de hombre duro y fuerte, había adivinado un alma de perro callejero como la suya. Su experiencia con los hombres le había hecho aguzar un sexto sentido y raras veces se equivocaba, aunque en el caso de Pernambuco no cuadraba que fuese policía. Pero lo que tenían en común iba más allá de sus respectivas situaciones en la vida. En el fondo, ambos se dejaban llevar como balsas en un río porque no encontraban motivación para cambiar el curso de lo que parecía su destino. Ninguno de los dos tenía miedo a nada ni esperaba gran cosa del futuro.

—Para mí no quiero nada —le confesó Marina—. Sólo pienso en mi hija y le pido a Dios que tenga la suerte de poder estudiar, casarse y ser feliz. No como su madre.

Pero a medida que avanzaba la noche, y con la ayuda del alcohol, les fue invadiendo la euforia y afloraron a la superficie viejos deseos que parecían enterrados para siempre. Acabaron bailando hasta bien entrada la madrugada en el *Kaxinawá*, donde una orquesta al aire libre alternaba lambada con samba. Ebrios y enlazados, parecían una pareja de novios en lugar de una prostituta con su cliente.

—Mi sueño —dijo Marina en cierto momento de la noche— es juntarme con un hombre serio y vivir en una casita una vida tranquila, tener hijos y visitar a mis padres. Si supieran cómo me gano la vida, se morirían de tristeza.

Aquellas palabras conmovieron a Pernambuco, que comprendió que compartía el mismo deseo de una vida normal. Eran un par de marginados con el corazón hinchado de tristeza. Hubieran querido ser como todo el mundo, pero la vida les había negado ese privilegio. Él era un vulgar matón que por primera vez desde la niñez había pasado cuatro horas con una mujer sin tener una relación sexual. Con aquella chica que apoyaba su cabeza sobre su pecho, se sentía el hombre más dichoso del mundo. Sólo en una ocasión había sentido lo mismo, pero con mucha menos intensidad, en la boite *Lapinha* de Belem cuando pensaba que se haría rico extrayendo oro y que la vida le tenía reservada dicha y honra. Poco después había empezado la debacle que le había empujado de nuevo a los callejones del crimen. Ahora, un sentimiento de inseguridad y de peligro le corroía. Sentía pánico de que esa felicidad al alcance de la mano fuese como un espejismo que desaparecía al intentar cogerla. Cuando acabó la música en el *Kaxinawá* y Marina reparó en la hora, le entraron prisas por volver a casa. Nunca regresaba más tarde de la una, la hora en que cerraban los bares de los hoteles donde sus padres creían que trabajaba de camarera. Pernambuco le dio dinero para la carrera pero ella lo rechazó.

—Sólo acepto dinero de mis clientes, nunca de mis amigos —le dijo sonriendo. Pernambuco se quedó en medio de la calzada mirando el taxi desaparecer y soñando con verla de nuevo.

El taxi recorrió durante quince minutos las calles vacías y llenas de socavones hasta llegar al barrio de la *Estação Experimental*.

—Párese aquí —dijo ella al llegar a un grupo de chabolas a la entrada del barrio.

La muchacha bajó del taxi y se adentró por una callejuela hasta llegar a un garito que tenía el pomposo letrero de cafetería. Saludó a la dueña y, detrás de un tabique de madera, se quitó el traje ajustado y se puso unos pantalones y una blusa anodinos. Luego siguió caminando por un dédalo de callejuelas angostas que formaban el laberinto de aquel mísero barrio. Se detuvo frente a la puerta de una chabola. La abrió despacio y vio la silueta de su padre, sentado junto a la ventana y fumando. El viejo ya casi no podía dormir y pasaba las noches en la misma posición, perdido en sus recuerdos y esperando la llegada de su hija.

—¿Rosa? —preguntó el hombre.

—Sí, papá, soy yo.

—Estaba preocupado porque tardabas...

—Es que no encontraba taxi para volver —le dijo mientras le daba un beso y, de puntillas, apartaba la tela que hacía de tabique y se metía en la cama junto a su hija y a sus hermanos.

Alfredo Eustaquio encendió un cigarrillo y se preparó para pasar otra noche velando el sueño de los demás porque el suyo no llegaba, aunque el regreso de Rosa le relajaba y conseguía descansar. No le gustaba mucho el nuevo trabajo que su hija del alma había encontrado en un bar, pero aun así estaba contento porque en esos tiempos un empleo fijo escaseaba tanto como los

mapinguarís en la selva. Hubiera preferido que siguiera en la casa del ingeniero de São Paulo donde había sido tan feliz, ya que allí habían terminado de enseñarle a leer y escribir. Pero el ingeniero y su familia habían tenido que regresar al Sur y la pobre Rosa se había empleado con una familia cuyo hijo mayor la perseguía por los pasillos. Fue entonces cuando se metió de camarera en uno de los nuevos hoteles de Rio Branco. Ganaba un buen sueldo y eso, pensaba Alfredo, era señal de que la apreciaban en su trabajo.

Aquella misma madrugada, Chico Mendes se preparaba a viajar a Curitiba, donde su amiga Mary Allegretti había organizado una conferencia sobre las reservas extractivas a la que iban a asistir políticos y científicos. Lo que más le interesaba no era la conferencia, sino encontrarse con Genesio Natividade, el abogado del sindicato. Ante la inactividad de las autoridades, que cinco meses después del asesinato de Ivaïr y del tiroteo de los jóvenes en la sede del Instituto Forestal no habían iniciado investigación alguna, Chico decidió hurgar por su cuenta en el pasado de los hermanos Alves. El hilo que le permitió tirar del ovillo fue el nombre de la finca de Darli: *fazenda* Paraná, nombre del Estado donde había vivido con su hermano. Curitiba era su capital, y allí están durmiendo los archivos criminales. Como todo el mundo sabía que habían llegado a Acre huyendo de la justicia, el *seringueiro* creyó que podría utilizar el sistema judicial para devolverles a la cárcel.

«Yo sabía que la victoria final de la batalla que se libraba en Acre —así como la vida de Chico, Gilson, Raimundo y de todos los que estaban amenazados— dependía del resultado de mis investigaciones», contaría Natividade, que, durante la conferencia, se desplazó hasta la Oficina de Expedientes Penales para buscar el rastro de la sanguinaria familia. Allí se encontró con una lista interminable. Como el ordenador no hacía referencia a ningún caso que involucrara a los Alves, se metió en las entrañas de los inmensos ficheros, pero no encontró nada hasta que decidió consultar el archivo general. Una a una fue desgranando las fichas de todos los crímenes cometidos en los últimos cuarenta años. A punto de darse por vencido, encontró una ficha de Alvarino, con su foto de perfil y de frente cuando era joven. Asombrado, leyó que en 1962 Alvarino había resistido solo y durante diez horas un ataque de la policía que iba a detenerle por el asesinato de un campesino. El expediente completo se encontraba en la ciudad de Umuarama, donde los Alves residían antes de trasladarse a Acre. Cuando Natividade regresó a casa de Mary y contó lo que había descubierto, Chico saltó de alegría: «¡Ahora sí que les tenemos!», dijo.

El 19 de septiembre de 1988 Natividade recorrió los seiscientos kilómetros que separaban Curitiba de Umuarama, al noroeste del Paraná. Veinticinco años antes, Alvarino Alves había hecho el mismo recorrido en sentido contrario dentro de un furgón celular tras haberse rendido a la policía con garantías de no ser maltratado, unas garantías que nunca se cumplieron. En Umuarama, la gente recordaba todavía a los Alves como una pesadilla lejana. Natividade tuvo un golpe de suerte: el fiscal había sido compañero suyo de universidad y le ayudó a encontrar el expediente completo, más de cuatrocientas páginas de valiosa información sobre el pasado criminal de la familia. También le presentó al juez de la comarca, un individuo a quien no se le habían olvidado las proezas delictivas de los Alves: «Me dijo que le entregase los documentos pertinentes y al día siguiente emitió una orden de arresto y me entregó dos cartas pidiendo al juez

de Xapurí la detención inmediata de los hermanos».

Volvió a Curitiba, donde se reunió con Chico, Mary y otros para discutir la estrategia a adoptar. Chico estaba eufórico; pensaba que su disputa con los Alves estaba a punto de finalizar. Los demás eran más escépticos. Había el problema de conseguir su arresto antes de que se conociera la orden del juez, en cuyo caso los amigos de Chico estaban convencidos de que Darli le mataría inmediatamente. Natividade sabía que uno de los hijos de Darli salía con una de las secretarías del tribunal de Xapurí, donde aquel juez corrupto reinaba de manera absoluta. No se podía usar ese canal para entregar la orden, como tampoco se podía utilizar la policía de Xapurí, cuyo jefe era amigo de los Alves, y donde trabajaba otro de los numerosos hijos de Darli, un tal Odilón Alves. La decisión fue dejada en manos de Chico, que insistió en presentar los documentos a la policía federal de Rio Branco. El 25 de septiembre, Mary y Natividade tomaron el avión para encontrarse con Chico en Acre. Preocupados de que la policía federal no cumpliera las órdenes inmediatamente, decidieron pedir al obispo Don Moacyr su intervención para dar al asunto un aire de formalidad. «Les dije que tenía una buena relación con Mauro Spósito, jefe de la policía federal, y que podían contar conmigo para efectuar el trámite», contaría Don Moacyr. El obispo se puso inmediatamente en contacto con Mauro Spósito. Chico se acordaba muy bien de los largos interrogatorios a los que le había sometido ese policía sibilino, elegante y maquiavélico que había dirigido la represión de los *seringueiros* después del asesinato de Wilson Pinheiro. A las dos de la tarde del 27 de septiembre les recibió en el cuartel de la policía federal, un edificio blanco con un pequeño jardín. Tenía el pelo engominado y, como siempre, iba impecablemente vestido. «Charlamos cordialmente durante más de una hora —recuerda Natividade—. Parecía preocupado por la tensión en Xapurí y prometió cumplir en seguida la orden de arresto».

Chico y el abogado salieron de allí relajados y contentos, convencidos de que habían logrado meter en chirona a los Alves. Pero nada más cruzar la calle, se les heló la sonrisa: «¡Genesio, mira!», dijo Chico señalando la acera de enfrente. Apoyado sobre la barra del Bar Gregorio estaba Darli, con sus gruesas gafas y su sombrero de vaquero, bebiendo una cerveza. Nervioso, Chico quiso ir a avisar a Spósito, pero el abogado, temiendo que Darli lo viera, sugirió ir hasta el hotel donde se alojaba Mary. Al llegar a su habitación, Chico se precipitó al teléfono. Spósito estaba supuestamente reunido y no se puso al aparato; le atendió un subordinado. Chico le rogó que no perdiera tiempo, que arrestase a Darli en el bar de enfrente. Pero el policía se limitó a asegurarle que «tomarían sin dilación las medidas adecuadas», lo que significaba que no le arrestarían en ese momento. Cuando Chico colgó el auricular, miró a Mary y a Genesio con ojos de desamparo. A partir de ese momento, supo que tendría que pagar un precio muy alto por haber confiado en la justicia.

A principios de octubre, Gastão Mota se encontró con su viejo amigo Darli Alves a la salida del Banco Bradesco en Rio Branco: «Me dijo que estaba muy preocupado por una orden de arresto que había llegado de Paraná contra él y su hermano. ¿Qué vas a hacer ahora, compadre?, le pregunté. Me dijo que no estaba seguro, que esperaba noticias de su abogado». Darli le dijo que había sido avisado por su cuñado del Paraná, que se había enterado de la orden de arresto por un artículo escrito precisamente por una amiga de Chico y de Mary Allegretti, la periodista Malu Maranhão. Otros pensaron que su hijo Odilón, empleado en la comisaría de Xapurí, había tenido tiempo de dar la voz de alarma. Pero Chico estaba convencido de que era Mauro Spósito quien

había facilitado la fuga de los bandidos; según descubrió más tarde el jefe de policía era amigo personal de Alvarino.

El 13 de octubre, más de quince días después de la visita a Mauro Spósito, la orden de arresto fue entregada al nuevo juez de Xapurí, Adair Longhini. Menos de una hora después de recibirlo, el joven juez escribió de su puño y letra una nueva orden para evitar que un pariente de los Alves empleado en el tribunal alertase a Darli o Alvarino. Pero ya era demasiado tarde. Los policías que el juez envió a la *fazenda* Paraná no encontraron a ninguno de los hermanos. Según se supo después, se habían escondido en Bolivia, desde donde lanzaron el macabro anuncio de que no volverían hasta que Chico estuviera en la tumba.

A fines de octubre, los Alves seguían sin aparecer y la policía había cesado de perseguirles. La federal apenas disponía de efectivos y la militar se limitó a dejar unos guardas en la finca. La inmensidad de la selva, que había sido el mejor refugio para los *seringueiros* perseguidos, lo era también ahora para sus asesinos. Se sabía que los Alves hacían breves incursiones a sus fincas, generalmente de noche, para visitar a sus mujeres. Darli puso a su hijo Oloçi a cargo de la *fazenda* y Tarci fue encargado de llevarle víveres y de mantenerle al tanto de lo que ocurría en la ciudad, mientras él y su hermano planeaban su venganza, escondidos en la densa vegetación.

«Chico, vámonos de aquí una temporada», le decía su mujer, que vivía pendiente de cada ruido, de cada sombra, de cada movimiento. El peligro constante había relegado al olvido las pasadas rencillas matrimoniales. Ilzamar había entendido el alcance de la lucha de su marido y vacilaba entre participar más activamente en ella o persuadirle de abandonar, por lo menos hasta que el problema con los Alves se solucionase. «Te prometo que después de las elecciones o a principios de año, a lo más tardar, iremos a un seringal a pasar varios meses. Quiero volver a recolectar caucho y castañas. Necesito estar en la selva... —le dijo Chico a su mujer—. Pero entiende que ahora tengo que estar aquí. ¿Qué clase de hombre sería si me dejase amedrentar por unos bandidos?».

A los demás les decía invariablemente que sólo un cobarde abandonaría en ese momento.

—No puedo huir. Hay algo dentro de mí que me impide irme —confesó a la hermana Zelia.

—Hazlo, aunque sólo sea hasta que las cosas se calmen un poco —insistió ella.

—Tarde o temprano darán conmigo —zanjó Chico—. Y no estoy dispuesto a caer sin luchar.

La creciente atención nacional e internacional le hacía sentirse protegido. El 20 de octubre viajó a Rio de Janeiro para una ceremonia en la que iba a ser nombrado ciudadano honorario de la ciudad. Mary le ayudó a redactar su discurso. «Quiero leer —le dijo a su amiga—. En estas ocasiones solemnes la gente lee».

Sus amigos le hicieron un gran homenaje. El alcalde de la ciudad y numerosas personalidades enmendaban así el retraso de Brasil en reconocer a uno de sus personajes más significativos. Chico estaba emocionado, y su discurso recibió una fuerte ovación. Al terminar, se acercó a Mary para darle las gracias. Como siempre, quería compartir su dicha con aquella mujercita valiente que había consagrado sus mejores años a la causa de los *seringueiros*. Ella le rogó que no regresase a Acre como tenía previsto. Pero Chico le recordó que había elecciones el 15 de noviembre y que tenía que hacer campaña para la candidatura de su amigo Gilson Pescador. El expadre había construido, con la ayuda de Josué, el amigo de infancia de Chico con quien se encontró de casualidad mientras le perseguían por las calles de Rio Branco, catorce escuelas en

menos de un año. Gilson se disponía a capitalizar su popularidad, que no había cesado de aumentar desde su ruptura con la Iglesia, presentándose como candidato a la alcaldía por el PT. «Si perdemos —le dijo Chico a Mary—, a lo mejor me voy a Rondonia un par de años para organizar allí el movimiento de *seringueiros*». Pero Mary pensó que se lo decía más para tranquilizarla que por convicción propia. Al despedirse, la mujer sintió una indefinible sensación de angustia. Temía que fuese la última vez que le vería.

Chico sabía que no ganaría la batalla definitiva hasta sentirse libre y seguro en su propia casa, como lo era en las calles de Rio de Janeiro o de São Paulo. La esperanza de esta última conquista le daba ánimos, pero se derrumbaba en cuanto volvía a sentirse como un animal acosado. Como todos los condenados a muerte, o los enfermos desahuciados, pasaba de un optimismo exagerado a una profunda desesperación. Su humor oscilaba entre esos dos polos y cuando parecía anclarse definitivamente en una serenidad apacible, un nuevo e inesperado acontecimiento le devolvía a las tinieblas del terror. Nada más subir al coche de un compañero que había ido a buscarle al aeropuerto de Rio Branco, se dio cuenta de que dos hombres —uno de ellos alto y con barba— le seguían en un Volkswagen negro. Dieron varias vueltas por la ciudad, y el coche negro continuó pisándoles los talones hasta que por fin abandonó la persecución. Chico decidió refugiarse en casa de su amigo el enfermero Paulo Klein, y aguardar a la noche para reanudar el contacto con sus compañeros. Éstos organizaron un auténtico sistema de seguridad para llevar a su líder hasta Xapurí. Chico tenía prisa por llegar. Quería compartir con su familia y sus compañeros la alegría de los honores recibidos antes de que un tiro le impidiese hacerlo.

Uno de los individuos sentados en el Volkswagen negro era Pernambuco. No había iniciado la persecución con el fin de disparar contra Chico, sino solamente para reconocer a la víctima, ya que apenas había tenido tiempo de verle al salir de la terminal. Las cabezas de Moacyr Grechi y Chico Mendes habían sido puestas a precio y todos los pistoleros de Acre sabían que ambos trabajos estarían bien pagados. En la *Delegacia de Roubos e Furtos* se hablaba abiertamente de atentar contra el obispo colocando una bomba bajo su automóvil. Según los miembros del escuadrón, era la manera más segura de acabar con el prelado.

En cuanto a Chico Mendes, las élites sociales y policiales de Acre, que nunca supieron calibrar su creciente proyección nacional e internacional, seguían pensando que su muerte no merecía complicarse demasiado. Lo importante por el momento era mantener la presión y la intimidación para aterrorizarlo. Sólo era una cuestión de tiempo el que Darli Alves u otro pistolero borrarse del mapa a ese individuo barrigudo, con ojos un poco saltones y el bigote espeso, cuyas facciones Pernambuco apenas pudo retener en su memoria. Quería adelantarse a la competencia, porque sabía que por lo menos cinco equipos de pistoleros habían sido contactados por Luis Garimpeiro y un empleado de la *fazenda* Paraná llamado Mineirinho. La veda estaba abierta y el que consiguiese a cualquiera de los dos se aseguraría un lugar de honor entre los pistoleros de Acre.

Pernambuco no deseaba honores de pistolero. Para él era una oportunidad única de comenzar una nueva vida, lejos de aquella tierra, con aquella hija de *seringueiro* de la cual se había enamorado. Quería sacarla a toda costa de aquella vida. Le torturaba la idea de que Marina estuviera entreteniéndolo a otros hombres mientras él hacía sus rondas nocturnas por los arrabales de Rio Branco. Varias veces había intentado que lo dejase, la última después de haber descubierto que ella sabía leer y escribir. Si ya era una cualidad que admiraba en los hombres, en una mujer le

parecía aún más digno de mérito. Pernambuco llegó a ofrecerle todo el dinero que ganaba y le pedía que viviesen juntos pero Marina siempre rechazaba sus proposiciones. Sospechaba algo sobre las actividades de Pernambuco. Rio Branco es un lugar pequeño y varias amigas del barrio le habían dicho: «Es un pistolero que trabaja para Enoch. Un canalla del Escuadrón de la Muerte que anda matando a inocentes». No es que las putas tuvieran prejuicios en cuanto a sus clientes, pero Marina era *seringueira* antes que prostituta, y nunca se hubiera perdonado el enamorarse de un matón como los que arrasaron la *colocação* familiar y de paso prendieron fuego a sus sueños de niña. Le había contado todo eso a Pernambuco, que por primera vez reparó en el infranqueable abismo que les separaba en ese lejano rincón de la Amazonia. «Soy un policía civil adscrito a la *Delegacia de Roubos e Furtos*», se había apresurado en contestar, pensando que más valía que no hubieran vivido juntos en la ciudad porque entonces ella se hubiera enterado de todo. La única solución era marcharse lo más lejos posible de esa tierra de odios y rencores que amenazaba con sepultarlos a todos. «Vámonos al Sur —le propuso un día Pernambuco, mientras paseaban a orillas del río Acre—. Vámonos a alguna ciudad pequeña a vivir en una casita tranquila». La muchacha le miró con ojos agradecidos y luminosos y entonces Pernambuco supo que aquella sería la única manera de conseguirla. En seguida lo planeó todo. Abrirían una carnicería. No tuvo dificultad en convencerla de sus habilidades de matarife. Le contó su experiencia en Altamira con profusión de detalles sobre las partes de un cebú. Le explicó el negocio, el porcentaje de ganancias, la carne más rentable, el aprovisionamiento, la conservación. Le hubiera podido proponer algo más romántico como la búsqueda de oro, pero acordándose de sus correrías por los burdeles pensó que aquello no era vida para una mujer decente ni para una familia respetable. Además, Marina no quería lanzarse a lo desconocido. Quería seguridad, como todas las mujeres, por eso le había entusiasmado la idea de la carnicería, un negocio estable que proporcionaría ingresos regulares. A partir de ahí, todo era posible.

Juntos forjaron un sueño que se convirtió en una meta común. Poco a poco fueron centrando todas sus conversaciones en el futuro de felicidad que les esperaba en algún lugar del Sur donde la gente ni se odiaba ni se mataba como en la Amazonia, donde había invierno y verano, ciudades con parques y playas oceánicas. Ambos se sentían con fuerza para emprender aquel viaje hacia la normalidad. El matón y la prostituta se habían creado un porvenir a su medida. Alcanzarlo antes de que una bala vengativa le sesgase un tímpano, o antes de que Marina se enterase de sus actividades, fue convirtiéndose en una prioridad para Pernambuco.

Por eso tenía prisa. Aunque en su fuero interno estaba decidido a decirle la verdad sobre su pasado una vez hubieran normalizado sus vidas, por ahora no se lo podía permitir; el sueño de felicidad común era tan frágil que había que materializarlo antes de que saltase en pedazos. Necesitaba ganar dinero, lo que le obligaba a calibrar detenidamente todas las oportunidades, incluso los atentados contra Chico Mendes y el obispo. Había llegado la hora de dar un golpe definitivo que sería su despedida del mundo del crimen. El amor de Marina era la motivación que le había faltado en su vida para librarse del yugo de la violencia. Ahora se enfrentaba a la paradoja de tener que matar para dejar de seguir matando.

* * * *

La situación en la *Delegacia* de Enoch se deterioraba rápidamente. La espiral de violencia que el Escuadrón de la Muerte había desencadenado llegó a alarmar profundamente a la opinión pública. Según la prensa, más de 20 asesinatos y un sinnúmero de detenciones arbitrarias, sesiones de tortura y violaciones tuvieron lugar en el verano de 1988. Según Ayala, fueron más de sesenta los asesinatos cometidos en aquel lapso de tiempo. La frontera entre policías y matones se había borrado por completo. Tal y como se sospechaba, Carlos Goiano y Luis Garimpeiro eran truhanes sanguinarios, delincuentes comunes que acababan teniendo más poder que los propios policías.

La naturaleza de los asesinatos había ido cambiando paulatinamente. La *Gazeta do Acre* había pasado de publicar noticias como: «Otro cadáver acribillado: era asaltante, violador y traficante de tóxicos» a «los policías Miranda y Bolinha, por órdenes de Enoch Pessoa, sometieron durante más de una hora a Ronaldo Andrade, de 18 años, a una sesión de *pau-de-arara*. Los padres de la Diócesis de Rio Branco han pedido el castigo de los responsables». Pronto aparecieron publicados casos de desaparecidos, de cadáveres que no tenían nada que ver con el hampa y de los cuales ni Ayala ni Pernambuco sabían nada. Tanta impunidad terminó por hacer perder los estribos a los duros del escuadrón, que se comportaban como una jauría salvaje. La primera prueba de ello la tuvo Ayala al ver llegar a Carlos Goiano con la oreja de Wilson Claudio, un conocido homosexual que no era delincuente. Otro día, Carlos Goiano descargó su revólver contra un taxista que le traía a la *Delegacia* a las dos de la mañana, sin motivo aparente. «Decía que si un día se levantaba con ganas de matar, se acostaba habiendo matado», contaría Ayala. Los demás eran aún peores. Miranda y Bolinha tenían preferencias por torturar mujeres, a lo que se dedicaban en los sótanos de la *Delegacia* durante las largas tardes de calor. El más cruel era el policía Sear Jazub, «un Mengele, un psicópata», como le definió Ayala. Era sádico, capaz de cortar los testículos a su víctima antes de dispararle a quemarropa o, como hizo en una ocasión, decapitar a un ladrón y lanzar su cabeza por la ventana de su casa, haciendo estallar los cristales como una bomba en la quietud nocturna de la barriada.

Amparados por la seguridad de que nunca les pasaría nada, los pistoleros y matones se habían hecho incontrolables. «Si te acostumbras a matar, llega el momento en que lo echas de menos —reconoció Pernambuco en una ocasión—. Hay días en que uno se despierta con ganas de cargarse a alguien, así, por las buenas». Pero una cosa era matar limpiamente a un conocido delincuente, y otra bien distinta regocijarse con la muerte. Los miembros más violentos del escuadrón se dedicaron a llenar el vacío dejado por los delincuentes, una vez que el objetivo inicial de limpiar la ciudad fue cumplido. Goiano y Garimpeiro volvieron a su especialidad de robar coches para revenderlos en Bolivia. En una ocasión vendieron un coche robado a un joven de Rio Branco que pagó un pequeño adelanto y una letra. En seguida Goiano pidió a Sear Jazub —empedernido consumidor y traficante de cocaína— que matase al joven para recuperar el coche y venderlo de nuevo. Sear le hizo el favor, y se repartieron el dinero de la venta del automóvil. Sólo Ayala y Pernambuco permanecían al margen de esos trapicheos. Estaban furiosos y preocupados por haber sido manipulados y arrinconados en la peligrosa posición de saber demasiado. Además, se sentían traicionados en su dignidad. Pernambuco no se consideraba un vulgar delincuente: al contrario, la motivación de su vida de matón había sido «el odio hacia el ladrón». Y ahora resultaba que estaba asociado a la peor gentuza. No sólo tenía pavor de que Marina se enterase antes de que se lo pudiese contar todo, sino que temía —como Ayala— acabar siendo víctima de aquella violencia. Tanto él como Ayala fueron testigos de cómo Goiano y Garimpeiro empezaron a tramarse golpes de

mayor audacia contra personas a las que podían robar algo más valioso de lo que poseyeran los simples delincuentes. En su ambición desenfrenada, cometieron el error de atentar contra empresarios y terratenientes, saltándose la regla básica de no robar a quien te da de comer. Así añadieron todavía más tensión a la atmósfera de locura sanguinaria que reinaba en Acre, en medio de la cual la suerte de Chico Mendes era sólo una trama más.

El 22 de octubre de 1988, sin que Ayala o Pernambuco participasen, el escuadrón secuestró un camión con más de diez toneladas de caucho y lo desvió hacia Porto Velho, la capital de Rondonia situada a más de 600 km. Carlos Goiano y Luis Garimpeiro se habían puesto de acuerdo con el camionero para repartirse el botín. Cuando el dueño del camión, un empresario y terrateniente llamado Jorge Moura, se enteró del robo, mandó a sus propios hombres a investigar. Encontraron el camión pero no recuperaron el caucho. Cogieron al camionero y lo entregaron a Enoch, quien aseguró al terrateniente que conseguiría recuperar toda la mercancía. El camionero no reveló quiénes habían sido sus cómplices porque sabía que le costaría la vida. Al día siguiente, para su gran sorpresa, el terrateniente se enteró de que el camionero había sido puesto en libertad; entonces empezó a sospechar que Enoch estaba involucrado en el caso. Decidido a llegar hasta el fondo del asunto, se puso en contacto con Ayala, con quien tenía confianza. Ayala le hizo partícipe de sus inquietudes sobre los hombres de Enoch y le dijo que probablemente ellos habrían liberado al camionero.

El camionero llamó a Ayala el día 25 de octubre y le dejó recado de que quería hablar con él. Pero cuando Ayala fue a la cita, se encontró con el camionero muerto y desfigurado. «Reconocí la obra de Sear. Le faltaba una oreja. Era un típico caso de quema de archivo; el camionero sabía demasiado», diría Ayala. Fue al despacho de Enoch y le contó lo sucedido, pero Enoch no mostró ningún interés en escucharle. Entonces Ayala no pudo contenerse:

—Yo no quiero participar en las barbaridades que se están haciendo desde este despacho... —le espetó.

Enoch alzó la vista y se le quedó mirando por encima de sus gafas.

—¿Tienes pruebas de lo que dices? —le preguntó impasible, a sabiendas de que Ayala no tenía pruebas suficientes como para llevar el caso a la justicia, lo único que de verdad le hubiera importado.

—No, pero sabes de lo que te estoy hablando...

—Yo no sé nada —dijo Enoch alzando los hombros y dando por terminada la conversación.

Enoch Pessoa puso a un honrado policía de 27 años llamado Nilson de Oliveira, instructor de judo en sus ratos libres, a cargo del caso del camión para no atraer hacia su departamento la enemistad de ningún terrateniente. En sus investigaciones, el detective Nilson habló con Ayala y con Pernambuco, que le contaron lo que sabían sobre el contrabando de vehículos con Bolivia y las atrocidades cometidas por aquellos bandidos. Nilson acabó recuperando gran parte del caucho robado. Enoch Pessoa pensó entonces que el terrateniente quedaría satisfecho. Pero éste quería recuperarlo todo y además estaba empeñado en descubrir a los autores del robo. Filtró a la prensa el rumor de que Enoch estaba encubriendo a un peligroso grupo de criminales y que tenía

problemas para controlar a sus propios hombres. La prensa se hizo eco del escándalo y acusó a Enoch de ser el responsable de los Escuadrones de la Muerte, dos palabras que se habían hecho familiares en los periódicos locales. Enoch fue amonestado por el jefe de la Seguridad Pública, un individuo de dudosa reputación llamado Castelo Branco.

Jorge Moura, dueño del camión robado, era consciente del riesgo que corría al hacer sus declaraciones y enfrentarse a Enoch Pessoa. Decidió encerrarse en su casa, rodeado de un nutrido servicio de seguridad, en el más puro estilo de los *westerns*, excepto que esto ocurría a finales del siglo XX y no en 1850. El 13 de noviembre de 1988, a la una de la madrugada, el Escuadrón de la Muerte de Enoch se dirigió a su *fazenda* para acabar con él. Esperaban encontrarse con alguna clase de resistencia, pero su sorpresa fue total al toparse con un pequeño ejército de pistoleros contratados por el terrateniente. Se libró una batalla durante más de dos horas, al cabo de las cuales los atacantes tuvieron que retirarse. Nunca nadie volvió a ver a Carlos Goiano con vida, ni tampoco se encontró su cadáver. Según Ayala y el detective Nilson, fue herido de gravedad y, como no le podían transportar ni dejar allí, Garimpeiro le dio un tiro de gracia para guardar el secreto y mantener la impunidad. Luego hizo desaparecer el cuerpo.

Unos días más tarde, Pernambuco sorprendió una charla en la que hablaban de cargarse al Indio, como se conocía a Ayala. Estimaban que era peligroso tener en el escuadrón a alguien tan abiertamente opuesto a lo que estaban haciendo. Pernambuco se encontró frente a un dilema. Si ponía a su amigo Ayala bajo aviso, corría el riesgo de que lo mataran. Tenía miedo de que la situación degenerase en una batalla entre matones que le impediría efectuar un par de «buenos servicios» y largarse. Por otra parte, si no le decía nada a Ayala, sabía que se arrepentiría toda la vida. Una cosa era matar desconocidos; otra muy distinta, y bastante más grave en su código particular, era ser desleal con los amigos. Al final, se lo contó a Ayala, que no se sorprendió porque ya había notado que le estaban siguiendo.

—Si no controlas las cosas, si dejas que tipos como Sear me persigan para matarme —le dijo Ayala a Enoch en la última entrevista que mantuvieron—, yo también voy a crear un grupo de asesinos.

Enoch, imperturbable, volvió a mirarle por encima de las gafas como siempre hacía.

—Pues morirá mucha gente —le contestó cínicamente.

Ese día Ayala se fue del despacho dando un portazo. Sabía que estaba condenado. No creó ningún grupo de pistoleros porque no tenía ni dinero ni poder ni ganas de hacerlo. Se limitó a sobrevivir como un topo hasta que tuvo la oportunidad de hablar.

Pernambuco se quedó solo en medio de un grupo de delincuentes enloquecidos que empezaron a pelearse entre sí a medida que hilvanaban venganzas y ajustes de cuentas. El 30 de noviembre la *Gazeta do Acre* informó sobre la desaparición de un policía militar: «Se sospecha que policías civiles están involucrados en su desaparición». El 1 de diciembre la prensa publicó en primera página: «Policías civil y militar en guerra por la muerte de un soldado». El día 7 de diciembre, la *Gazeta* titulaba: «Los policías civiles y militares integrantes del Escuadrón de la Muerte se están matando entre ellos. El clima es cada vez más tenso». Conscientes de que la impunidad iba a acabar pronto, mataban a todo aquel que sabía demasiado.

Entonces Ayala hizo lo único que podía hacer para protegerse: denunció ante el juez todo lo que sabía, todo lo que había visto durante los diez meses que había trabajado en la *Delegacia de Roubos e Furtos*. «El juez me ofreció protección, pero le dije que no quería, que sólo quería el

derecho de andar armado porque, le dije, si ellos saben matar, yo también sé», diría Ayala. También le enseñó al juez una copia de un documento que circulaba entre los matones del escuadrón, una lista negra impresa en papel de ordenador. El primer nombre era el de Moacyr Grechi. El juez avisó al obispo, quien no pareció asombrado. Su nombre había encabezado todas las listas negras de Acre de los últimos veinte años. Había sobrevivido a numerosas amenazas, tres de ellas consideradas tan serias que el propio ministro del Interior del gobierno Geisel le había aconsejado dejar su puesto por una temporada, a lo que Don Moacyr se había negado con firmeza.

* * * *

A ciento cincuenta kilómetros de allí, dos días después de las elecciones en las que Gilson perdió la alcaldía por el estrecho margen de cincuenta votos, Chico Mendes, exasperado por el mal funcionamiento de la justicia que no había sido capaz de detener a los que le amenazaban y a los que sembraban el pánico en la ciudad, escribió una carta a Mauro Spósito, jefe de la policía federal: «Para mi sorpresa y la de mis compañeros, fuimos informados de que usted alertó a los Alves de que había una orden de arresto. Estas informaciones provienen de los propios pistoleros y de sus hijos que se vanaglorian diciendo que sus padres tienen muchos amigos bien colocados, incluso en la policía federal. Los matones a sueldo de los Alves se pasean libremente por la ciudad y cuando la policía militar detiene a uno de ellos y lo entrega a la policía federal, ésta se apresura a soltarlo. Toda esa irresponsabilidad me asusta y me lleva a creer que la policía federal está interesada en que yo desaparezca de una vez por todas, así como algunos de mis compañeros de lucha. Tengo la sospecha de que existe un complot entre los pistoleros de Darli Alves, el Escuadrón de la Muerte y la policía federal para eliminar a los líderes del movimiento *seringueiro*».

Una compañera del PT que leyó la carta suplicó a Chico que no la mandase. Aunque estaba seguro de sus fuentes, señalar a la máxima autoridad de la policía federal como cómplice de los Alves era una acusación grave que se volvería en su contra. Era una declaración de guerra, una provocación cuyas consecuencias Chico no podía controlar. Pero el *seringueiro* no quiso escuchar los consejos de su amiga. Aquella no era ya una lucha de políticos, ni siquiera de patrón contra *seringueiro*, era la lucha de un hombre solo contra un mundo que le negaba el mínimo de justicia indispensable para sobrevivir. No sólo mandó la carta a Mauro Spósito, sino que entregó una copia a su amigo Silvio Martinello, exfundador de *Varadouro* que ahora trabajaba en la *Gazeta do Acre*, el único periódico que no pertenecía a los terratenientes.

«La policía federal facilita fuga de pistolero», tituló en primera página la *Gazeta* del 2 de diciembre. Esta vez la reacción de Spósito no se hizo esperar. Contraatacó desde el periódico *O Rio Branco* (uno de los propietarios era João Branco, presidente de la UDR de Acre). Declaró que la policía federal había decidido anular el permiso de armas a Chico Mendes después de los acontecimientos «belicosos» del seringal Cachoeira y tras haber recibido un documento que probaba que una «entidad multinacional extranjera» le financiaba, como si el *seringueiro* fuese un

espía a sueldo de la CIA. El documento que el jefe de la policía dio a conocer no era más que una carta de la Fundación Ford (organismo de ayuda a la investigación que llevaba tiempo trabajando con los *seringueiros* y en otras áreas de Brasil). El encono de Mauro Spósito era tal que en el telediario declaró: «¡Este Chico Mendes es un psicópata! ¡Un paranoico que vive anunciando su propia muerte!».

Chico sabía que las muertes anunciadas iban siempre precedidas de insultos, calumnias y difamaciones. Formaba parte del ritual. Su drama consistía en que al parecer era el único, excepto su familia y sus amigos más próximos, que creía en las amenazas que le dirigían. Chico conocía los detalles de la trama para matarle y la identidad de los matones, y varias veces denunció públicamente el complot. Pero nadie hizo nada por impedirlo. Las autoridades se mantuvieron en una absoluta pasividad. Lo más doloroso es que sus amigos tampoco le creían: «Pensaba —diría Josué, su amigo de infancia— que todos los que tenían un cargo de responsabilidad en el sindicato corrían mayor riesgo que él. Siempre pensé que el respeto que inspiraba haría muy difícil su asesinato. Pero Chico estaba seguro de lo contrario». Chico estaba tan obsesionado que sus amigos, Mary incluida, querían que dejase de decir que estaba *marcado para morir* hasta que no tuviera pruebas contundentes. El tema llegó a convertirse en motivo de broma.

Incomprendido, solo en la certeza de su muerte anunciada, Chico Mendes vivió aquellos días de diciembre en soledad, aislado del mundo aunque estuviera rodeado de gente. Don Moacyr tampoco le creía, pensaba que la popularidad y la relevancia de Chico le protegerían, como le habían protegido a él hasta la fecha. En su peregrinar por los despachos de sus amigos influyentes para llamar la atención sobre su caso, Chico quiso entrevistarse con el obispo el día en que supo que Spósito había facilitado la fuga de los hermanos Alves. Fue hasta la prelatura pero Don Moacyr no pudo atenderle en ese momento; no pensaba que la visita del *seringueiro* necesitase atención urgente y además estaba ocupado. Las historias de amenazas eran tan normales y atañían a tanta gente que se habían banalizado. Él mismo estaba en la lista negra y llevaba mucho tiempo viviendo con la sombra de la muerte. El hecho de que las autoridades estuviesen en connivencia con los asesinos tampoco era una novedad. Allí estaba el Escuadrón de la Muerte, que sembraba de cadáveres las noches de Rio Branco y le proporcionaba todo tipo de quebraderos de cabeza: madres que reclamaban los cuerpos de sus hijos, religiosos amenazados por saber demasiado, delincuentes que pedían refugio en la catedral, etc. Le dijeron a Chico que esperara, o que regresara en un momento más propicio. Pero el *seringueiro* tenía los nervios a flor de piel y se lo tomó como una afrenta personal. Abandonó la prelatura desamparado y desesperado. ¿Cómo es que sus aliados no tomaban en serio las amenazas de muerte que recibía? ¿Cómo podían pensar que se había hecho tan importante que estaba inmunizado? Todas esas preguntas se atropellaban en su cabeza mientras caminaba cabizbajo hacia la sede del Sindicato de Trabajadores Rurales. Como estaba decidido a luchar hasta el final, hizo que las diferentes sedes del sindicato en la región mandasen télex y telegramas a diversas autoridades del aparato policial y judicial del Estado, incluyendo a José Sarney, Presidente de la República. Esos mensajes de socorro denunciaban las numerosas amenazas de asesinatos a trabajadores rurales de la zona. Pero nunca recibieron respuesta.

El 6 de diciembre Chico viajó hasta Piraçicaba, una ciudad satélite de São Paulo, para participar en un seminario sobre la Amazonia organizado por la Universidad de São Paulo. Su discurso superó ampliamente los veinte minutos establecidos por los organizadores. Duró una hora cuarenta y cinco y terminó con estas palabras: «No quiero flores en mi tumba porque sé que irán a arrancarlas a la selva. Sólo quiero que mi muerte sirva para acabar con la impunidad de los matones que cuentan con la protección de la policía de Acre y que desde 1975 han matado en la zona rural a más de cincuenta personas como yo, líderes *seringueiros* empeñados en salvar la selva amazónica y en demostrar que el progreso sin destrucción es posible. Adiós, fue un placer. Vuelvo a Xapurí al encuentro de la muerte, porque de ella nadie me libra, estoy seguro. He denunciado a los que quieren matarme, pero nadie ha tomado medidas al respecto. No soy fatalista, sólo realista».

A nadie emocionaron más esas palabras que a un antropólogo norteamericano invitado al simposio. Compartía los mismos temores porque también figuraba en la lista negra. Darrell Posey estaba a la espera de juicio bajo la acusación de haber denigrado la imagen de Brasil. Su crimen había consistido en acompañar al indio Paiakan —que tan hábilmente había llevado la campaña contra los buscadores de oro y las negociaciones para la demarcación del territorio— a Washington, siguiendo los pasos de Chico Mendes. Había ido a denunciar una nueva amenaza que se cernía sobre los kayapó: el proyecto del gobierno de construir más de trece presas hidroeléctricas en sus tierras, lo que suponía la inundación de prácticamente todo el territorio. Los políticos de Washington y los ejecutivos del Banco Mundial, sorprendidos en un principio de ver a Paiakan con su penacho multicolor y su collar de guerrero, reconocieron, después de escucharle, la validez de sus reivindicaciones. El indio les advirtió que estaban a punto de embarcarse en otro desastre medioambiental de proporciones gigantescas: Steve Schwartzman y Barbara Bramble aportaron datos en su apoyo. El más significativo fue sin duda el de la recién inaugurada presa de Balbina, concebida para dar electricidad a la zona franca industrial de Manaus. Por no haber sido limpiada a tiempo, la vegetación y el cieno habían terminado por obstruir sus depósitos. Millones de peces habían muerto y los habitantes que bebían agua de la presa enfermaban. Mientras tanto, dos grupos de indios waimiri que habían sido desplazados, se estaban dejando morir. Para evitar ese mismo destino a los kayapó, Paiakan y Posey habían emprendido aquel viaje por los pasillos del Congreso y del Banco Mundial, y finalmente habían conseguido la suspensión de un préstamo de quinientos millones de dólares destinado a los estudios preliminares de las presas del Xingú. Nada más regresar, ambos fueron procesados según una ley del régimen militar, la «ley de extranjería». Acusar a un indio de extranjero era tan descabellado y ridículo que el proceso sólo sirvió para demostrar la ineficacia de la justicia. El 14 de octubre, día de la vista, quinientos

kayapó en atuendo de guerra, desnudos y pintarrajeados, se desplazaron a Belem y, ante la mirada atónita de los transeúntes y frente a las cámaras de televisión, declararon la guerra al gobierno de Brasilia. Las imágenes fueron emitidas en Brasil y en algunas televisiones del mundo, lo que provocó una corriente de simpatía hacia los indios. También provocaron el malestar de ciertos sectores de la sociedad cuyos intereses estaban ligados a la construcción de las presas. Darrell Posey empezó a recibir llamadas anónimas, en mitad de la noche o en los momentos más inesperados, avisándole de que tuviese cuidado con su vida. Ahora estaba considerando la idea de rodearse de guardaespaldas y aprovechó la ocasión de encontrarse con un experto en el tema para recabar su opinión. «Chico pensaba que los guardaespaldas eran inútiles, que si quieren matarte, te matan —recordaba Posey de su conversación con el líder *seringueiro*—. La desenvoltura con que hablaba de su muerte me ponía la carne de gallina. Para mí, para alguien criado en una granja de Kentucky, la violencia pertenecía a la televisión y al cine, no a la vida real. Pero para Chico era lo más normal del mundo. Sabía que moriría víctima del mismo ambiente de violencia en el que había crecido».

Al llegar a Rio de Janeiro después del seminario, Chico vio una oportunidad de alterar la fatalidad de su inminente destino. Después de participar en una manifestación multitudinaria bajo el eslogan «Salvar la Amazonia», regresó al lugar donde se hospedaba, la casa de una joven inmigrante española llamada Rosa Roldán. La mujer se había entregado a la causa de los caucheros para paliar lo que ella llamaba «el vacío de su vida de secretaria divorciada». Le organizó una entrevista para el *Jornal do Brasil*, uno de los diarios de mayor prestigio del país. Chico sabía que ese periódico es leído por toda la gente influyente y pensaba que tal vez alguien haría algo por él. Como todos los desahuciados, se aferraba a cualquier luz en el camino. El 9 de diciembre, la entrevista que para el *seringueiro* representaba su última tabla de salvación, como un condenado espera la gracia real, tuvo lugar en el apartamento de Rosa Roldán. El periodista no imaginaba que su artículo daría la vuelta al mundo, especialmente la última frase de Chico: «Si un enviado del cielo bajase y me garantizara que mi muerte servirá para reforzar nuestra lucha, entonces valdría la pena. Pero la experiencia nos enseña lo contrario. Yo quiero vivir. Las manifestaciones públicas y las multitudes en los entierros no salvarán la Amazonia. Quiero vivir».

Hacia las siete de la tarde del sábado 10 de diciembre, la víspera del día en que Chico tenía que regresar, sonó el teléfono en el apartamento de Rosa Roldán. Era una llamada del abogado Genesio Natividade, desde Xapurí, diciendo que el centro de información de la policía militar del Estado de Acre acababa de comunicar al sindicato que durante una reunión bajo los auspicios de la UDR, se había tomado la decisión de asesinarle antes de finales de mes y que varios pistoleros habían sido encargados de la tarea. Para Chico aquello no era ninguna novedad. Pero Natividade tenía más noticias: el diario *O Rio Branco*, propiedad de un grupo de terratenientes (entre los que se encontraba el presidente de la UDR) acababa de publicar una nota anunciando que durante el mes en curso una bomba de doscientos megatones estallaría en Acre y que tendría una repercusión nacional. Aquélla parecía la confirmación de su condena a muerte. Natividade le aconsejó retrasar su regreso, por lo menos una semana o diez días.

Chico colgó el auricular, lívido: «¡Dios mío, que país! —suspiró—. ¡¿Cuándo acabará todo esto?!». A los pocos minutos llamó Mary Allegretti desde Los Ángeles. Se había enterado de las últimas e inquietantes noticias.

—Todo lo que has conseguido en tu vida lo vas a perder por unos bandidos, por gente que no

merece la pena —le dijo a Chico—. No puedes dejar tu vida en manos de un criminal común.

—No esperes de mí una reacción que no sea la de un *seringueiro* —le contestó Chico antes de despedirse.

Rosa Roldán le ofreció su casa todo el tiempo necesario. Chico le contestó que ya tenía reserva para el día siguiente, que deseaba volver a casa, que añoraba a su familia. «Tuve la impresión —recordaría la española— de que sabía que era una cuestión de días, que permanecer en Rio de Janeiro una semana más no cambiaría nada porque, de todas maneras, en algún momento regresaría a su casa, y entonces le matarían. No estaba dispuesto a separarse de su mujer y de sus hijos con tal de salvar su vida».

A la mañana siguiente, 11 de diciembre, Rosa le acompañó al aeropuerto. Sabía que el cumpleaños de Chico era el día 15 y le abrazó al despedirse: «Quiero darte un fuerte abrazo porque sé que el día de tu cumpleaños no podré hacerlo». Ella le vio desaparecer entre la multitud y, de regreso a la ciudad, mientras conducía su coche por la autopista, se sorprendió con lágrimas en los ojos. No le mencionó a Chico que su amigo el periodista le había dicho que al redactor jefe del *Jornal do Brasil* la entrevista no le había parecido una historia con suficiente relieve como para publicarla. Sólo tendría valor, había añadido el redactor, si el entrevistado era asesinado.

Chico quiso comprar unos regalos de Navidad en Rio Branco, antes de volver a casa. Acompañado de sus guardaespaldas, recorrió las tiendas del centro. Estar amenazado de muerte en Navidad era algo tan incongruente como ver las vitrinas con nieve artificial en el calor pegajoso del trópico. Compró un árbol de Navidad y un par de zapatos para Ilzamar. A su hija le compró una bicicleta y al pequeño Sandino un coche de carreras.

Ese día, la portada de los periódicos daba la noticia de que Enoch Pessoa había sido relevado de sus funciones a causa del escándalo originado por las revelaciones de Ayala. Chico no creyó que aquel cese respondiese a un sincero deseo de cambiar las cosas, sino sólo a la voluntad política de ahogar un escándalo que podría volverse contra los que lo habían permitido. Nadie dudaba de que Enoch regresaría pronto a la superficie; tenía demasiados contactos y buenas relaciones como para no sobrevivir a una tempestad pasajera. Su poder trascendía su propio cargo. Sin embargo, algunos pensaron que Enoch había sido apartado para evitar un mayor escándalo que estaba a punto de estallar, el de los asesinatos del líder *seringueiro* y del prelado.

* * * *

Pernambuco se había desplazado a Xapurí varias veces. Esperaba al anochecer para vigilar los alrededores de la casa de Chico. Le había extrañado que la vegetación del jardín, la que obstruía la vista del río, no hubiese sido podada. Era un perfecto escondite para el que quisiese atentar contra el *seringueiro*. De todas maneras, hubiera preferido efectuar ese «servicio» en un aeropuerto, como era habitual tratándose de líderes populares, porque siempre la huida era más fácil. Como el aeropuerto de Rio Branco no le pareció seguro, Pernambuco barajó la posibilidad de una emboscada en la carretera. Pero los desplazamientos del *seringueiro* eran tan irregulares que terminó por descartar esa idea.

La noche del 15 de diciembre Pernambuco estaba oculto en la maleza detrás de la casa de Chico Mendes. Esperaba la rutina habitual: la mujer llevando los críos a la ducha (que estaba en el jardín) y luego verles cenar a través de la ventana de la cocina. Era un espectáculo que le gustaba, y que al mismo tiempo le turbaba cuando se paraba a pensar que estaba allí para destruir aquella armonía familiar.

Pero aquel día, en lugar de la rutina cotidiana, empezó a oír un barullo lejano, que fue acrecentándose. «Ya está... Ha regresado», se dijo Pernambuco, aguzando sus cinco sentidos y dispuesto a grabar en su memoria todos los movimientos y detalles que pudieran serle de utilidad. De la puerta de la cocina vio salir un individuo que no reconoció. «Será uno de sus guardaespaldas», pensó. Luego, para su sorpresa, vio más gente acercándose al jardín. Llegaban de todas partes. Al barullo se agregó el sonido de una música estridente. Desde su escondite, vio aterrizado que la casa estaba atiborrada. Por fragmentos de conversación, entendió que la mujer de su víctima y sus amigos le habían preparado una fiesta de cumpleaños. Ese día Chico Mendes cumplía 44 años e Ilzamar había querido sorprenderle.

Pero el más sorprendido había sido el hombre que los vigilaba desde el jardín. No había tenido tiempo de reaccionar cuando ya algunos invitados paseaban charlando a escasos metros de su escondite. ¡Hasta les oyó mencionar que había que desbrozar la vegetación por cuestiones de seguridad! Agazapado, Pernambuco se mantuvo inmóvil, controlando cada respiración, cada movimiento de su cuerpo, en una espera que fue auténtica tortura. En cierto momento tuvo la impresión de haber sido descubierto. Un hombre parecía estar mirándole fijamente. Entonces reconoció a su víctima. Sí, era él, Chico Mendes, aquel regordete con cara de simpático que había visto en el aeropuerto. Ahí estaba la pesadilla de los poderosos de Acre. Pernambuco cogió el revólver dispuesto a disparar. Sabía que era arriesgado, pero era su única posibilidad de escapar. Aquel método ya le había dado buen resultado una vez. Después de un atentado la gente se abalanza hacia el muerto con gestos y gritos de aflicción, pero rara vez corren hacia el criminal por miedo a ser acribillados. Esta vez no tendría por qué ser distinto, pensó. En aquel instante que le pareció toda una eternidad, en el que no sabía si Chico le había descubierto o si simplemente estaba mirando hacia la oscuridad de la maleza, Pernambuco, el dedo sobre el gatillo, pensó de repente en Marina. Recordó, de una manera muy nítida, que la primera vez que había oído mencionar el nombre de Chico Mendes fue cuando ella le contó que había aprendido a leer y escribir en las clases de alfabetización que el cauchero daba en la selva. También creyó recordar que Marina le había dicho que toda su familia lo consideraba un verdadero héroe. El pánico de Pernambuco de ser descubierto, de morir huyendo y acribillado a balazos dio paso a una profunda vergüenza por sí mismo. «¿Qué pensará Marina cuando se entere de que le he mentado y traicionado de esta manera?», se preguntó angustiado. En su cabeza se confundieron los rostros de Tarzán, de Sydney Possuelo y de Marina, de todos los que habían confiado en él como amigo y como persona, y sintió asco de sí mismo como nunca lo había sentido en su vida. Se odió profundamente. Hasta el punto de que juró entrar para siempre en la ley de los creyentes si salía con vida de aquel trance. «¡Al carajo el dinero!», se dijo. Por fin había comprendido, en el fulgor de un instante de miedo, que de nada servía querer ser pulcro y eficaz en un trabajo que no le hacía mejor.

En ese mismo momento, Tarcis Alves recorría los trece kilómetros que separan Xapurí de la

fazenda Paraná para informar a su padre del regreso de Chico. También el muchacho se había acercado a la casa, pero no lo había hecho a escondidas por el jardín, sino por la parte delantera, y también a él le había sorprendido la fiesta. Se había ido como había venido, sin decir nada pero dejando una estela de inquietud. Como su padre sabía que estaba a punto de ser detenido, liquidar a Chico Mendes antes de que un pistolero anónimo, alguien como Pernambuco, hiciese el trabajo, se había convertido en una cuestión de honor. Por eso Tarci tenía prisa. Además, toda la comunidad de poderosos terratenientes que admiraba y a quienes quería emular también le presionaban. Cinco días antes, el coronel Chicao —en cuyo seringal se había organizado el primer *empate*— se había reunido en la selva con Darli: «No entiendo cómo el servicio no se ha hecho todavía» le dijo éste, excusándose por el retraso. Luego fue a su *fazenda*^[92] y ordenó a su hijo que preparase la emboscada. Tarci, en principio, se negó, pero su padre no admitía que se cuestionase una orden suya: «No vales ni los pantalones que llevas puestos», le dijo. A sus 21 años, Tarci era un joven taciturno y analfabeto que nunca había destacado en nada. Ni disparaba bien, ni era un buen jinete, ni tenía atractivo especial para las mujeres. Darli no entendía cómo su hijo despreciaba ahora la oportunidad de hacerse valer, de ser alguien en aquella sociedad de vaqueros y ganaderos. El muchacho vivía desgarrado por sentimientos encontrados con respecto a su padre: por una parte, nunca le había perdonado que hubiese abandonado a su madre en Paraná; por otra, le profesaba una admiración sin límite. Acabar con el enemigo de su padre no sólo era un deber de hijo, le había dicho Darli para convencerle, sino una manera de asegurarse un lugar de honor entre sus semejantes. Como Darli no confiaba demasiado en la puntería de su hijo, ordenó que le acompañase Mineirinho, un vaquero-pistolero que vivía en la *fazenda* Paraná. Su otro hijo Oloçi prestaría apoyo con el coche. En cuando a los demás detalles del atentado, nadie se preocupó en estudiarlos detenidamente, a pesar de las objeciones de Gastão Mota, que abogaba por una mejor preparación. Quería retrasarlo hasta después del atentado al obispo, porque así pasaría aún más desapercibido. Fue el único, en el círculo próximo a Darli, en temer las consecuencias de un trabajo mal hecho. Mota vivía en una ciudad y conocía mejor que los vaqueros la reputación del líder *seringueiro*. Pero los Alves no podían perder más tiempo: todos tenían una razón muy concreta para actuar y Darli puso un plazo de una semana para liquidar a Chico.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Luis Garimpeiro, que estaba esperándole desde el alba en un garito junto al hotel Successor.

—Nada, imposible —contestó Pernambuco que acababa de regresar de Xapurí—. Es una locura hacerlo en un callejón sin salida. En ese pueblo sólo hay una carretera de acceso. Además, ese hombre vive rodeado de gente, noche y día.

Luis Garimpeiro hizo una mueca de disgusto:

—Se nos adelantarán. Vamos a perder mucho dinero...

—Para hacerlo bien, hay que esperar... —puntualizó Pernambuco, para dar así la impresión de que lo suyo era celo profesional y no ganas de zafarse.

Nadie había descubierto a Pernambuco en el jardín de la casa. Contrariamente a sus temores, Chico no le vio en su escondite y nadie se percató de su presencia. Cuando la gente fue entrando en la casa para bailar y disfrutar de la fiesta, Pernambuco consiguió deslizarse hasta un camino cerca del río y volvió a Xapurí. Nunca se había sentido tan feliz de no haber podido efectuar un «servicio», a pesar de que aún le quedaba lo más difícil. Ahora tenía que cumplir con la promesa que se había hecho: dejar de matar y entrar definitivamente en la ley de los creyentes. Para eso tenía que hilar muy fino, en particular con su interlocutor.

Luis Garimpeiro despachaba los contratos con más prisa que nunca porque, desde la destitución de Enoch, todos intuían que la orgía de crímenes estaba a punto de terminar. No sólo había que liquidar los asuntos pendientes con urgencia para conseguir el máximo de dinero, sino también «quemar archivo», es decir, eliminar a los que podrían hablar. Y Pernambuco lo sabía muy bien.

Después de un largo silencio, Luis Garimpeiro se volvió hacia él y le miró a los ojos:

—Hay dos millones y medio de cruzeiros por el obispo. ¿Podemos contar contigo?...

Pernambuco sintió una corriente helada que le recorría el espinazo. «Está loco», pensó, mientras se le ponía la carne de gallina. Tenía un miedo cerval. Sabía que negarse equivalía a firmar su propia sentencia de muerte. Aceptarlo, también. Tenía demasiada experiencia con ese tipo de gente como para no saber que le matarían después de hacer un trabajo así. Aparte de su amistad con el traidor Ayala, era demasiado arriesgado dejar en libertad al asesino de alguien tan influyente y popular como Don Moacyr. Pernambuco volvió a sentir la desagradable sensación de estar atrapado en un juego mortal, la misma que tuvo al saberse encerrado en la *fazenda* Junqueira, la misma que tuvo al sentirse espiado en la Sierra de Gradaús por un matón a sueldo del dentista de Altamira. Hizo un esfuerzo por controlar el temblor de sus piernas, por disimular el sudor frío que resbalaba en gruesas gotas sobre sus tímpanos y luego se perdía en su barba negra y espesa. Decidió que lo mejor era jugar el juego hasta el final:

—No es demasiado dinero para un blanco tan importante —dijo impasible—. Sé que Goiano tenía una oferta de millón y medio por cargarse a Emilio Armar^[93].

—Te hubiera conseguido más si te hubieras encargado del *seringueiro* de Xapurí...

Hubo un silencio tenso, luego Garimpeiro le tendió un recorte de prensa:

—¿Te has enterado de lo del periódico?

Pernambuco no se atrevió a decirle que no sabía leer. Así que negó con la cabeza. Garimpeiro leyó una nota perdida en la página de sucesos:

—«Una bomba de doscientos megatones va a caer sobre Acre con repercusiones nacionales...» —luego alzó la vista hacia Pernambuco—: Éste es el anuncio de la muerte del obispo. Hay mucho dinero de por medio y en este asunto no quiero que se me adelante nadie, así que necesito que me digas con seguridad si te vas a ocupar del caso. Necesito saberlo ahora mismo. ¿Podemos contar contigo?

Pernambuco observó el rostro de su interlocutor, luego la sortija de oro, la camisa de seda, la cadena con una cruz y una medalla de la Virgen y le miró fijamente.

—Sabes que necesito ese dinero —contestó con una firmeza que no daba lugar a dudas.

—¿Tienes idea de cómo lo vas a hacer?

—Cuando saca el perro. ¿No lo saca todas las tardes hacia las seis?

Garimpeiro asintió con la cabeza y le estrechó la mano:

—Cuando tengas todo bien planeado, me dirás lo que necesitas. Pero hay que darse prisa.

Luego se fue, hincando los tacones de sus botas en el barro. Pernambuco subió a su habitación y se tumbó en la cama, haciendo un esfuerzo por relajarse. Había dicho «sí» por ganar tiempo, por arañar unas horas de vida cruciales para su futuro.

Pensó en Ayala, su único amigo en aquella ciudad, que había tenido el coraje de hablar y que ahora estaría escondido como un topo. Luego sintió una necesidad urgente de hablar con Marina. Por primera vez en su vida necesitaba contarle a alguien la verdad sobre sí mismo. Fue al *Anjo Mau* pero le dijeron que ella llevaba varios días sin aparecer. Luego rondó por los bares y demás prostíbulos como un perro en busca de su dueño, en vano. Cuando preguntó dónde vivía Marina, se encontró con un muro de silencio. Volvió al día siguiente, y todo fueron evasivas. Sólo pudo saber que a Marina no le había pasado nada y que se encontraba bien. Entonces dedujo que ella no quería verle y sintió el pánico de haberla perdido. Se dio cuenta de que se encontraba totalmente solo en un túnel del que no sabía salir.

* * * *

El 17 de diciembre un grupo de terratenientes se reunió en la trastienda del Club de Fútbol Rio Branco para su partida de cartas semanal. Un médico llamado Efraim Mendoza, que estaba en una mesa cercana, escuchó fragmentos de la conversación. Según declaró, a media partida llegó Gastão Mota y estuvo hablando con uno de los guardaespaldas de un jugador, que fue hacia la mesa y transmitió el mensaje de que Chico Mendes moriría «dentro de cinco días». Otro testigo afirmó haber visto, el mismo día, al *fazendeiro* Benedito Rosas comprar armas en Cobija, la

ciudad boliviana más próxima a Brasil. No eran armas para los atentados, sino para repartir entre terratenientes y políticos. El recuerdo del capataz Nilo Sergio, ejecutado por *seringueiros* enfurecidos por el asesinato de su líder, se les había quedado grabado en la memoria.

El 20 de diciembre Chico volvió muy contento de una reunión de *seringueiros* en Sena Madureira, una localidad en el centro de Acre, a la cual habían asistido más de quinientos caucheros. Se habían concretado planes para una gran reunión en enero de 1989 que Chico veía como la culminación de su carrera. «Será un acontecimiento internacional. Vendrá gente del mundo entero. Será la primera vez que indios y *seringueiros* organizan algo juntos», decía de lo que sería el Primer Encuentro de los Pueblos de la Selva. Pero si bien las perspectivas para el año próximo mejoraban, así como su cotización política, la situación en su casa estaba llegando al límite. En su esfuerzo por llevar una vida normal, el matrimonio Mendes evitaba hablar de las amenazas y hacer comentarios sobre la sorda violencia que les rodeaba. El silencio llegó a pesarle tanto a la joven Ilzamar que, agotada por la tensión acumulada, el día 21 de diciembre se derrumbó. Se había despertado con un nudo en la garganta y poco después había roto en sollozos. Estaba tan agitada que Chico pensó que se trataba del corazón. La llevó a la clínica inmediatamente. La hermana Zelia la auscultó: «No es el corazón —le dijo a Chico—. Son los nervios». Él bajó la vista, como avergonzado de sí mismo: «Siempre tiene miedo...», musitó. Según la hermana Zelia, Ilzamar contó al médico que la noche anterior Chico, en un momento de desesperación, le había dicho que era una pena que no pudiese vivir hasta que sus hijos fuesen mayores. «Ilzamar debió de haberse quedado con esa frase en la cabeza durante toda la noche hasta que no pudo más y dio rienda suelta a su angustia —contaría la hermana Zelia—. O quizá fuese sólo un presentimiento».

* * * *

Ese mismo día, Pernambuco encontró a Marina en el mercado del puente, no muy lejos de un oscuro garito donde iba a jugar a la ruleta clandestina, lo único que le distraía en aquellos días infernales. Parecía un encuentro casual pero en realidad Pernambuco había sobornado a una de las chicas del *Anjo Mau* vecina de Marina, quien por unas monedas le informó de las costumbres de su colega y de los lugares donde podía encontrarla, ahora que llevaba tiempo sin aparecer por la boite. Marina intentó esquivarle, pero Pernambuco la siguió por los recovecos del mercado de pescado, luego por los pasadizos oscuros bordeados de puestos de hortalizas y, cuando salieron al sol de la calle y la vio correr hacia el autobús, la gritó:

—¡Marina, por favor!

—No quiero hablar contigo... —exclamó la muchacha.

—No puede ser —replicó él, mientras le cogía los paquetes con una mano y con la otra la llevaba hacia el otro lado de la plaza.

—No es que no quiera, es que no puedo hablar contigo —insistió ella.

Pero ya estaban en el laberinto de estrechas callejuelas de la vera del río, protegidos de las miradas indiscretas y de la muchedumbre.

—Sólo un momento —suplicó Pernambuco—. Explícame lo que ha pasado. Dime algo.

Entraron en un sombrío cafetín, y se sentaron en la veranda, desde donde se abarcaba el puente de hierro que une las dos partes de la ciudad. La dueña les sirvió un refresco y ambos se miraron desconfiados antes de que Marina rompiera el silencio.

Entonces Pernambuco se enteró de que algunos miembros del sindicato le habían identificado como pistolero del escuadrón y habían avisado a Alfredo Eustaquio que su hija salía con un matón, lo que había provocado el primer y único altercado que en su vida tuvieron padre e hija. Aquel incidente le hizo temer que sus padres se enterasen de que trabajaba de puta en los bares de la ciudad. No estaba segura de que su madre no lo supiera, aunque lo más probable es que no quisiese saberlo o que lo ignorase, como las demás madres en las mismas circunstancias. Para aplacar el vendaval, y sobre todo porque estaba resentida por haber sido engañada, había tomado la decisión de no volver a ver a Pernambuco. Pero ahora que le tenía delante, con ese aire de niño grande que daba pena, con ese aspecto de pájaro herido, suplicante y vulnerable a pesar de la fuerza que emanaba de su corpulenta humanidad, a Marina se le encogió el corazón. ¿Cómo podía sentir compasión por un hombre que había participado en los horrores del escuadrón, un ser frío y despiadado que se ganaba la vida sembrando de viudas y huérfanos los arrabales donde vivían su familia y sus vecinos? No conseguía explicárselo y se despreciaba por ello. Pernambuco pensó que le había contagiado el desdén que siempre había sentido por sí mismo y que ahora les engullía como arenas movedizas.

Había llegado el momento de limpiar aquella ciénaga en la que se había convertido su alma, de abrirse ante esa mujer a la que había mentido, de vomitar la verdad sobre su vida de matón a sueldo, de asesino, de ladrón de vidas ajenas, lacayo de poderosos y verdugo de inocentes. Le contó sus hazañas vergonzantes sin ahorrarle ningún detalle, le habló de la fascinación de matar, del horror de la muerte, de la «quema de archivo», de su primera cuchillada, del calor del hierro al vaciar el cargador, del olor a pólvora, del silencio después de los disparos, de la seguridad que proporcionaba tener un 38 en el bolsillo, dinero en el banco, un respeto, una profesión, un empleo. «Siempre he oído que el destino de la gente está escrito en el cielo y que no se puede cambiar, pero yo no lo creo. He intentado cambiar y volveré a intentarlo...». Le contó cómo había decidido dejarlo al irse de Altamira, su amistad con Tarzán, la emoción del oro, la ruina que provocaron los indios, la debacle, la desaparición de su amigo, y cómo había vuelto a caer en la rutina del crimen porque «soy ligero de pensamiento y de gatillo». Luego pasó a relatarle las atrocidades del escuadrón, en las que no había participado. «Créeme», le rogó, y ella le creyó porque después de todo lo que le había contado ¿por qué no iba a creerle? Por fin le contó lo de la noche en Xapurí, y cómo había jurado dejar el pistolero para siempre si salía de aquel trance. Luego le habló de la delicada situación en que se encontraba, en la que los bandidos del escuadrón le estaban casi obligando a pegar un tiro al obispo. «Luego acabarán conmigo; ellos se quedan con el dinero y sin testigos». Ella se sobresaltó. Hubo un largo silencio, hasta que Pernambuco le suplicó: «Vámonos ya... Vámonos al Sur a empezar una nueva vida lejos de todo esto. Vámonos antes de que sea demasiado tarde».

A Marina le quedaba algo de la pureza y la indulgencia de los *seringueiros*, y la confesión de Pernambuco la conmovió. Entendía esa llamada de socorro porque ella también había tenido que traspasar los límites que su fe y su educación le habían impuesto, y lo había tenido que hacer para sobrevivir. En el apasionado *mea culpa* de Pernambuco había visto un reflejo de su propia

miseria. Al fin y al cabo, ella también le había mentido sobre su verdadero nombre. Así que se desquitó diciéndole que se llamaba Rosa y no Marina y en su fuero interno le perdonó, no sólo porque era creyente y el perdón era una virtud, sino porque el sentimiento que le atraía hacia ese hombre desamparado iba más allá de la razón o el deber. Era una atracción total, una fuerza arrolladora a la que no podía escapar estando a su lado, sobre todo después de aquel torrente de sinceridad que sólo podía ser una prueba de amor.

A ella le hubiera resultado imposible relatar su vida con la misma franqueza con que Pernambuco le había contado sus vergüenzas de pistolero, y por eso le estaba aún más agradecida. No hubiera encontrado palabras para describir cómo el señor de la casa donde trabajaba de criada la había violado, cómo su hijo la siguió humillando, cómo tuvo que huir de noche saltando por una ventana; la miseria en la chabola, su primer cliente, las perversiones que individuos cuya fotografía salía en el periódico le proponían regularmente; cómo había aprendido a negociar ciertos favores inconfesables, las visitas al médico y el atiborramiento de antibióticos para atajar las enfermedades venéreas, etc. Estaba tan embaucada por la intensidad de los sentimientos y las emociones que pasaban como corriente eléctrica entre ambos, tenía tantas ganas de apegarse a esa sensación de bienestar, fijarla en el tiempo como una reliquia, que no dudó en abrazar la oportunidad de ser feliz que le ofreció Pernambuco esa tarde. La percibió nítidamente, tan al alcance de la mano que no se atrevió a dejarla escapar. De pronto el conflicto con su familia y con los del sindicato le pareció fútil. Pernambuco había sido un matón como los que un día incendiaron la casa de sus padres, pero estaba arrepentido y eso es lo que contaba. Estaban hechos el uno para el otro, dos naufragos a la deriva, y ¿qué importaba el pasado si tenían un futuro por delante?, se decía al filo del anochecer, después de haber pasado todo el día con Pernambuco intentando recomponer aquel sueño de felicidad que por poco se les deshace como un castillo de arena.

Quedaron en verse al día siguiente para ultimar los detalles del viaje al Sur. Ella le había dicho «Sí», clara e inequívocamente sí, iría con él lejos de esa tierra que estaban destrozando a sangre y fuego y que les estaba destruyendo a ellos. Pernambuco supo desde entonces que ya no sería el mismo. Dentro de unos días estarían juntos en una ciudad desconocida, en un lugar nuevo y prometedor para empezar una vida digna, sin matar ni tener que vender lo invendible. A Pernambuco le hubiera gustado saltarse la barrera del tiempo y estar ya allí, en ese paraíso que debía de ser la vida con Rosa. Pero después de dejarla en el límite del barrio de la Estação Experimental y nada más regresar al hotel Successor, se encontró con Garimpeiro, que le dijo que había que adelantar lo del obispo. Entonces la realidad le cayó encima con toda su brutalidad. Se le había agotado el tiempo.

* * * *

A Chico Mendes también. El jueves 22 de diciembre de 1988 amaneció nublado y en Xapurí pensaron que habría tormenta como todos los días. Era invierno, la estación de las lluvias en la que Amazonia entera se convierte en un barrizal. Odilón Alves, uno de los hijos de Darli, llevaba

dos semanas acudiendo puntualmente a su trabajo en la comisaría a pocos metros de la casa de Chico, lo que extrañó a más de un vecino del barrio porque era bien sabido que trabajaba de pascuas a ramos. Esa mañana temprano vio salir al *seringueiro* de su casa, escoltado por sus dos guardaespaldas. Después de tomarse un café en la tiendecita de una vieja vecina, emprendieron camino hacia la cooperativa. El pequeño Genesisio le vio pasar desde el porche del hotel Venezia donde Darli le había mandado para espiar las idas y venidas de los Mendes.

Sus guardaespaldas le recuerdan feliz durante aquella jornada. Chico quiso darse una vuelta en el nuevo camión, la última adquisición del sindicato que iba a facilitar los desplazamientos de los *seringueiros*. Era un viejo sueño hecho realidad gracias a unos préstamos especiales para cooperativas. Quiso compartir su ilusión con su hijo Sandino, que tenía tres años, y con Elenira de siete, y juntos dieron una vuelta por la ciudad visitando a los amigos, sin saber que en realidad estaba despidiéndose de ellos. Hizo algunas compras y pasó por la clínica para recoger medicinas que luego distribuiría en los puestos sanitarios de la selva. La hermana Zelia abrazó a los niños y luego charló unos minutos con Chico: «Me dijo que sabía que iba a morir pronto, pero no tenía intención de abandonar su vida de todos los días porque era valiente. Me dijo eso sin miedo, sin angustia, como si me hubiera dicho “hasta luego” —recuerda la hermana Zelia—. Llevaba tanto tiempo amenazado que ni yo creía en ello».

Volvieron a casa y almorzaron juntos en el suelo, la costumbre favorita de Chico. Por la tarde pasó por la sede del sindicato para reunirse con Gilson, que tenía un asunto muy importante que tratar. El excusa estaba a punto de formalizar la relación que había causado tanto escándalo al ser descubierta por sus superiores y que luego había tenido que romper. Pero libre y sin sotana, solo y sin familia en Xapurí, había vuelto a ver a la hija del farmacéutico que se había enamorado perdidamente de él en sus tiempos de vicario. Ahora quería que Chico e Ilzamar fuesen los padrinos de su boda, prevista para el 24, un acontecimiento que todos comentaban en la pequeña ciudad. «La boda, la Navidad, el auge del movimiento, el camión del sindicato... todo contribuía a una atmósfera de júbilo», recuerda Gilson de aquel día especial en que estuvieron preparando también las reuniones sindicales de fin de año.

A las cinco de la tarde, se despidieron. Chico volvió a casa. Gruesos nubarrones seguían desfilando en el cielo y la atmósfera era bochornosa porque no había llovido todavía. Mientras Ilzamar miraba la novela *Vale Tudo* en la televisión, un culebrón que tenía al país en ascuas, Chico se puso a jugar al dominó con sus guardaespaldas y con Gomercindo, un compañero del sindicato que le hacía de escolta particular. Al cabo de una hora Gomercindo salió de la casa para darse una vuelta por la ciudad. Pasó por la calle de los bares, generalmente atestada de pistoleros, y le pareció extraño no ver a nadie. Todo estaba demasiado tranquilo, pensó Gomercindo, «y me pareció muy sospechoso».

A las seis y media Ilzamar apagó el televisor y pidió a los jugadores que terminasen la partida en otro cuarto mientras ella ponía la mesa. «Quedaros a cenar —propuso Chico a sus guardaespaldas mientras se trasladaban al otro lado de la casa—. He comprado una dorada que Ilza va a freír». Los muchachos aceptaron gustosos; cualquier cosa era mejor que la bazofia que les esperaba en el cuartel de la policía militar. Chico no tardó en ganar la partida. Guardaron las fichas y volvieron a la cocina. La cena estaba lista. Mientras los jóvenes se acomodaban en taburetes frente a un plato de pescado frito con arroz y frijoles, Ilza llevó la cena de sus hijos a otra habitación.

«Id comiendo —dijo Chico—. Me voy a dar una ducha rápida». Cogió una toalla azul que le habían regalado para su cumpleaños y abrió la puerta que daba a la parte trasera de la casa, donde se encontraba la caseta del servicio y la ducha. Una cacofonía de insectos y pájaros invadía la noche tropical. «No se ve nada», dijo, antes de lamentarse por no haber comprado una bombilla para la ducha. Fue hasta su habitación y volvió con su pequeña linterna negra, un regalo que Mary le había traído de su último viaje a los Estados Unidos. Empujó de nuevo la puerta del jardín con la mano derecha mientras con la izquierda apuntaba la linterna hacia los peldaños. Eran las siete menos diez. A partir de ese momento ya nada sería igual en la pequeña ciudad de Xapurí, ni en la vasta Amazonia. Antes de que Chico terminase de abrir la puerta, una detonación desgarró la oscuridad. Quizá tuvo tiempo de ver a dos individuos apostados junto al muro de la caseta mientras se llevaba las manos a la cabeza. «¡Me han dado!», gritó. Trastabillando y bajo el efecto del disparo, dio un paso atrás y atravesó la cocina ante la mirada atónita de sus guardaespaldas, paralizados y boquiabiertos en sus taburetes. Buscando a su mujer, se dirigió hacia el cuarto del fondo apoyando sus manos en las paredes del pasillo y dejando un rastro de sangre. Uno de los guardaespaldas intentó sostenerle, pero a la altura de la habitación de sus hijos Chico Mendes se derrumbó para no levantarse más. Sesenta perdigones de un rifle calibre 20 se habían incrustado en su pecho y en su hombro derecho. La sangre fue manando de las heridas hasta formar un charco en el suelo de madera por cuyas rendijas se escurría. Ilzamar gritó su nombre mientras se inclinaba sobre el cuerpo de Chico, que todavía respiraba. Él intentó balbucear algo, pero sólo salió un estertor incomprensible. Su agonía fue corta; al cabo de tres minutos, expiró su último soplo de vida en la noche amazónica.

Una decena de testigos aseguraron haber visto correr a dos hombres, alejándose del lugar del crimen. Uno de ellos era blanco, alto, llevaba un casco y una escopeta. El otro era bajo, oscuro de piel y se tapaba la cara con una camiseta. Cuando pasó suficiente tiempo para que los asesinos hubiesen huido, uno de los guardaespaldas de Chico salió al jardín y disparó una ráfaga al aire. Más tarde confesaría que no fue en su persecución por temor a que le matasen, lo que no sorprendió a nadie porque en la Amazonia aquello era la reacción normal. Más sospechoso fue que nadie moviera un dedo en el cuartel de la policía civil, situado a menos de cincuenta metros de la casa, ni en el de la policía militar a pesar de que Gomercindo, al regresar de su paseo, les hubiese increpado: «Por Dios, ¿por qué no hacéis algo?», mientras Ilzamar gritaba: «¡Han disparado sobre Chico! ¡Han disparado sobre Chico!». El barullo hizo que Gilson saliese de su casa. Dos niñas le preguntaron si era cierto que Chico Mendes acababa de ser *baleado*. «Le había dejado hacía tan poco tiempo que me pareció increíble», diría, pero un poco más allá se cruzó con dos policías que le confirmaron la noticia. Luego vio a Ilzamar sollozar en la puerta de la casa y entonces supo que lo inevitable había ocurrido.

Transportaron el cuerpo en el Toyota del sindicato hasta la clínica. «¡Gilson, júrame que está vivo!», le decía Ilza. «Yo le decía que sí porque todavía tenía esperanza... Pero más tarde, cuando entré en la sala y vi el cadáver de mi amigo envuelto en un sudario, no tuve más remedio que enfrentarme a la realidad». Para alguien que lo había dejado todo para seguir los pasos de Chico, aquél fue un momento de gran desamparo: «Fue el momento más doloroso de mi vida, después de mi ruptura con la Iglesia», admitiría. Cuando salió de la sala, se acercó a Ilzamar y la cogió en sus brazos. No hicieron falta las palabras. A las puertas de la clínica se estaba congregando un grupo

cada vez mayor de gente, algunos clamando venganza, la mayoría sin salir de su asombro. Gilson consiguió aunar toda su experiencia de cura y de organizador para aportar algo de serenidad entre tanta confusión. Se puso de acuerdo con algunos compañeros para que hiciesen guardia en el sindicato mientras él permanecía en la clínica. La hermana Zelia había acudido presurosa, y le costaba creer lo que estaba viviendo como le había costado creer que hubiera gente en el mundo capaz de matar a Chico. Pero ahí estaba su cuerpo acribillado y tendido sobre una camilla, la piel sucia de pólvora y sangre, el pelo alborotado, los ojos sin vida. Mientras lo aseaba por última vez, luchaba por contener las lágrimas que caían sobre el cadáver de su amigo. Se acordaba del sueño recurrente que una vez le contó, del que se despertaba cuando estaba a punto de cruzar un puente. Ahora sabía que aquello había sido la premonición de su último viaje.

No todo el mundo lloraba su pérdida. A ciento cincuenta kilómetros de Xapurí, el teléfono sonó en las oficinas del diario *O Rio Branco*. Una mujer descolgó el auricular y después de escuchar la noticia por boca de un miembro del sindicato de Xapurí, exclamó: «¡Bien, ya era hora!». Era la viuda de Nilo Sergio, el capataz muerto ocho años antes a manos de los *seringueiros* que se vengaron así del asesinato de uno de sus líderes.

* * * *

No muy lejos de allí, Don Moacyr se dirigía al edificio de la radio para transmitir la novena de Navidad cuando un militante de base llegó con la noticia de que Gomercindo había llamado. Don Moacyr tuvo que hacer un esfuerzo para asimilar lo que estaba escuchando y para no dejarse llevar por las emociones. Abatido y desconcertado, subió a los estudios de la radio donde le esperaba una llamada del padre Luis Ceppi, el italiano que estaba al frente de la vicaría de Xapurí, quien le confirmó la noticia. Entonces el obispo, rodeado de periodistas, hizo su primera declaración al respecto: «Voy a hacer penitencia el resto de mi vida por no haber creído que mi amigo Chico Mendes corría un riesgo de muerte. Nunca hubiera podido imaginar que los *fazendeiros* fuesen tan brutos y tan perversos como para hacer lo que han hecho». Luego habló por la radio, y pidió una oración por el alma de Chico a los miles de *seringueiros* que le estaban escuchando en sus claros, en la inmensidad de la selva.

Mientras la prelatura convocaba una misa en la catedral, un camión con cuarenta policías militares se dirigía a Xapurí con la misión de mantener el orden. En la noche oscura se cruzó con el Toyota del sindicato que transportaba al departamento de medicina forense del hospital de Rio Branco los restos mortales del líder asesinado, acompañados de Gilson y la hermana Zelia. A las tres de la mañana del viernes 23 de diciembre, ocho horas después del asesinato y cuando el bisturí del forense se disponía a realizar la autopsia, el primo Raimundo se despertó en la hamaca de su casa en las profundidades de la jungla. Sintió una angustia en el pecho, como si hubiera tenido uno de esos *sonhos feios* que los *seringueiros* acostumbraban tener antes de los *malacontecidos* (las desgracias). La conversación que dos compañeros mantenían en el cuarto contigo le había hecho aguzar el oído. Se levantó, fue hasta la habitación de al lado y dijo:

—Ha pasado algo.

Le miraron y contestaron con un silencio, según el ritmo pausado de las conversaciones en la selva.

—*Aconteceu...* —dijo uno de ellos.

—Chico... —murmuró Raimundo. La confirmación tardó en llegar:

—Lo han matado —dijo por fin el otro.

«Estaba tan aturdido, tan confundido —contaría Raimundo—, que me fui a caminar por la selva sin hablar con nadie, sólo recordando la cantidad de veces que Chico y yo habíamos hablado de eso... Si uno moría primero, el otro debía continuar el trabajo porque estábamos juntos en la lucha. Me sentía tan perdido que solamente al cabo de seis horas empecé a prepararme para ir a Xapurí...». Como Raimundo, muchos otros compañeros se preparaban para dar el último adiós al compañero asesinado, que había sido también el faro que iluminó la oscuridad de la selva mostrándoles la senda de la libertad y la dignidad. Las tinieblas volvían a caer en las cuatro esquinas de la Amazonia. Sólo quedaba llorar, rezar y rebelarse.

Aprovechando el regreso de un viaje a Japón donde había participado en un congreso sobre maderas tropicales, Mary Allegretti había decidido pasar las fiestas con su hermano en Nueva York. A las seis de la mañana del 22 de diciembre una llamada de teléfono la despertó. Era Adrian Cowell desde Londres. Mantenían el contacto y la amistad, a pesar de haber roto sus relaciones sentimentales. «¿Sabes lo que ha pasado en Xapurí?».

Mary interrumpió sus vacaciones y decidió regresar a Brasil para el entierro. En el mostrador de Varig suplicó que la dejaran viajar en un vuelo que estaba lleno hasta los topes. Una vez dentro, a duras penas conseguía calmarse. A la tristeza de la pérdida de Chico se unía un fuerte sentimiento de culpabilidad. «Estaba furiosa conmigo misma, furiosa por haber sido tan ingenua, por pensar que por el simple hecho de haberle convertido en una personalidad no sufriría más amenazas». En la escala de Miami volvió a llamar a Adrian: «Le dije que me encontraba muy mal, muy mal a causa de mi ineficacia. Me sentía inútil e incapaz. Estaba devastada. Tenía la sensación de que habíamos sido incapaces de hacer lo más importante: protegerle».

«Yo creo... —contestó Adrian con voz entrecortada—. Yo creo que él hizo una elección clara. Yo creo que sabía que sólo con su muerte conseguiría algunos de los cambios que tanto anhelaba».

* * * *

Después de la autopsia, Don Moacyr ofició una misa de cuerpo presente en la catedral de Rio Branco a las ocho de la mañana del día 23. Fue un funeral abarrotado, uno de los que Chico había predicho que le iban a tocar. Llegaron más de dos mil personas, muchas de ellas llevando brazales negros: «¡Bienaventurados los que luchan por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos!», exclamó desde el púlpito Don Moacyr, aunque no faltaron alusiones más directas: «Los que han votado contra la reforma agraria no merecen el voto de ningún cristiano. Los que han votado en contra son cómplices de asesinatos como el de Chico Mendes». Hacia el final se hizo un momento de silencio mientras una mujer depositó sobre el altar las camisetas y las sandalias de Chico y de Ivair Higinio. Sólo se oía el crepitar de la lluvia y los gritos de «¡Muerte a la UDR!», «¡Justicia, justicia!» y «¡Queremos venganza!» que proferían los que no habían podido entrar. El féretro fue sacado a hombros bajo una lluvia torrencial y llevado al aeropuerto. El gobernador del Estado puso el bimotor oficial a disposición de la comitiva para transportar los restos a Xapurí. Una vez allí fueron recogidos por el Toyota del sindicato, que los llevó por las calles desiertas

hasta la iglesia de San Sebastián. La gente, asustada, apartaba un poco las cortinas para lanzar miradas furtivas al vehículo. Cundía el miedo. En cada esquina había un policía militar, metralleta en mano, cacheando a los *seringueiros* que venían de la selva.

Gilson Pescador colocó sobre el féretro los diplomas de la ONU y de la Better World Society. Los altavoces de la iglesia emitían canciones del compositor cubano Pablo Milanés. El entierro había sido fijado para el día 25, de manera que los *seringueiros* tuvieron tiempo de efectuar el largo recorrido a pie y en canoa desde sus calveros. Los primeros en llegar fueron la gente del Sur en un *jet* alquilado para la ocasión por el presidente del Partido de los Trabajadores y amigo de Chico, el exobrero metalúrgico Lula, que no había vuelto a Xapurí desde la funesta jornada en que asesinaron a Wilson Pinheiro. La historia se repetía con una siniestra cadencia.

A las dos de la tarde Lula dio un discurso en la plaza frente a la iglesia: «Chico Mendes, en sus caminatas por la selva, consiguió unir bajo una misma bandera la lucha ecológica, la lucha sindical y la lucha política porque sabía que son indisociables, que una se alimenta de la otra en un círculo parecido al de la vida en la selva». Hubo más discursos, pero no fueron las frases incendiarias lo que llegó al alma de los que habían venido a dar su último adiós al compañero acribillado, sino la imagen de Ilzamar, sentada en el suelo junto al féretro, lívida, hundida en sus recuerdos, inmóvil durante los tres días del velatorio.

* * * *

Mientras tanto, Pernambuco cruzaba nerviosamente el puente sobre el río Acre en dirección al garito de la vera del río donde iba a encontrarse con Rosa. Al llegar a la altura del *Barulho do Acre*, lo más parecido a unos grandes almacenes que había en la ciudad, se cruzó con la única persona a la que no deseaba ver en ese momento. Intentó escabullirse, pero ya era demasiado tarde. Luis Garimpeiro le increpó:

—¡Oi!... Iba a verte —el esbirro de Enoch se dirigía precisamente al hotel Successor—. Menuda chapuza han hecho —le dijo refiriéndose al asesinato de Chico—. Se nos han adelantado y ahora todo será más difícil.

Pernambuco alegó que era necesario que el ambiente se calmase un poco. Pero Garimpeiro se negó con firmeza. No quería perder ni un minuto más; temía que otros se les volvieran a adelantar, temía quedarse sin el privilegio de orquestar la muerte del obispo y sin el dinero consiguiente. Le emplazó a hacer el «servicio» durante el entierro del *seringueiro*, al que seguramente el prelado acudiría. No habría mejor oportunidad, le dijo, y estaba dispuesto a acompañarle en ese mismo momento a Xapurí para preparar la cobertura. Pernambuco sintió la sangre helarse en sus venas. Rara vez había oído semejante estupidez, aunque, pensándolo mejor, no era una idea tan mala si tenían la intención de eliminarle a continuación para «quemar archivo» y quedarse con todo el dinero. Así que no dio su opinión ni mostró reticencia alguna para no levantar sospechas.

—Dentro de una hora quedamos en el hotel —se limitó a decir impertérrito— y nos vamos a Xapurí. Vamos a prepararlo bien, no como esos chapuceros —añadió, refiriéndose a los autores del asesinato de Chico. Luego le pidió un adelanto, más por dar credibilidad a su participación

que por necesidad.

—Sabes que en Acre no se acostumbra a pagar por adelantado.

—Éste no es un trabajo cualquiera.

—Veré lo que puedo hacer. Hasta luego.

Pernambuco le vio alejarse. Le apeteció sacar su 38 y disparar contra esa escoria que le obligaba a marcharse a Xapurí. Apenas tendría tiempo de estar con Rosa. Ni siquiera podría regresar al hotel por miedo a que Garimpeiro le estuviera esperando antes de la hora prevista, lo que significaba que no podría recoger el dinero de sus ahorros que había escondido en la habitación. Ya no tenía escapatoria: o iba a Xapurí con Garimpeiro, o desaparecía del mapa para siempre.

Se reunió con Rosa en la misma veranda del mismo tugurio de la víspera. Llovía intensamente y el vapor de agua no permitía distinguir la otra orilla. El calor era aplastante. Rosa llegó ensopada. Nada quedaba del relajamiento y de la felicidad de la víspera. Estaba triste. La noticia del asesinato del *seringueiro* había conmocionado el barrio de chabolas de la Estação Experimental. Su padre estaba muy afectado, le dijo. El viejo Alfredo había acudido a la misa de cuerpo presente en la catedral, a pesar de la lluvia y de que apenas podía caminar. Rosa y su madre esperaban convencerle de que desistiese de ir al entierro a Xapurí.

—Todo el mundo lo sabía y nadie hizo nada para impedirlo —dijo ella alzando los hombros, y con una expresión de profundo desconcierto en la mirada, la misma que tenían todos los pobres de Acre. Pernambuco calló. Después de un largo silencio, le dijo:

—Me han pedido que vaya a Xapurí para hacer el servicio del obispo durante el entierro.

Rosa le miró con ojos de espanto.

—Vámonos al Sur ahora mismo —le pidió él—. Aunque nunca nos han visto juntos tengo miedo de que esos canallas te localicen y tomen represalias contra ti cuando se enteren que me he esfumado...

—Yo no puedo irme ahora. Tengo a mi hija, están mis padres... No puedo irme de repente, y menos después de lo que ha pasado.

—¿Cuándo podrás salir?

—Después del entierro... Antes no puedo moverme, entiéndelo.

—Te esperaré en Rondonia, en Porto Velho, en el hotel *Ouro Fino*. ¿Te acordarás del nombre?

—Ella asintió con la cabeza—. Y de allí iremos al Sur.

—Sí —dijo Rosa.

Pernambuco sacó de su bolsillo el último fajo de billetes que le quedaba y lo puso encima de la mesa:

—Aquí tienes para el viaje...

Rosa no quiso coger el dinero pero Pernambuco insistió y acabó metiéndoselo en el bolso, quedándose él con lo justo para el viaje.

—Te ruego que vayas a la prelatura. Yo voy a avisar al obispo para que no acuda a Xapurí. Le diré que te ayude, que te saque de Rio Branco y lo hará, estoy seguro. Sobre todo no vayas a la Rodoviaria sola.

Luego hablaron de cosas triviales, como queriendo dar una apariencia de normalidad a sus vidas maltrechas. Pero Pernambuco estaba inquieto; temía que Garimpeiro le hubiera seguido. No podía permanecer más tiempo en la ciudad sin poner en peligro su vida y, lo que era más grave, la

de Rosa. Se levantó y la abrazó:

—Te esperaré en el *Ouro Fino* la semana que viene...

Mientras abandonaban el garito y se adentraban por las callejuelas inundadas, a Rosa se le empañó la cara de lágrimas o de gotas de lluvia, Pernambuco no lo supo. Luego se despidieron, y cada uno siguió su camino.

A las doce menos cuarto de la noche del viernes 23 de diciembre de 1988, unas horas después de que Pernambuco y Rosa se hubieran despedido, el teléfono sonó en el dormitorio de Don Moacyr Grechi, en la segunda planta de la prelatura de Acre y Purús. Una llamada a aquella hora intempestiva no podía presagiar nada bueno, pensó el obispo, que despertó sobresaltado de un profundo sueño después de aquella agotadora jornada. Su interlocutor se identificó como Carlos Goiano, dijo que llamaba desde el municipio de Presidente Medici en Rondonia y alegó que había sido contratado junto a Luis Garimpeiro por el delegado Enoch Pessoa para matar al sindicalista Chico Mendes y al propio obispo.

—No ejecuté el servicio porque mi negocio ya no es matar —añadió—. No he tenido coraje para llevarlo a cabo. Por eso le llamo, para pedirle disculpas y para que tome precauciones. Usted será el próximo —luego le dijo que una mujer llamada Rosa se pondría en contacto con él para pedirle protección. Y le pidió que la atendiese, con un tono de súplica que reveló la profunda angustia que sentía.

—Puedes estar seguro de que la atenderé en todo lo que necesite. Recibimos a todo el que viene a esta casa... —dijo el obispo.

—Se lo agradezco, señor. También quería decirle que no vaya a Xapurí para el entierro de Chico Mendes. Es cuando tienen planeado matarle. Cuídese, señor, o no llegará a mil novecientos ochenta y nueve.

Don Moacyr colgó el auricular con una sensación extraña. Su experiencia en los confesonarios le hacía pensar que aquella llamada era sincera. Lo que no cuadraba era la calidad de la transmisión, demasiado nítida para que fuese desde Rondonia. Parecía más bien una llamada urbana. Muchas preguntas se atropellaron en su cabeza después de aquella llamada y apenas consiguió dormir en toda la noche, como tampoco lo consiguió la fiel empleada Maria, que declaró a la prensa que desde la muerte de Chico Mendes «ya nadie duerme de un tirón en esta casa».

A doscientos kilómetros de allí, Pernambuco sacó las fichas que habían sobrado del teléfono del bar de carretera donde se había parado el autocar *especial leito* (especial cama) que hacía el recorrido nocturno Rio Branco-Porto Velho, en Rondonia. Estaba satisfecho de haber hablado con el obispo. Tenía la impresión de haberse quitado una carga de encima, de haber realizado algo positivo en su vida y pensó que su madre se sentiría orgullosa de él, quizá por primera vez. Era como si con esa llamada hubiera pagado todos sus crímenes anteriores. Pero le corroía la duda de que Rosa no se atreviese a emprender viaje, ahora que estaba sola.

Dejó unos billetes sobre la barra y salió afuera. Subió los peldaños del autocar, cuyo motor ronroneaba suavemente y sintió el alivio del aire acondicionado. Era uno de esos autocares que hay en todo Brasil, con sólo veinte asientos convertibles en cama para hacer más llevaderas las distancias. Se tumbó, se cubrió con la sábana hasta la nariz para mantener los ojos alerta y esperó a que los pasajeros subiesen al vehículo con sus latas de refresco o sus galletas reblandecidas por

la humedad. Luego apagó la luz. Al darse la vuelta le molestó el bulto de la pistola y por un momento pensó en tirarla por la ventana. Pero en seguida cambió de parecer. Todavía podía necesitarla. Rememoró la conversación con el obispo. Pensó si no hubiera sido mejor identificarse; haber dado el nombre de una persona muerta como Goiano restaría credibilidad a su llamada. Pero en el fondo daba igual. Lo importante era haberle avisado, haber contribuido a no romper el hilo de una vida y haber preparado el terreno a Rosa. No revelar su identidad ni el lugar del que llamaba formaba parte de su instinto de supervivencia, su amigo y compañero fiel, al que no estaba dispuesto a traicionar.

A las diez de la mañana del día siguiente, Don Moacyr fue a la sede de la *Gazeta do Acre* para relatar lo ocurrido durante la noche. «Enoch Pessoa tiene motivos para querer perjudicarme. Nunca le han gustado las denuncias que la Iglesia ha hecho contra él», le dijo al periodista Silvio Martinello después de haberle contado los detalles de su conversación. Añadió bromeando: «No tengo miedo, pero tampoco quiero morir. Con mi estatura soy un blanco fácil». La noticia recorrió todos los periódicos del país. Garimpeiro se enteró por la radio y comprendió que Pernambuco se la había jugado. Le había estado esperando en el Successor y luego había recorrido la ciudad buscándole hasta que se dio cuenta de que había huido. «*¡Un tombo!*», pensó, lo que en el lenguaje de los matones significa un hombre sin palabra. Aquel grandullón amigo de Ayala le había hecho perder una fortuna... Gajes del oficio.

Furioso, se puso en contacto con otro compañero para intentar cumplir con el «servicio». La figura de Enoch Pessoa salió a relucir, pero nunca nadie le molestó y las investigaciones llevadas a cabo por la Secretaría de Seguridad Pública con respecto a los Escuadrones de la Muerte quedaron en punto muerto. «Un escándalo en Acre no significa nada. Aquí estamos lejos de todo», diría Don Moacyr.

El obispo no pidió protección policial. Se limitó a ir siempre acompañado y a no sacar a pasear a sus perros. El día 24, estuvo esperando en la prelatura la llegada de la tal Rosa. Por la noche no había aparecido todavía. Don Moacyr dio instrucciones precisas de que le avisaran si llegaba la misteriosa muchacha. El día 25 por la mañana, domingo de Navidad, el obispo fue en coche hasta Xapurí, a pesar de las advertencias de Pernambuco. Algunos padres y agentes de pastoral le seguían de cerca en una camioneta, por lo que pudiera pasar en el camino. La carretera estaba impracticable a causa de las lluvias. A uno de los camiones que transportaba gente de Rio Branco se le partió el eje. Los viajeros, chorreando, cubiertos de barro, hicieron autostop en la cuneta. La camioneta de los padres se paró y subieron algunos en la parte trasera. Entre esos pasajeros de fortuna se encontraba un anciano que tenía dificultad al andar y una tos persistente. Era un *exseringueiro* llamado Alfredo Eustaquio que por nada del mundo se hubiera perdido el entierro de *Chiquiño*, como le llamaban afectuosamente. Le acompañaba su hija, una bella muchacha llamada Rosa, que le ayudó a subir y a instalarse, y que en todo momento estuvo pendiente de su padre.

Todos los que estuvieron cerca de Chico Mendes en vida —los hombres de la selva, los del otro Brasil y los extranjeros— estaban ese día en Xapurí para darle su último adiós. En la iglesia no cabía un alfiler. Don Moacyr y el padre Luis Ceppi oficiaron la misa antes del entierro. El obispo vio entre la multitud de la primera fila a su primo Gilson Pescador, que, con Raimundo y otros amigos íntimos, estaban colocando el féretro delante del altar. Los dos parientes

intercambiaron una mirada cargada de perplejidad, pero no llegaron a decirse nada.

«Espero que no pasaremos otra Navidad como ésta —dijo Don Moacyr a los asistentes, entre cuyas miradas intentaba adivinar cuál sería la de su asesino—. Pero desgraciadamente tengo mis dudas de que no surjan nuevos mártires. Es una situación que durará mientras nuestros gobiernos no representen al pueblo, sino a una minoría interesada en mantener sus privilegios».

Al final de la misa, y después de que Raimundo hubiera depositado unos pantalones de tela de saco, una camisa de algodón, una *poronga* y las sandalias de su primo sobre el ataúd —símbolo de todos los *seringueiros* ultrajados por aquella muerte prematura—, Gilson y los demás levantaron el féretro a hombros y siguieron al padre Ceppi, que parecía la imagen de Jesucristo con su sotana blanca y su barba, llevando una cruz de madera con un retrato de Chico clavado en ella, abriendo el cortejo fúnebre. A Don Moacyr, por obvias cuestiones de seguridad, no le dejaron ir al cementerio y le llevaron de regreso a Rio Branco.

Alfredo Eustaquio se santiguó al ver pasar tan cerca el cuerpo sin vida del hijo de su amigo Francisco. Rosa quiso que se sentase pero Alfredo se negó y, apoyándose en ella, se unió al grupo y salieron de la iglesia. El cielo también parecía estar de luto. Una fuerte lluvia tropical se abatió sobre Xapurí. El millar de personas que acompañaban el último viaje de su líder en un clima de emoción y de rebelión no se desanimó. Los pies en el barro, empapados hasta los huesos, caminaron en un silencio sólo interrumpido por algún que otro grito reclamando el castigo de los asesinos y por el ruido de la tormenta. «¡Es la naturaleza que llora la muerte de Chico!», gritó alguien con voz ronca y profunda. El cortejo llegó hasta el cementerio de San José, en las afueras. El muro sobre el cual se apiñaban los fotógrafos casi se derrumbó. Cuando el ataúd fue colocado en una cripta de ladrillo junto a la del recientemente asesinado Ivaír Higinio, y mientras un hombre sellaba con cemento la lápida, el padre Ceppi cogió un puñado de tierra: «¡Miradla bien! —dijo levantando la mano por cuyos dedos resbalaba el barro—. ¡La tierra es nuestra madre por la que Chico dio su vida! ¡La tierra es de todos!». Rosa adivinó unas lágrimas en el rostro del padre Alfredo Eustaquio, cuya vida en los últimos años había girado alrededor de la pérdida de su bien amado trozo de selva, aquellas palabras le estremecieron. Encogido y arrugado, apoyado en su hija, bajó la vista al suelo y se unió al Padre Nuestro que entonaba Luis Ceppi, aunque musitaba aquel otro que había aprendido durante su viaje a Brasilia: «Seringueira que estás en la selva, multiplicados sean tus días...». Otros discursos siguieron, promesas de que ningún árbol más sería talado en Xapurí, eslóganes clamando venganza mientras la gente aplaudía. Si la revuelta no estalló aquel día, fue sobre todo por la labor de los cuadros del sindicato, de gente como Gilson o Raimundo que se esforzaron en calmar a los más radicales, exactamente como Chico hubiera hecho. Fieles a la memoria del amigo desaparecido, supieron canalizar la sed de venganza exigiendo que se hiciese justicia, un sueño imposible en la Amazonia de la impunidad.

Pero Chico, desde su tumba, les ayudó en la tarea. Ganó la última batalla contra sus asesinos gracias a la mejor arma, la prensa, que ofreció la historia de su vida y la noticia de su muerte al mundo como un regalo de Navidad póstumo. Nadie había calculado, ni los terratenientes, ni las autoridades, ni siquiera Mary Allegretti —convencida de que había sido «el final de una bonita historia»—, la repercusión de ese asesinato en el mundo entero.

La noticia había tardado más tiempo en llegar a los recónditos lugares de la Amazonia que a los despachos de Norteamérica y Europa. Steve Schwartzman la había recibido la mañana

siguiente, gracias a una llamada de su amigo Peter May de la Fundación Ford en Rio de Janeiro. El antropólogo roquero se quedó unos instantes sin saber qué hacer, rememorando los buenos momentos pasados junto a su amigo brasileño, hasta que la pena se tomó en ira e indignación. Esperó una hora más prudente para llamar a su amiga Barbara Bramble y movilizar a los medios de comunicación. Una hora después de enterarse, Barbara mandaba una nota de prensa en nombre de los seis millones de miembros de su organización, la *National Wildlife Federation*, pidiendo a todo el que la leyese que mandase cartas cortésmente redactadas al presidente de la República de Brasil y al ministro de Justicia exigiendo una investigación inmediata y pidiendo justicia para los responsables del crimen. Acto seguido llamó por teléfono a su amigo Shabokoff, el periodista que había entrevistado a Chico en 1987 durante uno de sus viajes a Washington. La entrevista había sido publicada en la sección principal del *New York Times*. Shabokoff se acordaba perfectamente de cómo Chico había descrito las amenazas de muerte; no era algo fácil de olvidar. Cuando fue al periódico, sacó la ficha sobre Chico y se dirigió al despacho del redactor jefe: «Esto vale la pena —dijo—. Si no lo cubre nuestra corresponsal en Brasil, lo cubriré yo».

En Rio de Janeiro, en la sede del *Jornal do Brasil*, el periodista que había hecho a Chico su última entrevista insistió también para que se publicase, pero sin éxito. Seguía siendo una historia banal y sin gran interés, a juicio de la redacción, aun después de muerto. Entonces, sin saber que iba a ser cierto, dijo que había hablado con la corresponsal Marlise Simons y que iba a salir en el *New York Times*. El redactor del *Jornal do Brasil* cambió de parecer: habían sido los primeros en hacerle una entrevista, pensó, e iba a ser una historia internacional. Así que decidió publicarla el 24 de diciembre de 1988 en primera página, y utilizó para los titulares una frase de Chico: «Quiero seguir vivo para salvar la Amazonia». El mismo día salía la noticia en la primera página del *New York Times*, para sorpresa de los que en Rio lo habían mencionado sin creérselo: «Brasileño que luchó por salvar la Amazonia es asesinado». A partir de ese momento se produjo una reacción en cadena y por primera vez el asesinato de un *seringueiro* ocupó la primera plana de los periódicos y las televisiones del mundo. Fue la peculiar manera que Chico Mendes encontró para replicar a los tiros que le habían matado.

* * * *

El interés de la opinión pública mundial se volcaba en un verano pródigo en catástrofes naturales. Una tremenda e inusual ola de calor se había abatido sobre los Estados Unidos, gran parte de Europa y el centro de China. Mientras el 21 de septiembre de 1988 había sido el día récord de incendios en la Amazonia (ese día Alberto Setzer, del Instituto Espacial Brasileño, contó 8.438 puntitos blancos en su analizador multiespectral), un auténtico ejército de bomberos seguía luchando para controlar las llamas del Parque Nacional de Yellowstone, cuyo incendio abarcaba un área del tamaño de Mónaco. Veinte Estados de la Unión americana habían sido declarados área de sequía; miles de cabezas de ganado perecieron y la cosecha de cereales se redujo un 31%. A finales de verano, el Caribe fue víctima de huracanes de una violencia excepcional. En Asia, gran parte de Bangladesh sufrió inundaciones. En Europa, los incendios forestales en Francia y España

redoblaron su intensidad. Rumores sobre la situación del medio ambiente tras el telón de acero daban cuenta de que no había agua potable en Checoslovaquia, que todos los ríos de Polonia estaban muertos, que la leche del norte de Italia y los renos de Laponia eran víctimas de la contaminación de Chernóbil. En Moscú no se recordaba un verano tan caluroso como el de 1988. Mijail Gorbachov, en un discurso ante las Naciones Unidas, mencionó varias veces la situación del medio ambiente, comparándola con desastres como el hambre, la guerra o la enfermedad. La nota final de esa cadena de cataclismos fue la aparición en numerosas playas de residuos químicos e industriales, así como de numerosos delfines muertos a causa de una misteriosa enfermedad. Aires de fin del mundo recorrieron el planeta. «Fue el año en que la naturaleza habló», dijo George Bush durante su campaña presidencial. Bajo el pánico y las historias de terror ecológicas se estaba dibujando una nueva visión del planeta, la de un ecosistema global que trascendía los intereses nacionales. En todo el mundo, la situación del medio ambiente empezaba a percibirse como el gran desafío del siglo XXI. En este clima de apocalipsis, alimentado por los medios de comunicación, la opinión pública de los países ricos empezó a sentir un fuerte complejo de culpabilidad, sobre todo en Norteamérica, donde 250 millones de habitantes consumen el 66% de los recursos mundiales para mantener su estilo de vida. Como en todos los momentos de crisis, el mundo moderno necesitaba líderes para redimir sus pecados e inspirar una nueva cruzada universal que salvase al planeta. Chico Mendes era una de esas fuentes de inspiración. Muerto en combate por haber defendido su selva, se había convertido en el símbolo de una preocupación creciente. En aquel mártir de la Amazonia el mundo encontró un héroe a su medida.

Fue más la presión internacional que la voluntad de aplacar la sed de venganza de los *seringueiros* —algunos incluso amenazaron con ejecutar a todos los miembros de la familia Alves— lo que llevó a las autoridades a actuar. El ministro de Justicia, siguiendo instrucciones del presidente de la República, molesto por la avalancha de preguntas que llegaban de todas las embajadas (que nunca habían oído hablar de Chico Mendes), por el caudal de protestas que Barbara Bramble había desencadenado y por el trasiego de los medios de comunicación, nombró a Romeu Tuma, el más alto funcionario de la policía federal, como responsable especial de la investigación, algo insólito en la Amazonia. Su primera medida fue anunciar el traslado del jefe de la policía federal, Mauro Spósito, al Mato Grosso, poniéndole a cargo del control de pasaportes, un trabajo anónimo y oscuro para el sospechoso de haber filtrado la información de la orden de arresto contra los Alves. Luego supervisó de cerca el trabajo del policía civil Nilson de Oliveira, que hasta entonces había estado a cargo del caso del robo del camión de caucho y a quien le fue asignado este nuevo asunto porque, según todos los indicios, empezaba a saber demasiado sobre las actividades de los policías de Enoch.

El 25 de diciembre, mientras Chico era enterrado, el detective Nilson y un grupo de policías fuertemente armados se desplazaron hasta la *fazenda* Paraná, donde numerosos miembros del clan de los Alves estaban asando un ternero para la churrascada dominical. Al verlos llegar, tres de ellos huyeron hacia la selva, disparando contra sus perseguidores. Eran Oloçi y los hermanos Mineirinhos, que lograron escapar después de un breve tiroteo.

«Pensábamos que íbamos a ser invadidos por los *seringueiros*», declaró la mujer de un pistolero, justificando así los disparos de los fugitivos. Los policías registraron las dependencias de aquella finca en los confines del mundo y encontraron un arsenal de revólveres, escopetas, fusiles y revistas pornográficas. Se sorprendieron al descubrir que el viejo Darli, tan enclenque, era polígamo y reinaba sobre su tribu a base de sexo y violencia. Todo era insólito en aquel lugar, empezando por los agujeros de bala en el refrigerador de la vivienda principal, que Nilson examinó cuidadosamente. «Fue una pelea entre Tarci y su padre —explicó Natalina, la esposa oficial—, pero ninguno salió herido». «¿Cuál fue el motivo de la pelea?», preguntó Nilson. «No lo recuerdo», fue la única respuesta que obtuvo.

Ese día no consiguió extraer más información a las mujeres de Darli, que mostraban una curiosa mezcla de adoración y miedo por su macho huido. Pero Nilson sabía que el tiempo y la adecuada presión le proporcionarían el resto. Para empezar, las reunió en la casa principal y les anunció que en adelante estarían vigiladas noche y día por un retén que acamparía en la *fazenda* para impedir cualquier comunicación entre los fugitivos y sus familias.

Poco a poco las lenguas se fueron desatando. La mujer de un pistolero contó haber visto llegar

a Tarci a las 11 de la noche del día del crimen, acompañado de un pistolero llamado Mineirinho. «A partir de ahora, ya no habrá más confusión en Xapurí», oyó decir a Tarci, lo que no ofrecía muchas dudas sobre la participación del muchacho en el atentado. Confesó que más de una vez les había sorprendido planeándolo. «Les avisé que si cometían ese crimen, no tendrían ni un momento de paz y que vivirían el resto de sus días entre la vida y la muerte». La misma mujer confirmó a la prensa que la *fazenda* Paraná era «un paraíso de matones profesionales». Francisca, la mujer más joven, declaró que había oído decir a Darli, en la noche del 21, que la muerte de Chico Mendes urgía.

Pero lo más revelador no salió de boca de sus mujeres, sino de un adolescente de 14 años con aspecto de niño pero adulto de mente, que deambulaba por la *fazenda* y había sido testigo privilegiado de la vida de los Alves. El joven Genesio Barbosa había regresado la víspera del hotel de Xapurí donde Darli le había mandado a espiar los movimientos en la casa de Chico. Nilson le interrogó, pero sólo consiguió gruñidos. Genesio era desconfiado y, sobre todo, tenía miedo de las represalias del clan. Nilson supo presionarle adecuadamente y poco a poco fue ganando su confianza, ofreciéndole protección y haciéndole ver que su silencio podía interpretarse como complicidad. Entonces el temor a Darli se transformó en miedo a ser detenido y Genesio empezó a contar su vida en la *fazenda* Paraná. No sabía que de ese modo burlaba el destino de pistolero que por convivencia y por el ejemplo que cundía a su alrededor le tenía reservado el futuro.

Lo que dijo aquel adolescente precoz, parco en palabras y con la mirada dura del que lo ha visto todo, fue considerado un ejemplo de cómo la realidad supera a veces a la ficción más escabrosa. Relató atrocidades con una naturalidad pasmosa. Contó haber oído a Darli dar la orden a sus hijos Tarci y Oloçi de matar a Ivair Higinio, y cómo después se habían felicitado por el trabajo. Dijo que João Branco, presidente de la UDR, había visitado la *fazenda* por lo menos cinco veces en la temporada anterior a la muerte de Chico. Dijo también que le pegaban para amedrentarle y para que no se le ocurriese contar lo que sabía. Además, el muchacho estaba al corriente de una serie de crímenes a los que nunca se había encontrado solución. Uno de ellos implicaba a Gastão Mota, que habría ofrecido a dos estudiantes bolivianos una camioneta a cambio de cocaína que los dos jóvenes traerían de su país. Los dos bolivianos cruzaron la frontera a pie y llegaron a la propiedad de Darli, y éste ordenó a sus hijos que les mataran después de haber recibido la cocaína. Los estudiantes fueron asesinados a quemarropa y sus cadáveres dispuestos en cruz y quemados para evitar su identificación. También Genesio esclareció la muerte de un tal Ferreira que había pedido la mano de la hija de Darli. Después de una disputa con Oloçi fue asesinado y su cadáver, abandonado en un campo de plataneros, fue devorado por los buitres. El cuerpo del peón Walcir, a causa de una disputa sin importancia, fue pasto de las llamas después de que los hermanos le pegasen un tiro. «Cuando les sorprendía en algo, me ponían un machete en la tripa y me hacían jurar que no diría a nadie lo que había visto», explicaba Genesio. Contó más casos, dio nombres y reveló los secretos de aquella familia que imponía su propia ley a sangre y fuego.

—¿Quién mató a Chico Mendes? —le preguntó Nilson.

—Tarci y Mineirinho. No sé quién disparó, pero creo que fue Mineirinho. Oloçi les esperaba en el coche.

—¿Quién era el que mandaba?

—Yo oí varias veces decir a Darli que iba a matar a Chico Mendes, que no le quedaba ni un año de vida.

La presión que la policía ejerció sobre el clan fue eficaz hasta cierto punto. El día 26 de diciembre, desconcertados por el escándalo sin precedentes que se había creado y para aplacar la animosidad de la policía, los fugitivos obligaron a Tarci a entregarse, no sin antes haber obtenido la seguridad de que estaría bajo protección del ejército. Al atardecer y acompañado de su abogado, el joven apareció en la sede de la policía federal de Rio Branco, vestido con pantalones y camisa a rayas, y calzando botas. Tan tranquilo estaba que parecía haber pasado la noche en una discoteca en lugar de en la selva. Se confesó ser autor del crimen y describió la escena sin ahorrar ningún detalle, insistiendo en que lo había hecho en solitario: «Lo hice porque añoraba a mi padre, que había tenido que huir a causa de una orden de arresto. Llevaba dos meses sin verle», declaró cuando le preguntaron las razones que le habían empujado a ello. También contó que vivía solo en una barraca en la *fazenda* Paraná, que no bebía y que se sentía enfermo: «Vivo solo porque no me gusta rodearme de mucha gente. Desde hace cinco años tengo una úlcera que me hace sufrir en cuanto me pongo nervioso». Aquel hijo que quería emular a su padre daba pena. Parecía increíble que un muchacho bien parecido, sosegado y afable como Tarci hubiese podido cometer tantos crímenes. Pero nadie escapaba al culto de la violencia en la *fazenda* Paraná; menos aún un chico sin carácter, prácticamente analfabeto y que había crecido en el odio al *seringueiro* y en el temor a su padre. Fue encerrado en el cuartel del 4º Batallón de Fronteras, escoltado por cincuenta soldados armados de rifles automáticos, a la espera de ser trasladado a la Colonia Penal. Recibió la visita del detective Nilson, que no creía que hubiera actuado en solitario. El policía sacó una cajetilla marca Charm y le ofreció un cigarrillo. Tarci le dijo que no fumaba. Con esa respuesta quedaba demostrado que el joven Tarci no había sido coautor del crimen y que se trataba de un complot familiar. La policía había encontrado colillas de Charm en los matorrales de la parte trasera de la casa de Chico (la misma marca de las que había esparcidas en la cuneta de la carretera cuando Ivaïr fue asesinado). Charm era la marca que fumaban Oloçi Alves y el matón Mineirinho.

Oloçi no tardó en caer en las redes de la justicia, y no fue por el celo de la policía sino gracias a la determinación y el coraje de la actriz Lucelia Santos, miembro del Partido Verde y simpatizante del movimiento de *seringueiros*. El día 27, mientras regresaba a Rio Branco en el Toyota del sindicato, el conductor reconoció a Oloçi en una de las camionetas que venían de frente, y al pasar les hizo ademán de apuntarles con el brazo. «Ése es el más peligroso y el peor de todos los hijos de Darli», dijo el chófer a Lucelia, que, indignada de que estuviera en libertad, nada más llegar a la ciudad proporcionó los datos a la policía. La camioneta fue localizada cerca de Xapurí por un destacamento de la policía local. Sabiéndose rodeado, Oloçi esgrimió su pistola mientras intentaba escapar. Pero esta vez no lo consiguió. En el tiroteo resultó herido en el hombro. Fue capturado y llevado al hospital, escoltado por treinta policías que vigilaban todos los accesos.

Como no bastaba con tener a los ejecutores entre rejas para aplacar a la opinión pública, las autoridades policiales decidieron montar la *Operação Varredura*, el mayor despliegue que se recuerda en la Amazonia para detener a dos hombres a pie, sospechosos de ser los autores

inductores del crimen: Darli y Alvarino. Cien policías civiles, militares y federales, armados de metralletas, fusiles, granadas y bombas de gas rodearon la propiedad de un tal Pereira, que confesó haber recibido dos días antes la visita de los hermanos Alves acompañados de tres empleados-pistoleros de la *fazenda*. «Estaban hambrientos y tenían un aspecto terrible», declaró. Entonces los policías se enteraron de que Oloçi era el encargado de llevarles comida y desde su detención los fugitivos estaban sin provisiones. Dos días después, Rubem Torres, abogado de Darli y conocido miembro de la UDR, empezó a negociar la rendición de su cliente a cambio de una garantía de protección.

El 7 de enero de 1989 Darli salió del bosque en un lugar previamente acordado y avanzó hacia la carretera, donde le esperaban las fuerzas de policía y su abogado. Estaba lívido, hirsuto, aún más delgado que de costumbre. Aquellos días en la selva le habían agotado; parecía un anciano. Dio al oficial su revólver calibre 38 y sus balas. «Me he entregado para evitar sufrimientos a mi familia —declaró a la prensa—. Y para librar a las autoridades de la presión internacional». Fue llevado al centro penitenciario, donde se encontró cara a cara con sus hijos. Fingió no reconocerlos. «¡Ah, son mis hijos! —dijo al cabo de un momento—. Han cambiado». Luego, justificando su indiferencia inicial en su miopía, les dio un apretón de manos, evitando toda conversación innecesaria frente a los policías.

Alvarino, fiel a su promesa de no caer nunca más en manos de las autoridades, había optado por la fuga. El delegado de la policía federal prometió que le detendría en 24 horas, una promesa que no hubiera hecho de haber conocido el feroz temperamento del indomable forajido. Darli lo advirtió desde la cárcel: «Mi hermano Alvarino sólo se rendirá muerto, no sin antes llevarse consigo a algunos policías». El delegado hizo todos los esfuerzos para no quedar en ridículo ante sus compatriotas ni ante los periodistas nacionales y extranjeros que, abarrotando el hotel Veneza de Xapurí, cubrían la mayor persecución jamás organizada en Brasil contra un hombre y su secuaz. Pero el centenar de soldados que cuadrícularon la zona de la *fazenda* Paraná no aguantó las durísimas condiciones de la selva en temporada de lluvias. Cinco vehículos quedaron inutilizados, un hombre se rompió un brazo y varios otros sufrieron diarreas agudas. Devorados por los mosquitos, cubiertos de barro, derritiéndose bajo el calor húmedo y el peso de sus equipos, los demás se desmoralizaron y perdieron la pista de los fugitivos. El delegado pidió el apoyo de un helicóptero del ejército, pero cuando llegó una semana más tarde, sus hombres estaban ya fuera de combate; no habían podido contra la selva. El delegado tuvo que aceptar la derrota.

Las mujeres de la *fazenda* Paraná, desde el momento en que supieron que Darli estaba encerrado, hablaron con más soltura. Contaron su vida en la propiedad, las proezas sexuales de Darli y hasta algunos crímenes con una ingenuidad que sorprendió a policías y periodistas. Sus vidas cotidianas podían resultar exóticas para gente de fuera, pero ellas habían vivido tanto tiempo en esa atmósfera amoral y autoritaria que se habían acostumbrado a ello. Natalina, la «oficial», recibió cartas de todo Brasil para que revelase la receta exacta de la pócima afrodisíaca que daba a su marido. Margarita, la más joven y la preferida, declaró que el 22 de diciembre, día del asesinato, Darli, después de haber pasado la tarde en la *fazenda*, fue a despedirse de ella. «Con lágrimas en los ojos, me dijo que echaría de menos a los niños, pero que tenía que desaparecer por una temporada». Luego confirmó el crimen de los estudiantes bolivianos y reveló otro, el de un vendedor de caballos cuya desaparición había sido un misterio. «En una ocasión, Darli me dijo

que no cavaría más agujeros para nadie. Era más práctico y más seguro rociar los cadáveres con gasolina y prenderles fuego», declaró. También contó haber visto a Tarci, varios días antes del crimen, entrenarse con un fusil del 20, el mismo calibre que mató a Chico.

La *fazenda* Paraná, desde el fatídico día del asesinato, vivía en una atmósfera que ya no era de este mundo. Sin su amo, dueño y señor, el harén entró en una espiral de locura, como si la tragedia se negase a abandonar aquel lugar donde había echado raíces tan profundas. Sin Darli, el rebaño de mujeres que había recogido al filo de los años ya no tenía razón de existir. Francisca, la empleada doméstica que a sus quince años había huido de la casa paterna para seguir a Darli y para descubrir con horror que no era la única mujer de su vida, empezó a desarrollar una especie de paranoia destructiva en medio de todos aquellos policías abandonados en la *fazenda*, que se aburrían soberanamente porque habían completado la investigación y no recibían nuevas instrucciones. «Los norteamericanos van a lanzar una bomba atómica sobre la *fazenda* para matar a toda la gente y a todo el ganado», decía aterrada y mirando al cielo, inspirándose en los fragmentos de conversación que había oído a Darli, cuando estaba preocupado por sus sinsabores con Chico Mendes y con los ecologistas norteamericanos que, según él, querían su finca. Francisca había invitado a Margarita a huir juntas para encontrarse con su amo. Pero Margarita se negó. La temía; en una ocasión había querido envenenarla por celos. Además, sabía que tres años atrás Francisca había intentado suicidarse bebiendo detergente y que desvariaba a menudo. Desde la invasión de la *fazenda* había dejado de alimentarse, a pesar de estar embarazada de tres meses. El 8 de enero, cuando supo que Darli se había rendido, su angustia se acrecentó. «Si meten a Darli en la cárcel... ¿qué va a ocurrir con mis hijos?», preguntaba alucinada. Aquella mujer desesperada porque su mundo se derrumbaba entregó un pequeño joyero a uno de los policías: «Guarda esto, por favor. Si pasa algo, véndelo y compra comida para mis hijos». Al amanecer del día 9, catorce horas después de que Darli fuese arrestado, Francisca salió de su casa con un cuchillo largo y afilado oculto en la falda y, bajo un mango del jardín, se lo clavó en la garganta, seccionándose la yugular. Un chorro de sangre salpicó las hojas del árbol y la mujer se desplomó, muriendo en el acto. Dejaba huérfanos a tres niños de cuatro, tres y dos años.

Aparte de sus retoños, hubo dos personas que sintieron la pérdida de Francisca de manera muy especial. Uno, el joven Genesio, que vivía encerrado en la comisaría de Xapurí, misterioso, insondable, mirando a no se sabe qué horizonte: «Margarita era mala y me pegaba bastante — declaró—, pero Francisca era cariñosa y me quería mucho». Otro, Darli. Cuando en su celda se enteró de la noticia, rompió en sollozos y se llevó las manos a la cabeza: «¡Dios mío! —exclamó—. ¡Cuántas desgracias!».

Las otras mujeres de Darli fueron llevadas a Xapurí. Poco a poco la *fazenda* Paraná fue abandonada. Se vendió mucho ganado, en parte para pagar a los abogados. La hierba empezó a crecer entre el entarimado de la veranda, testigo mudo de las churrascadas donde, bebiendo *whisky*, se conspiraba contra los rebeldes de la selva. Darli, el más pequeño de los poderosos de la región, pasó por un período de profunda depresión: «Me preocupa que mi *fazenda* esté abandonada. Estoy desesperado, quiero morirme», declaró a la *Gazeta*. Mientras el país y el mundo vivían las trepidantes hazañas de la *Operação Varredura* (más tarde se supo que los policías regresaban a dormir al cuartel de Xapurí al caer la noche, dejando el terreno libre a los fugitivos), él volvió a decir que la policía no los atraparía nunca. El tiempo le dio la razón. Ni Alvarino ni Mineirinho fueron nunca apresados.

Poco a poco Darli fue serenándose, porque sabía que después de la tormenta viene la bonanza. Salió de la cárcel por primera vez el 10 de enero, conducido al tribunal de Xapurí para una audiencia con el juez Longhini. El convoy, compuesto de dos camiones y nueve policías, tardó diez horas en recorrer los 160 km de distancia entre Rio Branco y Xapurí. Al llegar a las afueras, Darli pidió que el convoy detuviese su marcha unos instantes. Su padre, el viejo Sebastião, le había hecho una señal con el bastón. A sus 86 años se encontraba en plena forma y parecía más joven que Darli. Se acercó al furgón blindado y dio unos golpecitos en el cristal, feliz de ver a su hijo preferido. Fue un corto instante de ternura entre dos hombres que ya no podían escapar a la violencia que ellos mismos habían desencadenado.

Darli se limitó a negar su participación en el crimen e hizo una declaración llena de contradicciones. Se trataba de ganar tiempo con la justicia, cuya proverbial lentitud favorecía siempre a los inculpados. Tenía la seguridad de que sus compadres, amigos y protectores esperarían el momento adecuado para echarle una mano. El tiempo terminaría por darle la razón.

* * * *

Mientras, en Porto Velho, capital de Rondonia, Pernambuco esperaba en el hotel Ouro Fino. Ni el hambre en su infancia, ni los sufrimientos físicos de su huida por la selva de la *fazenda* Junqueira, ni la tensa espera en el fuerte del indigenista Possuelo, ni las amenazas de las familias de *posseiros* que había asesinado eran comparables a la angustia de esperar la llegada de Rosa día tras día, hora tras hora, minuto a minuto. Al principio pensó que la mujer había sido víctima de la venganza de sus colegas del Escuadrón de la Muerte, pero se tranquilizó al enterarse por la radio que Luis Garimpeiro había sido detenido por el detective Nilson en relación a la supuesta «llamada al obispo de parte de Carlos Goiano» y puesto bajo arresto domiciliario. «En Acre está todo demasiado caliente para que éstos muevan un dedo», pensó.

Vivía pendiente de los medios de comunicación, la única manera que tenía de saber si Rosa había acudido a la prelatura. Pero no había noticias de ella y a cada día que pasaba era más improbable que las hubiera. Pronto se enfrentó a la evidencia de que la muchacha no le seguiría y se maldijo por la ingenuidad de haber creído en ese cuento de hadas que se había inventado durante las tardes calurosas del verano en Rio Branco. Consideró la idea de regresar a Acre a buscarla y en un momento de desesperación casi sube a un autocar, pero comprendió que era como meterse de cabeza en el ojo del huracán y desistió. Llamó por teléfono al *Anjo Mau* y le dijeron que Rosa llevaba varios días sin aparecer, que se había ido con su padre a Xapurí y que no sabían cuándo volvería.

Se dio cuenta de que Rosa no vendría y entonces cayó en una melancolía depresiva y se encerró en su cuarto, como siempre que no sabía qué hacer con su vida. Recordó las horas pasadas junto a ella, cerraba los ojos y se la imaginaba tumbada a su lado, con su olor a malva y sus pechos blancos, mientras disfrutaban del silencio de los enamorados. Creía haber sorteado el último obstáculo al confesar y enterrar definitivamente su pasado, pero apenas lo había hecho se había quedado sin futuro. Si le faltaba el cariño de Rosa, ¿qué iba a ser de él? De momento, se le

acabaron las fuerzas para vestirse o salir a la calle. A cada segundo que pasaba le parecía que la vida huía de su cuerpo por todos los poros. Quería morirse pero no podía. Quería vivir pero no sabía cómo. Entonces decidió dormir.

Encerrado en su cuarto, la noche y el día se mezclaron al ritmo desordenado de su sueño turbulento. Absorto por el lento movimiento de las aspas del ventilador colgado del techo, durante aquellos días eternos se limitó a espiar todos los ruidos, a imaginar que de los coches que se detenían frente a la entrada se apeaba Rosa, que los fragmentos de conversación que le llegaban desde la recepción eran para recibirla, que las pisadas en la escalera anunciaban su llegada. Incluso habiendo perdido ya la esperanza, no podía impedir que su corazón diese un vuelco al ver una sombra desplazarse sobre las paredes de la habitación o al oler el jabón o la colonia que penetraba por la rendija de su puerta al volver de la ducha algún huésped.

Tuvo la sensación de morirse, y parte de él debió haber muerto porque cuando despertó de aquel letargo de amor era otro hombre. Esta vez no fueron ni el hambre, ni la sed, ni el tedio de yacer en una cama lo que le indujo a levantarse. Fue por decisión propia de no dejarse vencer. Estaba claro que Rosa no vendría, pero conservaba la certeza de que no la había perdido. Se dio cuenta de que ella había cedido a las presiones de su familia y de que había sido demasiado inocente pensando que la arrancarían de una vida sórdida pero segura, sin proponerle nada concreto, excepto un viaje en autocar hasta alguna ciudad del Sur. Había exigido demasiado sin ofrecer más que promesas vagas a una mujer que mantenía con su trabajo a toda su familia, y sólo cuando lo comprendió empezó a sentirse aliviado. No había sido abandonado. La vida les había separado y sólo dependía de él volverse a encontrar. Ahora, más que nunca, sentía la necesidad de ganarse el sustento honradamente, de afianzarse para siempre en una nueva vida, de demostrarse a sí mismo que podía sobrevivir sin matar. Entonces se pondría en contacto con ella por cualquier medio, incluso volvería a Acre para proponerle algo más que sueños de adolescente. No necesitaría al prelado para que la ayudase a salir, no sería preciso escapar como delincuentes en la noche. Haría las cosas como Dios manda. En esa renovada esperanza Pernambuco encontró fuerzas para salir de aquella habitación. Al cerrar la puerta le pareció que dejaba en los pliegues de las sábanas, en las grietas de las paredes y en el entarimado del suelo todo lo que había sido hasta entonces.

Pagó con el dinero que le quedaba, caminó hasta la estación y, mientras esperaba la salida del autocar a São Paulo, llamó a cobro revertido a una de las pocas personas que le habían ayudado hasta entonces. Lo tenía en reserva como un jugador se guarda un as en la manga. Siempre había pensado en él en caso de extrema necesidad, como en ese momento en que sus finanzas se reducían a un montón de cruzeiros arrugados en el bolsillo y un billete de ida al Sur. Por suerte, el bueno de Hitler estaba en casa, reponiéndose de un aterrizaje forzoso a causa de una parada de motor. El piloto se mostró tan afable como siempre y sorprendido porque le creía trabajando para Zé Rosaldo.

—Voy a São Paulo —dijo Pernambuco—. He entrado definitivamente en la ley de los creyentes.

—Enhorabuena —le dijo Hitler—. Siempre supe que valías más que para simple pistolero.

—Necesito algo de *grana* para aguantar hasta conseguir trabajo —prosiguió. Le dijo que tenía la intención de empezar en una carnicería, aunque fuese de ayudante, para luego abrir su propia tienda.

—Te mandaré un giro a tu nombre a la lista de correos —contestó Hitler—. Y mándame tu dirección, porque te iré a visitar.

—*Muito obrigado, amigo meu...*

—Por cierto, han aparecido los restos de Tarzán... —le dijo el piloto, y a la sola mención de ese nombre Pernambuco se sobrecogió—. Se lo llevó el riachuelo que pasa detrás del cerro, y sus huesos aparecieron a dos kilómetros de distancia. No tuvo fuerzas para cruzarlo.

—¿Adónde iría?

—Pues a Italia, a encontrarse con su madre. Estaba obsesionado con eso y allí mandamos sus restos.

—Tanta malaria y tanto mercurio le hicieron perder la cabeza, ¿eh?

—Perdió la bola pero no el sentido de la orientación, porque el rumbo era correcto... Iba directo a Turín... ¡Sólo que calculó mal la distancia! —bromeó Hitler.

Pernambuco se rió con ganas. «¡Vaya con el viejo!», pensó al colgar el teléfono, sin estar seguro de que no se lo iba a encontrar sentado a su lado en el autocar porque de un ser tan sobrenatural y chiflado como Tarzán se podía esperar cualquier cosa, hasta que apareciese en forma de fantasma con un bamburro en el sudario. Más tarde, cuando se hubo acomodado para el largo viaje, le fue invadiendo una plácida serenidad. La ayuda de Hitler, la aparición de los huesos de Tarzán, el haber encontrado una explicación coherente a la ausencia de Rosa eran algo más que un alivio, eran la confirmación de que había encontrado un hilo conductor en su vida y de que las piezas empezaban a encajar en su sitio.

* * * *

Alfredo Eustaquio se empeñó en aprovechar la estancia en Xapurí con motivo del entierro de Chico para ir a pasar unos días a un seringal, a pesar de que los senderos estaban inundados y de que el viaje era difícil en esa época del año. Para Alfredo, que se sentía tan viejo y acabado que pensaba que nunca más tendría la oportunidad de ver la selva, aquello era tan imprescindible como que viniesen a darle la extremaunción antes de morir. Así que Rosa tuvo que acceder a acompañarle, a pesar de temer por la salud de su padre, y a pesar de que su mente estaba a mil kilómetros de allí, en el hotel *Ouro Fino* de Porto Velho donde Pernambuco había purgado la decepción de su ausencia.

Había sido sincera al citarse con él en Rondonia. Ella quería cambiar de vida aún más que él, porque si Pernambuco se había ganado el sustento destruyendo a los demás, ella hacía algo peor, se autodestruía al vender su cuerpo al mejor postor. En cada habitación de cada motel dejaba un poco de su dignidad de mujer. Ahora, la vida les había jugado una mala pasada, o mejor dicho la muerte, porque el asesinato de Chico Mendes se había interpuesto en sus planes con la arrogancia de la fatalidad. Aquella desgracia anunciada había agudizado las pasiones en Acre, y ella nunca se hubiera atrevido a decir en su casa que se marchaba con aquel matón del Escuadrón de la Muerte. El disgusto hubiera hecho trizas a su padre y a toda la familia en esos momentos de fuerte emotividad. Por las mismas razones que había dejado de verle con anterioridad, ahora tenía que

olvidarse de él y nada mejor que la distancia para eso. Además, temía que la relacionasen con la «Rosa» de la llamada al obispo, pero entre tanta confusión a nadie se le ocurrió. Lo último que hubiera hecho en su vida habría sido pedir ayuda a Don Moacyr para huir precisamente con el que había sido contratado para matarle. Eran cosas que Pernambuco no podía entender porque no formaban parte de su mundo. Sólo esperaba que fuese lo suficientemente maduro como para no tomar su desertión como una traición. Para Rosa, la única realidad era la necesidad que su familia tenía del dinero que ella traía a casa todas las mañanas. Albergaba la esperanza de que Pernambuco lo entendiera así. Después de pasar dos días en la selva en medio de una comunidad de *seringueiros*, regresó a la rutina de su vida en Rio Branco. Esperaba secretamente alguna noticia de Pernambuco y cuando en el *Anjo Mau* le dijeron que la había llamado, sintió ganas de saltar de alegría. Prefirió pensar que tarde o temprano aquel hombre volvería a aparecer en su vida y, acariciando ese sueño improbable, terminó de maquillarse, se ajustó la falda y salió al bar para encarar a su primer cliente, un periodista venido a cubrir las investigaciones del crimen que había sacudido Acre y el mundo.

Un mes después de la muerte de Chico, mientras los *seringueiros*, los ecologistas, la prensa y la Iglesia reclamaban mayor eficacia a la policía, el primo Raimundo viajaba a Washington para una ceremonia que Steve Schwartzman y Barbara Bramble habían organizado en memoria del *seringueiro*. Fue el homenaje que le brindaron doscientos cincuenta ecologistas, periodistas, congresistas y senadores reunidos aquel 25 de enero de 1989 en la iglesia de St. Peter. El testimonio vivo de Chico Mendes había permitido iniciar lo que ahora era una campaña mundial de seguimiento de una veintena de megaproyectos en los países del Tercer Mundo. También había servido para que el Banco Mundial reconociese sus fracasos: «Polonoeste nos ha enseñado muchas lecciones...», había dicho Barber Conable, presidente del Banco Mundial, en su discurso inaugural el 5 de mayo de 1987. «Ha sido un claro ejemplo de un esfuerzo por llevar a cabo un proyecto ecológicamente sano que ha fracasado. El Banco no calculó bien las realidades humanas, institucionales y físicas de la selva y de la frontera —prosiguió Conable—. Una carretera que tenía que beneficiar a los pequeños agricultores se estaba convirtiendo en una autovía para las compañías madereras. Las medidas de protección de los pueblos tribales no fueron ejecutadas con el vigor necesario»^[94]. A continuación, el nuevo presidente había anunciado una serie de medidas para evitar que el banco se involucrase en otro Polonoeste, incluyendo una notable ampliación del departamento de estudios medioambientales. Pero lo más importante de toda la campaña a la que había contribuido el *seringueiro* asesinado, según Bruce Rich, había sido el sentar un precedente de control público sobre aquellas instituciones cuyo poder de influencia es tan grande que se consideran inmunes a cualquier crítica o control ajeno. Después de Chico, del indio Paiakan y del antropólogo Darrell Posey, los viajes a Washington de representantes de las poblaciones afectadas se habían hecho frecuentes, y el eco de aquellos viajes estaba repercutiendo en otras partes del mundo: los japoneses empezaron a preocuparse por el impacto de sus proyectos de ayuda internacional, como la presa del valle de Narmada en la India, cofinanciada por el Banco Mundial, y escucharon testimonios de representantes de las poblaciones locales invitados a hablar en la Dieta de Tokio^[95]. También los indios del Ecuador viajaron a Dinamarca, sede de las compañías petroleras que en sus tierras abrían carreteras por las que entraban hordas de colonos, y expusieron el problema ante la prensa y los parlamentarios.

Raimundo no sospechaba que la lucha encabezada por su primo había tenido esas repercusiones mundiales. Para él, lo importante seguía siendo la intransigencia de los terratenientes y la desmoralización de los *seringueiros*. Con sus ojos mansos, su cuerpo filiforme y su tez cobriza, vestido como si estuviera en Xapurí a pesar de los diez grados bajo cero que azotaban a la capital estadounidense, subió al púlpito y tomó la palabra: «Posiblemente matarán a más gente, incluido yo mismo, al obispo Don Moacyr, a Gomercindo, a Osmarino, etc., pero la

lucha de los pueblos de la selva no morirá», dijo antes de acusar al gobierno brasileño de favorecer las matanzas «protegiendo a los hombres que tienen fortuna». Su discurso fue inflamándose hasta llegar a poner en aprietos al embajador de Brasil. En plena época de desmoronamiento de los regímenes comunistas y frente a un grupo de congresistas del país más capitalista del mundo, aquel oscuro cauchero de las selvas sudamericanas les dijo con el corazón en un puño que el capitalismo salvaje no garantizaba el desarrollo y la justicia en todos los países ni en todas las épocas, y ciertamente no en el suyo y en el tiempo que le había tocado vivir. «La ambición, la ganadería y el capital han matado a Chico», concluyó. Steve, que oficiaba de traductor, optó en ese momento por omitir la palabra «capital». Los que habían entendido sonrieron pícaramente, a excepción del embajador de Brasil que se marchó justo después del responso, sin asistir a la ceremonia en el Capitolio. La lucha por la cual Chico había muerto era también la lucha contra el consumismo desenfrenado del *american way of life*, y más de un americano presente aquel día en la iglesia de St. Peter sabía que aquélla era una causa justa y, sobre todo, necesaria para el porvenir de todas las especies, incluida la humana. Por eso aquel público, entre los cuales había cinco senadores y ocho miembros del Congreso, se puso en pie y aplaudió durante cinco largos minutos el discurso de Raimundo.

Al dejar la iglesia, el mismo grupo de gente subió por los peldaños del Capitolio donde la semana anterior Ronald Reagan había transferido los poderes a su sucesor George Bush. «¡Qué distinto se ve el mundo desde estas escalinatas!», pensaba Raimundo, que fue conducido a una sala donde proyectaron el vídeo de la intervención de Chico en Piraçicaba, donde anunciaba su asesinato con una admirable tranquilidad. Aquella imagen familiar, aquel rostro tan entrañable que nunca más arengaría a los suyos conmocionó a Raimundo de tal manera que tuvo que salir de la sala para controlar sus emociones.

En todo el mundo, la popularidad del héroe asesinado aumentaba de forma paralela a la preocupación por el porvenir de la Amazonia. El ex Beatle Paul McCartney y el brasileño Luis Gonzaga compusieron canciones en su honor. Madonna organizó un concierto en la Academia de Música de Brooklyn bajo el lema *Don't Bungle the Jungle* (No estropees la jungla) y en el que actuaron los B-52, Kenny Scharf, Grateful Dead y los Del Fuego. Italia fue el país europeo donde la figura de Chico Mendes se hizo más popular, quizá por la tradición de las órdenes religiosas italianas en la Amazonia. Don Moacyr, viajando por su país de origen en 1989, pudo comprobar cómo muchas ciudades habían erigido un monumento o nombrado un parque en memoria del líder *seringueiro*. La prensa brasileña e internacional se cebó sobre el caso, y la batalla de los productores de Hollywood para comprar a Ilzamar los derechos de la vida de su marido a efectos de rodar una superproducción aumentaron aún más el interés por aquella parte olvidada del mundo hasta la noche trágica del 22 de diciembre de 1988.

* * * *

«¡Ni siquiera cuando murió Jesucristo se hizo tanta publicidad!», decía furioso el viejo Sebastião, patriarca de los Alves. Su hijo y sus nietos encarcelados tampoco salían de su asombro ante las

reacciones que había provocado aquel simple y casi rutinario «servicio». Habían esperado una repercusión un poco más fuerte que la del asesinato de Ivaïr, pero en ningún momento hubieran imaginado lo que estaba sucediendo. Periodistas norteamericanos, europeos y brasileños desfilaban por el hotel Venezia, hacían cola en la Colonia Penal para solicitar una entrevista con Darli o sus hijos, hostigaban a Sebastião con preguntas indiscretas sobre las mujeres del clan y sobre los innumerables hijos, nietos y matones. La inusual afluencia de *gringos* fue utilizada por el abogado de Tarci («Xapurí está plagado de agentes extranjeros», escribió en un documento que defendía a su cliente), que acusó del crimen a los «amigos de Chico» alegando que sólo la CIA podía haber planeado un asesinato con tanta premeditación. «Los culpables son los que se habían beneficiado de este crimen, es decir los intereses extranjeros y todos los que se oponen al desarrollo de la Amazonia», concluyó. Los demás terratenientes esgrimían en público los mismos argumentos. Pero, en el fondo, todos sabían que los Alves acabarían en libertad. «Nada prueba que Darli haya matado a Chico», diría João Branco, una vez que Tarci se desdijo de su confesión por indicación de su abogado.

De todos los objetos incautados en la *fazenda* Paraná, hubo uno que llamó poderosamente la atención del detective Nilson, el hombre sobre cuyos hombros recaía todo el peso de la presión nacional e internacional. En el álbum de fotos de Darli aparecían reiteradamente los mismos personajes: Gastão Mota, João Branco, Enoch Pessoa y algunos ganaderos de la zona, lo que hizo pensar al detective que los *seringueiros* y tantos otros tenían razón al decir que el caso era más complicado que una simple *vendetta* familiar. Otro detalle vino a confirmar su sospecha de que la eliminación del líder *seringueiro* había sido el resultado de una amplia conspiración: la noche del crimen, dos periodistas del diario *O Rio Branco* hicieron el trayecto desde la capital hasta Xapurí en hora y media, jactándose de haber tenido tiempo hasta de cambiar una rueda y de tomar algo en un bar de la carretera. Estaba claro que los reporteros habían sido advertidos de lo que iba a ocurrir, porque esa misma noche el propio Nilson tardó seis horas en hacer el mismo recorrido. Al día siguiente, *O Rio Branco*, conocido por ser la voz de los terratenientes y de la UDR, publicaba en primicia el reportaje completo de la muerte de Chico, con todo lujo de detalles. Aquello hizo que Nilson se preguntase hasta qué punto los hermanos Alves habían sido instrumentos manejados por los terratenientes de Acre, hasta qué punto los líderes más radicales de la UDR se habían aprovechado del conflicto entre Chico y Darli. Sabía que para atrapar las cabezas necesitaba documentos o testimonios, y que serían difíciles de conseguir.

Sin embargo, fiel a su deber de buen profesional, hizo todo por obtenerlos. Convencido de que Gastão Mota era el arquitecto de los crímenes de Darli y que traficaba con drogas y armas, mandó que le detuvieran a la salida de un banco en Brasileia al que había ido a cobrar un giro de 10,4 millones de cruzeiros (aproximadamente un millón de pesetas). Nilson le interrogó durante tres horas porque tenía la seguridad de que ese dinero era parte de un pago de la UDR por los «servicios». «Soy un hombre de bien y siempre he seguido los mandamientos de Dios —declaró Mota, pálido, quejándose de problemas coronarios—. Hace veinte años di trabajo al padre de Chico y a sus hijos en mi seringal. Yo era amigo de la familia», añadió cínicamente. No existían suficientes pruebas para mantenerle detenido, y Nilson, muy a su pesar, tuvo que soltarle a las 24 horas. El conocido agente de pistoleros se instaló en el hotel Kador de Brasileia, rodeado de guardaespaldas armados hasta los dientes. Como no pudo acusarle del «caso Chico Mendes»

porque el médico Ephraim Mendoza, que había escuchado las frases intercambiadas en el Club de Fútbol Rio Branco se negó a ratificar su declaración previa, Nilson desempolvó otro caso, el asesinato en 1987 de un empleado de Gastão Mota con cuya mujer el *exseringalista* había mantenido relaciones. Pensaba conseguir una orden de arresto con el testimonio del terrateniente Luis Assem, muy temeroso de la policía. Pero en el último momento, Assem también se negó a colaborar. Luego, cada vez que el detective intentaba sacar la confesión de algún testigo, se topaba con el mismo muro de silencio, una auténtica *omertá*. Abrió investigaciones sobre una decena de terratenientes, incluidos el Coronel Chicao y Benedito Rosas, un asiduo de las churrascadas de Darli que vendió su rancho y viajó a Goiania en los días inmediatamente anteriores al atentado. Pero de su celo profesional Nilson sólo consiguió amenazas: «Me dijeron que dos hombres vendrían por mí. Todavía les estoy esperando», diría más tarde.

En su afán por dar con los inductores, el detective convocó a João Branco a prestar declaración, pero el carismático líder de la UDR negó que los periodistas de su diario, *O Rio Branco*, supiesen con antelación del asesinato. Refiriéndose al anuncio de que una bomba estallaría en Acre, Branco dijo que se trataba de un cargamento de 200 kilos de cocaína que estaba a punto de llegar de Cruzeiro do Sul. Pero Nilson no encontró referencia alguna a ese caso en los archivos de la policía. Branco se mantuvo en sus trece. De toda su investigación, el afanoso policía no conseguiría nada concreto, excepto los testimonios que comprometían a los cuatro acusados: Darli, Alvarino, Tarci y Mineirinho. Las cabezas de Tarci y Darli eran el precio que el sindicato del crimen pagaba por salir indemne de aquel caso. Así se calmaría la prensa y la opinión pública. En Brasil se les llama *boi de piranha*, en alusión al buey que se envía primero a cruzar el río para que le devoren las pirañas, permitiendo así que el resto del rebaño cruce sano y salvo, lejos de los peces carnívoros.

Chico Mendes se hubiera reído en la tumba de haber sabido que su humilde muerte desencadenaría semejante barullo y hasta un escándalo que llegó a provocar una intervención del presidente de los Estados Unidos. Todo empezó por unas declaraciones del senador Kasten en uno de sus discursos homenaje a la figura del *seringueiro* desaparecido: «El hecho es que los necesitamos y los utilizamos. En ese sentido, los bosques tropicales son también nuestros», declaró en una desafortunada frase que le valió el sobrenombre de «imperialista verde» en la embajada de Brasil en Washington. A esto se unieron las aún más desafortunadas declaraciones del presidente francés Mitterrand, sugiriendo que el destino de la Amazonia, herencia global de toda la humanidad, fuese administrado por un organismo internacional, llevando así las relaciones franco-brasileñas a su nivel más bajo en la historia. En Brasil todas esas declaraciones tocaron el delicado nervio del nacionalismo y causaron un furor generalizado: «Brasil no se va a convertir en un jardín botánico para el resto de la humanidad», replicó el ministro de Asuntos Exteriores del gobierno Sarney, irritado por esa burda injerencia en sus asuntos internos. Recordó que las naciones del Primer Mundo habían destruido a lo largo de su historia buena parte de sus bosques y de su medio ambiente, y que en la actualidad eran responsables de la mayoría de la contaminación mundial. Si se trataba de discutir el estado del medio ambiente, no había que limitarse a la Amazonia, sino a todo el modelo industrial del que también forma parte Brasil. Entonces Sarney fue invitado a una conferencia en La Haya. Pero a última hora se negó a participar, y alegó que era inadmisibles que un tema nacional como la Amazonia fuese discutido por otros países.

La visita de una delegación del Senado norteamericano a Brasil añadió más leña al fuego. Estaba encabezada por Thomas Lovejoy, un biólogo que había denunciado durante años la extinción masiva de especies y el cambio de clima debido a la tala, y que había comprendido que las naciones abrumadas por la deuda no tenían medios de solucionar el problema. La misión consistía en investigar y discutir con el gobierno la posibilidad de reconvertir parte de la deuda externa brasileña en proyectos de salvaguarda de la Amazonia, lo que en medios especializados se conocía como *debt-for-nature* (deuda-por-naturaleza). Había sido una brillante idea de Lovejoy, y consistía en que organizaciones medioambientales recaudasen fondos para comprar a los bancos parte de la deuda. La nación deudora pagaría a sus nuevos acreedores —las organizaciones ecologistas— con bonos en su propia moneda. Los intereses de esos bonos financiarían la compra de áreas de selva amenazadas, manera de matar dos pájaros de un tiro: aliviar el peso de la deuda en el Tercer Mundo y preservar los bosques. La idea venía avalada por su puesta en práctica en Costa Rica y Ecuador. Al principio, el ministro de Asuntos Exteriores pareció entusiasmado, pero el presidente Sarney la rechazó repitiendo que era una intromisión en los asuntos internos del país. Ahí se hubiera quedado el asunto si una parte de la delegación norteamericana no hubiera decidido viajar a Acre. Los políticos visitaron a los *seringueiros*. «Admiramos vuestro movimiento y esperamos que continúe», les dijeron. Dieron el pésame a Ilzamar y discutieron el problema que estaba en la raíz de todos los acontecimientos sangrientos que se habían producido: el asfaltado de la BR-364. Luego tuvo lugar una entrevista con el gobernador del Estado, Flaviano Melo, que les dijo que acababa de regresar de Japón, donde le habían ofrecido seiscientos millones de dólares para asfaltar la carretera hasta Perú. Los japoneses, explicó, consumen el 40% del mercado mundial de maderas tropicales y están interesados en facilitar la exportación al Pacífico. Eso bastó para que, de regreso a Washington, los senadores informasen a la cámara de las intenciones nipo-brasileñas con respecto a la Amazonia, lo que motivó una alusión del presidente Bush al primer ministro japonés, que se apresuró a desmentir el acuerdo sobre el asfaltado. En Brasil, pocos creyeron que la oposición a la carretera estuviese estrictamente motivada por razones ecológicas. Vieron más bien razones de hegemonía y competencia económica, alimentadas por el hecho de que la balanza de la economía mundial se inclinaba cada vez más a favor del Japón. Sarney, furioso al saber que Bush había saboteado el acuerdo, declaró que la BR364 se terminaría, con o sin financiación extranjera. Al mismo tiempo, en un gesto de valor simbólico, el gobernador del Estado de Amazonas, Amazonino Mendes, prometió repartir cinco mil motosierras para «dar tecnología a los pobres, para que corten árboles y se hagan ricos». Por toda la Amazonia se imprimieron camisetas con el eslogan: *Amazonia e nossa*. Aunque las intenciones de los senadores habían sido de carácter estrictamente ecologistas, el escándalo internacional amenazaba con dañar aún más el corazón de la selva.

El surgimiento de una conciencia ecológica en Brasil, galvanizada por la muerte de Chico, devolvió las aguas a cauces más razonables. Ya no eran los ricos del Primer Mundo los que pedían respeto por el patrimonio común de la selva, sino voces de los sectores más progresistas de la sociedad brasileña, para quienes las alusiones nacionalistas de Sarney no eran más que una manera de conseguir respaldo para su desacreditado gobierno. El hecho de que los países industrializados hubiesen devastado sus recursos no significaba que Brasil debiera seguir por el mismo camino. Si había algo que aprender de los errores ajenos, Amazonia debía favorecerse de

ello. La generación de brasileños que había crecido con la dictadura militar estaba cansada de una política de desarrollismo a ultranza que no solamente había devastado la Amazonia, sino conducido al país a acumular la mayor deuda externa del mundo (115 billones de dólares en 1991). En cambio, simpatizaba con ese héroe inesperado que el país había producido y que fascinaba al mundo entero.

En la estela de Chico Mendes fue creciendo una ola de simpatía por la causa de los indígenas, y hacia unos valores autóctonos despreciados secularmente. Fue como un redescubrimiento de Brasil por los brasileños, una consecuencia más de la transición a la democracia. La solidaridad de la opinión pública con los organizadores del Primer Encuentro de los Pueblos del Xingú, en marzo de 1989, fue un ejemplo de este cambio de actitud. La ciudad de Altamira salió brevemente del letargo en que el fracaso de la Transamazónica la había sumido y dio la bienvenida a los numerosos asistentes que acudieron a un encuentro dedicado a impedir la construcción de presas en territorio de los indios kayapó. Periodistas, parlamentarios, ecologistas, abogados especialistas en derechos humanos de Brasil y del mundo entero y hasta el cantante Sting (que estaba de gira junto con el indio Raoni para recaudar 3,4 millones de dólares a fin de comprar y delimitar una gran porción de territorio para los indios), vinieron a mostrar su apoyo a la iniciativa de sus organizadores, el indio Paiakan y el antropólogo Darrell Posey. En una escena que dio la vuelta a las televisiones del mundo, una prima de Paiakan llamada Taira hizo con el ingeniero de la compañía hidroeléctrica Electronorte lo mismo que su tía Eê había hecho con el general que tan pomposamente había presidido la ceremonia de delimitación del territorio, después de los acontecimientos de Maria Bonita. En un estadio repleto de indios en atuendo de guerra, la joven sacó su largo machete y le dio con el canto de la hoja en los hombros y en la cara gritando frases incomprensibles que luego fueron traducidas: «No necesitamos energía. ¡Lo único que queréis es robarle la tierra al indio!».

El país tenía ciertamente prioridades más acuciantes que inundar 30.000 km² de tierras indígenas y provocar un nuevo escándalo internacional. Sensible a las presiones de la opinión pública brasileña, al final del Encuentro el gobierno anunció la suspensión indefinida del proyecto hidroeléctrico del Xingú. A su vez, el Ministerio de Justicia anuló el juicio previsto contra Paiakan y Posey y retiró las acusaciones de haber denigrado la imagen de Brasil. Fue una nueva victoria de Paiakan, convertido en un experto en el manejo de los medios de comunicación y de las tácticas no violentas de presión. Darrell Posey, para huir de las amenazas y del clima enrarecido que su compromiso total con la causa de los indios creó en el resto de la comunidad científica de la Amazonia, aceptó una proposición de la Universidad de Munich para terminar su «Proyecto Kayapó», un titánico esfuerzo para conservar todo el conocimiento de la tribu (agrícola, medicinal, tecnológico...) recopilado en sus doce años de convivencia en la aldea.

Paiakan, después de Altamira, no volvió a Belem, sino que se adentró aún más en la selva. Fue a vivir a la aldea de su padre, en lo más profundo del territorio kayapó, a estudiar prácticas de shamanismo para poder transmitir las a sus hijos, en un esfuerzo —paralelo al de su amigo Posey— por recuperar un conocimiento y unos valores tan amenazados de extinción como el resto de la selva. Pero Paiakan había pasado demasiado tiempo en el mundo de los blancos como para volver a la vida tribal. Su existencia era como un hilo estirado entre el neolítico y el siglo XXI, un hilo que terminaría por romperse.

Poco tiempo después y en el otro extremo de la Amazonia tuvo lugar el viejo sueño de Chico

Mendes, el Encuentro de los Pueblos de la Selva, que unió por primera vez a indios y *seringueiros* para reforzar sus reivindicaciones comunes. Tuvo una importante cobertura nacional y a partir de ese momento se empezaron a notar cambios positivos. El gobierno anunció la suspensión de las subvenciones que hasta entonces habían hecho rentable la tala. El departamento de tecnología agrícola de la Universidad de Acre recibió un millón de dólares para investigar cultivos alternativos en las reservas extractivas, como pimienta, café y cacao. Varias universidades recibieron fondos para iniciar estudios sobre la utilización de plantas y la agricultura indígena. Las donaciones de las organizaciones medioambientales aumentaron, y los *seringueiros* recibieron fondos de la embajada de Holanda, de la Fundación Ford y de Canadá. El gobierno prometió a Ilzamar una pensión. Y, sobre todo, disminuyó el número de asesinatos de líderes rurales. Las cifras del año siguiente al de la muerte de Chico fueron un 50% más bajas, aunque todo el mundo sabía que los terratenientes no estaban dispuestos a tirar la toalla. No en vano el número de cabezas de ganado en Amazonia era veinte veces superior al de habitantes.

El interés internacional trajo para el movimiento de *seringueiros* un peligro insospechado, casi tan insidioso como la amenaza de los *fazendeiros*: el dinero de Hollywood. Chico Mendes había muerto tan pobre como había vivido. Sus posesiones se limitaban a unos pares de sandalias, un par de zapatos y ropa. Su casa, convertida en un museo que se visita en medio minuto, tan vacía está, tenía los muebles imprescindibles para un mínimo de confort. Hasta el hecho de que el cuarto de baño se encontrase en el exterior había facilitado el atentado. De pronto, y después de que los periodistas se hubieran marchado de Xapurí, empezaron a desfilar productores de cine, deseosos de llevar la historia del «mártir ecologista» a la pantalla. Enzarzados en una competencia feroz por el interés mundial de la prensa, los productores hicieron subir el precio de los derechos hasta la astronómica cantidad de 1,5 millones de dólares, batiendo el récord en la historia de Hollywood. Pero desgraciadamente la mayor parte de ese dinero fue a parar a manos de una compañía cinematográfica brasileña que actuó de agente, y no a manos de los caucheros. Fieles a su desgracia, los *seringueiros* seguían siendo víctimas de los intermediarios.

Con parte del dinero de los derechos, Ilzamar se mudó a una casa mejor en la misma calle, se compró una camioneta y abrió un restaurante popular, despertando la envidia de los vecinos y convirtiéndose en el blanco de los cotilleos más variados. Poco a poco fue asumiendo lo que había sido su vida y no tuvo reparos en hablar públicamente de ello: «Chico fue un buen marido, un buen padre, pero no me dejaba ningún espacio. Yo sólo servía para ocuparme de la casa y de los niños y para dar de comer a los compañeros. Sin embargo, quiero seguir en la lucha. Será mi respuesta a todo el mundo, incluso a los que han matado a mi marido». El cambio de Ilzamar sólo tenía parangón con otro, ocurrido doce años antes, cuando un *seringueiro* le enseñó a leer y a escribir y le hizo descubrir un poco de mundo. Después de haberse casado con él y de haberle enjugado la sangre que corría por la comisura de sus labios tras ser acribillado, Ilzamar nunca más sería la misma. La dócil esposa de Chico también había muerto aquel día, y en su lugar estaba naciendo otra mujer que tendría que caminar sola.

De la misma manera, la selva no volvería a ser la misma después del asesinato de Chico. Aunque su muerte no bastó para salvar la mayor masa forestal del planeta, sí sirvió para detener momentáneamente el proceso de devastación. Sirvió para que en Brasil y en el mundo se tomase conciencia de que la destrucción significa el suicidio de todos y la pérdida de millones de años de

inversión que el planeta ha realizado en su propia evolución. La muerte de Chico Mendes mostró al mundo una nueva faceta de la selva, la de un universo habitado por seres humanos en armonía con las demás especies, una visión que revela la abrumadora necesidad que los hombres tienen de ese gran depósito de vida, de esa inmensa fábrica de fotosíntesis, de ese invernadero de la evolución. El concepto de la selva como un territorio que sólo espera ser convertido en pasto para ganado desapareció para siempre con el tiro que mató al líder *seringueiro*. Quizá sabía que sólo su muerte conseguiría ese mínimo de justicia que reclamaba para él y para los suyos, y quizá por eso optó por regresar a Xapurí en lugar de refugiarse en algún lugar seguro. Quizá supo que sólo su muerte serviría para que el corazón de la selva siguiera latiendo.

Los Ángeles, noviembre de 1988

Finestrat, marzo de 1992

EPÍLOGO

A partir de 1989 el nombre de Chico Mendes fue relegado al olvido por los medios de comunicación. En la pequeña iglesia de Washington donde se celebró una misa por el primer aniversario de su muerte, apenas asistieron cinco personas. No acudió la prensa, ni los fotógrafos ni los políticos ni los diplomáticos. Pero Steve, Bruce y Barbara vieron llegar al senador Kasten, solo y vestido de negro. Permaneció de pie hasta el final del responso, a pesar de que allí no había nada políticamente interesante para él. Fue su manera de mostrar su agradecimiento al cauchero que le había mostrado «la cara humana de la devastación medioambiental», según sus propias palabras.

Tres días antes del final de su mandato, el presidente Sarney había firmado el decreto ley por el que se creaba la figura de *reserva extractiva* como espacio territorial especialmente protegido para uso sostenible de los recursos y beneficio de las poblaciones locales. Por primera vez una decisión tomada por el hombre permitiría en ciertas áreas que la gran selva prístina, resultado de la evolución y de la competencia ilimitada de sus especies durante millones de años siga existiendo en su forma esencial. Los *seringueiros* celebraron la inauguración de la «reserva extractiva Chico Mendes», una extensión de casi un millón de hectáreas, con música de forró y bailes de lambada, asados de jabalí y macacos en salsa, con la certeza de que Chico Mendes seguía velando por ellos desde algún rincón sideral.

Desde su instituto, Mary Allegretti se dedicó a crear el mayor número posible de reservas. A una de ellas, sin embargo, se dedicó con ahínco especial. Quería cumplir con la promesa que se había hecho doce años antes, cuando su amigo Terry Vale de Aquino la había abandonado en medio de aquella gente tan abandonada del seringal Alagoas, a la que decidió dedicar su vida. Ahora, pensó Mary, les había llegado el turno a sus amigos del fin del mundo. Después de todo, ellos habían sido la inspiración que había guiado sus pasos. Devolverles la dignidad sería su mayor satisfacción.

* * * *

En diciembre de 1990 los *seringueiros* y campesinos de Acre y de otras partes de la Amazonia prepararon su hatillo y emprendieron camino hacia la frontera con Bolivia. Se fueron juntando en las orillas de los ríos, en las cunetas de las carreteras, en las estaciones de autocares; caminaban en una densa polvareda rojiza o medio hundidos en el fango, algunos iban a caballo o en sus

mulas, otros hacían autostop y había tanto tráfico que no era difícil encontrar transporte porque todos iban al mismo lugar y tenían prisa por llegar. Tenían mucho que perder o mucho que ganar en lo que estaba a punto de celebrarse en la ciudad de Xapurí. La mayoría no habían hecho ese recorrido desde el día del entierro de Chico Mendes, dos años antes. Ahora regresaban porque había llegado la hora de hacer justicia. En la Amazonia lo llamaban «el juicio del siglo» y, aunque algunos observadores estimaron que la expresión era exagerada, otros pensaron que era acertada porque reflejaba la más estricta realidad: era el juicio del siglo por ser el único juicio conocido en Brasil contra unos terratenientes. Junto a caucheros y campesinos se fueron juntando políticos, ciudadanos brasileños y observadores internacionales que invadieron literalmente la pequeña ciudad, sacudiéndola de su ritmo somnoliento. Era el ritmo que marcaba la fatalidad, la regular cadencia de tragedias a la cual Xapurí no parecía escapar. Ni siquiera durante la última gran celebración antes del juicio, las fiestas de San Sebastián de enero de 1990, se había conseguido evitar el derramamiento de sangre, consecuencia de otros crímenes anteriores que se remontaban a otros todavía más lejanos como un túnel de infamia sin principio ni final. Esta vez habían tiroteado desde una moto en marcha a un *seringueiro* que había traicionado a los suyos para hacerse pistolero y que al hacerlo había desencadenado el vendaval de violencia que había abocado a este juicio multitudinario. José Brito, que había vendido su *colocação* del seringal Cachoeira a Darli Alves y que había terminado por convertirse en otro matón a sueldo del temible clan, había sido detenido y había confesado haber comprado varias armas para Darli y sus hijos, incluido el revólver del 38 que fue utilizado en el atentado a los *seringueiros* que acampaban frente al Instituto Forestal. Según el detective Nilson, la muerte de Brito no fue una venganza de los *seringueiros* por su traición sino una venganza de los Alves por sus declaraciones. En efecto, su testimonio sirvió para que Tarci y Oloçi fuesen declarados culpables de los disparos frente al Instituto Forestal y condenados a doce años de prisión en un juicio que sólo interesó a los habitantes de Xapurí.

Ahora la atención suscitada no tenía parangón en la historia de la Amazonia. Ni siquiera el español Luis Gálvez cuando se proclamó Emperador de la Selva o los mercaderes más visionarios de la época del caucho hubieran podido imaginar que se presentaría tal avalancha de gente para el juicio contra los asesinos de un *seringueiro*. Una semana antes habían empezado a llegar camionetas con teléfonos, unidades móviles de televisión y camiones repartidores de comida ante la mirada atónita de los empleados del ayuntamiento que se esmeraban en cortar las lianas y limpiar de hierbajos la entrada y los alrededores del edificio del tribunal. El primer día del juicio, el joven Tarci Alves, condenado ya a doce años por los disparos del Instituto Forestal y que había retraído su confesión de culpabilidad en el asesinato de Chico, sorprendió a todos los asistentes, incluidos sus abogados, al confesarse de nuevo autor del atentado. Romeu Tuma, el superintendente de la Policía Federal, declaró que podía ser una táctica del hijo para conseguir la absolución del padre. Cuando el juez preguntó al viejo y esquelético Darli, vestido con vaqueros y zapatillas de tenis, si había estado envuelto en el crimen, el hombre contestó: «No, no es verdad. Yo no he participado». Pero el fiscal y los abogados de la acusación aniquilaron la defensa al exponer pruebas irrefutables y esgrimir testimonios categóricos como el del joven Genesio Barbosa. Implacable, el joven testigo declaró que el viejo Darli había ordenado el asesinato. El muchacho no bajó la vista ni un momento. Parecía otro; ya no tenía ese aspecto hermético ni ese aire de pájaro acosado. Había vencido al miedo porque se sentía protegido; ahora vivía a miles

de kilómetros de allí en un ambiente totalmente distinto al de la *fazenda* Paraná. Había sido apadrinado por un afamado periodista de Rio de Janeiro llamado Zuenir Ventura, el único entre todos los individuos y entidades nacionales y extranjeras, religiosas y laicas en sentir compasión por ese muchacho que había crecido con pistolas de verdad como únicos juguetes. El periodista se hizo cargo de las necesidades del muchacho y junto con Don Moacyr se responsabilizó de su educación, mandándole a un colegio de la orden en algún lugar del Sur. Ahora el chico había vuelto a Xapurí para soltar las verdades que harían historia en la región.

A la mañana siguiente el jurado emitió la sentencia. Padre e hijo fueron condenados a 19 años de cárcel como autores del crimen, con el agravante de haberlo cometido por un motivo trivial. Era la primera vez que resultaba condenado un terrateniente como mandante. «Existen otros criminales que usaron a Darli y a Tarci, pero continúan en la sombra», declaró el fiscal Bastos. Aquéllos no caerían en las redes de la justicia. Tampoco caerían ni Alvarino ni Mineirinho, escondidos según todos los indicios en la finca de unos amigos en Paraguay.

* * * *

Pero el eco de alegría de los que aplaudieron la sentencia, pensando que por fin había llegado la hora de la justicia en la Amazonia, se fue convirtiendo en murmullo de inquietud. Poco a poco empezaron a filtrarse informaciones sobre las condiciones de vida de los Alves en la prisión. Darli salía de la penitenciaría de vez en cuando y había sido visto varias veces en compañía de una de sus mujeres. En uno de sus arrebatos llegó a amenazar de muerte al director de la cárcel por negarse a dejar entrar en su celda una televisión en color, regalo de uno de sus amigos ganaderos. Fueron presentadas varias denuncias sobre la falta de seguridad en la penitenciaría y la situación de privilegio en la cual vivían los Alves. Pero de la misma manera que los poderes públicos no hicieron caso a Chico Mendes cuando anunciaba su muerte, tampoco hicieron nada para extremar la vigilancia de la cárcel. Tal y como lo habían dicho en su día, los Alves se escaparon en febrero de 1993, un mes antes de tener que presentarse ante la justicia del Estado de Paraná. Con la fuga de los Alves, volvía a reinar la impunidad en la Amazonia.

* * * *

A pesar de haber suprimido los incentivos fiscales susceptibles de acelerar la deforestación, siguen los incendios y la destrucción. Los esfuerzos por demarcar tierras indígenas siguen chocando con los intereses de decenas de miles de pobres que, azuzados por la crisis económica que padece Brasil, llegan a la Amazonia en busca de una vida mejor. Sydney Possuelo, especialista en primeros contactos, el único en conocer el censo exacto de las poblaciones autóctonas de la Amazonia, fue nombrado presidente de FUNAI en 1991. Nada más asumir el cargo entró en unas arduas negociaciones con los militares y con los sindicatos de buscadores de

oro y consiguió la demarcación de 94.000 km² de territorio Yanomami, el mayor territorio indígena del mundo. Pero cada avance engendra una violenta reacción. Muchos en Brasil piensan que es demasiada tierra para un puñado de indios y hay voces que se elevan contra el «latifundio indígena». En junio de 1993 Possuelo fue destituido de su cargo por presiones de los militares que le juzgaban demasiado «indigenista». Dos meses más tarde, saltaba a la primera página de los periódicos la noticia de la masacre de 70 yanomamis en una aldea de Roraima.

También continúa la violencia contra los líderes rurales; asesinatos de sindicalistas, abogados laboristas, misioneros y ecologistas siguen estando a la orden del día. A pesar de haberse conseguido un cierto equilibrio en la balanza de fuerzas en la Amazonia, a pesar de que Chico Mendes murió para sacudir la conciencia del planeta sobre lo que estaba ocurriendo, los viejos demonios siguen agazapados en las cuatro esquinas de la selva. Del mundo entero depende que no acaben con lo último del edén.

LO QUE FUE DE ESTOS PERSONAJES EN 1994

Pernambuco:

Después de vivir en casa de un hermano suyo en São Paulo y de trabajar como guardaespaldas de un ejecutivo durante dos años y medio, se casó con Rosa y se mudó a una pequeña población del Estado de Rio de Janeiro. Aprendió a leer y a escribir y abrió una pequeña carnicería.

Alfredo Eustaquio:

Se llevó la mayor alegría de su vida al enterarse de que en la nueva Constitución brasileña se había aprobado un fondo de pensiones para los soldados del caucho, que aseguraría a cada uno de ellos un salario mínimo vitalicio. Todavía no ha recibido nada, pero no pierde la esperanza. Vive de lo que le dan sus hijos y de lo que le manda Rosa.

Mary Allegretti:

Siguió promocionando las reservas extractivas, creando 2 millones de hectáreas más, aparte de la reserva Chico Mendes. Su Instituto de Estudios Amazónicos se amplió, abriendo despacho en Brasilia, en Rondonia y en Amapá, y ahora es consultada periódicamente por el Gobierno y por el Grupo de los G-7. Ha recibido los mismos premios que Chico, el de la Better World Society en 1989, el Global 500 en 1990 y la Medalla de Oro del World Wildlife Fund en 1991.

Gilson Pescador:

Sigue viviendo en Xapurí. Perdió de nuevo las elecciones a alcalde. Trabaja para una entidad de estudios llamada CTA (Centro de Trabajo de la Amazonia). Salió del Partido de los Trabajadores por discusiones derivadas de las negociaciones de los derechos de la película de Chico.

Paiakan:

Un día de junio de 1992, mientras se celebraba en Rio la Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente, el otrora líder de los kayapó, el «hombre que iba a salvar la Amazonia» según una prestigiosa revista americana, cayó en desgracia. Su foto apareció en portada de la revista brasileña *Veja* que le acusaba de violar a la institutriz de sus hijos al regreso de una churrascada. Paiakan lo confesó a la policía. «Perdí el control de mí mismo porque había bebido. El indio no puede beber», dijo para justificarse. Desde entonces vive escondido en la selva. No se presentó cuando el juez le llamó a declarar.

Ilzamar Mendes:

Se casó de nuevo con un amigo de Chico llamado Julio Nicasio. Sigue viviendo en Xapurí encargándose de la Fundación Chico Mendes.

Zuza Mendes:

El hermano de Chico se compró un coche con lo que le tocó del dinero de los derechos de la película y una casa nueva, junto a la de Ilzamar. Ha sido nombrado vicepresidente del Sindicato de Trabajadores Rurales de Xapurí.

Adrian Cowell:

Terminó su serie «La década de destrucción» que fue premiada en Inglaterra y en los Estados Unidos. Trabajó como asesor en la película sobre la vida de Chico, que todavía no se ha hecho, y ahora pasa buena parte de su tiempo en Washington, donde mantiene una relación sentimental con Barbara Bramble.

Bruce Rich:

Los ecologistas de Washington siguen con su campaña de denuncia de proyectos destructivos para el medio ambiente y de apoyo a los movimientos populares surgidos en la base. Rich además está escribiendo un libro titulado *Battle for the Biosphere* (*La batalla por la biosfera*, que publicará Beacon Press en los Estados Unidos).

Steve Schwartzman:

Continúa en el EDF. Aparte de las campañas realizadas en conjunción con los demás, colabora estrechamente con Mary Allegretti en la cuestión de las reservas extractivas y por otra parte trabaja activamente en la demarcación de la tierra de los indios Krenakore, sobre los que había realizado su tesis.

Moacyr Grechi:

Sobrevive en su puesto.

Ayala:

El policía que entró a formar parte del escuadrón de la muerte y que denunció a su jefe trabaja en una oscura comisaría de Rio Branco. Se desplaza poco y nunca permanece en un lugar que tenga una ventana abierta. Duerme con un revólver bajo la almohada. Está convencido de que le matarán, pero aún así no quiere irse de Acre.

Luis Garimpeiro:

Purga una condena en una prisión de Rondonia y, según Ayala, ha jurado vengarse de él por haber hablado. «El día en que Garimpeiro pise Acre, le mató, y él lo sabe», dice Ayala.

Enoch Pessoa:

Ha sido promovido al puesto de delegado de la policía civil de Rio Branco.

GLOSARIO DE TÉRMINOS MÁS FRECUENTES

Seringueiro: cauchero, recolector de la savia del caucho.

Seringal: propiedad de heveas, el árbol del cual se extrae el caucho.

Seringalista: dueño de un seringal.

Garimpo: mina de oro o de plata.

Garimpeiro: buscador de oro.

Gato: contratista.

Fazenda: finca.

Fazendeiro: terrateniente.

Posseiro: ocupante de una tierra sin título de propiedad legal.

Sertón: tierras del interior.

Pistoleiro: matón a sueldo.

RELACIÓN DE LOS LIBROS MÁS CONSULTADOS

- Amazon frontier. The defeat of the Brazilian Indians*, John Hemming (MacMillan, Londres, 1987).
- A Batalha da borracha na segunda guerra mundial*, Pedro Martinello (Universidade Federal do Acre, 1988).
- Anatomy of the Amazon Gold Rush*, David Cleary (MacMillan, 1990).
- Como fazer Teologia da Libertação*, Leonardo Boff e Clodovis Boff (Ed. Voces, 1986).
- Conflictos pela terra no Acre*, Elio Duarte (Universidade Campinas, 1987).
- Deforestation rate in Brazilian Amazonia*, Philip Fearnside (National Secretariat of Science and Technology, Manaus, agosto de 1990).
- Deus e Nomen no inferno verde*, Clodovis Boff (Ed. Voces, 1978).
- Dreams of Amazonia*, Roger Stone (Viking, 1985).
- Fight for the Forest*, Tony Gross (Monthly Review Press, 1989).
- Into the Amazon*, Augusta Dwyer (Sierra Club Books, 1990).
- Jésus et la Libération en Amérique Latine*, Jacques Van Nieuwienhove (Desclée, Paris, 1986).
- La glâce et le pouvoir*, Dominique Barbé (Ed. du Cerf, Paris, 1982).
- Lampião*, Rachel de Queiroz (José Olympio Editora, Rio de Janeiro, 1979).
- La Vorágine*, José Eustaquio Rivera (Alianza, 1942).
- Ma forêt au bord du grand fleuve*, Sebastião Bastos (Laffont, 1976).
- O outro braço da cruz*, Paulo Nunes Leal (Rondonia, 1984).
- Opción por los pobres en la teología de la liberación*, Julio Luis Fernández (Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid, 1985).
- O Quinze*, Rachel de Queiroz (José Olympio, RJ, 1930).
- Story of a great river*, Robin Furneaux (Londres, Hamilton, 1969).
- The Burning Season*, Andrew Revkin (Houghton, Mifflin, 1990).
- The Decade of Destruction*, Adrian Cowell (Holt, 1991).
- The Fate of the Forest*, Susanna Hecht and Alexandre Cockburn (Verso, 1989).
- The Last Frontier*, Branford and Glock (Zed Books, Londres, 1985).
- The Naturalist on the River Amazon*, Henry Bates (Penguin, 1988).
- The Primary Source*, Norman Myers (Norton, Nueva York, 1985).
- The River that God Forgot*, Richard Collier (Londres, 1968).
- The World is Burning*, Alex Shoumatoff (Little & Brown, 1989).
- Tropical Nature*, Adryan Forsyth and Ken Miyata (Scribners, 1984).
- Vidas Secas*, Graciliano Ramos (Ed. Record, São Paulo, 1986).

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera existido sin la colaboración de familiares y amigos, ni sin la paciencia y la fe de mi editor. A cada uno de ellos expreso mi más profunda gratitud por las gestiones que han realizado y el tiempo que me han concedido durante la larga investigación y la redacción de estos senderos de libertad. Como hay poco material escrito sobre los últimos conflictos en la Amazonia, muchos de los hechos son el resultado de largas conversaciones con científicos, terratenientes, policías, matones, campesinos, indios, mineros, misioneros y funcionarios. Unos han arriesgado más de la cuenta al hablar conmigo; y otros me han pedido permanecer en el anonimato. A todos quiero manifestar mi más sincero reconocimiento por su valiosa ayuda y por la confianza que han depositado en mí.



JAVIER MORO (Madrid, España, 1955). Desde muy joven viajó con su padre, ejecutivo de TWA, a países de África, Asia y América. Esos viajes en familia, en los que descubre el mundo, constituyen los mejores recuerdos de la infancia y dejan una huella que aparecerá más tarde en sus libros.

Entre 1973 y 1978 estudia Historia y Antropología en la Universidad de Jussieu.

Colaborador asiduo en medios de prensa extranjeros y nacionales, ha trabajado como investigador en varios libros de Dominique Lapierre (del que es sobrino carnal) y Larry Collins, coproducido películas como *Valentina* y *1919: Crónica del alba*, ambas basadas en la obra de Ramón J. Sender.

Para escribir su primera novela, *Senderos de libertad* (1992), «viajó durante tres años por la Amazonia en avioneta, canoa, autorcar e incluso a pie para reconstruir la historia de Chico Mendes, un humilde cauchero que se convirtió en símbolo internacional de la defensa del medio ambiente».

Otros títulos son: *El pie de Jaipur* (1995), *Las montañas de Buda* (1998), *Era medianoche en Bhopal* (2001), *Pasión india* (2005), *El sari rojo* (2008), *El Imperio eres tú* (Premio Planeta 2011) y *A flor de piel* (2015).

Notas

[1] Mandioca: yuca. La *farinha de mandioca* (yuca triturada y cocida al horno) es la base de la alimentación en todo el norte de Brasil. <<

[2] Fazendeiro: dueño de una fazenda, de una granja o una finca. El término también se aplica a los terratenientes. <<

[3] *Seringa* viene de la palabra jeringa. Se refiere a las jeringas de goma que los indios usaban durante la Conquista y que tanto fascinaron a los primeros exploradores. El término se ha mantenido para describir la savia del hevea. De allí se derivan las palabras *seringueiro*, extractor del látex; *seringal*, propiedad de heveas; y *seringalista*, dueño de un seringal, patrón. <<

[4] Aguardiente de caña. También llamado *pinga*. <<

[5] Frijol. <<

[6] Delfín de agua dulce que vive en los ríos amazónicos y al que se atribuyen poderes sobrenaturales. <<

[7] El sistema se llamaba *aviamento*. Los intermediarios, encargados del comercio de víveres, *aviadores*. <<

[8] «El seringueiro realiza en la selva una anomalía sobre la cual nunca huelga insistir: es un hombre que trabaja para esclavizarse», escribió el brasileño Euclides da Cunha a finales del siglo XIX. Setenta años después, nada había cambiado en las profundidades de las selvas. <<

[9] El *Hércules*, el mayor del mundo. <<

[10] El limnólogo Harald Sioli. <<

[11] Organismo encargado de planificar la guerra del caucho. <<

[12] Extraer látex de los heveas. <<

[13] Sobrante del látex coagulado. <<

[14] Literalmente, Radio Liana. <<

[15] En la Amazonia brasileña se llama cobra a cualquier serpiente venenosa. <<

[16] Cobertizo donde se ahúma el látex para convertirlo en caucho. <<

[17] Un kilo de caucho por un kilo de tocino. <<

[18] Cubo de latón para transportar el látex. <<

[19] Trampa, emboscada. <<

[20] La revolución cubana de enero de 1959 hizo aumentar en la administración Kennedy primero, y Johnson después, los temores al potencial comunista de Brasil. Robert Kennedy visitó en Brasilia al presidente constitucional Goulart en noviembre de 1962, con la misión de discutir el desliz hacia la izquierda que, según la Casa Blanca, padecía Brasil. En marzo de 1964, el embajador americano Gordon pidió al Departamento de Estado un aumento sustancial de la ayuda militar a las Fuerzas Armadas Brasileñas, «una ayuda esencial para restringir los excesos izquierdistas del gobierno Goulart». El 13 de marzo Goulart anunció frente a una multitud que había firmado la orden de expropiar las tierras situadas a 10 km de cada lado de todas las carreteras y proyectos de irrigación. Los últimos días de marzo la embajada norteamericana informó a Washington que un golpe era inminente. El Departamento de Defensa preparó cargamentos de gasolina, lubricantes y gasóleo con destino a las Fuerzas Armadas Brasileñas en caso de guerra civil. El golpe culminó el 1 de abril, asumiendo el poder el general Castelo Branco. Los Estados Unidos rápidamente ofrecieron ayuda económica a los nuevos líderes del Brasil. (*The Fate of the Forest, by Hecht Cockburn, Verso, Londres, 1989*). <<

[21] En la Amazonia brasileña se llama macaco al tití. <<

[22] También llamado vampiro (*Vampyrum spectrum*). <<

[23] *Lonomia achelous*. En 1989 bioquímicos norteamericanos de Nueva York, investigando nuevas drogas para luchar contra las enfermedades del corazón empezaron a estudiar las *lonomias* por su poder vasodilatador. <<

[24] Fruto de un árbol de la familia de las rubiáceas, del que los indios extraen zumo para oscurecer la piel. <<

[25] El trabajo esclavo prosigue en nuestros días. El diario progresista Retrato do Brasil del 21 de enero de 1987 publicó una lista, que no pretendía ser exhaustiva, de 77 explotaciones agrícolas que empleaban mano de obra esclava. <<

[26] Según Boelitz Vidal, profesor de antropología en la Universidad de São Paulo, más de diez millones de indios poblaban Brasil a principios del siglo XVI. Cinco siglos más tarde, los supervivientes no llegan a 240.000, la mitad de ellos en la Amazonia. <<

[27] Indigenista: persona que trabaja con los indios, con o sin formación antropológica. Pertenece a los cuadros de la FUNAI (Fundação Nacional do Índio). <<

[28] El Parque del Xingú fue creado en 1952 pero su territorio legal fue aprobado por el Congreso en 1961. <<

[29] PIN: Plan de Integración Nacional. <<

[30] Urucú: fruto de un árbol de habas grandes y blandas, cubiertas de puntas secas que contienen las semillas. De su envoltorio se extrae el colorante rojo, usado como ornamento y como sazonador culinario. <<

[31] Cajú: fruto comestible, en forma de castaña, con el que se hacen dulces y bebida. <<

[32] Piqui: fruto que lleva en su envoltura verde dos pepitas en forma de huevos de gran tamaño, amarillos como la yema, muy utilizados en la alimentación de los indios por su excelente sabor.

<<

[33] El trabajo de Rondón no sólo alcanzó fama en Brasil, sino también en el extranjero. En 1956 el territorio de Guaporé fue rebautizado Rondonia en su honor. Hoy en día es uno de los Estados de la Unión. <<

[34] Campesinos que se instalan sobre una tierra para reclamar la propiedad por vía legal. <<

[35] El verdadero nombre del «Rey del Norte» era Virgolino Ferreira da Silva, aunque era conocido por *Lampião*, linterna. <<

[36] Expresión de los buscadores de oro brasileños para designar un hallazgo importante (pepita o pedrusco de oro, por ejemplo). También se usa el verbo *bamburrear*. <<

[37] Buscador de oro o diamantes. Viene del verbo *garimpar*: hacer una prospección. <<

[38] Máquina de uso manual para lavar la tierra, separando las piedras de la arena. La misma máquina eléctrica se llama *chupadeira*. <<

[39] *Squatter*, ocupante ilegal de tierra. <<

[40] Raza de vacuno importada de la India. <<

[41] El *direito de posse* (derecho de posesión) está reconocido por la ley brasileña desde 1850. <<

[42] Se llama Libro 3 al registro de la propiedad de Acre. <<

[43] *Jagunços, capangas, pistoleiros*: términos para designar a un matón. <<

[⁴⁴] Los demógrafos estiman que la población de São Paulo en el año 2000 será de 26 millones. (La primera edición de este libro fue publicada en 1992). <<

[45] En 1981 había 80.000 CEB en todo Brasil. <<

[46] Aunque procuró extender el manto de su protección lo más posible, varios de los curas y seglares que trabajaban en el equipo de Helder Câmara fueron perseguidos y uno de ellos fue asesinado. <<

[47] En 1988, en Brasil había 11.000 curas para 120 millones de habitantes. La mitad de ellos eran extranjeros. <<

[48] En 1960, Acre presentaba uno de los mayores índices de leproso del mundo. De cada 1.000 habitantes, 16 eran leproso. Hoy en día sigue siendo el lugar con mayor número de leproso de Brasil. La palabra leproso es considerada una ofensa, por lo que se usa la palabra hanseniano, del bacilo de Hansen causante de la enfermedad. <<

[49] Mateo 25, 14. <<

[50] Lucas 12, 47. <<

[51] Mateo 20, 1. <<

[52] Mateo 4, 1-11. <<

[53] Mateo 26, 37. <<

[54] No confundir con Brasilia, la capital. <<

[55] A título de comparación, Manuel Meirelles de Quiroz, el mayor terrateniente de Acre, posee una propiedad de 975.000 hectáreas (una extensión del tamaño del Principado de Asturias). <<

[56] Cada número se editaba en diferente lugar (Brasilia, Rio, São Paulo...) a causa de las autoridades militares que amenazaban a las imprentas que lo imprimían. De allí eran enviados a Acre y luego repartidos por los seringales. Llegó a alcanzar una tirada de 7.000 ejemplares, lo que para Acre era todo un éxito, ya que los diarios oficiales no conseguían vender más de 3.000.

<<

[57] *Repressão na Igreja no Brasil: reflexo de uma situação de opressão 1968/1978* (Comissão Arquidiocesana de Pastoral dos Direitos Humanos e Marginalizados da Arquidiocese de São Paulo, diciembre de 1978). <<

[58] João Maia. <<

[59] Alusión a los hermanos Darli y Alvarino Alves, que, en efecto, habían llegado del Paraná. <<

[60] Entrevista que Chico Mendes tuvo con el profesor Candido Grzybowski en 1988. <<

[61] Encontrar una pepita gruesa o un buen pedrusco. <<

[62] En la actualidad ronda los 115 billones y es la mayor de todos los países del Tercer Mundo.

<<

[63] Dios en el cielo y Curió aquí en la tierra. <<

[64] Según cálculos del World Resources Institute de Washington. <<

[65] Literalmente, *fofoca* significa rumor. <<

[66] Sólo en enero de 1986, ocho pilotos encontraron la muerte en la zona de Itaituba. <<

[67] Instrumento rudimentario, compuesto de una serie de cajones rectangulares de madera colocados a diferentes niveles —como un sistema de diques— para que el agua arrastre el barro y se pueda lavar y escudriñar la arenilla. <<

[68] Radio Peón. <<

[69] Minamata es el nombre de una localidad en Japón, donde cuatrocientas personas se intoxicaron con mercurio a principios de los años setenta. <<

[70] Como la mayor parte de la producción brasileña de oro es de contrabando, no hay estadísticas fiables sobre la producción total. <<

[71] *Hetaera esmeralda*. Existen más de 700 especies de mariposas a una hora de camino de la ciudad de Belem. En toda Europa sólo hay unas 300 especies. <<

[72] Una agencia equivale a un ministerio. <<

[73] Por ejemplo, si la producción agrícola ha aumentado una media del 100% de 1930 a 1975, es debido principalmente a los cruces de especies y a la mejoría genética. <<

[74] Varios científicos calculan que unas 50 especies se extinguen diariamente a causa de la tala indiscriminada. <<

[75] Según un banquero norteamericano especializado en reprogramar la deuda del Tercer Mundo, citado en el libro de Alex Shoumatoff *The World is Burning* (Little & Brown, Nueva York, 1990).

<<

[76] La realidad confirmó el informe: el 17,1% de la selva de Rondonia había desaparecido en 1988. El 60% de la tierra deforestada es inutilizable. El gobernador de Rondonia, que en 1982 había hecho un llamamiento a todos los brasileños para emigrar a su Estado, declaraba en 1986: «El mayor problema con que se enfrenta Rondonia es la devastación de la tierra». <<

[77] La película tuvo un impacto tal que se convirtió de hecho en un agente del cambio, algo notable para un simple documental de televisión. <<

[78] Cóctel típicamente brasileño, compuesto de limón y *cachaça*. <<

[79] Diminutivo de la cerveza *Cerpa*, una marca conocida en todo el país. <<

[80] *Bandeirante*, equivalente portugués de Conquistador, es también el nombre de un avión turbohélice enteramente concebido y fabricado en Brasil y que sirve en la mayoría de las rutas regionales. <<

[81] También llamada paludismo. <<

[82] En él se anunciaba también la creación del Consejo Nacional de Seringueiros, el primer órgano de representación que los *seringueiros* tuvieron jamás. El presidente elegido fue Jaime da Silva Araújo, el cauchero poeta. <<

[⁸³] En 1985 la compañía Bordón exportó de su fábrica de São Paulo 140 millones de dólares de carne vacuna a Irak, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania. <<

[84] Organización fundada en 1967 (con sede en Washington, D.C.) por un grupo de abogados y científicos con el fin de intensificar la protección del medio ambiente en los tribunales del país combinando los resultados de la investigación científica con la defensa legal. <<

[85] Cabildeo; hacer presión política. <<

[86] Jaime da Silva Araújo había descubierto una trama de corrupción que afectaba a la «merienda escolar» (distribución de comida en las escuelas, un servicio social instaurado por el gobierno para fomentar la asistencia a clase) y que implicaba hasta el alcalde de Manaus. <<

[87] Brasil es el quinto país productor de armas del mundo, séptimo productor de acero, noveno productor de automóviles. Con un producto nacional bruto de 313 millones de dólares, Brasil es la octava economía del mundo occidental, 50.000 millones de dólares por delante de España. <<

[⁸⁸] Esta cifra incluye 97.643 km² de tala antigua (realizada antes de 1968) y 5.445 km² de áreas inundadas por presas hidroeléctricas (*Deforestation Tate in Brazilian Amazonia*, Philip Fearnside, INPA, agosto de 1990). <<

[89] Hermano de Leonardo Boff, eminente teólogo, impulsor de la Teología de la Liberación en América Latina y apartado por el Vaticano. <<

[90] Su verdadero nombre es Darci, pero como es tan parecido al de su padre y para facilitar la identificación, en adelante aparecerá como Tarcí. <<

[91] Nuestro luto es nuestra lucha. <<

[92] Según el testimonio de un peón llamado Alício. <<

[93] Emilio Armar es un hombre de negocios acreano. <<

[94] Barber Conable no mencionó sin embargo que todo lo que había fracasado en aquel proyecto había sido predicho por un empleado de su institución, el especialista en temas medioambientales Robert Goodland, que, cansado de predicar en el desierto, había pasado a colaborar con Bruce y Barbara, y que se encontraba al final de la mesa mientras el presidente daba su discurso. <<

[95] La campaña fue orquestada por Lori Udall, del Environmental Defense Fund. La presión culminó con la retirada del gobierno japonés de Narmada, un hecho sin precedentes. <<